

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

VIII

TEXTOS AUTOBIOGRÁFICOS

CPEP

COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS

2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-08-1 (T. VIII)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Juan Bosch, fragmentos de una autobiografía		
<i>Manuel Núñez</i>	VII	
CUBA, LA ISLA FASCINANTE		
	LIBRO PRIMERO. EL ESCENARIO	7
I	La puerta luminosa	9
II	La violenta expansión de La Habana	33
III	La región de occidente: mar y luz y palmeras	57
IV	De Jibacoa a las montañas Orientales	81
	LIBRO SEGUNDO. EL DRAMA Y LOS ACTORES ...	111
I	El umbral de sí misma	113
II	Las guerras libertadoras	139
III	La lucha final	165
IV	Las altas voces del pueblo	191
	LIBRO TERCERO. CARÁCTER Y PRODUCCIÓN ...	221
I	Apuntes de psicología nacional	223
II	La apoteosis del hedonismo	249
III	La aventura del tabaco	279
IV	La azucarera del mundo	309
VIAJE A LOS ANTÍPODAS		
	Dedicatoria	341
	Asia y el sudeste asiático	343

Viaje a los antipodas	375
LOS PAPELES DEL PENTÁGONO	413
I La teoría del dominó	415
II El papel del mentiroso	425
III El hombre clave de los Estados Unidos en Viet Nam del Sur	437
IV ¿Quién provocó la guerra de Viet Nam del Sur?	451
V Los años de Kennedy	463
Comentarios anónimos sobre la guerra de Indochina	477
Dos conferencias sobre Viet Nam y Ccambodia	501
Dos discursos por Radio Comercial	565
EL PLD, UN PARTIDO NUEVO EN AMÉRICA	
¿Por qué se ha escrito este libro?	587
I	591
II	597
III	603
IV	609
V	615
VI	621
VII	627
VIII	633
IX	639
X	645
XI	651
XII	657
XIII	663
XIV	669
XV	675
XVI	681
XVII	687

XVIII	693
XIX	699
XX	705
XXI	711
XXII	717
XXIII	723
XXIV	729
XXV	735
XXVI	741
XXVII	747
Índice onomástico	753

JUAN BOSCH, FRAGMENTOS DE UNA AUTOBIOGRAFIA

Manuel NÚÑEZ

Los años de formación

De los años iniciales de Juan Bosch sólo se sabe lo que él ha contado. No ha sido posible reconstruir lo que era la educación en sus años mozos. En un prólogo que escribiera para la presentación de *Guanuma*, de Federico García Godoy, se echa de ver el influjo que ejerció el novelista en la personalidad del adolescente. Puede decirse que la admiración que sentía por García Godoy estimuló su determinación por convertirse en escritor¹. Por aquellos años su padre, que también escribía²,

¹ “Era hombre de vida simple y austera [Federico García Godoy, MN]; escribía y daba clases, y fuera del tiempo que dedicaba a esos paseos, se le hallaba en la sala de la casa, con un libro en la mano. Para mí, entonces un niño, era una especie de ídolo, pues escribía libros y tenía una biblioteca importante. Esa biblioteca se quemó una noche, y en el incendio se perdió mi primer libro, una colección de cuentos infantiles que yo mismo había ilustrado con dibujos a lápices de colores. Mi padre le había llevado mi tontería literaria a don Federico y, para ventura de la posteridad, el fuego le dio el destino que merecía” (en GARCÍA-GODOY, Federico, *Guanuma*, Santo Domingo, Ediciones de la Librería Dominicana, 1963, p.3).

² “Mi padre escribía algunas cosas, pero como él era un español, catalán, que llegó al país como albañil, tenía la cultura de un artesano o de un obrero en Europa, pero no la cultura necesaria para ser un escritor. Pero eso sí, leía buenos libros —tenía el gusto de los buenos libros—, gustaba de la buena música. Había pertenecido en Barcelona, cuando vivió allí como albañil, pues él era de Tortosa, al orfeón del padre Claret, es decir, le gustaba la música y se matriculó en un coro u orfeón, como le llamaban allí, del padre Claret, muy célebre, muy conocido en Cataluña...” (PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Literatura y experiencia literaria”, en *En primera persona* (Guillermo PIÑA-CONTRERAS, editor), Santo Domingo, Ediciones Ferilibros, 2000, pp.23-24).

le entregó un libro de cuentos del alevín de escritor, y estos se perdieron definitivamente en el incendio de la casa de don Federico. Otro mentor de la vocación de Bosch por las letras fue su abuelo materno, Juan Gaviño, hombre de cultura desleída, que le transmitió la estimación por los clásicos. Pero, al parecer, la influencia del mayor peso la ejerció Rafael Martínez³. Su carrera de escritor se inicia en la adolescencia, publicó en algunos periódicos de provincias. En *El Ideal* de La Vega, en *Brisas del Birán* de Barahona con el seudónimo de Rigoberto del Fresni. Las lecturas que influyeron en el escritor fueron los grandes escritores rusos; Gorki, Gogol, Dostoyeski, además, de Kipling, Maupassant, Oscar Wilde, Emile Zola. Todas esas referencias encajan con la tertulia de don Federico García Godoy.

“Recuerdo las tertulias de don Federico en el parque de La Vega,” escribe Juan Bosch en su prólogo a *El derrumbe*, “en un banco que daba a la iglesia, a la iglesia que van a demoler para construir allí una nueva. A esas tertulias asistía el señor Gassó (como le llamábamos nosotros a don José Gassó, que era profesor de la Normal), don Carlos María Sánchez, don Arismendi Robiou, Jaime Suro, un puertorriqueño, hombre sumamente afable que se casó luego con una hija de don Federico, con Nina, que se llamaba Isabel Emilia, y formó el hogar de los Suro, de los conocidos Rubén y Darío. Recuerdo bien esas tertulias. Mi padre iba algunas veces a ellas y me llevaba, y aunque

³ “[...] la persona que más influyó en mí vive todavía y se llama Rafael Martínez —Fellito Martínez—, como se le decía en La Vega. Era músico, llegó a ser director de la banda de música. Y junto con el señor Puello, un español profesor de dibujo que hubo en La Vega, fueron directores de una escuela de música privada. Y él —Fellito Martínez—, era también maestro de la escuela primaria. Esa fue la persona que más influyó en mí. Especialmente, por lo exigente que era en el uso del lenguaje. No aceptaba que ninguno de los estudiantes se expresara mal, hablara incorrectamente, usara una palabra con un sentido diferente del que debía tener [...]. Hay que tomar en cuenta que él fue un maestro de escuela hecho en la escuela hostosiana. Esta ha sido el único concepto integral de lo que debe ser una escuela; lo tuvo Hostos y lo aplicó aquí” (*Ibid.*, p.25).

yo era muy muchacho y ponía a veces la atención en cosas que no eran de la tertulia, también ponía mi parte de atención en la tertulia, especialmente cuando hablaba don Federico, que siempre contaba cosas interesantes y lo hacía con un lenguaje muy moderado y con unas expresiones dulces, afables”⁴.

En esos primeros años del siglo XX tenían primacía los caudillos y las refriegas. Bosch evoca las estampas de la violencia de esa época: “Recuerdo el trencito de La Vega cargados de muertos y heridos caídos en un combate que había dado en Jeremías el General Nazario Suardí; recuerdo que cierto día muy temprano aun, mi hermano y yo encontramos en el patio de la casa (no en la que nací sino en otra donde nació mi hermana Josefina) el cadáver de un muchachón con un tiro en la frente. Se trataba de una víctima de un ataque a la ciudad de La Vega que había tenido lugar la noche anterior”⁵. La infancia de Bosch estuvo estampada por la turbulencia política. Tras el magnicidio del General Ulises Heureaux, el 26 de julio de 1899, se sucedieron varios gobiernos sin visos de estabilidad. En 1906 llegó al poder Ramón Cáceres, quien gobernó hasta el magnicidio que puso punto final a su vida en 1911, y tras la muerte de Cáceres sobreviene un período de inestabilidad entre los diferentes caudillos que mantenían en vilo a la nación, el general Horacio Vásquez, Desiderio Árias y Juan Isidro Jimenes. La oposición a Jimenes encabezada por Desiderio Árias condujo al país a un Gobierno provisional de Francisco Henríquez y Carvajal. Algunos meses después, se produjo la ocupación militar estadounidense de 1916-1924. La evolución económica de la familia Bosch Gaviño hizo que su padre pasara de ser albañil a

⁴ En GARCÍA-GODOY, Federico, *El derrumbe*, Santo Domingo, Editora de la UASD, 1975, pp.12-13.

⁵ DESPRADEL, Lil, “Encuentro con Juan Bosch: en busca del tiempo perdido”, en *En primera persona*, *op. cit.*, pp.95-96.

convertirse en comerciante de provisiones, que tenía una re-cua para transportar mercadería a la Capital y a otros pueblos. Bosch no concluyó los estudios de bachillerato. Trabajó posteriormente como dependiente de comercio de la Casa Lavandero y en la Casa Corripio y en la Casa Font Gamundi. Durante los años de su emancipación económica comienza a publicar sus cuentos en el *Listín Diario*. En 1929, cumplidos los veinte años, se fue a vivir a Tortosa (Barcelona) donde ya se hallaba su hermana Angelita. Eran los años de la gran depresión y la economía española andaba de capa caída. La ciudad de Santo Domingo fue asolada por el ciclón San Zenón. Durante la travesía que lo llevaría a trabajar con un circo en Venezuela se detuvo en Puerto Rico para participar en una función benéfica para socorrer a las víctimas del ciclón San Zenón. En Venezuela, trabajó en una compañía teatral, luego en un circo, que lo llevó a Puerto España (Trinidad) y desde allí llegó a Santo Domingo en 1931. Fue entonces cuando concluyó el tercer curso del bachillerato. En 1933, da a la estampa su libro *Camino Real*; asiste a la tertulia del Grupo La Cueva, a las que asisten entre otros, los poetas Rafael Américo Henríquez, Franklin Mises Burgos, Manuel del Cabral y, posteriormente, el escritor Ramón Marrero Aristy. Bosch se había mantenido al margen de toda actividad política. Pero ello no fue óbice para que se le acusara de haber colocado una bomba el 20 de noviembre de ese año, y de pertenecer a una conjura que tenía como objetivo asesinar al presidente Trujillo. Guarda prisión desde el 4 de diciembre de 1934 hasta finales de febrero de 1935, y logra salir absuelto gracias a la intervención de allegados, que dieron fe de su inocencia.

En vista de que tiene que trabajar para subsistir; abandona los estudios y se casa con Isabel García Aguiar, el 19 de julio de 1934. Tras su paso por las prisiones de Trujillo, se inscribe en el Partido Dominicano para evitar las represalias; publica

Indios. Apuntes históricos y leyendas (1935), y es nombrado en la Dirección Nacional de Estadística como director del censo nacional. El 26 de diciembre de 1936 nace su hijo León Bosch García y da a la estampa su primera novela *La Mañosa* (1936). Bosch había logrado ya el reconocimiento de los mentideros literarios de Santo Domingo, y era tal su prestancia que fue elegido Presidente de la Sección de Periodismo y Literatura del Ateneo Dominicano, venciendo al laureado poeta Ramón Emilio Jiménez.

En tales circunstancias, fue llamado por el Partido Dominicano a sermonear a la población sobre las bondades de la reelección del general Trujillo, a respaldar el cambio de nombre a la ciudad de Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo y otras actividades propagandísticas que, en su fuero interno, desaprobaba. En 1937, Mario Fermín Cabral le informa que Trujillo ha decidido nombrarlo diputado. Comprendió entonces que de quedarse en el país quedaría atrapado en las redes de un régimen oprobioso, y prepara, consciente de ello, meticulosamente su salida del país. Simula una enfermedad de Isabel, su esposa, que, en aquellos momentos se hallaba embarazada de su hija Carolina, y logra sacar a su familia del país. Sólo dos personas sabían que él no regresaría al país. El escritor Virgilio Díaz Ordóñez, quien era Presidente del Ateneo y el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, ambos eran, a su vez, funcionarios importantes del régimen. Al salir hacia Puerto Rico tenía apenas 90 dólares. De este modo, comenzó un exilio que duraría 24 años.

En sus *Reminiscencias y evocaciones*, Enrique Apolinar Henríquez, recalcitrante opositor a Trujillo, describe el talante de Bosch durante los primeros años de la dictadura:

“Cuando Juan Bosch era Secretario del Partido Dominicano y yo Presidente de la Compañía de Seguros San Rafael —empresa comercial del dictador Rafael L. Trujillo Molina—,

ya, debido en parte a nuestras incumbencias profesionales, nuestros contactos no eran tan frecuentes como antes.

‘Sus relaciones con mi hermano Rafael Américo Henríquez, literatos ambos, eran todavía menos infrecuentes. Tal vez por las facilidades que le brindaban esas relaciones o quizás por guardar miramientos que inspiraba la desigualdad de nuestras edades o acaso por escrúpulos que suscitaban en su ánimo nuestras anteriores confianzas políticas, lo cierto es que en vez de acercarse a mí directamente, para darle cumplimiento a la misión que le había encomendado, Juan Bosch prefirió valerse, como intermediario, de mi hermano Rafael Américo.

‘—Te manda a decir Juan Bosch— me expresó cierto día mi hermano— que desde la Presidencia lo compulsan diariamente a que investigue si tú estás o no inscrito en el Partido Dominicano.

‘—Anjá”⁶.

Trujillo le había enviado varios correveidiles a Enrique A. Henríquez porque sabía que él no se había inscrito en el Partido Dominicano, y que era ésa una de las condiciones para asumir la Presidencia de la Compañía de Seguros San Rafael. Pero el dictador aplicaba ahora el método oblicuo. Henríquez refiere en el pasaje todas las diligencias hechas por Juan Bosch para lograr su aquiescencia. En otra ocasión, su hermano Rafael Américo Henríquez llamó nueva vez a su hermano para reiterarle la solicitud: “—Dice Juan —repitió— que la presión es tremenda, y que él evade el imprevisible desenlace alegando, sin haber encontrado hasta ahora la constancia de tu inscripción”.

Desesperado por la ausencia de una respuesta, Bosch se presentó entonces en las oficinas de la Compañía de Seguros San Rafael. “Cuando llegué”, prosigue Henríquez, “encontré

⁶ HENRÍQUEZ, Enrique Apolinar, *Reminiscencias y evocaciones*, Santo Domingo, Ediciones de la Librería Dominicana, 1970, p.272.

parado en la puerta, en mi espera, a mi amigo Juan Bosch. Yo me había provisto en el trayecto de un par de puros de calidad tan excelente que bien podían competir con los habanos. Descendí del automóvil, saludé efusivamente a Juanito y le obsequié el cigarro que no había encendido.

‘Subimos, silenciosos, las escaleras; y una vez en mi despacho, presagiando algún motivo ingrato, le dije con afecto;

‘—Siéntate, Juanito.

‘Y al punto agregué:

‘—¿A qué debo el placer de tu visita?

‘Juan me miró fijamente con sus ojos de mirada inteligente; y tras breve pausa repitió con lujo de detalles lo mismo que ya, sucintamente, me había comunicado a través de mi hermano Rafael Américo.

‘—Juanito—le expliqué— yo no he dejado de inscribirme por olvido ni por negligencia, sino por irrevocable y reflexiva decisión... No me he inscrito, no me inscribo y no me inscribiré.

‘Juanito me escuchó visiblemente emocionado. No dijo nada; pero parecía conturbado. Me estrechó la mano y partió.

‘No había avanzado más de seis u ocho pasos cuando percibí la reversión de sus pisadas. Me dirigí a la puerta que daba al pasillo de salida para recibirle nuevamente. Pero él se adelantó. Me tendió la mano, apretó mi diestra; y con patético aspecto que jamás olvidaré, exclamó:

—Por un hombre como usted daría yo hasta la última gota de mi sangre”⁷.

Es probable que, utilizando la escasísima documentación relativa a los años que vivió encorsetado en la dictadura de Trujillo, se llegue a conclusiones totalmente injustas y extravagantes sobre su adscripción a la dictadura. Tal es el caso de las

⁷ *Ibid.*, p.27.

imputaciones que le hace Juan Isidro Jimenes-Grullón⁸, quien tilda a Bosch de corifeo trujillista. Pero esas reprobaciones quedan desmentidas por testimonios como éstos, y por las actitudes posteriores, asumidas por el escritor. Inmediatamente Bosch logra escapar de las garras de Trujillo, se transformó en el líder de la oposición en el exilio. Todo ello demuestra que esos documentos nacidos de las presiones no pueden ser utilizados como piezas de convicción.

El 27 de febrero de 1938 presenta su renuncia como Jefe de la Dirección Nacional de Estadística de la República Dominicana, y el 14 de marzo nace en Puerto Rico su hija Carolina Bosch García. No escribió Bosch unas memorias que puedan operar como una autobiografía. Sin embargo, al retratar la historia de cómo surgió el PLD, hizo unas anotaciones autobiográficas en *El PLD, un partido nuevo en América* (1989) que recogen las incidencias de su vida a partir de su salida de Santo Domingo, entonces Ciudad Trujillo en 1938.

El PLD, un partido nuevo en América

No estaba en las miras de Bosch convertirse en político. Sin embargo, al llegar a Puerto Rico se impregnó de la obra de Eugenio María de Hostos, transcribió los textos y dirigió la publicación de sus obras completas. De esos trabajos nacieron dos títulos: *Mujeres en la vida de Hostos* (1938) y *Hostos, el sembrador* (1940). Se traslada a Cuba en 1939, y allí comienza su vida política, atraído por Cotubanamá Henríquez Lauranzón,

⁸ Cfr. JIMENES-GRULLÓN, Juan I., *Juan Bosch al desnudo y Joaquín Balaguer al desnudo*, Santo Domingo, Fundación Hostos, 1999 pp.11-21. En la obra de marras que corresponden a los artículos publicados sobre Bosch y Balaguer, Jimenes-Grullón publica documentos de Bosch apoyando a Trujillo, con vistas a tratar de desacreditarlo. En la obra se omiten las circunstancias de la naturaleza de la dictadura de Trujillo, y se finge, parejamente, ignorar la realidad a la que se hallaban sometidos todos los intelectuales que se hallaban en el país y, sobre todo, que Bosch pasó los últimos 23 años de la dictadura exilado en Cuba y otros países de América.

hijo de Francisco Henríquez y Carvajal, quien lo invitó a fundar el Partido Revolucionario Dominicano el 26 de enero de 1939. Al llegar a Cuba, Bosch ya era una figura conocida. Sus cuentos se publicaban en la revista *Carteles*. Había dado a la estampa varios libros *Camino real*, *La Mañosa*, *Indios*, y le había expresado al propio Trujillo su rechazo de la actividad política; se concebía sólo como escritor⁹. Calculaba Bosch que la persona ideal para dirigir el Partido Revolucionario Dominicano era el Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón; era un intelectual de prestancia, nieto del presidente Juan Isidro Jimenes y biznieto del prócer independentista y, además, Presidente en la primera república, Manuel Jimenes. Era ya un intelectual de reconocidas luces; se había formado en Francia. Esas apreciaciones resultaron infructuosas. Cotubanamá Henríquez, que se había convertido en su cicerone en La Habana, alquiló habitación en una pensión próxima a su casa; se había casado con una hermana del senador Prío Socarrás; y su casa era un mentidero de todos los políticos del Partido Revolucionario Auténtico. En ese período inicial de su vida en La Habana se

⁹ "...yo no estoy dispuesto a tolerar que la política desvíe mis propósitos o ahogue mis convicciones y principios. A menos que desee uno encarar una situación violenta para sí y lo suyos, hay que ser político en la República Dominicana. Es inconcebible que uno quiera mantenerse alejado de esa especie de locura colectiva que embarga el alma de mi pueblo y le oscurece la razón: el negro, el blanco, el bruto, el inteligente, el feo, el buenmozo: todos se lanzan al logro de posiciones y de ventajas por el camino político. ¿Cómo es posible que no se comprenda que la política no es arte al alcance de todo el mundo? La marcha de la sociedad la rigen los políticos; ellos deben ser seis, siete; así es en todos los países y así ha sido siempre; nosotros involucramos los principios universales y exigimos que las mujeres, los niños y hasta las bestias actúen en política. Yo, que repudiaba y repudio tal proceder, vivía perennemente expuesto a ser carne de chisme, de ambiciones y de intrigas. Yo no concibo la política al servicio del estómago, sino al de un alto ideal de humanidad" (*El PLD, un partido nuevo en América*, en Bosch, Juan, *Obras completas* T.VIII, Santo Domingo, 2009, p.593. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a esta edición).

dieron a la estampa *La Mañosa* y *Hostos, el sembrador*. Dictó conferencias; participó en las tertulias políticas, y se le encargó estudiar las Constituciones con vistas a la redacción de la Constitución cubana de 1940.

Jimenes-Grullón llegó a La Habana en 1941. Se instaló con su compañera la poetisa Julia de Burgos en la casa de Bosch. Bosch trabajaba de visitador a médico destinado a las provincias de Matanzas y Santa Clara, y logró emplear a Jimenes-Grullón como visitador a médico para la provincia de Oriente. Además de visitador a médico, Bosch dirigía dos programas de radio en la estación CMQ, que era la más importante entonces, uno era *Los forjadores de América*, y el otro, *Memorias de una dama cubana*. Pero a pesar de esas ingentes ocupaciones, comienza la organización del Partido Revolucionario Dominicano. Organiza algunas seccionales en Cuba, Nueva York, Caracas. El Congreso del Partido se celebraría el 29 de marzo de 1943. Las presiones de Trujillo comenzaron a sentirse de manera contundente. En Caracas, el presidente venezolano, Isaías Medina Angarita, obligó a los dominicanos a suspender la propaganda antitrujillista, y lo propio hizo el presidente Fulgencio Batista, que había sido electo en 1940. Por esas circunstancias, el partido operó con otro nombre, Unión Democrática Antinazista Dominicana (UDAD).

Jimenes-Grullón que había sido sugerido por Bosch para presidir el PRD se negó a refrendar la UDAD, y propuso que Bosch fuera Secretario General de la UDAD. Posteriormente y con la colaboración de los Maynardi Reyna, logró sacar a Bosch de Cuba, nombrándolo como delegado internacional del Partido y ello lo obligó a viajar por los países de América en las tareas del partido y abandonó su trabajo en Cuba para dedicarse completamente a la actividad partidaria. Jimenes-Grullón de temperamento egocéntrico, cuando sus posiciones comenzaron a ser puestas en tela de juicio, se alejó paulatinamente

del partido y llegó incluso a instalarse nuevamente en Puerto Rico. Como delegado del PRD, Bosch visitaría Guatemala, México, Venezuela y en esos países conocería a los grandes líderes: Juan José Arévalo, de Guatemala; José Figueres, de Costa Rica; Rómulo Betancourt, de Venezuela. En esos años, la actividad política se había tornado en su ocupación principal. Era Secretario General del partido, y mantenía relaciones con los políticos democráticos del Continente. Su vida de escritor iba a pesar de todo viento en popa: en 1943 obtiene el premio de cuentos Hernández Catá por su cuento "Luis Pie"; se casa poco días después con Carmen Quidiello y entró a trabajar como Director de un periódico que publicaba el senador Carlos Prío Socarrás. Viaja por El Salvador, Panamá, México denunciado los crímenes de la dictadura de Trujillo, y se convierte, prácticamente, en el líder más importante de la oposición. En 1945, viaja a Haití para recabar fondos con fines de derrocar a Trujillo; el Presidente de Haití, Elie Lescot, contribuye con 25 mil dólares, empleados para comprar tres aviones: un DC-3, un Cessna y un AT-3, que sería utilizados en la expedición de Cayo Confites. El dinero sobrante, unos 3.000 dólares se le entregó a su hijo, Gérard Lescot, quien se hallaba en Canadá. El plan de Cayo Confites era enviar una avanzadilla que aterrizaría en La Piña, la finca de Juan Rodríguez, quien, además, contribuyó con 80 mil dólares, con los cuales se compraron las armas, los barcos y las municiones de la expedición de 1947. La expedición guerrillera organizada por Bosch fue descubierta; Trujillo extorsionó al Jefe de la Policía de La Habana, Genovevo Pérez Dámera, y éste se puso al servicio de sus intereses e hizo abortar la expedición. Las armas de Cayo Confites sirvieron para emprender la revolución de Costa Rica encabezada por José Figueres, quien llegó al poder por la vía armada, para contrarrestar el fraude realizado por

Teodoro Picado contra aquel que presumiblemente había ganado las elecciones, Otilio Ulate. Tras el Gobierno de Figueres, la Asamblea Nacional de Costa Rica, le entregó el poder a Ulate, y el PRD perdió un aliado importantísimo. Las operaciones llevadas a cabo por Juan Bosch en el exterior hicieron que Trujillo comenzase una campaña contra su familia instalada en Santo Domingo.

En 1948, Carlos Prío fue electo Presidente de Cuba, y Juan Bosch se convierte en su Secretario Personal. Viaja por Costa Rica, México, Guatemala y Venezuela acompañando al Presidente electo. Posteriormente, llega en un avión fletado de armas, donadas por el Presidente Prío, para defender la revolución costarricense de las agresiones de la dictadura somocista. Por gestiones de Bosch, el Gobierno cubano presidido por Prío Socarrás, le concedió una ayuda de 250 mil dólares para el Partido Acción Democrática. En conciliábulo con Prío Socarrás se había acordado que antes de que el sucesor de Prío tomase el poder, es decir, antes del 10 de octubre de 1954, el PRD recibiría toda la ayuda para derrocar al dictador Trujillo. Con esa ayuda, y con la cooperación de Venezuela, que Bosch había respaldado ampliamente llevándole en compañía de José Figueres la colaboración de 250 mil dólares, se lograría la expedición definitiva que echaría del poder a Rafael Trujillo en Santo Domingo. Pero el 10 de marzo de 1952 se produjo el golpe de Estado de Fulgencio Batista, y esto constituyó un batacazo para la causa dominicana. Pocos después, Bosch fue acusado de participar en el asalto al cuartel Moncada. Era una maniobra del entonces Jefe de inteligencia Ugalde Carrillo con miras a servirle a Trujillo en bandeja de plata el líder de la oposición en el exilio, y trasladar a Bosch a Santo Domingo. La intervención de Enrique Loynaz del Castillo, héroe nacional de Cuba, que había sido testigo del matrimonio de Bosch frustró esa maniobra

Un golpe de suerte se había producido en su favor, José Figueres había sido electo Presidente de Costa Rica, y Bosch se asiló en la Embajada de Costa Rica, y pudo viajar a ese país donde se encontró con sus padres, que habían salido poco antes de República Dominicana debido a la persecución de Trujillo, en represalia a las denuncias emprendidas por Bosch en el Continente.

Hacia 1954, un grupo de guerrilleros entrenados en Costa Rica penetró en Nicaragua, encabezados por Pablo Leal, el dominicano José Amado Soler y Jorge Ribas Montes, por evitarle inconvenientes al Presidente Figueres, Bosch había sido el contacto con los guerrilleros. Al fracasar la expedición, el Gobierno de Nicaragua pidió la salida de Bosch de Costa Rica. De allí partió a Bolivia, donde vivió seis meses y de La Paz, salió a Santiago de Chile, donde publicó tres libros: *Cuba, la isla fascinante* (1955), *Judas Iscariote, el calumniado* (1955) y *La muchacha de la Guaira* (1955). En Chile hizo amistad con Salvador Allende y Clodomiro Almeida. Y hasta Chile llegaron las zarpas de los esbirros Eufemio Fernández y Jesús González Cartas *alias* El Extraño. Ambos maleantes le pisaban los talones en Chile. De manera que decidió poner en venta un negocio que había abierto para fabricar baterías y trasladarse a Molinos de Niebla donde concluyó *David, biografía de un rey*.

Hacia 1955, Bosch se había transformado en el principal opositor internacional a la dictadura de Trujillo; todos los plumíferos del régimen escribían panfletos en su contra. Viaja a Europa, a Israel. De vuelta a Cuba, mantuvo un bajo perfil; era un empleado de una publicitaria. Había comenzado la guerrilla de Fidel Castro en la Sierra Maestra. Los cuerpos de seguridad de Fulgencio Batista lo detuvieron y amenazaron con entregarlo a Trujillo. Bosch logra asilarse en la Embajada de Venezuela, pues el dictador Marcos Pérez

Jiménez había sido derrocado. Inspirado en el Movimiento 26 de Julio, capitaneado por Fidel Castro, Enrique Jimenes Moya, quien había sido combatiente de la Sierra Maestra, comienza a organizar un movimiento guerrillero semejante al de Castro para derrocar a Trujillo en la República Dominicana. El PRD no participó en la expedición guerrillera organizada por Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez. Todos los expedicionarios llegados el 14 de junio de 1959 fueron capturados y posteriormente fusilados. Como represalia, Trujillo organizó el atentado al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, el 24 de junio de 1960. A raíz del mismo, la dictadura quedó aislada rotundamente desde el punto de vista diplomático, las sanciones de la OEA, las rupturas de relaciones diplomáticas con Venezuela, Perú, Estados Unidos y las investigaciones emprendidas en los Estados Unidos por el secuestro del exiliado español Jesús de Galíndez y el rosario de crímenes cometidos para escamotearlo, comenzaron a aflorar. Bosch había analizado profusamente la naturaleza del régimen trujillista, y sabía que era un sistema personalista, que sólo Trujillo podría encarnar. Que ni sus hermanos, muchos de los cuales recibieron en varias ocasiones los mandobles del dictador; ni su hijo, el general Rafael Trujillo Martínez, que el dictador había vapuleado como incapaz en más de una ocasión, tendrían las cualidades necesarias para prolongar la vida del régimen. “Muerto Trujillo, con él desaparecerá el trujillismo porque ninguno de sus herederos tienen condiciones para ocupar su puesto” (p.666). Esa tesis había normado el comportamiento de Bosch, que rechazaba las persecuciones en nombre del antitrujillismo. Una porción de los políticos había convertido el antitrujillismo sin Trujillo en una especie de salvoconducto político para crearse un heroísmo ficticio o labrarse una nombradía. Para Bosch, el trujillismo era esencialmente la obra de un hombre, a la vez malvado,

ruin y excepcional, que llegó a sustituir y a encarnar al Estado dominicano. El 28 de diciembre de 1961 quedó formalmente disuelto el Partido Dominicano; era una fuerza política creada para servir los designios de un caudillo, al quedar acéfala, comenzó a desintegrarse.

Tras su llegada al país, el 20 de octubre de 1961, Bosch comenzó un programa de charlas políticas para educar al pueblo, y construir una sociedad democrática. Se dio a conocer como escritor; publicó: *Cuentos escritos en el exilio* (1962), *Más cuentos escritos en el exilio* (1962) y *Apuntes para una interpretación de la historia costarricense* (1963); participó en un sesudo debate con el Padre Láutico García quien lo tildó de comunista y dio a la estampa en el país la edición mdominicana de *David, biografía de un rey* (1963). No se concebía a sí mismo como un político *stricto sensu*, sino como un escritor metido en la actividad política.

Tras la muerte de Trujillo, el PRD enfrentó dos crisis. Primero la expulsión de Nicolás Silfa, quien le aceptó una Secretaría de Estado a Balaguer, y la elección de Buenaventura Sánchez como Vicepresidente en la boleta de Juan Bosch. Éste desestimó esa candidatura y en lugar de Sánchez se eligió como compañero de boleta a Armando González Tamayo. Resultó electo Presidente de la República, el 20 de diciembre de 1962; asumió la Presidencia el 27 de febrero de 1963.

Una vez en el poder, Bosch encabezó un gobierno respetuoso de las libertades públicas e hizo aprobar la Constitución de 1963, que consagraba las mayores conquistas del pueblo dominicano. El 25 de septiembre de 1963 sería derrocado por un golpe de Estado militar y enviado a la isla de Guadalupe, desde donde se trasladó a Puerto Rico.

Tras su derrocamiento concluyó en 1964 la novela *El Oro y la paz, Bolívar y la guerra social y Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, esta última relata los acontecimientos padecidos por el país tras el golpe de Estado.

El 24 de abril de 1965 se produce una escisión en los cuerpos militares que logra derrocar al Gobierno de facto encabezado por Donald Reid Cabral. El grupo militar constitucionalista pedía el retorno de Bosch sin que mediasen las elecciones, mientras otro grupo, en cierto modo, comprometido con el golpe de Estado, le hacía oposición. El 28 de abril, tropas estadounidenses desembarcaron en el país, y los constitucionalistas quedaron reducidos a un mini Estado, situado en la zona intramuros de la ciudad, pues las tropas interventoras colocaron un cerco numantino que hizo las veces de frontera. El centro de operaciones del Gobierno constitucionalista era el Edificio Copello de la calle El Conde de Santo Domingo. Bosch había renunciado desde Puerto Rico a la Presidencia de la que había sido depuesto para que asumiera el poder el coronel Francisco Alberto Caamaño.

La guerra de abril fue interpretada de modo distinto por cada uno de los grupos que participaban de la contienda.

Para el PRD el conflicto quedaría zanjado con el retorno de Bosch al poder. Era ésa la reivindicación de los militares que se habían sublevado contra el orden establecido por el Triunvirato y era, además, la petición de los militantes del PRD, muchos de los cuales se habían organizado en comandos de resistencia a la intervención estadounidense y en fuerzas de apoyo al retorno de Bosch sin elecciones.

Para los izquierdistas, se trataba de la revolución anunciada en sus catecismos políticos. Sin embargo, los actores políticos de izquierdas no tenían ningún control de los acontecimientos ni en el frente militar ni en el frente político ni en el frente diplomático.

Para los estadounidenses, se trataba fundamentalmente de un cálculo geopolítico. Había que evitar que surgiese otro Estado semejante al que encabezaba Cuba, la participación de personalidades y de grupos de izquierdas fueron la coartada,

para, amparados en una visión extravagante de esa influencia, emprender una intervención injustificada en el territorio de la República Dominicana.

Para Bosch el desenlace del conflicto ponía en parihuelas sus relaciones con los Estados Unidos; no logró hacer buenas migas con Johnson. Tampoco se lo propuso. Eso hizo que los Estados Unidos apoyaran la candidatura de Joaquín Balaguer para las elecciones del 1º de junio de 1966, quien resultó electo Presidente. A partir de entonces sus relaciones con Estados Unidos serían tormentosas. En 1967, al año siguiente, dio a la estampa *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, obra en la se propone retratar la estructura de poder de los Estados Unidos y su influencia en la diplomacia y en la política internacional, pero en la que ya se advierte una crítica acerba a las guerras que libraban los Estados Unidos en el Sudeste Asiático.

El PRD había sido concebido como un partido populista, desembarazado de preocupaciones intelectuales y Bosch se propone comprender la historiografía dominicana y del Caribe. Había llegado a la conclusión penosa de que el PRD se había transformado en un partido sin ideales y necesitaba hallarse fuera del teatro de la política para poder reflexionar y tomar sus decisiones. En 1967, se hallaba en el puerto venezolano de La Guaira, desde allí se embarcó para Benidorm (Alicante) a un apartamento de su amigo Enrique Herrera Marín. Durante su estancia en Benidorm escribió *Composición social dominicana* (1970), y comenzó la redacción de *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, concluida a mediados de 1969 en París y publicada en 1970.

En España, Bosch volvió a reencontrarse con su verdadera vocación de escritor, y envió una carta de renuncia a la Presidencia del PRD. Una comisión llegada de Santo Domingo encabezada por Peña Gómez, Antonio Guzmán, Miguel Soto y Emilio Ludovino Fernández se presentó a su casa de

Benidorm, y aun cuando no lograron convencerlo de que el PRD pudiera cambiar de rumbo, dejaron sin efecto la dimisión escrita días antes. Fue entonces cuando comenzó a concebir un nuevo tipo de organización, que operaría con círculos de estudios, que tendrían como misión estudiar unos folletos que el propio Bosch escribiría, y la implantación de nuevos métodos de trabajo, entre los que figuraba la unificación de criterios, procedimiento en el que los miembros del Partido expresaban sus opiniones y aceptaban finalmente los criterios que salvaran la unidad operativa del Partido. Al regresar al país en 1970, se propuso rescatar el PRD. Tenía que recaudar fondos para pagar las cuentas de electricidad, servicios y personal; tenía que sacar de su local principal a vendederos y personas que se habían instalado a vivir en la Casa Nacional; tenía que apartar de la organización incluso personajes procedentes del Partido Comunista de la República Dominicana (PACOREDO), y del Movimiento Popular Dominicano (MPD), que habían hecho mancuernas con los dirigentes del PRD y tenían oficinas en la Casa Nacional, y manipulaban una porción de la dirección del Partido. El trabajo fue agotador: lanzamiento de la revista *Política: Teoría y Acción*, edición dominicana de *Trujillo, causa de una tiranía sin ejemplo*. Todos los trabajos de las publicaciones de la organización descansaban en el líder. Peña Gómez, Secretario General del Partido, llegó al país el 2 de noviembre de 1972.

En vísperas de la llegada de la expedición del coronel Caamaño, en enero de 1973, Peña Gómez proclamó en Puerto Plata que las ametralladoras sonarían muy prontamente como en 1965. Como ya se sabía que Caamaño iba a venir al país, los servicios de seguridad del Gobierno, pisándoles los talones a los dirigentes del PRD, interpretaron que las palabras de Peña Gómez eran parte de una conjura organizada por el PRD. Hallándose reunidos en la casa de Jacobo Majluta

el equipo de mando del Partido, comenzó la operación de captura de la oposición, Bosch y Peña Gómez pasaron ambos a la clandestinidad. Concluidas las circunstancias políticas que condujeron a la inmolación del coronel Caamaño, Bosch decide renunciar del PRD. El 15 de diciembre de 1973 nace a la luz el Partido de la Liberación Dominicana (PLD) fundado con el apoyo de algunos seguidores que decidieron andar el nuevo camino. Bosch había contribuido a formar el Bloque de la Dignidad Nacional para contraponerse a las intenciones de Balaguer de mantenerse indefinidamente en el poder. Era un amasijo de partidos variopintos. Las elecciones de ese año debían celebrarse el 16 de agosto de 1974. Los partidos del Bloque de la Dignidad Nacional, que era parte de un frente amplio que incluía partidos democráticos, partidos de izquierdas y, desde luego, al PLD como fuerza hegemónica. El MPD, que originalmente formaba parte del Bloque, se separó y se unió a Peña Gómez y al PRD en el Acuerdo de Santiago. En la primera manifestación pública del Bloque de la Dignidad Nacional se produjeron algunos incidentes, a causa de la violación de los acuerdos previos a la manifestación, que provocaron que Bosch se retirara del mitin, recibiendo un torrente de críticas de los mismos grupos que habían faltado a lo pactado, incluyendo miembros de su propio partido.

El PLD, la nueva concepción política

Muchas de las ideas que había concebido en París, cuando se proponía reformar el PRD, no pudieron aplicarse en absoluto. La fundación del nuevo Partido le daba la oportunidad de señalar el rumbo y aplicar las concepciones políticas que bullían en su mente en aquel momento. En un texto que escribiera para aquella circunstancia, Bosch exponía cabalmente cuáles serían las características del Partido: “Estoy

de acuerdo en que debemos cambiar los métodos de trabajo; debemos convertir el PLD en un partido de militantes, militantes que muevan a la gente, que estén siempre en contacto con la gente, que extraigan todos los días de esa gente alguna forma de apoyo al partido, sea un apoyo económico (a través de cosas que valen 10 ó 20 centavos como lo han hecho los compañeros del Comité Intermedio José Martí, de Cristo Rey, según nos explicó hace un rato el compañero Taveras) o sea un apoyo político, de tipo moral. Efectivamente nosotros tenemos que crear nuevos métodos de trabajo porque tenemos que hacer del PLD un partido diferente del PRD. El PLD tiene que ser un partido que haga cosas, no que se conforme con oír opiniones. Necesitamos que el PLD sea una fuerza viva; una fuerza que al mismo tiempo actúe sobre el pueblo y se apoye en el pueblo, y de esa manera le llevará al pueblo nuestros planes y nos traerá a nosotros las inquietudes del pueblo” (p.696).

Las dos estructuras que servían de inspiración a Bosch eran el ejército y la Iglesia. Así queda manifiesto en sus propias declaraciones cuando se refiere a los orígenes del PLD: “[...] recordé de súbito que cuando tenía nueve o diez años, estando en misa en la iglesia de mi pueblo me di cuenta de que todos los sacerdotes hacían los mismos gestos, exactamente iguales, cuando se preparaban para dar a los feligreses la comunión y también cuando les ponían en la boca el símbolo del pan, y pensando en cuántos serían los sacerdotes católicos que en todo el mundo harían los mismos movimientos en un mismo día mi imaginación saltó de pronto a la disciplina militar, que era una sola para todos los soldados y oficiales de los países que yo conocía, y me pregunté a mí mismo por qué eso no sucedía en los partidos políticos a pesar de que todos, como todas las organizaciones humanas, tenían o necesitaban tener líderes. El conocimiento de que tanto la Iglesia Católica como

los ejércitos tenían siglos de vida me llevó a pensar que los partidos eran relativamente pasajeros porque no aplicaban métodos de trabajo en sus actividades” (p.697).

Pero esas estructuras que servirían de cimientos al PLD operarían en un terreno pantanoso y difícil de construir, que era las ambiciones y sueños de la pequeña burguesía que constituía la mayoría del pueblo dominicano. En las tesis de Bosch, la pequeña burguesía que no tiene trabajo ni destino y que no encuentra qué hacer concibe la política como un medio de salir de su circunstancia angustiosa, y ven la política como la fórmula mágica para salir de la pobreza: “Esperaban que yo iba a ofrecerles la solución de sus problemas; que yo iba a dar en ese mitin la fórmula mágica que les permitiría vivir mejor. Y resulta que los que esperaban eso de mí son personas políticamente atrasadas. Pequeña burguesía sin horizonte en la vida, que no tiene posibilidad de trabajar porque no van a hacerlo como proletarios y al mismo tiempo les es difícil hacer una profesión” (p.702).

Esa contradicción entre la pequeña burguesía y la naturaleza del Partido se echa de ver en muchas reflexiones realizadas por Bosch. Se trata de un problema de alto bordo, ¿debe el partido dejarse dirigir por las masas o debe, como aprecia Bosch, dirigir a las masas? El político lo explica menudamente en sus meditaciones: “Los militantes de un partido... son los que dedican todo su tiempo, los que viven trabajando para ese partido; y la masa no hace eso, la masa no milita. La masa simpatiza y demuestra su simpatía yendo a un mitin o vota por el partido de sus simpatías [...]. En vez de dirigir a la masa, el partido que quiera tener masa de parte suya deberá conformarse con ser dirigido por la masa, o lo que es lo mismo, tendrá que hacer siempre lo que le gusta a la masa [...], lo que sucede en realidad en relación con los partidos y la masa de un país como el nuestro, o como cualquiera de los

países que se parecen al nuestro, es que la masa dirige al partido y no éste a la masa [...]. Así pues, el partido tiene que actuar según le conviene a la masa, y en la masa hay una gran parte que espera recibir, no dar; una parte que sólo da en los momentos críticos de la historia, como en una revolución, pero que fuera de esos grandes momentos críticos no actúa o actúa si no le cuesta muchos sacrificios” (pp.706-707). A partir de entonces quedaba palmariamente acordado que el PLD sería un partido de militantes y que, en contraste con el PRD, cuya única divisa ideológica era un vago antitrujillismo en boga en 1961, el PLD tendría una doctrina ideológica, la liberación nacional. De ello atestiguan estas consideraciones: “Es muy importante que se sepa, compañeros, que no puede haber partido en ningún país sin un líder nacional que imponga respeto; eso es una ley de la actividad política; así como no puede haber partido, realmente partido, sin una doctrina, sin ideología y sin organización. Esas tres condiciones son absolutamente indispensables para que haya un partido verdadero: líder nacional, doctrina y organización” (p.708). Los afiliados del partido serían, esencialmente, militantes. Primero entraban en el noviciado como circulistas; luego pasaban ellos mismos a formar y dirigir círculos de estudios, y posteriormente, ya como directores de círculos, pasaban a la categoría de miembros de los comités de bases, que son la célula básica del partido, que se agrupa en los Comités Intermedios y, en otros casos provinciales, en los Comités Municipales. De los presidentes de los Comités Intermedios se eligen a los miembros del Comité Central, y de estos un pequeño grupo, pasa a formar parte del Comité Político, máximo organismo del Partido. El 15 de agosto de 1974 se dio a la estampa el periódico *Vanguardia del pueblo*, organismo de comunicación del PLD que recogía las quejas del pueblo, las denuncias de corrupción, artículos y entrevistas de formación política, cubiertas

generalmente por el propio líder del Partido, una página de literatura, donde se dada cuenta de escritos realizados por alevines de poetas y escritores que militaban en el Partido. El periódico era la expresión de la línea y la posición del Partido en todos los temas nacionales “[...] lo que le toca hacer a un miembro del PLD en Santiago se hace exactamente igual en Barahona, pero debo decir que la semejanza en el cumplimiento de las tareas políticas produce igualdad en el uso del lenguaje, y los que hablan con las mismas palabras piensan con las mismas ideas” (p.722). Los militantes del PLD tienen en esa tesitura una doble tarea: primero la de formarse intelectualmente deben conocer cómo se fue fraguando la independencia nacional, cómo surgió Pedro Santana desde el anonimato para convertirse en el personaje más importante en los primeros años de la República y por qué acabó siendo lo contrario de lo que fue a comienzos de la Independencia; tendrían que conocer, además, cómo se forma el Estado, qué es un Estado anómalo, etcétera. Segundo, la faena política más importante es la organización de los Círculos de Estudios. Estos, a su vez, constituyen los Comités Patrióticos, estructuras de simpatizantes y gente que apoya el Partido, y se dedican a la venta del periódico del Partido, correa de transmisión con la población. El Comité de Base cumplía, asimismo, otras funciones como la de la Secretaría General, educación, finanzas, Secretario de Actas y Correspondencias y Encargado de Propaganda. El Partido se expresa y existe por esos organismos. Así concibió la política Bosch desde 1973 que funda el PLD hasta su muerte acaecida en el 2001. Al examinar los fragmentos de su biografía expuestos en esta obra queda manifiesto que la política no era la inclinación primaria asumida por Bosch, se había formando desde sus años mozos como escritor, y tras la publicación de dos obras *Camino real*, una colección de cuentos y la novela *La mañosa* le había jurado lealtad a

esa vocación que le había dado frutos precoces. Para no quedar atrapado en las corazas partidarias del trujillismo sale del país en 1938, sin saber que con ello caería de lleno en la actividad política. Durante los años del exilio, el político y el escritor compartirán el escenario americano. Ulteriormente, ya instalado en el país, se dedicará al examen sociológico e historiográfico y a sus escritos políticos; el escritor de ficciones quedará completamente eclipsado.

Cuba, la isla fascinante

En 1939, Juan Bosch llega a Cuba procedente de Puerto Rico. Dos circunstancias lo han llevado hasta La Habana. La primera, la editorial que daría a conocer las obras de Hostos, en las que había trabajado desde hacía un año, se hallaba en aquella ciudad y la segunda, es que meses antes se había presentado en Puerto Rico, Cotubanamá Henríquez, quien lo había instado a formar el Partido Revolucionario Dominicano.

En Cuba, se desempeña como visitador a médico; escribe guiones de radio para la CMQ y publica cuentos y artículos en la revista *Bohemia*; obtiene varios premios y reconocimientos: El premio Hernández Catá de cuentos, en 1943; el premio Hatuey, en 1944. En Cuba se divorcia de Isabel García Aguiar y se casa con Carmen Quidiello; organiza la lucha contra la dictadura de Trujillo; participa en la expedición abortada de Cayo Confites; nace su hijo Patricio, en 1946; Bárbara, la segunda hija del matrimonio Bosch-Quidiello, nacería en 1951, en San José (Costa Rica). En 1952, logró sacar a sus padres de Santo Domingo donde eran hostigados por el dictador Trujillo desde hacía años. Se establecieron en Costa Rica. De 1953 a 1956, vive en Costa Rica, Bolivia, Chile y Venezuela. De los casi 24 años de exilio, Bosch permanecerá en Cuba 19 años; conocerá a fondo los grandes personajes y la política cubana, llegaría a ser Secretario Particular del

presidente Prío Socarrás, formaría parte del equipo de redacción de la Constitución de 1940 y sería la principal figura del exilio dominicano y escritor laureado. De su experiencia cubana nace la obra *Cuba, la isla fascinante* dada a la estampa en Chile en 1955. Había sido escrita en 1951, y se preparaba una edición cubana, pero el golpe de Estado de Fulgencio Batista echó por tierra la publicación y el autor tuvo que establecerse en Costa Rica en 1953. Ese periplo lo llevaría ulteriormente a Chile. Cuba representa una parte principalísima en la biografía de Bosch. El autor concibió la obra en tres grandes porciones.

La primera parte narra acontecimientos historiográficos emblemáticos de Cuba, la descripción de la ciudad de La Habana con sus palacetes, blasones y monumentos, sus puertos de placer y la descripción de los estilos de vida de sus gentes. Luego nos lleva en periplo por las provincias, por sus valles, sus lagos e archipiélagos. Cada uno de los lugares le trasunta un episodio de la historia de Cuba: la guerra hispano-cubana, la explosión del Maine, la derrota del almirante Cervera en el puerto de Santiago de Cuba. En algunas ocasiones el autor, toma un tono enciclopédico. Así al hablar de Daiquirí expresa: “En la noche del 20 de junio tropas cubanas asaltaron y tomaron Daiquirí; en la mañana del 21 comenzaron a desembarcar los soldados de Shafter. De manera que fue Daiquirí, pequeño puerto perdido entre las aguas del Caribe y las lomas ferruginosas, el lugar escogido por la historia para que hiciera planta el poder militar llamado a rematar en América un imperio de cuatro centurias. Daiquirí se conoce hoy en todo el mundo, pero no a virtud de ese hecho, sino porque allí nació un cóctel que había de universalizarse pronto. A mí me tocó conocer al padre de tal cóctel, el mismo que por primera vez lo hizo en el mostrador de un cafetucho visitado por marinos en el puerto que le dio su nombre. Murió en La Habana, allá por 1940, mientras sacudía cocteleras en

la barra del Hotel Plaza. Era ya un anciano cuando le llegó su hora de rendir cuentas al Dios de los bebedores, y los que fueron sus habituales parroquianos en sus últimos años le acompañaron al Cementerio de Colón entre eructos de ron mezclado con azúcar, zumo de limones y gotas de amargo” (p.107). Las calas geográficas son empleadas para escoger con tiento los episodios que el lector debe atesorar como porción de una antología de acontecimientos importantes. Así nos describe la participación en la guerra hispano-norteamericana librada en el campo de batalla cubano de un soldado que llegaría a ser presidente de Estados Unidos: “En El Caney, que domina un panorama de tierras llanas y fértiles, las fuerzas españolas, al mando del general Vara del Rey, resistieron más de ocho horas de bombardeos incesantes, sólo amparadas por las defensas del fuerte El Viso, que todavía, desmanteladas, desafían la lenta y destructora artillería de los años. El fuego español fue criminal en las Lomas de San Juan, donde al final se impuso el valor de los atacantes, entre los cuales descolló la expresión fiera y el talante imponente de Teodoro Roosevelt” (p.109).

El segundo eslabón de la obra lo constituyen los actores. Bosch explica cabalmente cómo se fue formando la identidad del cubano, cada uno de los componentes, africano, indígena y español fueron abandonando progresivamente sus particularismos para constituir la diferenciación que ha hecho entrar en la historia al cubano. Esa manifestación aparece en el escenario histórico. Primero como expresión de la defensa del territorio de los ataques extranjeros: “Durante la primera mitad del siglo XVII, los cubanos, negros y blancos y mulatos juntos, cansados de padecer ataques y asaltos de piratas, se lanzaron a piratear por el mar de las Antillas; lo cual indica que si empezaron unidos una tarea de defensa de sus nacientes centros de población y de trabajo, unidos llevaron también a efecto la tarea de ataque al enemigo común, más allá de las

costas cubanas. Además, aquel aislamiento de que ya se habló, obligaba a las autoridades a tomar en cuenta el sentimiento, la necesidad y la psicología del criollo, si llegaba el caso de actuar sin instrucciones o respaldo de España. En una palabra, el hecho cubano fue diferenciándose del hecho español, demandando un tratamiento para sí, distinguiéndose en el mapa del vasto imperio americano. Al terminar el siglo XVII Cuba era ya Cuba, aunque ella misma lo ignorase” (p.117). Aun cuando el autor advierte la presencia de los rasgos nacionales en las horas tempranas del siglo XVII, la primera muestra de ese carácter se echa de ver en el siglo XVIII: “La primera manifestación organizada de esa diferenciación de carácter, a la vez económico, político y social, se produjo en 1717, cuando quinientos o seiscientos vegueros, esto es, productores de tabaco, entraron en son rebelde a La Habana, sin que los rechazara la guarnición, que fue tomada de sorpresa por los asaltantes. Sucedió que en España, gobernada desde principios de siglo por un francés, el Borbón Felipe V, se quiso organizar la hacienda real; Luis XIV, el Rey Sol, envió a su nieto comisionados franceses para llevar a cabo esa tarea, y éstos aconsejaron establecer el monopolio del tabaco. Los vegueros se rebelaron, destituyeron al gobernador de la isla, lo metieron en un barco, junto con los funcionarios del monopolio, y lo enviaron a España” (pp.117-118). El autor hace inventario de las demostraciones del sentimiento nacional durante la etapa colonial española, para llegar a establecer el perfil nacional cubano: “El último censo de la centuria arrojaba una población superior a doscientos setentidós mil habitantes, masa grande para la época en una colonia española. Entre esos doscientos setentidós mil hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos que eran amos y blancos que no lo eran; negros que eran esclavos y negros que eran libres, mulatos, extranjeros, españoles, seres que sufrían y amaban y luchaban, estaba ya

formado el núcleo de la nacionalidad” (p. 119). Todo el meollo de la formación del cubano se halla cabalmente expresado en esos fundamentos históricos que llevaron al pueblo cubano, primero a constituirse como una comunidad de cultura, luego como una comunidad de intereses y finalmente a constituirse como una comunidad de destino y a proclamar legados comunes. Quedaban otros aspectos que no habían sido trasegados por el sistema colonial español y que comenzarían a resquebrajarse con la invención de la máquina de vapor: “Cuarenta años después del día en que, hacia 1819, un ingenio cubano produjo azúcar con máquinas a vapor, esa maquina haría antieconómico el mantenimiento de los esclavos; y tal hecho iba a desencadenar los acontecimientos que comenzaron en 1868 y durarían hasta 1933” (p. 123). Toda la contradicción incubada por el régimen esclavista principió a naufragar durante la etapa de la lucha de independencia. Aun cuando se ha mostrado fehacientemente la existencia de su sentimiento nacional, ese hecho no traería *ipso facto* un deseo de independencia, y tras las guerras de independencia hispanoamericanas que van de 1810 a 1830, nacen tres corrientes diferenciadas en Cuba. Los anexionistas que considerarán que una alianza con los estadounidenses resultaría necesaria al porvenir de la isla; los autonomistas que concebían un régimen de libertades sin romper los lazos con el Estado español, y luego se hallaban los independentistas a secas. El autor muestra en gruesas pinceladas los precursores de la independencia: el poeta Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés), el venezolano Narciso López, creador de la bandera cubana, quien capitaneó la primera expedición liberadora y el abogado Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte y Francisco Vicente Aguilera. Posteriormente introduce en el escenario a las tres grandes figuras de la independencia de Cuba a José Martí, al general Antonio Maceo y al generalísimo Máximo Gómez.

Los episodios que se cuentan con pulcritud y esmero, están llenos de escenas extraordinarias, como el que se refiere a la preponderancia del himno de Bayamo, conocido como la bayamesa: “Durante la toma de Bayamo, ocurrida en los inicios de la guerra, el pueblo cantó por vez primera, con la letra actual, la canción nacional, que aún en nuestros días se llama Himno de Bayamo. La había compuesto con anticipación Perucho Figueredo, hacendado, poeta y músico. La escribió expresamente para que al estallar la revolución se convirtiera en el canto de guerra de los cubanos libres; y sin darle letra la fue haciendo popular en todos los círculos de la ciudad. [...] Perucho Figueredo murió en el patíbulo, como murieron millares de cubanos” (pp.140-141). Otro aspecto que se echa de ver son las complejas relaciones que mantendrán los Estados Unidos y Cuba. Tras la capitulación de España, después de que las tropas estadounidenses hicieran añicos la flota del Almirante Cervera, los Estados Unidos ocuparon durante cuatro años la isla e impusieron la odiosa Enmienda de Platt. El autor lo compendia en esta reflexión: “Pues de su posición de colonia española el país pasó al grado de semicolonias; y hasta que se dio la victoria de la llamada “revolución de 1930” no pudo romper los invisibles muros del semicolonialismo” (p.166). Muchos de los rasgos del pensamiento de Juan Bosch se muestran en esta obra como los frescos de un friso romano:

1) Su oposición resuelta a las manifestaciones de la supremacía estadounidense, que tiene en muchos casos los aspectos de un poder imperialista¹⁰.

¹⁰ “Por uno de esos fenómenos históricos que aciertan a comprender el político o el filósofo, los propios jefes del Ejército Libertador, que alcanzaron rango de presidentes de la República, sirvieron de instrumento para la nueva esclavización del Trepando sobre los hombros de sus compañeros y de su pueblo, alcanzaron el poder para disfrutarlo o para ejercerlo como mayores de la flamante metrópoli.

2) En varios pasajes de la obra, el autor hace críticas veladas a la insuficiencia del capitalismo para darle respuesta a los problemas de Cuba; su visión conectada con el ideal socialista, aun no se había completado; pero su crítica acerba a la dominación semicolonial que padece entonces Cuba, sus innegables simpatías con la revolución de 1933¹¹ de Grau San Martín; su vinculación con la Constitución de 1940, de la cual fue uno de sus redactores, serán las pilastras de sus ideas políticas a principios de 1950, y constituirán los cimientos del pensamiento político del fundador del Partido Revolucionario Dominicano. Muchas de estos razonamientos que son el santo y seña de una revolución de liberación de las ataduras a la hegemonía del poder estadounidenses, aparecerán en sus discursos políticos durante su etapa de presidente y

‘Esto es cierto para todos, desde don Tomás Estrada Palma hasta Gerardo Machado, el último de los presidentes títeres de aquel período. Don Tomás, hombre honesto en la administración de fondos públicos, tiene, sin embargo, un final lamentable, casi ignorado por el pueblo: solicitó una intervención militar norteamericana en 1906 y dejó al país sin instituciones, mediante una maniobra, legalista incalificable, para que la República cayera, sin lucha y gloria, deshecha a los pies de los soldados del Tío Sam’ (pp.168-169).

¹¹ “El Gobierno revolucionario desconoció la Enmienda Platt, autorizó la organización de los obreros y reconoció su derecho a la huelga, proclamó la igualdad ciudadana de la mujer con el hombre y prohibió la discriminación; consagró el derecho del cubano al trabajo exigiendo que cada nueva plaza se le diera a un natural de la isla —y para poner en vigencia tal decreto, embarcó hacia su país de origen a cientos de miles de antillanos cortadores de caña y a millares de españoles dependientes de comercio—; sometió los centrales a la ley cubana: les prohibió usar subpuertos privados para importar y exportar, declaró zonas urbanas las pequeñas poblaciones nacidas a la sombra de los ingenios; rebajó el precio de la energía eléctrica y los alquileres de casas; limitó las horas de trabajo y regularizó las de las mujeres y los niños; estableció jornales mínimos muy por encima de los habituales y respetó todas las libertades públicas. En cuatro meses escasos puso en manos del pueblo las fuentes de riquezas y de trabajo y redujo el poder de los grandes capitalistas extranjeros a los límites que debían tener en un país que dejaba de ser dependencia semicolonial. Con tales decretos quedó consagrada la revolución libertadora. Ya Cuba era de los cubanos, aunque en detalle hubiera mucho que hacer todavía” (pp.181-182).

líder del PRD, se hallan cabalmente expuestas en la *Dictadura con respaldo popular* (1969), en la que tiene primacía la recuperación de los atributos soberanos del Estado, el desarrollo de una burguesía nacional, la ruptura con dependencias extranjeras que mellen o limiten la independencia nacional y la aplicación de una política al servicio de la mayoría del pueblo, y no doblegada a los intereses de los poderosos.

3) El retrato que hace Bosch de los políticos define otros de los rasgos de su visión política. El modelo con el cual suele comparar la actividad política lo extrae de las enseñanzas de José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba. La política al servicio de las personas, no el servirse de la política para disfrutar el poder como sibaritas o para enriquecerse, olvidándose de los compromisos hechos a la patria. La política debe ser ara, lugar de esfuerzo, y no pedestal, para enseñorearse.

4) Otro rasgo que ya aparece copiosamente en *Cuba, la isla fascinante* es su tendencia a introducir elementos psicológicos en el examen historiográfico. Probablemente esta influencia se ha incubado en las lecturas de Herrera Luque, pensador venezolano, cuyas obras teñidas de explicaciones de esta índole tuvieron gran peso en la formación de Bosch. Los retratos de los políticos muestran el conocimiento que tenía de los hombres Juan Bosch ya en 1950. De Fulgencio Batista, quien gobernó Cuba durante 11 años, tras el golpe de Estado contra Grau San Martín¹², nos dice lo siguiente: “Hombre de coquetería casi femenina, está siempre en pose, cosa que no es normal en Cuba; su voz baja no es la habitual en la isla; su acento resulta cortante, y el del cubano es dulce y suave. Pero donde

¹² No nos referimos explícitamente al segundo golpe de Estado que le llevara al poder en 1952, porque pertenece a una etapa no incluida en el libro. Batista fue derrocado en 1959, tras el triunfo de la guerrilla dirigida por Fidel Castro. En su segundo período permaneció siete años en el poder. En el primer período de 1933 a 1944, fue derrotado en las urnas por Grau San Martín.

menos parece cubano es en su conducta. El peor de los cubanos se respeta a sí mismo y respeta esos valores morales que hacen posible la convivencia entre gente civilizada, como son el odio al crimen, el odio a la traición, el odio a la calumnia. Fulgencio Batista tiene como medios constantes de su acción política el crimen, la traición, la calumnia. El cubano es brutalmente sincero. Fulgencio Batista es un simulador a toda hora” (p.190). De Ramón Grau San Martín, el jefe de la Revolución del 1933, nos dice lo siguiente: “Pues ese médico, hijo de españoles y con ligero acento peninsular en el hablar, resultó rotundamente cubano; y no habiendo ejercido la política al uso, tenía el instinto de lo que era el poder. Ejerciendo ese instinto gobernó con la arbitrariedad de los revolucionarios pequeño burgueses [...] demoliendo, minuto a minuto, las murallas semicoloniales que limitaban el progreso de Cuba” (p.181). De Carlos Prío Socarrás, el segundo Presidente, postulado por el Partido Revolucionario Auténtico, al cual pertenecía Grau San Martín, nos da esta pincelada: “Carlos Prío Socarrás, que llegó al Palacio Presidencial de cuarenticinco años, precedido por un pasado de luchas y experiencia de legislador y de gobernante. Alto, de cabeza encanecida, perfil Judaico y sonrisa fácil, con conocimiento de los problemas del Estado y habilidad política, pero sin temperamento de gobernante, mantuvo las conquistas sociales de su predecesor, amplió su plan de obras públicas, sostuvo el prestigio internacional de Cuba y las libertades democráticas y creó instituciones fundamentales, llamadas a afirmar el desarrollo económico del país y a garantizar la honestidad administrativa [...]. Esa desgana del presidente Prío se reflejaba en el Partido Auténtico [...]. El Gobierno y sus adeptos se dejaban ganar por la campaña de los adversarios” (pp.185-186). Bosch subraya que tras las campañas moralizadoras emprendidas por el propio gobierno de Prío Socarrás, se desató una

desconfianza generalizada en la sociedad que se llegó a pensar que todo aquel que se entrevistase con el Presidente, se convertía en millonario. De este modo se llega a comprender las circunstancias de la muerte de Eduardo Chibás, líder ortodoxo, que se hallaba a punto de ser favorecido en la elección presidencial: “Los partidarios de Chibás han cometido el error de achacar la causa de su muerte al cerco dialéctico, fríamente ejecutado, en que lo encerró Aureliano Sánchez Arango, por esos días Ministro de Educación en el gabinete de Prío Socarrás [...]. Nadie usaba de esa arma más que Chibás, paradigma del desinterés en asuntos de dinero, que había nacido rico, había actuado en política usando sus bienes privados, había hecho su carrera sin usar al ‘sargento político’ (el buscador profesional de votos) y predicaba la honestidad con verbo quemante. Uno tras otro, los líderes auténticos fueron cayendo bajo la palabra demoledora de Chibás. Pero tuvo una polémica con Sánchez Arango, y Sánchez Arango no sólo era tan desinteresado en asuntos de dinero como su antagonista, sino que además era un estratega político de implacable frialdad. En el ardor de la lucha, Chibás cometió el error de llamar a Sánchez Arango deshonesto. El acusado pidió pruebas. Chibás no podía ofrecerlas, y él lo sabía” (pp.186-187). Chibás pensando que había perdido la fe del pueblo se autoinmoló de un pistoletazo en la cabeza ante los micrófono de la emisora radial.

La mirada de Bosch se pasea por cada aspecto que considera trascendente. Así las apostillas compendian comentarios sobre personajes de la historia y de la vida cubana. Se detiene en Carlos J. Finlay, el que descubrió que la fiebre amarilla se transmitía por el mosquito vector, científico de renombre mundial; y en los reformadores sociales como Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Varona, en el historiador José Antonio de Saco, en los músicos Brindis de Salas, Ignacio Cervantes, Sánchez Fuentes y el erudito antropólogo Fernando Ortiz y otros.

En la tercera porción de la obra el autor se concentra en el viaje al mundo interior, aun cuando dedica dos extensos capítulos al contrapunteo del tabaco y del azúcar, los dos cultivos que habían constituido la organización económica y social de la sociedad cubana. Bosch nos describe el carácter nacional cubano en una suma de rasgos: 1) “el cubano padece el mínimo de inhibiciones” (p.224); y eso “lo inclina a la inconsciencia” (p.228); “no hay nada que un cubano no se sienta capaz de hacer” (*ibid.*). Se apoya en ejemplos historiográficos para demostrar sus razonamientos¹³; 2) todo lo que parezca convencional le molesta; 3) “todo el sentimentalismo del cubano se crece a favor de la víctima o del perseguido; y tenga razón o no, el perseguidor” (p.229); 3) “El individualismo cubano llega hasta las fronteras de la convivencia, y jamás las traspasa” (p.233); 4) “El sentido de convivencia, el hedonismo y la sinceridad, la inconsciencia con su secuela de escasa cortesía; todas esas manifestaciones resultan lógicas y naturales en un pueblo que detesta ocultar los complejos, porque eso lo hace infeliz” (p.243); 5) otros elementos que se aderezan a esta lista son la “coba”, llamada el azúcar de la convivencia y el “relajo” que muestran el amor del cubano por la falta de rigor. De todos los elementos de psicología social del pueblo cubano, el hedonismo constituye la quintaesencia, de donde resulta un gusto desenfrenado por los placeres, el culto al cuerpo y un ansia de amar y de ser amado. Además de estos rasgos el autor describe con toda menudencia los sincretismos religiosos, surgidos de la presencia dentro de la

¹³ “Fulgencio Batista fue un inconsciente cuando, a la cabeza de sargentos y cabos, sublevó el ejército y la marina en un país que contaba centenares de distinguidos oficiales de escuela; los cubanos que se alzaron contra España eran inconscientes cuando se enfrentaron, sin más armas que algunos viejos fusiles y sus machetes libertadores, a ejércitos aguerridos, organizados y compuestos por millares y millares de bien pertrechadas tropas. Lo admirable, y a menudo incomprensible en Cuba, es que un mal como la inconsciencia resulte a veces transformado por ese pueblo en una virtud” (p.228).

religión católica de la santería, que es una compleja red que incluye una multitud de orishas o deidades africanas, una explicación religiosa integral, métodos curativos y empalmes con el espiritismo y la brujería. Bosch anota que “el pueblo cubano, claro que con sus escasas zonas de excepción, es católico, bruje-ro y espiritista. Ha creado, pues, su religión” (p.268). Pero la religiosidad como los demás elementos de su cultura se hallan empotrados de hedonismo. De las ceremonias pagano religiosas han surgido la música y el baile, donde tiene primacía el substrato africano: el mambo, el guaguancó, el son, el danzón, la guaracha. Ese periplo introspectivo por los territorios de la mentalidad del cubano completa el conocimiento de Cuba.

Cuba, la isla fascinante desempeña un papel fundacional en la formación de Bosch. Al igual que el conocimiento de la obra de Eugenio María de Hostos emprendido durante su estancia en Puerto Rico, el descubrimiento de Cuba, el examen de sus grandes hombres, de sus políticos, de sus artistas, ha alimentado su experiencia de sociógrafo, al punto de que pueden columbrarse muchos de los pilares que luego sirvieron de escabel a otras reflexiones como *Composición social dominicana*, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*. En estas obras se retoma el ovillo que ya aparecía, en ciernes, en algunos pasajes de *Cuba, la isla fascinante*. Pero, además, se echa de ver en su experiencia cubana su conocimiento cabal de la política, de los hombres y muchos de los rasgos que ya se atisban durante su etapa de Presidente de la República, y cuando se inicia formalmente como líder político del pueblo dominicano.

Viaje a los antípodas

Tras el golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963, se produce en Bosch una transformación ideológica fundamental. Bien es verdad, que muchas de las ideas que se exponen

en la primera evaluación de esta circunstancia recogida en *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), ya se hallan presentes, aunque en sordina, en *Cuba, la isla fascinante* (1955). La guerra de Vietnam y sus repercusiones en Laos y Camboya, la intervención militar de Estados Unidos en Santo Domingo, el 28 de abril de 1965 y el respaldo sin reservas que dieron los Estados Unidos a gobiernos dictatoriales y regímenes de fuerzas *so capa* de que estaban contraponiéndose a la expansión del comunismo, produjo una ruptura con una porción del liderazgo latinoamericano y los Estados Unidos.

El teatro internacional se halla dominado por el enfrentamiento entre las dos potencias hegemónicas: los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Esta circunstancia nace del final de la Segunda Guerra Mundial (1945) hasta la disolución de la URSS y la caída del Muro de Berlín (1989), y se caracteriza por la carrera armamentista emprendida por ambas potencias; el lenguaje altisonantes de los campos de combate: el Pacto de Varsovia, que agrupada a los países del campo socialista y la OTAN que reunía a las democracias capitalistas. Los expertos en geopolítica llamaron esta etapa la Guerra Fría. En realidad, el teatro de la guerra se había desplazado a otras zonas del mundo: al Sudeste Asiático, donde se llevaba a cabo una guerra combinada. Por una parte, era una guerra contra los remanentes del colonialismo europeo implantado en Asia, guerra de independencia de Vietnam y la llamada Conchichina contra el imperialismo francés, vencido en la batalla de Dien Bien Phu; la guerra de Corea, que produjo la secesión del país en dos Estados rivales y las guerras anticoloniales en África, que, en muchos casos, constituyeron gestas combinadas. Por una parte, se combatía contra la presencia colonial, por ejemplo, de Portugal, en Angola,

Mozambique y Guinea; y, por otra, los movimientos de liberación, aupados y armados por la URSS, luchaban por establecer repúblicas socialistas. En 1967, tras dos años de la guerra de abril del 1965 da a la estampa *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, un examen de la política exterior estadounidense, definida como una nación guerrera y opuesta a la paz mundial; en 1968 viaja por los países de Europa del Este y mantiene reuniones con los grandes líderes del campo socialista: el mariscal Joseph Tito; Kim Il Sung, en Corea del Norte; Chou en Lai, en China; Phan Van Dong, en Vietnam; en Camboya, alternó con el príncipe Norodom Sihanuk. Sus viajes a los antípodas, Corea, China, Camboya, Vietnam definen el derrotero que ya ha tomado su pensamiento político. No hay duda que estas personalidades influyeron en su visión geopolítica, pensaba ya cabalmente que las transformaciones sociales que debían hacerse en el país, había que asociarlas a un movimiento de doble vertiente: la liberación del colonialismo empotrado en las muestras internacionales de vasallaje, acompañada de una revolución social. Son las ideas que luego pondrá en práctica al fundar el Partido de la Liberación Dominicana en 1973. Poco después de su renuncia del PRD, en 1975, proclama que “no moriría en la mentira, y que era marxista, aunque aun no era leninista”.

En ese período llegó a fraguar la idea de que la democracia representativa, tal cual la conocemos en la América Latina, no podía garantizar el bienestar, la justicia y la felicidad de la patria. Aun cuando rechaza las formas de llegar al poder por métodos violentos: la guerrilla, el golpe de Estado, el pronunciamiento militar, concibe, como objetivo esencial, un régimen liberal, burgués, nacionalista, que pueda constituirse en la antesala, de la implantación de un régimen socialista. Esas ideas se hallan cabalmente expuestas en *Dictadura con respaldo popular* (1969).

El PRD, partido que había sido fundado para combatir a Trujillo y que, al decir de Bosch, carecía de fundamento ideológico, era el escenario de un mar de ambiciones personales, a las cuales Bosch no podía dar respuesta. Se propuso, inicialmente, transformar el Partido, creando los círculos de estudios, la revista *Política: teoría y acción*. Pero el Secretario General del Partido, estimulado por apoyo del Departamento de Estado estadounidense y la aureola que le dieron los líderes de la Internacional Socialista, comenzó a albergar la idea de que podía conducir los derroteros del PRD por los senderos tradicionales de la lucha electoral. Bosch, en cambio, trataba de encauzar al Partido por una concepción ideológica nueva, fundada en la ambición de aniquilar las ataduras coloniales que aún prevalecían en la sociedad dominicana. Ese fue el origen de las contradicciones entre los dos líderes del PRD.

En la concepción de Bosch, el socialismo se hallaba empujado en la propia evolución de la sociedad. Muchos son los temas que concentran el interés del autor: las menudencias de la política estadounidense durante la guerra de Vietnam, la circunstancias que llevaron a la división de Corea en dos estados rivales y antagónicos; Mao Tse Tung y la política llevada a cabo por China, el régimen de Camboya; el autor nos da un perfil geopolítico de los combates que se libraban en el Sudeste Asiático; hace, parejamente, un contrapunto historiográfico mostrando el papel de las potencias europeas y las luchas de estas naciones por la independencia. Muestra cómo se configuran las alianzas, y cómo las luchas de liberación nacional se transforman, por efecto de las alianzas, en luchas por el socialismo. Y aquí nace la visión geopolítica de Bosch. Concibe el ideal de la liberación nacional, como la realización de la Independencia nacional, mellada por la hegemonía de los Estados Unidos, y esa faena, a la par patriótica y política, sólo podría llevarse a cabo dentro de una visión

geopolítica, conectada con el ideal socialista, y opuesta cabalmente a lo que ha sido la democracia representativa: “Fui al Asia y al Sudeste Asiático a buscar la Verdad. Durante años y años creí que políticamente la Verdad se hallaba en la llamada democracia representativa, pero sucedió que cuando el pueblo dominicano se lanzó a morir por esa democracia que yo, entre varios pero quizá más que muchos, le había enseñado a buscar, la tal democracia representativa sacó de sus entrañas la putrefacción, el crimen, la mentira, el abuso. Yo oí al presidente de los Estados Unidos, país líder de la tal democracia representativa, mentir como sólo mienten los seres más abyectos; oí a él y senadores, diputados, altos personajes y a la radio oficial de los Estados Unidos acusar a la revolución democrática del pueblo dominicano de criminal y salvaje; vi a la soldadesca norteamericana llegar a Santo Domingo armada hasta los dientes para bombardear a la ciudad más vieja de América, para aniquilar el impulso creador de nuestro pueblo y para exterminar, como se hace con las fieras, a los luchadores democráticos dominicanos; vi a la República desamparada, engañada por los organismos internacionales y traicionada por la OEA; la vi atropellada por soldados latinoamericanos, enviados a nuestro país para justificar el crimen de los Estados Unidos, que habían violado tratados hemisféricos y no querían ni podían quedarse solos ante la conciencia del mundo como autores de esa violación; he visto morir dominicanos día tras día desde el momento en que desembarcaron en el país los primeros infantes de marina del señor Trujillo hasta el momento en que escribo estas líneas, ya a punto de terminar el año de 1969, a pocos meses de cumplirse los cinco años de la intervención norteamericana” (pp.375-376).

En la obra, Bosch pone de relieve el papel geopolítico como potencia hegemónica desempeñado por Estados Unidos, la aplicación de la doctrina de Monroe, que los autorizaba a

intervenir en los territorios americanos, siempre y cuando, se mantuviesen conflictos con potencias europeas, y la doctrina Polk o del destino manifiesto, que se tradujo en la práctica, en la expansión a la orilla del oeste, y el control de los dos océanos, Atlántico y Pacífico. He aquí las conclusiones historiográficas a las que llega Bosch, al penetrar en las menudencias de la proyección del poder estadounidense: “[...] arrebataron las Floridas a España y le quitaron a México más territorio del que ocupa hoy esa nación; se quedaron a cañonazos con Puerto Rico; se quedaron con Hawai y la Zona del Canal de Panamá; partieron en dos a Colombia y hoy tienen sus tropas establecidas en Corea del Sur y en Viet Nam del Sur, dos países inventados por ellos a costa de la unidad de los viejos pueblos de Corea y de Viet Nam, así como inventaron en Formosa una China nacionalista sustraída de la China continental e inventaron en Santo Domingo el llamado gobierno de reconstrucción nacional para mantener dividido al pueblo dominicano” (p.379). En los años postreros de la década del sesenta, Bosch llevaba ya la esclavina marxista, y tenía el socialismo como ideal al cual debía propender la actividad política, ello contrastaba con las estructuras del PRD, que fueron concebidas como una maquinaria para entrar en la liza electoral, lejos de las ambiciones de transformación social. En muchos pasajes del *Viaje a los antípodas* se echa de ver el ansia de concretar la acción política en una transformación revolucionaria, que compartía una multitud de rasgos con los regímenes, hallados en los antípodas. He aquí una prueba al canto: “En el caso concreto de la República Dominicana, la revolución se hará para dismantelar el Frente Oligárquico, que es el instrumento de que se valen los Estados Unidos para gobernar nuestro país a su antojo, y los señores embajadores norteamericanos pretenden hacerle creer al pueblo de Santo Domingo que la revolución es innecesaria, que en Norteamérica

y en Inglaterra jamás hubo revoluciones, que los que tienen hambre deben esperar su oportunidad para comer, aunque haya que ir a servirles la comida al cementerio. Al tomar el poder, lo primero que harán las masas dominicanas y las de todos los países pobres del mundo —con los de la América Latina a la cabeza, desde luego— será tomar posesión de lo que es legítimamente suyo, de lo que se halla en su tierra y de lo que ha sido creado con el trabajo de sus hijos; es decir, procederán a nacionalizar las empresas norteamericanas. Y como eso significa que los millonarios norteamericanos dejarán de seguir recibiendo los dólares que sacan de nuestros países, hay que evitar por todos los medios que hagamos revoluciones. Esa es la razón de esas mentiras” (p.381).

Los propósitos de Bosch en la política ya se hallaban totalmente delineados, cuando regresa al país tras su viaje a los antípodas. Puede decirse que esta obra refleja estrictamente la evolución de su pensamiento tras el golpe de Estado de 1963 y la guerra de abril de 1965. La caída del Muro de Berlín en 1989 produjo remociones en la ideología socialista en todo el mundo, pero de esas circunstancias no hay ningún pasaje en su obra que atestigüe del abandono de sus antiguas concepciones, asumidas de manera explícita desde la fundación del PLD hasta su muerte acaecida el 1º de noviembre del 2001. Bien es verdad, que las concepciones radicales expresadas en *Dictadura con respaldo popular* fueron progresivamente abandonadas, quedando en pie el ideal de liberación nacional, reflejo de la influencia que tuvieron en él las luchas anticolonialistas de los pueblos del Sudeste Asiático.

Viaje a los antípodas se propone mostrar los mecanismos bélicos empleados por los Estados Unidos para proyectar su poder en el Sudeste Asiático; examina las maniobras diplomáticas para enseñorearse como poder hegemónico. Tales conclusiones se extraen de las revelaciones de los *Papeles del Pentágono*;

muestra, además, con toda menudencia el fracaso de cuatro presidentes estadounidenses: Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon; y, finalmente, bosqueja la epopeya llevada a cabo por los pueblos de Indochina, que lograron su independencia plena, después de la derrota de los franceses en Diem Bien Phu, y lograron constituir, tras vencer a la primera potencia del mundo, una sociedad emancipada del influjo estadounidense, que tenía, según se deduce de sus apostillas, tintes imperialistas. Al través de estas tres obras: *El PLD, un partido nuevo en América*; *Cuba, la isla fascinante* y *Viaje a los antípodas* se nos revelan como las porciones de un friso antiguo todos los pormenores autobiográficos de Bosch. Las dos últimas se refieren explícitamente a sus estancias en el exterior, y de ellas Bosch afirma en una entrevista concedida a Leonel Fernández en 1985, lo siguiente: “Si yo no hubiera podido salir de la República Dominicana en enero de 1938 no habría podido desarrollarme, ni como escritor ni político; y si de Puerto Rico no hubiese ido a parar a Cuba mi vida habría sido completamente distinta. Así, pues, mi vida no ha sido más que el resultado de la suerte y eso, naturalmente, tiene su sentido. [...] El mismo Marx ha dicho que el azar es una categoría de la historia. Yo no soy más que un hombre con una suerte increíble”¹⁴.

Bosch no escribió su autobiografía ni dio a la estampa unas memorias, sin embargo, en estas tres obras *El PLD, un partido nuevo en América* (1989), *Cuba, la isla fascinante* (1955), y *Viaje a los antípodas* (1978), y en las entrevistas compendiadas por Guillermo Piña Contreras, *En primera persona* (2000), se nos echa de ver la arqueología magnífica de los acontecimientos políticos, de las hazañas literarias y de la evolución ideológica, de una vida, que por más de una razón, nos parece ejemplar.

¹⁴ FERNÁNDEZ, Leonel, “Diálogo íntimo con Juan Bosch”, en *En primera persona*, op. cit., p.142.

CUBA, LA ISLA FASCINANTE

*A Carmen, en cuya sonrisa
se hospedaron la dulzura
y la luz de la isla
fascinante.*

*Y a Sergio Pérez,
José Luis Álvarez,
Paquito de Cárdenas
y Cruz Alonso,
mis amigos de Cuba,
esencia del generoso
corazón de su pueblo.*

El autor de este libro ha creído innecesario reproducir a la letra frases de héroes, escritores y poetas cubanos citados en él, puesto que lo importante es evocar la médula de esas expresiones. En cuanto a bibliografía, no la ofrece, aunque cree que los escritores de Cuba han sido en cierta forma sus colaboradores, ya que “La Isla Fascinante” es el resultado de muchos años de observaciones y lecturas. El autor considera, sin embargo, deber suyo dar los nombres de aquellos que leyeron los capítulos relacionados con sus especialidades, todos los cuales hicieron importantes enmiendas.

Emilio Roig de Leuchsenring repasó muy gentilmente las páginas sobre la ciudad de La Habana; el Dr. Leví Marrero tuvo la bondad de aprobar la descripción del Paisaje de la isla; Ángel I. Augier entregó al autor su biografía inédita de Nicolás Guillén; Fernando Ortiz —quien, a la hora de publicarse este libro ignora lo que sobre él se dice en el capítulo “Las Altas Voces del Pueblo”— tuvo a bien hacer observaciones en los capítulos sobre la psicología cubana; el ingeniero industrial Ricardo del Valle ofreció todo su conocimiento sobre el tabaco; don Ramiro Guerra leyó el Capítulo sobre el azúcar y le hizo valiosas correcciones.

“La Isla Fascinante” comenzó a escribirse, a mediados de 1951, en la finca “La Favorita”, cerca de La Habana, gentilmente ofrecida por su dueño, el escritor y diplomático cubano José de la Luz León. Partes del libro se escribieron en

Santa Cruz del Norte, en Varadero, en San Diego de los Baños y en San José de Costa Rica. Terminado en febrero de 1952, fue necesario ponerlo al día en cuanto a acontecimientos políticos, razón por la cual su publicación se ha retardado hasta ahora.

El autor pretende que “La Isla Fascinante” interprete la gratitud de todos los que hemos recibido de Cuba el pan de la hospitalidad. En su caso, el autor aspira, sobre todo, a que la Cuba de hoy pueda ser vista mañana en estas páginas por un niño que nació, hace nueve años, en la ciudad de Santiago de Cuba.

Ese niño es mi hijo.

JB

Santiago de Chile,
abril de 1955.

LIBRO PRIMERO
EL ESCENARIO

I

LA PUERTA LUMINOSA

De codos sobre la baranda de la terraza, en el aeropuerto de Rancho Boyeros, esperaba yo a un amigo que debía llegar pronto. Serían las nueve de la noche, y la brisa de mayo mecía a lo lejos el airón de las palmeras, que bajo la brillante luna chorreaban por todas sus hojas luz de plata. Era difícil apreciar, entre el vaivén de la gente y el resoplar de los aviones, la majestuosa soledad del cielo cubano, que resplandecía de horizonte a horizonte, metálico y azul.

Yo había llegado al aeropuerto pensando cómo lograría infundirle a mi amigo, desde el primer momento, ese hechizo de La Habana que de años antes llevaba yo en la sangre. Sabía bien que vista desde el aire la ciudad tiene un embrujo especial; se ve allá abajo parida de luces, como una mujer que muestra carnes rozagantes al resplandor de las mejores joyas. Pero sabía también que cuando se vuela sobre ella en la noche se pierde ese encanto único del paisaje que rodea a la capital; la vista de los campos sembrados de caña, de tabaco o de papas, con las altivas palmeras haciendo centinela aquí y allá, mientras entre los cuadros de los más variados tonos verdes irrumpe el color rojo, casi morado, de las tierras en barbecho, y las pardas y blancas manchas de los bohíos desperdigados en medio de la llanura.

Para ayudarme fulgía arriba tal noche, con esa especie de saludable brillo que sólo en los trópicos tiene, una luna entera

y enorme, al favor de la cual vi acercarse el avión, lo vi alejarse hacia el noroeste, buscando el rumbo de Santa Fe, y cuando retornó, saliendo por el oeste, listo a aterrizar, ya tenía yo un plan para deslumbrar a mi amigo con la presencia de la ciudad, la más vital y atractiva de cuantas capitales puede recorrer un hombre como aquél, que venía desde Buenos Aires camino de Montreal, esto es, desde las grises pampas del trigo hasta la ordenada tierra de las nieves. Lo que mi amigo vio esa noche en poco más de una hora de recorrido lo dejó hechizado para siempre. Cuantas veces nos hemos encontrado después he sentido en su voz, al hablarme de La Habana, esa especie de amargura que tiembla en el fondo de las nostalgias de buena ley.

La Habana es la puerta luminosa de una isla fascinante. Cuando se entra en Cuba por ella todo el resto del país queda impregnado con el encanto de la capital; cuando se llega a la isla por otro punto cada sorpresa del paisaje parece ir preparando al visitante para el encuentro con La Habana. Es una ciudad encantadora, algo así como una muchacha espléndida que se hubiera criado paganamente correteando por los bosques y quemándose al sol de las playas, sólo preocupada por llenar cada hora con el júbilo de vivir sin importarle de dónde procede ni qué le reserva el porvenir.

Para conocer la raíz misma del alma habanera es de gran importancia comprender que sobre esta capital no gravita pasado riguroso alguno. La ciudad ha hecho a lo largo de cuatro siglos su vida con entera libertad de protocolos nobiliarios o de limitaciones inquisitoriales; ha crecido en sí misma con total independencia de alma, jocunda y briosa. Nadie sabe qué día ni dónde se fundó; nadie, por lo menos, puede atestiguar con documentos legítimos que nació en tal fecha y en tal lugar.

En la regulada atmósfera de la Conquista esto es un acontecimiento, puesto que las pragmáticas reales para el

establecimiento de villas en América son precisas y no admiten desvíos. España descubre un mundo nuevo en los años finales del siglo XV, precisamente cuando allá se estaba creando un gran Estado absoluto. La lucha contra el libre albedrío de los señores regionales, la voluntad de gobernar con nuevos métodos sobre los restos del imperio árabe, la de unificar bajo la mano de Castilla a los pueblos de la Península; todos esos propósitos determinan el mantenimiento de una poderosa voluntad regimentadora. América es el escenario ideal para forjar un mundo distinto. En América no podían producirse los burgos de añeja formación, nacidos y desarrollados al pie de alguna torre señorial, en el cruce de dos caminos o a la sombra de los mercados del medioevo, nidos de comerciantes y de artesanos, que cuando se sentían fuertes reclamaban leyes o amparos reales o privilegios, y de no obtenerlos se aliaban a un enemigo feudal de la corona.

Lo mejor era que en América nacieran de un golpe las villas; que surgieran por gracia y mandato del rey; que se debieran a la autoridad suprema de Su Majestad, servidas por gobernadores, por tenientes de gobernadores o por cabildos cuyos miembros debían colocar sobre sus cabezas, al recibirlas, las cédulas reales, y jurar solemnemente, dejando de ello constancia en actas bien labradas, que las tales cédulas serían “obedecidas e cumplidas e guardadas” en todo el territorio de la villa.

Era costumbre que el conquistador fijara, clavando una lanza en tierra, el sitio preciso de la ciudad; que determinara sus lindes y se estableciera dónde iba la plaza central, dónde la casa del gobernador y la del ayuntamiento, dónde la horca para hacer justicia; que se dijera misa, se eligiera un solar para la iglesia o capilla, se bautizara el nuevo establecimiento, se seleccionara un santo para que su nombre y su imagen presidieran el centro de autoridad que iba a nacer. Las disposiciones

para la fundación de ciudades eran prolijas y prescribían todo cuanto es imaginable; se decía en ellas cómo debían ser tendidas las calles, y en cuáles esquinas, si eran de sombra o de sol, habían de ir determinados establecimientos, las iglesias y las moradas de frailes, por ejemplo.

Muchas ciudades fundadas con tal aparato de autoridad desaparecieron en pocos años, otras fueron destruidas por terremotos, otras abandonadas debido a que resultaron insalubres. La Habana, que no iba a tardar en convertirse en un centro de enorme actividad comercial, nació, sin embargo, por sí sola, sin que se invocara para establecerla disposición real alguna, sin que se levantara acta ni se le diera nombre. Los historiadores discuten desde hace años sobre si quedó establecida en la costa sur de la isla, por donde está hoy Batabanó, puerto de pescadores de bonitos y esponjas, o en la boca del río Mayabeque; sobre si la fundaron primero en la costa norte, a orillas del Almendares, que por aquellos días fue llamado La Chorrera, donde tuvo tierras el conquistador de Cuba, Diego de Velázquez; o si la ciudad nació al margen de la bahía bautizada La Carena o Las Carenas, sitio donde habían arribado y caído prisioneros de los indios, a principio del siglo XVI, un español y dos españolas salvados del naufragio que había abatido a una expedición capitaneada por Alonso de Ojeda. Hasta se discutió por mucho tiempo si se llamaba Havana o Abana, Avanam o Habana.

Lo que se sabe de cierto es que entre 1515 y 1520, en la margen occidental de la bahía fueron apareciendo bohíos, primitivas construcciones de madera techadas con guano. Las tierras en que estaba enclavada la bahía pertenecían al cacique Habaguanex, o estaban regidas por él, y toda la región de su gobierno se llamaba Habana. De ahí el nombre de la que iba a ser con el tiempo la capital de la isla cubana y la puerta de las Indias. La provincia fue ocupada por Pánfilo de Narváez,

“alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba a ser rojo” según el Padre Las Casas, y de cuya voz decía Bernal Díaz del Castillo, que lo conoció y lo trató en la conquista de México, “que hablaba muy entonado, medio de bóveda”. Pero a nadie le consta que Pánfilo de Narváez fundara la ciudad, como nadie puede asegurar que la fundara Diego de Velázquez, “bien gordo y pesado”, como afirma Bernal Díaz. A fines de 1518 ó a principios de 1519, el lugar era llamado villa y había en él un “teniente a guerra” del gobernador Velázquez; y esto se sabe porque en la casa del tal teniente se alojó Hernán Cortés, camino de la estupenda hazaña que le reservaba la Historia de México.

La naciente Habana de aquellos días puede ser imaginada por quien recorra hoy una cualquiera de las bahías con que la costa cubana recibe al mar. Asomándose a las aguas, desde el erguido morro en la punta del nordeste, recorriendo pulgada a pulgada el litoral interior y desbordándose por la costa hacia el oeste, más allá de las playas de Marianao y del rincón del Biltmore y de Santa Fe, la ciudad es ahora un bosque de piedras claras y de techos rojos, que en las noches del trópico muestra a través de sus millones de ventanas panales de luz.

Pero eso no ocurre por ejemplo en el Mariel; y quien entre hoy por la bahía del Mariel, bebiéndose con los ojos el paisaje cubano de palmeras y de tierra rojiza, de limpias aguas azules y de cielo transparente, puede imaginarse a La Habana tal como fue en sus primeros tiempos. Pues excepción hecha de las modernas construcciones levantadas por la Marina de Guerra, de la fábrica de cemento que alza sus chimeneas a la entrada, y de la ciudad del Mariel, que se halla al fondo y no se ve sino cuando ya se ha traspuesto el canal de acceso, la hermosa bahía presenta al viajero el aspecto de una tierra virginal. No importa que a la distancia se adviertan los sembradíos de caña. En la margen oriental el bosque es tupido, como

debió ser el que rodeaba a La Habana en todo lo que fue siglo XVI, y probablemente por mucho tiempo más.

Aunque en 1540 la población de La Habana era escasa (“40 vecinos casados y por casar; indios naborias naturales de la isla, 120; esclavos indios y negros, 200; un clérigo y un sacristán” en mayo de 1544, bien entendido que al decir “vecinos” los censos parroquiales de la época se referían sólo al jefe de la familia), ya tenía rango de capital. Poco después sería residencia fija del gobernador.

El padre Las Casas, escribiendo desde la Española, diría más tarde que La Habana “es la que más concurso de naos y gentes cada día tiene, por venir allí a juntarse o a parar y tomar puerto de las más partes destas Indias, digo de las partes y puertos de Tierra Firme, como es de Santa Marta, Cartagena, del Nombre de Dios, de Honduras, y Trujillo y Puerto de Caballos, y Yucatán y de la Nueva España”. Cuando oficialmente se mandó que el gobernador de la isla residiera en La Habana, se explicó que debía ser así “por ser como era la llave de toda la contratación de las yndias”, esto es, el punto donde se reunían las naves que debían hacer la travesía del Atlántico, camino de España, cargadas del oro y de la plata y del cacao y de las maderas y los cueros de res que se enviaban a la metrópoli desde todo el arco que cubre América, entre el extremo nordeste de Venezuela y la Florida.

Pues, en aquellos días España tenía el monopolio absoluto del comercio con el nuevo mundo; había establecido en Sevilla el centro de ese comercio, llamado “contratación”, y de La Habana salían las flotas en navegación de conjunto hasta Sevilla. Por eso, según documento de la época, “la Habana estaba en el paraje donde se hace escala de todas las yndias”. Conquistadores o colonos que venían de España en ruta hacia México, Tierra Firme o Nueva Granada; tripulantes de los

buques que debían navegar hacia la metrópoli, o sacerdotes que retornaban a España o colonos que volvían por enfermedad o por negocios; toda esa gente que la aventura movía y que la desventura o la fortuna devolvía, tocaba en La Habana. Y como sucediese a menudo que para reunir una flota numerosa hubiera que esperar meses, en la ciudad comenzó a haber desde muy temprano una población pasajera que superaba a las de otros puertos de América. Aunque fuera a base de bohíos, había que dar techo a los transeúntes; por otra parte, esos transeúntes pagaban bien. Así fue creciendo la ciudad, que nació sin labrado de actas y sin amparos reales.

La riqueza de las flotas que iban y venían solicitó cada vez más la atención de los piratas, bandoleros del mar. En todos los puertos de Cuba hacían incursiones los temidos asaltantes; y ya se llevaban barcos de las bahías, ya incendiaban establecimientos, ya, en son de conquistadores, tomaban ciudades por largas semanas. Jacques de Sores estuvo todo un mes como dueño y señor de Santiago, en el extremo sureste de la isla; en 1555, el propio De Sores, mezcla de bandido y de caballero, desembarcó doscientos hombres cerca de donde levanta hoy al cielo su parda mole el Hotel Nacional, y tras luchar con la pequeña guarnición rindió a La Habana. Acaso el pirata francés se hubiera retirado tras cobrar algunos miles de pesos en plata o en oro, pero el gobernador español rompió inesperadamente las negociaciones que mantenía con el atacante y le mató varios hombres. De Sores cobró la sangre de los suyos; y cuando sus naves dejaban atrás los farallones de la costa, sólo humo y cenizas quedaban donde antes hubo bohíos y alguna que otra casa de piedra. Asustado, el poder real ordenó la fortificación de la ciudad.

Con el transcurso de los años La Habana estuvo defendida por fuertes y quedó al fin convertida en el bastión militar del imperio en el mar Caribe. A ella llegaban los navíos de guerra

españoles cargados de soldados y de cañones, y en las aguas de su bahía esperaban semanas o meses, mientras recibían órdenes de trasladarse a la Florida, donde debían combatir a los piratas y corsarios de Francia, o a Puerto Rico, punto de retaguardia del imperio, o a la Española, perpetuamente asolada por las hordas de filibusteros que habían anidado en la isla Tortuga. Al terminar el siglo XVI, La Habana, ante cuyas aguas pasó en son de amenaza el terrible Francis Drake, en 1587, tenía sobre el extremo nororiental de su bahía el célebre Castillo del Morro, si bien todavía no coronado con esa especie de mástil de piedra que identifica hoy a la ciudad; y enfrente, el Castillo de la Punta, chato y duro.

En mi mesa de trabajo, mientras escribo, se apilan grabados antiguos que describen la ciudad. Los dos primeros —uno que se estima ser de fines del siglo XVI tomado del “Atlas” de Vingboons, y otro del siglo XVII obra de Augusto Vind, sobre dibujo de Gabriel Bodenehr— dan idea del hechizo que ya en los años del 1600 tenía La Habana para la imaginación europea.

Tal vez ninguno de los autores de esos grabados estuvo en el agitado puerto de las Indias; o acaso pasaron a su vista a bordo de cualquiera de las flotas en corso, muchas de ellas holandesas, que rondaban por las aguas alledañas en acecho de las naves que llevaban oro y plata de México a España. Lo más probable fuera que oyeran en Amsterdam o en Amberes descripciones de La Habana hechas por marinos contadores de aventuras. En el grabado del Atlas de Vingboons puede identificarse en su emplazamiento correcto el Castillo del Morro, y acaso el de La Punta, guardando la orilla oriental del canal de entrada a la bahía; y un cerro que se adivina detrás del Morro pudiera ser el de la Cabaña, como otro que está a la derecha podría ser Atarés. Pero al fondo se levantan dos lomas rotundas, inexistentes en la orografía habanera; como son

inexistentes en el otro grabado las puntiagudas torres holandesas que se multiplican sobre los techos de la ciudad.

Hacia la época del primer grabado La Habana debió tener entre ocho y diez mil habitantes. Pero ese número vivía en un vértigo constante; el vértigo de la soldadesca y la marinería, que jugaba, violaba, asaltaba y bebía para llenar los largos meses de las esperas. Por el mar Caribe pululaban, y pulularon durante todo el siglo XVII y parte del XVIII, los piratas, los corsarios, los filibusteros, gentes audaces y resueltas, enviadas en ocasiones por sus gobiernos en son de corso, otras actuando por propia cuenta, empeñados unos y otros en debilitar el poder español en el mar y a la vez en enriquecerse con el producto de las rapiñas. Un viaje era una aventura vital. Al embarcar, los marinos y los soldados amontonaban objetos de contrabando para vender en La Habana, bien a los comerciantes de la ciudad, bien a los que viajaban entre ella y las costas del Caribe. En esa vida de campamento y de lucha por conquistar el ducado de oro florecían las casas de mujeres, la trata de esclavos, los garitos; y en las noches roncaban los borrachos sus canciones, y se oían los ayes de los asaltados, que caían al filo del puñal. La Habana era entonces un mundo extraño y embriagador; un mundo tan libre como lo hubiera deseado el Renacimiento, tierra propicia para el audaz y el valiente. El resto de Cuba no contaba para nada.

En los muelles de Europa, en las tabernas de las ciudades hanseáticas o de Sevilla y Barcelona, algún marino envejecido relataba, con la nostalgia de quien vivió intensamente, hechos ocurridos en las callejas del remoto puerto americano; y como los relatos se multiplicaban, se extendía el extraño prestigio de la lejana ciudad.

Además, por La Habana salía ya azúcar hacia las tierras europeas. En las cercanías de ese centro de lucha y vida habían empezado a levantarse desde algunos años antes pequeños

ingenios. Los negros traídos de las colonias portuguesas se vendían como esclavos para sembrar y cortar caña y para hervir el guarapo en grandes pailas; y el dulce producto iluminaba la imaginación de los europeos con sueños de tierras de encanto, donde el negro trabajaba para la delicia del blanco. Así fue creciendo en la mente de los hombres de Europa el prestigio un poco turbio de La Habana, al par que de hecho la ciudad iba creciendo al amparo de la violencia con que todos los países poderosos luchaban contra España.

Entre los siglos XVI y XVII La Habana, esta ciudad hechicera que ahora nos conmueve cuando en los atardeceres de primavera vemos irse diluyendo entre luces exquisitas el perfil de casas que rodea su Malecón, fue la hija legítima de la violencia. Creció a causa de que el miedo la hizo escala obligada de las grandes flotas españolas; se creó una leyenda de tierra vital, porque en sus calles imperó el juego, el crimen y el desenfreno sexual, típicos de los campamentos de la época. Lo más notable en la historia de esa ciudad hermosa y abierta, franca y segura de sí misma, es que lograra domar su propio pasado a pesar de que el corrompido régimen colonial que le dio nacimiento iba a mantenerse fundamentalmente igual durante tres siglos más.

No me fue posible llevar al amigo que venía del sur por las estrechas calles de la llamada Habana vieja. Su tiempo era escaso y además no estaba temperamentalmente hecho al gusto de los lugares donde moran el silencio y la historia. Pero a mí sí me ha sido dado el placer de discurrir en horas de la noche por los mismos sitios por donde los aventureros del 1600 y del 1700 pasaban pegando voces o corriendo enfebrecidos tras mujeres mal habladas, por las mismas calles que a menudo eran campo de tropelías de los negros cimarrones.

Ahora, durante el día, en tales calles atruenan las bocinas de los automóviles o pregonan sus mercancías los billeteros y los vendedores de frutas; cuando la noche cae, el silencio

se adueña de todo. A través de las rejas coloniales de las ventanas se asoman macetas de flores; el paseante tropieza de improviso con el amplio portón de una casa de piedra que debió ser el palacio de alguna familia enriquecida durante la expansión económica que tuvo Cuba en los siglos XVIII y XIX; de hora en hora una habanera cruza, un policía pasa o se dejan oír, nítidos y en fuga, los campanazos de algún reloj.

Sin duda alguna esta Habana de hoy no es el campamento de tres siglos atrás. En la bahía, brillante de las luces que por todo su litoral derrama la ciudad y sus aguas reflejan, no se amontonan ya las velas y las jarcias de las flotas españolas, ni una marinería grosera injuria o maldice. Al costado de La Cabaña, viveros de pescadores se mecen quietamente; del lado acá hormiguean las lanchas y los botes en que soldados y marinos, estudiantes y obreros van a Casablanca. Junto al muelle internacional los yates de recreo se ven como si estuvieran paciando la rumorosa agua que con dulce lentitud golpea y golpea, año tras año, en los muros de cemento. Más allá se alinean los espigones de los muelles comerciales, uno tras otro, hasta sobrepasar la loma de Atarés con su enmohecido castillo colonial encima; muelles activos que durante el día se estremecen de grúas y voces de estibadores y en las noches se sumen en vastas ausencias de monstruos dormidos. Partiendo la bahía van y vienen las lanchas de Regla, a bordo de las cuales millares de habaneros sueñan a diario con el viaje imposible a través de los mares.

Esta bahía fue el germen de La Habana, la razón de ser de su nacimiento y de su expansión, por lo menos mientras la vida de la isla se concentró en su capital. Porque ocurrió después que la cabeza sin cuerpo que era la ciudad comenzó a alimentarse de la riqueza que floreció en ese cuerpo, gracias a que un cúmulo de circunstancias favorables

hizo de Cuba la tierra ideal para el tabaco y el azúcar, sobre todo para la industrialización del azúcar en escala gigantesca. La hermosa bahía no es hoy el agitado “rendez-vous” de aventureros sin freno; su encanto no es el brutal, pero intenso de los días en que era de hecho una frontera de riqueza y de muerte. Su encanto ahora es distinto, si bien evidente.

Desde hace un siglo sobre el extremo norte de su Castillo del Morro se alza la farola de piedra que en cinco continentes y en los siete mares es símbolo de La Habana; y en las secas mañanas de verano, sobre todo cuando el sol empieza a salir y a disipar las brumas que durante las noches se amontonan entre los acantilados y las aguas, se ven las piedras doradas de esa farola y las sólidas paredes de La Cabaña reflejando una limpieza indescriptible, mientras las tranquilas aguas parecen producir múltiples tonos de nácar venidos, no del cielo, sino de su propio fondo. En tales horas, el que boga hacia el centro puede gustar el paisaje de una ciudad única, que despierta de manera tan gentil y es tan atrayente y sensual en ese despertar, como si se tratara de una mujer hermosa y enamorada. En el mismo corazón de la bahía sólo se oye el lento caer del agua que destilan los remos.

Tardará hasta las ocho de la mañana, a menos que algún buque haya esperado la salida del sol en la rada para entrar temprano, en sentirse las primeras sirenas de los barcos, en verse el negro humo de los puertos ascender dando tumbos. Mientras tanto, toda la ciudad empieza a cobrar vida; camiones y automóviles llenan las calles que dan a los muelles; ríos de hombres y mujeres descienden de todas partes, en pos de la Aduana, del Correo, que levanta frente a los almacenes de la Aduana su venerable arquitectura de antiguo convento, de La Lonja, en el extremo de cuya cúpula pretende emprender vuelo un Mercurio de bronce. Los automóviles pasan

raudamente por el costado de la Alameda de Paula, antiguo paseo colonial, restaurado a su gracia primitiva, o junto a la iglesia del mismo nombre.

Mi amigo del sur no visitó la bahía. En general, no abunda la gente que se sienta atraída por los puertos, a despecho de que el hechizo de los puertos es singular y fuerte. Puntos de adioses y de bienvenidas, los puertos parecen estar situados en el centro mismo de la vida. De ellos se parte, pero a ellos se llega. A media mañana o a media tarde el de La Habana está lleno de trajín. En las horas más tempranas del día o en las últimas o en las de la noche es acaso de los más singulares del mundo. Pues ocurre que su atracción no proviene ni de siniestro prestigio de peligros ni de morbosa sensación de pecados.

Por todos los ámbitos de la bahía habanera puede pasear a cualquiera hora la más pura de las criaturas sin temor alguno. Ninguno de los rudos, pero bondadosos marineros que hay en él, será capaz de asaltar a una mujer ni de despojar a un transeúnte; la policía marítima sólo tiene que vigilar a los pequeños contrabandistas de cigarrillos o de licores o a los merodeadores que buscan para dormir los veleros solitarios y en la madrugada los abandonan llevándose una herramienta, una farola o una jarcia. Ocurrió cierta vez que a bordo del "Sátira", antigua lancha auxiliar de la Marina de Guerra norteamericana convertida en yate, una joven bailarina de los clubes nocturnos de Chicago descargó una pistola sobre su joven amante, veterano del Pacífico y poeta. El herido murió y la tragedia conmovió a toda Cuba, porque desde hace años las aguas de La Habana no son escenario de sangre.

A veces "llega el norte", el mar se hace grueso, el cielo toma un resplandor plomizo, la cálida y ligera brisa del trópico se torna pegajoso viento húmedo y sobre la bahía se difunde una luz entre verde y amarilla; todo lo cual anuncia mal tiempo para navegar y para pescar; acaso anuncie también

ciclón, el espanto de las islas, la desbocada fuerza de la naturaleza convertida en ventarrones que descuajan árboles y lanzan los veleros contra las escarpas de las costas. Súbitamente, como si se tratara de un cambio de escena, la belleza luminosa de la bahía se transforma en una madura y consciente hermosura de puertos en el Mar del Norte; la atmósfera se espesa, los viveros de los pescadores bailan sin cesar, con sus mástiles marcando un rudo compás; los gráciles yates de recreo se mueven menos pausadamente, resuenan con mayor fuerza las sirenas y se mueven con mayor lentitud los buques que entran en la bahía o que la abandonan para hacer la travesía del Atlántico o para cruzar el Canal de La Florida en ruta hacia Norteamérica. Vista desde el Malecón, la rada se convierte en un paisaje inestable, móvil, oscuro y excitante. Se ven las olas rompiendo a lo largo de la costa, alzándose en furiosas y cambiantes torres de espuma; se las ve trepar por el Morro con sorprendente velocidad y avidez, y reventar allá arriba, casi junto a la farola, mientras en la bahía llueve y se desdibujan los cascos de los grandes barcos, los techos de los muelles, las fachadas de los cafés y restaurantes que orillan el lugar.

Del extremo occidental de la bahía se sale a la antigua Plaza de Armas y al Malecón. Entre la conjunción de los dos, a poco andar, se desemboca sorpresivamente en un rincón inolvidable, el de la Plaza de la Catedral. Por allí deberíamos pasear, en una soleada mañana de domingo o en un anochecer de luna llena. Pues al borde de ese centro de vida y fuerza que es el puerto, las plazas de Armas y de la Catedral parecen el refugio de la paz, de una paz de piedras, sobre las cuales han ido cayendo lentamente más siglos de los que conoce el hombre.

En la primera, un pequeño parque de raquílica vegetación da albergue a la estatua de Fernando VII. El irresponsable monarca mira, con sus ciegos ojos de mármol, hacia el Este.

Allí está el Templete, una versión griega en tono militar, y por tanto toscano, de templo católico. Los guías de turistas llevan al Templete cada día a docenas de crédulos ciudadanos de Kentucky o de Oklahoma y les cuentan que en tal lugar y bajo la ceiba que allí crece se dijo la primera misa en Cuba. Los guías mienten. Nadie sabe siquiera cómo se llamó el primer sacerdote que pisó tierra en lo que hoy es La Habana ni qué día llegó ni dónde ofició.

A la siniestra mano de don Fernando está el hogar del Tribunal Supremo del país, antigua Casa del Segundo Cabo, esto es, del que seguía en mando al Capitán General de la colonia, cuyo suntuoso albergue quedaba a pocos pasos, en el mismo edificio que hoy ocupa el Ayuntamiento de la ciudad. En dirección de la bahía, el Castillo de la Fuerza, chato, con los antiguos fosos secos, ha quedado convertido en asilo provisorio de la Biblioteca Nacional. En horas de la noche sólo uno que otro ómnibus irrumpe en la vieja plaza, corazón que fue de la capital en los días coloniales.

En la hermosa puerta del Ayuntamiento un conserje nocturno dormita sobre su silla de tijeras; y si uno le pide ver el patio, de amplias arcadas y suelo embaldosado de mármol, duda un momento, mira con astucia, pregunta si uno es extranjero, y al fin da paso y torna a su silla y a su medio sueño, sin hacerse obsequioso ni esperar propina. Del pequeño parque trasciende esa noble tristeza que se advierte durante la noche en los sitios que por el día padecen el trajín de la vida moderna. Las luces eléctricas, nada alegres, iluminan los portales vecinos; acaso se oiga una bocina que estalla por la Avenida del Puerto. Habitualmente ni un perro lleva al lugar ese aire de pueblo que a menudo pone el can noctámbulo en los rincones de las grandes ciudades.

Tres cuadras más allá, entrando en la ciudad, está la Plaza de la Catedral. Seguramente la plaza como tal no tendrá mil

metros cuadrados. El piso es de adoquines y en el centro se advierte todavía la base de la fuente fabricada por el régimen interventor norteamericano para que bebieran agua los caballos de las carretas y los de coches. La Catedral mira hacia el sur. Su fachada, de evidente estilo barroco español, tiene ese color entre lila y rojizo privativo de las viejas piedras; entre ella y la plazuela hay una verja de hierro. Justamente enfrente está la antigua casa de los Condes de Bayona; en la esquina diagonal a esa señorial mansión, en letras conmovedoras por lo inseguras de su trazo, aunque bien labradas, reza una leyenda secular: “Esta agua traxo el maese de campo Iván de Texeda, anno de 1592”. El lugar, de singular prestancia para muchos conocedores de los rincones coloniales de toda América, parece multiplicar su atracción cuando uno se pone a deletrear esa leyenda simple, tan cargada de emocionantes sugerencias.

Toda la Conquista, con sus luchas anónimas y terribles, con sus crueles héroes, sus indios y sus negros sacrificados a la ambición de dominar la tierra, pasa en tropel por el fondo de esas letras. De pronto se siente que la sangre derramada se ha acumulado allí, en la diminuta plaza, para cantar sin sonido un año y otro año, un siglo y otro siglo, un potente himno de arrepentimiento. Cargado de estrellas, el cielo parece detenerse sobre el lugar. A un costado se ven las casas que fueron de los señores de Lombillo y del Marqués de Arcos; al otro, la que fuera holgada mansión del Marqués de Aguas Claras.

Aquí floreció el dolor de los esclavos; este sitio hoy plácido, hermoso, ennoblecido por el tiempo, fue creado a pulso por la terrible voluntad de los esclavistas. Del músculo de los negros que hervían guarapo para hacer azúcar, salieron estos palacios; aquí los amos tomaban el fresco en los atardeceres, mientras en los ingenios los esclavos rezaban la Purísima y la Magnífica en encerrados galerones. En la antigua casa

del Marqués de Aguas Claras hay ahora un restaurante. Bajo sus arcadas algunos turistas comen y beben en la noche, mientras cantantes callejeros, dúo de guitarras y maracas, chillan “La cucaracha”, que nada tiene que ver con el ambiente.

A veces un lugar o un objeto es bello por sí mismo, a veces, además, lo es por contraste con lo que le rodea. La Plaza de la Catedral de La Habana tiene su propia belleza y la belleza del contraste. Porque ese florón de paz y de siglos está rodeado por un mundo vertiginoso, activo y cambiante. A dos cuadras, caminando hacia el mar, se extiende la amplia y moderna Avenida del Puerto, con su paseo central ensombrecido por árboles, dignificado por estatuas y bustos, a un costado el Malecón y al otro la hilera de viejas casas coloniales. Millares de automóviles cruzan por allí como si estuvieran a distancia increíble de aquella recoleta Plaza de la Catedral. Saliendo de ella se desemboca de pronto en el torrente impetuoso de la vida habanera, llena de prisas y de voces, medularmente alegre y agresiva.

Por ahí llevé yo a mi amigo del sur, aquella fresca noche de mayo. Al tomarlo en el aeropuerto entré en la ciudad por el Paseo de Carlos III. La enorme luna cubana iluminaba la rimada de la Avenida de los Presidentes, entre cuyos árboles estalla de pronto el color amarillo de las peñas hendidas. Doblamos a la derecha. En el follaje de la avenida sangraban los flamboyanes y la luna destacaba el rojo de las flores. Fluyendo a golpes, toda la vitalidad de La Habana se desbocaba sobre la calle Infanta, viniendo de la calle Reina; roncaban los ómnibus, difundían los vendedores de periódicos la noticia del cintillo, la gente se agolpaba en las esquinas.

Yo sabía que mi amigo era temperamentalmente dinámico. Calle Reina arriba los llamativos letreros luminosos multiplicaban sus colores, ya verdes, ya rojos, ya azules, ya amarillos. Cuando desembocamos en la Plaza de la Fraternidad,

con sus diversos parques ennoblecidos por las palmas reales, con el Palacio de Aldama a un costado y al otro el Capitolio de alas monumentales y cúpula colosal, con su Fuente de la India plácidamente sentada en medio del bullicio de la urbe, mi amigo quiso sonreír, quiso ver más; y al fin exclamó, sin poder evitarlo:

—¡Qué ciudad maravillosa y espléndida!

Desde el final del Prado, dándole la vuelta a la india de griega presencia que todavía preside el simbolismo de La Habana, y a los delfines y tiburones que le hacen corte perenne, nos fuimos Prado arriba, lentamente, para que mi amigo gustara ese tono de piel humana que en las paredes de los edificios y hasta en el asfalto de las calles parece tener la capital de Cuba. Así, a paso lento, desfilamos ante los cafés al aire libre. Al objeto de que detuviera su atención un poco en la fachada del Capitolio hubo que dar vuelta de nuevo, porque él sólo tenía ojos para las miradas y las sonrisas de las muchachas que desde lo alto de las tarimas hacen música en los cafés.

Orillando el Parque Central entramos en lo más característico del paseo. Entre las ramas de los higuerones, millares y millares de negrasavecillas dormitaban. Mi amigo no llegó a tiempo para ver el espectáculo del vuelo vespertino de esas aves, el calumniado “totí” cubano: Cuando por todos los ámbitos empieza a crecer la noche sobre un día que agoniza, antes aún de que el sol se hunda, rojo y morado, entre las aguas del Golfo, de los parajes más distantes empiezan a cruzar el cielo habanero bandadas de totíes. Salen de Cojímar, de Guanabacoa, de Arroyo Naranjo y Capdevilla, de Arroyo Arenas, de El Cano, y de los Cuatro Caminos de Falcón. Al principio son grupos de doce, de quince. Vuelan alto y pasan con sorprendente velocidad. Y de pronto, cuando están a la vista del Prado, comienzan a reunirse en contingentes mayores, cada vez más numerosos, y más y más y más. Ya del lado

acá de la bahía, los de la zona oriental se reúnen todos; y es literalmente una nube de negros pajarillos lo que desciende raudamente, entre una fiesta de chillidos, sobre los higuerones del Prado. Durante largo rato la escena se mantiene. Parecen descender de lo profundo del cielo en oleadas inacabables; tantos son. De súbito algo asusta a los que ya han buscado refugio en un árbol; y la enorme bandada se levanta, a golpes sonoros de alas, para ir a posarse pocos metros más allá o para volver al que antes ocupaba tras un jubiloso revoloteo de algunos minutos. El vuelo y los chillidos y las negras nubes móviles cubriendo el horizonte se repiten al amanecer, con las primeras luces del día, antes aún de que las aguas de la rada se tiñan con la lumbre del sol.

Mi amigo subió conmigo por la calle Refugio, para que viera de paso el Palacio Presidencial y para que apreciara en toda su perspectiva la amplia Avenida de las Misiones; descendimos después por su costado hasta el Ministerio de Estado; cortamos luego hacia el extremo de la Avenida del Puerto para recorrer el Malecón en todo su largo. En el anfiteatro, la gente del pueblo se apiñaba atenta a un acto cultural. Del todo callado, mi amigo se bebía el espectáculo con los ojos. Lentamente cruzamos ante Máximo Gómez, echado hacia atrás en su corcel de bronce; ante el Castillo de la Punta, ante el humilde monumento a los estudiantes mártires. Visto desde su inicio, el Prado mostraba la fina estatua del poeta Zenea y las hileras de árboles, negros y brillantes bajo la luna. Y de súbito entramos en la luminosa curva del Malecón.

Es de rigor recordar aquello. Nos parece a nosotros, los que no hemos nacido en La Habana, que los habaneros jamás llegarán a disfrutar en toda su plenitud el encuentro con el Malecón, una noche fresca de mayo, cuando todavía no han comenzado las lluvias y cuando sobre el mar juega a sombras y a reflejos una luna de encargo. Con la curva de la costa

mostrando todo el costado de la ciudad, con los claros y tan parejos edificios a un solo lado, con los cielos adornados por múltiples anuncios luminosos y el collar de luces eléctricas guiando los ojos hacia una lejana meta de finas sorpresas, con las parejas hablando de amores o actuando como si hablaran de ello agrupadas en el muro del Malecón, la vista de tal sitio es un premio para toda mirada ansiosa de novedad y de belleza.

Pero no sólo de noche impresiona el Malecón. Escribo estas páginas en los primeros días de junio. Si la meteorología de la isla fuera fiel a sí misma, ahora debería estar lloviendo a raudales. No llueve, sin embargo. Brilla el sol bajo un cielo pulido y los días son gloriosos. Pues bien, en días como estos recorrer el Malecón es como viajar por el corazón de los colores. Bajo la esplendente luz de la media mañana el mar y las casas y el paseo pierden sus tonos propios, y todos se funden, con la prisa de un vértigo perenne, en un matiz que es a la vez refinado y primitivo, algo que no puede describirse si no es llamándolo “el trance del nacimiento en el color y en la luz”.

Allá, a lo lejos, al pie de una nueva curva algo más violenta, se adivinan las columnas del monumento al “Maine”. Desde abajo los turistas contemplan el águila de abiertas alas que lo corona, oyen al guía hablar y se van, casi todos, a beber daiquirí en la barra del cercano Hotel Nacional, tal vez a comentar un hecho que parece episódico y que no lo es. “El Maine” estalló en la bahía de La Habana cierta noche de febrero de 1898. En el monumento que recuerda la tragedia está la lista de los oficiales y marinos que perecieron; viejos cañones y una cadena del crucero acorazado vinculan a los muertos con su barco; en una placa de bronce se lee la “Joint Resolution” del Congreso norteamericano, en que se asegura que “Cuba es de derecho, y debe ser de hecho, libre e independiente”; desde pedestales de granito, las cabezas de Teodoro Roosevelt, del presidente McKinley y de Robert

Day miran hacia las columnas que dan base a la gran águila de bronce; atrás, un bosque de pinos flanquea el parquecito que lleva el nombre del destruido buque.

Dos océanos y dos imperios se conmovieron con la explosión del “Maine”. En los Estados Unidos, cuyo nascente poderío le llevaba a expandir más allá de sus fronteras la fuerza con que hacía trepidar sus vastas tierras, se levantó un clamor unánime de acusación contra España; se afirmaba que las autoridades españolas de Cuba habían puesto una mina en el fondo del crucero. El odio, pasto de las guerras, germinó con la violencia de un incendio. España respondió acusando a los norteamericanos de haber volado el buque para provocar una intervención armada en la contienda que los cubanos venían librando contra la metrópoli.

La guerra cubano-española tenía ya tres años en su última etapa, pues tras haberse cerrado la primera en 1878, después de diez años de combates diarios en los campos de Oriente, de Camagüey y de las Villas; y tras haber terminado en 1879 la llamada Guerra Chiquita, estalló, al fin, en 1895 la que había de ser definitiva. Como un alud, al trote de los caballos manbises, los libertadores cruzaron toda la isla, de oriente a los extremos occidentales de Pinar del Río. De mar a mar combatió el cubano. Hasta las mismas puertas de La Habana llegó la revolución quemando cañaverales y batiendo columnas y fuertes españoles.

En eso estalló el “Maine”; y al calor de la conmoción que su pérdida produjo toda Norteamérica empujó soldados y escuadras, presa de emoción guerrera, hacia Cuba, hacia Puerto Rico, hacia Filipinas. Teodoro Roosevelt reclutó sus “rudos jinetes” y con ellos combatió en los suburbios de Santiago de Cuba; se hizo héroe nacional de su país, increpó a los comerciantes y a los industriales que vendieron al Ejército comida mala y ropa inferior, todo lo cual le dio la necesaria popularidad

para ganar la Vicepresidencia, y desde allí heredó la Presidencia, desmembró a Colombia, puso el Canal de Panamá en manos norteamericanas y enarboló el “big stick” sobre los asustados ojos de América y del mundo.

No, no fue un simple episodio la voladura del “Maine”, ni el monumento que lo conmemora en el Malecón habanero puede dar una idea real de cuántos acontecimientos históricos se desataron o se precipitaron al estampido que hizo volar, junto con las planchas y los cañones y las calderas del navío, a unos cuantos jóvenes de las praderas del oeste o del este fabril. Las escuadras y los ejércitos que se movieron sobre el Atlántico y sobre el Pacífico abrieron brecha a los capitales dominadores. En el capítulo de los imperios militares y económicos se escribió una nueva página. En Cuba, donde la tea incendiaria de los revolucionarios había emparejado a todo el país en la miseria, porque el jefe del Ejército Libertador aseguraba que cuando Cuba no pudiera aportar riqueza a España ésta la abandonaría a su suerte, el torrente inversionista norteamericano cambió la economía del país, la sometió a su dominio, y con ella a la voluntad de su política internacional. Treinticinco años después de la explosión del “Maine”, los cubanos combatían en las calles de La Habana para enmendar el traspie que dio la historia del país al empujón del estallido.

Al cabo de los años los mejores estudios del caso demuestran que ni españoles ni norteamericanos minaron el crucero acorazado. A qué se debió la explosión, es algo que nadie sabe. Si fuéramos capaces de atribuir simbolismos al perpetuo devenir de la humanidad, diríamos que esa explosión fue el canto de cisne del imperio español y a la vez el grito de vida de un imperio naciente. La Habana se estremeció con el estruendo de la voladura. Por toda la bahía saltaban, hechos ascuas, pedazos del buque. La vieja puerta de las Indias, llena de refugiados de la guerra, abatida por la fiebre amarilla,

humillada por los “voluntarios” que gritaban en sus calles coléricos “¡Viva España!”, tuvo en el fondo de su corazón el presentimiento de que a partir de entonces la guerra no podría durar mucho más.

En aquellos días no había Malecón ni había Hotel Nacional, donde al fin llevé a mi amigo del sur para que durmiera su única noche habanera. Mientras le subían sus maletas paseamos por el jardín. La luna demoraba su vivo resplandor entre los pinos; a la distancia se mecía pausadamente el mar, mi brillante mar de pintura al óleo. Más allá del collar luminoso del Malecón era posible ver, en la clara noche tropical, la dorada estructura del Morro guardando, con inquebrantable lealtad, la entrada de su ciudad. A nuestros pies, rumorosa, alegre, vital, La Habana espléndida con toda su gracia de mujer en sazón.

II

LA VIOLENTA EXPANSIÓN DE LA HABANA

A grandes trazos, los períodos de expansión de La Habana, una vez cumplido el proceso de su formación como ciudad, son cuatro: el que se produce inmediatamente después de la ocupación inglesa, que dura de agosto de 1762 a julio de 1763; el que se da a resultas del crecimiento que tuvo la industria azucarera en los primeros cincuenta años del siglo pasado; el que sigue a la terminación de la Guerra de la Independencia, acrecido de golpe por el desbordamiento que impuso a la economía de los países americanos la Primera Guerra Mundial, y el que se origina en el aumento de la riqueza a causa de la última gran guerra. Este último fue favorecido por condiciones políticas propicias al desarrollo nacional.

Bajo el cómico epígrafe de “horrendo y terrible combate que tuvo la nación Británica en el Castillo del Morro”, hay un “plano del puerto de La Havana sitiado pr. las armas de S.M.B. el día 7 de junio de 1762”, en el cual podemos distinguir la ciudad. Fechada en el mismo año, una “Carte Hydrographique de la Baye de la Havane” nos permite hasta contar las calles, desde las orillas de la bahía hasta la muralla que cercaba a La Habana por el oeste. Si se le compara con uno que fue publicado en Londres, veintidós años antes, esto es en 1740, se ve que en ese lapso no hubo cambio apreciable. Debe ser muy escasa la diferencia entre esa Habana

y la de 1600, lo cual tal vez pueda explicarse si se sabe que durante casi todo el siglo XVII Cuba vivió abrumada por el miedo a corsarios y piratas.

En un año de ocupación los ingleses abolieron el monopolio comercial español y abrieron al tabaco, al azúcar, a las maderas y a otros productos del país los mercados de Europa; además, Cuba quedó, a su vez, abierta a la producción inglesa. A partir de entonces el espíritu emprendedor del cubano iba a transformar a su tierra y, desde luego, a su capital. Pues los cubanos se asomaron al mundo más allá del muro español, y comprendieron cuánto podían comprar y vender. Al asomarse al mundo vieron que otros pueblos sembraban y cosechaban esperanzas e ideas. Hasta entonces ellos tenían conocimiento sólo de la rígida conformación española, que desde lejos gravitaba sobre el porvenir de la isla sustrayéndola a la ola que la vida mundial lanzaba entonces, con el vigor de las fuerzas nacientes, sobre la ya gastada peña de la organización feudal.

Al llegar los ingleses en son de ocupantes a La Habana la población total de la isla no debía sobrepasar de ciento cincuenta mil almas, puesto que once años después de haber ellos aceptado las tierras de La Florida a cambio del movido puerto de las Indias, ascendía a unos ciento setentidós mil. Sólo en esclavos para trabajar la caña los británicos habían introducido en Cuba varios miles de personas. Dos años antes de ese “horrendo y terrible combate” que terminó con la ocupación de la ciudad en 1762, los trapiches de Cuba eran ciento treinta; en 1779, esto es, menos de cuatro lustros después, pasaban de seiscientos. Puesto que La Habana era el puerto seguro —y puerto quiere decir, en rigor, puerta—, la salida guarnecida por soldados, castillos, cañones y naves, los trapiches se montaban en las cercanías de la ciudad. Las tierras que ve hoy el visitante cubiertas por hermosas avenidas, por casas de gran lujo y por edificios impresionantes en el ostentoso

barrio de Miramar, en el Vedado y hasta en el actual centro mismo de la ciudad, por donde van el trazo de las calles Belascoaín, Infanta y el Malecón, eran campos de cañas en aquellos días.

De golpe, en Francia estalló la gran revolución. Probablemente ningún cubano pensó, al tener noticia de que en París el pueblo se lanza a destronar reyes y a guillotinar nobles, que la gran hecatombe iba a tener consecuencias en Cuba. Y las tuvo enormes. Porque La Habana estaba lejos de Francia, pero cerca de Haití. Y Haití producía las tres cuartas partes del azúcar que consumía el mundo, así como grandes cantidades de café. A pocas leguas de distancia de Cuba, en dirección este, las costas haitianas podían verse desde el extremo oriental de la isla, sobre todo en los días secos del verano. Y desde hacía tiempo Haití había venido gravitando sobre el desarrollo de Cuba, que era entonces, de hecho, La Habana.

Haití fue la hija de la codicia. Originalmente, la isla en cuya porción occidental se formó esa colonia francesa fue la Española, el huevo de la conquista; con el tiempo se llamaría Santo Domingo o Saint-Domingue. Los españoles establecieron allí la primera ciudad del Nuevo Mundo, el asiento del virreinato de las indias, la Audiencia que gobernó en todas las Antillas y en Tierra Firme. De la ciudad de Santo Domingo, cuyos templos y palacios le daban, ciertamente, categoría de capital de un imperio en nacimiento, salió el Adelantado Diego de Velázquez para conquistar a Cuba. Cuando las potencias europeas resolvieron librar en el mar la batalla contra el poderío español, en París, en Amsterdam y en Londres fijaron los ojos en la Española; allí, sobre su costa norte, casi en el extremo oeste, estaba La Tortuga, tierra montañosa y poblada de árboles, especie de centinela al borde del Canal de la Florida. El canal era camino obligado para las flotas del oro y la plata.

En la Tortuga se estableció un nido de piratas, lobos del mar en acecho constante. Los ataques que padeció Cuba, en Santiago, Boyamo, en La Habana, en Trinidad, salían de allí. Si en las cercanías de sus costas no hubiera habido ese nido de bandoleros de las aguas, acaso La Habana jamás se habría convertido en refugio de las flotas y en campamento del imperio; es probable que la ciudad no tendría hoy ese carácter abierto y libre con que se distingue entre todas sus pares de América, adquirido sin duda en los días en que a sus pobladores les era permitido actuar sin trabas, porque vivían en la frontera del ataque y de la muerte.

Cuando las flotas tardaban en hacer la travesía, o cuando los invernazos del Caribe hacían arriesgado el viaje, el mercado internacional de mercancías de contrabando o pirateadas que corsarios y filibusteros habían establecido en la Tortuga, decaía tanto que cundía el desaliento. Se hacían escasas la carne y las frutas, amenazaba el hambre. Los piratas se lanzaban en botes y esquifes a las costas de la Española, merodeaban cazando reses salvajes y asaltando a pequeños conuqueros. Asaban las reses en bucanes, antiguas parrillas de madera usadas por los indios de la isla; de ahí que con el tiempo se llamaran bucaneros. Con el tiempo también descubrieron que era buen negocio vender las pieles de las vacas y los toros sacrificados en las abruptas montañas. Uno hoy, otro después, algunos de los viejos asesinos fueron quedándose en tierra, bien para encerrar en corrales ganado cimarrón, bien para sembrar yuca o para cortar madera. Al cabo de los años los bucaneros eran preferentemente franceses.

Poco a poco en la costa de la Española se estableció un centro comercial. Los españoles irrumpían a veces desde el este, mataban y quemaban, asolaban la región; pero los antiguos piratas retornaban de nuevo. Desde Cuba salió una flotilla que atacó a la Tortuga y destruyó casas y plantaciones. La

tenacidad de los viejos criminales del mar, ya convertidos a medias en agricultores y ganaderos, pudo más, sin embargo, que el ánimo combativo de los españoles. Un día comenzaron a usar esclavos en sus plantaciones, acaso robados en alta mar gracias al asalto a algún buque negrero; otro día obtuvieron apoyo oficial de Francia.

Al lento pasar de los años una cuarta parte de la Española, precisamente la que más cerca estaba de las costas cubanas, era colonia gala. Allí, con el trabajo esclavo, mediante la brutal explotación de más de seiscientos mil negros, menos de treinta mil blancos lograron crear la colonia más próspera del mundo en su época. La raíz misma de tal prosperidad fue el azúcar. Y el azúcar ardió, con los cañaverales y los cafetales, cuando a resultas de la Revolución Francesa los negros esclavos de Haití se levantaron para crear en su pequeña tierra de montañas una República.

La destrucción de la riqueza azucarera haitiana dio tremendo impulso a la cubana, que estaba entonces empezando a desarrollarse gracias a las amplias perspectivas que ganó con la libertad de comercio impuesta por la ocupación inglesa de La Habana. Pues para los días en que inició su revolución, la más devastadora y cruel que podía darse en los tiempos modernos, Haití era la azucarera del mundo. Europa no podía vivir ya sin azúcar. Los mercados consumidores volvieron los ojos a La Habana, en cuyas cercanías humeaban sin cesar los trapiches. Aumentó de golpe la demanda del dulce. Se ampliaron los campos de caña, se importaron más esclavos, llegaron más inmigrantes.

Al finalizar el siglo XVIII, la fuente de prosperidad para La Habana dejaba de ser la plata mexicana traída por soldados y marinos y empezaba a ser la producción de azúcar. Al mismo tiempo en las montañas de la región oriental de la isla buscaban refugio los franceses cafetaleros que huían de

Haití, y entre los abruptos picos establecían haciendas para reproducir en Cuba lo que habían perdido en la antigua colonia francesa. La Habana se expandía y Cuba iba tomando cuerpo como nación.

Pero la revolución francesa influyó sobre el desarrollo de Cuba y de La Habana también en formas más indirectas. Pues los acontecimientos que ella desató en Europa barrieron con el trono español y promovieron el impulso inicial de una gigantesca revolución en su imperio colonial de las Américas. Y en medio de la contienda, el débil y vacilante poder metropolitano, unas veces en manos de las Cortes de Cádiz, otras en las del restaurado Fernando VII, tuvo miedo de perder a Cuba y, a regañadientes, concedió a la isla libertades comerciales. Eso ocurrió en 1818. A partir de tal momento el centro de atracción de la economía cubana pasó a los Estados Unidos, que se convirtieron rápidamente en los mejores compradores del azúcar criollo. En contacto con la naciente era industrial norteamericana, los cubanos aprendieron métodos nuevos de producción. En 1837, mucho antes que España, Cuba tuvo ferrocarriles.

Se expandió la riqueza cubana y, como es claro, creció La Habana. Aunque al lector le canse la reiteración de los grabados, veamos uno más, el que en 1851 publicaron en Londres los editores Smith Brothers. En el museo de la oficina del historiador de la ciudad cuelga ese grabado, una bella pieza en suaves colores sobre los que campea la luz habanera. Habían transcurrido ochenta y nueve años desde que se dibujó la “Carte Hydrographique de la Baye de la Havane”, y en ese tiempo qué notables cambios se produjeron. El admirable trabajo editado por Smith Brothers es una “birds’ eye view”, como lo llama el autor. Ante ojos no experimentados podría afirmarse que es una vista aérea. Tal vez el lóbulo de bahía que presenta no es tan cerrado, pero el detalle no desmedra la

fidelidad del dibujante. Lo primero a verse es un buque a vapor, de gran paleta circular en el costado y altas chimeneas; después, acaso dos docenas de barcos moviéndose por la bahía y el canal y mucho más de otros tantos pegados a los muelles. Se distinguen claramente las casas, el gran Palacio de los Capitanes Generales, la Catedral. Y más allá de las murallas, los árboles del que hoy es Paseo del Prado, entonces Alameda de Isabel II, y toda la porción de la ciudad que hoy queda encerrada en el gran cuadro que va del Prado a la calle Belascoaín y del cuartel San Ambrosio y la calle Monte al Malecón. En 1851 La Habana es ya una gran ciudad para la época y para América. En esos días su población era casi igual a la que había tenido toda la isla noventa años antes, esto es, alrededor de ciento cincuenta mil habitantes.

Excepto lo que se ha rehecho después, en toda la porción nueva no hubo en verdad belleza alguna. El visitante puede admirar ahora la sensual armonía del granito, los bronce y los árboles en el Prado; el anfiteatro de gigantescas construcciones que rodea al Parque Central; puede impresionarse con la prepotencia del Capitolio y con la gracia de los varios parques en que quedó dividida la Plaza de Marte, llamada ahora de la Fraternidad. Pero en aquellos días nada de eso existía. Esa denominada “parte nueva” de La Habana nació fea, de prisa, rápidamente fabricada por gentes que necesitaban albergue y casas de comercio. Además, en todo el mundo había entonces el imperio de lo brutal, de lo fuerte sin belleza, de lo improvisado, sin más miras que las de sacar ventajas, cualquier tipo de ventajas traducibles en oro. Ni siquiera espacio para un parque arbolado se dejó en tal cuadrilongo.

Con el uso de máquinas de vapor la fabricación del azúcar se había concentrado; esto es, se producía mayor cantidad del dulce en menos tiempo, aunque no podía reducirse el terreno dedicado a la caña. Así, fueron desapareciendo pequeños

trapiches y surgiendo centros industriales más potentes, los cuales, desde luego, requerían más mano de obra. Eso hizo posible dedicar a la ciudad muchos de los terrenos que medio siglo antes eran señorío de los primitivos trapiches.

Feamente y a trompicones la ciudad siguió creciendo; se extendía hacia lo que hoy es la calle Infanta, hacia lo que hoy es la calle San Lázaro, sin asomarse al mar, temerosa de la sal del Atlántico, acaso porque todavía se moviera por el fondo de la conciencia habanera el recuerdo de los corsarios; se extendía hacia Monte, pretendía lucir gran dama en el Paseo de Tacón, el mismo que después iba a llamarse de Carlos III. Llenas de pesados carretones, de victorias, calesas y toda suerte de vehículos tirados por caballos, las calles estaban abandonadas al polvo en las largas sequías del invierno y al lodo en las lluvias del verano. De súbito llegaban la peste, el vómito negro, el cólera, y La Habana, que nunca fue ciudad dada a las iglesias, se rendía a la voz de los sacerdotes; se creaban cementerios provisionales para las víctimas, y las familias pudientes huían al cerro, que era entonces lugar de veraneo.

Una sociedad rica y fastuosa llenaba los teatros, celebraba saraos a todo lujo y convivía con oficiales españoles, con comerciantes, hacendados del azúcar, obreros, negros esclavos y libres, vociferantes cocheros y lacayos. Al atardecer, los jóvenes distinguidos paseaban por Tacón para cruzarse con las hermosas habaneras, sonreírse entre sí, iniciar los amoríos, que debían mantenerse secretos. En los meses de la zafra las familias se iban a los ingenios con su tren de esclavos familiares.

La Habana no era ya el campamento de las Indias, pero en su bahía jamás faltaban treinta, a veces cuarenta buques; y las tripulaciones, llegadas de todos los rincones de Europa y de América, vivían en los barrios aledaños a los muelles esa vida vertiginosa y brutal de la marinería de la época, enloquecida por el ron y la mujer; de ahí que siguiera conservando en

los puertos del mundo su fama un tanto turbia de lugar libre y propicio a la aventura; y como a la vez no era difícil que el inmigrante ganara rápidamente el dinero necesario para asegurarse una vida sin sobresaltos, a aquella fama se unía la de tierra de fáciles fortunas, con lo que el hechizo de la ciudad se mantenía como en sus mejores tiempos, atrayendo la mirada y el corazón de todo aquel que padeciera hambre de libertad o de oro.

Sucia, pero llena de vitalidad y alegría; ebria de poder y de energías y albergue de un pueblo seguro de sí mismo, capital de una colonia que derivaba vertiginosamente, arrasada por un río de oro, La Habana, que vivía en el corazón de un huracán histórico, recibió un día las nuevas de que allá lejos, en Cuba, como llamaban entonces a la zona del extremo oriental del país, señores y esclavos se habían alzado en armas contra España. El 10 de octubre de 1868 se había iniciado la revolución, una revolución que iba a durar, entreverada de interrupciones, hasta el 4 de septiembre de 1933. En poco tiempo la guerra, que al principio pareció aventura de unos pocos, pasó a ser constante y costosa. La Habana volvió a ser campamento, esta vez un enorme campamento que recibía sin cesar buques cargados de soldados bisoños, muchos de los cuales caían abatidos por la fiebre amarilla antes de conocer los campos en armas.

A pesar de eso, empezó a urbanizarse el Vedado. Pero el Vedado en verdad no se desarrolló sino cuando la revolución logró, a fines de siglo, vencer al enemigo extranjero. Ahí está ahora, en un perpetuo trajín de transformaciones, ese barrio hermoso, de calles flanqueadas por árboles, que por el norte mira al mar y por el oeste se ha asomado a las aguas del Almendares, adueñándose de las tierras que hace más de cuatro centurias fueron propiedad de don Diego de Velázquez, el conquistador de la isla.

En los años últimos el Vedado está siendo nidal de centenares y centenares de casas de apartamentos; algunas de sus calles se convierten por días en grandes arterias comerciales; centros vitales de la ciudad se han desplazado hasta él. Lo que hace poco era tierra baldía, entre el Malecón y la calle “L”, por el trecho que debía ocupar la prolongación de la calle “23”, es un hermoso tramo de gran paseo moderno agitado por el ir y volver de los burócratas, los negociantes, las lindas secretarias habaneras, los artistas y operadores de plantas de radio y televisión. La esquina de “12” y “23”, que en sus inicios fue una simple parada, camino del Cementerio de Colón, es una dinámica encrucijada de la ciudad, día y noche resonante de bocinas, de pregones, de chácharas y risas. Las jardinerías que sirven a los deudos de los muertos vuelcan en las aceras la fiesta de sus corolas; y es grato comprobar, paseando por allí en las horas en que el vaivén se aplaca un tanto, que la flor del trópico no es tan ostentosa como la de los climas templados, pero se hace querer más, acaso por esa insinuante y femenina modestia que nos brinda.

Hasta hace poco el Vedado fue un barrio de dulce y encantadora paz. Exhalaban paz sus hermosas viviendas defendidas por rejas señoriales, la gran mayoría con vanguardia de jardines; exhalaban paz los higos hindúes de sus aceras, en los cuales anidaban los gorriones; la exhalaban las calles adoquinadas que ponían en el barrio una nota de viejos pueblos españoles. En las noches de lluvia era posible defenderse del agua corriendo a saltos por debajo de los árboles. De trecho en trecho, un parque silencioso llamaba al transeúnte.

Pero el Vedado se ha vuelto activo, movido, resonante. Por donde quiera interrumpen las aceras, los montones de arena, ladrillos, hierro y madera de las nuevas construcciones; de noche son interminables las hileras de automóviles que duermen a las puertas de sus dueños. Los cafés y los restaurantes

claman aquí y allá su invitación de comida y de alcoholes; se multiplican los centros nocturnos, en algunos de los cuales mezclan los propietarios recuerdos de París con evocaciones de Nueva York. Las viejas casas de piedra, altas de puntales, luminosas y frescas, caen hora tras hora para dar paso a las moles de apartamentos. El nuevo estilo de grandes edificios concebidos como si fueran pequeños, con líneas aéreas, columnas de apariencia débil, escaleras sin base y enredaderas sembradas dentro, que mezclan graciosa y atrevidamente la piedra y el hierro y la luz del sol y utilizan con alegre audacia colores novedosos, está imponiéndose en este barrio otrora noblote y distinguido.

La paz de La Habana vive hoy en fuga y huye hacia Miramar, hacia el brillante cúmulo de viviendas que con la rapidez y la belleza de un sueño se han agrupado a la orilla del río Almendares, del lado oeste del Vedado.

En corto tiempo le han surgido nuevos ensanches al parsimonioso barrio. Las Alturas del Vedado, entre el Cementerio y el Almendares, entre la calle "23" y la antigua Calzada de Puentes Grandes, de calles curvas, dominan un vasto panorama de techos y de mar. Por la nueva y fastuosa Calzada de Rancho Boyeros, llamada de "La Independencia", se entra en un antiguo paseo remozado, el llamado Paseo de los Presidentes, que con sus mármoles monumentales, sus estatuas y sus palmeras puede parearse sin temores con cualquiera lujosa avenida del mundo. La supresión de los tranvías está transformando en calles de gran señorío lo que antes eran caminos adoquinados.

Rejuveneciéndose por días, el Vedado está cambiando su faz. Con el tiempo será un jardín de edificios llenos de fuerza y de gracia; y como el tiempo no le quitará ese lujo de La Habana que es la diáfana claridad con que el ancho mar regala a la ciudad, acaso torne a tener la paz que ha perdido, esa

dulce paz que en sus primeros años oponía con consciente tranquilidad al trajín y al escándalo de la antigua Habana.

Cuando el Vedado creció, La Habana era rica y quería comodidad. En menor grado eso ocurrió con La Víbora, hermosa sección de la ciudad desarrollada al sur. Barrio vasto, de grandes casas sólidas, en la mayoría de las cuales se advierte el estilo cubano de finales del siglo XIX y principios del actual, sus calles fueron trazadas con amplitud y con cierta agradable irregularidad. La Víbora trepa cerros, baja faldas de colinas. Es una moderna y tropical versión de Atenas. Tiene limpieza y generosidad el lugar, a pesar de su nombre venenoso, en manera alguna justificado en Cuba, donde ningún animal mata con su mordida. Uno ve esas altas casas de La Víbora doradas por el sol poniente, demorando allá arriba, abiertas al aire, cogidas entre las rosas trepadoras o entre las coloreadas ramas de las bungabilias, y queda de súbito asaltado por la comprensión relampagueante de que esta Habana logró sumar, en el libre espíritu americano, al “fabourg” de París en el Vedado y al pagano Mediterráneo en La Víbora.

Avanzando por las hermosas avenidas construidas en los últimos años, que circunvalan la ciudad, se baja de La Víbora y se acerca uno a la bahía, por entre el trepidar de los trenes, entre los muelles y la planta eléctrica; tuerce para meterse en la ciudad por el costado del Mercado Único y toma la calle Belascoaín hacia el norte, camino del Malecón. En una pequeña plaza que está frente al Ministerio de Salubridad, atrae la mirada la estatua fina y plácida de un anciano de nobles patillas en el rostro. Es el homenaje de La Habana al doctor Carlos Finlay. Sin la pasión científica de ese hombre, a pesar de todo su ímpetu vital, La Habana no hubiera podido expandirse como lo ha hecho, y muchas otras ciudades del mundo situadas en las zonas calurosas a orillas de los mares hubieran desaparecido o jamás hubieran progresado.

Pues ese anciano cuya bondadosa expresión es fácil advertir desde el mármol en que perdura, fue el vencedor de la fiebre amarilla, el descubridor del secreto de su transmisión. Agobiado en vida por la seguridad de que poseía un talismán en el que nadie creía, perseguido por el fanatismo con que el español de entonces se negaba a reconocer las conquistas de la ciencia, burlado a menudo, tomado por loco, el doctor Finlay aseguró desde 1881 que la fiebre amarilla era transmitida por un insecto y que ese insecto debía ser un mosquito. Obseso con su idea, estudió los mosquitos con la paciencia y la constancia de los sabios auténticos. Un día afirmó, por fin, que era la especie llamada “*aedes egyptus*” la única capaz de llevar el germen del mal de la sangre de un enfermo a la sangre de un sano. Pero no se le oyó.

En La Habana como en Nueva Orleans, en Veracruz como Perú, el llamado vómito negro seguía segando vidas, recrudeciendo a veces el macabro banquete de la muerte. Arguyendo que el “Maine” había sido criminalmente volado, los Estados Unidos intervinieron en la guerra que Cuba sostenía contra España, y soldados norteamericanos ocuparon la isla; a poco, rozagantes muchachos de Detroit y de New Jersey empezaron a morir a golpes del invisible flagelo.

Entonces llegó la hora de Finlay, la hora fugaz de su vida, porque una vez probada con los hechos su teoría, otros nombres correrían por el mundo bajo el palio de la fama por haber vencido a la fiebre implacable. Las autoridades sanitarias norteamericanas ordenaron investigar el origen del mal y la manera de curarlo. Modestamente, Finlay ofreció su teoría; puso en manos ajenas los mosquitos transmisores, que él criaba cuidadosamente y a los cuales vigilaba día tras día, mes tras mes y año tras año en el fondo de su microscopio. Dijo que si se exterminaban esos mosquitos, precisamente esos y no otros, la fiebre amarilla desaparecería de La Habana, de toda Cuba y del mundo entero.

Médicos, enfermeras, sanitarios y soldados norteamericanos se presentaron a probar la tesis de Finlay. Algunos murieron, y la humanidad les debe su sacrificio. Comprobada la certeza de las ideas de Finlay, se procedió a cegar, donde las hubiera, las guaridas en que se criaba el “*aedes egyptus*”. Ese saneamiento fue dirigido en La Habana, y años después en Panamá, por el sanitario Gorgas, del ejército norteamericano. La historia lo aclama ahora como el descubridor del germen de la fiebre y como su exterminador. La gran voz de la propaganda estadounidense creó en su nombre una figura para hombrearla con Pasteur, pasmo del mundo por aquellos años. Finlay fue ignorado por esa propaganda.

Con la mirada cavada en el mármol, inmóvil en su pedestal de granito, la pura bondad con que transitó por el mundo reflejada en el rostro y en las manos, el benefactor espera, en esa fina estatua, la hora en que su ejemplo estimule a otros hombres para servicios tan grandes como los que él rindió. Pues ese médico cubano, a quien sus contemporáneos llamaron loco y a quien sus colaboradores despojaron de una gloria legítima, salvó millones de vidas en las más dispersas regiones del globo. Si le fuera dable levantarse ahora sobre su propia imagen, descender, subir hasta una de las alturas de la ciudad donde amó y sufrió, vería el espectáculo de un jardín de techos y de paredes, la mayoría de tonos claros, extendiéndose por los cuatro puntos cardinales; vería a su Habana en marcha hacia más allá de lo que fueron, cuando él vivía, sus fronteras naturales, toda vivaz y alegre, sonora, libre de la amenaza de la fiebre que tantos cementerios llenó y tantos hogares abatió en otros días.

En su última expansión la ciudad ha llenado cuantos huecos dejó antes entre los diversos núcleos de población que antaño la rodeaban. Ya no hay, de hecho, solución de continuidad desde el Morro, rodeando la bahía, hasta el otrora

lejano Santa Fe, por donde se dice que merodeaban corsarios y piratas en pos de lugares en los que guardar sus tesoros. Saltando sobre el Almendares, La Habana se fuga hasta más allá de las playas de Marianao; todas las zonas deshabitadas entre el Vedado y Marianao son hoy un gran panal humano. Trepano por las rocas del oeste del río, hermosas residencias se yerguen entre jardines.

Al antiguo puente de piedra llamado propiamente "Almendares" siguió el que durante algún tiempo llevó el nombre popular de "Pote", encaje de hierro, móvil él, que levanta su piso para dar paso a los barcos, casi todos de recreo, que pululan por las orillas de la antigua Chorrera. Esos puentes acabaron siendo insuficientes, y hubo que labrar un túnel bajo el Almendares. Mansiones de sorprendente riqueza van desde las orillas del mar hasta el antiguo camino de hierro de Marianao. En las amplias avenidas, alguna de ellas como la Quinta, "boulevard" de singular belleza y esplendor, la sucesión de palacetes es tan impresionante y prolongada que el visitante acaba preguntándose cómo es posible que haya una ciudad semejante en medio del trópico, en una isla que no tiene altos hornos ni una historia de minas de plata y oro como las de México o el Perú. Estallan a cada paso, bajo el purísimo azul del cielo, las cargas de rosadas adelfas o el rojo vivo de los flamboyanes; se ven los cuidados jardines como remansos de ternura en medio de los días agitados.

Más allá, siempre hacia el oeste, están el Country Club, con su profusión de palmeras y sus recoletas calles cubiertas por los higuerones, como si fueran amorosos túneles de hojas; y el Biltmore, gloria del trópico, donde hasta la luz del sol parece estar cuidadosamente administrada para que forme parte de los jardines. Y el mar, el mar por todos lados, el mar irrumpiendo de pronto entre los árboles, brillante como un reguero de gemas; el mar con sus veleros, con sus pequeñas e

inesperadas enseñadas llenas de yates grandes y menores; el mar siempre presente, aunque no se vea, con su peculiar olor de mujer y su generosa claridad, inundándolo todo, aliándose al cielo, a las piedras, a las flores y a la impresionante belleza de la mujer de La Habana.

Desde el Almendares hasta Santa Fe, por la línea de la costa, La Habana se llama Marianao; esto es, esos terrenos pertenecen al Municipio de Marianao. Pero nadie se da cuenta, excepto cuando asuntos administrativos despiertan a uno a la verdad. Ahora La Habana se ha volcado allá. A menudo la riada de autos que cruza los puentes tiene que esperar el paso de algún yate, y es entonces cuando puede apreciarse la expansión de la ciudad; pues en minutos de espera las avenidas cercanas se llenan materialmente de vehículos. La Habana no resiste el límite del río. Su potencia de ciudad pide más campo, más espacio cada día. Por donde se vuelvan los ojos se la verá creciendo, bien hacia sus lindes, bien hacia arriba. Millares y millares de obreros trabajan en construcciones. El cemento que se fabrica en el país no abastece las demandas nacionales; ninguna cantidad de ladrillos es suficiente para lo que se consume. Quien dejare de ver un barrio durante algunos meses lo encontrará transformado cuando vuelva.

No pudiendo sujetarse a sus límites naturales, la ciudad salta y busca albergue en los campos cercanos. Así, en el círculo agreste que la rodea han ido apareciendo pequeñas fincas que son modelo en su género. En parcelas de tierras que no son aptas para la explotación agrícola, de media, de una, de dos caballerías —la caballería tiene unos ciento veintiséis mil metros cuadrados— los cubanos pudientes cultivan la belleza del buen vivir con un señorío deslumbrante, aunque sencillo.

Esas pequeñas fincas se ven desde el aire, cuando uno se acerca a La Habana, y causan una impresión de sueño de hadas. Por entre las manchas de los árboles, muchos de ellos

florecidos, se ve la impresionante claridad de las construcciones, mediterráneas en la limpieza de sus líneas y colores, y al lado las azules piscinas rodeadas de vegetación. Uno piensa sin querer en los espléndidos días romanos de Tiberio, cuando los quírites, que habían heredado con la cultura griega el arte de vivir, construían quintas en las orillas de los lagos y en las escarpas de las costas. E inevitablemente la alegría de encontrar resucitada en medio del trópico la sabiduría más honda, la que embellece y justifica el tránsito de vivir, posee a uno y lo conmueve sin que uno acierte a darse cuenta.

He ahí explicado el júbilo con que el visitante recibe en su alma a La Habana. Esta ciudad pagana, en el mejor sentido de la palabra, es directa en el mensaje con que sorprende a quien le ve. Es como una mujer hermosamente vestida que pareciera, sin embargo, estar desnuda, o como una mujer hermosamente desnuda que pareciera, sin embargo, estar vestida.

Pocos años atrás, antes de esa salida de la ciudad hacia sus afueras, los lugares de diversión nocturna de La Habana estaban en el casco de la vieja población. Por las orillas de los muelles los cornetines chillaban sones, congas y boleros. Algunos de esos sitios pretendían mantener entre grotescas medias luces el turbio encanto de los puertos; otros querían meter en la ciudad el campo cubano, y entre gruesas paredes de enormes edificios ofrecían copias de bohíos agrestes, con gallos embalsamados y faroles de carretas. Pero cuando a partir de 1944 La Habana pareció enloquecer entre los cantos de piedra, esos centros de diversión se situaron fuera o se resucitaron los que habían languidecido y muerto repetidas veces. De manera que hoy el habanero o el visitante traspone la vena de agua del Almendares, cruza por nutridas avenidas y va a dar a sitios que fueron quintas de recreo o de veraneo de familias ricas.

A despecho de las orquestas, los largos trajes y las complejidades de la vida moderna que conlleva siempre una multitud agobiada por los negocios y la política que quiere divertirse y hallar escenario campestre sin que carezca de ninguna de las ventajas de la ciudad, en esos sitios es posible entrever a Cuba y a La Habana encadenadas por la gracia de la mujer y la palmera de las llanuras tropicales. Lo cual quiere decir que aún en el barullo del baile, o en la cadencia de la danza, si se prefiere así, está uno en La Habana y en el campo.

En algunos de esos sitios, abiertos bajo el cielo, las pistas de bailar y las mesas donde se come, se bebe y se charla están, de hecho, en un jardín; y cuando la noche es fresca y clara uno puede levantar el rostro y ver allá arriba, en las estrellas de Cuba que parecen estar más cerca de la mano que las de ningún país, el reflejo animoso y enamorado de los ojos de las mujeres; o puede uno seguir el lento vuelo de la luna, que en ocasiones parece detenerse sobre el cogollo de las palmeras para admirar, como cualquier hombre apasionado, la extraordinaria y natural belleza con que esplenden allá abajo las cubanas.

En estos suburbios de la ciudad, como en su viejo corazón de piedra, palpita una eterna juventud y una constante ebriedad de vivir. La Habana no parece estar construida de ladrillos y cemento, sino de carne, saludable y brillante carne de mujer. Esa ebriedad de vivir que transparenta es como el gozo presente en los años frescos; una afirmación jubilosa, alegre, pero sin vicio. Es inmoral, tal vez, detenerse sólo en los multicolores rincones de los llamados "repartos", porque en La Habana hay también infinidad de gente que vive estrechamente, padeciendo el calor de las habitaciones diminutas y pobres. Pero es que aun ahí la constante alegría habanera se sobrepone a la estrechez. José Ramón Cantaliso, el personaje del más cubano y habanero de los poetas de esta tierra, no enfatiza su hambre, sino que la canta. La muchacha a quien se

le preguntó en mi presencia qué estudiaba, no se compungió ni hizo alarde alguno de tristeza cuando respondió, con una encantadora sonrisa y con la picardía de sus dieciséis años brillándole en los lindos ojos, al tiempo que mecía los brazos para remarcar sus palabras con el gesto: “Estudio la batea”, esto es, “mi oficio es lavar ropa”.

Sí, en el lujoso reparto como en el llamado “solar” de las casas de vecindad, La Habana tiene algo vivo, que la sitúa en un mundo aparte entre las capitales conocidas. Yo he sentido con frecuencia esa fascinante sensación de la selva de piedras que vive como si fuera ser humano. Aun vacías de transeúntes en la media noche, las calles habaneras dan la impresión de tener ojos y oídos. Tan vivo es ese sentimiento que hace algunos años, hallándome en México, me asaltó de pronto el violento deseo de ver en el silencio y la soledad de la madrugada esas calles, de hablar con ellas, de sentir las palpar. Al amanecer estaba volando hacia La Habana.

En los repartos lujosos esa vida es, desde luego, más atractiva y segura de sí misma, como es más atractiva la misma hermosa mujer cuando se ve limpia y bien peinada que cuando cruza ante nosotros con el traje desgarrado y el pelo al aire.

Por la línea del litoral, desde Cojimar, puerto de pescadores situado a espaldas del Morro, hasta Santa Fe, varias millas hacia el oeste, La Habana se desborda también. En los cálidos días del verano va más hacia el este; llega a Playa Veneciana, a Tará, a Santa María, a Guanabo. Pero sus playas naturales están entre Cojimar y Santa Fe. Una y otra, extremas, son lugares de más piedra que arena, si bien el juego constante del sol y agua les da ese peculiar tono de mar adolescente que tan a lo vivo se siente en Cuba. Por Cojimar desembarcaron tropas inglesas en 1762, y a la vista del viejo castillo allí construido pasaban los cubanos contrabandos de armas, al amparo de la noche, durante la guerra libertadora, entre 1895 y 1898.

La entrada de Santa Fe, en la cual desemboca el río de Jaimanitas, estuvo también guarnecida; y sobre el abigarrado bosque de casas que ahí se ha construido, especialmente después de 1933, pasan los aviones que llegan de México y de América Central. Siguiendo la línea entre ambos puntos, las playas de la ciudad se encuentran entre la margen oriental del Almendares y la del Biltmore. La mayoría son propiedad de asociaciones privadas; algunas están abiertas al público, pero mediante cuota de entrada. Todas tienen costosos y amplios edificios con las más diversas instalaciones; ahí se come, se bebe, se juega a los bolos o a la pelota vasca. En los meses de verano obreros y empleados llenan las soleadas playas.

Esta búsqueda del mar por los habaneros es un movimiento de hace relativamente pocos años. A pesar de que siempre hubo en La Habana una presencia activa o pasiva del mar, y de que tan pronto como la amenaza de los corsarios desapareció, las flotas pesqueras de la ciudad se lanzaron a conquistar lejanos predios de agua para sus negocios, lo cierto es que la ciudad vivió de espaldas a su mar hasta bien entrado el presente siglo. Las familias con medios económicos preferían veranear en tierra; muchas de ellas tenían casa puesta en el Cerro o en Guanabacoa; otras se iban a los ingenios en los días calurosos. Se construyeron baños en las escarpas del Malecón, que eran en realidad grandes hoyos cuadrados en la roca donde el bañista esperaba la resaca de la ola sin arriesgarse a meter un pie en la orilla; y después se abrieron baños en el Vedado, al final norte de la calle “E”, todavía llamada calle “Baños” por muchos habaneros.

Donde se advierte sobre todo ese desbordamiento de la ciudad sobre su mar es en la profusión de barcos de recreo que ahora se ven en todos los rincones de la costa habanera que pueden ofrecer refugio a las embarcaciones. Desde Cojímar, donde Ernest Hemingway mantiene anclado su

yate “Pilar” cuando no está siguiendo las corrientes por donde nada la aguja, hasta Jaimanitas, en todas las entradas de la costa, haya río o no lo haya, pululan los mástiles de naves privadas, algunas de las cuales son costosos y modernos refugios flotantes de gente que buscan en la soledad del mar y en el silencio de las aguas el alimento espiritual que la ciudad, ya demasiado activa y resonante, le niega durante los días de la semana.

Protegida por una pequeña punta, la ensenada de Cojímar se ve bajo el sol como un delicioso rincón en que se mezclan los trajines de un portezuelo de pescadores y los de un suburbio de gran capital. Amarrados al muelle o disminuidos por el espigón, los yates de recreo esperan allí la hora de la salida. Escaso tramo hacia el oeste está la bahía de La Habana, en la cual está el Muelle Internacional, sede de yatistas cubanos y extranjeros. Durante todo el año en ese muelle se suceden los yates; los que hacen la carrera Saint Petersburg-Habana, los que cruzan en pos de pesqueros más abundantes el Canal de la Florida y vienen en busca de la pesca de fondo a las costas cubanas, los “estrella”, que regatean de año en año frente a La Habana, con su grácil vela bailando sobre las olas, pasto para los golosos alisios del nordeste.

Saliendo de la bahía, proa al oeste, flanqueando la ciudad, se llega en escasa media hora a la boca del Almendares, nidal del grueso de la flota de yates que hay en todo el litoral. Más allá, en cada club de playa amarran sus barcos los fanáticos de la pesca; y se ve un montón de ellos en la pequeña rada del Biltmore, donde el Atlántico parece estar a ras de tierra; y un número mayor, por fin, en la boca del Jaimanitas.

Cuando la estación de agujear llega, mediado el mes de abril, de todos esos rincones salen, tan ansiosos como antaño debieron sentirse los corsarios, docenas y docenas de yatistas que empiezan a cruzar las aguas frente a la ciudad. Si han

salido temprano tienen el privilegio de ver el nacimiento del sol por encima del jardín de los techos: pueden ver el lento y sensual despertar de La Habana; ese instante de pasajera pavidez en el cual la capital cruza la frontera entre el descanso de la noche y la actividad del día. Si han ido a rabirrubear a las bocas de Guanabo y retornan cuando todavía es de noche, o si el curricaneo tras los bonitos se prolongó tanto que vuelven en las primeras horas de la noche, la vista de la ciudad pagará con creces la escasez de las piezas, si es que han tenido, como cualquier pescador, un mal día.

Pues vista desde el mar, cuando todavía es lo bastante temprano para que a través de todas las ventanas se distingan las luces de las casas, La Habana es un regalo de los dioses. Todo el cúmulo de sus viviendas cobra el aspecto de jardines de luz en un balcón de montañas. Los colores de las paredes se diluyen contra un cielo de fondo claro, aunque no haya luna; la interminable hilera de focos del Malecón saluda de lejos, como afirmando que ahí hay orden y belleza a la vez. Parpadean los anuncios luminosos, pasan raudas las luces de los automóviles que cruzan por el Malecón. Y el iluminado jardín se extiende y se extiende bajo la noche, cada vez más allá y más allá, hasta perderse por el recodo de Jaimanitas, otrora refugio de piratas según el decir de la gente, y ahora recalada final de los que piratean al mar sus bellas criaturas de redondos ojos y móviles colas.

De todos esos sitios el más característico para mí es el Almendares. En cinco o seis años el Almendares ha llenado sus orillas de muelles para yates, como ha visto animadas sus márgenes por construcciones luminosas y alegres, en las cuales hay un perenne trasunto de Costa Azul. Sería cansarse ponerse a contar las hermosas embarcaciones que se apretujan, una contra otras y ésa contra otras más, en las inmóviles aguas. Desde antes de cruzar el puente de "Pote", en la margen oriental se

ve un nudo de mástiles y cascos; después, más allá, siguen los de menos arboladura, los que pueden cruzar el puente sin necesidad de hacerlo levantar.

Gente de pueblo pesca en las bases del antiguo puente de los tranvías; río arriba se sigue navegando, entre un camino orillado de barcos y de barcos, de más barcos, de proas y cascos y popas, un mundo de motores que roncan, de patronos que lavan pisos y arreglan avíos de pesca, de marineros que secan ropa, de calafateadores que martillan sin cesar, de yatistas que entran en los muelles y saludan en voz alta, con la camaradería que sólo da el mar, a los pinches de otros yates o al pescador que cruza en bote hacia la orilla donde un automóvil espera.

Al atardecer el sol que cae hacia Jaimanitas lamina de tonos morados el agua del río. Desde la casa de un amigo contemplo el grato espectáculo. Alguna grúa levanta su brazo de hierro en la orilla del Vedado; un montón de arena denuncia allá la fiebre de construcciones que sacude al que alguna vez fue el barrio digno y satisfecho de la gran ciudad, el barrio de los señores de fortunas nada audaces, pero bien seguras. Sus casas de claros tonos se ven desde esta orilla de Miramar, dorándose al sol que declina. Allá abajo un nido de pinos cambia su verde color por el negro que va cobrando a medida que las sombras avanzan; se ven sus penachos meciéndose en el reflejo del agua. Se ven los automóviles cruzar por el antiguo puente de piedra, son los que van a la ciudad. Se ven los que cruzan hacia Miramar; son los que usan el túnel y el puente de "Pote". A través del encaje de hierro de este último se adivinan los mástiles de los yates anclados en el pequeño seno que forma el río con la piedra de la orilla oriental.

Hay silencio, un hermoso silencio al favor del cual, lento, cauteloso, tan despaciosamente que apenas se le ve moverse, el río se desliza camino del mar. Oscurece. Rojizos reflejos del

sol ensangrientan a lo lejos, sobre el Atlántico, fajas del cielo habanero. Poco a poco, una a una, las luces del Vedado comienzan a encenderse en las ventanas. Para hacerles juego una estrella se asoma, solitaria y brillante, sobre la boca del río. Veo alzarse el último puente; veo avanzar hacia afuera una embarcación. Es algún habanero loco que ha salido a tal hora a curricanear estrellas.

III

LA REGIÓN DE OCCIDENTE: MAR Y LUZ Y PALMERAS

Como un arado cuya punta de hierro mira hacia el este y cuyas agarraderas se dirigieran al oeste, al final ligeramente dobladas hacia el sur, Cuba aparece tendida sobre el telón del mar como si estuviera clavada en una gran pradera móvil.

Los geólogos afirman que la isla se hundió varias veces, o por lo menos que las fracciones que la iban formando estuvieron durante millones de años sumergiéndose y emergiendo; y afirman también que desde hace más o menos quinientos siglos quedó formada casi como la vemos ahora. Si hubiera algo de cierto en la teoría que explican algunos misterios de la tierra, diciendo que cada determinado número de miles de años uno de los Polos acumula tantos millones de toneladas de hielo que al fin determina violentos movimientos del globo, entonces habría que convenir que Cuba estuvo situada alguna vez por donde hoy está Groenlandia.

Si fue así, esta isla fascinante no guarda ni en los más recónditos meandros de su tierra recuerdo alguno de los fríos glaciales ni de las blancas y peladas llanuras que acaso fueron parte suya una vez. Pues si alguna porción del globo es en su esencia el trópico, con un trópico refinado y culto, que sobre el blanquizco pedestal de la palma eleva el verde de las hojas a la contemplación de los hombres, esa porción es Cuba.

La isla es semitropical, y en toda su extensión no hay un volcán ni esos paisajes de vértigo con que los profanos imaginan

el trópico. Con tres principales centros montañosos, y algunos de menor categoría, distribuidos a lo largo de sus más de ciento diez mil kilómetros cuadrados, Cuba abunda en terrenos llanos, de rica capa vegetal casi siempre; en valles abiertos o cerrados, donde la constante humedad permite el seguro crecimiento de la caña, del tabaco, de las frutas de la zona o del pasto para ganado vacuno. La isla no tiene lugares desérticos y apenas algunos cuadros de áreas rocosas; ni abundantes lagos le sustraen superficie a la producción ni peladas montañas de lava hacen golfo de climas ardientes.

De sus seis provincias, las tres occidentales están en la parte más estrecha; en algún paraje de esa parte, entre el Océano Atlántico, que la baña al norte, y el mar Caribe, que la baña al sur, no hay más de treinticinco kilómetros. Esto quiere decir que, a la vista u oculo, el mar está presente en toda esa porción que va desde el extremo este de la provincia de Matanza hasta el cabo San Antonio, que es el límite occidental de Cuba.

Acaso esa presencia del mar explique la sorprendente luminosidad del paisaje cubano en la zona ya dicha; una luminosidad tal que en las cercanías de Coliseo yo he podido distinguir a distancia de tres kilómetros el color amarillento de una penca de palma que empezaba a secarse, pendiente de la copa. Sólo tal luz, por otra parte, puede ser la razón del hechizo que tiene el paisaje de la llanura cubana. Pues en la amplitud de un horizonte que no es absolutamente plano, que no es cansadamente igual, la criatura de Dios siente el regocijo de poder dominar la extensión, de alcanzar con la vista hasta más allá de donde podría llegar un peligro. La hermosa luz de Cuba toca el instinto de seguridad del corazón humano, y lo exalta; y ya exaltado, el hombre se entrega a admirar esos juegos de verdes con que el campo cubano se ofrece; el claro verde esmeralda de la caña, ondeando hasta perderse bajo el

cielo; el oscuro verde de las palmeras, el múltiple verde de los mangos, de los naranjos, de las ceibas; y aquí y allá manchones de rojiza o negruzca tierra irrumpiendo por entre la vegetación, rojas y negras tierras aradas en espera de las lluvias para la siembra del maíz o de la yuca.

En esas tres provincias de Occidente están los lugares más conocidos de Cuba, sin duda no sólo por su hermosura sino porque en tales llanuras se concentró durante mucho tiempo la mayor parte de la población cubana. “Subiendo” desde Vueltaabajo (“subir” es el término con que los campesinos de estas islas aluden a la dirección por donde sale el sol), ahí están las tierras del tabaco, las que antes que ninguna dieron fisonomía a la sociedad rural cubana. Pues el tabaco de Vueltaabajo, que desde hace siglos mantiene el título del mejor del mundo, tuvo la virtud de crear un tipo humano, que fue el veguero, el viejo “camará” de voz lenta y acentuada, de largas patillas y sombrero jipijapa, de la llamada “filipina” blanca sobre blanco pantalón, de duros zapatos de vaqueta, usados a menudo para bailar el zapateado al son de las guitarras. Ese veguero que sirvió de modelo para el viejo Liborio, símbolo de Cuba en sus primeros años republicanos, hombre de machete al cinto y de gallo en el brazo, entró en las ciudades de Europa dibujado junto a la guajira,¹ en las estampas de las cajas del buen habano; tras él se veía un bohío, y hermosas matas de tabaco, grandes como palmas reales a virtud de la infantil perspectiva del dibujante, se abrían en arco para dar paso a la criolla escena.

Al andar de los años, y a la sombra del tabaco vueltabajero, ha ido difundiéndose por todas partes la fama de Viñales. Yo he estado allí y confieso que tantas veces como he ido me he mantenido en silencio largo tiempo, incapaz de articular

¹ Campesina cubana. Por extensión es guajiro todo el nacido fuera de La Habana.

palabra. Atardecía en el primer encuentro con ese paisaje inesperado. La impresión que tuve fue que de pronto, sin saber cómo ni cuándo, me hallaba frente a la bahía de Río de Janeiro; pero ya no era bahía, porque el mar se había solidificado en tierra sembrada de maíz y tabaco, aunque los macizos de piedra seguían emergiendo de lo que un tiempo fuera agua. Al favor del sol esos macizos cambiaban de color, y cambiaban también los pequeños y tranquilos valles que los rodean. De súbito sentí que aquel extraño mar, con sus guardianes de piedra, inmovilizado inesperadamente, era un paisaje de otra edad geológica; un paisaje que no llegó a evolucionar, guardado ahí, casi en un extremo de Cuba para que los hombres supieran un día cuán bello fue el planeta en pretéritos tiempos. Hasta la yerba que crecía al pie de los hermosos mogotes tenía aspecto de vegetal naciente.

Con el tiempo me ha tocado volar a menudo sobre esa región de Vueltabajo, y al ver desde arriba los lomos redondos de la Sierra de los Órganos, sus retorcidas, gigantescas y blancuzcas espaldas, he sentido nueva vez aquella impresión. Los geólogos afirman que la erosión gastó las tierras calizas acumuladas entre columnas enormes y las arrastró hacia otros lugares; otros dicen que tales columnas fueron superpuestas ahí por grandes cataclismos ocurridos hace millones de años. Allá ellos. Si las entrañas del globo se removieron coléricas un día y emergieron abruptamente desde los abismos de fuego para asomarse al cielo de esta isla fascinante, o si oleadas de sismos arrastraron sobre ríos de tierra, en estupenda traslación, esos mogotes que hoy están clavados ahí, lo importante es que los dioses que repartieron lo bello y lo feo dejaron en Cuba un espectáculo inolvidable. A la luz de esos valles de Viñales el corazón silencia, aplastado por la impresión de que nada puede haber igual sobre el planeta. Nada, ni siquiera lo que pueda superarlo.

Casi toda la región norte de la Provincia de Pinar del Río es montañosa; y abundan los ricos aunque diminutos valles entre las montañas. La plataforma marina que va desde la punta de zapato de mujer que forma la Península de Guanacahibes, con su extremo final en el Cabo San Antonio, hasta la hermosa Bahía Honda —aunque siga, si bien muy estrecha, más allá, y traspase La Habana y Matanzas— es rica en pesca y desde su fondo se levantan de tarde en tarde cayos acogedores utilizados por carboneros y pescadores; pero lo que es propiamente la costa, resulta pobre para sembrar. La tierra llana que da al mar torna a ser generosa en las cercanías de La Palma; y ya va creciendo en fertilidad, siempre cogida entre las montañas y el océano, hasta desembocar en las ricas regiones de Bahía Honda, Cabañas y El Mariel.

Es en el sur de la provincia donde cada terrón vale un tesoro. Hacia el sur están las vegas del mejor tabaco que jamás se haya fumado, los activos y hospitalarios pueblos de vegueros, la capital de Vueltabajo, los múltiples ríos descendiendo hacia el Golfo de Batabanó; y más al Sur, una vez pasada la línea de la costa caribe, la enorme plataforma del Golfo de Batabanó, que desciende desde Cabo Francés, dirigiéndose hacia el sureste, deja en su seno a la Isla de Pinos y avanza después, este franco, por el costado sur de una cadena de cayos y arrecifes, hasta más allá del extremo oriental de la Península de Zapata. Cayos innumerables resaltan del bajo mar de esa extensión enorme; el agua es clara y apenas rizada por las brisas del sur o del oeste. El centro vital de esa zona es Batabanó, pueblo de pescadores, en cuyo largo muelle de madera bailotean los balandros y las goletas dedicadas a la búsqueda del bonito o de la esponja.

En el Golfo de Batabanó nos internamos cierta vez tres amigos. Pero no lo hicimos en yate ni en embarcación que pudiera tener lujo o comodidad; tomamos una goleta de pescadores de bonitos, tan tosca y austera que había que vivir

día y noche sobre cubierta, porque no teníamos ni dónde meternos a descansar del sol. Dormíamos amarrándonos un brazo o un pie para que los bandazos no nos sacaran del colchón. Al amanecer del primer día arrimamos a un cayo para pescar sardinas; en bote extendimos la red; después, cuando la recogimos, juguetonas toninas giraban alrededor nuestro como peces domesticados. Todo el bote se llenó de sardinas. Aquellas piezas de plata caían, moviéndose sin cesar, en el centro de la pequeña embarcación, y en los saltos con que se agitaban iban soltando escamas a millares. Como el sol comenzaba a salir, la columna de escamas brillaba como un chorro de perlas.

Por el escaso mar, de poco fondo, navegamos curricaneando en pos de manchas de bonitos; recorrimos la larga línea de los cayos, pargueando; en Avalos, de verdísimas aguas lamiendo las arenas, vimos un viejo cañón de piratas, donde, al decir de los marineros, un buscador de tesoro encontró, tras destupir la boca, diamantes y esmeraldas y oro. Toda esa cayería fue, al parecer, refugio de bucaneros, los cuales navegaban por el sur para buscar el abrigo de Isla de Pinos, llamada todavía por mucha gente como la bautizó Stevenson en su perdurable novela *La Isla del Tesoro*. En la cayería de Monterrey bajamos a cazar corúas. Recorrimos en bote los canales y los canalizos; desde el bote disparábamos a las bandadas que pasaban a pocos metros sobre nosotros, chillando escandalosamente. Por los intrincados manglares resonaban, multiplicándose, los ecos de los disparos. Un mar gris y ancho se abría frente a nosotros, hirviendo bajo el sol.

Fueron días inolvidables aquellos. Bien temprano freíamos sardinas y, descalzos, jubilosos, acechábamos la señal de la picada en los cordeles de curricán que tendíamos a popa. Al atardecer, cuando hasta los peces parecen retirarse a lugares solitarios, oíamos a la marinería contar historias de ciclones o de pescas milagrosas.

Navegando a sotavento de la cacería alcanzamos la altura de punta del Este, extremo suroriental de Isla de Pinos. En esa punta hay una cueva con dibujos rupestres de los aborígenes; pero hay también historias de piratas y la historia del padre de Andrés Isla. Un fresco medio día de enero, a la sombra de ciertos guayabales, parapetado tras un amago de colinas, Andrés Isla, el prófugo, hablaba conmigo en medio del campo pinero. Yo era el primero y el único hombre, fuera de sus amigos de la isla, que se veía con él en largo tiempo. De buena estatura, delgado como un sable, casi negro el lacio pelo echado hacia atrás, marfileño el color, duros y activos los brillantes ojos oscuros, estrecha de sien a sien la frente, estrecha la boca y fina la barbilla, el hombre a quien docenas de soldados perseguían me decía, cogidas las rodillas con las manos:

—Mi padre, señor, tenía el “aquél” de los varones.

Su padre fue “pichón de gallegos”, que se internó en las selvas del sur y se hizo troglodita en la Cueva del Este. Allí vivió hasta su muerte, quemando carbón, y allí crió a sus hijos. Luchando una vez con un ciclón fue lanzado en tierra y se le quebró el brazo izquierdo; y ni por eso abandonó la cueva. Cuando la naturaleza quiso curarlo, se curó. A menudo el pequeño Andrés y sus hermanitas encontraban en el fondo de la caverna monedas de plata; eran restos de las que amontonaban allí los piratas de los siglos XVI y XVII. En los lugares de bajo fondo vieron restos de viejos barcos hundidos y hasta cofres deformados por las sales del mar. Nada de eso, sin embargo, despertó codicia en el corazón del muchacho. Cuando al paso de los años su mala fortuna le llevó al presidio, fue por haber muerto a un hombre, no por desear lo que era suyo.

—Pero, eso sí, yo sí sé dónde están los buques que se perdieron por aquí —me decía.

Andrés Isla huyó del presidio. El presidio está allí, en la isla, gigantesca reunión de edificios circulares que se levantan en la llanura del norte, cerca de Nueva Gerona, capital de esa tierra embrujadora. Es punto menos que imposible la fuga del infierno de piedras y centinelas. Pero él la realizó. Mes tras mes, las patrullas de guardias rurales lo buscaron por todos los rincones de Isla de Pinos; jamás daban con él. Sin embargo, todos los campesinos, especialmente los de la costa sur, veían al prófugo diariamente; todos lo escondían, todos le daban de comer, todos mentían a los soldados; y lo hacían porque querían a Andrés Isla.

—Es que por donde yo paso, señor, no se pierde ni un boniato —explicaba él.

Lo querían porque en las silenciosas noches del sur, donde la soledad tiene un imperio, Andrés les hacía relampagueantes visitas y les recitaba poemas, unos poemas llenos de estrellas y de ángeles que él componía en lenguaje cargado de palabras contrahechas pero brillantes. Después, libre ya, Andrés repetía ante mí esos poemas en mi casa de Arroyo Naranjo. Nunca hombre alguno fue más hermoso en su simpleza ni más varón en su infantil alma de campesino y pescador. Es claro que en la costa sur de su isla, donde entre árboles y ciénagas pululan los cerdos salvajes y las vacas casi cimarronas y donde florecen leyendas de piratas, aquel prófugo de corazón tan limpio representaba la luz de la aventura.

—¿No crees tú —me preguntaba el Presidente de la República, en presencia de su Ministro de Justicia, el día que yo le describía a Andrés Isla y le contaba mi entrevista con él entre los matojos de guayabos— que a ese hombre deberíamos darle oportunidad para que transformara su personalidad legal? Así no tendría que cargar en el porvenir con un asesinato.

Pero yo pensaba que nadie puede vivir al tiempo que su leyenda crece independiente de quien la creó. Así, cuando un

médico eminente obtuvo en la isla firmas para que se indultara al prófugo, se le dio el indulto. Hoy viven juntos él y su leyenda. Y ambos son libres.

En los primeros años del siglo, Isla de Pinos fue de hecho una posesión norteamericana. A centenares vivían allí los matrimonios de agricultores yanquis; a centenares se levantaban por los campos, en medio de las siembras de naranjas y toronjas, las casas de piedra, con techos pintados de rojo o de verde. Hoy el viajero se sorprende con la enorme cantidad de hogares en ruinas, muchos de ellos destruidos por los incendios. Pues cuando en 1925 Cuba obtuvo de los Estados Unidos el reconocimiento de que la isla le pertenecía y era, por tanto, cubana, la gran mayoría de sus moradores norteamericanos abandonó las plantaciones y las viviendas. En la isla se dice que algunos dejaron hasta la cristalería, los cubiertos, la mantelería y las sábanas. Nunca más volvieron. Las casas se fueron destruyendo. Sólo unas cuantas familias han quedado allí, como si quisieran cuidar hasta lo último el pequeño "cementerio americano" que a la sombra de viejos pinos conserva, bajo sencillos túmulos de mármol, los restos de los que dejaron su cuerpo en el encantador lugar.

Isla de Pinos está al sur de La Habana, a veinte minutos en avión. Tiene forma de corazón con la punta vuelta al oeste. Con la excepción de las costas del sur, que dan al mar Caribe, todas las demás descansan en la vasta plataforma del Golfo de Batabanó, razón por la cual son ricas en pesca. La isla fue en un tiempo famosa por sus maderas de pino; y lo es ahora por sus mármoles, de los cuales hay uno rojo matizado de blanco que se ve admirable; por sus naranjos, sus toronjas, sus melones y sus pepinos. Las cotorras abundan en sus bosques. Por el río Júcaro nadan los manatíes; en la ciénaga de Lanier, que divide la porción norte de la sur, matan caimanes carboneros. Castigada por el fuego, que día por día humea en el horizonte

y por las noches ilumina los antros de las montañas, la arenosa tierra gris del norte parece estéril a la simple vista; sin embargo, su generosidad se desborda en las dulces naranjas o en los finos melones. Toda la región sur es una selva, separada del mar por la más hermosa y larga playa de Cuba, tierra de hermosas y largas playas.

En el norte está Nueva Gerona, típica ciudad del interior cubano, amplias las calles, altas las casas de portales espaciosos. En los cafés discuten viejos y jóvenes sobre las noticias que llevan los diarios o la radio; por las aceras pasan mujeres de carnes rotundas y ojos iluminados; el sol cae a chorros; una de esas insufribles “motorolas” levanta sobre el silencio del lugar una canción de moda. Subiendo al costado de Nueva Gerona, por el río Las Casas, se ven en sucesión hermosas construcciones de cuidados jardines, restos del esplendor con que vivieron los plantadores norteamericanos.

En las cercanías, una ancianita yanqui cuida el jardín de plantas tropicales que creó su muerto esposo; cuida las más extrañas especies de árboles de la India, de Ceylán, de Madagascar y el Ecuador. En el desván de la vieja casa de madera donde ella vive solitaria, cultivando el recuerdo del marido, un macizo majá duerme de día. A veces despierta en la tarde, hecha ya su digestión de ratones, y pesadamente desciende por la escalera, ondula en la sala, se asoma a una puerta y toma, con toda calma, el camino de la diminuta selva. A los asustados visitantes, con su español graciosamente estropeado por la prosodia inglesa, la anciana les explica:

—Vino aquí chiquitita y la dejé vivir, porque mi religión me prohíbe matar aunque sea animales. Dándole de comer se acostumbró a mí. Ahora es mi única amiga sobre la tierra.

Y con pardos ojos alegres, contempla las raras especies que su marido trajo de remotos mares.

Allí, en Isla de Pinos, cerca de Nueva Gerona, descubrí una linda playa, limitada al oeste por un peñón de negro mármol y al este por el pedregoso pie de una estribación. Está sola: apenas la visita alguna gente en verano. La arena es blanca y negra, gruesa pero limpia. Tiene un nombre sugestivo, la Playa de los Flamencos. Volando hacia Cuba la he visto, repetidas veces, pequeña, amorosa, acogida a sus dos flancos de piedras. Uno que otro anochecer, en países lejanos, he soñado tener una casita ahí, un diminuto rincón en el camino de las brisas, frente al escaso mar. Porque no siempre pudo Dios reunir, en tan domésticas medidas, tanta belleza ennoblecida por el acuerdo del sol y el mar y la distancia.

Batida por el ojo la costa sur de la región occidental, hay que volver a la costa norte, a Cayo Paraíso, casi frente a La Mulata. Es un cayo que cabría en la mano. Tiene sus pinos y tiene su playa, en la cual rompen lentamente las olas. Por todo su alrededor, y por los canalizos que lo separan de otros cayos y de la costa, he pasado largas noches lanzando cordeles en pos de rabirrubias.

La rabirrubia es de la familia de los pargos, pica a profundidad entre doce y veinte brazas, en tibias corrientes de ocho a diez millas y siempre en las noches oscuras, las de la luna nueva preferentemente. Su rápida y doble picada la hacen inconfundible. Junto con ella acuden a la carnada roncós y gallegos, cajés y cabritillas, chernas del alto y hasta cazones; a menudo es una morena la que muerde, se enrosca en las piedras del fondo y tira hasta reventar el cordel. En la madrugada se oyen los ahogados gritos de los pescadores que celebran una rabirrubia de tres libras; comentan, allá en proa, su buena suerte, mientras acechando la picada, acá en popa, uno espera confiado en dar la sorpresa de la noche.

De rato en rato el marinero trae café. Allá va una luz. Es un barco carbonero que se acerca a un cayo a recoger el fruto

de seis o siete días de trabajo realizado por un par de hombres entre los intrincados manglares de la cayería. A la luz del amanecer buscamos por entre los matorrales alguna ave de los mares a la cual dispararle. Con el sol tomamos la ruta de la Altura.

Hace pocos años la Altura no existía. Los fanáticos del mar pasábamos por allí sin darnos cuenta de que había un riachuelo que daba entrada, por entre los mangles, a un lugar de tierra rica en minerales y apta, por tanto, para el ganado; que detrás de un mísero cayito comido por el mar, las escarpas de grandes piedras reservaban buen sitio para abrigar una casa, y que inmediatamente después de esas escarpas había una playa de buena arena y mejor fondo, casi siempre limpia y casi siempre segura. Ahora está la casa sobre la escarpa; otra casa, gemela, corona la pequeña eminencia junto a la playa; crecen las rosadas adelfas entre las dos y el sol hace brillantes los colores que adornan las casas. Desde un mirador construido en la parte más alta de la costa se domina el atrayente paisaje marino, el inmenso mundo verde y azul del golfo. Al amanecer y al atardecer, garzas blancas y grises revolotean sobre una laguna cercana y transitan después por ella, con sus cómicos pasos de rústico metido de pronto en gran salón.

De la Altura se sale hacia La Habana por tierra o por barco. Es preferible ir por tierra, porque el espectáculo de Cabañas, visto desde los cerros que la rodean, no se repite a menudo en la vida. Va uno con los ojos puestos en el cañaveral, sobre el que ondea un cielo sin manchas y en el que estallan con frecuencia las copas de las palmeras; y de pronto columbra allá abajo, como si se tratara de una enorme bandeja llena de esmeraldas, un rincón de la bahía. Aquel amoroso maridaje del mar y de la vegetación, que es tan peculiar de Cuba, alcanza en Cabañas proporciones de gran obra de arte. Pues la tierra se recoge en femenina curvatura, y el mar avanza en

potente ansiedad, y el cielo cargado de luz pone en esa cósmica fiesta de amor su parte de benevolente amparo, abierta la gigantesca pupila del firmamento, como para enseñar a los hombres a que no tengan la cobardía del pudor, porque el recato es feo cuando el amor es limpio.

En un largo trayecto de sorpresas, Cabañas sigue ofreciéndonos su hermosura aquí, allá, más allá; y cuando uno cree que se ha alejado la ve acercarse de pronto, iluminando un recodo del camino. De súbito se muestra casi entera, fija y móvil, inmensa, límpida. Cada palabra dicha es una imprudencia. No pueden hablar los hombres donde hablaron los dioses.

Pero a Cabañas sigue el Mariel. Cuando se deja atrás este último punto, por una carretera bordeada de árboles, se siente el cansancio de tanta opulencia natural y la alegría de escapar a un hechizo que podría mantenernos clavados allí, como un tronco, toda la vida. Sin embargo, esa hermosura se adueña otra vez de todo el horizonte en la carretera central, por las cercanías de Candelaria, cuando se viaja en cualquier día seco de verano. Coreada por montañas que a lo lejos levantan sus azules murallas, la llanura de Vueltabajo se domina en toda su extensión, ondulando bajo los innúmeros palmares; crece la verde yerba jugosa a orilla del camino; interrumpen el paisaje, y lo adornan, las manchas de tierra roja; los activos pueblos de la ruta deslumbran al sol. Todo el camino, hasta San Juan y Martínez, es sorprendentemente bello. Al retorno, la carretera nos cobija con su túnel de ramas y nos deja en La Habana, entrando por el Country Club, donde las largas filas de palmeras hacen guardia a un cielo brillante.

En la zona que hemos recorrido abundan los pequeños pueblos llenos de vida, y ciudades de buen tamaño, como Pinar del Río. La gente vive de comerciar, de sembrar tabaco, de extraer minerales y de pescar y enlatar langostas y bonitos, de cortar madera y hacer carbón; trabajan en fábricas

de hilados, en enlatadoras de frutas y de jaleas, en los campos de caña y en los ingenios, en plantas de cemento y en la siembra y cosecha de frutos menores. En Viñales, en San Diego de los Baños, en Isla de Pinos, turistas y habaneros reciben baños termales y sulfurosos. Los habaneros ricos tienen hermosas fincas en la zona.

Hacia donde vamos ahora, por la línea de la costa, no se advierte otra actividad que la del pequeño agricultor, la de los centros de veraneo y la de los desmontes de piedras en las canteras. Pues tal zona, por lo menos en la orilla del mar, no había entrado en producción hasta que se comenzaron los trabajos para tender la Vía Blanca entre La Habana y Varadero. El núcleo de playas de Tarará, Guanabo, Marbella, Playa Hermosa, Cuba, Venenciana, Santa María —una misma línea de fina arena, sólo dividida por nombres— estaba prácticamente deshabitado hace algunos años. Ahora se levantan allí millares de casas, y esos lugares son, en propiedad, grandes villas marinas, si bien durante los meses de invierno apenas empedernidos viciosos del mar transitan por sus calles.

Entre La Habana y Guanabacoa no hay ya distancia. Guanabacoa casi se queda al margen del camino, pues su centro queda más al norte de la esquina por donde la carretera se dirige hacia Guanabo. Esta Villa de Guanabacoa, que en los comienzos de la Conquista fue refugio de indios y después de negros esclavos, tiene su historia; desde ella se combatió a los piratas de Jacques de Sores y a los soldados de Su Majestad británica cuando ocuparon La Habana. Aquí vemos, por primera vez en Cuba —aunque el caso se repetirá en otros pueblos— estatuas de mambises con pesados sombreros de mármol.

La industria italiana de la estatuaria para la exportación debe haber sido servida por gente muy dada a reírse de nosotros, los americanos. Acaso un tricornio de general no desluzca

en la cabeza de un héroe a caballo; pero un sombrero de cogollo de palma esculpido en pesado mármol sobre la testa de un mambí a pie, puesto ahí por los siglos de los siglos, es una condena inmerecida. Es claro, nuestras poblaciones querían estatuas; y nos mandaban cualquier cosa. En cierto pueblo antillano hay la de un señor cuyo nombre la generalidad ignora; le llaman “don Gregorio”, como pudieron llamarle “don Agapito”. Los campesinos creen que ese señor llevó el ferrocarril al poblado, otros afirman que construyó la iglesia que se ve cerca de su estatua.

Lo cierto es que la estatua iba para algún país centroamericano, de donde la habían encargado para honrar a un gobernante; de paso por el puerto más cercano al pueblo, el señor ministro de tal país, que viajaba acompañando al monumento, recibió un cable en el que le informaban que el gobernante había sido derrocado. El hombre pensó que si desembarcaba en su tierra con tan evidentes pruebas de su adhesión al caído iba a pasarlo mal; y ordenó que echaran a los muelles los grandes cajones. Algún agente de aduanas se equivocó y mandó los cajones a la estación de ferrocarril, de donde viajaron hasta el pueblo. Allí, el paso de los meses y la lluvia pudrieron las maderas. Un día el jefe de estación contó a un munícipe que aquellos deshechos cajones encerraban el misterio de algún crimen; fue el munícipe a investigar, acompañado por el jefe de la policía y por algunos valientes que les acompañaron; uno de ellos, señor muy viajado, opinó que se trataba de una estatua. En el pueblo no había estatua alguna; parecía que el buen Dios había enviado ésa para que pudieran lucirla.

Fue y vino la gente para verla, hasta que algún chusco dijo que se parecía a don Gregorio. ¿Quién era don Gregorio? ¡Hombre, pues, don Gregorio, el bondadoso anciano que recomendó la siembra del cacao por aquellos parajes! En sesión

solemne, el Ayuntamiento resolvió aprovechar aquel regalo del cielo. Bajo la dirección del respetable señor que había viajado, unos albañiles levantaron el pedestal; después, con enorme trabajo —pues el pedestal quedaba demolido cada vez que el pesado don Gregorio lo aplastaba con su humanidad de bronce— lograron colocar al desconocido gobernante centroamericano en su puesto. La gran tarea consistió en añadirle el brazo derecho, que debía ir erecto; pero a fuerza de ingenio lo soldó al hombro un herrero llamado Celestino. En los bordes del saco del buen Gregorio —o de don Agapito— comenzaron a hacer panales las avispas, y los muchachos del vecindario tuvieron un punto en el cual probar la certería de sus piedras.

Las estatuas tienen en nuestras tierras larga y ridícula historia. El caso de mi pobre don Agapito —digo, don Gregorio— no es único. Por los muelles de Barcelona, siendo jovenzuelo, me paseaba yo una mañana, cuando de manos a boca me di con un terrible guerrero a caballo, en bronce bestia y caballero. El monumento no tenía pedestal. Estaba en tierra, rodeado de florecillas multicolores. Frente al aguerrido jinete me dije: “Yo conozco esta cara”. Pero me hallaba a tantos millares de kilómetros del sitio donde infinidad de veces había visto producida en grabado la efigie de aquel centauro, que mecía la cabeza en gesto de duda.

—Señor —pregunté a un viejo catalán, a quien vi acercarse y entresacar de las flores los tallos ya secos—, ¿me puede decir de quién es esta estatua?

—Sí, como no; es del fundador de los muelles —me aseguró con toda seriedad.

Pero yo no me atuve a tan somera información. Recordé que en la capital de mi país había visto los pedestales de una estatua que jamás llegó allá; eran los de un monumento ecuestre que para honrar a un dictador se había ordenado a

Barcelona. Investigué a fondo. Resultó que el tirano* había muerto cuando ya su figura vaciada en bronce estaba lista para ser embarcada en el populoso puerto catalán; y allí se quedó. Los pedestales habían salido antes. Descubierta la estatua por obra de los años —como le ocurrió a don Gregorio en la estación de aquel pueblo antillano—, allí se fue quedando, en los muelles de Barcelona, hasta que se creó la leyenda de que él había fundado los “docs”, como en su vivo dialecto me lo había dicho el viejo catalán.

Cierta vez otro dictador quiso una estatua y se recogió entre los empleados públicos algo así como cien mil dólares para encargarla; pero alguien recordó que en Barcelona, aguerrido y marcial, estaba el anterior, condenado a galopar por los siglos de los siglos en aquella inmóvil bestia de metal; entonces un sagaz y aprovechado miembro de la pomposa “Junta Pro Monumento al Benefactor”, aconsejó la solución salomónica del caso: que se le cortara la cabeza a la estatua y se pusiera en su lugar la del nuevo “general”; al fin y al cabo los uniformes, los sables y los caballos son siempre iguales en los regímenes semibárbaros. La genial idea no pudo cumplirse, sin embargo. Pues en eso estalló en España la hecatombe de 1936 y, urgidos de metal para las balas, los barceloneses fundieron al terrible jinete.

En los pueblos de Cuba abundan diminutas estatuas de mambises. En Cienfuegos hallé la de un general que nació donde nací yo. Se llamaba Pío Gil, y allí está ahora, bajo el sol de fuego y las lluvias, junto a unos railes de ferrocarril. Las cabezas de Maceo y de Martí proliferan en los parques del interior. No hay figura con frente amplia y ancha, bigotes y perilla, que no haya sido reproducida bajo el nombre de José Martí. Aquella fina expresión de poeta y de sufrido apóstol

* Era la estatua de Ulises Heureaux (Lilís) (N. del E.).

con que el grande hombre transitó por entre las miserias del mundo, elevándola hasta la grandeza con la sola virtud de su presencia, no ha podido ser captada todavía por escultor alguno; como no lo ha sido Antonio Maceo, a quien sólo aciertan a figurarse dando una carga, cuando la verdad es que la grandeza del caudillo no estuvo en ser, exclusivamente, un centauro que demolía batallones enemigos al golpe de su machete libertador. A Maceo me lo figuro yo en pie, alto como un gigante, apoyado en su corcel de guerra, una mano en la empuñadura del sable, oteando con su característica altanería los campos de Cuba. Pues Maceo era siempre una fuerza, sólo desatada cuando llegaba la hora de combatir; y en las estatuas y en los bustos no nos dan esa potencia interior que lo animó a ir desde el oficio de arriero hasta el panteón de los héroes.

De Guanabacoa, partiendo el valle, o por la Vía Blanca, vamos hacia Guanabo. El poblado se ve de golpe cuando se llega a un altozano en la orilla del mar; allá están las casas, de techos blancos, verdes, rojos, y a su fondo el mar, un mar de azul celeste, en ocasiones verduzco y blanquecino... A Guanabo iba yo cuando estaba formándose allí la ciudad que es ahora; me llevaba un joven y notable cirujano, infortunadamente muerto en la flor de la vida. Al andar del tiempo el doctor tuvo casa en Guanabo y me la ofreció para pasar en ella un invierno. En esa misma casa vivió dos o tres meses Rómulo Gallegos en su último exilio.

Cierta borrascosa mañana de invierno fui llamado por un alto industrial. Según él, un extranjero muy importante necesitaba hablar con Gallego; pero nadie debía saberlo. Si yo podía facilitar la entrevista, se me agradecería, mas no debía hacer preguntas. Así se convino. Camino de Guanabo iba yo gastándole chistes al misterioso desconocido, a quien el industrial y yo acompañábamos. Pues aquel hombre se parecía

al general Eisenhower, como una gota de agua a otra gota de agua. No había sol en la playa; a lo lejos se veía, cerúleo y batiente, el mar de los días de viento norte. Gallegos, alto, torpe en hablar, de pelo escaso ya, con su sonrisa entre natural y forzada, su voz profunda y el eterno cigarrillo entre los dedos de la mano derecha, salió a abrir, atendió a las presentaciones y luego se fue a una pequeña casa en el patio, donde habló con el desconocido más de una hora. Nunca he querido saber lo que allí se dijo y ni siquiera he tratado de averiguar el nombre de aquel socías de Eisenhower.

Entre las escasas fotografías que duermen en los cajones de mi hogar hay una diminuta, en colores, tomada en Guanabo. Vestida con chaqueta guatemalteca, una bella mujer, en cuya sonrisa se hospedaron el sol y la dulzura de la isla fascinante, sostiene a un rubio niño que da su primer paso. El niño aprendió a caminar en esa playa; y la mujer que lo cuidaba le estrujaba cangrejitos en las rodillas “para que viajara mucho por la mar cuando fuera más grande”.

Ella había aprendido ese sortilegio en Baracoa, de donde era nativa. Su abuela, india yucateca de las traídas a Cuba como esclavas a mediados del pasado siglo, se internó en las montañas de Oriente y vivió hasta pasados los cien años, cazando venados y pescando en los ríos; se llamaba Carima Yarayó; comía miel de abejas en los panales silvestres, guiaba su cayuco hasta el poblado, sin más compañía que la nietecita, a quien crió en los bosques y a quien enseñó a cazar, a pescar, a subir en los árboles. Y cuando internaron a la niña en un colegio de monjas, la anciana cazaba pajarillos en los bosques, sin hacerles daño, se acercaba con ellos a las tapias del colonial edificio donde se alojaban las escolares, y soltaba las avecillas como quien suelta un mensaje de amor con alas propias. La niña veía volar los pajaritos y sabía que su abuela rondaba por allí.

Frente a las bocas de Guanabo amanecimos cierta vez dos empedernidos pescadores. Habíamos estado rabirrubiano y, agotado de sueño, mi amigo se echó a dormir cuando columbró los primeros claros del día. El patrón no quiso levantar ancla, acaso porque también estaba cansado. Mirando el mar, yo preferí no acostarme. De pronto entre el barco y la orilla empezaron a jugar las toninas; eran centenares, y sin duda perseguían sardinas. Saltaban, felices; se empujaban, se hundían. Sólo les faltaba gritar para demostrar su júbilo. En eso, atraído quién sabe por qué oscuro instinto, mi compañero despertó; mejor aún, abrió los ojos, porque no llegó a adquirir conciencia cabal de lo que le rodeaba; y así, entre dormido y despierto, alcanzó a ver las toninas, a las cuales confundió con agujas. Fanático del agujero, corrió hacia popa, donde yo contemplaba en silencio el espectáculo, y con ojos desorbitados, agarrándome por los hombros comenzó a dar grandes voces:

—¡Un mar de agujas; Dios mío, un mar de agujas, un mar de agujas!

Se quedó sin voz, tanta era su emoción. Pues en el semisueño en que se hallaba, vio pulular en las aguas todas las agujas que él habría querido pescar en su vida; las vio venir hacia él, rodear el barco, brindársele a su ansioso cordel. A pesar de la desilusión con que volvió a acostarse, yo disfruté su bello error, porque sé bien cuánta emoción consume un momento así en el alma de un pescador de raza.

Por los camellones de la Vía Blanca, camino de Santa Cruz del Norte, iba uno dejando atrás bulldozers y aplanadoras; atravesaba la Boca de Jaruco, se internaba en un sembrado de henequén y caía al fin en manos del alcalde. Este alcalde, rubio, de mirada triste y mano cordial, iba y venía a su pueblo, a La Habana, buscando que le hicieran carreteras, pidiendo acueductos, reclamando que le arreglaran un parque. Fabricó un hotel, al fin, al extremo de un

somero malecón que da a la rada de su pueblo; y en él se hospedan los pescadores que corren la aguja entre el Mariel y Santa Cruz del Norte. Pero su sueño era levantar un enorme hotel más allá, en el llamado Torreón de Jibacoa.

Yo llegué al Torreón, llevado por el alcalde, una tarde de verano. En el poblado de Jibacoa se toma una carretera de tercer orden, bastante mala, que lleva a la playa; ese camino será sustituido por el tramo de Vía Blanca entre Santa Cruz del Norte y la playa. Excepto que a la salida de Santa Cruz se transita por el firme de grandes cerros, y desde ellos se domina el hermoso valle en que descansa la pequeña ciudad, y se ve el mar, nada hace sospechar al visitante en qué extraordinario lugar va a encontrarse.

El paisaje es más bien árido. Arbustos espinosos, secos por el verano, cubrían esa tarde la escasa llanura. De pronto cuando veíamos al fondo las primeras casas de la playa, modernas, graciosas, de piedras casi todas, el automóvil tomó una entrada hacia el este y comenzamos a trepar por el flanco de un cerro. Feo el cerro. No vegeta en él esa frenética vida de la flora tropical que se espera ver en Cuba. La tierra es pedregosa, amarilla; los troncos, raquíticos; la brisa, escasa. Aunque desde que dejamos atrás el Central Hershey íbamos viendo ascender de categoría el paisaje, pensábamos que el alcalde, enamorado de su región, iba a defraudarnos. Subimos al firme; y nada nuevo. Hay una campana por allá, y un llamado bosque de algo que ni es bosque ni es peladero. Para afear más el sitio unos flamencos de metal, de gorda pata y pesada cabeza, aparecen clavados en el pedregal. De pronto, el alcalde dijo:

—Bajemos aquí y vayamos hacia allá.

“Hacia allá” era hacia una vereda de piedras que terminaba abruptamente en el filo de una roca. Y caminamos. Jamás pudimos sospechar aquello. En el borde del peñón, vertical

paredón de roca que se eleva desde el fondo mismo de la playa hasta acaso unos sesenta metros nos dimos de pronto con el mar, un mar morado, rojo y verde, multicolor, lago de estaño hirviente bajo el sol, a la distancia.

Entre el paredón y la orilla, precisamente nuestros pies, en el vértigo del abismo, habría unos cien metros de paisaje, un estrecho pasadizo cubierto de lindas casas y de uvas cale-tas. Pero hacia el oeste se abría en cuadro, dirigiéndose al norte, una amplia playa de doradas arenas, y detrás un río de boca casi ciega, y más hacia allá una terraza que se perdía en la distancia, y tres piedras gigantes de pie en ella, como tres centinelas. Con sonrisa llena de socarronería el alcalde nos miraba de lado. No quisimos ni pudimos decir nada. Sentados en la roca, bajo un árbol esquemático, dejamos correr la tarde.

Y ya nos íbamos, porque debíamos bajar a la playa antes de que cayera el sol del todo, cuando el alcalde nos llamó, a veinte pasos de allí, para que viéramos el lado sur. Íbamos esperando cualquier paisaje complementario. Pero no era eso lo que había, sino una vista cubana, entrañable, esencialmente cubana; un vasto escenario de llanuras y de cerros sembrados de cañas y de palmas reales, límpido, luminoso, sin fin. A lo lejos se alcanzaban las tierras en barbecho, esas tierras pardas y rojas que en Cuba tienen tan humana atracción. Los diversos tonos del verde alcanzaban allí su más enternecedora categoría. Por los firmes de los cerros corría la luz. Y nosotros estábamos clavados en tal lugar sin que pudiéramos decir qué era más bello, si el paisaje del mar, veinte pasos hacia el norte, o el de la tierra, veinte pasos hacia el sur.

Entonces habló el alcalde y nos detalló su sueño. En ese lugar, ahí mismo, donde nos hallábamos, vería él levantarse un gigantesco hotel algún día; en la cabeza del cerro habría un aeropuerto, de manera que los turistas volaran en derechura

desde Miami hasta el Torreón de Jibacoa. El Torreón queda justamente al sur de Miami, en línea recta. Se dragaría la boca del río, allá abajo, para que anclaran en él los yates de los pescadores de agujas. Por la Vía Blanca La Habana quedaría a cincuenta kilómetros. Habló largo y tendido, con su voz lenta y opaca. Al fin caía enteramente el sol. Viéndole hundirse en las aguas, desde el borde del peñón, advertimos cómo teñía con los resplandores de su vida moribunda toda la superficie del mar, que se tornaba de nácar, rojiza, lila, amarilla, azul. Obscurecía cuando descendimos. Yo volvía pensando que toda la belleza cubana, en Viñales, en Isla de Pinos, en Cabañas, en el Mariel, en La Habana, habían sido ensayos de Dios para llegar al Torreón de Jibacoa. Pues ahí reunió la tierra y el mar en dos paisajes de esplendor inigualable, juntos y sin embargo separados por la cuchilla de piedra de un peñón gigante.

Ya abajo vi la vertical pared en cuya cima me hallaba poco antes; y al verla tan erguida, tan recta y tan lejana en la altura, me acometió vértigo. Esa noche, al dormirme, sentí el miedo atroz de la caída y la alegría de pensar cuán dulce y hermoso debe ser morir en sitio semejante.

A menudo he vuelto a Jibacoa y siempre subo al Torreón. Jamás me canso de hacerlo. Como en aquella pequeña Playa de los Flamencos de Isla de Pinos, ahí querría tener un rincón para vivir. Pero es locura pedir tanto a la vida. Bajo a la playa. En verano la gente trajina, los automóviles se amontonan en las pequeñas calles del lugar, las muchachas pasan en parejas, hablando con su dulce acento de azúcar.

Cierto día acompañé a unos amigos hasta Jibacoa. Tenía sed y no sabía qué beber. Pedí entonces al dependiente del bar que me sirviera en un vaso hielo, limón, azúcar y ginebra.

—¿Para un Tom Collins? —preguntó él.

—No. En vez de agua mineral, póngale sidra —pedí.

Mis amigos hallaron grata la bebida y la bautizaron con mi nombre; la llamaron "Don Juan". Acaso eso sólo quede de mí, cuando el andar de los años gaste mi recuerdo. Y me gusta pensar que, si queda, ese menjunje nació al pie del Torreón de Jibacoa.

IV

DE JIBACOA A LAS MONTAÑAS ORIENTALES

Sobre una carretera de desvío —muy buena, ciertamente— es fácil ir de Jibacoa a Matanzas cruzando por Aguacate, en cuyo pequeño y agradable parque he estado alguna vez admirando, a la luz del amanecer, una estatua a la madre.

La enorme bahía de Matanzas resplandece bajo el sol: la ciudad, tierra de poetas, de escultores y de artistas, se extiende por las orillas del mar y trepa lentamente las colinas que la rodean. A un costado, cavado en enorme anfiteatro de montañas está el Valle del Yumurí, cantado por los rapsodas, lleno de luz, tierno en los colores, por cuyo centro se desliza un río que a poco andar desemboca en las aguas de la bahía.

Siguiendo la línea de la costa se advierten en las cercanías las gigantes moles de una gran fábrica de artisela levantada por dos hermanos de origen norteamericano. La gente de Matanzas dice que es la mayor del mundo. Pudiera ser. Por lo menos, como es muy moderna, produce barato y vende en los propios Estados Unidos. En los días de ensayo uno de los hermanos propietarios me enseñaba en sus oficinas de La Habana cierto dorado tejido salido de las complicadas máquinas, y yo me deslumbraba como un niño admirando el brillo metálico y la finura de la fibra con que habían sorprendido mi ignorancia en la materia; y otro día, a bordo de su yate, mientras su gentil esposa nos servía un whisky con

soda, el hermano menor me contaba que llevaban ya catorce millones de dólares invertidos en la planta; y esto, un año antes de que empezara a producir.

Matanzas es bastante grande y activa, pero como la riqueza se ha distribuido mucho en Cuba, aunque haya aumentado, esta región no parece tan activa como lo fuera en los últimos años del pasado siglo y en los primeros del actual: Puerto de embarque para el azúcar de toda la zona, en la bahía pululaban los barcos; por sus llanuras cruzaban los trenes de cañas y de mercancías. La bahía se ve ahora vacía. Los enormes caserones palaciegos de otros días se han convertido en casas de vecindad; el gran teatro Sauto, cuyo esplendor fue proverbial, ha degenerado en sala cinematográfica. La ciudad merece todavía su título de Atenas de Cuba, porque su gente es fina, culta, agradable, y conserva con esmero sus viejas bibliotecas y su amor por las letras y la música. Pero el atractivo para el extranjero se ha desplazado hacia otro lugar de la provincia, hacia Varadero, que queda hacia el oeste, en la costa norte de la pequeña península de Hicacos.

De Matanzas a Varadero se va por la orilla del mar, utilizando la Vía Blanca, y entonces se cruza algún que otro pequeño pueblo de pescadores o se dejan atrás manchones de pinos que crecen en las arenas; o se va por la carretera central y en Coliseo teatro de una célebre batalla en la guerra última contra España, se toma un desvío para dirigirse, norte franco, a Cárdenas. De Matanzas a Coliseo ondulan, interminables, los sembrados de caña; de Coliseo a Cárdenas se ven los oscuros horizontes poblados de henequén. La gran bahía de Cárdenas está cerrada al oeste por la península de Hicacos; de manera que desde los muelles de la ciudad es posible ver a la distancia los techos de las casas de Varadero. Llena de trajín, Cárdenas —en cuyos cielos ondeó por vez primera la bandera de Cuba, en mayo de 1850—,

tiene calles rectas y anchas; y en una época, cuando por vez primera la visité, un comité de mil vecinos recogía dinero para mantenerlas asfaltadas.

En Cárdenas tuve entonces una extraña experiencia. Visitaba yo una casa de salud y hallé que uno de los médicos andaba desesperado porque se le moría una enferma y necesitaba transfundirle sangre. No había por aquellos días bancos de sangre ni se conocía el plasma sanguíneo. “Yo soy donante universal, doctor, y puedo ofrecerle la cantidad que necesite”, le dije. Casi antes de que terminara, el médico me espetó esta pregunta: “Cuánto cobra por quinientos gramos?” “¿Cobrar?”, inquirí yo asombrado. Al parecer, el galeno me había tomado por un expendio ambulante de hematíes y leucocitos. Yo sabía que había quienes vivían de vender su sangre; pero me resultaba absurdo que me confundieran con uno de ellos. “¿Cuánto? ¡Pronto!”, insistía el médico.

Le expliqué que yo no fabricaba sangre ni traficaba con ella; le dije que tomara la que le hiciera falta. Pero él me dijo que si no cobraba no usaría mi sangre. Ocurrió que al final se convenció de que debía salvar la vida de su enferma en vez de discutir tonterías sobre el comercio en que quería meterme; y la enferma se salvó, con lo que no pude yo volver a Cárdenas porque el marido de la candidata a cadáver, hombre pálido, bajito, de brillante mirada, que vendía carbón en una carreta de la cual tiraban dos mulos, me persiguió con increíble tenacidad para que calmara su gratitud, aceptándole un reloj o cosa parecida.

Mejor me había ido de Matanzas, donde un grupo de jóvenes médicos de mi amistad habían usado mi sangre en el caso de una parturienta grave y celebraron el hecho contándome casos raros, entre ellos el muy patético de cierta mujer campesina a quien el marido, tan blanco como ella, dejó acostada en su cama del Hospital de Maternidad, porque le parió un niño casi negro. Llorando a mares, la mujer, que estaba

enamorada de su marido, confesó a uno de los médicos que el negro mayoral de la finca en que el matrimonio trabajaba la había seducido, que ella estaba necesitada de darle un hijo a su marido y que hasta ese momento había vivido convencida de que el hijo no era del mayoral. Confundida en sus sentimientos dejó de ser madre y abandonó al niño. De allí mismo, del hospital, se lo llevó una vieja negra, a quien poco antes se le había muerto el único nieto que tenía.

La mañana en que me relataron el tremendo episodio, la pasé aturdido. Desde las ventanas del Hospital de Maternidad se veía Matanzas entera; a lo lejos brillaba el sol en la bahía. Sobre todo aquel paisaje espléndido gravitaba la angustia de aquella pobre mujer que no sabía distinguir sus sentimientos. Pensaba yo que acaso ella había vuelto al campo en pos del marido, que él la echaría de su lado, que vagaría por la hermosa tierra de su isla, tan propicia a la felicidad, buscando amparo para su dolor. Según me habían contado, al principio ella gritó que aquel niño, no era suyo, que se lo habían cambiado; el marido, en cambio, no dijo palabra, sino que miró a la criatura, después a la mujer, con los ojos iluminados por un resplandor siniestro; y se fue en silencio, mientras ella lo llamaba a voces.

Al tiempo que rodaba el automóvil hacia Varadero, iba recordando esos episodios y relatándoselos al amigo que me acompañaba; así se hacía corto el viaje. Cayó la noche y la brisa empezó a refrescar. Los cocuyos iluminaban por momentos los matorrales del camino; los claros troncos de las palmeras se destacaban a la luz del vehículo. El campo cubano, libre de serpientes, de tigres, de lobos, ese confiado campo en que jamás acecha peligro alguno, empezaba a dormir amparado por la luz de las estrellas.

La península de Hicacos, de estrecho nacimiento, se tiende seis o siete kilómetros en dirección nordeste. Contra su orilla norte ha estado acumulando el océano, durante

miles de años, un mundo de blanca, brillante, fina arena; y ahora esa arena cubre una extensión enorme, mar adentro, y sobre ella se mece un agua azul, transparente, que deja pasar la luz del sol como si se tratara de un cristal delicado; la playa así formada es Varadero. Desde Kawama, que toma el nombre indígena de una especie de tortuga gigante, la playa va derechamente, reverberando al sol, imponente en su luminosa belleza, hasta cerca del final de la península. Racimos de troncos de pinos realzan la claridad del cielo; viejas casas de madera se agolpan casi al pie del agua; infinidad de muchachas y de niños corren en bicicleta por las callejas del lugar; y allá a lo lejos, en una eminencia coronada por el depósito del agua que fue levantado con apariencia de castillo medieval, está la gran puerta por donde se penetra a los terrenos privados de Irene Du Pont, el hombre que puso de moda a Varadero en los círculos de millonarios norteamericanos.

Irene Du Pont de Nemours era un vástago de aquel noble francés amigo de George Washington, a quien en la guerra de independencia estadounidense le tocó suministrar pólvora a los soldados de la Unión. El primer Du Pont se despojó de abolengos y fundó una fábrica de pólvora, transformada al andar de los siglos en una gran industria química conocida en el mundo entero, planta de pinturas, de materiales plásticos, laboratorios de investigación internacionalmente famosos. De heredero en heredero, la dirección del enorme imperio industrial vino a caer en Irene Du Pont de Nemours. A fines de la tercera década de este siglo, este vástago de aquel noble francés visitó Varadero y decidió establecer ahí su vivienda de verano. En Varadero no había agua; y él tendió, al costo de muchos millares de dólares, un acueducto, cuya tubería maestra atraviesa por el fondo la bahía de Cárdenas; hizo calles, fabricó una carretera de

Cárdenas a la playa; parceló tierras y empezó a venderlas, cobrando precios bajísimos. A las contadas construcciones de madera que tenían allí unas cuantas familias de Matanzas y de Cárdenas, empezaron a sumarse casas de todo tipo. En poco tiempo, Varadero era un activo centro de veraneo. Ahora es de hecho una ciudad.

Irenee Du Pont de Nemours escogió una buena parte de esas tierras, hacia el extremo nordeste de la península, en los lindes de una salina que está al final; y allí fabricó su casa, en la cual pasaba unos cuantos meses cada año. Dicen que la casa está llena de cuadros admirables, de costosas esculturas. Yo hubiera querido ver tales obras de arte; pero la mansión estaba cerrada. Visité los jardines. Bajo los árboles frutales se extendía el verde césped siempre recortado; algunos jardineros trabajaban atirrando arbustos de flores, mientras a sus pies correteaban las iguanas; otros emparejaban el campo de golf; otros, más atrás, cuidaban en una pequeña ensenada las embarcaciones de la familia.

Mientras los turistas embellecen su vida con la estancia en tal lugar o con el recuerdo de ese paraíso cuando están al frente de sus negocios en Norteamérica, el incansable mar se mece suavemente, una hora y otra hora, sobre la playa maravillosa. Yo veía ese eterno movimiento de amor desde una ventana del hotel en que me había hospedado, al rojo resplandor del amanecer o al crepúsculo amarillo y azul del muriente día. Todos los tonos del mundo se habían dado cita allí. Un vigor inusitado, espléndido, salvaje, resplandecía en medio de las manchas de color. La brisa de la tarde rizaba el agua, un agua de tal transparencia que da la impresión de la pureza perfecta. Iba cambiando a lo lejos la superficie del océano, él mismo despidiendo colores como si quisiera arrojar de sí cuantos había recibido del sol durante el día, y yo evocaba la claridad de la luna, en ese mismo Varadero, muchos años

atrás, al amor de la cual una fina y bellísima joven cubana, cuyos ojos tenían el color de las algas, charlaba conmigo en voz baja, ambos tendidos sobre el césped, ambos posesos de esa especie de oculto y sagrado temor que hace florecer la luz lunar en el corazón de los enamorados.

El hotel en que pernoctaba fue levantado al costo de más de dos millones de dólares. Es una construcción gallarda, amplia, adecuada al paisaje de mar, sol y playa que se domina desde sus pisos altos; las paredes del vestíbulo, de la barra y de algunos corredores están decoradas por Hidalgo de Caviedes, cuyo fino humor y cuyas claras líneas parecen estar en su elemento en la brillante atmósfera de Varadero.

Cuando se dejan atrás Varadero y Cárdenas y se toma de nuevo la carretera central, con rumbo hacia el este, se atraviesan entonces las llanuras de Colón, por donde entre marchas y contramarchas, atacando hoy y escabulléndose mañana, los soldados libertadores cruzaron camino al extremo occidental de la isla. Las planas tierras sembradas de cañas y palmeras son las hijas del sol. A largas distancias se distinguen los colores. Multitud de pueblos y ciudades se agrupan por toda la extensión; caminos y líneas férreas atraviesan la llanura en todas direcciones.

Esas llanuras son la frontera entre la porción central y las tres provincias de Occidente. Rumbo al este, ya no se verán más, si no muy de tarde en tarde y en pequeñas manchas, las rojas tierras de los llanos. Hasta los límites orientales de Matanzas se siente la mágica luz que inunda el paisaje cubano; de ahí en adelante habrá luz, pero de otro tono; los verdes serán más definidos; abundarán los pliegues de la tierra, los cerros y las montañas; se verán con frecuencia ríos más o menos impetuosos, pues hacia el oeste la tierra se mantiene humedecida por agua subyacente, pero apenas hay corrientes y en ocasiones se cruzan muchos kilómetros sin ver un arroyo.

En los bordes de las llanuras tengo un amigo cazador. Cierta vez convine con él ir desde La Habana para pasarnos tres días en los bosques en busca de venados. Ocurrió, sin embargo, que tuve que demorar en la casa de otro amigo y llegué retrasado a la cita. Tardé años en conocer mi buena fortuna. Había ido yo a Mayajigua, en la frontera de las provincias de Santa Clara y Camagüey, viajando desde Caibarién en uno de esos trencitos cubanos de inolvidable incomodidad. Quería visitar San José del Lago, donde los matrimonios de las dos provincias que por allí se tocan van a pasar su luna de miel. Mostrándome la fuente de aguas termales, que él me elogiaba mucho, un conocido mío de La Habana que pasaba allí sus vacaciones se propuso presentarme a los huéspedes y golpeó en la puerta de uno que a su decir llevaba doce años yendo cada verano al lugar. Cuando el desconocido abrió, nos tiramos uno en brazos del otro. Era mi viejo amigo de la cacería.

Llevábamos largo tiempo sin vernos y su rostro en nada había cambiado, lo cual él atribuía a las aguas de San José del Lago. De pronto, como si todo hubiera sucedido un día antes, el veterano cazador me dijo que había sido suerte mía no haber llegado a tiempo para la salida, porque me evité un doloroso espectáculo. Ocurrió que esa mañana, cuando llegaron al bohío del práctico que debía conducirlos a los lugares propicios para levantar las piezas, hallaron dos cadáveres tendidos en la humilde sala de la vivienda, y entre los dos la madre de rodillas, los codos clavados en el piso, regado el pelo ante sí, seca de llorar desde la tarde anterior. En un minuto de imprudencia, el hermano menor, que tendría doce años, había dado muerte al mayor, que podía tener dieciséis; y antes aún de que el eco del disparo se hubiera apagado, volvió el arma sobre sí y se deshizo la cabeza. El padre había ido a la ciudad y no volvió en toda la noche. Mi amigo y sus compañeros estaban allí cuando retornaba. Al cabo de tan largo tiempo

mi amigo contaba aquello con los ojos llenos de lágrimas. Desde tal día abandonó la caza, y de su amor a los perros sólo daba muestras un hermoso “chao” que estaba criando, cuyo retrato me mostró con orgullo.

Por donde vive ese amigo, casi en las lindes orientales de la Provincia de Matanzas —un lugar llamado Los Arabos—, están los pozos petroleros de Motembo, de los cuales se saca nafta pura sin llevar el aceite a refinerías: y hacia el suroeste y el sureste están la Ciénaga de Zapata y Cienfuegos. La Ciénaga es una enormidad de tierras fangosas, que penetran en el mar Caribe en forma de zapato —de ahí el nombre—, en las cuales viven centenares de familias dedicadas a la quema del carbón y, en otros tiempos, a la caza del caimán. Al parecer, la Ciénaga es un sitio casi fabuloso, de dura vida, donde se requiere luchar enérgicamente para no perecer de necesidad; pero un médico de las cercanías me contaba en La Habana que hay zonas en que la mal afamada Ciénaga es un paraíso tropical, de gigantescos árboles, abundante pesca y fácil cultivo, y que en esas zonas los campesinos viven con refrigerador y radio, muy al tanto de todas las comodidades de la vida moderna. No sería extraño; el cubano tiene un misterioso don para saber vivir y para tornar amable el ambiente que le rodea. Trabajador y convencido de lo que quiere, entre acumular dinero y hacerse grata la vida prefiere lo segundo, sea campesino de las tierras cenagosas o habitante de las grandes ciudades.

Cienfuegos es una de esas grandes ciudades de la isla. Hermosa, juvenil, levantada a impulsos de la gran riqueza azucarera del pasado siglo, de calles amplísimas y bien cuidadas, de parques y edificios impresionantes, demora al margen de una bahía dilatada, en la costa del sur; tiene mucho trajín comercial, y aunque su puerto no es tan bueno como parece a primera vista, pues las aguas de la bahía resultan bajas y sólo aprovechables para la navegación gracias a los canalizos que

los prácticos conocen a ciegas, por ahí se embarcan el azúcar y el tabaco, de la zona sur de Las Villas y por ahí se reciben las mercancías que consume una gran parte de la provincia.

La provincia se llama Las Villas por las ciudades que la pueblan, que son varias. Al sur, además de Cienfuegos, poco más hacia el este, está Trinidad, un pedazo de las pasadas centurias en medio del vivaz paisaje de las poblaciones de Cuba; están también por ahí, aunque tierra adentro, Sancti Spiritus, cuyo nombre religioso y latino denomina a una ciudad movida y emprendedora. Casi desde Cienfuegos hasta las orillas de Sancti Spiritus, un macizo de montañas se opone, como un dique gigantesco, a la marea de la luz que domina en las llanuras de las provincias occidentales. Por entre esas montañas cruza el trencito que lleva a Trinidad, partiendo de la capital de la provincia, oficialmente llamada Santa Clara, popularmente conocida como Villa Clara.

Desde Santa Clara hasta Cumbre la línea férrea es la misma que va de La Habana a Santiago de Cuba y corre casi paralela a la carretera central; en Cumbre toma rumbo sur franco, entra en los terrenos desiguales que sirven de antepecho al macizo montañoso de Trinidad y busca después los flancos de las lomas, a través de un paisaje inolvidable. El camino podría hacerse en automóvil o el viaje en avión, pero desde la vía férrea se ve tal suma de valores imponentes y pintorescos a la vez, esto es, de belleza profunda y armónica en el conjunto y de rasgos atractivos, adornando la totalidad del horizonte, que vale la pena tomar el tren, a pesar de sus innúmeras paradas, de sus malos asientos y de sus insoportables ruidos. Además en ese tren viaja el pueblo; se le oye expresarse, comentar a gritos cuanto sucede, discutir sin tregua.

En mi último viaje, una ancianita de obscura piel, castellana a juzgar por el acento y por el fervor con que se expresaba, iba proclamando que en la voluntad de Dios estaba

todo previsto y ordenado; a la criatura del Señor no le quedaba más papel en este mundo que aceptar con resignación cuanto el Omnipotente quisiera enviarle, bueno o malo, pues en ambas direcciones estaba probando al hombre para saber si era digno de Él; si abusaba de lo bueno, no era Su hijo, sino un malvado servidor de Luzbel; si renegaba de lo malo, daba muestras de que Satán había puesto en su corazón la semilla de la ingratitud y el espíritu de la rebeldía. Vestida de negro, blanca la cabeza, arrugadita, la anciana tenía, sin embargo, una voz enérgica y no paraba de hablar; y su prédica era, en cierta medida, una versión popular de lo que siglos atrás predicara por conventos de Castilla, Santa Teresa de Jesús.

Sus palabras soliviantaron el hedonismo cubano, que viajaba en aquel tren, a mis espaldas, en las carnes de unos cuantos criollos. Se armó la interminable discusión. Alegaba la vieja, terca en sus argumentos; y al responderle los señores que gritaban de los cuatro extremos del pequeño vagón, se oían pasar, al compás del traqueteo del trencito, todos los argumentos históricos que, a juicio del hombre común, indican que la suerte de la humanidad depende de la energía, el optimismo, la inteligencia y la voluntad de progreso de nuestra especie. Toda la confianza del cubano en sí mismo, su ímpetu para luchar, su fe en el conocimiento, ese cúmulo de sentimientos realistas y a la vez generosos que forman el trasfondo de su genio nacional salía en palabras, a voz en cuello; a la vez que la tenacidad española y la persistencia del fanático se hacían evidentes en el dale que dale de la anciana.

Mientras adentro se discutía, yo iba bebiéndome el paisaje. Cruzábamos tierras abruptas sembradas de pastos, de boniatos, de plátanos. No se veía tierra roja, sino parda. No había llanuras, sino inacabable número de cerros perdiéndose en un horizonte azul de altas montañas. No se advertía la impetuosa, brillante, desatada luz de las llanuras occidentales, sino

una tocada de cierto tono gris perla, capaz sin embargo, de destacar en la distancia las manchas de los pequeños bosques o las obscuras líneas de los ríos que serpenteaban entre las bases de los cerros. Emergían de pronto, quebrando la línea del paisaje, pétreas eminencias peladas, poderosas voces de los pasados milenios que venían sacudiéndose desde el fondo de las noches geológicas y habían acabado ganando un lugar entre los picos labrados por la erosión. Parecían animadas por el vigor primigenio de la creación, orgullosas de la fuerza que necesitaron para irrumpir desde las profundidades de la tierra hasta la claridad del sol. Allí quedaban, al paso del trencito, esas eminencias duras, negadas a alimentar un árbol, enormes castillos naturales, huesos rebeldes del esqueleto terráqueo.

Abandonándolas y faldeando montañas, el trencito llegó al fin a Trinidad. En pocas horas habíamos hecho el tránsito del siglo XX al XVIII, o a lo sumo a los años iniciales del XIX. Viajando a través del espacio logramos remontarnos en el tiempo. La sensación que experimentábamos era realmente extraña. Recorriendo viejas tierras europeas o países americanos en que los días coloniales parecen paralizados, uno visita los pasados siglos sin traspasar su propia frontera mental. Pero el caso en Cuba resultaba distinto. Pues en pocos lugares del mundo se vive tan a la hora como en Cuba y aun siente uno que carga más hacia el porvenir que hacia el presente. Todo da en Cuba la sensación de que el mañana se acorta tan vertiginosamente, que no podemos demorar en el hoy, y muchos menos, desde luego, en el ayer. Trinidad resultaba un pozo inesperado, un aislado universo de pequeñas dimensiones, donde el paso de los siglos era más lento.

La villa había sido fundada en los primeros años de la Conquista, cerca del mar, al amparo de las montañas; y a menudo fue objeto de la codicia filibustera. Poco a poco, sin embargo, empezó a crecer; mas no con esa ansia de ganar el porvenir

que se nota en el más remoto caserío cubano, sino con un terco apego al pasado, con vehemente amor por cuanto significara tradición. Las viejas calles están empedradas como las dejaron hace una centuria, o más; las casas bajas, de ventanas enrejadas con labradas maderas, de puertas sujetas por macizos goznes de hierro, parecen ser el albergue del silencio y de la soledad. Grandes palacios de piedra denuncian el poderío de los que fueron señores del azúcar en los años finales del siglo XVIII y los iniciales del XIX. Una puntiaguda torre, en las afueras de la ciudad, eleva a los cielos la plataforma desde la cual se vigilaban los campos de caña y el trabajo de los esclavos.

Las calles tienen nombres de pueblos españoles; la “de la Amargura”, “de los Dolores”, la “del Crucificado”. Se siente allí la pasión con que la Iglesia Católica mandaba que los hombres desdeñaran acicatear por sí mismos el andar de los tiempos. Ciudad inmigrante, traída desde la vieja España piedra a piedra y calle a calle, ahora poblada por una raza de cubanos que tiene muy poco en común con el resto de los que habitan la isla, allí está, “ala sin ave”, como la llamó una poeta, caída en medio de las montañas.

Profundamente triste, como lo sería la momia de un ser querido guardada en los desvanes de la casa familiar, Trinidad conmueve a los visitantes de vocación arqueológica. Es bueno que esté ahí, en un costado de Cuba, para que los cubanos sepan cómo sería hoy su patria si ellos no hubieran tenido ese espíritu emprendedor y progresista que los anima.

Con su belleza de cadáver conservado, me disgusta Trinidad, me disgusta el aire de miseria que la domina, el aspecto de zombies con que trajinan sus hombres por las empedradas calles, su silencio sepulcral, la osamenta de los flacos caballos que los campesinos amarran a las puertas de los comercios, los inefables nombres de ventorrillos y bodegas;

todo eso que parece bucólico, pero que en realidad no lo es, que parece tranquilo cuando en verdad resulta la estéril paz de la muerte.

Como llovía, y no era posible salir de Trinidad en avión, hubo que volver al tren, con lo cual repasamos el paisaje, como quien repasa una hermosa lección. El Agabama corría sucio en un hondo cauce que parecía nidal de piedras gigantes, y por entre la lluvia se veían brillar penachos de palmeras. Una tras otra se alineaban las pequeñas estaciones. Al cabo de cinco horas llegábamos a Santa Clara.

Creciendo a un ritmo inesperado, la capital de la provincia se mantiene llena de gente, de viajeros de comercio, de campesinos, de visitantes que llegan a acordar negocios o a llevar enfermos. De manera que se hace difícil hallar hotel. Hay uno antiguo, frente a la estación del ferrocarril. Yo viajaba con un amigo, hombre difícil para dormir, de sueño liviano; hallamos una habitación de dos camas que, para su desdicha, daba a la calle, y por tanto, al estruendo de los frenazos, los pitidos y los desahogos de vapor en que se entretienen los maquinistas de trenes.

Esa noche hubiera sido realmente patética si no hubiera tenido una irresistible gracia de sainete. Pues mi suspicaz amigo se asomó a la ventana en cuanto llegamos a la habitación, vio el tráfago de las máquinas y los vagones, e hizo llamar al encargado del hotel para preguntarle si él creía que ahí se podía dormir en paz. Claro que se podía dormir; la habitación era fresca, las camas buenas, el hotel de mucho crédito, y en cuanto a los trenes no había ni qué pensar, porque no pasaba ninguno hasta las seis de la mañana, hora en que llegaba el central procedente de La Habana. Y era cierto. Pero el taimado hotelero se callaba una interesante información: la de que durante toda la noche calentaban locomotoras, las movían, arrastraban convoyes

detenidos, los cambiaban de vías, trabajaban en los talleres y había cháchara constante entre máquinas, carboneros serenos y mecánicos.

Absolutamente incapacitado para darse cuenta de que ese trajín jamás acabaría, mi amigo se levantaba cada media hora, tomaba el teléfono y mantenía un adolorido diálogo con el señor que hacía guardia en la carpeta del hotel. Yo sólo oía la queja de mi compañero, que en la más inocente de las actitudes demandaba que se le cumpliera lo ofrecido. A mí me parecía que resultaba difícil complacerlo, pero él creía que no. Mi risa no perturbaba su tenaz demanda. Al otro día durmió como un bendito durante varios cientos de kilómetros, mientras avanzábamos hacia Camagüey.

Santa Clara es grande y activa, pero no tanto que no pudiera dar en ella con ciertos viejos amigos. Además, tenía que ver a Iván. Iván tendría siete años y yo unos treinta cuando iniciamos nuestra amistad. Su padre había sido el primer encargado de la planta en que se reunían las aguas albañales de la ciudad, y alrededor de tal planta, sin costo alguno para el Estado, había levantado un hermoso parque, donde crecían los eucaliptos, los pinos, los naranjales. Hombre singular, activo y generoso, el padre de Iván me contó cierto día que su hijo había tendido entre los dos una barrera de resentimiento y que eso le hacía sufrir lo indecible. Yo prometí ayudarle. Amistoso, entregado a la lucha social en servicio de sus congéneres, el padre daba más importancia a sus amigos que a Iván, según pensé yo; y era cosa de que Iván se sintiera tan importante como todos los profesionales, dirigentes políticos, literatos y artistas con quienes departía el padre.

Empecé por dedicarme a Iván, por hacerle regalos que ostensiblemente le estaban dedicados, e inventé una historia de cierto sanguinario tigre al que el niño y yo, sin ayuda de nadie más, deberíamos dar caza; además, le di el título de Capitán;

era el corajudo capitán Iván, cazador de bestias feroces, y había que tratarlo con el respeto y la deferencia que merecía su grado. Cuando estuve seguro de que el plan daba buenos resultados, le aconsejé al padre que lo siguiera; e Iván fue desde entonces invitado a pasear en automóvil con su papá, a tomar helados en el café, a ir al cine sin otra compañía que la paterna. Cuando volví a verlo era un gigantón, estudiaba medicina y se llevaba fraternalmente con el padre. De su casa, fresca, hermosa, con amplio portal de mosaicos y madera, salimos hacia Camagüey.

Es una fiesta atravesar a buena marcha los campos de Cuba cuando sobre ellos esplende el sol; da alegría cruzar los pueblos de la carretera, tan bulliciosos. Hacia la costa norte habíamos dejado a Sagua y a Caibarién; Sagua, la de los afamados ostiones que todo el país come, la del cristalino mármol tipo “boticino” que lleva su nombre; Caibarién, la de los cangrejos moros, de carapachos rojos y amarillos, tan suculentos y finos, pescados en el fondo del mar, unas cuantas millas afuera del puerto. Algunos kilómetros antes de llegar a Caibarién se pasa por Remedios, la ciudad donde murió trágicamente, todavía joven, Alejandro García Caturla, el mejor dotado de los músicos sinfónicos cubanos, hombre de gran carácter, poderoso espécimen de creador, cuya vida intensa y rica está esperando un biógrafo de talla.

Mientras en la provincia habanera la economía tiene las múltiples facetas que impone un gran centro consumidor —que es la Capital—, y por sus campos, además de la caña inevitable, pululan las fábricas, se produce la papa, se siembra el maíz, se crían aves y ganado lechero, en la provincia de Matanzas predominan la industria azucarera y sus derivados. Fuera de la gran planta de artisela, y acaso de alguna que otra enlatadora de frutas, sólo cañas, ingenios y alambiques se ven.

En las cercanías de La Habana crecen los suburbios industriales, las fábricas de caucho, de cervezas, de tejidos; todas las que se combinan en las complicadas exigencias de la construcción moderna, los centros de transporte, los grandes sectores comerciales, los bancos y las numerosas oficinas del Estado. En Matanzas la fuente de trabajo es el azúcar, son las mieles, los alcoholes; pues el petróleo de Motembo no ha podido desenvolver mayores fuerzas y la artisela es reciente. En Las Villas la economía es más diversa. Se produce tabaco y se industrializa, la pesca es un renglón importante, hay zonas ganaderas de verdadera categoría; la ciudad de Santa Clara tiende a ser un núcleo industrial de proporciones serias, y acaso sólo la carencia de agua abundante ha impedido que ya lo sea. En Las Villas hay regiones todavía sin explotación; hay bosques, playas, mármoles; la población de la provincia pasa, con mucho, de un millón de habitantes, tiene tierras altas y llanas, buenas aguas, comunicaciones fáciles.

En la provincia camagüeyana predominan el azúcar y la ganadería, si bien algunas zonas, como las de Ciego de Ávila y Morón, producen piñas, papas, naranjas y algún tabaco. Hubo un tiempo, cuando Camagüey, que hoy tiene nombre tan indígena, se llamaba castizamente Puerto Príncipe —esto es, el puerto del príncipe—, en que fue el centro cultural más importante del país; sus jóvenes hablaban latín, en las casonas de los señores se reunían orquestas sinfónicas; se estudiaba a Homero en griego y se hablaba francés corrientemente. De ahí surgieron grandes escritores cubanos, llamados a culminar poéticamente en Gertrudis Gómez de Avellaneda y filosóficamente en Enrique José Varona.

De la economía actual de la provincia, predominantemente pastoril, se desprende como flor natural el carácter de sus habitantes, bien destacado en el panorama psicológico cubano. Menos expresivo, más introvertido que el resto de sus

compatriotas, el camagüeyano tiene un caudal de recelo y orgullo que difícilmente gasta en su tránsito por la vida. Convencionalmente racista y tradicional, en las calles de la capital provincial se ven pasar hermosas muchachas rubias con más abundancia que en otras ciudades y entre sus tejados sobresalen más de veinte campanarios de iglesias. Camagüey conserva una tenue atmósfera pretérita.

Desde la terraza del hotel, ciertos amigos historiadores y abogados me mostraban los rojos techos del perímetro urbano. Por entre ellos se veían múltiples copas de árboles y más allá, a la distancia, la llanura de pastos y cañaverales. A mí me parecía estar viendo una postal de principios de siglo. Sin embargo, en esa atmósfera irrumpen numerosas expresiones de la activa vida moderna; las calles bien pavimentadas, las tiendas cuidadosamente organizadas, las bellas mujeres de paso resuelto. Como me decía un chofer de la ciudad, al tiempo que me mostraba el parque de majestuosas perspectivas que hay en las afueras, camino de Santiago de Cuba: “Las cosas cambian, señor; ahora van de noche al cabaret las mismas familias que por la mañana van a misa”.

En las costas camagüeyanas, al norte y al sur, hileras de cayos guarecen a pescadores y a fabricantes de carbón. Dicen que en Cayo Romano hay reses cimarronas, y que son pequeñas por la falta de buenos pastos y de abundante agua; cuentan también que desde las cercanías de Morón, muy al este de tal Cayo, llegan los venados en horas de marea baja. Los jardines de la Reina, en las aguas del sur, abundan en canalizos tapiados arriba y a los lados por la vegetación de la cayería; por tales canalizos serpean las barcas de los pescadores, que cargan de presa fina, porque las aguas son bajas. Esa zona ha sido pasto de ciclones, uno de los cuales, el que destruyó a Santa Cruz del Sur, causó tales estragos que la gente lo recuerda con horror.

Sobre tal costa estuvimos perdidos, un joven aviador cubano y yo. Habíamos ido a Oriente en Vultee, pequeña aeronave de dos pasajeros y un motor, y tuvimos la extraña suerte de que el compás se dañara justamente cuando ascendíamos para esquivar una nube que se nos echaba encima. El piloto no se dio cuenta de que empezaba a girar. Era nuestro plan hacer tierra en el aeropuerto internacional de Camagüey para tomar gasolina, de manera que llevábamos el tanque casi vacío. Como la isla es estrella, al salir de la nube íbamos viendo una costa abajo, a nuestra derecha; y creíamos, confiados, que se trataba de la orilla del Atlántico. Pero de pronto el piloto observó, vio unos picos que no parecían ser los de la Sierra de Cubitas, porque estaban muy a la distancia. Mientras tanto, se nos secaba el tanque. Columbamos una chimenea a proa, y tras breve consulta descendimos sobre un terreno de espinoso marabú. Estábamos al este de Manzanillo, al pie ya de las estribaciones de la gran Sierra Maestra, y cerca del batey de un ingenio, de manera que volábamos otra vez hacia Oriente. Quiso nuestra fortuna que el hijo del dueño del ingenio tuviera avión, razón por la cual había allí alguna gasolina.

Tres años después de aquella experiencia el joven piloto en cuyas manos estuvo mi vida perdió la suya, al timón de un Lodestar, mientras se aprestaba a tomar tierra en un aeropuerto de Guatemala. En esa ocasión volaba hacia Costa Rica para formar en las fuerzas revolucionarias que comandaba José Figueres. Me tocó a mí, precisamente, ser portador del dinero que Figueres envió, victorioso ya su movimiento, para la viuda del infortunado piloto y para la familia de su copiloto. Cuando entregaba ese dinero a los deudos, en La Habana, recordaba yo la noche en que los dos desaparecidos estuvieron a despedirse de mí, horas antes de su muerte; el largo rato que uno de ellos demoró hablando

con sombrío acento de una premonición, y su despedida tan cubana, tan sin énfasis: “Bueno, ya sabe; si nos toca lo peor acuérdesese de nuestras familias.”

En los días de nuestra aventura a bordo del *Vultee* el aeropuerto internacional de Camagüey apenas tenía movimiento, lo cual ha cambiado ya. Situado en una llanura, con aproximaciones que ofrecen el más amplio margen de seguridad, en él enlazan innúmeras vías; aviones que van para el sur del continente o que vuelan hacia Estados Unidos, los que recorren las islas antillanas, los que cruzan de La Habana a Santiago de Cuba, ahí hacen parada. Día y noche se oyen roncar los motores. Una avenida de dos vías lo comunica con Camagüey. En las orillas de esas avenidas se fabrican vistosas casas. Restaurantes con pistas de baile sirven para entretener en sus cercanías a los viajeros que deben esperar algunas horas el paso de su aeroplano.

Siguiendo esa doble vía del aeropuerto se toma la carretera de Nuevitas, vasta bahía, en forma de saco profundo, defendida de los vientos del norte por la cayería, a partir de la cual empieza, recorriendo la costa hacia el sureste, una sorprendente cadena de bahías hermosísimas, seguras y amplias, por las que tiene salida la variada producción de la provincia de Oriente.

Oriente es la punta del arado cubano. Las manseras están en Pinar del Río; las grandes cuchillas, en la tierra oriental. De este a oeste se alza el sistema montañoso en que se encuentran Baracoa y las ciudades del noroeste; al sur, la Sierra Maestra. Las faldas de las sierras penetran directamente en el mar Caribe y van a descansar en un fondo que está a seis kilómetros y medio bajo el agua; de manera que ese gigante paredón de rocas es el contrafuerte geológico de la isla. Como si ellos fueran el sustento de ese incomparable cielo de Cuba, en los picos descansan las nubes.

Al norte de sus anchísimas bases duermen complacidos los valles y las llanuras donde la gentil palma señorea. Si las tierras tuvieran alma, tales valles y tales llanuras sabrían que de los embates de los mares y de los espantosos cataclismos que reducen a peñascos moles de piedras, los preservan esas montañas cuyos picos siempre húmedos se pierden, incontables, en neblinosos horizontes. Corren las aguas por sus empinadas faldas, se albergan en sus socavones el hierro y el cobre, crecen al favor de la humedad los generosos árboles, las palomas y los sinsontes anidan en sus troncos y en los yerbajos se guarecen los recelosos guineos.

Acaso sólo el hombre que vive en tales alturas padezca angustia, pues año tras año el agricultor que allí llega para establecerse en los pequeños valles se ve perseguido por los geófagos y tiene que abandonar el bohío que ha levantado con mil trabajos, o tiene que enfrentar su machete a los fusiles de sus perseguidores. En ese escenario gigantesco, solitario como todo lo grandioso, la lucha por la tierra cobra tintes sombríos. A medida que aumentan la población y las comunicaciones y se hacen más valiosos los terrenos, a la vez que son más numerosos los campesinos necesitados de lugares donde producir independientemente, aumenta también la codicia de gentes cuyos abuelos alguna vez tuvieron supuestos títulos de propiedad en esas alturas inaccesibles; surgen entonces los abogados, los escrutadores de archivos, los buscadores de añejos amparos reales o cédulas de concesión de tierras; un juez sentencia sobre lindes en lugares que nunca ha visto ni jamás verá, y con las certificaciones de tales sentencias desalojan a los esforzados campesinos que abrieron caminos entre las piedras de los picos, que desmontaron los bosques e hicieron productivos los lienzos de terrenos más o menos fértiles. A menudo los campesinos se rebelan contra esa justicia tan

injusta, y truenan las escopetas o los máuseres entre los tremendos ecos de las montañas. Es de notar que en esas luchas jamás muere un geófago.

Para llegar desde las llanuras camagüeyanas hasta esa poderosa muralla natural hay que recorrer algunos centenares de kilómetros. Se cruza por poblachos escuálidos, muy diferentes de los que se hallan desde Pinar del Río hasta Camagüey, por ciudades de inusitada actividad y amplitud, como Holguín, o por grandes burgos abandonados, de calles enfangadas, como Bayamo. En Holguín tiene estatua el general Calixto García, que hizo todas las guerras contra España y en cuya frente había un pequeño agujero tapado con algodón. Por ahí le había salido la bala con que intentó suicidarse cuando se vio rodeado del enemigo. Es su nombre el que se ha inmortalizado en la frase “llevarle un mensaje a García”, pues fue a él a quien se dirigieron los jefes militares norteamericanos para arreglar la llegada a Cuba de las fuerzas estadounidenses que debían participar en la guerra de 1898. Aguerrido y estudioso del arte militar, no movía tropas con la celeridad de un Gómez o de un Maceo, sino que usaba grandes números de fuerzas, columnas de miles de hombres, con las que dominó la región oriental en la última guerra y apoyó los desembarcos de Shafter y las acciones comandadas por Lawton y por Wheeler. A la muerte de Maceo fue ascendido a lugarteniente general del Ejército libertador. Murió en Norteamérica, terminada la guerra. Su hermosa estampa de patriarca se yergue labrada en mármol en medio de un parque, en su ciudad natal.

Bayamo fue la cuna del himno cubano y la primera ciudad importante que tomaron las fuerzas mambisas al iniciarse la guerra en 1868. Ardió toda. Había sido fundada en los días de la Conquista y dio mucho que hacer a las autoridades coloniales, debido al prolongado comercio que mantenía con extranjeros. Está situada al sureste de Holguín, en una orilla

del valle del río Cauto y al amparo de la Sierra Maestra. Es un importante centro ganadero y lechero, como Holguín es centro de una zona productora de frutos menores.

Desde Bayamo la carretera central corre hacia el este hasta Palma Soriano; de ahí, esquivando la mole montañosa de la sierra, buscando los pasos más bajos, desciende en dirección sur hasta Santiago de Cuba. Entre seis y diez kilómetros antes de llegar a Palma Soriano, el visitante va presintiendo un espectáculo de grandiosa hermosura. La saludable vegetación lo anuncia; lo anuncian la fina luz que rueda desde las montañas, el límpido cielo entrevisto por entre los árboles. Se desemboca de pronto en un claro de la vegetación. A lo lejos se advierten tonos azulencos manchados por sombras de palmares; es el valle, el mismo gran valle del Cauto, aunque tenga otro nombre.

Ruedan en infinita sucesión las tierras planas cubiertas por los pastos y los pequeños bosques; se pierde en la distancia la mirada; colma el limpio sol de Cuba la enorme artesa a cuyo final se adivinan las alturas de la Sierra de Nipe, mientras hacia la diestra mano, más cercanas, imponentes, negras de tan azules, trepan hasta la total desaparición las empinadas tierras de la Sierra Maestra. Es inolvidable el espectáculo. Crece en el pecho un agobiante sentimiento de gratitud por tanta belleza. Mira uno y no se cansa. El menor ruido sería un crimen. Mísero y a la vez grande, el hombre se siente allí sembrado en los siglos, bajo los infinitos ojos de un Dios todo generosidad. Desde el suelo en que se está, hasta los cielos que lo cubren, inaudibles cantos suben, en brillantes oleadas, y todo ese vasto escenario se alza en músicas hasta la fuente misma de la luz que le da vida.

¡Cuán pobre ha de verse poco después, comparado con éste que el propio Dios creó, para su regocijo, el templo que han levantado los hombres a la Virgen de la Caridad del Cobre! La

iglesia se alza sobre la Villa del Cobre, en un altozano, y los ocho de septiembre se cuentan allí a millares los peregrinos de toda la isla que la visitan. La construcción no responde a estilo alguno; el pueblo que está a sus pies no puede ser más pobre. A orillas de terrosos callejones se levantan las casas, en su gran mayoría de maderas, destartaladas, oscuras. Niños de enfermizos rostros se ven en las sombras de las habitaciones.

Al cabo de largos años de utilizar el lugar como atracción de los creyentes, los sacerdotes pudieron haberlo embellecido sembrando árboles, cuidando jardines, formando comités de vecinos para que dieran otro aspecto al sitio. Pero ni siquiera con la iglesia y sus alrededores lo han hecho. Detrás de la Sacristía se venden oraciones, cintas de seda medidas al tamaño de la imagen, velas, medallas, rosarios; una copia de la Virgen ha sido paseada por todo el país para recolectar dinero con que hacer al lado del templo un gran hotel —que la curia llama “albergue”— para hospedar a los peregrinos; pero no se ha pensado en mejorar el bajo nivel de vida en que se debaten los habitantes de la villa.

Durante largo tiempo el lugar fue zona minera —y de ahí el nombre— y las faldas de la sierra están horadadas por viejos túneles, muchos de ellos cegados ya por los derrumbes; pero el cobre ha dejado de extraerse y la gente apenas tiene donde trabajar. Las tierras estériles, rojizas, secas, no responden al cuidado del hombre.

Fui a El Cobre la primera vez para complacer a una señora de mi afecto que me pedía hacer “una obra de caridad”; y consistía tal obra en bautizar a una muchacha de algunos quince años, a la cual llamaba ella Mimí. No tenía otro nombre ni apellido paterno o materno. Había nacido en las inmediaciones de la Gran Piedra, pedrejón de acaso cincuenta metros de largo que corona una eminencia de la Sierra Maestra, a más de mil doscientos metros de altura.

A cambio de tres pesos y tras unos cuantos latines entreverados de padrenuestros, agua rociada y óleos en la frente y en la barbilla, Mimí pasó a tener nombre y apellido. El bautizo le dio suerte, porque a poco viajó a La Habana; al amparo de la santa mujer que tomó a pechos la tarea de darle nombre y costumbres sociales. La muchacha ayudó a su suerte con un carácter entero y agradecido. Por La Habana, muy señorita, muy correcta, bien vestida, me sorprendió cierto día con una gentil voz que demandaba: "Bendición, padrino". Yo la bendije al tiempo que recordaba al sacerdote que la bautizó, quien me aseguró muy seriamente que si a la criatura le faltaba el padre —lo que le faltó siempre—, yo debía educarla en el respeto y la fe en la "Santa Madre Iglesia".

Bajamos a Santiago de Cuba. La gigante mole de la Sierra Maestra se quebró para formar un anfiteatro de enormes terrazas; y probablemente el arrastre de los ríos, al hilo de milenios, fue llevando tierra de las propias montañas para formar con ella esa platea que termina en las orillas de la irregular bahía. Desde las alturas de Quintero, por la propia carretera central, se ve la ciudad asomada a las aguas. A la luz del atardecer blanquean las casas. A su alrededor montan guardia las alturas. La vista viaja de los techos de Santiago al tumulto de las lomas. El paisaje se va deshaciendo en el lento desvanecerse del día; comienzan a parpadear las luces de la ciudad. Sólo la bahía splende mientras azulea como acero recién cortado. Los remotos resplandores del sol tornan pálidos, en dirección hacia El Cobre, los firmes de la Sierra, cuyos perfiles se recortan contra un cielo de cristal que segundo a segundo va haciéndose oscuro. Cuando entramos en la ciudad es ya de noche.

Santiago de Cuba fue fundada por el Adelantado don Diego de Velázquez. Habiendo llegado desde la Española, el colonizador estableció primero la villa de Baracoa, en el extremo oriental de la isla; y luego, dejando atrás los interminables

picos de montañas que corren desde Baracoa hacia el oeste, como un águila que buscara nidos de rocas en las alturas, dio con el anfiteatro y la bahía en que hoy está Santiago de Cuba y allí se asentó la primera capital de Cuba. Al paso de los siglos las lomas fueron poblándose de cafetales; los valles de platanales, maizales, pasto de ganado; se descubrieron minas en sus cercanías, se fundaron otros pueblos en los llanos que quedaban al norte. Manganeso, cobre, hierro salieron de las entrañas de sus sierras; se sembró caña de azúcar, se tendieron caminos. La provincia se hizo próspera y con ella la ciudad que la encabezaba.

La ciudad ha sufrido un cambio notable en los últimos tiempos; tiene sus calles pavimentadas con hormigón, todas sus aceras nuevas, amplias avenidas de moderno trazado. Llena de gracia, estampa de un limpio puerto tropical propicio a aventuras de buena ley, por sus calles desfilan millares de gentes atareadas y las muy bellas y sugerentes mujeres santiagueras, cuyo atractivo mayor reside en la sutil contradicción que se observa entre la figura y la expresión. De ojos brillantes, sanas bocas bien dibujadas, esbeltos cuerpos de saludables carnes, tienen tal expresión de decencia, inocencia y virtud que se impone como un insospechado contrapunteo del cual surge, con natural limpieza, la impresión de que esas mujeres nacieron para formar una auténtica raza de madres.

Desde el alto del Boniato —Puerto Boniato le llaman en Santiago, fieles al genio del idioma que bautizaba con el masculino las puertas que la naturaleza abrió en los altos cercos de las montañas—, a 1.375 pies sobre el nivel del mar, se ve allá abajo a Santiago, brillante, lleno de color como un enjambre de palomas posado en la campiña. Casi todo el escenario de lo que fue en Cuba la corta guerra librada por norteamericanos y cubanos contra España, se domina a vista de pájaro. Hacia

el sureste, cubierto por la Sierra Maestra, está Daiquirí, puerto dedicado al embarque de minerales por donde hicieron tierra las primeras tropas estadounidenses.

El “Maine” había volado el 15 de febrero de 1898; el Congreso norteamericano había acordado el 13 de abril la histórica “Resolución Conjunta” en que se reconocía el derecho de Cuba a ser independiente. Tres años llevaba ya la nueva rebelión contra España, que se libraba a todo lo largo de la isla. El 21 de abril, Madrid rompió relaciones con Washington; dos meses después, la escuadra de los Estados Unidos navegaba por las aguas del Caribe, al pie de las alturas de la Sierra Maestra, y a su protección se acogía el numeroso convoy en que se transportaban hombres, armas, víveres, medicinas y municiones. Operando en tierra con sus fuerzas cubanas, el general Calixto García había rodeado a Santiago tomando todos los caminos que podían llevar a la ciudad, en cuya bahía estaba anclada la escuadra española del almirante Cervera.

En la noche del 20 de junio tropas cubanas asaltaron y tomaron Daiquirí; en la mañana del 21 comenzaron a desembarcar los soldados de Shafter. De manera que fue Daiquirí, pequeño puerto perdido entre las aguas del Caribe y las lomas ferruginosas, el lugar escogido por la historia para que hiciera planta el poder militar llamado a rematar en América un imperio de cuatro centurias. Daiquirí se conoce hoy en todo el mundo, pero no a virtud de ese hecho, sino porque allí nació un cóctel que había de universalizarse pronto. A mí me tocó conocer al padre de tal cóctel, el mismo que por primera vez lo hizo en el mostrador de un cafetucho visitado por marinos en el puerto que le dio su nombre. Murió en La Habana, allá por 1940, mientras sacudía cocteleras en la barra del Hotel Plaza. Era ya un anciano cuando le llegó su hora de rendir cuentas al Dios de los bebedores, y los que fueron sus

habituales parroquianos en sus últimos años le acompañaron al Cementerio de Colón entre eructos de ron mezclado con azúcar, zumo de limones y gotas de amargo.

Desde Puerto Boniato se adivina una abra que debe ser la de Siboney, por donde también desembarcaron fuerzas norteamericanas, protegidas por columnas cubanas, el día 23 de junio. Tal día era vísperas de San Juan. Ya se alcanzaban a ver los acorazados norteamericanos; las tropas españolas se concentraban en sus cuarteles o tomaban posiciones en los pueblos cercanos. En Santiago había hambre. La prolongada guerra había devastado la riqueza de la región.

En Siboney hay una especie de sencillo monumento que recuerda el desembarco y los nombres de los oficiales y soldados que murieron en el campamento organizado allí. El lugar es una pequeña playa de negras arenas, cavada en semicírculo al costado de una estribación de la Sierra. En los últimos tiempos se han fabricado allí hermosas casas y la gente pudiente de Santiago veranea en tal sitio. Almendros, pinos y cocoteros rodean al club de madera que usan los bañistas. Hacia el nordeste trepa el camino de la Gran Piedra. De sanos aires y buenas aguas, el sitio es propicio para la salud; y en él vi yo transformarse en fuerte a un niño que había nacido seismesino, casi incapacitado para vivir.

De noche, a fin de aprovechar una hora de luna creciente, fui a reconocer el monumento que perpetúa el recuerdo del desembarco norteamericano. Iban conmigo dos cubanas santiagueras, una de las cuales, por la piel, los ojos y la figura, parecía haber llegado de tierras nórdicas. Docenas de chivos dormían entre las piedras, al pie de los broncees del monumento. La luna sobre el negro mar, el silencio sobre el dormido caserío, las oscuras moles de las montañas y los cabros triscando, mudos, por las cortantes rocas de la costa, hacían pensar en un país remoto, extraño, sede de solitarios pastores

pertenecientes a una raza ya perdida. Digamos, un rincón en los mares de Grecia, tras el ocaso del señorío de Atenas, pero en pie todavía las columnas de sus templos.

El día 24 atacó el general Wheeler en Las Guásimas, a pocos kilómetros de Siboney. Igual que en todas las acciones de esa guerra, columnas cubanas participaron en el ataque. Los españoles se retiraron a las Lomas de San Juan, en la orilla oriental de Santiago. Abriéndose hacia el este, fuerzas norteamericanas avanzaron en la noche del 30 de junio, al pie de la sierra, para situarse al nordeste de Santiago y atacar El Caney, mientras otras columnas avanzaban en derechura hacia las Lomas de San Juan. Ambas batallas se dieron, simultáneamente, el primero de julio; las dos consumieron infinidad de vidas. En El Caney, que domina un panorama de tierras llanas y fértiles, las fuerzas españolas, al mando del general Vara del Rey, resistieron más de ocho horas de bombardeos incessantes, sólo amparadas por las defensas del fuerte El Viso, que todavía, desmanteladas, desafían la lenta y destructora artillería de los años. El fuego español fue criminal en las Lomas de San Juan, donde al final se impuso el valor de los atacantes, entre los cuales descolló la expresión fiera y el talante imponente de Teodoro Roosevelt.

Santiago de Cuba, sin embargo, no se rindió sino después que la escuadra del almirante Cervera, a quien se le ordenó abandonar la bahía, fue destruida a cañonazos el día 3 de julio. Como grandes bestias heridas de muerte, los buques españoles fueron perseguidos a lo largo de la costa, abatidas sus torres, perforadas sus santabárbaras, silenciados sus cañones; algunos encallaron, ya casi inútiles, al pie de la Sierra Maestra. Cervera y los oficiales que sobrevivieron fueron recibidos a bordo del buque insignia norteamericano con los honores que las marinas de guerra del mundo rinden a los vencidos en buena lid. Mutilados, con los pocos antes vistosos

uniformes hechos andrajos, pero orgullosos como españoles de cepa pura, esos marinos enterraron los restos del imperio español en las Américas.

El día 16 de julio, cuando la Iglesia Católica celebra la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, se rindió la ciudad. Grueso hasta la obesidad, el general Shafter recibió la entrega. Los dioses de la historia habían querido que el secular imperio muriera a las orillas del mar en que nació. Desde Santiago de Cuba, a pocas leguas marinas por esas mismas aguas del Caribe, estaba Santo Domingo de Guzmán, desde donde los estandartes de la conquista, las cruces de los misioneros y los oidores que aplicaban las leyes de las Indias se esparcieron por todo el continente. Como la criatura humana, que al morir solicita, aunque sólo sea con el recuerdo, los lugares por donde discurrió su infancia, el colosal imperio se derrumbaba cerca del nido donde fue empollado.

Eso pensaba yo mientras contemplaba abajo, disolviéndose al sol de la tarde, los parajes por donde transitaron norteamericanos y cubanos en pos de la muerte. Refrescaba en Puerto Boniato. A mi izquierda tenía el mundo de montañas que iba a hundirse hacia el este, por Baracoa; a mi frente, como un cristal, la bahía santiaguera; a mi derecha las alturas de la Sierra del Cobre. Una pareja hablaba de amores a la sombra del pequeño restaurante que corona la altura. Lentamente me dirigí al automóvil.

La noche empezó a caer cuando llegaba a las primeras casas de Santiago. Pero todavía podía verse, sobre la almena de un cuartel, la bandera de la estrella solitaria, sacudida por la misma brisa que había sacudido una vez las barras y las estrellas del pabellón norteamericano, y durante siglos la gualda y oro de España, y antes aún el pendón morado de Castilla.

LIBRO SEGUNDO
EL DRAMA Y LOS ACTORES

I EL UMBRAL DE SÍ MISMA

Este pueblo se fue formando, sobre un fondo escaso de indígenas, con el aluvión de los conquistadores hispanos y los negros esclavos. Los pequeños núcleos de donde irradió la naciente población cubana fueron los centros de autoridad establecidos por los españoles, las minas —en poco tiempo abandonadas—, y las tierras cedidas a los colonos que querían trabajarlas. Igual a lo que ocurrió en toda América, indios y negros y españoles se cruzaron entre sí. Como raza pura el indio no tardó en desaparecer; en cuanto al esclavo, llegaba a veces en números más altos que el español. La mayor importación de negros quedó establecida, al principio, en los alrededores de La Habana, que a fines del siglo XVI era el punto central del desarrollo económico en los tiempos que siguieron al fracaso de las explotaciones mineras. Por supuesto, La Habana era también el lugar de fijación de la mayor inmigración blanca. Estas condiciones cambiaron cuando se abrieron al cultivo de la caña las que hoy son provincias de Camagüey y Oriente, pues entonces hacia allá se lanzó también el torrente humano que podríamos llamar de importación.

En el tremendo choque de dos culturas que se produjo en América —pues dondequiera que había indios, no importa cuál fuera su grado de desarrollo, recibieron el impacto de la cultura hispánica—, los indios quedaron o aniquilados o sometidos. Violentamente se les transformó su ámbito. Su

religión, su concepto del régimen social y político, su economía, su lengua misma quedaron sometidos a otros hasta poco antes desconocidos.

Donde el indio pervivió quedó sin embargo situado en su paisaje, perseguido por el recuerdo de los lugares donde adoró a sus dioses, rodeado por la historia de su raza, que se mantenía viva en los relatos, en la lengua, en la manera de vestir, en los alimentos; todo lo cual, aunque hubiera sido adulterado, tenía —y aún tiene— reminiscencias de su pasado. Aun cuando hubiera deseado someterse a la fuerza que lo doblegaba, el indio sustentaba la nostalgia de su vencido señorío en la contemplación de cuanto le rodeaba. Su permanencia en el mismo suelo donde antes floreció su cultura era un obstáculo demasiado poderoso para que pudiera olvidarla y aceptar la que le imponían. Así se explica que haya regiones del Continente donde a pesar de que convive con el “ladino” mantiene su alma solitaria y adusta; siembra el maíz como lo sembraron sus abuelos cinco siglos atrás, reza en su lengua materna a dioses que tienen apariencia cristiana pero alma indígena, se niega a ver al médico, porque sólo cree en el curandero de su raza, rechaza al maestro de escuela; en una palabra, se conserva reacio a la cultura de sus conquistadores. Como se dice comúnmente, el indio no es dinámico en la integración americana; es estático.

Con el negro no sucedió lo mismo. El negro fue substraído de su ambiente; se le arrebató, de golpe, al meterlo en las sentinas de los barcos que lo trajeron a América, el paisaje africano, el amigo de la infancia, la madre y el padre, la fauna y la flora. Aquí no había elefantes ni leones; los árboles en que moraban sus dioses africanos no se hallaban en Cuba. A menudo entre la dotación de esclavos en que caía, ni siquiera había quien hablara su lengua nativa, y sólo en los casos en que la importación se hacía masivamente desde un mismo

punto del África era posible conservar, aunque siempre desfigurados por influencias de otros grupos raciales parecidos, la religión de los abuelos y algunos rudimentos del idioma.

Si el negro hubiera sido apresado y esclavizado en su propia tierra acaso se hubiera reconcentrado en sí mismo y se conservaría hoy como era hace trescientos años. Pero un mecanismo de defensa psicológica lo llevó a adaptarse con gran rapidez al nuevo ambiente. Sus habituales reacciones frente al medio africano desaparecían aquí al cabo de la segunda generación por la ausencia de los estímulos que allá las desataban. No resulta extraño, pues, que el hijo del esclavo no heredara su lengua si no tenía con quién hablarla; que no temiera al león ni al elefante si jamás los vio en Cuba; que tuviera por amigos a otros hijos de esclavos que crecían como él en ambiente nuevo y con nuevas sensaciones, o a los hijos del amo —lo cual ocurría a menudo—. Todo eso explica que el negro resultara a la postre incorporado al pueblo que iba formándose, y que se comportara como un tipo humano dinámico en el concepto de la cultura occidental, no estático como el indio.

En cuanto al mestizo de indio y español o de indio y africano, el fenómeno de incorporación se producía por otros caminos. Pues con la rápida desaparición de la raza aborígen los retoños tenidos con blancos y con negros pasaban al cuidado de estos. Por otra parte, en el torrente de diversas sangres y colores que fue formándose al paso de los años, el aporte de mestizos del indígena no era muy cuantioso.

Desde luego, este proceso fue lento; porque la afluencia inmigratoria de españoles y de africanos duró más de tres siglos, pero no debe echarse en olvido que lo que podríamos llamar fenómeno de adaptación a Cuba —entendiéndose por tal, no ese movimiento exterior de sometimiento a un hecho, sino su reconocimiento inconsciente, natural y por tanto con vivas raíces en la estructura sentimental del individuo—, iba

produciéndose a compás con la llegada de los inmigrantes, o mejor dicho, cada vez que estos se multiplicaban en nueva generación nacida en el país. Tampoco debemos olvidar que, aunque en menor número que en otros lugares de América, el español y el negro se cruzaban aquí.

Claro que la sola convivencia o la mescolanza racial no forman un pueblo. Pero es el caso que aún antes de que se produjeran esa convivencia y esa mescolanza, españoles, negros e indios comenzaron a actuar juntos en empresas que los unirían sentimentalmente. Así, cuando Jacques de Sores asaltó y tomó La Habana en 1555, negros e indios acudieron, bajo el mando del gobernador, a darle batalla al pirata francés. Además del trabajo común de la lucha común, e imponiéndose en lo profundo de la psicología de cada grupo por encima de la división que establecía la separación de la gente en castas —amos, hombres libres y esclavos—, estaban otros factores; estaban la geografía, los nombres de las plantas y de los frutos, las pequeñas historias de cada naciente caserío, todo lo cual era materia de aprendizaje para el español que venía de la Península, mientras en apariencia no lo era para el niño que nacía en Cuba.

Hijo de esclavo o hijo de amo, se nacía habanero o santiaguero; y ese hecho no podía ser transformado. Así, pues, llegó el día en que se era cubano, no español; el día en que al nacido en Cuba se le distinguía en su manera de hablar, en sus propios rasgos físicos, en sus reacciones, en la vestimenta. El cubano estaba hecho a un paisaje que no era el de España, a alimentos que no eran los de allá, al trato con gente que se comportaba en forma distinta a la de la Metrópoli, a producir cosas que allá no se producían.

Por otra parte, en el período inicial de la formación de Cuba, que es propiamente el siglo XVII —pues el XVI fue el de la Conquista, el XVIII el del desarrollo nacional y el XIX de

lucha por la independencia—, las autoridades coloniales tuvieron que resolver por sí solas, “según el mejor y leal saber y entender”, muchos de los problemas que se le presentaban al país; pues en tal época fue grande el aislamiento de la isla en relación con España, al extremo de que hasta noticia tan importante como la muerte de un monarca y el ascenso al trono de su heredero tardó casi ocho meses en llegar de Madrid a La Habana; en septiembre de 1665 murió Felipe IV, y en mayo de 1666 vino a saberse en Cuba.

Durante la primera mitad del siglo XVII, los cubanos, negros y blancos y mulatos juntos, cansados de padecer ataques y asaltos de piratas, se lanzaron a piratear por el mar de las Antillas; lo cual indica que si empezaron unidos una tarea de defensa de sus nacientes centros de población y de trabajo, unidos llevaron también a efecto la tarea de ataque al enemigo común, más allá de las costas cubanas. Además, aquel aislamiento de que ya se habló, obligaba a las autoridades a tomar en cuenta el sentimiento, la necesidad y la psicología del criollo, si llegaba el caso de actuar sin instrucciones o respaldo de España. En una palabra, el hecho cubano fue diferenciándose del hecho español, demandando un tratamiento para sí, distinguiéndose en el mapa del vasto imperio americano. Al terminar el siglo XVII Cuba era ya Cuba, aunque ella misma lo ignorase.

La primera manifestación organizada de esa diferenciación de carácter, a la vez económico, político y social, se produjo en 1717, cuando quinientos o seiscientos vegueros, esto es, productores de tabaco, entraron en son rebelde a La Habana, sin que los rechazara la guarnición, que fue tomada de sorpresa por los asaltantes. Sucedió que en España, gobernada desde principios de siglo por un francés, el Borbón Felipe V, se quiso organizar la hacienda real; Luis XIV, el Rey Sol, envió a su nieto comisionados franceses para llevar a cabo esa tarea,

y estos aconsejaron establecer el monopolio del tabaco. Los vegueros se rebelaron, destituyeron al gobernador de la isla, lo metieron en un barco, junto con los funcionarios del monopolio, y lo enviaron a España.

La lucha por la libertad en el comercio del tabaco duró años. En 1723, seis años después de la primera rebelión, y al cabo de una serie de órdenes y contraórdenes reales que acabaron dividiendo a los vegueros, unos mil de estos recorrieron los lugares aledaños a La Habana, destrozando siembras y quemando bohíos y almacenes. Atacados por soldados del gobernador, hubo muertos, heridos y prisioneros; y doce rehenes pagaron con sus vidas la insurrección. Ahorcados en el camino de entrada a La Habana llamado de Jesús de Monte, estuvieron allí hasta que las aves de rapiña dejaron sus huesos pelados.

A partir de tal momento la autoridad colonial se irá haciendo cada vez más fuerte en Cuba: Claro, el país crece por dentro; la riqueza nacional aumenta sin cesar, aunque no con la rapidez que tendrá desde fines de siglo en adelante; la producción se amplía. Ese mismo desarrollo de la autoridad unirá más a los cubanos. Cuando, en 1763, después de haber tomado a La Habana y haberla gobernado desde mediados de 1762, los ingleses aceptaron cambiarla por La Florida y la ciudad tornó al régimen español, cien señoras de lo que en la época se llamaba “lo más granado y distinguido de la sociedad”, firmaron un documento dirigido a la reina española, acusando al que fuera gobernador hispánico y a las autoridades que con él mandaban en la colonia en los días del ataque inglés, por las debilidades y la incapacidad con que actuaron en la defensa. Además de esta otra expresión organizada, ya típicamente política, del sentimiento cubano, hubo fuertes quejas de los habaneros, porque los funcionarios españoles no supieron o no quisieron aprovechar la buena

disposición de los nativos para evitar la caída de la ciudad. Evidentemente, todavía no había pugna entre cubanos y españoles, pero la había ya entre los cubanos, campesinos vegueros o vecinos de La Habana, y las autoridades españolas que gobernaban en Cuba.

Al acercarse el último cuarto del siglo, tres acontecimientos iban a dar forma aunque mucho más tarde, a ese naciente sentimiento hostil entre criollos y peninsulares: en 1776 los Estados Unidos iniciaron su guerra contra la Gran Bretaña; en 1789 el pueblo francés se rebeló y decapitó a su monarca; en 1791 Haití comenzó su sangrienta revolución. Ya desde 1784 España empezó a perseguir los libros de los enciclopedistas; un año después, en 1785, se prohibió el estudio de las leyes en la Universidad de La Habana. El último censo de la centuria arrojaba una población superior a doscientos setentidós mil habitantes, masa grande para la época en una colonia española. Entre esos doscientos setentidos mil hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos que eran amos y blancos que no lo eran; negros que eran esclavos y negros que eran libres, mulatos, extranjeros, españoles, seres que sufrían y amaban y luchaban, estaba ya formado el núcleo de la nacionalidad.

Sobre tal núcleo comenzaron a gravitar los tres acontecimientos mencionados arriba; unos directamente, otros indirectamente. Enviados norteamericanos llegaron a La Habana, bajo los más diversos títulos, a estimular un movimiento separatista en la isla; alguno de ellos se atrevió a proponerle al gobernador colonial, por los días en que España había caído bajo la bota de Napoleón, que se proclamara independiente de la metrópoli en la seguridad de que Estados Unidos respaldaría esa actitud. No pudiendo conseguir tanto, propagó en varios círculos la utilidad de una acción cubana para incorporar la isla a la Unión norteamericana.

Por su parte, la revolución francesa iba, además de difundir sus ideas en la isla —como en toda América—, a debilitar directamente el poderío español, primero con la guerra que terminó en 1795 y después con la ocupación de la metrópoli por los ejércitos del Emperador, lo cual dio pie para los grandes movimientos liberadores de todo el Continente. En cuanto a la revolución haitiana, sus efectos iban a ser múltiples; pues a la vez que la destrucción de la riqueza azucarera y cafetalera de esa colonia francesa hacía volver los ojos a Cuba y se reflejaba en el violento desarrollo del país como productor de azúcar y de café, influía sobre el ánimo de los negros estimulándoles a luchar por su libertad, y sobre el ánimo de los amos, estimulándoles a mantener más sujetos a los esclavos para que no se repitiera en Cuba la hecatombe de Haití; y lanzaba sobre Cuba a centenares de familias francesas y dominicanas hechas a una vida espléndida, capacitadas para dirigir nuevas empresas agrícolas o culturales. En fin, esos tres acontecimientos, conjugados en una hora crítica, cuando ya la nacionalidad cubana estaba formada y pugnaba por manifestarse, mantenían el alma nacional en un constante y peligroso vaivén.

Al fin, tras el siglo de la Conquista, el siglo de la formación y el siglo de desarrollo nacional —pues, como los niños, la nacionalidad tomaba bríos en sí misma antes de aprender a expresarse—, Cuba hizo lo que podríamos llamar su primera manifestación oficial frente a España. Era en 1808. Trescientos años atrás, en 1512, Diego de Velázquez había llegado a la isla con su séquito de escribanos y soldados, la había declarado propiedad de su rey, en cuyo nombre la había conquistado; dijo que los indios que la habitaban eran vasallos del monarca español y que sólo a Su Majestad pertenecían las tierras que iban de las montañas orientales a los confines de Occidente.

En esos trescientos años, trabajando en las vegas del tabaco, hospedando en La Habana a bergantes, fulleros y tahures de las flotas, repeliendo ataques de piratas, cosechando azúcar de la caña que el esclavo cultivaba en las llanuras, multiplicándose sin cesar, creando a la vez riqueza y miseria, padeciendo epidemias, amando juntos, juntos sufriendo, hijos de indios y de negros y de españoles habían formado un pueblo y ese pueblo empezaba a recorrer el camino que había de conducirle al gobierno de sus propios destinos. Todavía tal pueblo no tenía su poeta, pero no tardaría en aparecer; no tenía el filósofo que lo haría pensar en sí y para sí, pero ya ese filósofo estaba en el umbral de los tiempos. Ningún escritor era capaz de ahondar entonces en lo recóndito del alma formada, pero pronto iban a surgir varios; el maestro capaz de madurar la idea naciente se formaba a esa hora¹.

Decíamos que estábamos en 1808. El torrente de la revolución francesa había tramontado los Pirineos y rodaba por España. El rey fue llevado preso a Bayona. Los españoles formaron una junta gobernante en Sevilla, la cual actuaba en substitución del monarca legítimo y, por supuesto, desconociendo a las autoridades francesas. Cuando en Cuba se tuvieron noticias de los sucesos, el Ayuntamiento de La Habana se dirigió a la junta de Sevilla, recordándole que los cubanos merecían igual trato que los españoles. Como el hijo que un día, al choque de cualquier incidente, recuerda al padre que ya él es hombre y ha llegado la hora de considerarle tal, Cuba reclamaba que se reconociera su mayoría de edad.

Dos años después, en 1810, el Consejo de la Regencia de España e Indias convocó a Cortes de todo el imperio, pero estableció diferencias entre la manera de elegir diputados en

¹ El poeta fue José María Heredia; el filósofo, el Padre Félix Varela; el más destacado de los escritores que estudiaron los problemas cubanos, don José Antonio Saco y el maestro sería José de la Luz y Caballero.

España y la de elegirlos en América; allá, el pueblo los designaría, aquí sería el Ayuntamiento de cada capital, escogiendo entre tres candidatos. Volviendo por sus fueros, el Ayuntamiento de La Habana opinó que tal diferenciación era injusta, a pesar de lo cual envió un diputado. Pero cuando en 1811 se puso a discusión en Cádiz el problema de la esclavitud, y el grupo de azucareros, madereros y ganaderos criollos vio en peligro su fuente de trabajo barato, la voz que se alzó de la isla no era la del hijo que reclama respeto, sino la que desautoriza al padre cuando éste desconoce sus intereses o sus ideas. Las Cortes, según el acaudalado grupo de criollos que regía la economía cubana —entre los cuales, desde luego, habría alguno que otro peninsular— debían cuidarse mucho de querer hacer reformas en la institución de la “esclavitud civil”, pues antes era cosa de considerar “la esclavitud política de las provincias americanas”.

En tal momento Cuba podía hablar así y aún con mayor energía, pues era ya un pueblo formado, con bases mucho más poderosas que la gran mayoría de las colonias españolas en el Nuevo Mundo y, en cierto sentido, con mejores fundamentos de país que la propia España. A pesar de que su organización social descansaba en la esclavitud, y de que para esos días, precisamente, la masa esclava era mayor que la blanca e infinitas veces mayor, desde luego que el grupo de amos; a pesar de que tales esclavos tenían el estímulo de lo sucedido en Haití, donde sus hermanos se habían sublevado y habían creado una república —que no tardó en dividirse en el imperio de Henry Christophe al norte y la república de Alejandro Petión al sur—, la riqueza de Cuba y su papel de mercado abastecedor de azúcar tenían tal importancia mundial, que las potencias europeas y los Estados Unidos mantenían la mirada puesta en la isla, cada una interesada en que no se repitiera aquí lo que se había dado en Haití.

La Habana era ya una gran ciudad; el país debía tener unos seiscientos mil habitantes, puesto que el censo que habría de levantarse seis años después arrojaría seiscientos treintidós mil. Los dueños de ingenios, de cafetales, de hatos y de bosques en producción vivían lujosamente, en palacios de piedra que se levantaban en la capital, en las ciudades del interior y aún en medio de los campos de caña. La potencia económica cubana era tal que cuando poco más tarde se regularizara la administración pública, la sola aduana de La Habana daría, por derechos de importación y cobrando aranceles muy bajos, hasta setecientos cincuenta mil pesos en un año, cifra grande para la época.

Ocho años después de ese enérgico recordatorio en que los cubanos decían a las Cortes de Cádiz que antes de hablar de esclavitud civil había que ocuparse en enmendar la esclavitud política de las provincias americanas, un cubano iba a comprar, para ponerlo a hacer la travesía entre La Habana y Matanzas, un buque de vapor; otro montaría máquinas de vapor en su ingenio. La riqueza que se extraía de un suelo fértil abonado por el trabajo esclavo era tanta y aumentaba de tal manera, que se empleaba en adquirir la diabólica energía llamada a transformar en pocas décadas la economía nacional. Cuarenta años después del día en que, hacia 1819, un ingenio cubano produjo azúcar con máquinas a vapor, esa máquina haría antieconómico el mantenimiento de los esclavos; y tal hecho iba a desencadenar los acontecimientos que comenzaron en 1868 y durarían hasta 1933.

Entre 1810 y 1830, el imperio español en América se cae a pedazos. Francisco de Miranda, el Precursor, teje sin cesar en Inglaterra, en Estados Unidos, en Francia y hasta en Rusia la gran intriga que habrá de preceder al estruendo de las armas; después surgen de la entraña americana las estupendas figuras llamadas a encabezar a sus pueblos: Simón Bolívar, José de San

Martín, el cura Hidalgo y Morelos. Toda la agitación de esos años, decisivos en la Historia del mundo, resuena y se refleja en Cuba. Las corrientes políticas nacen en la isla y empiezan a definirse; son principalmente tres, pero dos de ellas representan en verdad distintas manifestaciones de una sola aspiración. Estas dos son el autonomismo y el anexionismo; la primera reclama libertades autónomas dentro del régimen español, la segunda quiere libertades dentro de la Unión norteamericana. El sentimiento autonomista, como el anexionista, tiene sus mayores partidarios entre azucareros, cafetaleros, comerciantes, ganaderos y madereros; es la gente que teme a la sublevación de los esclavos, si Cuba resulta libre. Para una parte de esos grupos, el anexionismo ofrecía más estabilidad, pues en los Estados Unidos había libertades públicas y comerciales, había un mercado comprador seguro y había, también, esclavos.

Partidarios de la independencia eran los pequeños propietarios, profesionales, trabajadores blancos y negros libres, si bien no faltaban entre ellos azucareros de visión avanzada. Todavía resultan escasos en 1820; pero cuando se ve a toda la América en armas contra España, se organizan y actúan, como lo hacen los otros. Los autonomistas envían memoriales y hombres a Madrid para difundir su idea en la Corte; los anexionistas envían delegados a Washington y logran interesar a funcionarios norteamericanos; los independentistas establecen contacto con emisarios de Bolívar y conspiran en organizaciones clandestinas.

Años confusos y apasionados se viven en algunos círculos cubanos. Muchos personajes emigran, entre ellos el poeta José María Heredia, cuyos versos no han de tardar en recorrer el mundo traducidos a varias lenguas; el padre Félix Varela, maestro de filosofía que formó a la juventud habanera de la época; el escritor José Antonio Saco, de obra vasta y seria. Señores del azúcar van a Bogotá a pedir ayuda para la independencia del

país; otros publican periódicos dentro y fuera de Cuba; otros organizan en México y en Colombia expediciones que no salen. La lucha está planteada ya. Podrá esperar decenas de años para estallar en la superficie; podrán demorarla medidas más o menos fuertes de gobierno, concesiones más o menos hábiles, el mayor o el menor miedo de los que, a través de la economía, manejan la vida del país. Pero ya Cuba es Cuba y ha empezado a recorrer su camino interior.

Debido, sin duda, a que en todo lo que había sido el imperio español fue la parte que más lógicamente desarrolló sus riquezas y la que más a tiempo fue pasto de las fuerzas creadoras con que el capitalismo insurgió en el mundo occidental, Cuba resultó una paradoja en medio del ámbito colonial hispánico. En la Plaza de Armas de La Habana, el visitante puede ver a Fernando VII en figura de mármol, de pie, en una mano el cetro y en otra lo que debe ser la Constitución que tantas veces burló, la espalda cubierta por el manto real, la cabeza ligeramente inclinada, como si quisiera ver al transeúnte con la muerta mirada de sus ojos. Ese Fernando el Deseado, prisionero que fue de Napoleón, ahogó en sangre a España y a América; desleal, desconocía hoy su compromiso de ayer; reacio a toda idea de progreso, se apoyó en unas masas ignorantes que gritaban en las calles de Madrid “¡Vivan las caenas!”, para degollar a cuanto liberal de nota hubiera en España; enfurecido contra América, vació en patíbulos y prisiones los hogares en Venezuela, en México y en Colombia, en Argentina y en Chile, para sostener el imperio sumiso. Sin embargo Cuba lo honró con una estatua en La Habana.

Pero es que debido a su mayor desarrollo económico, Cuba pudo comprar, durante el régimen absolutista de Fernando VII, las libertades que se le negaron al resto del Continente español. Pagando en buenas piezas de oro a través de contribuciones e impuestos, los cubanos ricos, que necesitaban comercio libre,

buena administración, bajos aranceles, los obtuvieron de Fernando, muy necesitado en esos años del dinero de Cuba para atender a la Guerra en América y a los gastos del reino en España.

Esa contradicción de la historia siguió dándose en Cuba. Pues al morir el monarca y sucederle un régimen liberal, Cuba pasó a sufrir la tiranía que España podía ejercer aquí, libre de preocupaciones con el resto del imperio, que se había independizado ya. Por donde se dio el caso de que en Cuba había libertades políticas cuando en España había persecuciones, y persecuciones cuando en España había libertades.

Convertido ya en pueblo fuerte y rico —su población iba a llegar, hacia 1840, al millón de habitantes—, con puertos de gran movimiento y ciudades de importancia, con nacientes centros de actividad que se ampliaban cada día, Cuba aprovechó los años de libertades públicas para difundir por todos sus ámbitos ideas y noticias. Se contaban por docenas los periódicos; florecían dondequiera las sociedades de ilustración; las familias pudientes viajaban a Estados Unidos y a Europa; el cubano se acercaba con interés a cuanto significaba progreso. Mucho antes que en España y, desde luego, que en cualquier país de los que habían sido sus colonias, precisamente en 1837, los guajiros del campo cubano vieron pasar por las puertas de sus bohíos el trepidante convoy de un ferrocarril.

Ahora bien, en ese millón de habitantes, y acaso más, que poblaba la isla, una gran parte tenía que reclamarle a la vida todo cuanto le es dable reclamar al hombre. Pues tal parte no era considerada como de seres humanos, sino como de bestias de labor. Sujeta a un régimen estricto de explotación, no podía ir a donde le placiera, ni vestir como quisiera ni comer lo que se le antojara; no podía escoger sitio para dormir ni trabajo que realizar. Todo estaba reglamentado para el esclavo, como lo estaba para el preso. Sólo había una diferencia entre éste y aquél: que éste había delinquido y la sociedad lo castigaba

por ello, mientras que el esclavo no había cometido más delito que el de nacer de un color dado. En el estamento más bajo de la comunidad cubana había, pues, una carga explosiva.

Abruptamente, esa carga estalló. Entre 1843 y 1844, dotación tras dotación de esclavos se sublevó, especialmente en la provincia de Matanzas. Al grito de “¡libertad, muerte y fuego!”, los rebeldes pasaban por los ingenios apellidando guerra, convocaban a sus compañeros a la lucha y se internaban en los montes. Casi ningún ingenio escapó a la conspiración. Alanceados como animales, los sublevados morían por centenares; pero pocos días después, o un mes después, se repetían los levantamientos o se descubrían nuevos complots. Las autoridades coloniales se llenaron de pavor; los autonomistas y los anexionistas se asustaron tanto como ellos; y unas y otros acusaron a los ingleses de estar tramando el alzamiento negro en Cuba para acabar con la esclavitud en la isla.

La fuerza creadora del capitalismo iba superando en todo el mundo a una sociedad fundamentada en la energía humana, incapaz ya de resolver los problemas generales, como llegaría día en que el capitalismo no podría resolver los que se planteaba la humanidad. Por aquellos tiempos, el capitalismo estaba en el esplendor de su vigor juvenil. La máquina a vapor permitía mayor producción y más barata. Una máquina hacía el trabajo de cien hombres y consumía menos. Inglaterra necesitaba vender máquinas, pero también necesitaba que los mercados consumidores de sus productos, que la era industrial multiplicaba, estuvieran formados por ciudadanos de capacidad adquisitiva alta; los esclavos consumían poco, y a veces menos que poco.

La sublevación de los negros de Matanzas no conmovió a la población blanca independentista; esto es, no la conmovió inmediatamente. Pero los brutales espectáculos de represión que dieron las autoridades coloniales iban a tener

consecuencias más tarde. Al cabo de un largo y complicado proceso en el que toda tortura fue usada, se fusiló en Matanzas a los considerados jefes de la conspiración. Entre ellos estaba Plácido, el poeta. Ahora se lee, en las paredes del Hospital Civil de la ciudad, una lápida de mármol señalando el lugar en que cayó. El sitio está en un ligero altozano. La tierra se levanta inmediatamente desde la orilla de la bahía, y allá abajo se ve el mar, bruñido por el sol. Cuentan que Plácido caminó hacia el patíbulo, al son de los tambores, recitando su plegaria: “Dios de inmensa bondad, ser poderoso...”. Y que las mujeres y los hombres lloraban viéndole ascender penosamente su camino del calvario. Se movía con gran trabajo, porque el maltrato había acabado con sus fuerzas.

En alguno que otro centro cultural del país encuentra una reproducida la imagen de Plácido. A juzgar por la pequeña quijada, debió ser corto de cuerpo, seguramente magro. Tenía una frente enorme, el negro pelo largo, la nariz indecisa y la boca fina. Se llamaba Gabriel de la Concepción Valdés y era hijo de un negro libre, peinetero de oficio, y de una artista española. Cantó con la naturalidad de un pájaro. No había nada extraordinario ni en su poesía ni en su vida, excepto ese gracioso don del canto. Pero era el primer hombre de alguna notabilidad artística que regaba con su sangre el camino de la libertad cubana. Y como era poeta, el pueblo aprendió sus versos, lo cual resultaría a la postre más peligroso que la conspiración en que, sin prueba alguna, se dijo que había formado. A causa de los sucesos en que su muerte fue parte, la trata de esclavos quedó legalmente liquidada, si bien perduró de hecho, con la complicidad de las autoridades coloniales.

No se liberaron los esclavos que había en Cuba, pero los hacendados comenzaban a temer que si los siervos africanos seguían aumentando en número gracias a la importación desbocada que se había mantenido en los últimos sesenta años, la

conjura podía repetirse con resultados funestos para ellos. Lo cual quiere decir que, desde el bajo y espantoso lugar que ocupaban en la sociedad, los esclavos habían llevado su voz, de manera por cierto escalofriante, hasta los palacios de los amos. Para la fecha había en Cuba más de medio millón de esclavos, lo cual representaba una gran inversión de capital. De tal capital los hacendados, los cafetaleros, los madereros no querían perder un centavo. Podían arriesgar lo invertido si seguían trayendo africanos. Pero no querían que ninguno de los que ya estaban en su poder pudiera liberarse. Para conjurar el peligro sin hacer concesiones mayores descubrieron que bajo el título de “colonos” podían traer esclavos chinos, de los cuales vinieron a la isla varias docenas de millares.

Por entonces comenzaron a sucederse en Europa acontecimientos que acaso condujeron los hechos contra la voluntad de los que en España cuidaban de mantener la política que convenía a la feudal burguesía cubana; estallaron en el Viejo Mundo las revoluciones liberales de 1848; cayó la monarquía francesa. Era el renacimiento de la gran ola de 1830, que volvía sobre sus pasos. Los ricos de Cuba se asustaron y rápidamente se organizaron para salvar sus bienes mediante la anexión a Estados Unidos, donde la esclavitud parecía establecida para siempre. Junto con los cubanos conspiradores, que formaron centro de trabajos en La Habana, en Camagüey y en otras ciudades, y que llegaron a acuerdos con los cubanos emigrados que desde las agitaciones de 1820 se habían establecido en los Estados Unidos, luchaban por salvaguardar sus intereses algunos españoles comerciantes y azucareiros. Todo el núcleo director de la vida cubana, especialmente en lo económico y en lo intelectual, puso manos en la tarea. Los emisarios iban y volvían, presurosos; los periódicos se distribuían en secreto; se organizaban cuantiosas colectas para financiar una operación de guerra que permitiera

destruir con rápido golpe el poderío militar español en Cuba y declarar la independencia de la isla para proceder de inmediato a declarar el país anexo a la potencia vecina en condición de Estado de la Unión.

El movimiento tuvo una importancia que no puede exagerarse. El miedo a la abolición de la esclavitud, que podía serle impuesta a España si la ola liberal trasponía otra vez los Pirineos, llevaba a los esclavistas cubanos a buscar el amparo de un régimen de libertades, en el cual, sin embargo, la esclavitud era una institución. Pero los designios de la historia no están previstos por los hombres, sobre todo cuando estos carecen de una filosofía política que les permita estudiar los acontecimientos con la precisión con que se estudia el plano de un edificio o la musculatura del cuerpo humano. Tres o cuatro años antes, su miedo estaba en que se dejara a la esclavitud sin límites posibles. Al tiempo en que trabajaban, en silencioso afán, por la anexión a Estados Unidos, la crisis económica convertía en carga la abundancia de esclavos en los cafetales de la zona oriental, y en las regiones azucareras el empleo de máquinas para fabricar azúcar iba dejando sin trabajo a los siervos.

En medio de esa febril actividad política surgió la voluntad de la historia encarnada en un hombre que ni siquiera era cubano. Se trataba de un general español el cual había sido poco antes presidente de la comisión militar que juzgó a muchos de los negros conspiradores de Matanzas. Se llamaba Narciso López, y a él iba a tocarle el papel de crear el símbolo de la nacionalidad cubana, esa bandera de franjas azules y blancas, con su nivea estrella en campo de sangre, tras la cual durante largos años correría el pueblo, machete en mano, forjando su República. Cuando esa bandera llegó a flotar en el corazón del cubano, quedó iluminado para siempre el oscuro instinto de que Cuba no era ni podía ser España o su colonia.

Narciso López había nacido en Venezuela y allí se había hecho, casi un niño, soldado del ejército español. Acudió a las armas precisamente en el año de la gran derrota de Bolívar, en 1814, cuando los horrores de la guerra a muerte inundaban de espanto al país. Con la fuerza y la violencia de un toro, combatió sin cesar hasta ganar el título de “la primera lanza del ejército de Su Majestad”. En la estatura y en el vigor muscular recordaba a Páez, el dios de la lanza; y contra Páez combatió en su patria. Salió de Venezuela después de Carabobo; vino a Cuba, se estableció en España, donde participó en las guerras carlistas de parte de la Reina Isabel II; fue senador por Sevilla, volvió a La Habana y fue alto funcionario del régimen colonial. En 1848 había organizado una conspiración apoyado en guarniciones de muchas ciudades del interior y en círculos de azucareros e intelectuales. Al mismo tiempo, otros núcleos preparaban la insurrección con ánimos de abolir la esclavitud y declarar la independencia del país. De manera que a las puertas de la segunda mitad del siglo Cuba se sacudía por dentro, lista a buscar un rumbo nuevo.

Una tras otra, las conjuras fueron cayendo en conocimiento de las autoridades coloniales. Narciso López huyó de Cuba y se refugió en New York. Allí creó la bandera de la estrella solitaria. Un poeta y un escritor —este último, autor de la notable novela de la época, *Cecilia Valdés*— le ayudaron en esa tarea. Con tal bandera desembarcó en Cárdenas el 19 de mayo de 1850, al frente de una expedición infortunada. Cien años después hubo allí una hermosa ceremonia; los altos poderes del Estado fueron a rendir homenaje al emblema de Cuba; formaban, gallardas, las tropas de infantería de marina y los soldados, volaban arriba los aviones y el cañón tronaba. Todo el 1950 se llamó en la isla el “Año de la Bandera”; y hasta en las más remotas viviendas campesinas se veía de lejos, clavado en las puertas, el símbolo nacional.

Ese fue el homenaje de Cuba al venezolano que le dio su pabellón. El había muerto en septiembre de 1851, hecho preso en las costas de Pinar del Río; pues quince meses después de haber atacado, por primera vez en la historia de la colonia, al poder español con ánimos de hacer de Cuba un país libre, volvió a la carga con una nueva expedición que entró en la isla a la vista de lo que hoy es La Altura, en la provincia de Vueltabajo. Se le dio garrote en La Habana. Con certera visión del porvenir, aquel hombre duro, de hombros cuadrados, a quien un grabado de sus años mozos muestra erguido, fiero el rostro, de bigotes, los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza cubierta por el morrión de los lanceros, dijo tranquilamente: “Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba”. Y no los cambió.

La bandera de Cuba ilumina y adorna hoy el cielo de esta tierra. A veces la hacen con colores muy fuertes, y entonces no expresa en realidad lo que ella es. El rojo de su triángulo es menos oscuro que el que a menudo le imponen; su azul debe ser claro, como el cielo cubano. Alegre, casi tierna, es viril, sin embargo. Cierta día, camino de Jibacoa, iba yo con amigos y amigas. De pronto, al llegar a una de las pequeñas poblaciones de la ruta, una cubana alta, de pelo y ojos negros y brillantes, de blanca sonrisa, pidió que detuvieran el automóvil y bajó a la carretera. Durante algunos segundos miró, embelesada, hacia arriba; sonrió después, con esa especie de luz que se asoma a la sonrisa cuando ésta viene desde lo hondo; levantó una mano, la llevó a los labios y lanzó un beso sonoro, al tiempo que decía alegremente, casi jubilosamente: “¡Nadie es más bella que tú en el mundo!” Y como había dicho “nadie”, con lo cual insinuaba que se dirigía a un ser vivo, uno de los viajeros quiso saber a quien enviaba ella ese saludo. “A mi bandera”, respondió con toda sencillez. En la clara mañana, mientras el automóvil

jadeaba, yo iba pensando en Narciso López, que la creó y la calentó al fuego de los primeros combates en que trapeó a la brisa de Cuba.

Algunos historiadores afirman que López fue anexionista; y pudo haberlo sido. Es el caso, sin embargo, que en Camagüey había estallado, poco antes de su última invasión, otro movimiento encabezado por Joaquín Agüero, que era francamente independentista. Agüero murió fusilado, como iban a morir muchos más en los años que seguirían, antes de que estallara la gran revolución de 1868. Porque a partir de las invasiones de López, y aunque éstas habían fracasado, estaba en marcha la voluntad cubana de ser libre y ya nadie podría poner un alto a lo que era la voluntad de la historia.

Diecinueve meses después de haber muerto en garrote Narciso López, nacía en La Habana un hijo de españoles que estaba llamado a desatar, cuarenta años más tarde, el último gran movimiento popular del país para echar a España de la isla. Ese recién nacido se llamó José Martí. La casa en que le dieron a luz se conserva hoy como monumento nacional; es humilde, pequeña, y para los cubanos tiene categoría de altar. Cuando ese niño abrió por vez primera los ojos que más tarde iban a tener, acaso por herencia mongólica de la madre canaria, un rasgado peculiar que los hacía tristes, ya correteaba por las montañas de oriente otra criatura, nacida en 1845; era mulato, hijo de mestizo venezolano y de negra cubana. Se llamaba Antonio Maceo y con el tiempo sería un hombrón enorme, de gran peso interior, voz de huracán y ánimo de león. Como José Martí, a él le reservaban los dioses la tarea de ir a la cabeza del pueblo en la lucha final contra España. En 1865 llegaban a Santiago de Cuba las tropas españolas que abandonaban Santo Domingo. Habían padecido una guerra sin cuartel; salían de allí, la que fue primera colonia del imperio en América, maltrechas y vencidas, y con ellas entraban en

Cuba varios oficiales dominicanos que habían servido a las armas de Su Majestad. Entre tales, flaco, seco en sus maneras, de bigote y perilla, estaba Máximo Gómez, a quien los cubanos verían entrar en La Habana al frente del Ejército Libertador, treinta y tres años más tarde.

La revolución cubana, que iba a estallar en 1868 y duraría, con algunos paréntesis de paz superficial, hasta septiembre de 1933, venía impuesta por el desarrollo del país, por factores geográficos y por razones internacionales. Cuba se asomó al siglo XIX con una personalidad nacional ya vigorosamente definida en lo económico y en lo humano, con centros de población llenos de actividad, con cultura seria, aunque no ampliamente difundida, con problemas propios; más cerca de América que de España, separada de la metrópoli por el “ancho mar”, como dijera el poeta Heredia, estaba demasiado alejada del centro político español para que se viera forzada a seguir sus vaivenes; y debido a su poderío económico y a su lejanía de España, a la vez que interesaba a los grandes poderes como mercado consumidor y productor, resultaba accesible a las corrientes políticas del siglo, lo cual no ocurría, por ejemplo, con las provincias navarras.

Durante toda la primera mitad del siglo los cubanos trataron de hallar el camino correcto que les permitiera expresar el genio nacional; pero la dirección del país —que no estaba precisamente en manos de los capitanes generales españoles ni de su corte de altos funcionarios, ni se hallaba, sino sólo en apariencia, alojada en Madrid— confundía a Cuba con los intereses que manejaba. De ahí que la mayor fuerza de los movimientos que se organizaban en la isla y en el extranjero estuviera dirigida a obtener la autonomía o la anexión de Cuba a Estados Unidos. El terror a perder el capital invertido en esclavos fue el gran móvil de los trabajos anexionistas.

Pero he aquí que la misma fuerza que iba desplazando la mano de obra servil, el crecimiento de la era industrial con la expansión de las máquinas, dejó a los ricos azucareros cubanos sin horizonte político cuando, operando en la misteriosa forma que toma la historia para provocar los grandes sismos sociales, desató en los Estados Unidos la Guerra de Secesión, hasta ese momento la más destructora y costosa que había conocido la civilización occidental. A partir del día en que Abraham Lincoln, a quien Martí llamaría después “el leñador de los ojos piadosos”, llegó a Washington desde las praderas de Kentucky para hacerse cargo de la Presidencia de la Unión, los anexionistas cubanos no podían seguir soñando con el respaldo oficial norteamericano. Acaso trataron de hallar ayuda en los Estados del sur, en las horas de victoria de las fuerzas confederadas, cuando los caballos del general Lee parecían a punto de beber el agua del Potomac. Pero el sur perdió la guerra. Cuba no podría ya ser Estado de la Unión y conservar la esclavitud. La burguesía de la isla dejó de soñar con la anexión.

Mas he aquí que pronto tendría que dejar de soñar también con poseer esclavos, porque en los ingenios iba propagándose cada vez más el uso de la máquina, y las máquinas hacían mejor y más económico trabajo que los esclavos. Para sólo sembrar caña, para cortarla y acarrearla a los ingenios, resultaba raro el esclavo. Además, la ruina de los cafetales, cuyo grano había perdido precio en el mercado mundial porque grandes plantaciones en el Brasil y en Centroamérica lo producían en cantidades mayores que lo que el consumo demandaba, había dejado a millares y millares de africanos y asiáticos sin empleo y a sus amos sin bienes suficientes para mantenerlos. El precio del trabajo servil descendió enormemente. Muchos adalides del anexionismo volvieron sobre sí, y en documentos públicos proclamaron que Cuba debía ser independiente. La mayoría, sin embargo, no

se atrevió a tanto y comenzó a organizar un llamado “partido reformista”, cuya finalidad era conseguir para la isla un “statu-quo” legal que le permitiera gobernarse por sí misma dentro de la nación española.

Pero a contrapelo de ellos, la historia cavaba su túnel. La metrópoli convocó a comisionados de Cuba y Puerto Rico para que en Madrid se acordara qué medidas debían tomarse en beneficio de la unidad entre la Península y sus provincias ultramarinas. La reunión fracasó. Acaso de haber tenido buen éxito hubiera demorado los acontecimientos, aunque no los habría evitado. Pues sucedió que al tiempo que los comisionados cubanos abandonaban las costas de España para volver a su isla, sobre la economía mundial se desataba una de esas crisis que son atinentes al capitalismo. De golpe, el azúcar y el tabaco perdían precio. Atosigadas por los gastos que la acción militar española en América —ataque al Perú y a Chile, guerra de Santo Domingo— había hecho en la hacienda oficial cubana, las autoridades coloniales se vieron sin recursos. La crisis fue extendiéndose por toda Europa y por todo el Nuevo Mundo. Madrid elevó los impuestos cubanos. En las ciudades y en los campos la gente se quedaba sin trabajo; los comercios cerraban, los terratenientes hipotecaban sus fincas, los esclavos resultaban una carga insufrible. Al empezar el año de 1868 toda Cuba estaba lista para iniciar un cambio total en su vida.

En la zona oriental se hacía sentir la crisis más que en La Habana. Los cafetales estaban arruinados hacía tiempo; la producción de azúcar requería capitales enormes y, dada la situación, los prestamistas cobraban intereses muy altos. Además, aquella esquina montañosa de la isla estaba lejos de la capital y por tanto tenía menos costumbre de sufrir la autoridad de los capitanes generales. Hasta se había dado el caso, treinta y tantos años antes, de que un gobernador militar de Santiago había, de hecho, desconocido al representante de Su Majestad

en La Habana. El peso de la organización represiva española era menor allá; las costumbres se conservaban más austeras. En esa zona comenzaron a conspirar dueños de ingenios, ganaderos, madereros, todos los cuales eran, por otra parte, hombres cultos. Se organizaron y extendieron sus trabajos hasta Camagüey.

En Manzanillo vivía un abogado y hacendado que en sus horas de soledad escribía versos. Si se consulta su retrato se aprecia de un golpe que tenía una naturaleza íntima, resuelta y dura. Alta la frente, cuadrada la mandíbula, fina y larga la boca sobre la que sombreaba el bigote, fijos los ojos sobre enérgica nariz, ese hombre debió ser parco en palabras y hecho a mandar. Se llamaba Carlos Manuel de Céspedes. Por toda su vida corre una luz oscura, una especie de infortunio que conmueve. Se advierte lo mismo en el rostro de los que fueron adalides de la revolución de 1868; se ve en Francisco Vicente Aguilera, de mirada triste sobre largas barbas patriarcales, en Ignacio Agramonte, cuyos adoloridos ojos parecen haber visto la entraña de la muerte.

La revolución debió haber estallado a fines de 1868; pero las autoridades españolas estaban sobre la pista de la conjura, y a principios de octubre ordenaron la prisión de los jefes. Cuando Carlos Manuel de Céspedes lo supo, convocó a sus amigos y se dirigió hacia su ingenio "La Demajagua". Al amanecer del día 10 proclamaba la guerra de independencia cubana, una guerra que en su primera etapa iba a durar diez años y que iba a consumir, como en una hoguera, gran parte de la riqueza nacional, empezando, desde luego, por el ingenio de aquel que la inició. Ahora se ve allí, en el sitio donde nació la patria cubana, una gran catalina de hierro, a la cual el tronco de un jagüey ha tomado entre sus fibras, como si quisiera fijarla para siempre al suelo. En Manzanillo está la campana del ingenio, la misma que se tocaba para señalar la hora

en que debían levantarse los esclavos, la hora en que debían ir al laboreo de las tierras, la hora en que debían comer, la hora del retorno a los barracones. Fue durante muchos años la campana de la esclavitud; pero Céspedes la hizo repicar en la madrugada del 10 de octubre de 1868 y cuando los esclavos corrieron a preguntar qué sucedía, el amo les respondió que desde ese momento eran libres y que en Cuba se iniciaba una guerra para que nadie más volviera a ser esclavo. Por donde el símbolo de la opresión vino a convertirse en la voz enérgica y sonora de la libertad.

Cuéntase que cuando, en la noche del día once, seguido por menos de cuarenta valientes, entre los cuales se contaban algunos que habían sido hasta horas antes sus esclavos, Céspedes atacó el poblado de Yara y fue rechazado por el fuego de una guarnición que lo esperaba allí, volvió su caballo hacia la manigua y se internó en ella. Al cabo de bastante andar, en un claro del bosque contó a sus hombres. De los que habían salido con él de “La Demajagua” sólo doce quedaban. Céspedes, el abogado, el poeta, el hacendado de rostro duro y doliente, habló como un romano de los días heroicos: “No importa”, dijo, “con doce hombres me basta para libertar a Cuba”.

Y tuvo razón. No la vio él libre, sino en las tierras que estuvieron bajo el gobierno de la revolución. Pero con su férrea voluntad había puesto a la isla fascinante en el umbral de sí misma.

Y llegó el día en que Cuba atravesó ese umbral.

II

LAS GUERRAS LIBERTADORAS

La revolución que estalló el 10 de octubre de 1868 fue sangrienta y devastadora durante diez años; fue todavía más sangrienta y devastadora cuando se renovó en 1895. En su última etapa, al resurgir en 1930, resultó menos dada a la destrucción de vidas y bienes, fundamentalmente porque entonces la lucha se libró contra los aliados cubanos de poderes extranjeros, no contra soldados extranjeros y aliados cubanos, como había ocurrido en 1868 y en 1895.

En sus inicios el movimiento estuvo encabezado por los grandes terratenientes de la porción oriental de la isla y sostenido por las masas esclavas y por el pequeño propietario de esas regiones. La gran mayoría de los jefes fueron señores de alcurnia, apellidos ilustres, si bien no participaban, como los adalides del anexionismo, en el reducido círculo de los que gobernaban la economía del país. Al terminar ese primer episodio de la revolución, ninguno de los que la encabezaron quedó en la posición de antes. El mayor número de ellos murió, bien en combate, bien fusilado, bien asesinado; todos, sin excepción, perdieron cuanto tenían al comenzar la lucha. Céspedes cayó abatido en San Lorenzo, en ocasión en que se hallaba solo, ya destituido como Presidente de Cuba libre por el Congreso que se formó y se mantuvo en la manigua; Aguilera murió en el destierro, arruinado, prácticamente solitario; Ignacio Agramonte, el más destacado

de los generales cubanos de esos días, cayó en combate y sus restos fueron quemados y aventadas las cenizas.

Durante la toma de Bayamo, ocurrida en los inicios de la guerra, el pueblo cantó por vez primera, con la letra actual, la canción nacional, que aún en nuestros días se llama Himno de Bayamo. La había compuesto con anticipación Perucho Figueredo, hacendado, poeta y músico. La escribió expresamente para que al estallar la revolución se convirtiera en el canto de guerra de los cubanos libres; y sin darle letra la fue haciendo popular en todos los círculos de la ciudad. Cuando las fuerzas criollas entraron en Bayamo, entre los vítores y las descargas comenzó Figueredo a distribuir, desde lo alto de su caballo, la letra de la canción; y mujeres y hombres, blancos y negros, levantaron sobre sus voces emocionadas las simples palabras: “Al combate corred, bayameses, que la patria os contempla orgullosa; no temáis una muerte gloriosa, que morir por la patria es vivir ...” Años después esa canción resonaría por toda la tierra de Cuba, por todos los rincones de América, cuyos pueblos hicieron de la revolución cubana un estandarte de libertades propias.

Es un himno hermoso y viril, sin tener, sin embargo, solemnidad alguna. De pronto, por su fondo pasa un trasunto de la Marsellesa, algo así como si a lo lejos tronaran los mismos cañones que se oyeron en Valmy. Pero cierta dulzura humana se impone a ese fondo, domina el tumulto y alegremente campea allá arriba, como sobre la tierra cubana la libre estrella en que estalla la palma. El Himno de Bayamo tiene ahora una imponente introducción de cornetas; es para mí una desgarrada y corta evocación de los que cayeron en la lucha, como si tocaran a silencio por los muertos; súbitamente, del fondo de esa llamada solemne surge el alegre canto, se alza la voz del pueblo: “Al combate corred, bayameses, que la patria os contempla orgullosa...”

Perucho Figueredo murió en patíbulo, como murieron millares de cubanos. El Gobierno español cometió el error de llevar a los campos de Cuba libre la misma pasión destructora que puso en la lucha de Venezuela. Las familias que habían sido pudientes morían de hambre en los bohíos de la manigua; los campesinos eran ultimados a bayonetazos en medio de los caminos reales; no se respetó edad ni sexo. Muerto ya Agramonte, la multitud persiguió a su viuda, con la fiereza de una jauría para arrebatarle su hijo de meses y matarlo. En uno de los cementerios de La Habana apareció rayado el cristal que cubría la tumba de un periodista español, acérrimo enemigo de los cubanos; ocho jóvenes estudiantes, niños casi todos, fueron por esa sola causa. Ahora, cuando, cada 27 de noviembre llega el aniversario de aquel crimen, el pueblo va al humilde monumento que se levantó en el lugar donde padecieron la muerte y les rinde homenaje de flores; y como el cubano tiene corazón, ese día rinde homenaje también al oficial español que quebró su espada para no llevarla manchada con sangre de inocentes. Con su dulce expresión de alma tierna, desde una fina estatua de bronce en la que se le ve sentado, cerca de allí, a escasos metros, el poeta Zenea parece ver, sin cansarse, hacia el Castillo de la Punta, donde recibieron muerte vil tantos cubanos. Él también la recibió.

Excepto en las ciudades mayores, que no alcanzó a tomar, la revolución impuso sus armas en Oriente, en Camagüey, y entró en las Villas. Media Cuba estaba en su poder. España movilizó decenas y decenas de millares de soldados, armó a sus aliados cubanos y los lanzó en guerrillas sobre los independentistas; fueron los tristemente célebre guerrilleros, a quienes hicieron buena compañía los voluntarios españoles. Por donde unos y otros pasaron, pasaban la inclemencia, el incendio y el espanto. Alimentada de armas desde el extranjero, la

revolución se mantenía indoblegable, golpeando aquí, allá; enterrando héroes y formando conciencia de libertad.

El mundo vio con asombro esa lucha, en la que los cubanos se batían sin más ayuda que la de los pueblos que admiraban su heroísmo. En su gran mayoría, los gobiernos se mantuvieron neutrales o algo peor; pero de Estados Unidos, de Santo Domingo, de México, de Venezuela, de Colombia, del Perú, militares aguerridos salían hacia Cuba libre, comerciantes y banqueros daban dinero a los agentes revolucionarios, escritores y poetas mantenían una activa propaganda en favor de los combatientes. De las ciudades cubanas que estaban bajo dominio español salían noche tras noche jóvenes ilustrados, médicos y abogados, de casas ricas; atravesaban los campos o se iban a otro país, desde el cual embarcaban para las provincias en armas.

Batallas que fueron modelos de acción militar, algunas de ellas demoledoras para el prestigio de los ejércitos españoles, como la de Palo Seco; acciones de leyenda, como el rescate de Sanguilly; gestos de heroísmo y de abnegación escalofriantes, hicieron de la guerra de los diez años un fundente poderoso para la nacionalidad cubana. Pasaría el tiempo, entrarían y saldrían los años de paz que siguieron al Zanjón y al agotamiento de la llamada "guerra chiquita", pero el recuerdo de esas batallas que habían librado cubanos para hacer a Cuba libre, de esas acciones que habían tenido por escenarios potreros y cerros de la isla, de esos gestos que se multiplicaron por las tierras de Las Villas, Camagüey y Oriente, y el orgullo que tales recuerdos alimentaban, irían formando en el alma cubana un fuerte sentimiento patrio, simbolizado ya en una bandera, en un himno y en una república que no existía, pero que había existido.

Cuando al cabo de una década de lucha incesante, cruel e intensa, agotados económicamente más que moralmente, los revolucionarios acordaron aceptar la paz que España les ofrecía,

el espectáculo que podían ver los partidarios de la independencia resultaba desconsolador. Mientras hablaron las armas apenas se había trabajado en los campos de Cuba libre, y la miseria era señora de toda la extensión en que la revolución dominó; las hijas de los grandes señores habían emigrado y habían tenido que trabajar en talleres o que sostener a los ancianos, cosiendo; las antiguas mansiones de los amos de la caña yacían en ruinas; los que fueron esclavos vagaban por los caminos, aprendiendo el uso de una libertad que desconocían, pidiendo trabajo o en última instancia, internándose en los bosques con sus armas para tomar posesión de un pedazo de tierra que les permitiera vivir; los trabajadores y los pequeños propietarios se movían hacía las ciudades, muchos de ellos a pedir trabajo y muchos a pedir pan. Tal parecía que Cuba jamás volvería a ser lo que fue. Sobre todo se pensaba que, muertos los adalides del pueblo, nadie podría ya convocarlo para volver a la guerra, porque los que durante la colonia habían tenido autoridad debido a su riqueza, su cultura y su prosapia, habían desaparecido.

Era un error. En su incesante trabajar, la historia halla siempre la manera de vencer cuanto obstáculo encuentra en su marcha hacia un porvenir mejor. Desde la caverna en que se defendía a golpes de mazo del oso o del tigre, mísero e ignorante, apenas capaz de articular palabra, la historia ha ido llevando al hombre hasta el dominio de los aires y de las aguas, hasta los rascacielos y la televisión. A menudo no se la ve actuar, pero actúa sin un segundo de descanso. De la propia devastación de Cuba libre habían salido los que renovarían la lucha más tarde; sólo que se requería la perspectiva del tiempo para que tales hombres fueran vistos por su pueblo con la estatura necesaria para encabezar la acción otra vez. La historia los había hecho, a puro mandoble de machete; y la historia los iría agigantando.

A medida que transcurrían los años, y a la vez que la larga paz iba haciendo más lejana y, por tanto, más increíble la atmósfera de sacrificios y heroísmos que en la guerra acaba tornándose natural, ciertos nombres se le iban figurando al pueblo símbolos de amor a la patria. Se evocaban los episodios de tal o cual combate, frecuentemente embellecidos por el relato de quien había estado presente o por alguien cuyo hermano participó en él, y se recordaba que lo había dirigido el general tal o el comandante cual.

Máximo Gómez, por ejemplo, había mandado las acciones más sonadas de la guerra. No había entrado en ella con prestigio de hacendado; ni siquiera era cubano. Peor aún, en su país había combatido contra los dominicanos cuando estos se sublevaron en 1863 para echar a los españoles de su tierra. En la retirada española, Máximo Gómez llegó a Cuba hacia 1865, escasamente tres años antes del estallido de la revolución; y estaba explotando un pequeño fundo agrícola cuando se dieron los sucesos del 10 de octubre.

Gómez había nacido con el genio de la guerra. Era duro en el trato, parco en hablar, corto de vista, regular en la estatura, de pocas carnes, altivo, rápido al pensar y de un valor seguro y prudente. Nadie tenía acceso a su intimidad. Desterrado en Cuba, comenzó a sentir la nostalgia de la patria que él no había aprendido a amar, y poco a poco fue poniendo en la tierra cubana la callada y fuerte pasión de que hubiera sido capaz por la suya, acaso aumentada con la sensación de que había procedido como mal hijo de su país. La historia le reservaba el título de último libertador americano, a él, que había blandido el machete al servicio de los opresores de su patria.

Hombre terriblemente atormentado por un puntilloso sentido de su dignidad personal y por una fuente de ternura que a su parecer no era compatible con la carrera de las armas, vivía en guardia sobre sí mismo, lo cual lo hacía hosco y a la

vez delicado. Muchos años después, José Martí y él salían al amparo de la noche de la casa que el viejo soldado tenía en Monte Cristi, para embarcar hacia Cuba, donde tal vez les esperaba la muerte. La señora de Gómez le pidió que besara a su hijita, la última, que dormía plácidamente. “No, porque es un crimen turbar el sueño de los niños”, respondió el general. En tal momento aquel centauro cruzaba el umbral de la ancianidad; esa hija era el encanto de su vida, la alegría de sus mañanas. Se iría a la guerra sin besarla, “porque es un crimen turbar el sueño de los niños”. Otra vez, ya en Cuba, ordenó el incendio de un poblado cerca de La Habana; pero los niños de la escuela salieron en fila a pedirle que no lo hiciera, y el terrible jefe de las fuerzas libertadoras se fue de allí, tapándose los ojos con el sombrero para que no le vieran las lágrimas; y como al llegar a la estación de ferrocarril hallara a un soldado que hacía algo indebido, le pegó repetidas veces con su sable. Era que estaba colérico consigo mismo porque había sido débil.

Gómez resultó un dios de las batallas. Planeaba cada acción meticulosamente, conocía a cada uno de sus hombres, adivinaba la reacción del español. “El arte de la guerra consiste en saber cómo, por dónde, con qué y en qué número viene el enemigo”, decía sintetizando toda la sabiduría militar. Sus marchas y contramarchas eran asombrosas. Lo exigía todo del soldado, pero lo exigía todo de él mismo. Era disciplinado, férreo. Ponía a su servicio el terreno, la estación, la fauna. “Mis mejores generales son julio, agosto y septiembre”, afirmaba aludiendo a los meses de más lluvias en Cuba; y durante la última guerra, cuando ya habían muerto Martí, que fue el guía político de la revolución, y Maceo, que fue su brazo derecho, mientras operaba en La Reforma se movía de tal manera, que las tropas españolas tenían que acampar, durante las noches, en los lugares donde más mosquitos había, con lo cual

obligaba al español a espantarlos haciendo hogueras que lo denunciaban a los certeros tiradores cubanos. Ordenó cierta vez a sus soldados que no tiraran a matar, sino a herir, “porque un muerto se queda en el campo abandonado, mientras que un herido inutiliza a los que han de llevarlo; necesita acémila, hospital, médicos, medicinas”.

Sabía llevar a sus hombres al combate y conducirlos a la victoria, pero sabía también formular la alta estrategia militar de la revolución. Durante los años de paz que mediaron entre 1878 y 1895, soñó con llevar la guerra al occidente de Cuba, más allá de La Habana; y cuando volvió a la isla otra vez así lo hizo; acompañó a Maceo hasta las puertas de la capital, en cuyos alrededores se quedó operando, sorprendiendo al español, hoy aquí, mañana allá, realizando los increíbles movimientos que le dieron en todo el mundo fama como el más grande guerrillero de todos los tiempos. Él solo tuvo sobre sí, en las provincias de Matanzas y de La Habana, más soldados españoles que los que jamás había habido en toda la América del Sur; y batió sin descanso, los burló, los maravilló. En la última guerra cruzó la isla de oriente a occidente propagando por donde pasaba la maldición del fuego. No dejó un cañaverál en pie. Fue la célebre “Campana de la Tea”, más peligrosa para España que todos los ejércitos mambises. “Cuando Cuba sea pobre, España no tendrá interés en ella y la abandonará”, decía. Y asoló a Cuba con los incendios, cuyos resplandores seguían el rastro de la caballería revolucionaria.

Era sentencioso, agudo y astuto. Su mirada de águila penetraba el misterio de lo que ignoraba. Muchos años antes de que se descubriera la radio escribió, refiriéndose a la batalla de Palo Seco, que el tronar de los disparos, los ayes de los heridos, relinchos de los caballos, el toque de las cornetas; todo ese ruido debía hallarse en algún lugar del espacio.

Tenía pocas letras, pero era un gran escritor natural. Muerto Martí, escribía esa misma noche a un amigo: “La revolución seguirá y triunfará. Yo creo que la revolución americana se hubiera hecho aunque no hubieran existido Washington ni Bolívar”.

No era un político, sino un revolucionario. Cuando escribe sobre los hechos y los hombres de la guerra toma por personaje a un negro que había sido esclavo y fue su asistente, el negro Eduá. Al declararse la guerra entre Estados Unidos y España, el Capitán General de la isla le envió una carta, pidiéndole que depusiera las armas y se uniera a él en la lucha contra las fuerzas norteamericanas, “que pertenecían a otra raza”. “Todas las razas son iguales. Yo no he venido a Cuba a pelear ni siquiera por la independencia de los cubanos, sino por la libertad de todos los hombres de la tierra”, contestó él. Fue intransigente en su credo. El pueblo quiso hacerlo su primer Presidente, pero él no quería imitar a Washington ni a Bolívar en eso.

Viejo ya, encanecido, flaco, sobre el caballete de la nariz los espejuelos de metal, confundidos entre sí el copioso bigote y la perilla, blancos ambos; áspero de perfil, huesudas las mandíbulas, el generalísimo Gómez entró en La Habana, cabalgando su corcel, al frente de las tropas mambisas. Era en 1898. Treinta años atrás había dado en la Venta de los Pinos la primera carga al machete de la revolución. El pueblo deliraba a su paso; las mujeres sembraban las calles de flores. Jamás había visto él la capital de la isla. La calzada por donde entró lleva hoy su nombre. Desde su silla de montar, adusto, el general estaba librando su carga final sobre la gloria. Había entrado en Cuba como oficial de la reserva española; había terminado la guerra de los diez años tan pobre, que pocas semanas después lloraba en Jamaica, “porque ustedes me pedían pan y yo no tenía pan que darles”, escribió a una de sus hijas.

Murió en 1906. Lo mató su popularidad, pues habiendo hecho un viaje a Santiago de Cuba, la gente se apiñaba para estrechar su mano y tenía la mano ligeramente herida; sufrió una infección que lo venció, a él, el invicto en las batallas. Hoy tiene estatua en La Habana; está al comenzar la Avenida de las Misiones y tiene al fondo el Palacio Presidencial. Desde un hermoso caballo de bronce, que clava en el suelo sus cuatro patas y al cual se le sienten los bríos en la forma como la cola, tirada hacia una anca, denuncia el inicio de la marcha en los combates, el general parece contemplar a sus batallones que avanzan en la distancia. Tiene en su diestra mano el sombrero, la brida en la izquierda. Monta a la manera incorrecta en que lo hacen los campesinos de su tierra natal. Sobre el claro cielo de Cuba se destaca su perfil agresivo, esa línea de águila barbada que tanta impresión causó en sus soldados. Los días de su cumpleaños el ejército le rinde honores en el viejo cuartel de La Cabaña, y desde allí pueden verle, adusto, seco, casi a punto de ordenar a sus batallones: “¡Al machete!”.

Gómez era un anónimo cuando empezó la guerra. No tenía haciendas, no tenía nombre ilustre. Al hacerse la paz del Zanjón, nadie hubiera pensado que él sería el jefe vencedor de las fuerzas libertadoras que exactamente veinte años después entrarían en La Habana. Pero así sucedió. Porque la desaparición de los aristócratas, de los terratenientes y de los burgueses que acarreó la revolución en su primera década, llevó a la dirección de la lucha a gente de pequeña clase media, a pequeños propietarios, profesionales de clientela pobre y burócratas.

Uno de esos pequeños propietarios era Antonio Maceo, mulato, esto es, de una raza oprimida y despreciada. Antonio Maceo tendría veintitrés años cuando Carlos Manuel de Céspedes se rebeló en “La Demajagua”. Conducía entonces las arrias de caballos y mulos de su padre, mestizo de negro, indio

y español, nacido en Venezuela y llegado a Cuba durante la emigración venezolana que provocaron las luchas por la independencia de aquel país; con esas arrias llevaba a Santiago de Cuba los frutos de la propiedad familiar. Antonio Maceo era una hermosa figura de hombre, alto, macizo; tenía solidez interior, porque no padecía, como Gómez, contrastes en su psicología. De frente alta, si bien no ancha, fiera mirada que a veces se hacía risueña, amplias las ventanas de la nariz, retorcido el áspero bigote, tenía una poderosa quijada cuadrada y erguía siempre la cabeza, como quien quiere aparecer altivo ante los demás.

Cuando dejó los campos en armas y anduvo por el destierro vestía impecablemente, tocado de bombín, a menudo bastón en mano. Era cuidadoso de sí. No quería ver una mancha en su traje ni oler si no era a buena agua de azahar. No fumaba, no bebía; jamás hablaba de sus aventuras galantes. En los combates su voz era un trueno, pero en la vida común tenía tono bajo flexible. Sus amigos contaban que era con ellos delicado como una dama con otra o como un adulto con un niño, pero en la guerra resultaba duro y no titubeaba en mandar a los hombres a morir; más aún, los hería con una palabra o con una mirada de sus ojos, que el humo de las batallas enrojecía hasta hacer imponentes.

Al conocer los acontecimientos de 1868, Antonio Maceo abandonó las arrias de la propiedad familiar y se ofreció a las fuerzas revolucionarias. Entró como soldado; iba a ser el más grande de los generales de su país. Bajo el mando de Gómez aprendió el arte y la ciencia de combatir. Llegaría la hora en que tendría que substituir a su maestro en la jefatura de un departamento, y lo hizo con amargura, pero con espíritu disciplinado. La atronadora violencia en el ataque al enemigo y la consciente disciplina en toda hora iban a ser sus más destacadas virtudes en la guerra. Cuando finalizaba la década sangrienta,

al tiempo que por los caminos del territorio que hasta poco antes había sido campo de la revolución, los generales y los soldados se encaminaban hacia sus hogares o hacia los puertos en que habían de ir al destierro. Antonio Maceo, que no había cumplido todavía treinta y tres años, respetado ya entre sus compañeros, desconoció la tregua y levantó de nuevo la bandera de la rebelión. Fue bajo unos mangos, en Baraguá, donde convocó a los que quisieran luchar; y por eso ese acto se conoce en Cuba con el nombre de la Protesta de los Mangos de Baraguá. Era tal vez una locura, pero heroica. El nombre de su autor corrió de boca en boca; causó espanto en las filas españolas, que confiaban en la paz, y enardeció a los cubanos. En la hora de su caída, a la revolución le surgía otro líder; un líder que, como Gómez, no procedía de ilustre prosapia, no había tenido ingenios ni cafetales. El Capitán General español se entrevistó con él, con aquel a quien la prensa peninsular y habanera llamaba “filibustero” y “el mentado general Maceo”. Maceo demandó la libertad de los esclavos y pase libre al extranjero para él y los suyos. No quería nada para sí.

Por los ámbitos de la paz se difundió su nombre. Había ascendido grado a grado a general, pero también había recorrido el trayecto entre el soldado y el político. Su desarrollo había sido tan armónico y natural como lo requería la historia. Como en el caso de Máximo Gómez, ya en el destierro vio crecer su prestigio incesantemente, hasta llegar a figurar entre los tres hombres que habían de dirigir la renovación del movimiento libertador. Se le quiso matar en Haití; fue herido en Costa Rica por fanáticos españoles. Cuando Martí tuvo listo todo lo necesario para iniciar la guerra, a principios de 1895, le escribió diciéndole que sin él era imposible llevar la libertad a Cuba y que debía embarcar, “aunque sea en una uña”.

A bordo de una goleta, Maceo salió de Costa Rica; entró por Baracoa con trece compañeros; fue perseguido con ferocidad y salvó la vida milagrosamente. Pero su solo nombre era la guerra, y cuando las fuerzas españolas, que seguían su rastro, vinieron a caer en cuenta de sus movimientos, era ya tarde. Maceo las batió en Peralejo. Hecho un huracán sobre el caballo, seguro de sí mismo, Maceo era en los combates la fuerza de la tierra desatada. Había salido de la década sangrienta con trece heridas, algunas de ellas gravísimas; pero nadie creyó jamás que aquel cuerpo de gigante, lleno de poderosos músculos, podía ser abatido a tiros. Le llamaron el Titán; el Titán de Bronce le dicen hoy. Los negros de Cuba le decían, simplemente, el General Antonio. Después de Peralejo dio la batalla de Sao del Indio; más tarde encabezó la invasión hacia Occidente, que en justo homenaje al héroe partió de los Mangos de Baraguá.

Desde el 22 de octubre de 1895 hasta el 22 de enero de 1896, a lo largo de una ruta de más de ochocientos kilómetros, vadeando ríos, trasponiendo lomas, evadiendo trampas, combatiendo, atacando, retirándose, con una fuerza que en ocasiones iba hambreada y que llevaba tras sí gran impedimenta; dejando a la espalda enemigos y delatores; atravesando una isla que por largos días no ofrecía más terreno que enormes llanuras y que a veces no tenía cuarenta kilómetros de anchura; escurriéndose por las célebres trochas, líneas españolas compuestas de fortines distantes entre sí mil metros nada más, de costa de mar a costa de mar, Maceo marchó y contramarchó, todo aquel ejército a su cuidado, pues a él confió Gómez el mando de las tropas. Cruzado de ferrocarriles y de carreteras, de telégrafos y de destacamentos españoles, el territorio enemigo se hacía cada vez más impenetrable, especialmente a medida que los invasores se acercaban a La Habana.

Pasma pensar que esa marcha pudo llevarse al cabo. Pasma pensar que la fuerza invasora se mantuvo unida; que no cejó un pie, que fue capaz de concebir la hazaña y de realizarla. Cuando Antonio Maceo penetró por las calles de Mantua, la más occidental de las poblaciones cubanas, España había perdido la guerra. Pues la tea fue con él; devastador incendio recorría la isla de un confín a otro confín y los hombres empobrecidos por el fuego, sin paraje en que trabajar, acudían a las filas del ejército libertador. Gómez lo había dicho antes que Lenín: “Sólo los pobres son buenos revolucionarios”.

La marcha de la invasión llenó de asombro al mundo. El nombre de Maceo resonó en Francia, se repitió en Inglaterra, era dicho a diario en las dos Américas. Se había convertido en el caudillo por excelencia, en el símbolo de la revolución. “Dos balas bastan para poner fin a la guerra de Cuba”, dijo Cánovas del Castillo, primer ministro español. Aludía a Maceo y a Gómez. Un anarquista italiano lo creyó capaz de hacerlo, fue a España y disparó las dos balas sobre él.

El prestigio de Maceo no conocía paralelos. Millones de oprimidos, en Cuba y en todas partes, veían en él un ejemplo y una esperanza. Era mulato y comandaba un ejército libertador; había sido arriero y su machete tenía en vilo a un imperio multiseccular. Sin embargo, Maceo respetó su gloria. Su título era el de Lugarteniente General; por encima suyo estaba Gómez, y Maceo, que era implacable en la demanda de disciplina, obedecía sin un reproche cualquier orden de Gómez o del poder civil de la revolución. Pudo haber dicho: “Quiero el mando supremo”, y lo hubiera tenido. Jamás fue capaz de pensarlo. Era un gran capitán, pero era un gran cubano.

En diciembre de 1896, menos de un año después de haber llevado su cabalgadura desde los Mangos de Baraguá hasta el extremo occidental de la isla, “el General Antonio” cayó en una acción sin importancia. Los españoles tardaron en saber

que había muerto; así, los cubanos tuvieron tiempo para llevarse el cadáver y enterrarlo secretamente. Allí, junto al hijo mayor del general Gómez, que había muerto abrazado con él, su poderoso cuerpo esperó hasta el final de la contienda, cuando Cuba entera pudo ir a rescatarlo. Hasta el lugar donde al fin reposó aquel incansable va ahora, desde La Habana, una hermosa avenida de dos vías, que termina en el monumento donde se hallan sus restos.

La gente del pueblo visita ese monumento los siete de diciembre, fecha en la cual se conmemora la muerte de cuantos dieron su vida a la patria; allí van tal día los altos jefes del ejército, el Presidente de la República, los ya ancianos veteranos que combatieron a las órdenes del héroe. Yo he estado ahí, una obscura noche en que las estrellas parecían caerse a racimos desde el cielo cubano; he ido a veces a dialogar en silencio con el general, a preguntarle de qué elevada luz estaba hecha su alma de hombre grande. Y he estado allí también en un aniversario de su caída. Mediaba la tarde; entre ministros y oficiales, el Presidente ocupaba un palco; frente a él, un silencioso mar de cabezas se movía lentamente, escuchando a un anciano orador. Yo llevaba al lugar, para que lo conociera en su día propio, a Rómulo Gallegos, quien después de la prisión a que fue sometido en Venezuela cuando un golpe militar derrocó el régimen constitucional que él encabezaba, llegó a Cuba a tiempo para presenciar el homenaje popular que todos los años se le rinde a Maceo. Pidiendo paso a la multitud fuimos cruzando; de pronto una voz gritó: “¡Es el presidente Gallegos!”. Y el homenaje al Titán lo fue, en la persona del autor de *Doña Bárbara*, a la patria de Marcos Maceo, padre del General Antonio.

El General Antonio también tiene su estatua; y a poco andar del sitio donde, sobre un caballo encabritado, sable en mano, parece que carga contra el enemigo, tiene otra Mariana

Grajales, la mujer que le dio vida. Vaciada en bronce se ve a la madre de Maceo empujando a su último hijo. Tuvo once varones; a todos los hizo jurar que darían la sangre por Cuba, y un día en que acabando de enterrar a uno de ellos le llevaron otros dos malheridos, cogió al más pequeño por debajo de los brazos y lo levantó. “¡Y tú, empínate, que ya es tiempo de que pelees por tu patria!”, le gritó. De tal vientre nació el héroe.

Gómez y Maceo hicieron la guerra; el que preparó la conciencia del país para librarla fue José Martí, sin duda la más atrayente personalidad que hayan producido los pueblos de lengua española. Vivió escasamente cuarentidós años, si bien al final, caído en las entradas y en la frente el crespo pelo que tuvo en su mocedad, devorado el rostro por una tristeza interior que se le transparentaba en la mirada, parecía haber transpuesto los cincuenta. Aunque estuvo en presidio y fue deportado a España cuando apenas era un niño, a poco de empezar la guerra de los diez años, resultaba de hecho un desconocido cuando los capitanes de las armas libertadoras las rindieron en el Zanjón. Nadie hubiera sospechado entonces que aquel joven vehemente y a la vez triste que daba lecciones de literatura en Guatemala, al tiempo que en Cuba se ponía alto a la lucha, estaba llamado a unir en un haz todas las fuerzas dispersas en la isla y en destierro y las iba a lanzar como una catapulta sobre las murallas del viejo imperio español, que al tremendo golpe empezaría a derruirse.

José Martí, como expresión carnal de la forma firme en que trabaja la historia, es de los más curiosos y completos que pueden darse. Había nacido con la sensibilidad necesaria para ser, como lo fue, uno de los más grandes poetas y tal vez el más grande y original escritor de su habla en el siglo XIX. Era hijo de un hogar español, modesto pero dependiente del orden colonial; su padre, sargento de artillería primero y después

ínfimo funcionario de orden público en La Habana, resultaba un típico representante de la fuerza opresora en Cuba. Forzado por el malpasar de los suyos al trabajo desde casi su infancia, Martí estaba llamado, por el ambiente en que nació y creció, a una vida mediocre, o por sus características de escritor, desarrolladas luego a la par en la oratoria, a ser abogado —carrera que estudió, pero que no ejerció— o redactor de algún periódico habanero. Sin embargo no sucedió así. Pues conjuntamente con su extraordinario don artístico, aquel jovenzuelo había traído al mundo una buena carga de genialidad política y un sentido natural de la justicia personal y colectiva que iban a llevarle, necesariamente, a la causa de la revolución.

Aun así no se le llamaría hoy, en todos los pueblos que hablan español, “el Apóstol” —con cuyo nombre se le conoce tanto como con el suyo propio—, si a base de sus condiciones naturales no hubiera desarrollado un carácter admirable, que era a la vez duro como el cuarzo para mantener una idea y ponerla en acción, tierno como una mujer apasionada al expresarla y sometido como un potro bien domado a su brillante y sutil inteligencia. Convencido de que debía entregarse sin reserva a su papel de guía, puso su emoción, sus talentos y su carácter al servicio de la libertad de Cuba sin parar mientes en nada más. De exquisitos sentimientos, abandonó a sus padres, a sus hermanos, a su hijo, sin quejarse jamás de la separación —si bien en sus cartas, a través de hermosas y sentidas palabras se advierte su perenne sufrimiento por tal causa— y recorrió sin una vacilación su camino de patriota.

Martí vivía desterrado en Nueva York cuando empezó a llamar la atención de sus compatriotas a causa de sus extraordinarias dotes de orador. Al parecer, sabía usar, en sorprendente armonía, la sobriedad del gesto y el calor de la palabra para desatar sus brillantes y castizos párrafos. Hacía tiempo que en

lenguaje español no se oía un verbo de tal elocuencia. Era atrevido y a la vez clásico en la forma. Convocaba con sus palabras mundos, océanos y ejércitos; y a todos los hacía desfilar de un trazo, ante los atónitos oyentes, y del fondo de la historia extraía sentencias claras, cuya sencilla grandeza embriagaba a las gentes. Pálido, más bien bajo y delgado, vestía con humildad y su natural tristeza se iluminaba a menudo con cierta dolorosa sonrisa apenas esbozada. Usaba casi siempre traje negro. Era amoroso con los ancianos y los niños, fino con las mujeres, tierno con todos. En sus últimos años hablaba poco, pero escribía nerviosamente; sólo en la tribuna estallaba su rutilante palabra.

Leyendo la copiosa obra que él dejó es posible descubrir el secreto que hizo de tal hombre una figura tan excepcional. Pues poniendo a un lado sus condiciones naturales, que acaso otros tuvieron y no supieron usar, en la vida de Martí la voluntad de ser quien fue actuó en todo minuto. Inclinado desde su más temprana juventud a trabajar para provecho de los otros, la dureza de la lucha, en la que surgen siempre envidias, calumnias y mezquindades, pudo haber herido su sensible alma de poeta y haberlo llevado a aislarse. Pero Martí descubrió a tiempo que el político o el que dirige pueblos no puede confundir a los hombres con la historia; los hombres parecen a menudo débiles, ingratos y crueles; la historia no toma en cuenta esos detalles. Si aspiraba a ser sujeto de la historia, Martí tenía que actuar como lo hace ella misma.

Sin fe en los hombres, Martí adivinó, por genial intuición característica del gran político, que el pueblo no es una simple suma de hombres, como el cuerpo humano no es una simple suma de órganos o de tejidos, y que es el pueblo quien hace historia. Su fe en la historia se tradujo, pues, en fe en el pueblo, y con ella se aplicó a la gran tarea de levantar a los

cubanos en guerra contra España, convencido de que su obra se realizaría de manera ineludible. Día tras día, durante largos años, halagó el sentimiento heroico de Cuba y acabó identificando al cubano con la epopeya. Como en su voz la expresión estallaba con la fuerza y el resplandor de un relámpago, la usó para describir, casi siempre en una sola frase de vigor excepcional y belleza perfecta, a los héroes y las batallas en que ganaron gloria para ellos y libertad para sus patrias; o para pintar a la república, todavía por forjar, tal como él, con su caudal de ternura y de dignidad, entendía que debía ser.

Tal vez por mágica adivinación de poeta conocía el arte de gobernar y era, por tanto, un maestro de naciones. Parecía que hubiera presidido docenas de países. El sabía a ciencia cierta que los jefes de pueblos tienen que silenciar su conocimiento del corazón humano, esconder a los ojos de todos la dificultad del procedimiento, engañar con nobleza; sabía que la guerra no era tan hermosa, deslumbrante y embriagadora como él la pintaba. Pero tenía que convocar a los cubanos para que la hicieran.

De la dramática contradicción en que él vivía, haciendo cada minuto y cada hora y cada día el sacrificio de su más profunda intimidad; cantando su fe en la historia y en el pueblo que la hace, pero silenciando su poca fe en los hombres; predicando la hermosura de la guerra, que es la destrucción y la muerte y el dolor; hermoheando con matices conmovedores la función del gobernante, que deja el alma seca y estéril; de tan silenciosa pero agobiante lucha en sí mismo, surgía esa melancolía de su rostro, fácil de advertir en las fotografías que de él quedan. Una templada y digna amargura que en ocasiones conmueve y parece a punto de sacar lágrimas se difunde por su pálida frente, por sus ojos un tanto lánguidos, por la boca que el bigote no deja ver, pero que se adivina caída de tristeza.

Jamás usó Martí una palabra que no fuera hermosa ni apeló a un sentimiento que no fuera digno. Transitó por el mundo con el dolor de quien conducía a los demás a un sacrificio ejemplar, aunque necesario. Su vida entera iba a ser, y lo fue, una enseñanza sin paralelo. Era un convencido de su propia inmolación. Y marchó a ella consciente, sin un titubeo, sin la menor demora.

Con claro sentido de organizador, cuando comprendió que los cubanos del destierro lo miraban ya como su paladín, organizó el Partido Revolucionario Cubano, enroló en él a todos los partidarios de la independencia, comenzó a recabar fondos, publicó un periódico que fue el vocero del partido; en memorable carta a Máximo Gómez le ofreció la jefatura militar de la revolución, y se movió sin cesar, de Nueva York a Tampa, donde había un núcleo de millares de cubanos que trabajaban en las tabaquerías de la zona; de Tampa a Costa Rica, a Jamaica, a Santo Domingo, a Haití, siempre con su centro de actividades en Nueva York. Enviaba correos secretos a Cuba, evadiendo la vigilancia española, sin responder a las calumnias de que era objeto por parte de la prensa oficialista de la isla, trabajando siempre, de día y de noche, y escribiendo a toda hora —ya cartas para los revolucionarios, ya artículos para el periódico de la revolución, ya crónicas para diarios de Sudamérica—. Vivió en un vértigo pasmoso. Al empezar el año 1895 los grupos conspiradores de Cuba que se habían afiliado al Partido Revolucionario recibieron la orden, escrita y firmada por Martí, de iniciar el movimiento libertador. Tal orden fue envuelta en un cigarro puro. La revolución estalló el 24 de febrero de 1895. Martí no la veía triunfar.

Desde que se entregó por entero a la obra de la independencia de Cuba, José Martí se anunció a sí mismo la muerte. La premonición de su caída sacude sus páginas, pasa por ellas enlutándolas y marcándolas con el signo de la muerte. A

medida que la hora decisiva se va acercando, se le ve marchar hacia la tumba. Es un largo camino de suplicio el suyo. Su tono se convierte en el de un moribundo; la trágica ternura de quien habla desde el borde del sepulcro pone en su voz un acento tan conmovedor, que insensiblemente los que le rodean empiezan a llamarle “el Apóstol”. En sus últimos meses, una palidez mortal saca luz de su rostro; los ojos se le ahondan, más tristes y dolientes cada día, y el tema de su caída aparece en cada carta.

El 25 de marzo de 1895 Cuba está ya en guerra; tal día escribe a un amigo: “Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado”; y a seguidas, a su madre: “Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?” Para él, la cita con la historia se resuelve en la muerte. Menudean las frases amargas pero valerosas: “Yo no me cobijaré con la sombra del árbol que siembro”. “Para mí, ya es hora”. Uno no puede leer esas páginas sin que las lágrimas tiemblen en el borde de los párpados, porque si hijo alguno de mujer debió vivir para ver su obra fue él, el que predicó amor en medio del odio, el que jamás dijo de nadie nada feo, el que acertó a despertar en toda América un sentimiento de fraternidad tan vivo y poderoso que hizo a estos pueblos más hermanos de lo que jamás lo habían sido. En él se habían reunido el valor del héroe, la delicadeza de una Madre, la ternura de un niño y la hermosura del mundo. Podía aceptarse la muerte del héroe, pero no que mataran a la madre, al niño y a la hermosura.

Cayó en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895. Había llegado a Cuba en bote, acompañado por Máximo Gómez y por otro dominicano y tres cubanos; en la obscura noche tempestuosa, él mismo remó. Durante poco más de un mes viviría en el campo en armas, con el equipaje lleno de medicinas para curar

a los heridos. Los soldados mambises le llamaban “Presidente”, y él vivía, como una criatura, embriagándose de Cuba, cuya tierra no había visto desde hacía lustros. De pronto, habiéndose apartado las tropas para poner emboscada a una columna enemiga, él oyó cornetas, montó a caballo, ordenó a un amigo que cargaran y se lanzó sobre las filas españolas. Una bala le destrozó el cuello. América se espantó con su caída y en el continente y en las islas los hombres se miraban, callados, y aseguraban que no podía ser, que era mentira.

Fue verdad. Máximo Gómez trató de rescatar el cadáver. El oficial español que recogió su cuerpo escribió a Gómez una nota, diciéndole que lo llevaba herido y que trataría de curarlo. Era masón y hablaba de Martí llamándole “el hermano Martí”. Sin duda iba sin vida ya. Pero fue un premio para su luminoso corazón que el enemigo en cuyas manos estaba su cuerpo le llamara “hermano”, a él, que predicó tanto la fraternidad entre los hombres. Sepultado en una población del trayecto y después en Santiago de Cuba, lo desenterraron para comprobar que ése era su cadáver.

Poco más de medio siglo después transportaron sus restos a una tumba fastuosa y fea. A decenas y decenas de millares el pueblo se congregó, allí mismo, en Santiago, bajo el ardiente sol de verano. En medio de un silencio impresionante, en saludo, frente a los ojos, el arma de los soldados, firmes los viejos veteranos de la guerra, caídas las frentes de los embajadores y ministros extranjeros, angustiosa la respiración de hombres y mujeres, el Presidente de la República avanzó en un claro, él solo, con los restos de Martí en las manos y sobre ellos la bandera cubana. En el puerto comenzaron a tronar los cañones de los buques de guerra, las cornetas cantaron su doliente funerala. Por las mejillas de mujeres y de ancianos corrían las lágrimas. Parecía que Cuba estaba enterrando por primera vez a su Apóstol. En los más

apartados rincones del país, pegados a la radio, los cubanos oían el treno de la corneta que sollozaba en Santiago.

Debido a que fue el último de los pueblos americanos que acudió al arma para conquistar su independencia, y debido al heroísmo que derrochó en su guerra de los diez años, todo eso operando sobre el prestigio que desde sus primeros tiempos tuvo La Habana en el mundo occidental, Cuba se había convertido en la novia de América. Al final del siglo, sobre tal condición había puesto Martí el brillo singular y atrayente de su personalidad, difundida por todo el Continente gracias a su cautivante estilo de escritor y al amor con que cultivó la atención americana, dedicándose a cada uno de los países del Hemisferio. Al morir él, América temió que la renaciente lucha quedara parada en seco. No fue así, sin embargo. Gómez y Maceo, auxiliados por militares y civiles de pro, mantuvieron la guerra encendida y la acrecieron con increíble audacia. En poco tiempo los soldados mambises cruzaron las fronteras provinciales y avanzaron hacia occidente, sembrando el fuego libertador a lo largo de la isla.

La guerra volvió a cobrar el ímpetu salvaje de otros tiempos; pero esta vez estaba animada por el espíritu que le insufló Martí. Los cubanos sabían ya que querían una república, pero no una república vulgar y cotidiana, sino la que su Apóstol les había mostrado en aquellos discursos deslumbrantes, dichos con lengua que alcanzaba el tono de la lengua de los dioses. Los jefes en armas empezaron a hablar como lo hacía Martí, y entre las órdenes del día proclamadas en los campamentos resplandecían a veces sentencias martianas.

Otra vez el Hemisferio vio reflejadas en Cuba sus ansias de libertades, y desde Chile y Argentina hasta México, por la tierra continental y por las islas, comenzaron a movilizarse hombres y mujeres y niños de todas las razas y de todas las patrias para recabar ayuda a la revolución cubana. Hubo comités

revolucionarios en capitales tan lejanas como París y New York, periódicos mambises en lenguas extranjeras. De todos los confines del mundo se veía la próspera figura de Antonio Maceo marchando hacia el oeste, siempre hacia el oeste, arrollando columnas españolas; el diario más españolista de Cuba se alarmaba y clamaba que Máximo Gómez estaba “golpeando con el cabo de su machete en las puertas de La Habana”.

España proclamó la política de “la última peseta y el último hombre” para Cuba y envió a Valeriano Weyler, general de corazón prusiano, a que pusiera fin al avance cubano. Weyler llegó a La Habana con la decisión de secar en la tierra de la isla la última semilla de rebelión; procedió a concentrar a todo habitante en determinadas ciudades que sus tropas podían defender, a fin de que los patriotas no tuvieran el favor del campesino. Fue la llamada “reconcentración”, hazaña monstruosa, antecedente de lo que medio siglo después serían los campamentos de trabajos forzados en Europa. Llevando consigo bestias, gallinas y perros, atraillados en familias, con los niños enfermos a cuestas y los ancianos agotados por las marchas, millares y millares de cubanos comenzaron a abandonar los fundos en que habían nacido y crecido, los lugares donde moraron sus abuelos y donde cuidaban las tumbas de sus muertos. Mientras ellos caminaban a concentrarse en las ciudades, los patíbulo se levantaban en todo el país y las descargas cegaban día y noche vidas de “infidentes”. Llegaron las hambrunas y tras ellas las epidemias. Se calcula que más de doscientos mil cubanos de todas las edades murieron entonces.

Pero la “reconcentración” no abatió el espíritu de los combatientes. Impetuosos, poseídos por la santa cólera que dan las grandes causas, los mambises siguieron avanzando, destrozando a su paso batallones y columnas españolas, quemando cañaverales con espantoso heroísmo. Cayó Maceo y España esperó que con su cadáver quedaría enterrada la revolución.

La revolución prosiguió. Nada podía detenerla. Aumentaron las hambres, las epidemias, el indescriptible sufrimiento en todo el país. Pero no disminuyó el coraje libertador. Madrid acabó llamando a Weyler.

En febrero de 1898, cuando sólo faltaban nueve días para que la rebelión cumpliera tres años de iniciada, una bomba hizo volar el “Maine” en el puerto de La Habana. En Estados Unidos se dijo que los españoles lo habían hecho adrede y en España se dijo que fueron los norteamericanos. De la costa del Atlántico a las del Pacífico, de las fronteras canadienses a las mexicanas, Estados Unidos comenzaron a oír el grito de guerra, el de “remember Pearl Harbor”. A fin, movieron su escuadra, de “remember the Maine”, como cuarentidós años después oirían, llenaron los transportes con soldados, bloquearon a Cuba y desembarcaron cerca de Santiago, en cuyas cercanías se dieron los combates de El Caney y de las Lomas de San Juan, desde las cuales dominaron la ciudad.

Santiago era un escenario de confusión. El hambre y las epidemias habían tomado señorío de la ciudad. Llena de refugiados, abarrotados los cuarteles por soldados españoles, en cuyos rostros había marcado la guerra su espanto, la capital del oriente cubano denunciaba, de un golpe, cuán feroz era la contienda, con cuánta saña defendía España el último jirón de su imperio transmarino y con qué tenacidad se lo disputaban los cubanos. En la boca del puerto fue cañoneada y destruida la escuadra del Almirante Cervera, hecha astillas por los obuses de las naos norteamericanas. Cuatro siglos de colonia española se derrumbaban al golpe de esos disparos. España yacía vencida. Su bandera se replegaba. Los mambises avanzaban sobre esos pliegues. Máximo Gómez entró en La Habana, cabalgando su corcel de guerra. El recuerdo de Martí y de Maceo flotaba sobre la multitud que recibía con lluvias de pétalos a los libertadores.

Cuatro años permanecieron en Cuba las tropas norteamericanas en son de protectoras. La isla fue gobernada por un gobernador militar designado por el Presidente de los Estados Unidos. Se procedió a reparar los daños de la guerra, a sanear el país, a cegar los lugares donde proliferaba el mosquito que transmitía la fiebre amarilla, a devolver soldados mambises a sus hogares; se convocó a elecciones para diputados constituyentes que redactaron la Constitución de la República, y a elecciones para elegir al Presidente que debía gobernar, por primera vez, desde lo que había sido el Palacio de los Capitanes Generales españoles.

A la muerte de Martí, en su cargo de Delegado del Partido Revolucionario Cubano había quedado don Tomás Estrada Palma, Presidente que había sido de Cuba en armas en los días postreros de la lucha de los diez años. Prisionero del enemigo en aquella época, había sido llevado a España; después pasó a Honduras, donde casó, y luego a Estados Unidos, donde fundó un colegio. Era ya casi un anciano cuando el voto de su pueblo lo fue a sacar de Nueva York para que echara sobre sus hombros la honra y la tarea de gobernarlo. Bajo, de perfil resuelto y enérgico, blancos el pelo y el grueso bigote, era tenaz y honesto. Llegó a Cuba por Oriente y recorrió la isla entre aclamaciones atronantes. El 20 de mayo de 1902 tomó posesión de su alta investidura. En las ciudades y en las aldeas reventaban los cohetes, atronaban los vítores, hombres y mujeres se abrazaban llorando de júbilo. Para el pueblo, Cuba era ya independiente.

Pero no lo era todavía. Veintiocho años más tarde la lucha rebrotaría. Y al cesar el rebrote sería cuando Cuba alcanzaría en verdad el gobierno de sí misma.

III LA LUCHA FINAL

Por las calles de las ciudades y de los pueblos cubanos se ve pasar de cuando en cuando algún anciano cuya estampa se distingue en el vaivén de las multitudes o en la soledad de una plaza. Lo curioso es que el que camina a paso lento por La Habana, erguida la cabeza, casi siempre enflaquecido por los años y limpiamente vestido, aunque su ropa sea pobre, tiene mucho de común con el que da sus despaciosas caminatas, con igual aire y similar empaque, por las calles de Camagüey o de Santa Clara. Es que son veteranos, esto es, soldados, clases y oficiales de la guerra libertadora.

Blancos o negros, en mejor o en peor posición económica, con grado de general o de sargento, todos tienen el sello de una época y de una actitud. Se les ve erectos, dignos, muy señoriales; y cuando pasean en pequeños grupos o cuando concurren a actos en que se conmemora la gran hazaña, se saludan con hidalga cortesía, hablan bajo y miran con cierta altivez ya en desuso. En Cuba deben quedar algunos centenares de esos gloriosos ancianos. Díganlo o no, su presencia denuncia la satisfacción moral de quienes cumplieron una tarea hermosa. Es probable que la gran mayoría crea que al proclamarse la República quedó totalmente independiente y, por lo tanto, librada a sus propias y exclusivas fuerzas.

Pero no ocurrió así. Durante un tercio de siglo más, Cuba tuvo que luchar para salvar el último obstáculo que tenía por

delante si deseaba disfrutar de su verdadera independencia política, en el grado en que pueda existir a estas alturas una independencia de tal tipo. Pues de su posición de colonia española el país pasó al grado de semicolonía; y hasta que se dio la victoria de la llamada “revolución de 1930” no pudo romper los invisibles muros del semicolonialismo. Como es claro, quedan rezagos de esos muros; mas lo cierto es que en lo fundamental han sido echados abajo, como lo fueron las viejas murallas con que el imperio hispánico rodeó siglos atrás a La Habana.

Desde principios de la pasada centuria el comercio azucarero cubano se encauzó hacia el mercado norteamericano, razón por la cual el capital estadounidense fue entrando en la isla hasta llegar a dominar, ya desde los años finales del siglo, la industria que ha sido tradicionalmente el nervio de la economía criolla. A causa de esa invasión de capitales, por una parte, y a causa de razones de estrategia política mundial y de razones de política doméstica —muy vinculadas en su día, estas últimas, al problema esclavista de la Unión—, Washington empezó a gravitar sobre los destinos de Cuba en forma tan pesada que hubo ocasiones en que el porvenir de la isla estuvo a punto de resolverse a las orillas del Potomac.

A poco de comenzar el siglo XIX, los Estados Unidos adoptaron la conducta de respaldar a España contra los cubanos si estos se sublevaban, a fin de evitar que Cuba cayera en manos inglesas; a mediados del propio siglo, los Estados del sur apoyaron las invasiones de Narciso López, esperanzados en que el movimiento fuera anexionista; los gobernantes de Washington vieron más tarde con fría neutralidad la guerra de los diez años. Llegaron hasta a proponer la compra de la isla a España. En 1898, por fin, intervinieron en la guerra y ocuparon militarmente el país durante cuatro años. Al abandonarlo dejaron pendiente sobre el cuello de

la naciente República la Enmienda Platt, en virtud de la cual podían volver, en ciertas condiciones que los inversionistas estaban en aptitud de provocar cuando quisieran, a tomar posesión militar de la isla; además, establecieron la base naval de Guantánamo y fue sólo en 1925 cuando se aclaró la situación legal de Isla de Pinos, el más importante de los territorios adyacentes de Cuba.

El miedo de los cubanos a perder de nuevo su independencia política por aplicación de la Enmienda Platt, los hizo vivir, durante más de treinta años, con la mirada siempre puesta en la persona del Embajador norteamericano en Cuba, cuya palabra o cuyo silencio a favor o en desfavor de un gobernante era de tanta importancia como en los días anteriores al 20 de mayo de 1902 podía serlo una orden de Madrid para el Capitán General español o para las altas autoridades de la colonia.

En 1933 el gobierno de Franklin Delano Roosevelt puso en práctica la Política del Buen Vecino, en virtud de la cual los embajadores de la Unión no podían seguir comportándose en la América Latina como procónsules de un imperio que enviaba la escuadra y la infantería de marina tras su moneda; pero antes de esa época —a pesar de que en Cuba algún Embajador norteamericano prosiguió la vieja costumbre después de 1933—, los representantes de los Estados Unidos en la isla blandían la Enmienda Platt ante los ojos de los presidentes y de los ministros cada vez que necesitaban defender los intereses de sus compatriotas invertidos en el país.

Mayormente, las inversiones, que alcanzaron a más de mil quinientos millones de dólares —cantidad enorme para esos años—, eran en ingenios de caña, grandes centrales que resultaban feudos económicos, y servicios públicos —teléfonos, luz, gas, tranvías—. Los centrales importaban y exportaban por sus puertos propios, como en la buena época feudal podía

hacerlo un barón; negaban a los trabajadores el derecho de asociarse y de pedir mejores jornales; llevaban de Haití o de las Antillas inglesas cientos de miles de jornaleros, a quienes contrataban por pagas de miseria a cambio de horarios bestiales de labor, y no admitían en la industria al cubano; su omnímodo poder alcanzaba a tener, prácticamente, bajo sus órdenes a los destacamentos de seguridad pública de la zona, y los empleaban sin misericordia; forzaban el voto en sus áreas a favor de los candidatos dóciles a sus conveniencias y acumulaban dineros en las bolsas de esos candidatos.

La República había nacido gloriosamente para caer sin honra en una situación de miseria y de impotencia que desesperaba a sus mejores hijos. No era el pueblo norteamericano el autor de tanto mal; eran unos cuantos capitalistas que querían sumar dólar tras dólar en sus ganancias, sin importarles para nada la felicidad del cubano ni el prestigio de su propio país; y tanto ganaban con sus métodos de explotación en Cuba, que podían derrochar dinero en Washington para que sus propósitos fueran respaldados allí.

Sería injusto, desde luego, culpar sólo a esos capitalistas norteamericanos, y a los políticos de su país que les servían, por las desdichas de Cuba. Ni unos ni otros hubieran podido acumular tanto mal si no hubieran contado con la complicidad o la debilidad de los que gobernaban en la isla. Por uno de esos fenómenos históricos que aciertan a comprender el político o el filósofo, los propios jefes del Ejército Libertador, que alcanzaron rango de presidentes de la República, sirvieron de instrumento para la nueva esclavización del país. Trepando sobre los hombros de sus compañeros y de su pueblo, alcanzaron el poder para disfrutarlo o para ejercerlo como mayores de la flamante metrópoli.

Esto es cierto para todos, desde don Tomás Estrada Palma hasta Gerardo Machado, el último de los presidentes

títeres de aquel período. Don Tomás, hombre honesto en la administración de los fondos públicos, tiene, sin embargo, un final lamentable, casi ignorado por el pueblo: solicitó una intervención militar norteamericana en 1906 y dejó al país sin instituciones, mediante una maniobra legalista incalificable, para que la República cayera, sin lucha y sin gloria, deshecha a los pies de los soldados del Tío Sam. Cuando en 1908 esos soldados se replegaron a su tierra, pasó a ejercer el poder otro veterano, el general José Miguel Gómez; y a éste le sucedió en 1912 uno más, el general Mario García Menocal, que gobernó hasta 1920. El segundo presidente civil de Cuba, Alfredo Zayas, procedía, como sus antecesores, de las filas del veteranismo; había estado preso en Ceuta por sus actividades antiespañolas, y su sucesor Gerardo Machado, militó en la guerra de 1895.

En buena ley moral, todos esos hombres pueden ser calificados como antiespañoles, pero no como patriotas. En mayor o en menor grado, todos sirvieron como agentes de un poder extranjero que mantuvo a Cuba, hasta 1933, en condición de semicolonía. Sin la complicidad, la debilidad o la cobardía de esos cubanos, nada hubieran podido hacer los capitalistas y los políticos norteamericanos que explotaban el suelo y el trabajo de Cuba.

Debe advertirse que Cuba no aceptó esa situación sin protesta. Un gran tribuno y escritor, veterano él también, había lanzado la consigna justa para evitar los males de la dependencia nacional: “Contra la injerencia extraña, la virtud doméstica”. Hablaba de virtud, porque el medio de penetración de los capitales extranjeros era, sobre todo, el dinero. Con dinero se allanaban obstáculos, se compraban tierras, se obtenían beneficios de orden legal. Con expresión distinta —como distintos eran los tiempos y diferentes las circunstancias—, Cuba pasaba por una experiencia que ya habían conocido todos los

pueblos de América: los libertadores que lucharon contra España acababan —claro que con nobles excepciones— sus gloriosas carreras aliándose a los ricos criollos o a los ricos extranjeros, en cualquiera de los dos casos, para dejar a las grandes masas en la miseria, la ignorancia y la desesperación en que siempre habían yacido.

Al mismo tiempo que de plumas y bocas cubanas, el clamor contra esa traición a Cuba surgió de los Estados Unidos, donde buena copia de periodistas, ensayistas y sociólogos protestó por la explotación a que era sometida la isla fascinante. En menos de treinta años, y conjugada con los males que día por día iba acumulando sobre el país ese estado de cosas, la protesta se haría continental, pondría en pie de nuevo a los cubanos para llevarlos a terminar su guerra de liberación —que había quedado inconclusa, primero en 1878 y después en 1898—, y acabaría siendo factor de primera magnitud en la formulación de la política hemisférica de Franklin Delano Roosevelt, conocida como Política del Buen Vecino.

El cubano tiene hoy una actividad desbordada, casi ciega, con la cual arremete en pos de lo que busca. Por aquellos días de la naciente República, el cubano era un desesperanzado. Pues ocurría que el campo de empresas y negocios no dominado por los grandes capitalistas norteamericanos, lo estaba por el comercio y los pequeños industriales españoles, para quienes el tránsito corrido por el país entre la Colonia y la República no había significado cambio alguno. Como en los días coloniales, en las bodegas y en los almacenes se trabajaban catorce, dieciséis horas; los dependientes eran familiares del dueño, traídos de Galicia, de Asturias o de Cataluña en sus años púberes y hechos a la tarea tras el mostrador o entre las estibas, domesticados por una disciplina que se mantenía año tras año sin una sola debilidad.

Llegaba día en que esos dependientes comenzaban a ganar un sueldo mísero y podían darse sus vueltas por la ciudad en las tardes de los domingos; y llegaba también el día en que se les aumentaba el sueldo para que cuidaran el negocio, porque el tío se retiraba a la aldea natal donde debía recibir cada mes el giro de La Habana o de Oriente, en que se le enviaba su parte de los beneficios del negocio. Claro, desarraigados en temprana edad de su ambiente, muchos de esos jovencitos se hacían al aire cubano, al habla, a las costumbres; y se quedaban, formaban hogares en el país, tenían hijos cubanos. Eso sucedía, sobre todo, entre los que llegaban a Cuba en son de trabajadores, sin más amparo que sus brazos y su voluntad de abrirse paso, y entre los que se dedicaban a las tareas del campo, regularmente procedentes de las Canarias.

De hecho, el cubano era un desterrado en su patria; la República no había resuelto ninguno de los problemas fundamentales; los gobernantes criollos estaban incapacitados para actuar en exclusivo servicio del pueblo. La revolución libertadora comenzada en 1868 no había terminado. El país daba tumbos, de agitación en agitación. Los obreros declaraban huelgas; los negros se debatían entre la miseria y la discriminación, y al fin se alzaron en la región oriental, corriendo el año de 1912; se le dio al movimiento carácter racista, y en realidad se trataba de una lucha social, pues millares de negros, muchos de los cuales habían combatido en las filas libertadoras, carecían de tierras en qué trabajar y de la más elemental seguridad en una República que ellos habían contribuido a crear. Surgió en 1917 una insurrección de liberales contra conservadores, mientras estos se hallaban en el poder; la intranquilidad ganó en 1923 los centros estudiantiles.

A raíz de la plétora económica producida por la primera guerra mundial, llegó el descalabro, la "moratoria", como todavía se le llama en Cuba; quebraron los bancos, los comercios;

las fortunas se deshacían en horas. Los veteranos se sublevaron en Las Villas y los estudiantes ganaban cada vez más la calle con sus propagandas contra el estado de cosas en que se debatía el país. En 1928, rígidos consejos de disciplina condenaron a varios de ellos a expulsión de la Universidad, lo cual equivalía a destruir sus vidas, puesto que se les cerraba el camino de la actividad a que pensaban dedicarse. Poco más tarde la situación económica, que había mejorado en el país después de la estrepitosa caída que sucedió a la guerra mundial, sufrió el golpe de la crisis que a fines de 1929 se desató en los Estados Unidos.

Puede que los cubanos consideren esa época, y la estudien y la analicen, desde un punto de vista distinto, según el partido o el gobernante que se encontrara en el poder en un momento dado. Pero la verdad es que ni los partidos ni los gobernantes contaban en el proceso histórico que va desde 1902 hasta 1933. El país era una semicolonía inexorablemente tratada. Pero a medida que aumentaban en el pueblo las fuerzas opuestas a tal situación, se hacía más evidente la crisis nacional. La gran crisis económica de 1930, llamada a durar más de tres años, agudizó la pugna y definió categóricamente los campos adversarios. Es probable, incluso, que ni los herederos de los libertadores ni los herederos de la Colonia, supieran a cabalidad qué papel estaban jugando. Pero lo cierto es que unos y otros se aprestaban a librar la etapa final de la revolución libertadora.

De un lado se situaron, con muy escasas excepciones, los grupos que habían disfrutado del poder durante los años que sucedieron a la proclamación de la República. La formación de ese núcleo fue evidente, incluso, en un acuerdo de los partidos tradicionales llamado “cooperativismo”, para dar todo su respaldo al gobierno encabezado por Gerardo Machado. Machado había sido soldado libertador y había conquistado altos

grados en el ejército mambí: se dedicó después a la política y a la compra de centrales eléctricas, que vendió más tarde a la Bond and Share. Era alto, de anchas espaldas, de pelo gris que peinaba a un lado; usaba lentes de concha, tenía ancha la nariz y ancha también la boca. Correspondía a ese sector de los antiguos libertadores, a quienes hemos calificado de antiespañoles aunque no eran patriotas. Su voluntad de poder era brutal. Estaba llamado a encabezar el agrupamiento de las fuerzas semicolonialistas, y con su caída se derrumbaría el último bastión que debían conquistar los cubanos si querían dar remate a la gran revolución empezada en 1868.

Frente a ese conjunto de anticubanos se situaron todos los que en Cuba sabían o intuían que había llegado la hora de librar la batalla definitiva para conquistar la independencia. Encabezado por jóvenes estudiantes de la Universidad habanera, en ese disperso ejército formaron profesionales honestos, la clase media que necesitaba conquistar fuentes de riqueza para sí, los trabajadores, esclavizados por las grandes empresas extranjeras, y muchos campesinos. La lucha comenzó abiertamente en septiembre de 1930, y sus primeros disparos costaron la vida a un estudiante a quien sus compañeros alzaron al cielo de los mártires. De inmediato la contienda pasó a librarse del campo político al patriótico; los estudiantes reconocieron que sus adversarios eran una alianza de medradores extranjeros y cómplices nacionales, cosa que denunciaron enérgicamente. Esa denuncia fue bien recibida en América, que estaba viendo entonces en Sandino a la encarnación del héroe continental, y comenzó a ver en los abnegados muchachos de Cuba a los herederos de los libertadores.

Situada así la lucha, Machado acudió al respaldo de los capitalistas norteamericanos y de los funcionarios de aquel país asociados a tales capitalistas; los estudiantes acudieron a

la opinión pública de las dos Américas y tuvieron de su parte la simpatía de los que en el sur y en el norte consideraban que la isla era objeto de una explotación incompatible con el progreso del mundo y con el empuje de las ideas democráticas.

La lucha no fue a librarse en los campos, como había ocurrido en las etapas anteriores de la guerra libertadora; fue en las ciudades, y sobre todo en La Habana, donde se dio la batalla; una batalla líquida, terrorista, de sorpresas, en cuyos sangrientos episodios tuvo mucha parte la tradición anarquista española, llevada a Cuba por inmigrantes que dejaron España en los primeros años del siglo para probar fortuna en la isla. En los cines, en las escuelas, en los desfiles patrióticos o en los actos gubernamentales los estudiantes irrumpían de pronto, trepaban sobre una tarima o sobre el escenario, y desde allí sacudían la conciencia del pueblo pidiéndole que se pusiera en pie contra la tiranía doméstica y sus amigos extranjeros. La policía se adelantaba, sonaban los disparos, la gente huía. Cazados a tiros en las calles o asesinados en las cárceles, los muchachos de la Universidad y de los Institutos veían afluir nuevos compañeros a sus huestes. En respuesta, ellos mataban policías y agentes del gobierno; ponían bombas en los sitios más inesperados; pegaban fuego a los cañaverales, provocaban insurrecciones campesinas cuyo final era racimos de ahorcados en los árboles del hermoso campo cubano.

Cuando la tormenta cesó, los jóvenes directores de esa gran lucha alcanzaron, por otros o directamente, el poder gubernamental. Como todos los equipos que gobiernan, cometieron errores, si bien resultó enorme el bien que hicieron al país desde el poder. Los pueblos tienden a aumentar los errores de los gobernantes, y eso ha impedido que los verdaderos caracteres de aquella larga batalla se aprecien en su real valor. Pero sin duda tocó las lindes de la epopeya y tiene episodios de impresionante grandeza.

Durante toda la lucha, agrupados en un llamado Directorio Estudiantil, los universitarios llevaron la bandera de las reivindicaciones populares; pedían libertades públicas, previo abandono del poder por parte de Machado; pedían derecho de huelga y mejores jornales para los trabajadores; pedían liberación política real y liberación económica de Cuba. Creado el clima propicio para la insurrección, la clase media partidaria de un cambio de situación, formada por profesionales, comerciantes criollos y nacientes industriales —todos necesitados de un régimen que favoreciera la liberación económica—, cerró filas en una organización secreta de tipo celular, dedicada, sobre todo, a la acción terrorista para derrocar la tiranía. Fue la célebre “ABC”, que se convirtió más tarde en partido político y desapareció del escenario cubano sin alcanzar el poder. En poco tiempo los actos de terror hicieron vivir a los cubanos en un clima de heroísmo, de violencia y de miedo. Soldados, policías y asesinos a sueldo perseguían a tiros a los audaces jóvenes; y estos hacían lo mismo con los soldados, policías, asesinos a sueldo y altos funcionarios del gobierno. El Presidente del Senado fue muerto a escopetazos mientras iba en su automóvil, y en el cementerio se había minado el lugar donde debían enterrarlo, para volar con una carga de dinamita al Gobierno en pleno. Sobre tal tema harían años después en Hollywood una película de la que fueron principales protagonistas Jennifer Jones y John Garfield; tan audaz e increíble fue el plan de los conspiradores cubanos que parecía la obra de un típico autor de argumentos cinematográficos.

Durante tres años se mantuvo ese clima inaudito. Viejos generales concertaron alzamientos; por oriente desembarcó una expedición que llevaba armas suficientes para una sublevación popular; las cárceles se mantenían llenas de hombres y mujeres; muchos cubanos se acogían al destierro para salvar sus vidas, otros salían para escapar al asesinato y entraban al

país de nuevo subrepticamente. Se formaron juntas revolucionarias con representaciones de diversos sectores sociales y políticos. Mientras tanto, la crisis iba paralizando la vida económica de Cuba; la dieta del pueblo iba reduciéndose a sólo harina de maíz; las viandas que cosechaba el campesino no tenían precio; los alquileres bajaban a cantidades de miseria. Valientemente, el pueblo hacía frente a ese estado de cosas y cada vez eran mayores las zonas humanas ganadas para la revolución.

Al fin la situación se hizo insufrible. Convencido de que era necesario adoptar nuevos procedimientos en las relaciones de su país con la América española, el presidente Roosevelt envió a Cuba un Embajador Especial para hacerle saber oficialmente al dictador criollo que los Estados Unidos no seguirían apoyando la antigua política de “la escuadra tras el dólar”; en consecuencia, Machado comprendió que perdía la ayuda de sus poderosos aliados, y entonces convocó al pueblo para “luchar contra el imperialismo norteamericano”. Cuando los cubanos advirtieron que de las fuerzas conjuradas contra su país, la que resultaba psicológicamente más fuerte —porque tenía en sus manos el derecho de intervención militar que le reconocía la Enmienda Platt— había resuelto retirarse del campo, arremetieron con nuevos bríos. A causa de la actitud del gobierno nacional, volviéndose contra quienes habían sido sus cómplices y beneficiarios en la explotación y el miedo, el Embajador Especial norteamericano se acercó a la alta oficialidad del Ejército y le dio la noticia de que Washington no seguía apoyando a Machado.

Fue un golpe mortal para la dictadura, pues el Ejército de Cuba estaba formado mayormente por hombres que consideraban al Gobierno de los Estados Unidos como la máxima autoridad en asuntos de la isla; era un Ejército colonialista, casi tanto como si hubiera sido una fuerza constabularia. Movida

por el Embajador Especial, la alta oficialidad comunicó a Machado que no seguía obedeciéndole como Presidente. La dictadura cayó a pico. Agotado por la tensa situación de los últimos años, el Presidente había envejecido; se veía canoso, arrugado, si bien todavía altanero y duro. Rápidamente, antes de que el pueblo conociera sus planes, se dirigió al aeropuerto de La Habana, donde tomó un avión que lo dejó en la posesión británica de Nassau, pequeña isla del grupo de Las Bahamas.

En un segundo de restallante júbilo, el pueblo salió a las calles, poseso del odio que comunica la cobardía del enemigo, hasta minutos antes implacable. La Habana se estremeció de un barrio a otro: se alzaron los incendios; resonaban los tiros de quienes perseguían a policías y criminales del régimen caído; saltaban a pedazos las vidrieras de las tiendas; la multitud corría enloquecida hacia las casas de los gubernamentales destacados, y ya en ellas destrozaba muebles, libros, ropas, papeles. La ola de cólera popular se extendió a toda la isla y conmovió al país entero.

Eso sucedía el día 12 de agosto de 1933. Sin embargo, la verdadera victoria no se alcanzaría sino tres semanas después, el 4 de septiembre, al producirse el alzamiento de las tropas de infantería y marina de todo el país, encabezadas por los sargentos y los cabos: fue el histórico “golpe de los sargentos”, un hecho inesperado, una de esas sorpresas que la Historia reserva para probarles a los pueblos que el optimismo de los luchadores tiene fundamentos legítimos, pues a menudo la semilla que ellos siembran germina en los más sorprendentes parajes.

Entre los papeles que se amontonan ante mí para ir consultando al tiempo que escribo, hay la reproducción de una fotografía tomada ese 4 de septiembre de 1933 en el campamento militar de Columbia. Tal lugar se halla en Marianao, y

aunque en aquellos días parecía alejado de La Habana, hoy es de hecho parte de la capital. En la mencionada reproducción se ve, asomando la sonrisa en un bosque de cabezas de soldados y de periodistas, estudiantes y revolucionarios civiles, a un sargento de abundante pelo negro recortado a la manera “Valentino”, salientes pómulos, la tez un poco oscura, el rostro más bien flaco. Una guerrera caqui cubría el pecho del militar y se advierte que abrazaba con genuina emoción a los que le rodeaban. Se trataba del “Sargento Batista”, jefe de aquel golpe audaz con el cual iba a culminar un movimiento revolucionario que había tenido sus precursores y sus mártires desde más de un siglo antes, que había estallado en 1868, que había rebrotado en 1895 y que había llegado a su final esa madrugada. El propio sargento Batista ignoraba eso.

Desde el día en que Diego de Velázquez puso pie en tierra cubana hasta ese 4 de septiembre de 1933, la isla había sido, con uno u otro nombre, colonia española o semicolonias norteamericana. Hasta ese momento, para servirlos o para combatirlos, los cubanos habían tenido que contar o con los españoles o con los estadounidenses. Madrid primero, y Washington después, habían sido los puntos de mira de los criollos, la meta de sus esperanzas o el objeto de sus odios. El gobierno que resultó derrocado ese día había sido formado a voluntad del Embajador Especial de Roosevelt. Ni ese Embajador, ni interés norteamericano alguno intervino en la selección de los hombres llamados a gobernar como resultado del golpe.

Hay que insistir en las sorpresas que da la Historia. Pues los jefes militares del 4 de septiembre no eran patriotas. El curso de los años se encargó de demostrarlo. En sus inicios, el llamado “golpe de los sargentos” no tenía carácter político. Sus autores ignoraban lo que la Historia sabía, y el propósito que perseguían era imponerse a los oficiales, a los altos jefes del

Ejército y al gobierno provisorio para que se les acordaran a ellos y a los hombres de fila mejores sueldos, mejores cuarteles y autorización para usar quepis y polainas a todos los soldados. Como se ve, se perseguían meras reivindicaciones de grupos sin tomar en cuenta para nada a Cuba y a su pueblo. Veinte años después de aquella madrugada, los que encabezaron la acción en el orden militar seguían ignorando que el 4 de septiembre de 1933 se dio la última batalla de la larga guerra de independencia. ¿Cómo se explica, pues, que contra la voluntad de los jefes, el 4 de septiembre se convirtiera en una fecha de tanta importancia histórica?

La respuesta es que Cuba se hallaba inficionada por el virus revolucionario. Confundidas en la atmósfera política que parecía poseer el pueblo desde la caída del dictador, las aspiraciones de los distintos grupos sociales presentaban claros aspectos de revolución general. La sublevación se ideó, se planeó y se realizó en veinte días, en su transcurso los jefes se pusieron al habla con los jóvenes del Directorio Estudiantil. En el primer contacto, estos le dieron el tono político de que carecía. Así, cuando los sargentos insurgieron victoriosos al amanecer de aquel 4 de septiembre, entre ellos pululaban los líderes universitarios, los cuales iban a una transformación de Cuba más profunda de lo que en general se temía, y mucho más, desde luego, de lo que podían sospechar Batista y sus compañeros de cuartel. Desde los umbrales de Columbia fue desconocido el gobierno provisorio, al que sucedió uno colegiado de cinco miembros.

De los que integraban ese régimen colegiado, el más conocido en Cuba y en el exterior era Sergio Carbó, periodista brillante, que había combatido la dictadura de Machado en una memorable campaña de prensa y que, obligado a huir del país, volvió arma al hombro en una desafortunada expedición revolucionaria. Sin embargo, no iba a ser Carbó quien surgiera

de la llamada “pentarquía” con figura de caudillo nacional, sino Ramón Grau San Martín, médico y profesor universitario, extraña figura de político nato, que escondía bajo su suave y amanerada expresión un carácter tozudo, una excepcional dosis de astucia y de conocimiento del fenómeno social cubano, y un corazón lleno de repugnancia contra las fuerzas anticubanas que habían estado oprimiendo a su país.

Estimulada por la atmósfera revolucionaria, la vitalidad cubana —que al cabo de un tercio de siglo parecía adormecida— se galvanizó en una hora, se revolvió, iracunda, y el pueblo trató de ganar de la noche al día cuanto se le había negado. Del interior empezaron a llover noticias alarmantes; obreros y campesinos se adueñaban de los centrales azucareros, y el Ejército no sólo los dejaba hacer, sino que fraternizaba con ellos. Ante tales nuevas, cruceros norteamericanos comenzaron a moverse rápidamente hacia aguas cubanas. Un cinturón de cañones iba a rodear la isla. Washington no reconocía al gobierno revolucionario. Roosevelt iniciaba entonces su nueva política en la América española, pero ni él ni sus altos funcionarios podían ver con buenos ojos que Cuba, el mejor predio de los capitalistas norteamericanos, empezara a írseles de las manos. Pues lo mismo que muchos de los actores cubanos del drama nacional, Roosevelt pensó que lo que se daba en Cuba era una contienda política doméstica, cuando es lo cierto que se trataba de una acción de retaguardia en la lucha por la independencia. La reacción de Washington fue de sorpresa, primero, y de cólera, después. El viejo bastón del primer Roosevelt revoleaba sobre la isla. En esa situación, el régimen colegiado se deshizo; pero Grau San Martín dijo que no abandonaría el poder y quedó él solo a su frente.

Aunque era por aquellos días hombre de unos cincuenta años, Ramón Grau San Martín parecía más joven. Delgado, de pelo negro que peinaba a los lados, de fácil y atrayente

sonrisa, larga nariz encorvada y ojos brillantes, había sido profesor universitario y nunca había intervenido en la política al uso. Fue otra de las enseñanzas de la Historia. Pues ese médico, hijo de españoles y con ligero acento peninsular en el hablar, resultó rotundamente cubano; y no habiendo ejercido la política al uso, tenía el instinto de lo que era el poder. Ejerciendo ese instinto gobernó con la arbitrariedad de los revolucionarios pequeño-burgueses. Estaba rodeado por los jóvenes estudiantes que habían iniciado, mantenido y realizado el movimiento, y en el hervidero de ideales que era ese grupo nacían y salían a la calle los decretos que iban demoliendo, minuto a minuto, las murallas semicoloniales que limitaban el progreso de Cuba.

El Gobierno revolucionario desconoció la Enmienda Platt, autorizó la organización de los obreros y reconoció su derecho a la huelga, proclamó la igualdad ciudadana de la mujer con el hombre y prohibió la discriminación; consagró el derecho del cubano al trabajo exigiendo que cada nueva plaza se le diera a un natural de la isla —y para poner en vigencia tal decreto, embarcó hacia su país de origen a cientos de miles de antillanos cortadores de caña y a millares de españoles dependientes de comercio—; sometió los centrales a la ley cubana: les prohibió usar subpuertos privados para importar y exportar, declaró zonas urbanas las pequeñas poblaciones nacidas a la sombra de los ingenios; rebajó el precio de la energía eléctrica y los alquileres de casas; limitó las horas de trabajo y regularizó las de las mujeres y los niños; estableció jornales mínimos muy por encima de los habituales y respetó todas las libertades públicas. En cuatro meses escasos puso en manos del pueblo las fuentes de riquezas y de trabajo y redujo el poder de los grandes capitalistas extranjeros a los límites que debían tener en un país que dejaba de ser dependencia semicolonial. Con tales decretos quedó consagrada la revolución libertadora. Ya Cuba era de los cubanos,

aunque en detalle hubiera mucho que hacer todavía. El alcance de esa tarea iba a verse pocos años después en la transformación del pueblo, que de una colectividad cansada o escéptica o sin esperanzas se convirtió en activa, impetuosa y optimista.

En tres meses la semilla de la gran revolución libertadora floreció espléndidamente. Pero los enemigos extranjeros y criollos de Cuba no se dejarían vencer. En enero de 1934, sirviéndose de Fulgencio Batista como instrumento, esos enemigos derrocaron al gobierno revolucionario; bajo el mando de su flamante jefe, el Ejército pasó a ser un partido armado en el poder, al servicio de los intereses coloniales y explotadores. Fulgencio Batista y el grupo de militares y de civiles que le rodeaba no podían comprender la razón histórica de los acontecimientos en que ellos mismos eran actores. No sólo les faltaba cultura para apreciar los hechos; les faltaban, además, esos sentimientos limpios y refinados que hacen a los hombres amar a su patria y servirla por encima de todo.

Para tal grupo, lo importante era disfrutar el poder por las ventajas personales que reporta; y en aquellos días el capital que operaba en Cuba era, sobre todo, norteamericano, de manera que poniéndose a las órdenes de esos capitalistas era como más fácilmente podían acumularse riquezas. Eso explica que al cabo de once años de ejercer arbitrariamente la máxima autoridad del país, Fulgencio Batista y casi todos sus amigos —que eran pobres el 4 de septiembre de 1933— contaran entre los más respetables millonarios de Cuba, mientras que ninguno de los problemas fundamentales que tenía el pueblo por delante fue resuelto o siquiera abordado. Desde que cayó el gobierno revolucionario en enero de 1934 hasta casi once años después —cuando Fulgencio Batista y sus secuaces tuvieron que entregar el poder a Ramón Grau San Martín, electo por abrumadora mayoría—, en Cuba no sólo no se realizó ninguna obra seria, sino que se trató por

todos los medios de echar abajo la legislación revolucionaria o se rehuyó su cumplimiento. Todos los horrores de los métodos colonialistas, sin exceptuar el asesinato político en gran escala, se repitieron en esos años sombríos.

Pero el pueblo había visto su revolución triunfante: la guardó en su entraña, la calentó con su sangre y luchó para mantenerla victoriosa. Coléricamente enterraba sus muertos, coléricamente reclamaba sus derechos. Derrocando presidentes, halagando los peores instintos de la soldadesca, enriqueciendo a amigos e interviniendo en toda suerte de negocios, Fulgencio Batista trataba de sostenerse en el poder. Un día amanecía fascista, otro comunizante; se proclamaba hoy hombre del centro y mañana reaccionario empedernido. Su conducta política dependía de su interés personal. No hay en toda su historia una sola prueba de que alguna vez pensara en Cuba y pusiera los destinos del país por encima de los suyos. Pero la presión popular, conjugada con la situación internacional de pre-guerra, lo llevó, en 1939, a permitir que se convocara a elecciones para redactar una Constitución. Taimadamente aceptó esa Ley de Leyes; jamás, sin embargo, la admitió como buena.

Pues esa Constitución consagraba la independencia política, económica y social de Cuba; y él no concebía la independencia de su país. Era un alma colonialista, con los ojos puestos en Washington, de donde procedía el dinero. Para él, Cuba era tierra de paso, lugar donde podía hacer fortuna, tal como lo pensaron en sus años los funcionarios españoles o como lo entendían los administradores extranjeros de los grandes ingenios. Mas, he aquí que la política del Buen Vecino, fortalecida por la cercanía de la guerra, había ido dejando poco a poco a los capitalistas norteamericanos casi sin fuerzas políticas en Washington; y eso debilitaba la posición de Batista en Cuba. Al jefe militar cubano, punto

menos que abandonado por sus socios extranjeros, no le quedó más camino, pues, que aceptar la flamante Constitución, que se puso en vigor en 1940. Inmediatamente después, mediante un sonado fraude electoral, *ascendió* a Presidente de la República. Cuatro años más tarde el que se suponía ser sucesor suyo fue derrotado en elecciones y alcanzaba el poder el llamado Partido Auténtico, que llevó a las urnas la candidatura presidencial de Ramón Grau San Martín.

Este primer gobierno constitucional “auténtico” fue duramente combatido por sus adversarios, pero nadie podría negar que a su impulso se produjo una asombrosa transformación de Cuba. Cuatro aspectos de esa obra gubernamental son dignos de mención: el auge de las grandes masas hacia el bienestar, mediante una política social enérgica combinada con medidas económicas que favorecían a todas las clases; un plan de obras públicas gigantesco, que cubrió todo el país, y que se mantuvo en ritmo creciente; la posición internacional, digna y fuerte, sostenida con tanto brillo como si Cuba hubiera sido una gran potencia, y las irrestrictas libertades públicas, que se mantuvieron sin una mancha. Pero esa obra de gobierno tuvo una falla lamentable: la ausencia de honestidad administrativa. Hubo ministros que salieron del cargo cargados de millones, e infinidad de funcionarios de pequeña categoría se enriquecieron en sus puestos.

Este hecho no sólo perjudicó el crédito del “autenticismo”, sino que además provocó una descomposición social que fue *in crescendo*, con alarmante efervescencia, hasta hacer crisis a principios de 1952. Pues a la vez que un sector de la ciudadanía se revolvía airado contra esa falta de honestidad y la combatía en el terreno político, otro sector —el núcleo de gentes de baja calidad— se sentía llamado a ser él quien se beneficiara en los cargos públicos. En unos —la gran masa, enamorada siempre de los sueños que sembraron en ella sus héroes—,

la deshonestidad administrativa del “autenticismo” creaba patrióticos sentimientos de repulsa; en otros —el pequeño grupo de piratas disfrazados de líderes opositores—, la conducta del partido en el poder estimulaba sus innobles apetencias. Así fue como dos móviles opuestos reunieron en un solo frente a todos los adversarios del partido gobernante.

Sin embargo, era tal la obra “auténtica” que el candidato presidencial de ese partido ganó las elecciones de 1948 en todas las provincias, hecho que se daba por primera vez en Cuba. Ese candidato fue Carlos Prío Socarrás, que llegó al Palacio Presidencial de cuarenticinco años, precedido por un pasado de luchas y experiencia de legislador y de gobernante. Alto, de cabeza encanecida, perfil judaico y sonrisa fácil, con conocimiento de los problemas del Estado y habilidad política, pero sin temperamento de gobernante, mantuvo las conquistas sociales de su predecesor, amplió su plan de obras públicas, sostuvo el prestigio internacional de Cuba y las libertades democráticas y creó instituciones fundamentales, llamadas a afirmar el desarrollo económico del país y a garantizar la honestidad administrativa. En su propio régimen se inició la marcha hacia ese objetivo. Aunque algunos se enriquecieron, es lo cierto que el mayor número de los ministros y de los hombres que le rodearon volvieron a sus hogares, o pobres o sin haber aumentado sus fortunas. Sin embargo, de la campaña moralizadora se hizo un instrumento político, y la pasión llevó al pueblo a pensar que todo aquel que entraba al Palacio Presidencial a charlar, siquiera, con el Presidente, salía de allí enriquecido. Prío Socarrás, sin temperamento de gobernante, carecía del sentido de autoridad que tenía Grau San Martín, y la propaganda opositora le afectaba profundamente.

Esa desgana del presidente Prío se reflejaba en el partido auténtico y en la coalición de partidos que le acompañaban en el poder. El Gobierno y sus adeptos se dejaban ganar

por la campaña de los adversarios. Como es lógico, tal estado de cosas agravaba la efervescencia social y política. Dirigida por un líder de asombrosa combatividad, una gran fracción del “autenticismo” había puesto tienda aparte y crecía a ojos vista. A mediados de 1951 nadie ponía en duda que las elecciones próximas serían ganadas por el nuevo partido y su líder, Eduardo R. Chibás, a quien el pueblo llamaba simplemente Eddy. Pero Chibás se dio un tiro, al terminar una de sus habituales radiaciones dominicales, y murió el 16 de agosto de ese año. Su entierro fue la más grandiosa manifestación de duelo que se vio jamás en Cuba.

Los partidarios de Chibás han cometido el error de achacar la causa de su muerte al cerco dialéctico, fríamente ejecutado, en que lo encerró Aureliano Sánchez Arango, por esos días Ministro de Educación en el gabinete de Prío Socarrás. En realidad, el suicidio de líder “ortodoxo” fue causado por esa incontenible y creciente descomposición que iba adueñándose del país. El propio Chibás, como todo el mundo en Cuba, resultó objeto de la marea producida por la efervescencia general. Habiéndose desatado en el ánimo del cubano una especie de cólera, o de ardiente impaciencia, si se quiere, encaminada a transformar la moral pública, llegó el momento en que de la acusación de deshonestidad se hizo un arma habitual. Y eso tenía que resultar peligroso.

Nadie usaba de esa arma más que Chibás, paradigma del desinterés en asuntos de dinero, que había nacido rico, había actuado en política usando sus bienes privados, había hecho su carrera sin usar al “sargento político” (el buscador profesional de votos) y predicaba la honestidad con verbo quemante. Uno tras otro, los líderes auténticos fueron cayendo bajo la palabra demoledora de Chibás. Pero tuvo una polémica con Sánchez Arango, y Sánchez Arango no sólo era tan desinteresado en asuntos de dinero como su antagonista, sino

que además era un estratega político de implacable frialdad. En el ardor de la lucha, Chibás cometió el error de llamar a Sánchez Arango deshonesto. El acusado pidió pruebas. Chibás no podía ofrecerlas, y él lo sabía.

A partir de ese momento, el ánimo del combativo líder “ortodoxo” comenzó a ser trabajado por fuerzas morales tan poderosas como era el vigor de sus sentimientos. Tenía conciencia de que había lanzado una acusación falsa; además, tenía conciencia de que ese error iba a costarle popularidad. Y resultaba que para Chibás sólo una cosa tenía valor: la popularidad. El único estímulo de su vida consistía en la adoración del pueblo. Le era indiferente tener o no tener dinero; le era indiferente tener o no tener poder y posición. Como todos los verdaderos dirigentes políticos, era un solitario en medio de la multitud. Le sobrevino la fatiga mental, y de pronto, la sensación de que perdía la fe del pueblo. Su alma fue súbitamente trabajada por una falsa conciencia de fracaso, por la idea de que su vida había sido y era inútil. Durante algunos días luchó contra la fuerza que lo dirigía a la autoinmolación. Pero al fin esa fuerza se impuso, y el gran agitador, vencido por sí mismo, expresión cabal del mar de fondo que agitaba a su pueblo, se lanzó al suicidio.

Los partidarios de Chibás no pudieron comprender, o no estaban en capacidad de comprender, que la muerte de su líder era un reflejo de lo que estaba sucediendo en Cuba. La memoria del combativo caudillo se convirtió en un estandar-te electoral; e iban seguros al poder, pues Chibás muerto resultaba más aguerrido que vivo. El pueblo de Cuba adora por encima de todo a sus grandes muertos. Pero no comprendían que Cuba entera se hallaba posesa de esa efervescente descomposición, procedían con una impaciencia febril, y trataban de destruir el último reducto de prestigio gubernamental. Tenían el poder al alcance de la mano y actuaban con la impaciencia de una fuerza minoritaria.

Esa fue una de las razones de que Cuba cayera el 10 de marzo de 1952 en un innoble pantano político y moral. Otra de las razones fue la falta de autoridad del presidente Prío. La última fue la ausencia de escrúpulos en Fulgencio Batista, que encabezó el alzamiento de los cuarteles habaneros, en una acción sólo comparable al escalamiento nocturno, con propósito de asesinato y robo, en la morada de la propia madre.

La efervescencia social que llevó a los “ortodoxos” a una especie de exaltación religiosa operó en el alma de Carlos Prío Socarrás produciendo efectos distintos; lo convirtió en hombre sin voluntad de poder. Pues él sólo acertaba a ver y oír las críticas que se le hacían, y es la verdad que cuanto hiciera, bueno o malo, era coléricamente criticado. Perdió totalmente el amor al poder, y a la sombra de ese desgano comenzaron a florecer conspiraciones en todas partes. En Fulgencio Batista y sus cómplices, el efecto no fue ni la santa cólera de los “ortodoxos” ni la muerte de la fe en sí mismo, que padeció Carlos Prío Socarrás; Batista y los suyos reaccionaron como lo hacen siempre, en toda situación anormal, los hombres de su categoría, lanzándose al asalto de posiciones que les den privilegios personales.

Al iniciarse el año 1952 el panorama político de Cuba presentaba un aspecto a la vez amenazador y optimista. Era amenazador porque sin duda las pasiones se habían adueñado del ámbito nacional; era optimista porque cualquiera de los dos candidatos llamados a alcanzar la Presidencia —el de los “auténticos” y el de los “ortodoxos”— era hombre honrado. Esto último lanzó a Batista y a unos pocos oficiales a la lamentable hazaña del 10 de marzo. Al cabo de más de siete años de gobierno, el autenticismo había satisfecho las necesidades más sentidas del pueblo; en las elecciones de 1952 triunfara quien triunfara, Cuba entraría en una etapa

de honestidad pública. ¿Qué espacio podía quedar para Batista y su gente? La marea del progreso económico, de las libertades populares y de la moral administrativa acabaría ahogándolos. Se sintieron perdidos. Por eso produjeron el golpe de Estado.

Gobierno, oposición y asaltantes del poder se equivocaban, como lo demostró inmediatamente el pueblo. El jefe del Gobierno Constitucional se creía desasistido de las masas; y he aquí que a seguidas de haber sido depuesto, el pueblo aplaudía atronadoramente los cortos cinematográficos en que aparecía Prío Socarrás. La oposición "ortodoxa" creyó que su fuerza estaba en seguir predicando odio santo contra los "auténticos", y la opinión pública comenzó a reclamar la unidad de todas las fuerzas democráticas del país para enfrentarse a la usurpación militar; y como la "ortodoxia" no oyó esa voz, acabó fraccionándose en varias partes. Los asaltantes del 10 de marzo creyeron que el pueblo deseaba un cambio, cualquier cambio, y que iban a contar con su respaldo; han tenido que gobernar derramando la mejor sangre cubana, dando muerte a centenares de hombres, torturando, aterrorizando, porque sólo el uso de la violencia puede mantenerlos en el gobierno, ya que el pueblo entero los repudia.

Especialmente, repudia a Fulgencio Batista. Y con razón. Pues tal hombre encarna lo peor de Cuba, en la misma medida en que Martí encarnó lo mejor. Así como Martí usaba como instrumentos de lucha política el amor, la verdad y el talento, Batista usa el odio, la calumnia y la astucia. Aquél suscitaba y movía en los cubanos la pasión de la gloria, el respeto a la dignidad humana, el fanatismo de la libertad. Este sólo promueve el apetito de dineros o de placeres, el desprecio y el maltrato a la ciudadanía, el servilismo de la peor ley. Para Martí, Cuba no podía ser un campamento gobernado a toques de corneta. Para Batista, en Cuba sólo tienen derecho

los soldados; creó para ellos una bandera, como si se tratara de un ejército de ocupación, y les hace saber día y noche que ellos son los dueños del país. Martí vivió y murió por dar a los cubanos patria, libertad, grandeza. Batista vive para denigrar, esclavizar y envilecer a Cuba.

A menudo se ha dicho, en varios países de América, que Fulgencio Batista había nacido fuera de Cuba. Es posible que esto sea verdad. Pues ni su aspecto, ni su voz, ni su acento, ni su conducta parecen de cubano. Hombre de coquetería casi femenina, está siempre en pose, cosa que no es normal en Cuba; su voz baja no es la habitual en la isla; su acento resulta cortante, y el del cubano es dulce y suave. Pero donde menos parece cubano es en su conducta. El peor de los cubanos se respeta a sí mismo y respeta esos valores morales que hacen posible la convivencia entre gente civilizada, como son el odio al crimen, el odio a la traición, el odio a la calumnia. Fulgencio Batista tiene como medios constantes de su acción política el crimen, la traición, la calumnia. El cubano es brutalmente sincero. Fulgencio Batista es un simulador a toda hora. Su falta de respeto por sí mismo es tanta, que después de haberse pasado más de diez años afirmando que la Constitución de 1940 era obra suya, la más brillante joya de su carrera, la desconoció y mancilló tranquilamente para alcanzar el poder por la vía del asalto. Hasta pocos días antes del golpe de marzo, pronunciaba discursos proclamándose como el más resuelto y celoso guardián de esa Constitución.

Como en el cuento del campesino de Missouri, que veía en el parque zoológico una jirafa y aseguraba con voz monótona que ese animal no existía, uno ve a Cuba gobernada por Fulgencio Batista y se niega a creerlo. Sin embargo, es cierto.

Pero, ¿por cuánto tiempo?

IV LAS ALTAS VOCES DEL PUEBLO

La evolución política del pueblo cubano, reseñada en los tres capítulos anteriores, se le hace evidente al extraño que visita la isla, aun a despecho de la selva de opiniones contradictorias que encuentra a su paso.

Se le hace evidente porque el cubano es un animal político. Pero sin duda un pueblo no podría alcanzar el desarrollo político con que uno se da en Cuba si él no hubiera sido impulsado por la expansión de la economía y por la fuerza de la cultura. La historia de la economía cubana requiere un voluminoso tratado, cosa de la cual pretende apartarse en varias leguas este libro, y la historia de la cultura demanda un trabajo que el autor no está en capacidad de realizar.

Desde luego, economía y cultura están entrañablemente enlazadas, pues no hay duda de que tan pronto el ser humano dispone de medios, usa una parte en la adquisición de conocimientos, bien para sí mismo, bien para sus hijos. Y aunque la cultura no está, como por herencia de conceptos coloniales se ha creído en los pueblos latinoamericanos, circunscrita a las letras y a las artes, por la difusión de letras y artes comienzan los pueblos a poner interés en las ciencias. Las ciencias aplicadas ayudan a aumentar el bienestar, y el bienestar pone al hombre en mejor disposición para recibir la obra de los literatos, los poetas, los pintores y los músicos.

En Cuba no hubo cultura expansiva, porque no entraba en la política colonial española llevar el alfabeto al último poblador de sus posesiones. Pero hubo cultura para los círculos exclusivos. Esos círculos estuvieron formados por los mismos que tenían mayor poderío económico, a menos que irrumpieran entre ellos hombres y mujeres que, salidos de las capas más oprimidas del pueblo, se impusieron por sus talentos. El caso no era difícil, dado que la cultura predispone el ánimo contra las barreras raciales, sociales o políticas. Así, en Cuba se vio a los grandes patriarcas de las letras acoger en sus círculos a negros esclavos o libertos que escribían poemas o novelas; y desde que los cubanos comenzaron a elaborar serias tareas culturales se aplicaron a servir un ideal de justicia social, a menudo expresado en el afán de crear una república libre para todos sus habitantes.

El siglo XIX vio una poderosa manifestación de la cultura cubana. Era la de una minoría, pero estaba dirigida al bien de la mayoría; y el resultado más apreciable de la obra que realizó estuvo en las guerras de independencia. Poetas, filósofos, escritores y educadores formaron, en el mejor sentido de la palabra y en el más amplio, a los directores del gran movimiento libertador. Ya al final del siglo, un hombre que era a la vez poeta, filósofo, escritor y educador, encabezó la guerra de 1895; fue José Martí, a quien le tocó personalizar todas las gamas de la cultura cubana resumidas en un político de gran talla.

Es el caso, sin embargo, que los exponentes de la cultura cubana no podían iniciar el capítulo de obras nacionales expresando lo cubano, puesto que el alma nacional estaba entonces en formación. Su papel tenía que ser el de intérpretes de ansias y necesidades criollas, y nada más. Escritores y poetas populares usaban, para la época, cierto acento generalizado en el pueblo; mas no llegaron a crear monumentos

de la literatura o de la pintura, simplemente porque no podían levantarlos con los materiales que el pueblo aportaba. La única rama de las artes que se distinguía, desde sus inicios, de los patrones españoles, era la música popular, influida por el ímpetu africano. Pero tal música estaba relegada a los barracones de los esclavos, y no se la dejaba entrar en los salones.

Abstracción hecha de la Universidad y de las pocas escuelas oficiales, el movimiento nacional por la conquista de la cultura comenzó a fines del siglo XVIII, cuando se organizó la Sociedad Económica de Amigos del País, que tomó a su cargo la difusión de la enseñanza, la creación de escuelas, el establecimiento de concursos literarios, científicos y de índole parecida; al mismo tiempo, se fundó el “Papel Periódico de La Habana”. Esas muestras de voluntad al servicio del conocimiento general eran resultado del poderío económico que desde la invasión de los ingleses iba cobrando el país.

Entre los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX nacieron los filósofos, escritores y poetas que iban a iniciar la gran época de la cultura cubana; nacieron también entonces los fundadores de la medicina y de la economía nacional, hombres de singular carácter y dedicación al bien del país. De ellos vamos a referirnos a cinco: el presbítero Félix de Varela —1788-1853—, escritor y profesor de Derecho Político, autor de un tratado de *Elencos de Filosofía* y otro de *Lecciones de Filosofía*, cuya vida estuvo consagrada a combatir el régimen colonial, a propagar la sociología, la moral y la educación; el maestro José de la Luz Caballero —1800-1862—, alma atormentada por sentimientos de altura, educador singular, por entero entregado a difundir los valores éticos entre sus compañeros y sus alumnos; el notable escritor José Antonio Saco —1797-1879—, de cultura enciclopédica, sociólogo, polemista terrible, combatiente aguerrido contra la colonia, el más destacado defensor del padre Las Casas, en cuya obra

están expuestos todas las posibilidades de progreso del país; José María Heredia —1803-1839—, cuya corta vida fue cauce de una expresión poética tan singular, tan fuerte y tan sugestiva, que en poco tiempo sus poemas fueron leídos en diversas lenguas; y Cirilo Villaverde —1812-1898—, el novelista de la Cuba colonial, cuya novela *Cecilia Valdés* pinta de manera inolvidable la vida criolla en pleno siglo XIX.

El padre Félix Varela encabezaría la lista de los grandes paladines de la cultura cubana llamados a morir en el destierro, a ser encarcelados o a sufrir la persecución de las autoridades españolas. De activa vida política, dedicó todas sus energías al país, como lo hizo José Antonio Saco, como lo hizo José de la Luz y Caballero, como lo hicieron José María Heredia y Cirilo Villaverde. El poeta Heredia tuvo una historia patética, en la que se mezclan los días de triunfos en México y los de miseria y tuberculosis en buhardillas de la imperial ciudad. Villaverde colaboró, con el poeta Teurbe Tolón, en crear la bandera de la estrella solitaria, que ideó Narciso López.

Félix Varela fue un escritor severo, como cuadraba a su sacerdocio, menos escritor que ideólogo y luchador social, si se quiere. Su importancia como pilar de la cultura cubana no está en las páginas que llenó, sino en las ideas que propagó con admirable tesón, en las enseñanzas que difundió y en la abnegación con que se entregó a ellas. En punto a apostolado por la educación política le igualó José de la Luz y Caballero, quien se dio en cuerpo y alma a la educación moral y científica hasta hacer de su profesión de maestro un símbolo, todavía vivo en Cuba. Mente cultivada, hombre estudioso, escritor de estilo muy puro, a través del cual se expresaba con extraordinario vigor, sus aforismos sobre ética del maestro son admirables y ejemplares.

Resulta curioso observar al cabo de los años que cuanto iba a decir más personal de los escritores cubanos del siglo

XIX —esto es, José Martí— estaría implícito, a veces con sorprendente identidad, en el pensamiento, en los aforismos de José de la Luz y Caballero; si bien en José Martí las ideas se expresaban con tal gallardía y tan embriagador encanto personal, que todo cuanto dijo parecía nuevo. De ahí que yo me atreviera cierta vez a afirmar de él lo que se dijo de Juan Jacobo Rousseau, que lo que aportó a la Revolución Francesa no fueron ideas nuevas, sino un nuevo estilo. Eso, el estilo, fue lo característico en José Martí; y con él arrastró al pueblo a la lucha y demolió un imperio de cuatro siglos.

Como escritor, el más completo y notable del grupo fue, sin duda, José Antonio Saco, de estilo vigoroso, de conocimientos amplios, formidable en la polémica, cáustico a veces, hecho a manejar gran cantidad de datos e informaciones, que sabía exponer con natural don de escritor. Su obra es vasta y seria; y el valor de cuanto dijo no está sólo en la honestidad científica, en el estilo limpio y bravío, en la riqueza de los conocimientos con que acometió la tarea de exponer los problemas de Cuba ante cubanos, españoles y extranjeros; está también en la certeza con que vio los fundamentos de esos problemas en la compleja formación política, económica y racial del país.

José María Heredia fue un caso de vigor poético nato. Escribió desde niño. Sus padres habían nacido en la cercana isla de Santo Domingo, y él mismo estuvo a punto de nacer allí. Tradicionalmente los Heredia se habían distinguido como gente culta. El poeta tuvo un aliento singular, una fuerza interior que se desarrolló sobre sólidos conocimientos de literatura clásica, transmitidos por el padre. Así se explica que en él resucitara la lengua de los grandes poetas de la antigüedad, si bien teñida por los resplandores iniciales del romanticismo y situada en América, cuyos imponentes paisajes, cuya dramática historia y cuyo porvenir cantó en odas inmortales.

Desde los más remotos tiempos, el verso fue siempre la mejor embajada de los pueblos; y Heredia no tardó en ser conocido fuera de Cuba, en sorprender a lectores extranjeros. A partir de sus primeros poemas se saludó en él a uno de los más altos clásicos de la lengua española en América.

Cirilo Villaverde no fue un gran escritor, sino un gran novelista, extraordinario expositor de la sociedad colonial y del régimen esclavista con que se gobernaba a Cuba. El ambiente social de la burguesía comercial y azucarera de la época, el de los barrios pobres, el de los hampones, el de los negros esclavos y libertos y los mulatos despreciados; la vida en los campos de caña y en los ingenios, los criterios de los grupos más diversos; todo eso resalta en su novela *Cecilia Valdés*, cuya intriga está concebida y desarrollada con singular maestría. Entre las escasas novelas escritas durante el siglo XIX en América, que han logrado perdurar, está *Cecilia Valdés*. Es tan excelente como pintura de la sociedad colonial con sus diversos y contrapuestos matices, y tan buena como construcción de argumento, que las frecuentes caídas de estilo en el lenguaje y las menos frecuentes imitaciones de fuentes europeas en la descripción del paisaje no le quitan una astilla en su prestigio de obra excepcional.

Cada uno dentro de su época, y cada uno, según las circunstancias de su temperamento, Varela, Saco, Heredia, Luz y Caballero y Villaverde tienen, además de sus sobresalientes cualidades en sus respectivas obras, el rasgo común de haber puesto sus vidas y sus inteligencias al servicio del pueblo. Con contadísimas excepciones, tal hecho seguirá produciéndose en la historia del país; los artistas, los poetas, los escritores cubanos serán fieles a esa tradición.

El desarrollo de la cultura en los inicios del siglo XIX se da en todos los géneros; sin embargo, ni el teatro —al que los cubanos, y sobre todo los habaneros, son ardientes aficionados

desde la centuria anterior—, ni la pintura, ni la escultura producen figuras apreciables. La música, género que, como se dijo ya empieza desde los primeros tiempos de la colonia a distinguirse de los moldes europeos, aunque, desde luego, cuando ella es de acento popular tarda en manifestarse con la altura con que lo hizo la poesía en el caso de Heredia, la filosofía y la educación en los casos de Varela y Luz y Caballero, las letras en los de Saco y Villaverde. Es preciso reconocer, eso sí, que cuando lo hizo manifestó más cubanidad en la expresión, y, por tanto, en la intención, lo cual se explica por la raíz popular con que se distinguió desde el principio, o, para decirlo en términos más apropiados, por la insurgencia de ritmos y tiempos de origen africano que el pueblo injertó en la música traída por los conquistadores.

La llamada “música típica cubana” del siglo XIX no representó, sin embargo, lo cubano en total; y por las mismas causas alegadas en el caso de las bellas letras, sería absurdo pedir que así hubiera ocurrido. Cuba estaba entonces en lucha. Los valores populares iban acercándose poco a poco a la superficie, pero tardarían mucho en irrumpir sobre ella y dominar el panorama criollo. Por razones de su origen, la buena música —que en todo caso fue, en aliento, inferior a la buena poesía— debía madurar como voz criolla, antes que el poema. Pero por lo mismo que ella estaba gestándose desde mucho antes, tendría que ser, como fue, expresión parcial de la cubanidad.

Así, las danzas cubanas, algunas de las cuales han quedado como páginas clásicas en el acervo criollo, eran la descripción melódica de una Cuba colonial, tierra de dulces paisajes, de vida lenta, de amorosas siestas a la sombra de las palmeras o de plácidas noches de luna a la orilla de arroyos cristalinos. Fue la música de la burguesía terrateniente; la de las magníficas viviendas en los ingenios, frescas y cómodas, amplias de portales,

iluminadas por un sol de encargo; fue la que convenía con la criolla tierna, de grandes ojos negros y pálida tez, que hablaba un español de azúcar y sonreía con gracia sin igual. Hoy, al cabo del tiempo, se reconoce, sin embargo, que esa música fue cubana y contribuyó a difundir por el mundo el prestigio de la isla y a concretar en el país el sentimiento de la nacionalidad.

Resulta curioso observar que antes de que se destacaran los autores que afirmaron la cubanidad en las danzas, habaneras o criollas de la época; antes, por lo menos, de que sus nombres se conocieran ampliamente, los cubanos se conocieron como ejecutantes gracias, sobre todo, a dos violinistas de color; negro uno, mulato el otro. El negro fue Brindis de Salas, cuyo padre, de igual nombre, había sido músico muy conocido en La Habana; el mulato, Joseíto White, hijo de un acaudalado francés de Matanzas. Además de gran violinista, White fue compositor; y su muy fina danza “La Bella Cubana” es una pequeña obra maestra del género.

Brindis de Salas y White fueron contemporáneos; y aunque el último nació antes —en 1837, mientras que el primero nació en 1852—, murió algunos años después: Brindis de Salas en 1911, en Buenos Aires, y Joseíto White en 1918, en París. Grandemente apreciados ambos como ejecutantes, Salas tuvo más color y a la vez una vida mucho más interesante, si bien menos fecunda que la de White. Se le llamó el “Paganini cubano”, y arrebató a los públicos; se dice que llegó a ser músico de cámara de la corte alemana; fue hecho barón, se le condecoró con la Legión de Honor, y desde San Petersburgo hasta París paseó por todas las capitales europeas entre aclamaciones. Vida de grandes contrastes, murió de frío y de hambre en una solitaria calle de Buenos Aires, donde años antes su público, lleno de admiración, le había regalado un Stradivarius.

Poco antes de que muriera el poeta José María Heredia nació en La Habana el primer compositor cubano cuya obra sería conocida en los círculos de la alta música, con su centro entonces en París. Fue Nicolás Ruiz Espadero, llamado más bien Espadero a secas. Todas las referencias coinciden en considerarlo un excelente pianista. Sus piezas se editaban en París, aunque él jamás salió de La Habana. Al morir Gottschalk, los editores franceses de las obras póstumas del músico americano encargaron a Espadero que las prologara; lo cual indica que, además de la larga amistad que le unió al autor de "Ossian", en la capital musical del mundo se le respetaba como a un maestro. Sin embargo, Espadero no fue un compositor cubano en el estricto sentido de la palabra. No le interesó su país desde ningún punto de vista. Prófugo de la realidad criolla, ni siquiera la percibió musicalmente, aunque es posible que en su obra se halle alguno que otro acento melódico que vagamente evoque a Cuba.

Cubano fue, en cambio, Ignacio Cervantes, discípulo de Espadero, pianista y autor distinguido, sin duda alguna la más alta figura musical del país en el siglo XIX. De rígida cultura académica, muy joven todavía —había nacido al mediar la centuria, en 1847—, se hizo respetar en París como ejecutante y como compositor. De su obra, que fue bastante numerosa, perduran sus "Danzas" para piano y su "Scherzo Capriccioso", acaso la más notable producción cubana de todo el siglo y una de las más finas de la música americana de la época.

Ignacio Cervantes fue un músico notable por varias razones. Conocía la técnica de su arte, estaba situado dentro de su tiempo, y su buen gusto y su talento de creador lo dirigieron hacia valores musicales límpidos y originales dentro de la expresión de lo suyo, que era lo cubano. En ese sentido fue fiel al pueblo, y resultó serlo también como hombre, puesto que

en el corazón de la capital colonial, necesitado de producir dinero para su familia destinaba la recaudación de sus conciertos, en los años últimos de la guerra de 1868, al fondo de la revolución, conducta que le valió el destierro. En el destierro siguió dando conciertos a beneficio de los que en los campos de Oriente y de Camagüey luchaban por crear la República.

Esa música cubana del siglo XIX, que expresaba la parte de la sociedad criolla formada por la burguesía, tuvo un expositor de grandes dotes al finalizar la centuria. Se trató de Eduardo Sánchez de Fuentes, temperamento melódico excepcional, discípulo de Ignacio Cervantes, aunque no heredó de su maestro la severa conciencia artística que distinguió al autor de "Scherzo Capriccioso". En 1890, cuando apenas acababa de cumplir los dieciséis años, Sánchez de Fuentes escribió la primera "habanera" cubana de alta categoría que le dio la vuelta al mundo. Se trató de la habanera "Tú", finísima melodía, canto de cisne de un grupo social que desde que terminó la guerra de los diez años en 1878, venía siendo desplazado por la pequeña clase media del país y, a la vez, por los nacientes capitales imperialistas. Sánchez de Fuentes mismo procedía de aquella clase. Ni en la habanera "Tú" ni en la criolla "La Linda Cubana" —de tanto éxito como "Tú"— ni en lo restante de su obra, abandona el autor su dedicación a aquella Cuba de ensueño, tierra generosa para los que vivían del trabajo esclavo, país delicioso para quien nacía con todos los bienes del mundo a sus pies. No se advierte en la música de Sánchez de Fuentes ni el más ligero atisbo de la expresión tonal o rítmica con que el pueblo iba acercándose a la superficie social. Cinco años después de haber sido escrita "Tu", la guerra libertadora contra el poder metropolitano iba a iniciar su última etapa. Su música no presagia esa tormenta.

Sin embargo la habanera "Tú" y la criolla "La Linda Cubana" perduran y perdurarán a pesar de su categoría de piezas

más bien ligeras, en la memoria musical de Cuba, como expresiones de una época ya superada. Son y serán populares en el sentido en que el pueblo las canta y las cantará siempre. Al andar de los años las dos, con su delicioso aire de romanza y su contagiosa sonoridad en el piano, con su atractivo ritmo de tropical languidez, se han convertido en algo así como piezas clásicas en la música menor cubana.

Mientras poetas, escritores, educadores y músicos producían, unos y otros, expresando las ambiciones, las esperanzas, las derrotas y las victorias de la clase dominante, el pueblo iba labrando su cauce artístico. Innúmeros dioses pequeños pululaban entre las grandes figuras de la cultura, llenando huecos, cada uno arrimando al edificio de la nacionalidad la piedra que le tocaba. Maestros, abogados, médicos, periodistas, compositores y toda suerte de gente desconocida, pero preocupada y laboriosa, trabajaban en camino hacia el porvenir. Al quedar herida de muerte la clase dirigente tras el esfuerzo de la guerra de los diez años, los sobrevivientes de mayor cultura, de más conocida capacidad o de más renombre, se dispersaron por América y por Europa. Cuba entró en un tránsito que había de conducirla hasta la etapa final de su lucha contra España. En los años del tránsito, la personificación de su cultura fue José Martí. Él resultó ser el fruto más sazonado y el de más esencia nacional entre todos los que produjo un siglo de actividad cultural.

El político José Martí engrandece la figura del escritor José Martí; la aumenta, engrosa su caudal y la ilumina con el resplandor del martirio. Pero, aún si no se hubiese transformado en el alma de la revolución cubana, por su sola obra de poeta, de crítico, de cronista, de maestro y de escritor —de hombre de letras y cultura, en fin—, Martí tendría un lugar prominente en el panteón de los grandes de América.

Lo primero que sorprende y atrae en su obra escrita es el estilo. Escribía con la vehemencia con que estallan los astros o revientan las fuentes de agua, por vez primera, en la soledad de los bosques. Pero esa vehemencia estaba estrictamente embriada, sometida al propósito de decir algo concreto. Era, pues, un extraordinario artista de la expresión; y, sin embargo, no era un virtuoso, puesto que su prosa tenía un dinamismo vital impresionante. Dónde había él adquirido esa manera de escribir es algo que no está claro todavía. Algunos críticos remontan sus raíces a Gracián, a Teresa de Jesús y a Quevedo, a quienes sin duda leyó. Pero es el caso que ya antes de cumplir los diez años escribió, desde el campo donde pasaba unos días de vacaciones, una carta a su madre, y en esa carta se advierte con toda claridad el estilo en que mucho tiempo después escribiría sus inmortales páginas. Todo el Martí adulto, como escritor, está en germen en las escasas líneas de esa carta. Además, es interesante observar que ya a los dieciséis años, cuando estuvo preso, había escrito una pieza de teatro en verso; que cierta esquila escrita desde la cárcel, también a su madre, conserva el espíritu de la anterior y anuncia el lenguaje y la intención de su obra futura; y que si en el resto de su vida sus condiciones para el manejo de la expresión madurarán, no habrá cambio fundamental en su estilo.

A la vez que es profundamente expresiva y lujosa, su manera de escribir es precisa, personal y eminentemente castiza; castiza aun cuando reproduce el lenguaje de los hombres de la tierra americana, cuando usa nuevos nombres de plantas, animales, lugares. El antiguo y casi olvidado valor de muchos giros castellanos se mezcla en él con el nuevo de los pueblos de América. Y todo ello ocurre con una sorprendente naturalidad y al compás de una música interior de admirable hechizo.

En el estilo de Martí está el secreto de sus hazañas como escritor, orador y político. Pues aunque no aporta ninguna idea

nueva a los conceptos filosóficos o políticos de la época, envuelve su mensaje, o lo deja que se produzca envuelto en su maravilloso don de expresión, con un relumbramiento que ciega y atrae a la vez. Toda la fuerza y toda la suntuosa belleza del continente americano, con su embriagador aliento, están en Martí. Cada frase suya es una obra perfecta, nueva y deslumbrante.

Escribió mucho, sin cesar, hasta la hora de su muerte en los campos de Cuba; escribió sobre todas las materias. Fue infatigable. Era un observador sagaz, de admirable penetración y naturalmente hecho a relacionar las partes de cualquier asunto con el todo universal y especialmente americano. No hubo actividad sobre la tierra que no le mereciera un juicio. Además, escribía siempre como un maestro de pueblos, que descubría y exponía con generosa bondad cuánto útil, bueno y bello hubiera en la obra de los hombres. Pasaba sobre lo inútil, lo malo y lo feo con una grandeza apostólica.

Todavía no se conocen a fondo las fuentes de los conocimientos que adquirió Martí. Estudió lo que cualquier otro joven cubano de su época; y no hay duda de que estudió menos que muchos otros a quienes la fortuna favoreció desde la cuna. Su destierro en España, siendo todavía un mozuelo, debe haberle ayudado a formar su estilo, pues era la época de actividad cultural estimulada por la primera República española; la de los Salmerón y Castelar. Pero en Martí parece haberse dado el caso de una concreción, diríase que casi biológica e histórica, de la sensibilidad, la atmósfera y la capacidad de su pueblo en el momento en que ese pueblo hizo su mayor esfuerzo por manifestar su voluntad y su genio nacional.

Antes de encabezar la revolución libertadora de su país en la etapa final de la guerra contra España, Martí inició la revolución modernista en la poesía española. Él es el iniciador de ese movimiento que iba a tener su máxima expresión en Rubén Darío. La audacia y la naturalidad con que Martí injerta en la

poesía de la lengua nuevos valores, sorprende hoy. Al mismo tiempo, es el primer poeta cubano que incorpora en su poemática el alma criolla, lo cual hace sin usar términos del pueblo; su cubanidad está en el ritmo y en cierta simplicidad campesina que dan a sus “Versos Sencillos” el tono de lo cubano en esa época. Tal es su vuelo, que de pronto en medio de esos mismos “Versos Sencillos” hallamos imágenes tan vivas, ágiles y brillantes como las que cuarenta años después nos daría en sus romances gitanos Federico García Lorca. En sus versos libres, cual con frecuencia ocurre también en su prosa, hay a menudo grandeza de lenguaje bíblico.

En la crítica fue de una agudeza sorprendente, si se exceptúa cuando hacía la crítica de autores latinoamericanos, pues en ese caso su generosidad es tan caudalosa que todo lo encomia. Fue él quien, por vez primera entre los autores del idioma español, dijo que Walt Whitman era un poeta excepcional. Lo captó, lo comprendió; se maravilló ante el poeta de las “Briznas”, y no se cansó de propagar entre sus lectores de la América española la grandeza del vate de la nueva democracia. Otro de sus favoritos, a quien encomió cuando apenas se le conocía en español, fue Emerson.

Como cronista, nadie le iguala en nuestra lengua. Lo tocó todo, desde el juicio de un criminal en Estados Unidos hasta la obra de arte en Italia, desde la discusión de una ley en el Parlamento francés hasta el funcionamiento de una fábrica, desde la discusión pública de un problema en España hasta las medidas de gobierno en México. Durante muchos años escribió para periódicos de Sudamérica, y su correspondencia con esos periódicos llena varios volúmenes.

Fue expositor de historia, el más brillante juzgador de los sucesos y de las figuras históricas de las tierras americanas. De Lincoln a Bolívar, de los indios bolivianos a las batallas de Grant, todo lo repasó, sin que a su agudo ojo de político

escapara un matiz. Y fue, también, un extraordinario narrador de viajes. Sus descripciones del paisaje, de la sociedad rural y de la vida cotidiana en Guatemala, en Santo Domingo, en Haití y en Cuba son páginas antológicas, en las que se adelantó a lo que se llamó hace algunos años “literatura vernácula americana”.

Cuando preparaba las fuerzas que iban a desatar en Cuba el renuevo de la revolución libertadora, Martí fundó un periódico, “Patria”, que editaba en Nueva York. El periódico estaba consagrado a la revolución, y en él escribía Martí desde los sesudos artículos de alta política hasta la más nimia gaceta. Comentaba la vida de la isla, las medidas metropolitanas, los movimientos económicos, y también la visita de un cubano a Nueva York; el nacimiento de un niño en la colonia cubana, muerte de un patriota. A la vez que se ocupaba en eso viajaba sin cesar, mantenía una activa correspondencia con todos los centros de emigrados y pronunciaba discursos en las ocasiones solemnes de la historia de Cuba.

Sus cartas son inigualables. Era un brujo en decir lo que deseaba decir. Modelo único de estilo epistolar, nadie superó antes en español a Martí en esa materia, y nadie le ha superado después. Su don de escritor excepcional resalta ahí. Con una frase movía a un hombre. Sabía halagar, sabía estimular, sabía conmovér, y lo hacía con suma dignidad y con sobra de dulzura y bondad.

Fue un magnífico escritor para niños, acaso porque en él se sumaban un auténtico maestro, un padre natural y un poeta. Publicó en Nueva York, durante algún tiempo, una revista para niños de la América española, que llamó *La Edad de Oro*; y hay que leer esas páginas en que contaba a los niños las cosas más disímiles, en que iba interesándolos, con ternura exquisita, en cuanto bello y bueno hubiera en el mundo, para comprender qué grande hombre y qué gran

escritor fue José Martí. Evidentemente, el siglo XIX no dio un escritor de su talla en los dominios del idioma español. Desgraciadamente, es casi imposible que se le pueda traducir a otras lenguas sin que pierda mucho, a menos que sus traductores tuvieran el don de la palabra en la medida en que él lo tuvo.

José Martí fue la culminación más alta posible, hasta alcanzar límites casi irreales, de la dedicación al pueblo y a sus problemas, angustias y esperanzas, que se habían hecho ya tradición entre los adalides de la cultura en Cuba. El fue “El Apóstol”, y al pueblo entregó su obra y su vida sin un desmayo.

Abundaban, mientras Martí descollaba en tan varios aspectos, los escritores, maestros, periodistas, poetas, médicos, abogados, inventores cubanos que, junto con generales, coroneles, artesanos y trabajadores; junto con antiguos terratenientes arruinados y jóvenes de casas nobles venidas a menos, labraban en el destierro el porvenir de Cuba. Mientras tanto, adentro el pueblo esperaba y sus guías intelectuales, abogados, escritores, poetas, oradores, proclamaban que la solución de los males del país estaba en una autonomía que, manteniendo a Cuba dentro de la nación española, le permitiera tratar sus propios asuntos con medidas adecuadas a sus necesidades. Abundaban también, como es claro, los que rehuían la lucha y se entregaban a una tarea abstracta, y los que eran acérrimos partidarios de la integridad española, esto es, del mantenimiento de la isla como colonia hispánica.

Entre los primeros se hallaban un escritor que nació justamente a mitad del siglo, en Camagüey, ciudad que había sido rica y culta, había visto crecer en su seno a escritores y poetas de prestigio, había tenido entre sus médicos al Dr. Carlos Finlay, mantenido una larga tradición de periódicos en que se debatían los problemas nacionales y locales, sostenido círculo de música y de teatro, facilitado la propagación de lenguas

extranjeras. Enrique José Varona fue el resumen de ese ambiente, y a él le tocó ser la más alta cabeza pensante de Cuba en los años que transcurrieron entre la caída de Martí y el estallido postrero de la revolución, el que se produjo en 1930.

Escritor, crítico, maestro, filósofo, político, Varona era dueño de un estilo muy conciso, muy castizo, pero sin grandeza. Empezó como poeta, poniendo al servicio de su verso toda su cultura clásica, que era mucha, y sus estudios de filosofía, que fueron abundantes. Estuvo adscrito en sus primeros tiempos al autonomismo; mas al estallar la última etapa de la guerra contra España se tornó independentista y se fue al destierro. Le tocó mantener el periódico "Patria" durante la contienda, en lo cual heredó la tarea de Martí. Hombre probo, de conducta límpida, sirvió a su causa con verdadera abnegación. Fue un infatigable predicador de la utilidad de lo bueno y bello; su labor de maestro fue propagar entre los cubanos las ideas más progresistas de la cultura occidental. Rigió la Universidad de La Habana, y a él se debe el emplazamiento que tiene hoy, en esa especie de colina que divide la ciudad del barrio del Vedado. Alcanzó a ser Vicepresidente de la República; y en 1930, cuando los estudiantes buscaban un guía moral que los condujera en su lucha contra la tiranía y contra el dominio de los procedimientos coloniales, él lo hizo; él dijo: "Sobran ahora las palabras; ha llegado la hora de la acción". Motivo por el cual su gloriosa ancianidad fue vejada, su hogar violado. Murió en plena lucha, con el espíritu de un jovencuelo.

Con clara mirada, Varona comprendió lo que esa lucha significaba. Era el pueblo quien insurgía en ella; era Cuba, buscando su salida histórica, completando la obra de los libertadores. Una vez más, él estuvo del lado del pueblo. Al fin, se impuso éste; completó la larga jornada iniciada en octubre de 1868, y entró como personaje en el drama nacional, reclamando el derecho de actuar con igual categoría que la que

habían tenido antes los grandes terratenientes, la aristocracia colonial, los amos del capital extranjero. Con esa irrupción popular a la superficie de los acontecimientos cubanos, el pueblo tendría sus intérpretes; es más, por vez primera se impondría su acento.

Como es claro, en esa marcha de las masas hacia el porvenir figuraban artistas, escritores, pintores; algunos habían iniciado el avance desde mucho tiempo atrás, casi desde que se advirtió la semifrustración de la guerra libertadora; algunos eran conscientes de lo que hacían, otros no. Muchos no llegaron a cuajar del todo; muchos cuajaron, pero hasta el momento en que les tocó morir o tuvieron que abandonar las filas. Muchos vieron madurar su obra en los días mismos en que el pueblo lograba sus fines, otros después de haberse alcanzado la victoria. De todos ellos, cuatro nos interesan: un escritor, un poeta, un músico y un pintor. No son los mejores ni los peores; no los escogemos por calidad, sino por su condición de representativos de lo cubano, si bien en algunos casos esa característica va estrechamente unida a la de notables ejemplares en su arte respectivo.

El que antes que todos empezó su tarea, y además la ha llevado a mayor amplitud, es Fernando Ortiz; “don Fernando”, como se le llama en Cuba, país en el que resulta milagroso que se le anteponga el “don” a nombre alguno. Había nacido en La Habana, durante los años de paz que precedieron a la guerra de 1895, pero sus padres lo enviaron muy temprano a las Islas Baleares. Todavía se le nota el acento mallorquín cuando hace los graciosos relatos con que matiza su charla. Estudió sociología en la capital de España, y allí, leyendo *La mala vida en Madrid*, de don Bernardo de Quiroz, sintió el primer impulso de estudiar las costumbres ñáñigas en Cuba, fuente de crímenes y de tenebrosas leyendas que corrían por toda la isla. Enrico Ferri y Lombroso,

cuya lectura frecuentó después en el idioma original, mientras era funcionario consular de la joven República en Génova, hacia 1903 y 1905, inclinaron su inquietud, definitivamente, al estudio de la antropología en Cuba. Al andar de los años, su labor en este campo iba a ampliarse en todos los sentidos; y terminaría siendo el polígrafo nacional, especie de creador de un mundo intelectual poblado por toda suerte de esfuerzos, investigaciones, hallazgos y orientaciones. En el campo de la ciencia antropológica, que va desde la historia hasta la botánica, desde la biología hasta la semántica, desde la geografía hasta la música, todo lo tocaría Fernando Ortiz con una amplitud de mente, con una gracia de estilo, con una dedicación de sabio y con una tan respetable capacidad de trabajo, que acabaría convirtiéndose en una especie de gran Buda viviente, no sólo para la cultura cubana, sino para todo el continente.

Interesado al principio por los aspectos legales del problema racial cubano, o mejor aún, por las derivaciones que en el derecho positivo tenían las costumbres, las creencias religiosas y otros aspectos de las inmigraciones negras introducidas en Cuba por la puerta de la esclavitud, fue dándose cuenta de que ese caudal Africano había impreso profunda huella en la vida del país, bien a través de sus leyendas, bien a través de su música, bien a través de sus religiones. Poco a poco, sus estudios fueron ampliándose; sus investigaciones penetraban cada vez más en lo profundo del fenómeno cubano, derivando hacia otras zonas de lo nacional, discurrendo hacia lo político, hacia lo social, hacia lo económico. Al mismo tiempo, convencido de que el hecho nacional cubano estaba integrado por distintos factores raciales, históricos y económicos, se convirtió en un empresario gratuito de la difusión cultural, asoció a los españoles del país en su empresa y fundó la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, mediante la cual llevó a

Cuba cuanta cabeza española, europea y americana pudiera ser útil en la difusión de los conocimientos o del arte.

Toda esa actividad no le impidió viajar y lanzarse a la política del país, en la cual alcanzó una curul en la Cámara de Representantes, que le duró diez años, ni abrir y mantener un bufete de abogados que ganó mucha reputación.

Pero a todo ello renunció, prácticamente, don Fernando, cuando llegaron los años de crisis para Cuba, y, más tarde, los de crisis mundial que desembocaron en la gran guerra contra el nazifascismo. Se dedicó por entero a su obra de investigador; y fue él quien abrió de par en par las puertas de Cuba hacia la lucha contra la discriminación racial, pues con sus numerosos libros, con sus conferencias, con sus discursos, había convencido a la minoría preocupada de que Cuba se había enriquecido con el acervo negro; no se había perjudicado o desmembrado como se pensó en los días de la Colonia. Por ese camino, no resultó raro que se entregara con verdadero ardor a la propaganda contra el nazismo, que pretendía resucitar el viejo concepto de las razas inferiores, propaganda que culminó en su serio libro *El mito de las razas*.

La lista de obras de don Fernando Ortiz es muy larga, y sigue aumentando. En los últimos tiempos su atención ha caído en la música cubana de origen africano, y un vasto estudio que viene publicando se refiere a los instrumentos usados por los negros de Cuba para producir música. A pesar de que todos sus trabajos tienen por objeto algún tema de interés cubano, escarba en cuanto dato hay en América, revuelve el fondo de la raíz americana, busca aquí y allá, con habilidad de erudito, para acabar escribiendo con tacto de artista y desenfado de gran señor de las letras.

Ese desentado de Fernando Ortiz se nota en cualquier párrafo suyo; en las notículas escritas, por ejemplo, para la revista archivo folklórico cubano, o en lo que es, a juicio de muchos

lectores, su obra más representativa, el *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Libro cuajado de informes y observaciones, de delicioso estilo que hace evocar el de los más nombrados ingenios del Siglo de Oro, está conducido por un criterio social político de la mejor ley. Su medio millar de páginas se leen ávidamente. Las infinitas disparidades que hay entre el azúcar y el tabaco, a la vez que las infinitas relaciones de ambos productos entre sí y con la historia de Cuba; las incontables diferencias económicas, sociales, políticas, morales y de otra índole que han producido esos dos renglones de la economía cubana y mundial, aparecen en la obra expuestas con tal gracia, con tan exquisito cuidado en el manejo de los datos y en la reproducción de las fuentes históricas, y con un buen humor tan humano y delicado a la vez, que el libro alcanza la categoría de un clásico, a pesar de que fue editado en 1940.

Don Fernando Ortiz anda ya por encima de los setenta años. Es de buena estatura, grueso, grande la blanca y pelada cabeza, grande el rostro mofletudo y llenos los ojos de expresión picaresca y juvenil. Así es en su trato; juvenil y picaresco. De conversación chispeante, comunica a cuanto dice un vivo calor de humanidad, un encanto natural, casi familiar, que hace inolvidable la más ligera charla mantenida con él. Activo, frecuenta amistades jóvenes, va a conferencias, asiste a exposiciones o recibe en su hermosa casa del Vedado, a un costado de la Universidad. Su cordial hospitalidad le hace a uno olvidar que está en presencia del escritor acaso más eminente que en su género vive hoy en la América española.

Aunque tal vez directamente Fernando Ortiz no contribuyó a la aparición del movimiento poético cubano que culminó en su más alto representante vivo, Nicolás Guillén, puede afirmarse que lo hizo por vía indirecta. Pues Guillén tomó

el material popular y lo llevó al verso, acentuando el origen negro de lo popular en Cuba; y quien dio categoría científica y artística a ese material fue Fernando Ortiz.

Nicolás Guillén nació al inaugurarse la República, esto es, en 1902. El hecho, que cuando se produjo carecía de importancia, excepto para la familia del nuevo niño, ocurrió en Camagüey, lo cual, en cambio, tendría enorme importancia, al andar de los años, para la poesía cubana. Pues Camagüey era el lugar donde más sensible se hacía la discriminación, y Nicolás Guillén había nacido en un hogar mestizo. El padre era hombre de cultura y factor político muy estimado; alcanzó a ser senador, y durante la sublevación de los liberales en 1917 fue asesinado por soldados gobiernistas. Este hecho tendría también mucho que ver en el futuro poético del hijo.

Guillén fue tipógrafo y estudiante de derecho. Empezó a escribir versos muy joven. Movidado por la inquietud intelectual que se inició en los primeros años de la década 1920-1930 —síntoma inicial de la lucha del pueblo por insurgir a la superficie del drama cubano—, comenzó a expresar su amargura íntima —la del discriminado y la del perseguido por la violencia oficial— en poemas escépticos. Pero poco a poco su pupila poética, fue iluminándose con la tragedia de las grandes masas, su oído interior fue oyendo la voz múltiple y adolorida de los desposeídos. Insensiblemente él y el pueblo se acercaron; e insensiblemente Guillén pasó a cantar los cantares de la calle, a transformar en obra poética el verbo popular, lo que en ritmo popular y con lenguaje cándido o picaresco salía de los mercados, de las casas de vecindad, de los suburbios pobres de La Habana.

A lo largo de los años había ocurrido un fenómeno que pasó inadvertido para muchos; y fue que el pueblo acabó integrándose, que su clamor se hizo suma de clamores aislados, su voz, más sonora que la antigua voz cubana expresada sólo

por los dueños de ingenios o por los trabajadores de ancestro español o por los funcionarios peninsulares. En la gran artesa de la historia los distintos factores de lo cubano se habían cocido; y al terminar la tercera década del siglo XX, Cuba no estaba compuesta por una superposición de castas o de razas, sin más nexos entre sí que la vecindad, sino que era un todo. Y Guillén fue el poeta de ese todo; mejor, se hizo el poeta del todo. Había pasado la época en que la expresión de lo cubano podía hacerse captando simplemente lo español, más o menos cubanizado. Se estaba en presencia de una insurgencia de todo lo nacional, una nueva fuerza rica en sonoridades, en conceptos nacientes, en júbilo inicial, en dolor pasado, en esperanzas y amargas experiencias. No se trataba de una primacía de lo negro, pero tampoco de la antigua primacía de lo blanco, modificada por el ambiente. Era otra cosa: era lo cubano, lo integral.

Al principio se pensó que la poética de Guillén sería negroide, y se le saludó como a tal. Fue error. Su poética era cubana. No había diferencias entre lo que sufrían el negro del solar y el blanco del solar, ni entre el mulato y el blanco que cortaban caña. Si en algún momento el poeta se dejó ganar por el acento puramente negro, como en el “Canto para matar una Culebra”, antes se había dejado ganar por el acento puramente blanco. Y eso pasó pronto. Pues descubrió la médula misma del dolor cubano, al cual contribuía lo racial, pero que fundamentalmente era social, era económico, era político. Su encuentro con el pueblo produjo sus admirables sonos; y después de ese encuentro, del diálogo adolorido, silencioso y sangrante, con la musa popular, vino la comprensión de que el mal cubano era su dependencia semicolonial, mantenida a través de los traidores del país. Entonces su canto se convirtió en “Sones para Turistas”, en “West Indies Limited”, en la alegremente desgarradora actitud de José Ramón Cantaliso, el símbolo crucificado, pero sonriente, de la tragedia

cubana, y en el ruego poético a los soldados para que no mataran cubanos. Aquí, el afán integrador fue tan consciente y generoso que se sobrepuso al recuerdo del padre asesinado por la soldadesca; ese afán se expresó también en varios otros acentos; el irónico cuando puso a hablar al tambor, el patético en “Los Dos Abuelos”.

Por el camino de la poesía Guillén se había encontrado con el pueblo; dialogó con él, le tomó su perenne y sufrida música y se convirtió a la postre en el más representativo de los poetas de su tierra. Pero venía del seno de la tragedia; discriminado primero, huérfano a causa de la violencia oficial después. Y ocurrió que por los días en que él formaba su numen poético, Cuba fue pasto de una tiranía. Todo se conjugó, pues, para que Guillén buscara una doctrina política a que aferrarse, algo que resultara tan radical como él lo necesitaba, y que sublimara, sin embargo, su propia angustia tomando en cuenta al pueblo. De ahí que se hiciera comunista. A nadie puede sorprenderle. En la hora en que Cuba emergía del fondo de la sangre, un poeta como él debía ver sólo auroras rojas. Aún en el mejor de los casos, el país que encabezaba la teoría de naciones democráticas discriminaba a los negros y a los mestizos. Por otra parte el prejuicio pequeño burgués de la juventud que dirigió el movimiento revolucionario le tomó en cuenta a Guillén que hubiera sido funcionario —y no precisamente de categoría— del régimen caído, sin entrar a considerar que su padre había sido asesinado por su filiación liberal, y que el de los liberales fue el partido que gobernó con el dictador; al tiempo que los jefes comunistas de Cuba, que figuran entre los más capaces y hábiles del comunismo internacional, siguieron al pie de la letra una indicación del Comintern, aquella de que valía más captar para los partidos stalinistas a un poeta bueno, a un músico distinguido, a un científico o a un escritor de prestigio, que a mil personas sin nombre.

De todas maneras, por lo que fuere, Guillén se hizo comunista; con lo cual empezó a ser perseguido, a sentir en propia carne el renacimiento de la angustia de su primera juventud. Se le hizo preso; anduvo exiliado por México, por Estados Unidos, por España y Francia. De retorno en Cuba, trabajó en revistas y periódicos de su partido. Pero ya no volvió a escribir tanto como antes, aunque su calidad fue cada vez más alta. Hecho el pacto entre los comunistas y el entonces coronel Batista, Guillén pudo vivir en paz. Viajó a Haití; viajó más tarde por casi toda la América española. Al cumplir el medio siglo de vida andaba tras la Cortina de Hierro, por Checoslovaquia y la China Roja.

A mí me gustó siempre el trato con Nicolás Guillén, cuyo modesto hogar visitaba en La Habana. De color agitanado, más bien bajo que alto, macizo sin ser grueso, el poeta tiene un singular atractivo que reside, sin duda, en el equilibrio con que se mantienen dentro de él la bondad y la ternura casi infantiles y la cautela y la energía de un caballero adulto. Su largo pelo gris, de medio siglo, y su sonrisa de niño simbolizan bien el equilibrio. Es muy cuidadoso en su convivencia con los amigos, acaso porque es susceptible y teme que lo hieran. Años atrás jugaba billetes y charadas con entusiasmo pueril, porque tenía una suerte loca y a menudo se sacaba premios. Muy consciente de su propio valer como poeta y como figura política no se lo hace notar a los demás, sin embargo. Es callado, pero duramente leal a sus ideas políticas, a su destino poético y a sus amigos. Pero no es un fanático, refugio de los débiles.

La magia del estilo de Guillén no está en las palabras; su cubanismo no se halla en lo que describe. Es algo más profundo. Está en el ritmo y a la vez en la esencia. Con límpidas voces castizas tomó del aire sonoro de su isla el ritmo popular, tan a menudo expresado en la música del país, y lo sometió a

su arte de poeta, a su ciencia de poeta, a su sentimiento adolorido de cubano. Escribió en palabras la música nacional; la vertió al lenguaje humano, elevándola sobre sí misma mediante la depuración de cualquier marcha original. No resulta extraño, pues, que al producirse en Cuba —por los días en que Guillén comenzaba a interpretar al pueblo en sus versos— un movimiento musical que buscaba vida en las fuentes populares, en la enorme e hirviente cantera de la música cubana de origen negro, los más capaces cultivadores de esa música nueva escribieran motivos sinfónicos sobre poemas de Guillén. De ellos, el más fundamentalmente creador, cubano y universal, fue Alejandro García Caturla.

De no haber sido muerto en 1940, cuando tenía treinta y cuatro años, García Caturla hubiera, sin duda, reemprendido su alucinante carrera de creador, la cual había entrado en una zona de cansancio poco antes, y de la que iba saliendo cuando resultó víctima de un crimen estúpido en el lugar donde ejercía como juez. La nueva etapa que anunciaba su obra póstuma —una *Berceuse Campesina*, editada tres o cuatro años después de su desaparición—, indica a las claras que la especie de receso a que se entregara un lustro antes le había servido para analizar, seguramente con la pasión y la firmeza que eran en él características, el impetuoso y original estilo con que se abrió paso a la admiración de los melómanos. Esa *Berceuse Campesina*, clara hasta la nitidez, enérgica y hermosa, representa la integración musical cubana, la suma de la melodía criolla del siglo XIX y de la potencia sonora del pueblo contenida en los poemas de Guillén.

García Caturla fue en la música cubana un caso de fuerza natural de tanto vigor como lo fue en la poesía José María Heredia. Como él, comenzó a escribir muy joven, y como él, apenas salido de la pubertad ya se le respetaba en círculos selectos. Produjo mucho, entre los veinte y los treinta años,

y se le editaba lo mismo en Nueva York que en París. Varias de sus obras fueron estrenadas en la capital de Francia.

Vigoroso como un torrente, su estilo era dominante y arrollador en cuanto tema tocara. En sus manos se transformaban los instrumentos. No necesitaba baterías africanas para dar la sensación de Cuba, ya fuera en “La Rumba” o en la “Primera Suite Cubana”, ya en su “Comparsa” o en su “Danza del Tambor”. Y sin embargo era entrañablemente, diríamos fidelísimamente cubano. Nadie puede confundirse escuchándole. Cuba alentaba en su obra. De manera casi milagrosa era a la vez tormentoso y suave, poderoso y fino. Nadie podría medir cuánta hermosura quedó cegada con su muerte.

Cuando Caturla murió ya en Cuba iba levantándose un movimiento musical de serio porvenir, del seno del cual han surgido numerosos jóvenes que trabajan con ejemplar ahínco, y muchos de ellos con encomiable acierto. Pero un Alejandro García Caturla no nace cada lustro; ni siquiera cada veinte años. Para fortuna de su obra, esos nuevos compositores que tanto hacen por encontrar lo cubano en el fondo de la tempestad sonora con que la isla se estremece día a día, tienen en él donde abreviar, y además un caudal melódico con que regalar el oído de su pueblo.

Alegre, enérgica, vivaz; o adolorida, suave, tierna, la fuente musical de Cuba, que es el pueblo, tiene siempre un resplandor de luz, reflejo de la que baña todo el año su tierra. Es luz para pintores. Sin embargo ha sido en los tiempos últimos cuando en Cuba se ha producido un movimiento pictórico apreciable en cantidad y en calidad. Aunque en el siglo pasado estableció la academia oficial de dibujo, pintura y escultura; aunque desde entonces uno que otro aficionado fue enviado a Europa, en verdad los primeros pintores cubanos de méritos empezaron a verse poco después que la nueva República habilitó a algunos jóvenes como secretarios, cancilleres o auxiliares del Servicio

Exterior. De vuelta a Cuba, muchos de ellos trajeron su obra, otros sus aprendizajes, otros sus inquietudes; todo lo cual cuajó cuando se iniciaron las corrientes llamadas a conjugarse en el movimiento popular de 1930. Entonces, de las filas del pueblo acudieron gentes iluminadas por la vocación. Se creó una escuela libre de pintura y escultura, y la pasión de la plástica penetró profundamente en la conciencia cubana.

Muchos pintores buenos, vehementes enamorados del color, aparecieron y crearon grupos; muchos modelistas se dedicaron a sacar formas de las piedras. Entre 1939 y 1945 se formó una pléyade de jóvenes que poco después exponían en el Museo de Arte Moderno y en galerías privadas de Nueva York; algunos lograron mercado hasta en París. En cuanto a escultura, unos cuantos muchachos fundaron en Matanzas una especie de escuela libre que no tardó en dar buenos frutos.

Entre los pintores, el que sin duda ha resultado más nacional es Carlos Enríquez, en cuya obra no es cosa difícil hallar visibles deficiencias técnicas, pero tampoco es difícil apreciar una poderosa voluntad y un impresionante acento cubano.

Carlos Enríquez es autodidacta. Nació hacia 1900 en un pueblo de la provincia de Las Villas, donde su padre ejercía la medicina, y cuando tenía diecinueve años se trasladó a Nueva York, donde vivió hasta los ventiocho. Jamás asistió a una academia de pintura, pero pintó desde niño. Con sorprendente don para el dibujo y vocación fuerte, había traído al mundo una mano capaz de comunicar el poder y la gracia del movimiento a cuanta línea trazara. Eso se advierte, sobre todo, en sus caballos, animales llenos de vigor, de tremenda energía, en los cuales el espectador adivina la furia sexual desatada; y en sus bosques de palmas azotadas por huracanes, entre cuyos troncos un viento colérico y devastador parece estar cruzando día y noche. Estos dos temas son frecuentes en la pintura de Carlos Enríquez.

A poco de haber vuelto a La Habana, Enríquez se trasladó a París, y en 1934 volvió a Cuba para consagrarse desde entonces, como lo ha hecho, a pintar a Cuba y a lo cubano en cubano. Hombre de vida muy intensa, de inteligencia aguda y carácter independiente, consumió casi toda la fortuna heredada en mantener un círculo de pintores, poetas y escritores, alrededor suyo, en una casita de madera que compró en cierto barrio de extramuros. La casita está hoy agobiada por el peso de los árboles que la rodean y la cubren; se mantienen húmedo el suelo y fresco el lugar. Pero Carlos Enríquez apenas sale de allí. En uno de los portales de la casa coloca ordenadamente las botellas de ron que va dejando vacías. Por las oscuras y pequeñas habitaciones, flaco, de largo pelo, cetrino, de mirada negra y boca escéptica, el pintor deambula solitario, a veces cubierto con un largo abrigo para defenderse del frío que en las tardes invernales azota el sitio. Constantemente pinta, dibuja o esboza. Es un infatigable trabajador. Años atrás se dedicó al retrato. Y es buen retratista.

A Carlos Enríquez le faltó dominio de la técnica para ser uno de los grandes pintores contemporáneos de América. Pues su intención es poderosa, su dibujo, brutalmente vivo. Además, y acaso sin propósito, sino como expresión natural de un temperamento leal al pueblo, en su pintura está presente una ira viril por la injusticia social, si bien mezclada con una obsesión sexual que en los últimos tiempos se ha hecho más patente. Aunque pinta sin cesar, cada uno de sus cuadros se queda crudo, pero por razones técnicas; esto es, su estilo abocetado y su inclinación a usar el color como atmósfera, con lo cual sus obras parecen irreales o pobladas por seres y plantas de cristal, le restan perdurabilidad en el sentido clásico de la técnica; pero en concepción, en vigor del dibujo, en movimiento y en intención, infunden respeto. Es un creador. Y es, sin duda, el más cubano de los pintores del país.

Diez o doce años atrás, Carlos Enríquez se dedicó también a escribir y produjo una novela de ambiente campesino, brutal, apasionada; novela de hombres a caballo, como su pintura. Pero no insistió en la materia. Volvió a sus dibujos, a sus óleos, a sus retratos, a sus acuarelas. Es acuarelista formidable, y ensaya el género día tras día. De su profusa labor de retratista sólo un ejemplo le queda en la oscura y diminuta sala de su casa. Se trata de una juvenil muchacha desnuda, plácida y naturalmente sentada en el suelo. De los almendrados ojos se infiere el mestizaje de la modelo. Sus transparentes carnes de cristal mezclan tonos verdes y rojos.

—Véndemela —le dije un día.

Levemente sonreído, con cierta amargura, negó con la cabeza; y después explicó:

—Es el último recuerdo de un amor infortunado.

Me volví, entonces, a una pequeña cabeza de piedra negra, vetada de blanco, que desde una columnita cuadrada mira con asiáticos ojos hacia el piso. Es una típica cabeza de Ramos Blanco, el hombre que logró nacionalizar la más innacionalizable de las artes. Teodoro Ramos Blanco había sido policía en La Habana, se descubrió con vocación de escultor y obtuvo que lo enviaran a Roma. De vuelta, lleno de Cuba, labró en piedra la fuerza creadora de su pueblo. Pero su obra ha sido escasa y de poco volumen.

—No —dijo Carlos Enríquez, adivinando mi intención—. Cuando me muera te la llevas. Ahora necesito verla todos los días.

Comprendí y no dije palabra. Si él hubiera esculpido lo habría hecho como Ramos Blanco. Además, el pintor vive solo, y esa pequeña cabeza, aquel retrato de joven desnuda...

La diminuta selva alrededor de la casa era húmeda, oscura y silenciosa.

LIBRO TERCERO
CARÁCTER Y PRODUCCIÓN

I

APUNTES DE PSICOLOGÍA NACIONAL

Mientras como en un restaurante, mientras cruzo en automóvil por las calles de La Habana, o mientras espero a un amigo, sentado a la mesa de cualquier café, veo pasar a la mujer cubana y me pregunto cómo y por qué es tan bella y en qué consiste que en Cuba abunde tanto la mujer de resplandeciente atractivo.

Habitualmente, cinco detalles se destacan en ella: el pelo, siempre bien arreglado, limpio y sano, no importa su color; los ojos, por lo general grandes, brillantes y alegres, sean negros, azules o castaños; la boca, fácil a la sonrisa, cuidada y de dibujo atrayente y sensual; la piel, brillante, saludable, grata; y el porte, impresionante, altivo y sin embargo, natural.

Los periódicos publican profusas fotografías de reuniones sociales, de matrimonios y fiestas; y en ellas sorprende el alto número de damas y muchachas deslumbrantes. Hojeando esos periódicos o admirando a la cubana en la calle, se advierte que el tipo de belleza femenina de la isla no es el mismo de Europa —o de los diversos que predominan en Europa— ni de los Estados Unidos. Hay algo distinto y de mayor fuerza en la mujer de Cuba; además, ese algo ilumina como hechicero resplandor el contorno y la sonrisa de la blanca, de la mestiza y de la negra. El atractivo de la cubana tiene su razón de ser en una actitud ante la vida; es un fenómeno de origen psicológico.

Cierto día hablábamos con un habanero; sus interlocutores éramos dos extranjeros. Brillantes los ojos, abierto en la expresión, aquel habanero parecía ebrio; sin embargo no sólo no había bebido, sino que jamás bebe licor alguno. El alcohol tiene la virtud—o el peligro— de anular las inhibiciones. Y en Cuba la gente parece vivir borracha, a pesar de que habitualmente consume poca bebida espirituosa. Es que el cubano padece el mínimo de inhibiciones de que es capaz un ser humano.

Y es ahí donde se halla la explicación del hechizo con que la mujer de la isla atrae sobre sí la atención del extraño: se expone tal como es, sin reserva ni miedo alguno, satisfecha de sí misma, con la jubilosa y total satisfacción de ser mujer y de ser cubana; y como la ausencia de complejos confiere un alto grado de salud psicológica, a la mujer de Cuba se le ve de lejos esa salud, como si llevara un sol por dentro. Segura de sí, camina con paso firme, erguida y natural, casi siempre iluminado el rostro por una brillante sonrisa. La cubana es la más femenina y sin embargo la menos coqueta de las mujeres. Atrae al hombre de manera espontánea, sin hacer esfuerzo alguno. La coquetería esconde a menudo una debilidad; es, pues, el resultado de algún complejo. A la cubana no le hace falta disimular debilidades porque si tiene complejos no los oculta.

El concepto de la belleza femenina está íntimamente ligado en Cuba al concepto de la salud, al extremo de que para decir que una mujer es fea se afirma que “está mala”; de ahí que la cubana prefiera verse envuelta en carnes a reflejar el tipo de belleza estilizada que predomina en otros lugares. Estar en salud y ser comprensiva y amorosa son aspiraciones comunes a toda cubana. Sentimental, tal vez en exceso, necesita querer y que la quieran, lo cual es la clave de que resulte tan excelente compañera y tan abnegada madre.

El hombre que se case con una cubana sabe que va a tener quien le ayude y estimule. Se dice que la habanera es maestra en el arte de arreglar un pequeño espacio para que le quepa toda suerte de muebles; y ello es cierto. Pero también es cierto que esos muebles, como la limpieza con que hace brillar el lugar en que vive, están por entero dedicados al marido o al hijo. Para la cubana, el marido y el hijo resumen su razón de vivir. Ducha en administrar el dinero, por escaso que éste sea, siempre encontrará manera de sorprender a su hombre con una corbata, con un pañuelo, y para llevarle al hijo las vitaminas, la mejor ropa, la fruta fresca.

Ese amor familiar es casi un fanatismo en Cuba. Criado con amoroso celo, el hijo quiere a la madre en igual grado que ella a él. En largos años de convivencia con los cubanos, jamás he oído a uno que no diga, hablando de amores: "Lo más grande y lo primero en el mundo es la madre". El amor a la madre es un culto sagrado en Cuba. En la cárcel de La Habana, viejo castillo colonial llamado El Príncipe, que se levanta sobre una colina en las lindes del Vedado, un preso iba y venía silencioso y solitario sin que ninguno de los centenares de condenados que hay allí le dirigiera la palabra. Los reclusos nuevos eran llamados aparte y se les decía que a aquel hombre no se le debía hablar jamás; y nadie infringió la extraña prohibición. Es que el desdichado cometió el único delito inconcebible en Cuba, el que jamás ningún cubano sería capaz de cometer: llevado por un raptó de locura mató a su madre. Pudo haber muerto a un compañero, a su mejor amigo; por hechos así hay muchos en prisión. Pero la víctima fue su madre; y no importa que los años pasen, ese crimen llena de espanto a los moradores del Castillo del Príncipe.

El amor familiar es un poderoso cemento de unión en Cuba, y su fuente es el corazón de la mujer cubana. Es ella quien enseña al hijo a querer. Por el amor se hace luchadora,

padece sacrificios; le gusta embellecerse para que el hijo la vea bonita. El hijo paga en moneda de buena ley. El cubano está atravesando un tránsito de transformación de su psicología. Pueblo al cual se le han abierto las puertas de acceso a la riqueza, a la seguridad, a la estabilidad, desde hace algunos años está tornándose impetuoso, activo, buscador del bienestar; y cuando lo conquista, lo primero en que piensa es en un hogar para la madre.

A menudo fuera de Cuba se piensa que La Habana es un prostíbulo gigantesco. La vieja leyenda de los días iniciales, cuando la ciudad albergaba a millares de soldados y marinos díscolos y falaces, tiñe todavía por ahí la imaginación de mucha gente. No se piensa que, rendidas al trabajo y al estudio, padeciendo el calor de las fábricas, la monotonía en las oficinas, luchando para llevar al hogar una mesada con qué alimentar al padre o al hijo, centenares de miles de mujeres viven una vida honesta y sobria. Pueden contarse las muchachas que en La Habana son profesionales de sus cuerpos. Es cierto que la cubana es propensa al amor y que cuando se enamora no reconoce barreras, porque en Cuba no hay delito en querer. Pero muy difícilmente se vende una cubana. No es el dinero lo que la atrae; es el amor.

El dinero lo busca el cubano para rendir homenaje a la mujer. A menudo he hecho abstracción de la historia para explicarme la tradicional falta de honestidad que en la administración de los dineros públicos hay en el país. Desde los más remotos días coloniales, en Cuba se enriquecen los que tienen cargos fiscales; y es de ciertos años a esta parte cuando se ha producido un movimiento nacional en demanda de la limpieza administrativa. Y he hecho tal abstracción, a medias por humor chistoso y a medias porque todos los días me asombra la opulenta belleza de la cubana. De ahí que cuando un extranjero me preguntaba por qué ocurre

que en los cargos públicos se defrauda tanto dinero del pueblo, yo contestaba, señalando a la primera muchacha que pasaba cerca:

—Por eso. Pues mujeres tan hermosas requieren, aunque no lo pidan, un ambiente de comodidad y de esplendor. Su sola presencia inclina al hombre a ofrecerle lo más fino y lo más hermoso.

La superficial explicación fue a menudo bien recibida, lo cual indica que acaso haya un poco de verdad en ella. Desde luego, abundan los otros pocos necesarios para penetrar en la raíz de ese mal nacional. La propia ausencia de inhibiciones, por ejemplo. Pues el cubano no las tiene; pero a fuerza de no tenerlas se ha acostumbrado a no imponerse límite alguno. Todo lo que le parezca convencional le molesta.

Ahí está el caso de la cortesía. De manera natural, sin palabras, el cubano atiende a su amigo; y como es generoso no admite que si le queda dinero alguien pague donde él está, o brinda el buen tabaco último como si llevara docenas encima, o sería incapaz de disfrutar una hora de abundancia y placer sin que alguien lo comparta con él. Pero no es cortés, por lo menos en el sentido convencional de la palabra. Si tiene que hablar no reduce la voz así sea media noche y cerca duerma gente; abre su radio a todo volumen, no importa que le guste o no al vecino; difícilmente detiene su automóvil para dar paso a un peatón o siquiera al automovilista que le sigue. En igual grado, el cubano es poco consciente. ¿Por qué vivir en pobreza si hay dinero?

El pueblo, como tal, es de los más honrados del mundo. En La Habana, toda una gran ciudad, apenas habrá dos o tres pequeños robos al día; las calles duermen abarrotadas de automóviles sin que nadie los cuide, y a menos que haya una necesidad urgente de gomas o repuestos, como ocurría durante la última guerra mundial, por la mañana están como los

dejaron sus dueños en la noche anterior. Pero con los dineros públicos su conducta es distinta. Si abundan, lo mejor es llevárselos. En dos años de ejercicio un ministro se apropió de cuarentiocho millones de dólares y los trasladó a Miami; y cuando le preguntaron cómo había podido llevarse tanto dinero de Cuba, contestó con la mayor naturalidad: "En maletas".

No hay duda de que, conjugada con una historia de riquezas que parece obra de milagros, la falta de inhibiciones del cubano lo inclina a la inconsciencia. No hay nada que un cubano no se sienta capaz de hacer. Ese ministro que con tan sorprendente simpleza explicaba cómo se había llevado cuarenta y ocho millones de dólares era un inconsciente; y el inconsciente a menudo alcanza alturas insospechadas. Fulgencio Batista fue un inconsciente cuando, a la cabeza de sargentos y cabos, sublevó el ejército y la marina en un país que contaba con centenares de distinguidos oficiales de escuela; los cubanos que se alzaron contra España eran inconscientes cuando se enfrentaron, sin más armas que algunos viejos fusiles y sus machetes libertadores, a ejércitos aguerridos, organizados y compuestos por millares y millares de bien pertrechadas tropas. Lo admirable, y a menudo incomprensible en Cuba, es que un mal como la inconsciencia resulte a veces transformado por ese pueblo en una virtud.

Acaso eso se deba al alto grado de sentido humano prevaliente entre los cubanos. Nadie quiere en Cuba un beneficio si es en perjuicio de otra persona; y como el pueblo es en cierto modo un ente abstracto, múltiple y por lo tanto despersonalizado, existe sólo como un sentimiento. Todo es posible, pues, cuando a esa criatura invisible se le asigna una determinada actitud. El cubano es por tanto el más naturalmente individualista de todos los hombres; vive por sí y para sí, puesto que el pueblo lo tomará en cuenta si él actúa en su servicio, o no existirá si actúa en servicio de su sola persona.

Resulta ser esa una conducta a la vez contradictoria y simple; y se advierte mejor su vigencia cuando uno ve a cualquier líder político atacar desde la oposición lo que él hizo en el poder; o al revés. Quien no comprende tal dualidad, que no es en el fondo una dualidad, se va de Cuba con el criterio de que ha visitado un país de locos.

El pueblo es un valor acomodaticio. Pero el individuo no. De ahí que el cubano repudie el asesinato y la persecución; de ahí también su simpatía por quienquiera que resulte a sus ojos víctima del más fuerte. Como un mar que se encrespa, todo el sentimentalismo del cubano se crece en favor de la víctima o del perseguido; y tenga razón o no, el perseguidor se hará odioso. Mucho más odioso, desde luego, se hará el delator. Para el cubano, delatar es lanzar sobre el débil al poderoso, a su juicio pecado imperdonable; pues es derecho del débil “defenderse”, esto es, vivir y luchar, conquistar mejor posición; llegar a donde quiere si lo merece. Si triunfa, que disfrute su buen éxito, siempre que no perjudique a nadie. A nadie en concreto, desde luego.

Hace pocos años murió cierto acaudalado señor del azúcar. Era hombre sesentón, pero gallardo, cuya estampa de cubano bien puesto y sonreído resultaba muy conocida en los altos círculos habaneros. Dejó al morir más de veinte millones de dólares y había comenzado, jovenzuelo de algunos diciséis años, como cortador de caña, todo el día en la mano la mocha de acero bajo el duro sol de los inviernos. Vivía en La Habana; y cuando empezaron a usarse máquinas para producir aire refrigerado en las casas, él instaló una de ellas en el techo de la suya. Pero el motor era trepidante y la gente de la vecindad no podía dormir. Un buen día visitaron al señor varias mujeres del barrio. “No nos deja dormir su motor”, dijeron. Muy fino, hecho a las viejas maneras, él ofreció quitarlo inmediatamente. “No, eso no; nosotras queremos que Ud. disfrute

de su aire fresco. Lo que le pedimos es que lo haga cubrir con algo, para que no produzca tanto ruido”, explicaron, presurosas, las visitantes.

Esas señoras estaban expresándose “en cubano”; esto es, querían un beneficio, o por lo menos que no se les causara perjuicio, pero no a costa del perjuicio de otra persona. Aquel hombre era un ser de carne y hueso, conocido, vivo, no un ente abstracto como el pueblo. A tal extremo llega esa actitud que cuando, haciendo gala de su despreocupación por eso que se llama pueblo, un cubano detiene su automóvil en el centro de las estrechas calles de La Habana vieja para hablar con alguien que pasa, no para mientes en las necesidades de los que le siguen ni hace caso a los incontables bocinazos con que los demás le llaman la atención. Pero si acierta a ver entre los que atruenan atrás una cara conocida, sonrío, corta su charla y parte a toda marcha mientras agita la mano en alto saludando alegremente al amigo a quien detuvo sin intención de hacerlo.

Algunos sociólogos cubanos toman tal actitud como señal de que en Cuba no hay espíritu de colectividad ni propósito de cooperación. Es un error. Cada vez que Cuba ha necesitado que sus hijos se congregaran, estos lo han hecho. Lo que sucede es que el cubano tiene una mezcla de individualismo —exacerbado desde que ha comprendido que debe vivir activamente para conquistar el bienestar cuyas puertas le ha abierto el triunfo final de la revolución libertadora— y de un concepto peculiar, pero muy acertado, de lo que es útil y lo que no lo es. Sentada frente al mar, en las arenas de Guanabo, mirando a lo lejos brillar el sol y desfilar cuatro o cinco yates de pescadores de afición, una rubia muchacha de Texas me decía, con cierto fondo de tristeza que les daba más fuerza a sus palabras:

—He descubierto que aquí, en Cuba, la gente sabe más que nosotros cómo emplear la vida.

Porque para un cubano el tiempo no es ese tirano implacable que padecen otros pueblos. Y si no lo es el suyo, es decir, su tiempo, tampoco deberá serlo el de los demás. Por otra parte, su concepto de la colectividad es parcial. Pues un trabajador cubano no tomará en cuenta al pueblo como tal, pero toma en cuenta a un trabajador, quienquiera que sea, no importa qué color político defienda ni a qué sindicato pertenezca. Los abogados se colegian, y los médicos y los farmacéuticos y los ingenieros; y cada grupo corre a defender los derechos de los asociados con prontitud y energía cuantas veces hace falta. Luego, no se trata de que el cubano carezca del sentido de la asociación, sino de que no se le ha enseñado a cabalidad que el pueblo contiene y expresa a todos los grupos. Su singular aprecio de la persona en sí lo hace bien claramente. Si el chofer de un ómnibus comete el disparate de arrancar antes de que la anciana que sube o el ciego que desciende estén seguros en el asiento o en la acera, las cosas que deberá oír, dichas por los demás en voz alta y para que él las oiga, no son ciertamente agradables; todo el pasaje se indigna y arremete contra él.

Desde luego, el genio nacional está padeciendo una transformación, estimulada por las nuevas condiciones de vida que se le han presentado. Durante largo tiempo el cubano tuvo cerradas las puertas de la riqueza en su propio país. Además, sobre él gravitaba un poder extraño, que le imponía sus costumbres, sus leyes, su voluntad. El cubano luchó contra tal estado de cosas, y desde 1868 hasta 1933 se mantuvo combatiendo. En el primer tercio de este siglo comenzó a pesar sobre él otra influencia; y la privilegiada clase colonial que durante todo el siglo pasado disfrutó un tipo de vida hecho al favor de sus riquezas y de la situación establecida, tuvo que empezar a transformar sus hábitos, a dejar de ser española en sus costumbres para norteamericanizarse.

A partir de 1933, y especialmente en los últimos años, el cubano ha ido cubanizándose. Fue un acierto del movimiento revolucionario proclamar como consigna: "Cuba para los cubanos". Se advierte ahora con qué natural despreocupación en el país se van adquiriendo costumbres y métodos extranjeros, norteamericanos sobre todo, sin que se desfigure el genio nacional. En Cuba se admira, y sin duda se quiere de veras a Estados Unidos; pero no se les imita. La falta de cortesía que se ha señoreado de la isla recuerda bastante la que sufrió Norteamérica en los primeros veinticinco años de este siglo, es cierto: mas si se estudian las razones de la similitud se hallarán causas parecidas, no afán de imitación. Por lo demás, no podría haber tal imitación, porque es de rigor reconocer que actualmente el pueblo norteamericano es de los más corteses de la tierra; no molesta, no grita, procura no causar desagrado.

En aquellos días en que nadie sabía decir "pardon" en Estados Unidos, en que los buscavidas de Nueva York se abrían paso a codazos sin volver el rostro para ver a quién habían atropellado, todo el mundo vivía su propia preocupación; y tal preocupación era conseguir dólares, los dólares necesarios para vivir o para imponerse a los demás. Era la época de la lucha feroz; y toda cortesía holgaba. En Cuba no se ha llegado a tanto, puesto que el cubano todavía procura beneficiarse sin perjudicar a otro; pero al reconocer que es posible conquistar el bienestar en su país, porque la revolución impuso tal criterio, se ha forjado una mentalidad acusadamente individualista, que se sobrepone a la convencional cortesía.

Pero no se sobrepone a los fundamentos del genio nacional. Por ejemplo, el cubano considera que es un premio ser cubano y que por tanto debe haber un clima de convivencia para todos los hijos de su tierra. Se le reconoce a cada quien el derecho a luchar con las armas que tenga a su alcance; pero nadie puede destruir al adversario. Que lo venza, si puede;

mas que respete su derecho a vivir sin miseria y sin persecuciones. Su derecho y el de los suyos, porque un ser humano en Cuba no lo es completo, sino en familia.

Si el cubano no tuviera espíritu de cooperación no se explicaría ni la pervivencia de organizaciones de clase tan poderosas como los sindicatos y las federaciones de obreros, ni la existencia de grupos de intereses comunes, como los colegios de profesionales, ni la de esas asociaciones de salud llamadas “quintas”, las cuales han resultado en cierto grado, para gran parte de la población, el problema de la socialización de la medicina. Las “quintas” son derivaciones de los antiguos grupos regionales españoles predominantes en la isla, en los tiempos de la colonia y en el primer tercio de siglo republicano. Las rivalidades regionales de la península se trasladaron a Cuba, y cada provincia o reino de España creó un llamado “centro” para ofrecer diversión a sus miembros; así surgieron el Centro Asturiano, el Gallego, el Andaluz, el Castellano, el Catalán, el Vasco. El Asturiano y el Gallego levantaron fastuosos palacios, ambos frente al Parque Central de La Habana; el Centro Vasco se hizo famoso por su restaurante, que está hoy al comenzar el Malecón, separado del mar habanero por el ancho de una calle. Para resolver las necesidades médicas de dependientes y empleados, especialmente los astures y los gallegos comenzaron a ofrecer a sus asociados consultas con especialistas de renombre: dieron después medicinas, levantaron más tarde pabellones para enfermos, salones de operaciones bien servidos. Actualmente, algunos de esos campos de salud son orgullo de Cuba y cientos de millares de familias, a lo largo de toda la isla, tienen médico, medicina y hospitalización por dos pesos, o poco más de dos pesos mensuales; y a tales ventajas se han unido el disfrute de playas y el de escuelas.

El individualismo cubano llega hasta las fronteras de la convivencia, y jamás las traspasa. No puede haber duda de

que un pueblo que respete ese valor social tan alto que se llama convivencia tiene un fundamental respeto por el concepto de la colaboración; y si no lo ha desarrollado al extremo de sentirse parte de un todo nacional formado por millones de desconocidos que son sus compañeros de esperanzas, de luchas y de destino, es porque la educación general no ha acertado a hacerlo. Una muestra bien clara de que el sentido de la convivencia domina sobre todo grupo social es el hecho de que las conquistas económicas, políticas y de otra índole que han alcanzado en Cuba los grupos de trabajadores no han tenido una oposición a ultranza en los núcleos patronales. Todavía no hay en el país un partido clasista de patronos ni ha sido posible formar una central patronal.

La lucha de clases no ha alcanzado en Cuba la violencia que en otras partes. En general, los grandes amos de la economía criolla preferirían retener sus ventajas, pero no pueden negarse a que el trabajador “se defienda”. “Defenderse” tiene un valor peculiar en Cuba; no se trata de repeler una agresión, de organizar una defensa contra un enemigo: ese verbo reflexivo quiere decir algo más; expresa, con cierto matiz de malicia criolla, la consagración del derecho que todo cubano tiene a mejorar, a ascender hacia niveles superiores de vida. Así, en una discusión cualquiera en la que el menos fuerte alega en su favor, el poderoso tiene que callarse, si no es una criatura vulgar, y sonreír ante la derrota inminente cuando aquél le pregunta, en última instancia: “¿Es que yo no tengo derecho a defenderme?”

Poco más allá de Arroyo Arenas, al oeste de La Habana, camino de Pinar del Río, hay un desvío hacia el sur. Por allí se va a El Cano. Acaso tres kilómetros más allá de El Cano se llega a un cruce desde el cual es posible ver la hermosa entrada de una finca llamada “Buena vista”. De desnuda piedra y rojas tejas, la entrada abre paso a una avenida de higuerones

al final de la cual hay una plazoleta rodeada de multicolores “mar pacífico”, de palmeras y edificios. Se levantan ahí la “casa de los bolos”, de dos pisos, y a su frente el cenador, rica construcción emparedadas por dentro de mármoles cubanos, con una barra en caoba blanca y muebles de majagua; parte hacia el norte un camino bordeado de flores, que conduce a las caballerizas y que tiene a su costado derecho un estanque en cuyas aguas nadan negros cisnes australianos, de rojo pico, cisnes blancos y patos cruzados. Por encima trajinan vistosos y chillones guacamayos. En las caballerizas muestran sus relumbrantes ojos hermosos ejemplares árabes. Hacia el sur de la placeta que tiene a su frente el cenador y la casa de bolos, una piscina, de fondo azul, sobre el que espejea el agua, sorprende al visitante con la ilusión de un mar doméstico. A un costado están las casetas para damas y caballeros; entre la hileras de ambas, la barra siempre llena de licores y bocaditos; atrás, la cancha de pelota vasca; y mucho más allá de ese rincón de sueños, todo el rodeado de palmeras, mangos y flores, la casa de madera donde dos días de cada semana se reúnen a comer treinta o cuarenta personas. El lugar es encantador; se asoma sobre él el claro cielo tropical; hay brisa siempre y el clásico buen humor cubano hace grata la estancia allí.

Pues bien, esa finca, levantada en poco más de dos caballerías de tierra, es de Miguel Ángel Quevedo, director de *Bohemia*, una revista considerada como la de mayor circulación entre las latinoamericanas; un hombre más bien bajo, de pequeña cabeza pelada a la prusiana, de larga nariz puntiaguda, grueso, de conversación escasa y lenta, siempre en la boca el tabaco criollo. Y edificó tan bello sitio para que sus empleados pasaran allí con él los viernes y los sábados de cada semana. Blancos, negros y mestizos comen, beben, nadan, juegan a la pelota o a los bolos, montan a caballo. Quevedo no bebe ni usa la piscina ni es jinete. En cualquier país del mundo el

hombre que ha obtenido tal fortuna o edificado un sitio así lo usa él y acaso lo deje usar a sus familiares y amigos; los empleados jamás traspasarían la puerta de su santuario. En Cuba no; porque en Cuba predomina cierta atmósfera de convivencia que da al país un peculiar y grato tono de un pueblo que es individualista y vive, sin embargo, con espíritu de nación socialista.

Pudiera pensarse que acaso tal concepto de la convivencia sea una manifestación de entendimiento entre grupos sociales, y nada más. Pero sucede que esa modalidad señorea sobre todo el ámbito cubano. Gente sin reserva alguna, dos cubanos discuten y se dicen cuanto tengan que decirse, sea o no ofensivo; al final serán tan amigos como antes y ni una sombra de rencor enturbiará sus relaciones. El cubano sabe perder y lo hace con gracia. Cierta vez estaba yo frente a un aparato televisor; algunos periodistas interrogaban a un político que había sido candidato a alcalde de La Habana. “Qué opina usted del electorado cubano?” le preguntaron. Y sin demorar un segundo, con la mayor naturalidad, el político respondió: “Que elige siempre al mejor; y la prueba es que votaron por mi adversario y no por mí”.

O sucede lo que presencié una noche. Estábamos festejando a un amigo en cierto cabaret habanero. Con su música acrobática, llena de saltos de cornetines, un mambo enardecía a los bailarores. Junto a nuestra mesa había una muchacha de bronceada tez, fulgurantes ojos y sonrisa deslumbrante. Era un admirable ejemplar de cubana. Pasó a su lado una pareja; rubia, de verdes ojos y esbelta figura ella; alto, de negro pelo y negra mirada él. La muchacha no podía seguirlo, porque él bailaba acaso excesivamente bien. Entonces la joven que estaba sentada comentó, con esa característica manera de hablar sin reservas tan típica de Cuba: “El es mucho bailaror para ella”. Y como la rubia la oyera, se acercó, sonreída, se plantó

allí, frente a la trigueña, y dijo con la más amable voz: "Aquí lo tienes; vamos a ver si lo haces mejor que yo". En cualquier otro lugar aquella hubiera sido una escena desagradable, pues resultaba evidente que no se conocían.

Pero en Cuba no hay respeto por la lógica habitual; la lógica es en Cuba una aspiración del género humano, no una ley de la vida. Súbitamente, sonreída, sin inmutarse, la que había hecho el comentario se puso en pie; y al hacerlo se vio que tenía una figura impresionante, de erguido busto, fuertes caderas, piernas admirables. Se abrazó al joven y comenzó a bailar. Era una bailadora extraordinaria. La otra muchacha se había sentado en la silla que dejara vacía la trigueña y comenzó a hacer comentarios con quienes acompañaban a la que en buena ley debía considerarse su rival. Viéndola danzar, con movimientos llenos de ritmo, gracia y picardía, dijo entre risas, realmente sin otro sentido que el que denunciaban su adorable gesto y sus palabras. "Me rompió la cara". Lo cual en el habla habanera quiere decir: "¡Me dejó en ridículo, porque baila mejor que yo!"

Cuando terminó la pieza, la rubia y la atezada se felicitaron entre frases cariñosas, la una porque su nueva conocida bailaba muy bien, la otra porque aquella tenía un novio muy simpático, y se cambiaron nombres y teléfonos para llamarse al día siguiente. En un pueblo así, donde tales incidentes se dan con más frecuencia de lo que puede creer un extraño, no es raro que la gente se trate de "tú" sin conocerse. El tuteo cubano es la expresión más cotidiana y sencilla del espíritu de convivencia que predomina entre los hijos de la isla fascinante.

Esa es la característica cubana que mayor y más agradable sorpresa causa al extranjero: su convivencia, cargada de simpatía y cordialidad. Siente uno, tan pronto pisa tierra cubana, que está entre conocidos. Nadie se mira con hostilidad. Cierro español, de más de setenta años, me contaba que llegó

a Santiago de Cuba, siendo un niño, el día de Nochebuena; bajó del barco y vio con asombro que la gente se abrazaba efusivamente en las calles, que todos se gritaban los mejores deseos y se felicitaban las pascuas. Él venía de una adusta aldea y no podía comprender qué pasaba. Es que el cubano prefiere la efusión a la ceremonia.

Tal vez en el fondo de tal actitud haya un poco de pereza, porque la ceremonia requiere esfuerzo; pero también acaso sea cierto recelo y hasta cierto odio contra todo lo impuesto. Algunos estudiosos han querido presentar al cubano como a una criatura poco activa, holgazana. Es una observación falsa. Quienquiera que haya estado en posición de distribuir cargos, trabajos o favores en Cuba, sabe que no es así. Al contrario, el cubano es de una persistencia abrumadora; busca sin cesar a quien pueda ayudarle a resolver el problema de vivir; no le deja dormir tranquilo, le sorprende en los más inesperados lugares, se hace de su teléfono y lo llama a toda hora. Gracias a esa persistencia el cubano resulta muy apto para cualquier cargo en que sea necesario convencer a los demás; y gracias a ella el país se nubla de profesionales, médicos que hacen su carrera con infinitos trabajos, ingenieros y arquitectos muy capaces, la gran mayoría de ellos salidos de las clases más humildes.

Hay varias universidades en la isla, con más de veinte mil estudiantes en total; y a menudo se ve a muchachas y muchachos con el libro bajo los ojos mientras viajan en ómnibus, o en la mesa del café mientras esperan que les sirvan un refresco. La voluntad de luchar y de triunfar es una manifestación del carácter nacional. No han salido de la nada las grandes ciudades de Cuba, las enormes empresas creadas y manejadas por criollos, los centros de cultura y las privilegiadas cabezas del país.

Esos sociólogos —cubanos casi siempre— que achacan pereza al cubano, olvidan que ningún grande hombre es superior

a su pueblo, así como ningún pueblo es superior a sus grandes hombres. En todas las ramas del saber, del arte y de la actividad humanos, Cuba ha dado figuras eminentes.

Por los mares de las islas, en un rincón del Caribe, me hice un amigo cubano, largos años atrás. Un día lo hallé en La Habana; y tras el afectuoso abrazo vino la invitación para que visitara su casa, "allí mismo". "Allí mismo" era a seis cuadras; pero fui. La sala estaba llena de muñecas, lindas y vistosas muñecas trajeadas de rumberas, de pastoras suizas, de muchachas danesas.

—¿Y tu hijo? —pregunté recordando que viajaba con él un mozuelo de diez o doce años.

—Trabaja en una oficina.

—¿Y tu mujer? Me gustaría saludarla.

—Es maestra y está ahora en su escuela.

—¿Y a qué te dedicas tú?

—Hago muñecas, mi mujer las viste cuando está en la casa y mi hijo y yo las vendemos a las tiendas o en las fiestas públicas de los pueblos cercanos.

Como esa familia hay docenas de miles en Cuba. Es inexplicable que se le llame perezoso a este pueblo. Innumerables muchachas que estudian o enseñan toda la semana visitan los domingo, en son de trabajadoras sociales, las casuchas de los barrios de extramuros de La Habana. Van en pos de enfermos, de mujeres y niños necesitados, y luego les buscan empleo o camas en los hospitales. Esas muchachas actúan así sin remuneración alguna con la esperanza de ganarse puestos en los servicios del Estado. Han cambiado los tiempos, es claro, y el cubano quiere conquistar cargos seguros. Además, las leyes de la revolución, que fijaron mejores jornales, que impidieron el despido de los obreros y libraron a gran parte del pueblo de despertar cada mañana con la angustia de pensar si ese día, al llegar a la fábrica o al campo, le dirían o no que

quedaba relevado, y los fondos de retiro que siguieron a tales leyes, han creado en los cubanos, que por juventud o por otra causa no tienen trabajo, un tormentoso sentimiento de inseguridad; y para vencerlo luchan denodadamente. Tal vez en pasados tiempos no fueran así. Ahora resultan persistentes, combativos. Acaso sean activos con exceso.

Leyendo a editorialistas, comentaristas y agitadores políticos de la isla halla uno que en general los guías intelectuales de Cuba son pesimistas o tienen una falsa idea de su pueblo. La Cuba que ellos describen es un caos, un conglomerado apático o una multitud irresponsable y sin sentido nacional. Con escasísimas excepciones, la prensa y la radio difunden ese criterio. Sin embargo eso no mella el espíritu de lucha con que el cubano se enfrenta a la vida, la fe con que abre empresas, el optimismo fundamental que le anima. “No hay problema”, dice el hombre de la calle cuando algún tropiezo detiene su camino; “el problema es morir”. Esto es, mientras haya vida debe haber esperanza.

Y con esa voluntad de no cejar, amplía las ciudades, crea otras, levanta fábricas, funda bancos. De año en año se ve al país crecer, se multiplican las escuelas, se levantan hospitales, aumentan su circulación los propios periódicos en que con tanto pesimismo se pinta al cubano. Tal vez la explicación de ese divorcio entre lo que piensan los directores intelectuales del país y lo que sienten sus masas esté en el hecho de que todavía aquellos no se han hecho cargo de la transformación que está sufriendo la psicología nacional; acaso tenga parte en ello la circunstancia de que en su vivo deseo de superarse, de ser cada día más culto, más civilizado, más rico, el pueblo necesita el estímulo de una voz que está siempre destacando algo feo, aunque no exista lo feo, o aumentando a proporciones fementidas el pequeño acontecimiento de cada hora.

Leyendo la prensa cubana u oyendo su radio, un extranjero creará, en los primeros tiempos, que de momento va a ocurrir una desgracia nacional. La sensación de inestabilidad general se adueña de uno. Al extraño le resulta asombroso ver, al cabo de una semana, que todavía no han asaltado el edificio del tesoro nacional, que la multitud no ha entrado a saco en el palacio presidencial, que no haya siquiera un crimen espeluznante cada veinticuatro horas, que las mujeres puedan transitar a altas horas de la noche por avenidas o calles solitarias sin que nadie las ataque.

El cubano no se da cuenta de ese clima excitante que le rodea. Porque el cubano vive excitado, pero sólo en apariencia. Y su excitación —y esto es uno de los grandes misterios del genio nacional— parece ser una manera de reunir todas sus energías íntimas para dirigir las hacia la conquista de la felicidad por la jubilosa ruta del hedonismo. El cubano tiene el talento hedonista.

Siempre que he dicho la frase que acabo de escribir, los aprendices de filósofos y de sociólogos han abierto los ojos y me han mirado con la orgullosa piedad de su sapiencia. Pero yo insisto en que el cubano tiene el talento hedonista. Se requiere una especial conjugación de sensibilidad e inteligencia para poseer, como lo posee ese pueblo, el don de aprehender en cada cosa la esencia jugosa del placer o el justo matiz llamado a producir el deslumbramiento del gozo. Desde su más tierna infancia el cubano sabe distinguir entre lo bonito y lo feo, y lo expresa; entre lo bueno y lo malo cuando estos valores se refieren a calidades. Un sabio instinto lo dirige hacia lo placentero. Vive con el cuerpo y procura no agotarlo. Disfruta el baile como si a través de sus huesos y de sus venas la música pasara en rauda ascenso, haciéndole estremecer cada músculo. Conoce casi por adivinación la buena comida, la mejor tela, el

perfume de categoría. Y transita por el mundo psicológicamente cómodo, porque rehuye las inhibiciones y no teme a los complejos.

Jamás receloso o reservado, el cubano ha logrado estabilizar un concepto general que hace imposible la existencia del hombre taimado, del que acecha el descuido o la debilidad de otros para beneficiarse. El cubano no puede concebir que en su presencia nadie pretenda ganarse un cliente, ofreciéndole mejor precio o mejores condiciones que los que él da, como tan a menudo ocurre por ejemplo entre choferes o vendedores de chucherías en otros países; esa competencia a gritos es para el cubano insultante y humillante, como es humillante cualquier esfuerzo por perjudicar a un rival, si no es limpio y, como dicen en el país, “leal”.

Nunca en pueblo alguno le ha sido dado a un extraño ver, como se ve en Cuba, a la gente con el alma desnuda. Es el único país donde aquel que siente miedo dice, con la tranquilidad interior de quien comenta el estado del tiempo, que es cobarde; o en que una mujer enamoradiza confiesa de primera intención que no puede vivir sin tener hombre a quien querer. El cubano nunca engaña. Puede mentir; ofrecer algo que después se vea impedido de cumplir. Pero en lo que se refiere a sí mismo, a cómo es o a cómo no es, no engaña. Lo que le indigna, le indigna, sea moral o inmoral; y lo dice sin demora ni preámbulo, expone sus propósitos; y cuando tiene que hablar bien de sí mismo lo hace con tanta espontaneidad y con tanto calor como cuando tiene que dar cuenta de sus debilidades.

La sinceridad no es en Cuba una virtud; es un hecho cotidiano, simple, elemental. Así se explica que el cubano necesite de libertades públicas, sin las cuales no podría vivir. Tratar de violentar a ese pueblo para que no proteste, no juzgue, no exprese su sentir es una locura, porque está hecho a protestar

de sí mismo, a juzgarse a sí mismo, a expresar sin traba alguna lo que opina de sí. El gobernante que no respete esa manifestación del genio nacional será unánimemente repudiado.

El sentido de convivencia, el hedonismo y la sinceridad, la inconsciencia con su secuela de escasa cortesía; todas esas manifestaciones resultan lógicas y naturales en un pueblo que detesta ocultar los complejos, porque eso lo hace infeliz. Esa tierra es el paraíso natural de los tímidos y los contenidos, de los amargados y los misógenos; de quienquiera a quien el medio donde haya crecido le haya deformado el alma con la carga de alguna inhibición. Pues en Cuba tal quebranto del ánimo no podrá perdurar.

La isla fascinante no está sólo iluminada por su brillante sol, sino, además, por la salud psicológica, por la actitud natural, sana, virginal, si se quiere, del pueblo que la habita. En toda su extensión corretea un resplandor de alegría y comodidad espiritual. Nadie vive a la defensiva ni nadie ofende. La propia inconsciencia no molesta, porque se aviene uno a ella y acaba usándola como un amortiguador. Solar del afecto y de la risa, no podría concebirse Cuba sin la “coba” y el “relajo”, dos formas de la convivencia que sólo en Cuba se dan y cuyos valores humanos sólo en el mercado social cubano tienen circulación.

La “coba” es la súplica popular y cariñosa, una manera dulce de pedir, libre de dramatismo, lo más lejano de lo trágico que pueda concebirse. El hijo usa la “coba” con la madre cuando quiere obtener algo de ella; la madre la usa con el marido o éste con su mujer para aplacar un brote de celos o un malentendido. El policía que detiene al automovilista porque ha infringido la ley del tránsito, espera pacientemente, mientras llena su libreta con las generales del infractor, que aquél le “tire su coba”, esto es, le explique en son afectuoso a qué se debió la falta; y a mí mismo me ha sucedido que habiéndome quedado callado, el policía me haya dicho, asombrado de mi actitud:

—Pero, amigo, ¿por qué no dice algo?

Porque en Cuba nadie desea ser riguroso, y la mejor manera de evitar el rigor es con una “coba” a tiempo. En la “coba” no hay sumisión, no hay abyección. Difícilmente un cubano resiste a la “coba”. Tierra del azúcar, la “coba” es el azúcar de la convivencia.

El “relajo” es otra cosa; es el producto del odio al orden, como el “choteo” es el producto del odio a lo solemne. El “relajo” es la libertad de cada quien para actuar como desee. Algún que otro pensador cubano que no ha comprendido el genio nacional de su país ha clamado porque Cuba se convierta en un país metódico, regido por la lógica, donde la gente llegue a sus citas cortando el reloj, donde los burócratas trabajen hasta el último minuto, donde los políticos hablen con ecuanimidad. Ignoran que Cuba fue formada por gente sin más ley que su voluntad, hecha a rebelarse contra la amenaza de la muerte inminente, y que después la isla fue, con escasos paréntesis, un emporio de riquezas cada vez en aumento; y con aquella tradición y con la facilidad para vivir, la gente que usufructuaba la riqueza no se sometía a disciplinas y el pueblo procuraba rehuirlas, porque a él poco beneficio le tocaba del estado de cosas en que vivía; y por último, los señores no daban ejemplo en qué sustentarse para reclamar de las grandes masas conducta diferente de la suya.

El “relajo”, desde luego, tiene un límite; pues está bien que cada quien viva como le venga a bien, pero no a costa de los otros. Entre la palabra usada en Cuba y el “relax” norteamericano hay una sutil identidad; porque con el vocablo cubano se define una forma especial de descanso; es hasta cierto punto un grado de liberación de la fatiga que da estar pensando a cada minuto si a tal hora hay que ver a fulano, si a zutano le agrada esto, si a mengano no le gustará aquello. Se cuenta que a pocos años de instaurada la república, el

gobernador de una provincia que era a la vez coronel veterano de la guerra, telegrafió al presidente, desde Santiago de Cuba, en estos o parecidos términos: “Tras no hallar en autores antiguos ni modernos una palabra que defina la situación de Cuba, he dado hoy con ella: Presidente, esto es un relajo”.

A menudo los directores y formadores de opinión, políticos y pensadores, acometen la tarea de dar nuevo sentido a la vida de un pueblo. Pero si ignoran cuál es el genio nacional de ese pueblo, yerran el camino, como lo erró Benito Mussolini, que pretendió hacer de Italia, tierra de artistas, de sabios y de gente que ama la vida, un nidal de águilas imperiales erizado de ametralladoras y poblado por voces de cornetas. El fascismo italiano perduró mientras los italianos no tuvieron que estrenar sus ejércitos; entonces recomprobó que Mussolini hacía edificio sobre falsos pilares, porque el genio nacional de Italia no la llamaba a las guerras de conquista. El genio nacional de Cuba no llama al orden a la isla fascinante.

Y hay que dar gracias a los dioses, porque así sea. Pues en un mundo donde el orden industrial, la seriedad fabril, la lógica de las maquinarias mantiene a las multitudes bajo la amenaza de una próxima hecatombe cuando todavía no se apagan los ecos de la anterior —y en esto andamos desde hace largas décadas—, el libre vivir de los cubanos es un remanso encantador, una hechicera bahía moral donde la criatura de Dios halla fuerzas, alimentándose en la alegría de vivir, para proseguir con la pesada carga con que la humanidad viene fatigándose y llenándose de amargura.

El extranjero que pasa por Cuba acaba amando el “relajo”; admite desde luego que los pensadores y los políticos traten de enmendarlo y traten sobre todo de que no se desborde hasta convertirse en un vicio. El propio pueblo sabe, sin embargo, hasta qué límite debe usarlo, porque es a él a quien se le oye a menudo, en la voz de un mujer o de un

anciano, de un letrado o de un obrero, cuando cierta medida está colmada: “El relajo con orden, caballeros”. Lo que querríamos quienes hemos aprendido en el ejemplo del cubano a amar la vida tal como ella es, sin falsearla para someterla a esquemas absurdos, es que en esa lucha contra el encantador “relajo” se llegue hasta un punto en que se reconozca su conveniencia y utilidad. Pues, de lo contrario, llegará el día en que oiremos otras voces advertir: “El orden con relajo, caballeros”.

Tiempo atrás numerosos comerciantes habaneros protestaron de que se les echaría de sus negocios, porque las casas en que los tenían debían demolerse para dar paso a una nueva avenida; el Ministro de Obras Públicas declaró que esos comerciantes eran retrógrados, gente sin mentalidad moderna, “unos alpargateros”, en fin. Al día siguiente, los adversarios políticos del Ministro fueron al salón de espera del palacio presidencial calzados con alpargatas. Mientras Chibás se hallaba entre la vida y la muerte, los altos funcionarios públicos a quienes combatía hicieron declaraciones lamentando la trágica decisión de su opositor; y las hicieron a conciencia de que todos los cubanos, aún los más acérrimos adversarios del líder en desgracia, aprobarían tal actitud. Pero el Presidente del Senado, alta figura gubernamental, procedió de otra manera y fustigó al herido. En solemne reunión con acta labrada, un grupo de partidarios del líder suicida resolvió enviar al Presidente del Senado, y así lo hizo, cuatro herraduras para que las usara.

Así son los cubanos. En la dramática hora del dolor o en la dura hora de la lucha por la existencia, negando la ascendencia castellana que encauza su energía por lechos de sangre y de violencia, el cubano vence a la fatalidad con el buen humor. ¿Qué podía hacer aquel Ministro de Obras Públicas ante la elocuencia de sus adversarios calzados con alpargatas; qué el Presidente del Senado ante la presencia de esas cuatro herraduras?

El cubano detesta la tragedia. Por una de esas aparentes contradicciones de su carácter nacional, que tanto desorientan a los observadores, ama la palabra desnuda, la acusación directa o la rebeldía contra el poderoso, contra quien detente el poder. Instintivamente, sabe que del poder le puede venir la regulación, el orden que él teme, la persecución que odia, la restricción que repudia. El poder es una amenaza pendiente sobre su gozo de vivir sin trabas convencionales. Por eso prefiere, entre los políticos opositoristas, al que se enfrenta al gobernante sin la más leve sombra de temor. Pero no desea la tragedia; mientras puede la rehuye, la esquiva. El cubano no ha nacido para gastar su energía en alardes dramáticos, sino para conquistar con ella el derecho a una vida hermosa, cómoda, jubilosa. El talento hedonista lo ha llevado a descubrir el fin verdadero de la vida, que es disfrutarla con generosidad y nobleza.

Las apetencias de vivir se exaltan en Cuba. Pueblo de alegría elemental, hace su ámbito sonoro; lo llena de un encanto sin igual, tan luminoso y tan transparente como su luz, tan atractivo y bello como sus mujeres; tan lleno de fascinación como esos paisajes de sueño que a lo largo de la isla enlazan la llanura y la montaña, la tierra y el mar, el aire y la luz.

Cuba ha descubierto el sentido de la vida que han estado persiguiendo, sin alcanzarlo, todas las civilizaciones del mundo occidental.

II LA APOTEOSIS DEL HEDONISMO

El hedonismo es una actitud tan natural en Cuba, que el extranjero lo advierte de inmediato. El cubano ama la vida, y empieza amando el propio cuerpo, raíz y asiento del hecho vital. Son múltiples y constantes las manifestaciones de ese sentimiento; y de ellas las más elementales y corrientes, son el baño, la buena mesa y la preocupación por la salud. El baño diario es una institución en la isla, y el negro más pobre o el campesino más aislado le rinden tributo a esa institución.

Así se explica que jamás se sienta en Cuba ese mal olor que trasciende de aglomeraciones en cualquier otro país, y eso a despecho del clima de la isla, que en ocasiones resulta fuerte. La buena mesa depende, como es claro, de que sean mayores las entradas económicas familiares; pero puede asegurarse que es regla sin excepción el aumento de la mesa tan pronto crecen las entradas. En cuanto a la salud, la servidumbre que le ofrece el cubano se mide por el número de médicos, que acerca a uno por cada mil habitantes, y en el alto volumen de la industria farmacéutica del país y de las importaciones de medicinas. Ni aun el más pobre de los cubanos deja de visitar al médico al primer asomo de quebranto. La práctica constante de la profesión, que se deriva de esa atención que presta el pueblo a su salud, es lo que ha propiciado la alta capacidad que se le reconoce en todas partes al médico cubano.

Tras las manifestaciones elementales del hedonismo vienen las derivadas; esa perpetua hambre de afectos, por ejemplo, y la limitación del arte popular a dos que se realizan con el propio cuerpo, como son el baile y la música.

En Cuba se dice que “amigo es una palabra muy grande”, frase en la cual parecería ir implícito un mandato de selección. Sin embargo, no es así. El cubano está siempre dispuesto a dar y a recibir el don de la amistad. No hace reservas al conocer a una persona, no esconde su intimidad, no se guarece en sí mismo esperando descubrir las buenas cualidades o los puntos débiles de aquél a quien ha empezado a tratar. La tradición del país es que la gente procure “caer simpática”, esto es que se muestre extrovertida, natural. Lo contrario, sería “ser pesado”, el más grande de los infortunios en Cuba. Pues quien “cae pesado” ofende al genio nacional; no ejerce la cordialidad y por tanto no recibirá su buena aura. Se puede ser introvertido —lo cual aisla en Cuba a la persona— por muchas causas, entre otras, por timidez; pero en la isla fascinante las causas no cuentan en la hora de producir la primera impresión. De manera que una persona preocupada en problemas trascendentes resulta clasificada a la misma altura que una orgullosa.

Por diversas razones puede caerse en la familia de los “pesados”, especie de leprosos psicológicos en un país donde el ser humano desea vivir calentado no solo por el sol del trópico, sino también por una hoguera de afecto. Pudiera ocurrir que, siendo como es tan sagaz para conocerse a sí mismo, el cubano tenga la oculta sospecha de que es excesivamente extrovertido, razón por la cual el introvertido le resulte una acusación viva, una especie de fiscal; y tal vez haya ahí una causa inconsciente de su desdén por el introvertido, pues que le disgusta hallarse junto a su callado acusador.

Hacerse amigos es obra muy fácil en Cuba. No se requiere, como sucede en países de gente introvertida, el largo trato, el

conocimiento íntimo de las dos partes; basta con que haya simpatía mutua. La identidad de sensibilidad, de propósitos o de ideas, la mutua admiración y el mutuo respeto no son requerimientos indispensables para la amistad en la isla fascinante. Pues ocurre que el pueblo es fundamentalmente igualitario; no reconoce la división de castas, no admite barreras tradicionales; así, pues, el movimiento de su alma hacia el afecto amistoso no está supuesto a producirse solamente en círculos limitados. Un distinguido abogado puede ser, y a menudo lo es, amigo de su limpiabotas o de un soldado, o una dama del elegante barrio de Miramar se siente amiga verdadera de una campesina pobre. En Cuba es normal que tan pronto dos personas comienzan a tratarse empiecen a ser amigas; y ni la que necesita un servicio piensa que el corto trato es obstáculo para pedirlo, ni la que puede ofrecerlo cree que debe medirlo según el tiempo del conocimiento. En muchos otros países el derecho de pedir un servicio y el deber de concederlo, dan la medida de la amistad.

La amistad es en Cuba un fenómeno tan natural que no se mantiene viva a base de cortesía. Sin embargo, su presencia se siente en todas partes. Dos amigos se quieren y a menudo pasan años sin verse; muy difícilmente se cartean, apenas se visitan. Pero en las horas de prueba, cuando la desgracia planta su tienda en el hogar de uno de ellos, el otro llegará en alguna forma, bien a acompañar el cadáver familiar hasta el cementerio, bien a facilitar el empleo que se ha perdido, bien a hacer guardia en la cabecera del lecho, si hay enfermos; o, simplemente, ante la solicitud del otro, a quien a lo mejor no ha visto en largo tiempo, moverá cielo y tierra para ayudarle, porque es su amigo. Sin la menor sombra de complejo o de timidez, el amigo visita al amigo para contarle su mal o pedirle su apoyo. No puede haber temor de que se le reciba mal, porque en Cuba, “amigo es una palabra muy grande”.

Hay que hacer una distinción en el caso de la mujer cubana. Ella sí cuida a su amiga; ella la obsequia, la llama por teléfono o la visita; la halaga o la elogia. La cubana tiene siempre una palabra cariñosa para otra cubana; y la halla “muy bonita”, o “muy mona”, o le parece que viste “muy bien”, o que tiene hijos “encantadores”, o que su casa “es una belleza”. Dice eso a su amiga cuando la encuentra, pero lo dice también en su ausencia. A menudo he oído a mujeres cubanas salir en defensa de una amiga no presente, y afirmar que “tiene ojos muy lindos”, si se decía de ella que era muy gruesa, o que “es muy interesante y atractiva”, si se afirmaba que no tenía buen carácter. El caso es que una mujer cubana hallará en todo momento pretexto para destacar lo bueno o lo bello de otra; jamás deja pasar en silencio la ocasión de manifestar su solidaridad con la amiga ausente.

Hay tres fuentes del vívido y fuerte sentimiento amistoso de los cubanos: la necesidad de querer, la capacidad de agradecer y el concepto de la igualdad. La gratitud es la flor de las virtudes, y allí donde ella se produce hay otras virtudes. Donde no crece la gratitud no hay fuente emocional alguna. En Cuba es un delito moral ser ingrato, como es un crimen no tener capacidad para querer, o manifestarse adversario del poderoso sentimiento igualitario del pueblo. “Es que no congeniábamos”, decía cierta vez, explicándonos por qué se había separado de su mujer, un escritor amigo nuestro; a lo que el negro Julio, albañil y especie de escudero de otro participante en la conversación, objetó: “¿Pero, qué tiene que ver eso? Ustedes llevan tres años juntos, y el tiempo engendra cariño”. Cualquiera razón es buena en Cuba para fundamentar el cariño; y nunca la hay buena para explicar el desamor.

En Cuba se agradece el amor. Agradece el hijo a la madre que le quiera, y que le haya querido y cuidado cuando todavía él no era capaz de comprenderlo; agradece la madre al hijo

la más leve muestra de interés filial. Como en China, un enfermo cubano jamás cree que ha pagado a su médico, por muy bien que le haya retribuido con dinero su atención facultativa; y el padre de familia de inseguro pasar que paga en la bodega de la esquina la deuda de tres meses, le agradecerá al bodeguero, toda la vida, la fe que tuvo en él y el tiempo que le esperó. La mujer agradece a su marido que entre tantas hembras hermosas la haya escogido a ella; el amigo agradece al amigo esa especie de donación de afecto que es la amistad.

La política, las industrias, el comercio, y, en general, toda suerte de actividad, está en Cuba estrechamente ligada a la amistad. No se concebiría que un gobernante escogiera sus ministros entre personas que no sean sus amigos, ni que un ministro designe subalternos entre desconocidos. Para que un banquero preste dinero, no basta la garantía de ley; es necesario que el favorecido sea su amigo o venga recomendado por un amigo. Es más, a la hora de elegir —siempre que no se trate del Presidente de la República, en cuyo caso es difícil que el votante no tenga hecha una previa definición política— el cubano vota satisfaciendo requerimientos de amigos. Sobre esa base ha proliferado en Cuba la numerosa progenie del “sargento político”, esto es, el buscador de votos profesional. El sargento político mejor cotizado es aquel que con más amigos cuenta.

Sin caer en exageración, puede afirmarse que Cuba es una tierra de amigos; de donde se explica que sea tan fácil hacer y mantener amistades y que haya podido lograrse allí ese clima de convivencia de que se habló en el capítulo anterior. Pues, donde en cada persona, aun en la que es nuestra competidora en los negocios, o nuestra adversaria en las ideas, hay un amigo en potencia, no se explicaría otro tipo de relación que no sea ese. El movimiento espontáneo del alma humana se dirige en los viejos países al aislamiento en pequeños círculos. El

cubano, en cambio, prefiere vivir difundido en el más amplio horizonte de afectos. Quiere querer y que lo quieran, y está siempre dispuesto a ambas cosas. Aspira a atesorar amor; y como no espera hallarlo en la eternidad, lo busca en esta tierra.

Mediante una colectiva sublimación del hedonismo, cada cubano se ama a sí mismo en los demás; y esa forma de amor se llama amistad. Tal actitud tiene sus malos resultados. El amigo se le quiere, no se le juzga, y por tanto, cuando ha cometido un hecho antisocial no recibe sanción de los suyos. Un sociólogo cubano aseguró que en Cuba no se acredita ni se desacredita nadie. Fue un error, porque el pueblo cubano abre créditos de opinión y los retira, según sea el comportamiento de los hombres públicos; lo que sucede es que en la zona de la amistad no se advierten esas alzas y bajas de la reputación; el delincuente no teme, pues, a esa terrible sanción que consiste en perder la estimación de los más cercanos y el afecto de los seres queridos.

Pero en el campo de la opinión pública hay juicio y hay sanción. Es absurdo negarlo, como a menudo lo niegan algunos intelectuales del país. La prueba más elocuente del error en que se debaten esos intelectuales, está en la historia cubana. ¿Cómo, sin una opinión sobre los males coloniales, hubiera podido forjarse la república? ¿Cómo, sin una opinión que distinguiera entre lo malo que se hacía y lo bueno que podía hacerse, se explicarían la tenacidad, la abnegación, el valor del pueblo que mantuvo tan prolongada y cruenta lucha? El hecho mismo de que varios partidos políticos hayan aparecido y desaparecido en Cuba, indica a las claras que esos intelectuales pesimistas no tienen razón.

De manera insensible, pero a la vez infatigable, sin que se le vea avanzar, pero sin que deje de hacerlo, Cuba se encamina hacia un estado de moralidad pública. El pueblo que nació como albergue de mandrines, borrachos y jugadores,

de marinería y soldadesca sin Dios ni ley, de mujerzuelas de los puertos y mercenarios de toda laya, está hoy muy lejos de aquellos días en que los negros “curros” salían de los expendios de bebidas a matar al primer transeúnte que cruzara por su camino; muy lejos de los días en que los campos estaban llenos de bandoleros y asaltantes, muy lejos de la época en que infinidad de luces rojas denunciaban la presencia de los prostíbulos. Uno tras otro, los partidos políticos han ido incorporando a sus programas finalidades morales; y el último de los partidos, que logró interesar a la conciencia cubana se fundó, sobre todo, alrededor de un principio de moral pública: la honradez en la administración del Estado.

Yo había visto al líder de ese partido, Eduardo Chibás, por última vez, unos meses antes de su muerte. Había estado reponiéndose en Estados Unidos de una grave operación, y parecía físicamente recuperado. Nos encontramos en la finca de Miguel Ángel Quevedo, y el abrazo que nos dimos en aquel inolvidable lugar fue el último, aunque yo no lo sospechaba. Estaba allí también Rómulo Betancourt. Con su prosodia difícil y su sonrisa de niño, Chibás estuvo hablándonos de su viaje, de las cosas que dijo en Nueva York acerca de la América Latina. Parecía alegre, confiado. Todo el mundo en Cuba daba por seguro que sería el próximo Presidente de la República.

La muerte de Chibás causó profunda impresión en su país, porque el hedonismo cubano se exalta ante la muerte. El amor al cuerpo, primera y elemental residencia de la vida, se traduce en amor al cuerpo ajeno. De los héroes de Cuba, los que murieron en acción son los que despiertan más respeto y emoción. Ignacio Agramonte, José Martí, Antonio Maceo, Antonio Guiterras, resaltan sobre los demás porque ofrendaron sus vidas. Pero Chibás, además, se mató cuando era un ídolo popular,

justamente cuando mayor altura y mayor extensión alcanzaba su prédica contra la malversación y el fraude. En cierto sentido, su muerte fue un final wagneriano.

Y es que las consignas de Chibás habían estado golpeando en la sensibilidad nacional, en el preciso momento en que esa sensibilidad, oscuramente, pero con dolorosa sensación, comenzaba a reclamar moral administrativa. No la había reclamado antes; y es curioso observar que ni siquiera en la etapa final de la lucha contra la colonia y sus males, esto es, en el movimiento de 1930, se hizo hincapié en la materia. Pero al iniciar Chibás su prédica, ya Cuba había satisfecho su necesidad de libertades públicas, de independencia nacional y de justicia social. El último mal colonial que la agobiaba era ése. Mientras Cuba padeciera un Estado desordenado, habría un aspecto de la colonia sin liquidar. Aunque parezca extraño, la lucha contra la deshonestidad en el manejo de los fondos públicos es un combate de retaguardia contra los restos coloniales. Por eso en tal lucha el pueblo se sintió tocado de manera tan viva; de ahí que Chibás fuera el último de sus grandes dirigentes nacionales.

En los primeros tiempos de la colonia, durante los siglos XVI y XVII, el Estado español fue bastante honesto, aunque, desde luego, no podía decirse lo mismo de los colonizadores. Los funcionarios coloniales debían proceder con suma cautela en cuanto se relacionara con la administración de justicia y con el manejo de los fondos reales, pues la menor denuncia de dilapidación, fraude o malversación, era oída en Madrid, e investigada hasta las últimas consecuencias. La Corte enviaba “jueces de residencia” para que pidieran cuenta a gobernadores, tesoreros y otros delegados de la autoridad real; y era costumbre que al “juicio de residencia” siguiera al cese de las funciones. En tales días el tesoro era del rey, puesto que el rey personificaba a la nación; tocar un maravedí, era, pues, robar a Su Majestad.

Pero, además, la monarquía española era entonces sincera y lealmente católica, de manera que los mandamientos de la Iglesia eran ley inflexible para ella, y entre esos mandamientos estaba el de no robar. Con frecuencia los representantes del rey tuvieron que ser enérgicos frente a los colonizadores, cuyos desmandados apetitos de poder y de riquezas no conocían límites, razón por la cual vigilaban a gobernadores y oficiales, para que no se doblegaran a las exigencias de los colonos; estos, a su vez, veían en los funcionarios a enemigos, y sobre el gobierno central llovían acusaciones contra ellos.

La libertad de queja, opinión y denuncias, que era el clima habitual de la monarquía española en la época, favorecía ese estado de cosas, cuyo resultado era un manejo humanamente honesto de los dineros y de la justicia. Pero a medida que la monarquía española fue corrompiéndose, por razones que no es del caso exponer aquí, el cuerpo de servidores coloniales empezó también a corromperse, al extremo de que ya en los siglos XVIII y XIX —pero, especialmente en el último— se enviaban funcionarios a América —a Cuba y a Puerto Rico, después que Tierra Firme fue libre, y más a Cuba que a Puerto Rico, puesto que la primera era un río de oro—, como quien da un premio, pues tras algunos años de servicio en la isla se volvía a España con caudales. Desde los capitanes generales, que traficaban con el contrabando de esclavos, permitiendo su entrada en el país a cambio de una onza de oro por cabeza, hasta el más modesto recaudador de impuestos, la enorme mayoría de los peninsulares que llegaban a Cuba como funcionarios del gobierno central, se hacían en poco tiempo de fortuna. Del dinero de los hospitales se recortaba el dedicado a medicinas, alimentos, ropas y otros gastos de los enfermos, y la diferencia iba al bolsillo de los administradores; lo mismo se hacía con los fondos destinados a los presos, o con los que habían de consumirse en el mantenimiento de las guarniciones

españolas. Todo el régimen colonial fue, en tal sentido, una podredumbre; y tal podredumbre formó tradición, al extremo de que la república heredó el mal.

Se da en Cuba la circunstancia de que ese mal haya coincidido, a la vez que como supervivencia de un vicio colonial, con el momento en que la economía del país va convirtiéndose en industrial. Cuando las industrias proliferan el fraude en el cobro de impuestos, los favores ilícitos concedidos desde el poder público, pasan a ser de hecho privilegios en beneficio de unos cuantos y en perjuicio de muchos; pues el fabricante de tejidos que deja de pagar sus derechos de aduana o el impuesto sobre la venta, porque es amigo de un funcionario de la Hacienda Pública, o porque es su socio, puede vender sus productos a mejor precio que sus competidores. Y como no se roba al Estado si no es a través de negocios con comerciantes o industriales, esto es, con los llamados a pagar impuestos, o con los suministradores, la inmoralidad en la administración es una fuente de daños directos al desarrollo de la economía nacional.

Así, en Cuba coincidieron los dos aspectos del mal con la aparición de un agitador excepcionalmente bien dotado para destacar el mal y levantar contra él un movimiento de opinión de vastas proporciones. La sola existencia de ese movimiento indica a las claras que Cuba persigue, como nación, fines morales.

Cuarenta años antes del día en que una silenciosa multitud se congregó tras el cadáver de Eduardo René Chibás, había habido en La Habana otro entierro célebre. Fue el de una figura totalmente opuesta a la del dirigente ortodoxo. Aquel hombre se llamaba Yarini y explotaba la prostitución en los barrios bajos de la ciudad. Murió a tiros, en duelo irregular con competidores franceses. El cambio que se ha dado en las costumbres públicas del país puede medirse por esos

dos entierros. Además de proxeneta, Yarini era sargento político, y reclutaba a sus votantes en esa zona humana desclasada que vive a la sombra del vicio. En aquellos días en que el cubano tenía cerradas las puertas del bienestar, y por tanto las de la cultura, y por lo mismo no tenía acceso a la gran plaza donde se ventilan los problemas públicos, muchas familias ganaban malamente el pan a las sombras del lupanar, si era allí donde lo hallaban. Se vivía en los años de derrota moral que siguieron a la última guerra contra España; los años dolientes de la frustración, los años en que Cuba se les iba a los cubanos. Para esa gente de los arrabales del pecado, Yarini era un símbolo del triunfador generoso y del hombre sin prejuicios. Nacido en familia prestigiosa, había descendido hasta ellos, pero no para ayudarlos, como ellos creyeron, sino para explotarlos. Hoy no hay un Yarini en Cuba. Hubo un Chibás. La diferencia entre ambos es proporcional a la distancia que ha recorrido el país en menos de medio siglo. Para tener un entierro nutrido, como fue el de Yarini, hace falta ahora pregonar todo lo opuesto a lo que hizo él.

La campaña moralizadora de Chibás no fue obra suya, creación personal. En otro momento histórico hubiera podido enarbolar el mismo estandarte sin que el pueblo lo hubiera seguido. Su razón de ser como director de un movimiento de opinión pública que llegó a tener la fuerza de un torrente, estuvo en que él representó un deseo de Cuba; encarnó una demanda de las masas; se convirtió en el portavoz de un anhelo general. Pues habiendo avanzado a grandes pasos, casi a zancadas, en otros aspectos de la vida nacional, el pueblo necesitaba avanzar también en ése. Luego, hay un propósito moral en Cuba.

Ese fin moral no puede medirse solamente por la inmoralidad que supone el enriquecimiento de algunos a la sombra de funciones públicas. Hay en el fondo de la actitud de los

cubanos contra la administración deshonesta una razón de mucha más hondura moral, si es que ésta ha de medirse por módulos de justicia general. El cubano detesta el privilegio. La organización del sistema colonial, con su escala de beneficiados ilícitamente, puede haber creado esa especie de odio instintivo natural y potente, que se advierte en Cuba, contra todo privilegio que esté fundamentado en concesiones, legales o no, obtenidas con el favor oficial. “La república no reconoce fueros ni privilegios”, afirma la constitución; y esa frase es la expresión de un arraigado sentimiento popular.

El pueblo es enérgicamente igualitario. Ningún cubano podría concebir que haya en la vida pública alguna puerta cerrada para él o para otro cubano. No hace falta que se lo enseñen en la escuela; él crece aspirando en el medio ese sentimiento de igualdad, esa noción de que nadie nace con títulos superiores a otro. Ese concepto debió estar generalizado entre los conquistadores españoles, puesto que sin él no se hubieran alzado desde la oscuridad de sus vidas hasta la altura que alcanzaron, gentes como Francisco Pizarro, Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa; pero España regimentó después a la sociedad colonial, y se nacía noble o plebeyo, con derecho a usar tales prendas o a no usarlas, según se tuviera o no “limpieza de sangre” y títulos aristocráticos.

En Cuba no arraigó esa división de la gente en castas. Pero además, el cubano está siempre en actitud de defender el derecho de otros a que se les trate en pie de igualdad; de ahí que los partidos políticos de verdadera fuerza popular comenzaron con el Liberal, cuando se vio que, ya en el poder, este mantenía abierto el despacho del presidente para cualquiera cocinera negra o para los jornaleros del campo. El torrente del pueblo entró en el autenticismo —el Partido Revolucionario Cubano— por igual causa, si bien ya en 1934 no le bastaba al cubano de la calle ser recibido en palacio y tratado de igual

a igual por el gobernante, sino que quería, además —lo cual obtuvo, por cierto— medidas que convirtieran ese sentimiento igualitario en igualdad de oportunidades para trabajar, para llegar a las posiciones de mando del país, para disfrutar de la libertad y de la riqueza.

En la popularidad de la campaña contra la inmoralidad administrativa se halla también esa voluntad igualitaria. Pues de hecho hay privilegios en favor de los funcionarios públicos cuando estos pueden acumular dinero que no han ganado lícitamente, por lo menos en la medida en que es lícito el amontonamiento de caudales en los regímenes capitalistas. Y ese privilegio es una injusticia social; señala una negación a la voluntad igualitaria del cubano; denuncia que hay una grieta por la cual escapan todavía las desigualdades de otro tiempo, contra las cuales tantas generaciones de cubanos lucharon, con ofrenda de los bienes, la tranquilidad, la vida y el honor.

Como en todo grupo social, los partidos políticos responden en Cuba a necesidades colectivas, a demandas de la historia. La pasión política depende mucho de la importancia de esas demandas, diríase que hasta de la urgencia en satisfacerlas; pero depende también del carácter de los dirigentes. La dosis de pasión, de disciplina y de autoridad que impongan los jefes políticos, determina, a menudo, el grado de fidelidad o de fanatismo de sus partidarios, y por tanto, el grado de odio o de indiferencia con que sean vistos los restantes partidos y sus afiliados. Influye en lo último, desde luego, la mayor o menor saña con que una idea política sea perseguida, la manera en que sea tratada por el adversario.

Pero en Cuba la pasión política, el odio al contrincante, tiene un límite. Hablamos de las actuales características de la psicología criolla y pasamos por alto situaciones transitorias. Otras veces no fue así; pero antes, nunca llegó Cuba a integrarse como lo está hoy. Hoy es cuando el cubano es lo que él

es, sin que su alma colectiva se vea deformada por presiones externas. Ahora es libre, y libremente se manifiesta. Por encima de la vehemencia y de los intereses de partido, se impone la convivencia cubana, ese respeto al derecho que la gente tiene hasta a cometer errores, esa capacidad de comprensión, esa ausencia de rencores, esa frialdad para reconocer en los adversarios el móvil de sus actos.

El cubano ama el cuerpo humano; pero sucede que el cuerpo es el habitáculo del alma, su “residencia en la tierra”, para usar una frase feliz de Pablo Neruda. Y la atención que pone el cubano en estudiar el alma humana es cosa sorprendente, así como es sorprendente su capacidad para desentrañar las secretas raíces de todos sus movimientos. El don de explicar por qué la gente procede así o de tal manera, no es en Cuba privativo de las personas cultas; es una cualidad nacional, una capacidad generalizada, una especie de habilidad que el cubano adquiere, sin darse cuenta, desde la infancia. Esa estupenda habilidad se aplica también al hecho político. De ahí que una vez vencido el adversario, la flor de la amistad renazca entre los que fueron rivales. Es la actitud que el pueblo resume en una frase: “Estamos entre cubanos; aquí no ha pasado nada, caballeros”.

Es posible que algún lector halle exagerada mi relación de casi todas las manifestaciones psicológicas del cubano con su actitud hedonista. Pero no hay otra explicación si se quiere conocer la fuente de las reacciones de este pueblo. Ahora bien, el hedonismo cubano, ¿de dónde procede? No es español, o, por lo menos, no es castellano. Y fue Castilla quien descubrió y colonizó a Cuba, aunque el gran torrente inmigratorio que enriqueció al país, especialmente entre los siglos XIX y XX, procedió sobre todo de Asturias y Galicia.

Ese don natural del cubano para rehuir lo doloroso y molesto, y la capacidad para escoger siempre, de manera casi instintiva, lo bueno y agradable; su amor pagano por

el cuerpo y por el alma que en él reside, ¿qué orígenes tienen? Insisto en afirmar que tuvieron mucho que ver en ello los dos factores claves de la vida cubana: la formación histórica inicial, en La Habana, como albergue de marineros y soldados que constantemente tenían ante sí la amenaza de la muerte; y la enorme riqueza que el país desarrolló en poco tiempo.

En los años de la lucha había que arrancarle a la vida cuanto ésta pudiera ofrecer de placentero; cuando la riqueza abundó, el placer se compraba con facilidad. Se compraba en todo: en buenas casas, en ropas lujosas, en perfumes, en comida rica, en carruajes cómodos. El ambiente físico resultaba propicio a tal actitud; pues el calor dominante imponía puertas abiertas, vestidos ligeros, fuga hacia el campo en busca del aire fresco; y para colmar esas solicitudes del ambiente, el buen hado de Cuba quiso que al cabo de prolongados cruces en su tierra se produjera un tipo humano hermoso, sobre todo, un tipo de mujer lleno de hechizos.

Además, en Cuba no gravitaron las severidades con que la Iglesia Católica, servida por los instrumentos de persecución que le brindó el Estado español, contribuyó a deformar el alma de los pueblos en otras regiones del imperio ultraatlántico de España. En tal sentido, Cuba fue realmente una isla, por aislada. No se conocen en la historia del país sacerdotes de severa intolerancia, fanáticos religiosos; en la conciencia cubana no hay recuerdos del Santo Oficio, de autos de fe. Fue quemado Hatuey, el cacique indígena; pero eso ocurrió en un lejano rincón de la zona oriental, y no tuvo resonancias en La Habana, por entonces cabeza y corazón de Cuba. Los indios desaparecieron relativamente pronto. Y cuando empezó la importación de esclavos la Iglesia toleró que fueran adaptándose poco a poco a la religión católica.

No era posible forzarlos a creer en Cristo y en el Santo Padre, quemando a unos cuantos de ellos para edificante ejemplo de los restantes, porque el africano costaba dinero, harto dinero, y no era cosa de exponer bien tan caro a la pérdida total, mediante la hoguera, sólo para que, a cambio del sacrificio del amo, que había pagado por él buenos escudos, se aseguraran en la gracia del Señor unas cuantas almas rústicas. Al fin y al cabo, al indio podía obtenerse en alegres cacerías, al bajo precio de algunas jornadas a caballo, validos de perros, por entre las serranías. Por otra parte, el indio probó pronto ser una adquisición de poco rendimiento, porque no sabía o no quería trabajar; y prefería suicidarse comiendo lodo. Sobre este pequeño inconveniente estaba la prédica de los frailes dominicos, a los cuales ponía oído el Emperador, y las Leyes de Indias, que, para desdicha de los colonizadores, estaban siempre protegiendo a esos gentiles sucios e ignorantes.

No; el colono no podía consentir que sus negros, los negros que él había comprado a buen precio de oro, los negros que sembraban la caña y la molían, que hervían el guarapo y encajonaban el dulce —esos negros que iban haciendo rico al país y, por casualidad, a sus amos— fueran perturbados, amenazados con hogueras, espantados al extremo de que huyeran a los bosques. El señor vicario tenía que comprender sus razones. Lo mejor era dejar al negro que poco a poco fuera adaptándose al medio cubano; que lo hiciera de manera tan lenta, tan insensible, que él mismo ignorara su pausada transformación. Hasta se le debía dejar que adorara sus propios dioses, por lo menos durante los primeros tiempos. La Iglesia debía y podía ser tolerante. Ese largo proceso asimilativo entraba, por lo demás, en sus tradiciones.

Y así se hizo. Fue un acuerdo no escrito, no especificado, sin contratos ni labrado de actas. La única constancia que nos queda de tal acuerdo es el hecho histórico en sus

frutos actuales. La Iglesia Católica no ejerció discriminaciones ni persecuciones en Cuba; y los resultados han sido ejemplares, evidentemente muy buenos en la integración de la nacionalidad. Pequeñas manchas en tal conducta, como la prohibición de que músicos negros tocaran en las iglesias, en nada afectan el resultado final. Esa conducta llegó a ser tan amplia, que ni siquiera se persiguió a los comerciantes extranjeros, a los odiados “luteranos”, a quienes el Santo Oficio había cerrado las puertas de España y de muchos reinos de América. Si bien es verdad que de haberse dado tal persecución, las repetidas rebeldías en masa de algunas zonas, como una ocurrida en Bayamo en el siglo XVI, hubieran dejado mal parada la autoridad española en la isla. Porque el contrabando mantenido por ingleses, holandeses y franceses, en la parte oriental, facilitó el desenvolvimiento económico de tales regiones, y a menudo sólo ese contrabando evitaba que los pobladores abandonaran las nacientes ciudades.

Cuando pasaron los años de fanatismo inquisitorial, y España perdió el imperio, ya Cuba estaba formada; además, la Iglesia Católica española no fue en el siglo XIX, lo que había sido antes. Puede afirmarse que una corriente de temperatura liberal había ganado el alma de la sacristía. Incontables sacerdotes habían participado en las luchas libertadoras de América, algunos de ellos, con tan alta categoría como Hidalgo y Morelos, en México. La Iglesia española no hizo esfuerzo por llevar a Cuba métodos reaccionarios. Dejó que los esclavos, los cuales afluían al país en corriente enorme, siguieran acomodándose lentamente al nuevo ambiente; les toleró sus ritos, les permitió que celebraran sus fiestas semirreligiosas en los atrios de los templos.

En países donde no se hizo necesario llevar esclavos africanos, porque la indiada era numerosa y fuerte y más evolucionada que en Cuba —como sucedió, por ejemplo, en el interior

de Guatemala, poblado por los mayas—, la Iglesia española procedió como en Cuba. Así se explica que haya similitud en el desarrollo religioso de ambos pueblos. Yo he visto en Chichicastenango, a la sombra de los volcanes, la llegada de los indios al templo en cuya puerta queman un incienso del país, el mismo que antes del Descubrimiento quemaban ante sus ídolos; los he visto alfombrar con pétalos de rosas el áspero piso de la Iglesia; encender velas sobre él, colocándolas en distribución simbólica, según los viejos ritos de su raza, y dirigirse al altar para hablar allí, horas y horas, en voz baja, con la Virgen María o con Jesús Crucificado, a los cuales piden exactamente, y con el mismo lenguaje, lo que sus abuelos pidieron a los dioses derribados. Para ellos estos siguen siendo aquellos antiguos y poderosos dioses, ahora renovados, con iguales facultades, a quienes hay que rendir tributos iguales. Y eso es lo que está ocurriendo en Cuba.

El 4 de diciembre de 1951 el municipio de La Habana dio mil seiscientos permisos para fiestas. Era el día de Santa Bárbara, la patrona de los soldados en el panteón católico. Esos mil seiscientos permisos cubrían sólo las celebraciones en que habría música, cánticos y grupos de gentes hasta más tarde de medianoche. En un país nada afecto al militarismo, ¿qué ocurre para que la patrona de las armas tenga tan numerosos devotos? Pues se explica que los cubanos, enamorados del cuerpo humano, celebran cada 17 de diciembre la fecha de San Lázaro, intermediario entre los leprosos y Dios; y confunde menos ver, en la noche del 16 al 17 de diciembre cómo enorme fila humana se encamina, por la carretera de Rancho Boyeros, la gran mayoría a pie, hacia el lugarejo del Rincón, donde una imagen del santo ampara el lazareto que hay allí.

Pero sucede que ni la Santa Bárbara a quien tan profuso y ruidoso homenaje se hace el 4 de diciembre es la imagen católica que protege a los soldados, ni el San Lázaro, tras quien

tan estoicamente van los habaneros, es el patrón de los leprosos. Se llaman así, y tienen el aspecto con que los ha difundido la Iglesia Católica. Pero en realidad, son dos dioses, o la suma de varios dioses, de religiones africanas. Santa Bárbara es Changó, la versión cristiana de Changó, deidad de los guerreros, los valientes, fuente de la vida, señora de los afortunados y los victoriosos; San Lázaro es Babalú-Ayé como la Virgen de las Mercedes es Obatalá, y la de Regla es Yemayá. Al cabo de los siglos el objeto de veneración cambió en apariencia; pero el sentimiento religioso es el mismo que los esclavos trajeron de África.

Sucedió que con las creencias de los negros viajaron también sus oficiantes, sacerdotes, brujos ensalmadores, “babalaos”; sus ritos, sus misterios, su magia. Poco a poco, en las oscuras noches de los ingenios algún que otro blanco pobre se acercó a los esclavos y se sintió atraído por sus sortilegios; los mulatos se criaron en ellos. Las creencias africanas, adulteradas en lo externo por la influencia católica, salían a la calle, en los días en que a los “cabildos” de esclavos les era permitido celebrar sus fiestas en plazas y calles; llevaban por delante el influjo de su música, la música sensual, vivaz, llena de fuerza, con que celebraran a sus dioses. Los curanderos africanos atendían a enfermos blancos y mulatos pobres que no podían pagar médicos. La influencia de sus ritos iba extendiéndose, muy lentamente es cierto, pero se extendía.

Llegaron entonces los días en que los esclavos fueron libres, la época en que pudieron diseminarse por el país, alcanzar los sitios más remotos sin que debieran obediencia a un amo; y con ellos iban sus brujos y sus dioses, la música de sus ceremonias, sus métodos curativos. Se presentaban las crisis económicas; aumentaban los mulatos y los blancos sin trabajo, y la miseria hermana a los hombres, de manera que cada vez más la cultura religiosa de los negros —o sus

diversas culturas religiosas— se transfundían en la de los católicos. Así, cuando ocurrieron los últimos movimientos políticos que llevaron a las funciones públicas de todas las categorías y a encabezar negocios y empresas a millares de hombres y mujeres que antes habían sido desclasados o simplemente gentes sin trabajo, con ellos ascendió a mejores posiciones económicas una compleja suma de creencias, en las que se revuelven el panteón africano y el panteón católico, la fe en Nuestro Señor y la fe en oscuros y poderosos dones mágicos, cuya fuente es Changó, o es otro dios de los antiguos esclavos. La nueva clase media cubana tiene una religión desconocida en otros países: es católico-brujera.

Pero no para ahí el caso. En el siglo pasado se difundió por el mundo occidental, con la velocidad que confieren el miedo y la esperanza, una creencia que acabó tomando categoría religiosa. Fue el espiritismo. El pavor de la gente a la muerte, su voluntad de pervivir, halló de pronto gran alivio en un sistema que le permitía oír a sus deudos desaparecidos y confiar en la inmortalidad del alma. En las religiones africanas los dioses hablan con tanta seguridad como hablan las almas en el espiritismo. De manera que la base religiosa del cubano, católico-brujera, resultó propicia a la extensión del espiritismo. Y éste se ligó con el cúmulo de creencias ya formadas. De donde ha resultado una dimensión más; y el pueblo cubano, claro que con sus escasas zonas de excepción, es católico, brujo y espiritista. Ha creado, pues, su religión.

Es muy difícil hallar católicos ortodoxos, de esos que le nieguen poder mágico a Santa Bárbara, la divinidad de los poderosos; es difícil hallar brujeros ortodoxos, de esos que sólo crean en los santos africanos, o en los dioses africanos, y nieguen poder a Jesús Crucificado o al Santo Niño de Atocha; es difícil hallar espiritistas ortodoxos, de esos que sólo crean en las almas parlantes y les nieguen atributos celestes a

San Lázaro o a la Virgen de la Caridad. Mezcladas, confundidas, manifestándose a veces una tras otra, a veces juntas, pero vivas todas en el fondo de la conciencia cubana, las tres corrientes se mantienen a un tiempo; las tres señorean el sentimiento religioso del pueblo. Las tres conviven, como conviven en Cuba, sin estorbarse, ayudándose, los hombres, los intereses y las ideas.

Es fácil ver, en las lujosas tiendas de la calle San Rafael, a una señora bien vestida que lleva como adorno, prendida al pecho, una espada de oro, de platino o de brillantes; o llegar a una casa de costosos muebles, y advertir que en el juego de colores del interior se destaca el rojo. Aquella señora o el dueño de esta casa son devotos de Changó. En hermosos hogares, como en muchos humildes, se han gastado centenares, y a veces millares de dólares, en montar un altar a Santa Bárbara. Santa Bárbara protege a sus hijos; y los triunfadores, los que llegan a millonarios o a presidentes de la república, son “hijos” de Changó, como hay otros que son “hijos” de Obatalá, “hijos” de Babalú Ayé, “hijos” de Ochún. Esto lo sabe la Iglesia Católica, y lo sabe en Cuba todo el mundo.

Así como la conducta de la Iglesia Católica, que se abstuvo de deformar con fanatismos y persecuciones el alma del pueblo, contribuyó a que el hedonismo acabara tomando posesión del cubano, y contribuyó a que se expandiera el clima de libre desenvolvimiento del país hasta en el aspecto religioso, el esclavo africano contribuyó también, injertando en la corriente histórica de la isla dos artes que se gustan con el cuerpo. La música y el baile, son, en cantidad y en calidad, las únicas manifestaciones del arte popular cubano. Y ambas son hoy, primordialmente, de origen negro.

Aunque la música llamada “negra” comenzó a producirse en Cuba muy temprano, la verdad es que su ritmo, su tonalidad y los instrumentos de percusión que le son inherentes,

fueron sumándose muy lentamente a la música llamada “blanca”. Durante mucho tiempo, a pesar de que ya desde el siglo XVI se usaron músicos negros en bailes, bautizos y celebraciones de todo tipo, la música de los esclavos estuvo proscrita de los lugares donde se bailaba. Música y baile propiamente de esclavos sólo se daba en las fiestas de los “cabildos” africanos. Es más, la influencia negra que se advierte en las danzas, habaneras, y danzones del siglo XIX, no procedió de Cuba, sino de Haití, y llegó a la isla a través de los franceses expulsados de la vecina tierra, cuando allí se produjo la revolución de Toussaint y Dessalines. Mientras tanto, en amplias zonas del pueblo cubano, y sobre todo en el campesinado, seguían manteniendo primacía bailes y músicas de origen español, como el zapateado, por ejemplo, y como muchos de los que actualmente tienen vigencia en Cuba, aunque ya transformados por influencia del ambiente. Tal ocurre con las guajiras y con los sones montunos, en los cuales es fácil advertir la ascendencia hispánica o el neto contorno canario.

En el danzón, que apareció al empezar el último tercio del pasado siglo, fue definiéndose más el fondo negro, al extremo de que llegó día en que las baterías usaban cencerro, un instrumento típico de la música traída por los esclavos, como usó palitos o clave, y maracas y güiro o guayo. Pero el danzón, tan asistido ya de factores musicales africanos, seguía siendo música blanca, o a lo sumo, ligeramente amestizada. En verdad, era el hijo de la danza; una danza más movida, con ritmo a veces más acelerado y con algunos injertos populares. El danzón tuvo categoría de música nacional cubana y logró adeptos en varios países. Ya apenas se baila en Cuba; pero en México se toca y se baila tanto como cualquiera otro tipo de música.

Lo cierto es que la expansión de la música de origen negro empezaría a producirse hacia 1920, como parte del movimiento popular que iba a estallar en 1930, y a triunfar en

1933; y esa expansión comenzó con el *son*, llegado a La Habana desde las montañas de la provincia oriental y llamado a desterrar el danzón de los salones de baile. El son no era netamente africano, pero tampoco netamente hispánico. Su riqueza de ritmos permitía, y hasta cierto punto demandaba más libertad en el movimiento de los bailadores; además, era cauce para una variada expresión de lo popular, tanto en música como en letra. Penetró en La Habana como un conquistador, al extremo de que Nicolás Guillén lo tomó como expresión de lo popular y comenzó a escribir sus “sones”, musicalizados después por Amadeo Roldán y por García Caturla. El danzón tuvo que ceder. El retroceso del danzón comenzó cuando, arrebatadas por el entusiasmo que había despertado el son, las orquestas de baile dieron por terminar el danzón con una parte de son cantada. Al cabo, se admitió que de vez en cuando se tocaran sones solos; y por esa puerta entró en los salones, y después se expandió por el mundo, la infinita riqueza de la música cubana de origen negro.

Pero durante algún tiempo “los dos abuelos” musicales del país pugnaron en el ánimo popular. En medio de los días de la lucha contra la opresión política, Moisés Simons escribió su pregón “El Manisero”, que no tardó en ser cantado en todas las lenguas; Eliseo Grenet, su “Lamento Cubano” y después su “Mamá Inés”, mientras que Ernesto Lecuona retornaba a las fuentes de la antigua melodía de los dueños de ingenios, y escribía sus criollas o su “Siboney”. A la vez que las noticias de la lucha que estaba librándose en la isla circulaba por todas partes, la música popular o semi popular cubana extendía más allá de los mares una especie de sonoro perfume que ganaba la voluntad y la simpatía de los pueblos. Por entonces nació el primer baile netamente cubano que había de dar la vuelta al mundo. Fue la “conga”, creada por Eliseo Grenet.

Grenet estaba en París. Había salido de Cuba porque su “Lamento Cubano”, que no tardó en ser cantado en el último rincón de la isla, lo sindicó como adversario de la tiranía; y en París, un día, recordó el ritmo usado por los negros en los carnavales de Santiago de Cuba. Escribió su primera “conga”, y en un cabaret cubano de la capital francesa enseñó a bailarla. En poco tiempo la “conga” fue el baile de moda en Europa y en las dos Américas. La primitiva fuerza tonal que le comunicaban instrumentos tales como los cencerros y las claves parecía despertar la sangre de los bailadores de un sueño secular. La músicaailable cubana se hizo dueña y señora del mundo. Después nacieron y se ampliaron otros muchos ritmos. El propio Eliseo Grenet murió cuando acababa de escribir el “sucu-sucu”, cuyo origen había ido a buscar en Isla de Pinos, donde los guajiros lo bailan desde hace tiempo en los perdidos bohíos, a la luz de lámparas rústicas y sobre suelos de tierra apisonada.

Con el “mambo”, que ha sido la última de las músicasailables cubanas de éxito universal, ocurrió algo parecido a lo que sucedió con la “conga”; nació fuera de Cuba, creado por un músico popular cubano que llevaba consigo el torrente musical que desató en su isla la incesante inmigración de esclavos. El autor del “mambo”, un joven de Matanzas*, vivía en México, donde tocaba para una orquesta cubana, cuando tuvo la idea de escribir, sobre fondos ya internacionalizados por la riqueza musical de los negros norteamericanos, temas rítmicos cubanos. El mambo fue un acierto. Mucha de la locura de la postguerra, en la cual la juventud del mundo se hundía para olvidar la enorme hecatombe y los sufrimientos de toda índole padecidos durante seis años, parecía cristalizar

* Se trata de Dámaso Pérez Prado, fallecido en 1989 en ciudad de México (N. del E.).

sonoramente en esa música; a la vez, la búsqueda de la libertad que sigue a los largos períodos de regimentación alcanzaba su fin en esa variedad de movimientos que tiene el “mambo”; y eso satisfacía a la generación crecida bajo el espanto de la bomba atómica. Todos los continentes se pusieron a bailar al ritmo del “mambo”.

Desde su pequeña extensión de ciento diez mil kilómetros cuadrados, desde su pequeña población de menos de seis millones de habitantes, dulcemente echada en el seno de un golfo, entre el Atlántico y el Caribe, Cuba había entrado en el número escaso de las grandes potencias musicales de la Tierra. Esto ocurrió cuando se produjo la integración del pueblo, cuando, olvidando el complejo racial, el blanco admitió bailar con la música del negro y el negro tocar su música para que el blanco la bailara. Ocurrió cuando los cubanos intuyeron, o sintieron, que Cuba era una sola y que el nexo común entre todos los cubanos consistía en la libertad; libertad nacional, libertad política para todos, libertad para que se impusiera la justicia social sin distinguir entre el color de aquellos que la merecían. Sucedió, en fin, cuando el pueblo rompió con su esfuerzo las barreras coloniales que lo mantenían dividido, y se mezcló psicológicamente, embriagado por el júbilo de saber que cada cubano, sin que importara su color, su sexo o su edad, era libre de buscar y encontrar su propio destino en la tierra donde había nacido.

Pero he aquí que ese júbilo de la integración en lo musical se produjo en un pueblo hedonista, hecho a expresarse sobre todo a través de lo que gusta a su cuerpo. No hay baile sin música; de manera que el baile es una interpretación de la música que se hace a través del propio cuerpo; y el cuerpo disfruta bailando. El hedonismo de Cuba halló, pues, su más natural satisfacción y su apoteosis en el baile, y precisamente en el baile realizado a compás de esa música cubana, que permite a cada

bailador moverse libremente, inventar su concepto de la danza, recrear cada día el movimiento en el cauce del ritmo. Viendo bailar a los cubanos se diría que nacen con las venas henchidas de música, no de sangre. En las hermosas cubanas, además de la música las venas van cargadas de azúcar, tal es la sorprendente dulzura que ponen en el baile.

El arte popular cubano, aquel a que natural y espontáneamente se inclina el pueblo desde su más tierna infancia, es el baile y como el baile es una expresión corporal de la música, como el baile es arte popular en el país, la música, creándola, ya sea cantándola. El cubano es bailarador nato. Sorprende ver a los niños cubanos con qué precisión de ritmo, con qué gracia de movimiento siguen cualquier música. Es inconcebible que un cubano no sepa bailar. El mundo emocional de cada uno de ellos se exalta al solo sonido de cualquier cosa que produzca ritmo; se exalta como si hubiera bebido algún filtro mágico. Como llevada por una voluntad magnética que la adormece, la cubana se entrega a la música; sus movimientos son vivos pero armónicos, cargados de una inconsciente intención picante, espontáneos, limpios, paganos. Hay un transparente, poderoso y sin embargo sano júbilo en su faz, en la sonrisa iluminada por desconocidas emociones, en los brillantes ojos que a veces entrecierra, en los brazos, que mueve como si cargara estrellas entre ellos. Sin embargo, nadie la enseña a bailar; es la herencia del ritmo, de melodía interior que trae en el alma; es la carga de música de que está lleno el aire.

El pueblo cubano no moldea jarras de barro, no labra caballitos en madera, no teje, no se entretiene con el color, no hace juguetes en sus horas de ocio. Su arte popular no es el que requiere el uso de una parte del cuerpo y una parte de la atención; es el que reclama la entrega del cuerpo y del alma; es el baile, en fin, esa locura del movimiento dentro de la tierna y embriagadora cordura de la música.

Cierta pequeña industria artificial, porque no es obra del pueblo, fabrica para los turistas maracas y pequeñas rumberas; y a tal extremo es cierto que esos símbolos del baile representan a Cuba, que en todas partes se venden y en todos los rincones del mundo aparecen de pronto, colgadas en una pared, dos maracas barnizadas, con el Morro pintado en rojo, o una rumberita de larga falda llena de vuelos adorna la mesita de sala en Oklahoma o en España. De manera instintiva, los extranjeros saben que la esencia del arte popular cubano está expresada en las maracas y en la rumbera.

La eclosión de esa manifestación del alma cubana ocurre en los carnavales. La vieja fiesta báquica es en Cuba una clamorosa expresión de lo nacional en su forma más elementalmente popular. No se trata del conocido carnaval cristiano ni de las estilizadas celebraciones del antiguo rito mediterráneo que se dan en Niza, pongamos por caso. Como en la religión y en la música y en el baile, los esclavos acabaron irrumpiendo a través de las costumbres españolas y católicas y transformaron el carnaval en Cuba. A tal extremo ha sido así, que hasta en las fechas de las fiestas influyeron, de manera que no en toda la isla se celebra el carnaval antes de las Pascuas Floridas, como lo impuso la Iglesia Católica cuando comenzó a reglamentar el festival de Dionisos. En muchas regiones de Cuba el carnaval tiene lugar a mediados del año, esto es, tal como lo celebraban los esclavos cuando, obligados a trabajar en los cortes de caña desde el mes de diciembre, sólo quedaban libres de obligaciones perentorias al terminar la zafra. Así, al anclar de los siglos, las mismas causas económicas que determinaron las celebraciones de las orgías báquicas cuando se daba fin a la vendimia —origen remoto de nuestros actuales carnavales—, hicieron que en muchas regiones de Cuba tales fiestas demoraran hasta mediados de año. En Camagüey,

por ejemplo, los carnavales coinciden con la fiesta de San Juan, el 24 de junio, y en Santiago de Cuba con la del Patrón Santiago, el 25 de julio.

Pero la influencia africana en los festejos carnavalescos no se advierte en ese detalle, sino en las fiestas mismas: cómo las celebran, quiénes las protagonizan, qué se hace en ellas.

La flor y nata de los carnavales cubanos son los de La Habana, y la espina dorsal de sus perfiles la forman las llamadas “comparsas”, especie de cuerpos de bailes negros, cada uno de los cuales tiene su nombre, su historia, su tradición propios y su propio estilo de presentarse, de bailar y de hacer música. Ahora visten con elegancia versallesca, con trajes llenos de finos adornos, a pesar de lo cual van bailando sus típicas danzas africanas, deslizándose en rítmicos movimientos de pies y cinturas por las calles de la ciudad, desde cuyas aceras y desde cuyos balcones la multitud contempla a los bailadores y premia con atronadores aplausos su presentación, el acierto en el baile, la originalidad en la música, la belleza de la farola con que cada “comparsa” encabeza su desfile.

Originalmente, cada “cabildo” africano presentaba sus danzas típicas el día de los Santos Reyes —6 de enero— en los atrios de las iglesias y en otras plazas; y acabó estableciéndose un premio para el que mostrara más coordinación, mejores trajes, música más propia. Esa costumbre fue conservándose. La rivalidad entre los “cabildos” perduró al paso de los años y ha desembocado hoy en la rivalidad entre las “comparsas”. Cuando faltan algunos meses para el carnaval, en cada barrio habanero se organizan los ensayos de alguna “comparsa”; se reúnen muchachas y jóvenes, regularmente mulatos y negros, y los tamboreros de tradición van a tocar horas y horas, mientras el maestro de baile hace que los bailadores repitan los pasos hasta que los produzcan con la precisión y la elegancia que se requiere en un ballet de alta categoría.

A medida que se acerca el mes de febrero, el entusiasmo va aumentando; se mejoran los trajes, se inventa un ritmo nuevo, se corre la voz por los centros de ensayo; y la “comparsa” de los “marqueses” mejora su farola porque desea superar a la “comparsa” de los “alacranes”, o ésta descubre entre sus participantes a una linda mulata cuyo cuerpo es un fino depósito de emoción musical, y la hace destacarse en el conjunto como si se tratara de una “prima ballerina”; o en otra comparsa de un barrio lejano han logrado atrapar a un “bongosero” de dotes excepcionales, cuyas manos arrancarán aplausos de un público que sabe distinguir entre un virtuoso de los pequeños tambores y uno que toque con arte mediocre. El caso es llevar al desfile de las “comparsas” el mejor grupo, el más armónico, el más original, el que más se destaque, bien por la gracia del grupo, bien por un detalle. Pues el más aplaudido se llevará del premio, y el premio será fuente de orgullo, y hasta de festejos, para el barrio de donde haya salido la “comparsa”.

El resto de los carnavales habaneros es, tal vez con mayor entusiasmo porque se dan en una ciudad alegre y entusiasta de por sí, más o menos como el de cualquiera capital de tradición latina y católica. Se celebra con desfiles de carrozas en el Malecón y en el Paseo del Prado, cada domingo, durante varias semanas; con bailes en los centros regionales, en el Asturiano, el Gallego, el Andaluz, en los clubes de las playas; con profusión de antifaces, negros dominós, trajes exóticos. Pero lo que da color, originalidad y gracia al carnaval habanero son las “comparsas”, es el injerto en la vieja fiesta báquica, modificada por la Iglesia Católica, de los antiguos “cabildos” africanos con sus danzas, su música, su fuerte personalidad colectiva, su arte singular.

Vastas graderías de madera se levantan junto al Capitolio, para que las autoridades municipales y el jurado que ha de discernir los premios puedan ver de cerca el espectáculo;

enormes multitudes llenan las orillas de las calles, los balcones, las ventanas y hasta los techos de las casas. Salvas de aplausos van señalando el paso de las “comparsas”, cruzan ante los ojos del espectador las iluminadas farolas, algunas de las cuales son hechas danzar, con gracia singular, por los faroleros que tienen; se las ve bailar allá arriba, moviéndose, saltando, meciéndose; y toda la noche habanera se llena de melódicos, de tambores o de voces que van cantando, con embriagadora persistencia, al son de las congas que pasan.

Las “comparsas”, versión moderna de las viejas fiestas negras de Cuba, confieren al carnaval de La Habana una categoría única. Nada, en parte alguna del mundo, se parece a tal celebración. Y en ella Cuba se agolpa, llena de entusiasmo, para ver la eclosión del arte de su pueblo, un arte en el que todo el cuerpo participa; un arte generoso, creado por el genio nacional para que todos lo disfruten; el arte de un pueblo que vive con alegría, con júbilo pagano; de un pueblo que siguió su impulso y derribó las murallas de los prejuicios.

Al golpe de los tambores, las noches del carnaval habanero se pueblan de magia y de alegría misteriosa y profunda.

III

LA AVENTURA DEL TABACO

Si un extranjero cayera de pronto, cuando va terminando la tercera semana de septiembre —el día 19, el 21, el 23— en ciertas regiones de la provincia de Pinar del Río, en las cercanías de La Habana, en alguna zona de Las Villas y rincones de Oriente, vería con asombro que de trecho en trecho, sobre pequeños paños de tierra no mayores de veinticinco pies de largo por un metro de ancho, algunos campesinos de amplios sombreros y de duros zapatos van meciendo el puño cerrado, como si estuvieran poniendo en vigor un rito desconocido o exorcizando bajo la luz del sol a poderosos espíritus de la tierra.

El raro espectáculo se repite aquí y allá, de trecho en trecho, en terrenos rojizos o pardos que a la simple vista parecen estériles. Algunos están limitados por siembras de boniatos o maíz, otros se hallan a orillas de viejos bohíos cuyos pardos techos denuncian el paso de los años. Hasta debajo de uno que otro puente, en la carretera central, por los lados de Vueltabajo, he visto a veces guajiros doblados, meciendo el puño, silenciosos como sacerdotes de una nueva religión. Lo que hacen por esos días de septiembre es regar semillas de tabaco, tan pequeñas que si se abriera la mano echarían a perder los viveros. Sobre cinco millones de ellas caben en una libra; de manera que teóricamente en cada libra de semilla laten más de cinco mil quintales de hoja ya curada.

Así, por poco que lleve en la mano el campesino, tendrá en ella una fortuna. Media onza que le quepa en el puño significaría, si la hormiga y la tojosa y la ley natural de selecciones no lo estorbaran, una cosecha de ciento cincuenta quintales del tabaco más caro que se fuma en el mundo; si bien él no aprieta la mano para que no se le escape la riqueza que va meciendo al aire de las vegas: la cierra porque la diminuta semilla puede fácilmente salir por los huecos que dejan los dedos entre sí, con lo cual resulta más conveniente el riego sobre los viveros; y porque si la abriera, la brisa de los campos esparciría por sus dominios, como si se tratara también de aire, ese mínimo y oscuro vientre en que germina la planta. Y el tabaco, pero especialmente el jugoso y rico tabaco de Cuba, es demasiado exigente para crecer, conservando sus extraordinarios atributos, en cualquier terrón adonde lo lleve el viento.

En el mundo vegetal hay pocas plantas tan tenaces para sobrevivir. Se da en todos los climas, se cosecha en todas las latitudes; en arenazos casi desérticos y en zonas donde la nieve señorea. Pero el tabaco cubano, esa calidad exquisita y única que en los cinco continentes y en los siete mares es símbolo de pureza inigualable, demanda más atención que cualquiera otro producto de la tierra. Ni la uva para obtener el mejor vino ni el té que beben las gargantas más delicadas requieren tanta atención, trabajo tan continuo y variado, manipulación tan esmerada como esa solanácea que los botánicos distinguieron, entre la gran familia de las nicotianas, con el apelativo de "havanensis".

Día y noche, el veguero es un esclavo del tabaco; día y noche lo cuida, lo observa, lo vigila. Hay que roturar las tierras y abonarlas, tres meses antes de las siembras; hay que moverlas cada quince días, para mantenerlas airadas y limpias; y en septiembre, alrededor del veintiuno, la semilla se riega en los canteros, y se esparce con extremo cuidado, porque si se

amontona las matitas nacerán débiles, comiéndose unas a otras. Antes de que aparezca la diminuta mancha verde claro que la anuncia, habrá que defender la semilla de las hormigas y de las tojosas. Cuarenta días después de haber nacido, y a veces mucho más tarde, las pequeñas matitas van sembrándose en surcos que se extienden, siempre rectos, a una vara uno del otro. Muchas veces, todavía en los primeros días de enero están trasplantándose matitas de los semilleros a los surcos.

Cuando el año comienza, las tierras sembradas de tabaco relumbran al sol, como si hubiera esmeraldas oscuras esparcidas en ellas. A veces amontonándose entre las vegas, a veces elevándose dispersas, las casas adonde llevarán la hoja a secar aparecen en cada recodo del paisaje, cerradas, altas, casi siempre techadas de guano, a menudo con pararrayos en las cumbres; algunas construidas de tablas y pintadas a colores, otras tejidas con hojas de palma, humildes, pardas y abandonadas. En los senos de esas casas, y en las vegas que se extienden por el país, cubriendo en total casi cuatro mil quinientas caballerías de tierras —unas cincuenta y nueve mil hectáreas— se amontona cada año la riqueza que producen más de sesenta y dos mil cosecheros, a las órdenes de los cuales deben trabajar entre diez y doce mil jornaleros, todos, cosecheros y trabajadores expertos en regar la semilla, en guataquear la tierra, en desbotonar la mata, en descogollarla, deshojarla, colocarla en cestos, coserla en mancuernas, colgarla en los cujes; expertos, en fin, en las complicadas manipulaciones que, desde antes de ser cultivado, determinan en el tabaco cubano esa calidad insuperable con que domina los mercados del mundo.

Pues el tabaco de Cuba, y especialmente el de la zona de Vueltaabajo, no debe su exquisita condición sólo al tipo de tierra en que se siembra, aunque de ahí parta, sin duda, el ímpetu con que se lanza a conquistar la supremacía entre todos los tabacos. Con todo y su especialísimo carácter, con ese

equilibrio único entre humedad y sol, minerales y fuerzas de origen vegetal, predominio de ciertos vientos y de ciertas lluvias, todo ello cociéndose para dar una atmósfera interior que sólo allí se da, las tierras de Vueltabajo no alimentarían al mejor tabaco que se fuma si además no estuvieran pobladas por los mejores cosecheros de la tierra, por una raza enamorada de su producto, por una clase de hombres y mujeres esclavizada al tabaco, pero esclavizada con pasión, sensible al menor cambio de la planta, sagaz, observadora, perseverante, cuya vida depende de que el tabaco se venda bien, pero cuyos sentimientos se enardecen y satisfacen cuando cosechan hoja buena aunque el precio del mercado no compense sus fatigas.

De la gran riqueza que significa el tabaco —en la cosecha de 1945 los ingresos totales pasaron de ciento dieciséis millones de dólares, y sólo cuarenta tocaron a los cosecheros— los que lo siembran reciben poco más de la tercera parte, a pesar de que ellos suman más de la mitad de cuantos trabajan en su cultivo y en las diversas industrias a que da origen. Y la cosecha no termina cuando los tallos se deshojan, sino cuando el tabaco se ha secado ya, una vez que ha perdido el ochenta y nueve, casi el noventa por ciento de agua que tiene en su aterciopelado cuerpo. Por donde se ve que recibiendo la menor parte para repartirla entre los más, los cosecheros no dedican el afán de sus madrugadas y el pensamiento de sus solitarias noches al tabaco sólo por lo que ganan, sino además por amor, por pasión de agricultores; porque prolonga la vida irse caminando, golpeando con los zapatones el rojo camino, hasta la casa del veguero vecino para decirle, mientras el perro ladra a una gallina en las cercanías y el sol desaparece tras los lejanos palmares:

—Compadre Secundino, toy cogiendo una quincena ligera que pa mí va a ser casi toa capote del bueno.

El tabaco es así, producto personal; estimula la personalidad, la fuerza a superarse. Lo es en el cultivo, en el largo proceso de secarlo y fermentarlo, en el de empacarlo; lo es en la elaboración del cigarro, llamado también habano, puro o tabaco; lo es en el cigarrillo. En esa virtud se parece a la uva y al vino. Cada quien tiene su “secreto” en la cosecha, en la fermentación, en el torcido, en el envase. Los vegueros, por ejemplo —cuyo nombre genérico les viene del lugar donde antes sembraban, las orillas de los ríos, en los pequeños valles— hacen pruebas, cada uno la suya, con matas enteras que cuelgan a secar en las casas cerradas; con las semillas, que mezclan o limpian, con sistemas más o menos caprichosos de arrancar los botones que crecen entre cada hoja y el tallo, y con el descogollado; pues los botones se cortan para que la mata no se “vaya en vicio”, y se deja el cogollo de las que han de producir semillas. Aun en este punto, yo he conocido vegueros que no dejan un hijo —el llamado “marrón”— para el caso, sino que cortan el extremo de la mata, una vez seca la flor, y dejan las hojas para secarlas después y probar con ellas si pueden o no aprovecharse para capas o tripa.

Generalmente las hojas están listas para el corte —que en el idioma de las vegas se llama “la recogida” — sesenta días después de la siembra, esto es, del trasplante, si el tabaco se cría bajo tapado y con regadío, que si es de sol y sin riego, no tiene tiempo fijo. Mientras crece, el tabaco se defiende de las plagas con arseniato de plomo, el cual se liga con harina de maíz o con arena, para hacerlo consistente. La forma de usarlo mejor es poniéndolo cuidadosamente en el cogollo, lugar sensible para el ataque. La tierra ha sido limpiada en el ínterin, y cada mata aporcada. El tabaco ha crecido a buena altura, de ochenta centímetros hacia arriba. Es entonces una planta erguida, de tallo fino hueco y muy recto, del cual crecen a pares, rodeándolo como una espiral, entre diez y catorce hojas,

regularmente. Las hojas son amplias, venudas, suaves al tacto, con delicioso cuerpo de terciopelo. El color es verde vivo, tirando a oscuro. Resalta entre los demás cultivos, entre la clara caña, el dorado maíz, seco para la época, y la casi negra yuca. El veguero ve su siembra, que en las noches de luna adquiere tonos fantasmales, y sueña con que no llueva, porque la lluvia atraviesa la hoja abriéndole agujeros; o al contrario, si su tabaco no es de regadío, lo ve llorar por agua. Madura la hoja, comienza la recogida, en enero la primera.

Las primeras hojas en cortarse son las de abajo; después las del centro. Las de arriba, que son la “corona”, esperan dos semanas más. Cuando el tabaco es de tapado, a medida que van siendo cortadas las hojas van siendo colocadas en un cesto, separando las del centro, más grandes, por lo regular destinadas a ser “capa”, esto es, la parte que envuelve al habano. El corte se hace rápidamente, con una cuchilla. Del cesto pasan, cosidas de dos en dos por el tronco o por la vena central, que es siempre la más gruesa, a ser colgadas en “cujes”, varejones de cuatro y media a cinco y media varas de largo, y de pulgada y media a dos pulgadas de diámetro; uno a un pie del otro, los “cujes” se colocan en las casas de secar, puestos entre vigas, desde el techo, que alcanza a veces hasta treinta pies de alto, hasta el suelo.

Si el tabaco es de sol, en el mismo campo se mancuernan cada dos hojas y se ponen a cabalgar sobre los cujes, que luego son llevados a las casas. Allí comienzan las hojas a marearse, a perder agua, a dar de sí ese tósigo olor que despiden los cuerpos vegetales cuando no se han podrido. Lentamente, un día tras otro, el color de las hojas va tornándose amarillento; comienzan sus bordes a corrugarse, su aterciopelado tejido a retorcerse. Y cuando han pasado entre cuarenta y sesenta días —pues el proceso de secamiento es más largo o más corto, según el tiempo sea “blando”, lo cual

quiere decir húmedo, o “duro”, que significa seco— se apean los cujes, y con su carga de pardas y ya aromáticas hojas secas se procede a hacer paquetes que se llaman “matules”, en cada uno de los cuales entran de noventa a cien hojas. Casi siempre el cosechero, y sobre todo el pequeño cosechero, vende su tabaco al llegar allí.

El proceso de fermentación dura más o menos un mes. Los matules se apilonan o colocan en montones y se les deja librados a la humedad que todavía lleva por dentro el tabaco. No ha sido posible saber, hasta ahora, cómo se produce el hecho. Desde el que podría llamarse clásico en el estudio de la fisiología y la química del tabaco, un notable investigador ruso nombrado A. I. Smirnov, hasta los más sagaces estudiosos, nadie sabe explicarlo. Es claro que hay una liberación de enzimas, ¿pero cómo se produce? Los métodos cambian, porque el gusto del mercado consumidor pide aromas y colores distintos, y siguiendo la experiencia de los cosecheros perdidos en los lugares montañosos muchos productores queman carbón en las casas, para provocar un secamiento artificial que deje a la hoja con color más claro, casi verde amarillo o verde gris, tirando al aceituna, y un aroma más tenue.

Pero lo fundamental, que es la composición de la hoja, no se transforma; y aunque se transformara se ignoraría, puesto que casi un dieciocho por ciento de su estructura se desconoce. El veintiuno y medio por ciento de la materia seca del tabaco se va en ceniza, celulosa y lignita; un nueve por ciento es pectina; siete y medio por ciento son aceites y resinas, diez por ciento, ácidos cítrico y málico; casi el seis por ciento es proteínas, y el resto está en fenoles, en ácidos tánico y oxálico, en aminoácidos, nitratos, alcaloides.

El caso es que, una experiencia aquí y otra allá, una prueba hoy y otra mañana, alargando y complicando los procesos, fermentando en una forma o en otra, secando al natural o con

carbón, siguiendo siempre al talón el gusto de los fumadores, el tabaco cubano cambia, se transforma, mejora, se supera, sin que los entendidos sepan por qué, pero sin que los consumidores le hagan traición. Con una producción que no pasa del uno por ciento de la mundial, Cuba impone su calidad por encima de todas.

El secamiento al carbón comenzó cuando se observó que en los sembrados de las lomas, donde el sol es escaso y la humedad y las nieblas abundantes, se obtenía por ese procedimiento un tabaco de hoja más clara. Al principio se quemaba carbón al extremo de llevar la temperatura en la casa de tabaco a ciento ochenta grados Fahrenheit, con lo cual el local se convertía en un baño turco y las hojas sudaban en cortos días lo que en la forma natural les llevaba dos meses. Ahora se usan ciento cincuenta grados, también Fahrenheit, y el proceso dura entre sesenta y setentidós horas. La casa se llena toda en un día, y esa misma noche empieza lo que los campesinos de Vueltabajo llaman “la candela”.

Pero el método de “la candela” no sirve para todos los tabacos. Se usa sólo en el “tapado”, cuyo cultivo y cuya recolección no es igual al “de sol”. Pues como se verá de inmediato y para confirmar la afirmación de que no hay cosecha tan individual como la del tabaco, no todos los cultivos siguen el mismo proceso.

El tabaco “tapado” empezó a producirse en Cuba hacia 1900, traído desde las plantaciones de Virginia. “Tapado” se le llama a la hoja que se siembra bajo enormes mosquiteros, los cuales se destacan a distancia haciendo blanquear el paisaje de rojizas tierras, lo mismo en los alrededores de La Habana, en la zona llamada Partido, que en las vegas de Vueltabajo. Los mosquiteros guarecen a la planta del sol, de las lluvias y de los insectos, en tal grado que permiten una producción regular y pareja.

Los surcos se tapan con la tela antes de la siembra. Los terrenos requieren mucho abono, regularmente boñiga de caballo, y se les da riego y por lo menos dos limpiezas; en la segunda se hace bastante cantero al pie de cada mata. Las siembras resultan costosas, no sólo por ese cuidado, sino porque los toldos consumen miles y miles de metros de tejido y demandan millares de varejones parados y de cables para sujetar con unos y con otros los amplios mosquiteros, que se colocan a altura de metro y medio, más o menos. En el “tapado” se coge el “libre pie”, esto es, las hojas pegadas a tierra, lo cual se hace entre los cincuentidós y los sesenta días después del trasplante; “el centro” entre sesenta y sesenticinco días, y “la corona”, así como las dos hojas que le siguen, entre setenta y setenticinco. Como es tabaco más caro, se manipula con cariñoso cuidado; se arranca y se lleva la hoja colgando hasta cestos forrados con yute; en esos cestos va hasta la casa de tabaco, donde con todo mimo se coloca en una amplia mesa. De la mesa pasa a los cujes.

Treinta días tarda el “libre pie” en secar, y dado que es tabaco de tripa, no se le aplica carbón. El carbón se deja para “el centro”, de donde saldrán las capas. Y aun así, tras la fulminante deshidratación a que es sometido, estará dos meses en las casas de tabaco, como si estuviera secándose naturalmente; mientras “la corona” seca al modo natural en setenticinco días. Una y otras, no importa el nombre que lleven ni el destino que se les haya señalado —pues son distintos los usos de las diferentes hojas que a un tiempo y como una familia han crecido en las matas de tabaco— ni la forma en que hayan sido tratadas, las hojas saldrán de las casas donde se secaron cuando lleguen los días de tiempo “blando”. En días “duros” el aire resulta demasiado seco para la “escogida”, la delicada tarea de seleccionar el tabaco hoja por hoja, por tiempo de secamiento, por tamaño y por el grado de integridad de cada una.

La primera selección es por “tiempo”, lo cual quiere decir por cantidad de secamiento; hay hojas “voladas”, “ligeras” y de “medio tiempo” y las hay “maduras”; y hechas las tongas de cada uno de esos tipos, le sucede la selección por tamaño: se junta todo el tabaco “volado” —o el “ligero”, el “medio tiempo”, el “maduro”— que sea de diez pulgadas, todo el de doce, todo el de catorce, todo el de dieciséis, todo el de dieciocho o más. Y de cada tipo y tamaño se separan las hojas rotas o las que por alguna otra causa no figuran enteras; esos deshechos se destinan a tripa y a las fábricas de cigarrillos.

Hecha la selección por tipo y tamaño se reúne el tabaco en gavillas, que se amarran con hojas de la propia planta. El “escogedor”, a menudo una mujer, va amontonando las gavillas a su lado. Cada cuatro pesan alrededor de veintidós onzas y forman un manojo; ochenta manojos forman un tercio; y ese tercio, cuyo peso puede ser tan desigual como sea desigual el tamaño de las hojas de tabaco que entren en uno o en otro, es la caprichosa medida que, alargándose o acortándose, con más libras o menos libras, indica a cosecheros, almacenistas, transportadores, comerciantes y banqueros, o todo ese abigarrado mundo que vive en Cuba del tabaco, cómo ha sido el año y cómo serán las entradas de unos y de otros cuando, convertida en puros, en cigarrillos, en picadura o simplemente en rama, la cosecha vaya disolviéndose en humo por campos y ciudades, y en tierras extranjeras. Seiscientos sesentidós mil cien tercios, con más de noventidós millones de libras, sacadas de mil ochocientos y tantos millones de matas, fue el producto de la cosecha que se cogió en 1950.

En las grandes casas de tabaco, cada una sentada junto a las pilas que va formando, las mujeres “escogedoras” seleccionan la hoja o engavillan; habitualmente, hombres de experiencia en la faena amarran los manojos. Pero sólo hombres entercian. El enterciado requiere fuerza. Se usan en cada tercio dos yaguas

grandes, llamadas “camas”, que forman los lados largos del envase, y dos llamadas “cortas” que cubren los extremos; además, en cada esquina una yagua pequeña forma el “lomo”. Las yaguas se colocan en una prensa casi siempre primitiva, hecha de madera; y cuando los manojos se han colocado, y los lados abiertos se cubren, todo el bulto es fuertemente amarrado con cuerdas de majagua, árbol de corteza fibrosa que crece en los campos cubanos. Levantado en vilo, el tercio va a las estibas, para esperar allí que lleguen las arrias en que a lomo de mulas irá a la ciudad vecina.

Gran parte de esos tercios que dejan atrás el paisaje de las vegas son vendidos en el exterior. Apenas se les revisa en los almacenes de La Habana, apenas se les envuelve en yute. De fondo, van a las bodegas de los barcos tal como salieron de Vueltabajo o de Remedios. La exportación total de tabaco cubano en 1946, por ejemplo, fue de casi cincuenta y seis millones de dólares; pues bien, cuarentisiete de ellos era en rama, vale decir, sin trámite nuevo después que los tercios fueron sacados de las casas de tabaco. Con su valor acrecido, fueron a ser manipulados en fábricas de Estados Unidos, de España, de Holanda, de Francia. Allá las hojas se transformaron en puros. En las veguerías quedaron sus productores esperando mejores tiempos. Pues cuando la cosecha terminó, como cuando terminan todas, gran parte de esos cosecheros empezó de nuevo su lucha contra la miseria.

De los sesentidós mil y más que cultivan el tabaco en Cuba, una cantidad muy por encima de los dos tercios, por lo menos, es de arrendatarios, aparceros, partidarios. No son dueños de la tierra y tienen que repartir el tabaco que siembran con el propietario. En teoría, lo que reciben los cosecheros y trabajadores campesinos por cabeza no llega a seiscientos dólares anuales, mientras que —en teoría también— los trabajadores industriales cobran dos mil trescientos cada año. Pero

en las entradas de los cosecheros va incluida la parte de los dueños de tierras, mientras que en las de los operarios de la industria los ingresos se reparten en este cálculo sin discriminar, por lo que hay que entender que muchos de ellos tienen jornales que no llegan a los mil seiscientos dólares anuales mientras los de otros sobrepasan los tres mil.

La fama del tabaco habano ha penetrado por todos los ámbitos de la tierra, con la sutileza y la gracia del humo. Pero esa fama, cuyo origen está en desconocidos y humildes vegueros de la isla fascinante, se alimenta con la sangre y los huesos de los productores. Yo he visto los bohíos de los aparceros, algunos de ellos perdidos en ribazos de ríos o en cejas de montes, por los pintorescos rincones de Vueltabajo. Yo sé cómo viven, con la primitiva casa parada en una esquina de tierra que no es suya, los hijos pululando a montones, si sobrepasan la terrible acidosis que castiga en verano los hogares humildes, una “punta” de ato o de yuca al fondo, para que el hambre no sea total cuando hayan pasado los meses de la cosecha.

El administrador de la finca pasa a menudo por allí, cuando el tabaco está creciendo, y con su ojo acostumbrado sabe bien cuántos matules habrá que darle por la “tercia” que le corresponde al amo; y pasa también el agente del mercader, que adelanta dinero para cobrar crecidos intereses, mientras en el comercio cercano aumenta la deuda del condumio diario, y crece la cuenta en la botica, como crece la del médico, porque los muchachos enferman. En lo últimos tiempos la condición de los aparceros y partidarios ha cambiado algo, pero muy poco, dado cuanto hay que hacer por ellos.

Almacenistas, fabricantes y comerciantes del tabaco levantan en La Habana casas lujosas mientras gran parte de los productores se cobijan bajo misérrimos techos de guano. Es el fruto del régimen social, pero también es la maldición del tabaco, que desde tiempos remotos fue el hijo de la miseria y

del esfuerzo mientras se conserva en hojas, y el bienamado de los dioses, aventurero, pugnaz y triunfador cuando se transforma mediante la elaboración.

Los europeos descubrieron el tabaco en Cuba. Esto ocurrió en noviembre de 1492. El Almirante “de la Mar Océana y de todas las tierras contenidas en él” había enviado a tierra, para que hicieran exploraciones, a Rodrigo de Xerez y a Luis de Torres; y con el último, desde el primer día, comenzaron las injusticias del tabaco. Pues De Torres era hombre de lenguas porque según Las Casas “había sido judío y sabía hebraico y caldeo, y aun, dizque, arábigo”, lo cual indica que debía ser más culto o acaso más inteligente que su compañero Rodrigo de Xerez. Ambos dieron cuenta de que habían hallado gran número de indios “con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros”, lo cual era el tabaco. Sin embargo, la historia no toma en cuenta a De Torres y sólo recuerda a De Xerez, a quien alude como “el descubridor” del tabaco.

Eso ocurrió a fines de 1492; y pocos años después el uso de la hechicera solanácea se había extendido por todas partes, a despecho de que no alimentaba y de que se presumía que era “yerba del diablo”. Marineros de la carrera de las Indias, viajeros que volvían a Europa, cazadores de esclavos y toda laya de gentes difundieron el vicio de fumar por puertos y ciudades, al extremo de que en 1554 el tabaco se sembraba en Bélgica, y poco después en otros países europeos. El tabaco fue en corto tiempo objeto de comercio internacional. Cultivo despreciado por los señores, obra de indios y de negros, podía ser, si embargo, buena fuente de ingresos en manos de mediadores. De ahí que en 1557 se prohibiera a las negras llamadas “mondongueras”—vendedoras de vino, mercaderas de placer para los hombres de las flotas— que vendieran tabaco a marinos y soldados. Si la “yerba del diablo” daba beneficios, que tales beneficios cayeran en las manos cristianas de los empingrotados

señores que tenían asientos en la iglesia de la villa, los cuales podían ser perdonados en la corte celestial, no en las de mujeres llamadas sin remedio al castigo de las llamas infernales.

Objeto de contrabandos, perseguido en muchos países hasta con pena de muerte, usado en otros como medicina para diversos males, en Cuba siguió siendo cultivado por gente humilde. Las tierras eran mercedadas por los cabildos a criadores de ganado, que las usufructuaban sin cercarlas y usaban para atender a escasos dependientes, habitualmente esclavos. En las orillas de los ríos sembraban negros y blancos pobres sus paños de tabaco, y como podían lo cosechaban con mil trabajos. Hasta que empezaron a ser perseguidos por los hateros, que los acusaban de ladrones, de cuatrerros y de perturbadores. Era que la vida independiente, aunque miserable, de los vegueros, resultaba peligroso ejemplo para los esclavos guardadores del ganado. Los frailes y sacerdotes respaldaban a esos humildes cosecheros, porque cobraban diezmos en tabaco, y el tabaco había ganado la sacristía, bien por lo que valía en el mercado, bien porque los curas lo fumaban.

Por otra parte, los ganaderos temían que las mercedes de tierras para crianza sufrieran perjuicio si la corona favorecía el cultivo del tabaco, que empezaba a ser objeto de intenso tráfico internacional. Pero la corona se pronunció contra el tabaco cuando se le presentó un argumento decisivo: el comercio que ejercían los habitantes de la isla, a base de la codiciada hoja, con los corsarios y los mercaderes extranjeros. En 1606, una Real Orden prohibió por diez años la siembra del tabaco en América, y cuando en 1614 se permitió otra vez la siembra, fue con la condición de que sólo pudiera usarse en el comercio interior y que todo el sobrante del Continente se enviara a Sevilla.

En aquella medida monárquica de 1606 pesaron mucho los explotadores de minas del Perú y México. Para ellos, como para los ganaderos de Cuba, el cultivo del tabaco era

un daño, puesto que los cosecheros se bastaban a sí mismos, aunque muy mal, y se adueñaban de tierras; pasaban a ser poco a poco hombres libres. Los vegueros del Perú y de México preferían sembrar tabaco a trabajar en las minas, como los de Cuba preferían vivir en bohíos, orillas de los ríos, a cuidar reses en las sabanas. La Real Orden lo dice claramente: "... me ha parecido conbeniente prohibir el sembrar tabaco en las dichas Indias por tiempo de diez annos, para que con esto los naturales traten de labrar minas y en otras grangerías de más utilidad".

Es casi seguro, a pesar de que ningún documento lo acredita, que el tabaco siguió sembrándose y vendiéndose a los corsarios. Las autoridades de las Indias tenían a menudo que "acatar, pero no cumplir" las decisiones reales. Una cosa era ordenar desde Madrid y otra gobernar en tierras americanas. El tabaco era objeto de contrabando, como lo había sido antes y lo seguiría siendo hasta nuestros mismos días, como si se hubiera empeñado en dar la razón al sabio griego que formuló la teoría de que los hombres no luchan por lo necesario, sino por lo superfluo. En 1634, Su Majestad, convencido de que el tabaco era una fuerza económica incontrastable, a la que nada podía detener, estableció su "estanco", esto es, convirtió su comercio en monopolio del Estado. Para esa época el tabaco cubano iba ganando fama por su extraordinaria calidad; y la fama se extendía al favor de los contactos con el mundo que, a causa de ser refugio de las flotas, mantenía la capital de la isla.

El estancamiento de 1634 no fue, sin embargo, un mal tan fuerte para Cuba como el que había de darse en 1717, debido a que el tabaco cubano siguió vendiéndose en la isla y en España; pues era en España donde el monopolio tenía vigor. Además, se vendió a algunas empresas el derecho del Estado. Pero en 1717 el monopolio se amplió a Cuba; y los

cosecheros sólo podían vender al Estado, y al precio que éste impusiera. Comerciantes y cosecheros se rebelaron; y hasta los sacerdotes tomaron parte en la excitación, por cuanto perdían sus diezmos sobre las vegas. En otra parte de este libro se cuenta cómo entraron los vegueros de los alrededores de La Habana en la capital, donde destituyeron al gobernador y a los funcionarios del monopolio y los despacharon hacia España, como si hubieran sido tercios de la aromática hoja; y se cuenta también cómo al cabo de muchas medidas y contramedidas el poder real logró dividir a los cosecheros y a los comerciantes de tabaco, gracias a lo cual pudo dominar la segunda rebelión, que se produjo en 1723 con saldo de muertos, heridos, prisioneros y colgados. A causa del monopolio, que se mantuvo impertérrito, la calidad y la cantidad del tabaco cultivado en Cuba decayó tanto que a fines del siglo XVIII Cuba tenía que importar tabaco de Santo Domingo y de Virginia para el consumo interior.

¿A qué extremos de miseria no llegaron entonces los vegueros? Da horror suponerlo. El año de libertad comercial que fue el de la ocupación inglesa resultó demasiado corto para sembrar y cosechar tabaco en medida aprovechable. Podemos imaginar a los cultivadores, abandonando poco a poco sus pequeñas vegas, rindiéndose a los hateros, entregándose a un trabajo dependiente, duro, ellos, que se habían hecho al amoroso cuidado de la tierra y de la planta. Después llegó la gran expansión de la industria azucarera, el levantamiento de ingenios por todos los valles, el avance irresistible de la caña; y como los ganaderos aumentaban sus negocios con el mejoramiento de la situación económica, apretaban a los vegueros mediante leguleyos, autoridades y otros cómplices.

El siglo XIX fue el de las luchas cubanas. La industria de tabaco se afirmó entonces, especialmente como elaboración. Ya el monopolio del Estado era una fuente tal de ingresos,

que había que defender su subsistencia y con ella la fuente de materias primas. Así, la fábrica del Estado español, llamada Factoría, recomendó en 1817 que se estableciera el derecho del veguero a usar las márgenes de los ríos en que se hallara establecido, “para no dejarle en mendicidad ni expuesto tal vez a la prepotencia o al rencor”, porque era imprescindible estimular el cultivo de la primera clase de tabaco, que “requiere” el cuidadoso esmero de las familias pobres, ya que “decaería la planta, o no se lograría de tan exquisita calidad, con las labores en grande, en las cuales no es fácil aplicar a cada mata una atención tan continuada y prolija”. Como se advierte, sólo a base de “familias pobres” podía obtenerse la calidad del tabaco habano, puesto que sólo ellas, forzadas por la necesidad, dedicaban a la planta “el cuidadoso esmero” que ésta requería. Mientras tanto, el monopolio estatal llevaba a Sevilla el tabaco en rama y allí lo elaboraba con pingües ganancias, o ponía a las guarniciones y a los presos de Cuba a fabricar puros, andullos para mascada, rapé, picadura de pipas o cachimbos, y cigarrillos. Todavía hoy, en el idioma de la industria se llama “galera” al salón donde trabajan los torcedores, y “cepo” a la medida de largo y grueso que estos usan para los tipos que fabrican, y ambas locuciones son de origen carcelario.

El “cuidadoso esmero” de “las familias pobres” que cultivaban el tabaco habano, operando sobre condiciones singulares de la tierra en que se producía, le había ido ganando poco a poco fama de inmejorable; y probablemente a ello contribuyeron los beneficios de la Factoría, que halló fácil de vender la hoja “havanensis”. Más tarde, cuando la fabricación empezó a liberarse gracias a la libertad comercial que ganó la isla, según se ha explicado en este libro, el buen nombre del tabaco cubano ganó más prestigio con la buena manufactura de los productos que se exportaban.

Especialmente el tabaquero del país fue desde el primer cuarto del siglo XIX un artesano capaz, consciente, muy enamorado de su oficio, y tan abierto a las inquietudes de las nuevas ideas, que empezó pronto a agremiarse, a auspiciar periódicos y bibliotecas, estudios, conferencias. Su número se multiplicó en poco tiempo. Una Real Cédula de 1817 había abolido el estanco y los privilegios de la Factoría; diez años después, los fuertes impuestos que recaían sobre el cultivo y la fabricación de tabaco fueron sustituidos por impuestos de exportación; treinta años después, sin contar los talleres familiares ni los que se levantaban por la isla, en la sola ciudad de La Habana había trescientas setentisiete fábricas y se vendían unas ochocientas marcas. La mayor parte de las fábricas habían sido establecidas antes de 1850, esto es, a los veintitrés años de haberse sustituido los impuestos y treintitrés después de haberse abolido el monopolio.

Los tabaqueros veían aumentar sus ingresos a medida que iban acentuándose las libertades comerciales, por lo que no es de extrañar que acabaran siendo partidarios de la independencia del país. Poco antes de que se iniciara la guerra de los diez años, empeñados en mantenerse al día, habían tomado la costumbre, todavía hoy seguida, de pagar un lector que fuera leyéndoles mientras ellos trabajaban. Y cuando la guerra comenzó a devastar la riqueza del país fueron trasladándose al Sur de los Estados Unidos, donde muchas fábricas se levantaron, alimentadas por el tabaco en rama de Cuba. Allí estaban entre 1891 y 1895, cuando Martí propagaba el credo revolucionario. Ante ellos habló repetidas veces el Apóstol; con sus óbolos pudo él viajar, fundar el periódico, mantener la organización del partido que había creado, comprar armas, las armas que había de perder cuando una denuncia hizo fracasar el llamado Plan de la Fernandina, a principios de 1895. Su férvida adhesión a la



Mapa de la ciudad de La Habana, con su división por barrios.

causa de la independencia cubana ha hecho de los tabaqueros una especie de privilegiados en la gratitud del pueblo.

El profano atribuye toda la elaboración del cigarro al tabaquero, pues llama así al torcedor. Ignora cuán complicado trabajo se ha realizado para que un puro habano pueda quemarse en la sibarita boca del fumador. Antes de que el tabaco en rama llegue a las manos del torcedor, y después que ha salido de la casa en que lo secaron, tiene que sufrir muchas peripecias. Como ocurre con la siembra y con la ración o secamiento, que no es igual en todos los casos y mucho menos en las diversas regiones, las fábricas que elaboran el tabaco tienen procesos privados, cada una el suyo. Esta individualidad del tabaco produce infinitas maneras de tratarlo, como infinito número de vitolas, de marcas, de nombres, de aromas y colores, de precios y de estilos. Pero en lo fundamental, las fábricas se parecen, como se parece la vitola “petit-cetro” a la “fuma” en que ambas están hechas de buena hoja, que quema a gusto.

Lo primero que se hace con el tabaco, que desde luego llega en rama, es fumigarlo. Seis horas de fumigación basta para matar la “lasioderma serricorni”, una especie de gorgojo que pica la hoja. Después, el tabaco entra al prolongado manipuleo que precede a la elaboración. Regularmente la fábrica es grande, aunque las hay pequeñas, de las llamadas “chinchales”, y hasta familiares, donde sólo los miembros de la casa trabajan. En 1945 había en Cuba poco más de mil talleres y casi mil cuatrocientos elaboradores privados, con catorce mil operarios en total. No figuran ahí los trabajadores del transporte del tabaco ni los empleados de oficinas ni los que operan en las fábricas de cigarrillos ni los jornaleros de las casas de tabaco.

Una fábrica grande lleva el tabaco de las fumigadoras al sótano, donde la tripa —la hoja de menor tamaño, que ha de servir de relleno al puro— se saca del tercio y se moja en

tanques, para ser despalillada al día siguiente. El despalillo consiste en romper por mitad de la hoja la vena central y extraerla de la mitad al pecíolo. La capa —que ha de servir como cubierta exterior del cigarro— es tratada con mayor cuidado; primero es separada hoja por hoja, sin soltar el amarre de la gavilla; después se moja suavemente, con un fino pulverizador, y luego se pone a secar con las puntas hacia arriba para que la humedad se distribuya bien. Tanto las tripas como las capas se colocan en carros cerrados, donde comienzan a fermentar, según lo denuncia el fuerte olor a amoníaco que de allí sale.

La capa es la niña bienamada de las tabaquerías. Se la almacena en refrigeración, a cincuenta y cinco grados Fahrenheit y a setenta por ciento de humedad relativa, y cuando los tercios de capa se abren, se les da ochenta por ciento de humedad. Además, en el local donde se ponen a fermentar hay trampas de cazar insectos, para que uno de ellos no les haga el agravio de picarlas. Las puertas de los locales en que se guardan son sólidas; las cerraduras, tan fuertes como en cajas de caudales. Mientras el olor del tabaco, aumentado por el hálito de amoníaco que dan de sí las albúminas y las pectinas de la hoja, impregna el lugar y pugna por buscar resquicios que le permitan ganar el aire libre, el visitante siente que una carga de codicia, como la que se produce en los museos muy ricos, domina el sitio y le comunica cierta atmósfera de estimulante misterio.

La capa y la tripa nacen juntas, juntas padecen el calvario interminable del tabaco; juntas han de morir en un mismo habano, vueltas humo. Pero es muy diferente el trato que cada una merece. A la capa la separan en las fábricas por tamaño y por color; hay color “claro”, “colorado claro”, “colorado maduro” y “maduro”. La tripa no tiene ni color ni tamaño; y si los tiene, nadie se los toma en cuenta. Una vez fermentada, la tripa pasa directamente a manos de las despalilladoras,

quienes la trabajan a destajo, por libras, rompiendo la vena mientras hacen descansar la hoja en la rodilla. La capa es trabajada por manojos, y la despalilladora no se la pone en la pierna, sino que la va enrollando en una mano al tiempo que con la otra le quita la vena. En tiempos idos, esas venas o palillos, que la operaria amontona a un lado, sirvieron para medicinas y hasta se exportaron a Alemania, para fabricar cigarrillos y sin duda también para extraerles el jugo y dar a tabacos de otra procedencia perfume de habano. Ahora se usan sólo en abonos.

La capa despalillada se usa el mismo día en la fábrica; la tripa se pone a secar en tendales y después se guarda en barriles, colocándola de manera tal que en el centro de cada barril quede un hueco que facilite el paso del aire. El barril se numera y se le estampa la fecha del despalillo, la vega de que procede, el tamaño de las hojas y su calidad. Cuando comienza la fermentación el tabaco coge “calentura”, el olor a amoníaco se adueña del local cerrado donde se estiban los barriles, y ese olor aumenta en los días “blandos” o cuando llueve. Hay calidades de tabaco, cuando se trata del más fuerte —una hoja oscura y gruesa—, que permanece en las “barbacoas” —el lugar donde se guardan los barriles— hasta año y medio. A menudo, en ese punto se exporta para que lo elaboren en Estados Unidos, en España o en Holanda.

Con su entrada en las “barbacoas” el tabaco ha terminado un ciclo completo de vida. Encerrado, calentado, mojado, fermentado, vuelto a encerrar y a humedecer, libre y embarrilado, objeto de todas las malicias del hombre, víctima del afán de superación y de la sordidez y la fiereza con que se persiguen mejores precios y más ventas, ahí está, sufriendo las “calenturas”, asfixiado en el vaho amoniacal, sintiendo que la que fue su verde, suave, aterciopelada hoja se descompone, se transforma, se reblandece y cambia. Y un buen día llegan a

buscarlo para que inicie otro ciclo; el de su manufactura, llamado a terminar en el lento y perseverante fuego con que los fumadores lo consumen.

Ese ciclo empieza con el trabajo de un seleccionador experto, que con varios barriles de tabaco curado comienza la "liga". Los tamaños que va mezclando, una hoja sobre otra, son distintos, como son distintas las vegas de que proceden. Las mezclas se miden por libras, y una vez hechas, el producto va a humedecerse en locales cerrados. Para las máquinas se escoge el más seco; para el trabajo a mano, el más húmedo. En las máquinas no se precisa la liga previa, porque el operario que va colocando la cantidad que sirve para tripa en la ranura del aparato, hace a la vez la liga. En la máquina hay una envoltura interior llamada capote, que el mecanismo envuelve alrededor de la tripa, y está, además, la capa. Cuatro personas manejan la máquina y producen hasta cuatro millares de puros en ocho horas. Al parecer, el cigarro que de ella sale no se apilotana, quema mejor, es más parejo. Pero como abundan los torcedores, que se quedarían sin trabajo de mecanizarse toda la producción, sólo se fabrican así los habanos de exportación.

En un salón enorme, donde a veces trabajan varios cientos de hombres, están los torcedores. El torcedor usa mesa, y en esa mesa tiene, a mano derecha, un cajón donde pone la tripa; a su frente, un madero, regularmente de cedro, y junto al madero, al lado izquierdo, la capa. Con movimientos económicos, el torcedor toma la tripa, la aprieta, la modela y la envuelve en la hoja de capa; poco a poco, mientras va apretando con la mano izquierda, inclina el pequeño paquete sobre lo que va a ser la punta cerrada del puro, y en ese momento corta la capa en forma de lengüeta; corta, antes de envolver del todo, los restos de tripa que salen por ese extremo y pega con goma tragacanto la lengüeta de la capa; después enrolla,

acuchilla el resto de la capa hasta la punta opuesta, termina de enrollar en la capa todo el cigarro y lo alisa haciéndolo pasar por un círculo que forman el pulgar y el índice de la siniestra; por último, con un golpe firme de la cuchilla corta el extremo del habano que habrá de recibir el fuego.

En las galeras se ven docenas y docenas de cabezas canosas. Casi todos los torcedores son viejos, la gran mayoría con treinta, cuarenta y más años de oficio. Los que ahora trabajan, a razón de más o menos ciento veinticinco cigarros elaborados por día, saben o intuyen que no tendrán sucesores, porque las máquinas acabarán con el trabajo a mano. No es posible competir. El producto mecanizado llega a un millar por día hombre de trabajo, ocho veces más que ellos. Últimos representantes de un oficio que en pleno siglo XX ha conservado muchos de los encantos que en tiempos remotos tuvo la artesanía organizada, van de paso ya; son casi vestigios de una época que agoniza.

No pueden contarse los tipos de tabacos que fabrican los torcedores. Según el tamaño, el grueso, la forma de la punta, la manera como sea el extremo llamado a quemarse; de acuerdo con el color, la clase de tabaco, la procedencia, así son los tipos o "vitolas". Los corrientes son "petit-cetros", "brevas", "fumas", "medias coronas", "conchas", "panetelas"; pero aún entre estos hay mil marcas diferentes, variaciones infinitas, matices que no pueden contarse. En una sola fábrica, por ejemplo, yo he visto "cazadores", "condes", "guillermitos", "Londres", "élites", "belvederes", "especiales", "crisantemos", "eloíisas", "aromosos reales", "gigantes", "soberanos", "cristalinos", "fancy tales", "nacionales". Y la lista se prolonga todavía. Resulta muy complicada la nomenclatura si uno descubre que esos mismos nombres son distintos en las galeras, donde los torcedores los conocen por otras denominaciones.

En los talleres de tabacos se respeta la tradición. Hay un fondo de democrática aristocracia, valga la paradoja, entre ese mundo de silencios y de olores, sistemas impuestos por la costumbre que nadie quiebra, límites respetados por todos. Los tabaqueros, por ejemplo, tienen derecho a cinco “fumas” por día cada uno; y los cigarros que se llevan son del tipo “fuma”, y no otros. En el trabajo de los fileteadores, la tradición es una ley inviolable.

Día tras día un experto revisa el trabajo de los torcedores; estudia el tipo de capa, ve si está rota, palpa el cigarro para rechazar los que tengan la tripa endurecida. Los puros aprobados se guardan entonces en armarios de cedro cubano, donde permanecen en curación más o menos un mes. De los escapates pasan a las manos del escogedor, cuya tarea consiste en seleccionarlos por color, colocando juntos todos los que lo tengan igual o grandemente parecido. El escogedor necesita cuatro años de aprendizaje y trabaja en pareja con el envasador, que gasta dos años en aprender y tres en practicar antes de que se le ponga a llenar cajitas de cedro, de manera que en la última camada coloque cigarros parejos en grueso, tamaño y color. Cumplido ese trámite, las cajitas, que no están todavía terminadas —pues es largo el proceso de hacerlas y llenarlas y cerrarlas—, van a dar a las prensas, donde la gravitación de fuerzas bien administradas da forma cuadrada a cada uno de los habanos encerrados en ellas; de las prensas pasan a las mesas de las anilladoras, mujeres hechas a la tarea de colocar el anillo del impuesto fiscal junto con el de la marca, y después la funda de transparente celofán. Para cumplir su parte, las anilladoras sacan del envase los tabacos y en él vuelven a dejarlos.

Tal parece que el sufrido tránsito debería terminar ahí. Pero no termina. Pues todavía espera a los habanos el ojo del último inspector, una autoridad en la materia, que los saca otra

vez de las cajas, los examina uno a uno, de extremo a extremo y por todos los lados, y que cuando aprueba todos los cigarros los envasa otra vez y al dorso de la caja escribe una contraseña, cuyos rasgos son distintos, según sean el tipo y el color del producto. Para estar seguro de la uniformidad en el color, este inspector de última instancia, juez definitivo que no admite apelaciones, toma la caja ya llena y la inclina hacia el norte, pues sólo la luz del norte le dirá, sin engaños, si no hay diferencias de matiz.

De las vegas, de la mínima semilla oscura, hasta el gran inquisidor final, largo y variado ha sido el camino del tabaco. Más he aquí que el corazón de los hombres no da albergue a la compasión. Queda un nuevo departamento, el de los fileteadores, cuyos productos, especies de dulces y olorosos ataúdes del rico habano, vienen interfiriendo su camino desde las manos del envasador. El departamento de fileteado es aquél donde las cajas de cedro se forran y adornan y donde la etiqueta señala, con marca definitiva, el nombre y el apellido del que nació verde y habrá de morir gris.

Las cajas se fabrican siempre de cedro cubano, cuyo olor y cuya consistencia han probado ser los más adecuados para el tabaco habano. Las hay para guardar cinco, diez, veinticinco, cincuenta y cien puros, según sea la vitola; las “coronas” y los “perfectos”, por ejemplo, van en cajas de cinco y de diez unidades; los “petit-cetros” y las “brevas”, en envases de cincuenta, aunque las últimas y las “fumas” se empaquetan también en cajas de cien.

Con su olor de carne, las cajas llegan al departamento desnudas; y allí empiezan a forrarlas por dentro y por fuera, a adornarlas con el multicolor “bofetón” —la carátula que va pegada por el lado por donde la caja abre— y con la “vista”, que se pega en el lado opuesto al “bofetón”. Las policromas hojas litografiadas sugieren tiempos idos. Cada “vista” y cada

“bofetón” tienen su significado, aunque muchos de ellos se han perdido. Allí aparecen juntos, desde los días de la colonia, el león español y la palmera cubana; una hermosa mujer de vestido rojo y amarillo puede representar a la metrópoli como otra de blanca túnica griega puede representar a Cuba. Castillos y playas, galeones perdidos en el horizonte, escudos caídos o sujetos por manos femeninas resucitan a nuestros ojos los viejos tiempos del simbolismo ornamental. Hay un tierno, un conmovedor escanto en esas láminas, como si de ellas surgiera el perfume de un pasado que murió dulcemente, y acaso a tal sugestión ayude la mezcla de olores con que incitan nuestros sentidos el cedro color de carne y el tabaco aceitunado.

Cuando los fileteadores han adornado las cajas con los colores y los diseños que según el tipo de cigarros deben llevar, y pegan el sello de garantía del Estado cubano, verde y largo, de acaso dos pulgadas de ancho, y distribuyen sobre la caja las tradicionales papeletas que se denominan caprichosamente, hasta culminar en los sellos de la casa y de la marca, llevan las cajitas a la nevera donde esperarán el momento de ser metidas en cajas grandes, la mayoría de las cuales pueden guardar, en todos los tipos, hasta cinco mil tabacos. De madera blanca y liviana, limpias, con las marcas de los compradores correctamente impresas, esas cajas son a veces embarazadas con sellos de plomo para librar a los compradores extranjeros del peligro de la falsificación. En el mercado cubano no se necesitan esas preocupaciones; en el exterior sí, y ya se verá por qué.

Ya están listas las grandes cajas. En los muelles de La Habana atruena la sirena de un buque anunciando que ha llegado. Va a Nueva York, a Liverpool, a Montevideo o a La Coruña. Camino de sus bodegas, dos veces encerrados después de haber probado toda suerte de prisiones, los habanos van a sumergirse en la oscuridad y en el calor. De la tripa y las capas

que nacieron con las que los forman a ellos, muchas salieron antes a ser elaboradas en tierras desconocidas, muchas quedan en los talleres en que ellos fueron fabricados. Al empuje de la hélice y al ritmo de las poderosas máquinas, ahí van, recorriendo su destino de cenizas y de humo. Acaso a la hora en que ellos navegan, en el bohío donde mora el veguero que sembró las semillas de donde nacieron, que cuidó las matas en que crecieron y cortó las hojas que formaron su martirizada carne vegetal, un niño se muera de acidosis. Acaso sea el mismo niño triste, de negra y brillante mirada, que en los días del trasplante seguía al padre molestándole con preguntas acerca de lo que él iba haciendo.

¿Pero cómo puede el puro habano sentir ni lamentar eso? El va hacia su fin, hecho embajador del delicioso vicio de fumar, y heraldo de Cuba en mundos extraños. Tras golpes, viajes, trasiegos, inspecciones de aduanas, barreras de impuestos, dará al fin entre los cristales de una cigarrería. Allí, manos ansiosas, tibias, expertas, lo escogerán para llevarlo al cofre de un político sudamericano, de un banquero estadounidense, de un lord inglés, de un comerciante español. El fuego tocará su extremo abierto; lo sentirá penetrando, envuelto en naciente humo, hasta sus escondidas entrañas. Todo habrá terminado.

Todo menos el placer del fumador. Pues el tabaco cubano, y más propiamente el cigarro habano, hijo del amor, del cuidado, del mimo, del “delicado esmero de las familias pobres”, deja en los jugos más íntimos del que lo consume una deliciosa sensación de bienestar, de dulce paz física, una especie de adormecedor éxtasis del cuerpo en el cual participan todos los tejidos. De ahí su fama, y de ahí la perseverancia con que se le busca y con que se le imita.

Un buen día de diciembre, en el año de gracia de 1950, los periódicos de todo el mundo publicaban un largo cable que procedía de Madrid. Según ese cable, “diez individuos, a

los que capitaneaba una mujer conocida por el alias de 'La Boa', han sido capturados. Durante mucho tiempo han manipulado la fabricación clandestina y en gran escala de tabaco habano, y los beneficios se hacen ascender a varios millones de pesetas". El extenso cable seguía dando informes. Toda una organización, con sucursales en Madrid, Barcelona y Valencia; talleres de fabricación y falsificación, mediante el uso de esencias sobre tabacos corrientes; imprentas para fabricar etiqueta y anillos, empapelar cajas, hacer sellos; toda una red de transportes, vendedores, cobradores y cómplices, había estado trabajando durante años sin que nadie sospechara el fraude. "La materia prima consistía en tabaco español", dice el cable, "cribado, seleccionado y apretado para ofrecer más la solidez original". Según uno de los apresados, el resultado era "un tabaco habano verdadero y listo".

No lo era, sin embargo. Al paladar de pobre gente enriquecida en los años de locura económica que padece el mundo, tal vez podían pasar por cigarros de La Habana, porque en todas partes hay buenos hijos de Dios que consumen etiquetas y no productos, a quienes es posible dar por fino perfume francés un agua de colonia mala. Pero el día que un fumador de experiencia, invitado a almorzar en el hotel Gaylord's, de Madrid, vio ante sí una tagarnina, con aire y color de viejo tabuco, anillada con marca cubana —la conocida marca de "Romeo y Julieta"—, la vasta organización se vino abajo.

Perseguido por la codicia extraña, por reales órdenes implacables, por monopolios, impuestos, penas de muerte, prohibiciones, el tabaco de Cuba fue abriéndose paso por los mercados de todo el mundo; fue imponiéndose, labrando con el arma sutil de su esencia un prestigio que los siglos no han desmeдрado, sino que han estado confirmando. Innúmeras fronteras le han sido cerradas, debido a que compite ventajosamente

con los tabacos de todos los países; interesadas campañas de propaganda han querido desalojarlo del gusto universal. Jamás han podido despojarlo de su prestigio; jamás han doblado su altiva cerviz de señor entre todas las variedades de la “*nicotiana tabacum*”. ¿Cómo van a poder con él las imitaciones, ya sean burdas, ya sean bien hechas?

Con el puro de Cuba no hay confusión posible. Un tabaco habano es un tabaco habano. Su figura resalta, gentil, donde esté; su color es noble, su perfume sobrio y exquisito. Desde el fondo de los siglos llega al olfato, a través suyo, el oloroso aliento de las vegas, la delicada esencia de los bosques de cedro, la luz de Cuba, la embriagadora atmósfera de la isla fascinante.

IV LA AZUCARERA DEL MUNDO

Cuando el mes de enero llega, y con él la maduración de las cañas y el inicio de las molindas, comienzan a humear las altas chimeneas de ladrillos, casi siempre pintadas de blanco; que en medio de los cañaverales denuncian a distancia la presencia de los ingenios o centrales. Ciento sesentiuna de esas fábricas de azúcar pueblan la isla, de un confín al otro, y todas juntas producen cerca de cuarenta millones de sacos del dulce grano, cada saco con trescientas veinticinco libras.

Durante cuatro meses el aire de los campos cubanos huele a melaza, a jugo fermentado, con estimulante y grato olor; día y noche se oye el pito poderoso y triste de las locomotoras y el jadear de los trenes, que acarrean caña hacia los ingenios; se oye de trecho en trecho, allí donde no han sido sustituidas por camiones y rastras mecánicas, el chillido de las carretas que tambalean por los caminos, meciéndose al tardo paso de las yuntas, y el oprimente grito de los boyeros; y a la luz del sol, entre los claros del fruto ya cortado, se ven brillar las mochas con que el cortador abate a montones el dulce tallo.

Es la zafra, la época dorada y feliz en que los hombres trabajan; son los días de la relativa abundancia, la de poder pagar la deuda del médico y del boticario, la de comprar ropa a la mujer y a los hijos. Es la zafra, ese primer tercio del año durante el cual cerca de trescientos cuarenta millones de dólares se pagan en jornales a más de cuatrocientos mil obreros,

en cuyos hogares, que van desde casas del Vedado, en La Habana, hasta humildes bohíos de yagua de las montañas remotas, ese dinero entra vivificando la apagada luz de las cocinas, alegrando con juguetes nuevos la inocencia infantil, calentando con nuevas esperanzas el corazón valiente y amoroso del cubano.

Cuba destina a la siembra de la caña más de veinticinco mil kilómetros cuadrados, y por esa enorme superficie circulan infinidad de camiones y carretas dedicados a la carga del fruto y cruzan once mil doscientos kilómetros de vías férreas —siete mil de ellos de vía ancha—, por los cuales se deslizan sin cesar, en los meses de la zafra, cerca de mil locomotoras, más de doscientos motores de gas más de treinticuatro mil jaulas de transportar caña, casi mil casillas y casi dos mil carros destinados a varios usos. Se ignora la cifra exacta de millones que vale ese cúmulo de bienes, pero puede estimarse en mucho más de un billón de dólares (mil millones) si se piensa que en 1951 el central Portugalete, cuya producción es más bien pequeña (ciento veintisiete mil sacos de trescientas veinticinco libras en 1950), se vendió en dos millones, según las cifras que se dieron al conocimiento público. Si ese precio lo alcanzó una fábrica modesta, sin refinerías y sin puertos de embarque en las inmediatas cercanías, bien puede uno suponer cuál sería el de monstruos industriales como el Delicias, el Jaronú, el Morón y el Preston, por ejemplo, con producción superior a un millón de sacos cada uno, verdaderos modelos en su género, mundos de catalinas, calderas y dínamos, donde todo es mecanizado y todo tiende al mayor aprovechamiento del jugo de la caña.

Como de los ciento sesentiún ingenios y centrales que muelen en Cuba los más recientes —muy pocos por cierto— tienen más de veinticinco años de establecidos, y los hay hasta de 1840; y como la gran mayoría de ellos han

venido sufriendo transformaciones a través del tiempo, es difícil, y casi imposible, sobre todo dadas las tremendas oscilaciones habidas en la cotización de la moneda en todas partes, especificar con exactitud cuánto dinero se ha invertido en la industria azucarera del país para llevarla al actual grado de producción. Por otra parte, las tierras destinadas a la siembra de la caña varían mucho de precio, y algunas no son propiedad de los centrales. Los dueños de la industria rehúyen dar cifras. Por número de ingenios, la mayor parte son cubanos, los cuales poseen ciento trece unidades. Los norteamericanos son dueños del cuarentitrés por ciento, esto es, de cuarentiún ingenios, si bien la producción de los suyos es casi igual a la de los ciento trece que tienen los cubanos, quienes escasamente muelen un millón de sacos más; seis ingenios, con cerca de un millón de sacos de azúcar de producción, son de españoles; uno, con ochenta mil, es de franceses. En 1939 los cubanos sólo tenían el veintidós por ciento de la propiedad de los ingenios, y el resto, con un cincuenta y cinco por ciento en manos de norteamericanos, se repartía entre capitalistas de Estados Unidos, España, Canadá, Inglaterra, Holanda y Francia. En esa época molían todavía ciento setenticuatro fábricas.

Cien años atrás, entre 1850 y 1860, en Cuba molían dos mil ingenios y producían, al finalizar la década, casi quinientas mil toneladas largas, de dos mil doscientas cuarenta libras cada una; al empezar el siglo XIX, justamente en 1800, la producción llegó sólo a veintiseis mil toneladas; antes de terminar la centuria, en 1894, alcanzó a más de un millón. Gradualmente la producción fue aumentando, a veces con bajas sensibles, debido a caídas de precios en el mercado, a veces con alzas súbitas por crecimiento en la demanda. La última guerra de independencia causó de golpe un descenso de casi ochocientas mil toneladas, y mantuvo la producción en escala inferior a la de 1850.

El ejército libertador había irrumpido en la isla con la tea en la mano, incendiando cañaverales y destruyendo ingenios, dispuesto a no dejar en pie nada que pudiera rendir beneficios a la metrópoli, y la azucarera del mundo fue quedándose vacía. Menos de doscientos ingenios quedaron en capacidad de moler en el país, de cerca de dos mil que levantaban al cielo cubano sus chimeneas cuando empezó, el 10 de octubre de 1868, la guerra por la liberación nacional. Al normalizarse la vida de Cuba, en 1902, trabajaron ciento setentiuna fábricas, y ese número fue en lento y gradual aumento hasta llegar a ciento noventinueve en 1916, y otra vez comenzó a descender, hasta llegar, durante la gran crisis mundial de 1929 a 1933, a ciento veinticinco. Al fin, en los últimos tiempos se ha estabilizado en ciento sesentiuna.

Pero los dos mil ingenios de 1860 producían medio millón de toneladas, esto es, alrededor de tres y medio millones de sacos de trescientas veinticinco libras, y los ciento sesentiuno de ahora muelen casi cuatro billones de arrobas de caña y producen mucho más de cinco millones de toneladas largas, casi cuarenta millones de sacos de trescientas veinticinco libras. La enorme concentración de poderío industrial que esos números denuncian lleva por dentro una dramática historia de violencias, de lucha por el control de tierras y de mercados, de acciones siniestras y artimañas repugnantes, de abusos con el trabajo humano y emboscadas contra las leyes, la moral y la fe de un pueblo: una larga lucha cuyo relato amargaría en la boca de los lectores el delicioso dulce en que el azúcar se deshace.

El azúcar era ya un artículo con siglos de vida cuando se conoció en América; y no fue precisamente Cuba el lugar donde primero se produjo en tierras del Nuevo Mundo. Fue en los campos que rodeaban una ciudad fundada en la vecina isla Española por el propio Almirante, y llamada por él La Concepción de La Vega Real, centro de un valle enorme y de

singular riqueza, donde los europeos fabricaron, por vez primera en América, ese dulce llamado con el andar de los tiempos a tener tan grande demanda y a resultar tan decisivo en la historia de las islas que deslumbraron al Descubridor. La industria se inició en Cuba al finalizar el siglo XVI; y comparada con la de hoy era tan mínima, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para iniciarla y mantenerla, que doscientos años después, en 1795, la producción no llegaba a veinte mil toneladas.

Desde el primer momento la industria fue explotadora del trabajo humano y privilegiada por el Estado. A fin de que pudiera establecerse en Cuba, Felipe II dio licencia para la importación de esclavos, a razón de más de cuatro mil por año. Esto ocurrió a principios de 1595, es decir, una centuria después de haber comenzado la conquista de América. A la salida del mismo año, el monarca mandó que los esclavos, las máquinas, los animales y las tierras de los ingenios no pudieran ser traspasados por ejecución de sentencia debido a deudas; y cinco años después los noveles productores obtuvieron de las cajas reales un préstamo de cuarenta mil ducados, que fue el primero, pero no el último.

La industria del dulce —porque en verdad, para aquellos tiempos lo que se elaboraba no era el azúcar de hoy— había prosperado en 1795 hasta llegar a cerca de veinte mil toneladas, impulsada por esos privilegios, pero lo había hecho muy paulatinamente, por lo menos hasta que en 1762 La Habana fue ocupada por los ingleses. Pues a pesar de los favores que le acordó el Estado español, su comercio estaba limitado por el monopolio oficial; sólo podía venderse a través de la Casa de Contratación de Sevilla y embarcarse en la flota anual, la misma de que se habló en el primer capítulo de este libro.

Se calcula que al ocupar los ingleses La Habana, Cuba exportó a España, el mismo año, doscientas sesenta mil arrobas del dulce; seis años después exportaba casi medio millón, esto

es, alrededor de catorce mil toneladas largas, de dos mil doscientas cuarenta libras cada una. El impulso que había recibido la industria con la ocupación inglesa, que se tradujo en más importación de esclavos y maquinarias, y a mejor precio, duró y se acentuó cuando La Habana fue devuelta a España, pues temerosa de perder otra vez el puerto clave de las Indias, la monarquía metropolitana mejoró las relaciones comerciales con su colonia, permitiendo que los productos cubanos entraran a España por cualquier puerto, rebajando los impuestos de aduana para esos productos y poniendo en servicio un sistema de comunicación más frecuente entre la península y la isla.

Poco después ocurrieron la suma de acontecimientos que habían de transformar todas las circunstancias cubanas: los norteamericanos se sublevaron contra Inglaterra, en Francia estallaría la revolución, Haití ardería de un extremo al otro. Y esos hechos, unos inmediatamente, otros mucho más tarde, todos juntos movidos por el innovador impulso de la gran revolución industrial que iba operándose en el mundo, harían de la industria azucarera cubana una fuente de inagotable riqueza, si bien a la vez un manantial de dolores para millones de seres, algunos de los cuales a esa hora ignoraban, en las remotas selvas de África, que hubiera en la tierra una isla llamada Cuba sobre la cual humeaban unos siniestros sitios llamados, por la época, trapiches más que ingenios.

Haití suplía la mayor parte del azúcar que consumía Europa, y cuando los haitianos quemaron cañaverales e ingenios, colgaron a maestros de azúcar y a dueños de plantaciones e hicieron emigrar a los restantes, la poca azúcar de Cuba tuvo más demanda de la que podía atender; subieron los precios, aumentó la necesidad de maquinarias, la de esclavos, la de tierras, todo lo cual estimuló a capitalistas de Inglaterra, de

Holanda, de Francia, de España, del país. Los productores de Cuba pedían mercados abiertos en el mundo; y España, mientras tanto, se enzarzaba en guerras con toda Europa; caía bajo las armas francesas, perdía casi todo su imperio de ultramar, y para no perder a Cuba debió acabar concediéndole las libertades comerciales que le permitirían compensar en la isla las entradas que se le cegaron en el resto del Continente.

Fueron años de mucha angustia, de oscilaciones y vaivenes en la economía cubana. Pero al fin surgió de ellos multiplicado su producción. Diez años después de haber estallado la revolución haitiana, la producción del azúcar se había doblado; había pasado de diecisiete mil toneladas en 1791 a treintiocho mil en 1806; y llegó a setentitrés mil en 1826; a ciento trece mil una década más tarde, en 1836; a doscientas nueve mil en 1846; a trescientas cuarentiocho mil en 1856; a seiscientos doce mil en 1866. De año en año, pues, se veía aumentar el poderío de la industria; se veía avanzar por los campos de la isla el verde esmeralda de los cañaverales; se veían crecer los centros poblados por esclavos, que llegaban en corrientes continuas, cazados en sus lejanos parajes del África; se veían aumentar los barcos que llegaban a los puertos en pos del dulce, las carretas que trajinaban por toda la extensión; el número de las chimeneas que humeaban en toda la isla; y se veían disminuir, también por año, los bosques que a golpes de hacha se desmontaban sin tregua para calentar con la leña las calderas en que hervían los interminables ríos de guarapo.

En sus inicios la industria fue bien simple, pero no podía establecerse sin fondos. Lo primero que se requería era adquirir tierras y talarlas, luego comprar caña, sembrarla y atenderla durante los largos meses que tardaba en crecer. Era necesario aporcarla, mantenerla libre de cizaña que impidiera su desarrollo, y para eso hacía falta trabajo humano, lo cual en el

lenguaje de la época quería decir esclavos. Los esclavos costaban dinero, y, además, debían ser mantenidos; de donde se colige que el solo cultivo del fruto demandaba capitales, puesto que entre la siembra y la cosecha se contaban de diez a dieciocho meses. Venía después el corte, que no podía ser lento, ya que desde fines de diciembre la caña comienza a madurar, esto es, a producir más sacarosa; y aunque esa maduración mejora con los días, no puede dejarse pasar de punto, porque entonces empieza a decrecer el jugo.

El corte tenía que llevarse a efecto en el tiempo preciso, y no podía hacerse si se carecía de los esclavos necesarios para la tarea; con lo que se deja dicho que el número de esclavos no podía ser pequeño si se aspiraba a una producción que dejara beneficios. Pero, además, había que acarrear la caña hasta el trapiche, y eso requería carretas, bueyes y boyeros, potreros todo el año para los bueyes y alimentación y techo para los boyeros, o jornales, si no eran esclavos; y había que atender los potreros, sembrarlos, cuidarlos, como había que atender los bueyes, curarlos, darles agua, evitar que fueran robados o se perdieran entre los bosques. Nada de eso podía hacerse sin dinero. Por fin, llegaba el proceso de industrialización, que consistía en moler la caña entre mazas de madera movidas por el incesante rodaje que les comunicaba una larga pértiga tirada por bueyes o por esclavos.

El jugo que dejaba el fruto ya molido era llevado a grandes pailas de cobre, calentadas por enormes hogueras de leña. Allí, hirviendo continuamente y continuamente vigilado por “el maestro de azúcar” y sus ayudantes, se le removía sin cesar, con largas palas de madera, hasta que el guarapo quedaba deshidratado, espeso, cuajado, y se vaciaba en moldes cónicos llamados hormas, para que una vez frío, quedara agrupado en “panes de azúcar”. De manera que, además de todos los gastos en que se incurría para cultivar, mantener, cortar y acarrear la

caña, era preciso también montar el trapiche, acumular leña, que se cortaba y se llevaba de los bosques vecinos, tener esclavos trabajando día y noche en el trapiche y pagar “maestros de azúcar”, expertos en la naciente industria, los cuales tenían una categoría especial en la estimación de los amos. Era simple la industria, pero no se establecía sin fondos.

A medida que la demanda aumentaba, había que aumentar la producción, y los trapiches de madera pasaron a ser de hierro, movidos a vapor; las primitivas pailas se convirtieron en calderas, comunicadas entre sí por tuberías. Pero al mejorarse la industria hubo que aumentar las siembras, para alimentar las máquinas; el aumento de las siembras significaba más tierras y más esclavos, a la vez que más carretas, más bueyes y más potrereros, así como mayor cantidad de leña y, por tanto, más desmonte de bosques. Llegó el día en que ya era imposible aumentar las boyadas, el número de los esclavos y el corte de maderas; entonces los ingenios se multiplicaron por el país, hasta llegar a esa cifra de dos mil que había hacia 1860.

Sin embargo, las máquinas siguieron mejorando; cada vez eran más capaces; extraían cada vez más jugo de la caña y su funcionamiento se complicaba a medida que pasaban los años, bien con nuevas invenciones, que ya eran los tachos para cuajar mejor el guarapo, ya las centrífugas para granular el dulce. Como si hubiera estado impulsada por un insaciable demonio interior, la industria iba viéndose cada día forzada a ampliarse y a mejorarse, sobre todo para competir con el azúcar de remolacha, que desde las guerras napoleónicas empezaba a extenderse en Europa. Entonces apeló a los ferrocarriles privados. Con ellos podía extender los cultivos, vencer las distancias, domesticar al tiempo. Así pudo acabar llevando a la fábrica enormes cantidades de cañas, y con el aumento de la materia prima, ampliar el ingenio y rebajar el precio por unidad producida.

Pero eso sólo podían hacerlo las empresas con grandes capitales, con lo cual tomaron ventaja sobre las de fondos escasos y acabaron desplazándolas, comprándolas o arrendándoles las tierras o bien sometiéndolas a categorías de simples productores de la caña, lo cual, con toda propiedad, dio origen al vocablo “colono”. Poco a poco, favorecidos por el estado marcial que impuso la guerra de independencia iniciada en 1868, los empresarios de capitales fuertes fueron dejando sin operar a los ingenios pequeños, mientras ellos pasaban a la categoría de “centrales”; así, al tiempo que el número de las fábricas se reducía, la producción aumentaba y se concentraba en pocas manos. Esa hazaña fue cumplida sobre todo por capitalistas extranjeros, cuya insaciable codicia iba a culminar, en los primeros treinta años del siglo XX, en un control casi total de la riqueza azucarera cubana, e iba a provocar la desesperación del pueblo, en la década tercera de esta centuria.

De los diversos aspectos con que el poderío azucarero se reflejó en la vida política de Cuba, hemos hablado ya en capítulos anteriores. No es cosa de insistir sobre ellos, ni hace falta señalar la recuperación lenta, pero segura, que hacia el dominio de su propia economía, y de todos los atributos que a ella se agregan, iniciaron los cubanos en 1933. Nada lo indica mejor que la nacionalidad de los dueños de ingenios a que nos hemos referido en este mismo capítulo. Con lentitud, pero con firmeza, los cubanos están pasando a ser los propietarios de la industria; y mientras se mantengan los derechos de los trabajadores satisfechos, los jornales altos, la libertad de huelgas y de expresión, irá en aumento el número de cubanos dueños de la industria, pues a los capitalistas extranjeros no les interesa tener empresas allí donde ellos no impongan la ley. Con la típica actitud de su clase, huyen de los sitios donde la explotación no se permite.

En la historia del azúcar cubano es fácil advertir cómo la explotación fue perdiendo grados. Empezó con la esclavitud. Los hombres eran apresados en África, conducidos en barcos sucios, con apenas agua y comida suficiente para que los negros no murieran de inanición, y vendidos en La Habana, abiertamente, como se vendían caballos y reses. Sometidos al rigor del látigo, debían trabajar toda su vida a cambio de poca ropa, mala habitación y comida pobre; sus hijos nacían esclavos y debían proseguir su sombría suerte. Pero llegó el día en que el brutal comercio no pudo hacerse libremente; y aunque esta en nada aliviara el destino de los desgraciados, implicaba un cambio en la mentalidad del explotador: seguía haciéndolo, pero con riesgos, burlando la ley y exponiéndose a la indignación de los mejores hombres de la isla.

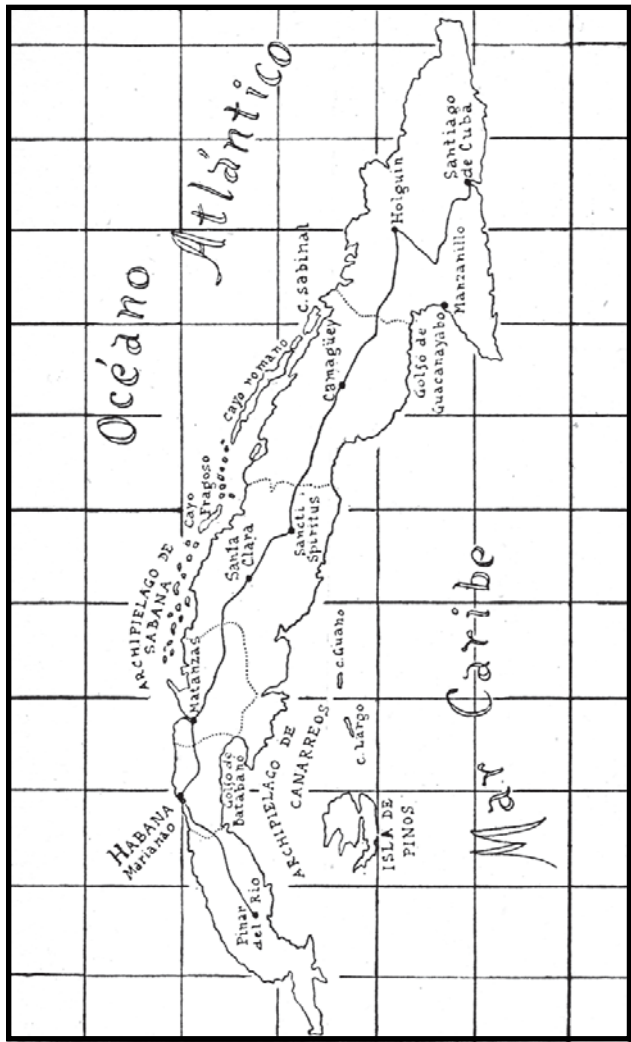
Se produjo después la liberación, que fue gradual, porque al principio sólo se ofreció a los negros que habían combatido en las filas libertadoras hasta 1878, a los nacidos de vientre esclavo y más tarde a todos los de su clase. Comenzó entonces la explotación del trabajador libre, su utilización a cambio de jornales misérrimos por interminables horas de trabajo; y cuando llegó la hora en que los cubanos no quisieron someterse a la imposición de los grandes centrales, se importaron haitianos y negros de Jamaica en condiciones irritantes. El gobierno revolucionario de 1933 los sacó del país; y comenzaron las luchas por obtener mejores jornales para los cubanos, especialmente para los que trabajan en las labores agrícolas de la industria.

Poco a poco, obteniendo una ventaja hoy y otra mañana, las horas de trabajo fueron disminuyendo, los jornales subiendo, las condiciones mejorando. La vida de casi medio millón de obreros es hoy distinta; ganan cinco, seis y hasta diez veces más que en los tiempos del señorío de los grandes centrales extranjeros sobre el país; su situación es más estable y más

segura la de Cuba. Toda la vida económica y política del país se ha transformado a consecuencia de ese ascenso en el nivel general de vida del proletariado azucarero.

El cortador de caña ahora no es un haitiano que gana de treinta a sesenta centavos, tras dieciséis o dieciocho horas de rudo trabajo, sino un cubano que abandona la mocha cuando ha cumplido una tarea y percibe un jornal relativamente decoroso. Por lo regular, usa guantes para no herirse con el filo de las hojas, lleva amplio sombrero para cubrirse del sol. De un golpe corta la caña a poca distancia de la raíz; la deshoja con hábiles y rápidos movimientos; tomándola por el tallo, lanza en el aire un mochazo que separa el cogollo; entonces tira la caña ya pelada a un montón, de donde la cogerán en brazadas los carreteros o los camioneros. El corte empieza en los primeros días de enero, por el lugar que hayan señalado los químicos del ingenio como más apropiado, debido a la mayor concentración de sacarosa en el fruto. Luego, a medida que el tiempo va pasando, el resto de la caña irá madurando, porque el frío favorece la producción del jugo en el misterioso laboratorio natural que forman la tierra, las aguas, el sol y la planta.

Las carretas o los camiones pueden ir directamente al ingenio, si está cerca, tras pasar por la báscula donde los pesadores tomen nota de la cantidad y del sector de donde procede; pero pueden ir también a cualquier de los lugares donde recoge la carga el ferrocarril del ingenio, que circula por entre los cañaverales, arrastrando una inmensa cola formada por casillas repletas del fruto. Los carreteros, los pesadores, los camioneros y los operarios del ferrocarril trabajan ocho horas, al cabo de las cuales son sucedidos por otros, y cobran jornales habitualmente buenos, o por lo menos, altos en relación con los de otros tiempos. Mientras dura la zafra, de ciento veinte a ciento cincuenta días —según sea el ingenio, según abunden o no las lluvias—, los campos de Cuba



La isla de Cuba está dividida en 6 provincias que son de izquierda a derecha, Vueltabajo, La Habana, Matanzas, Las Villas o Santa Clara, Camagüey y Oriente.

se ven trajinados por esos cortadores, por esas carretas, por esos infatigables trenes, por los camiones y las rastras, mientras aquí y allá, en medio de cultivados valles, las chimeneas de las fábricas humean sin cesar.

Con diferencias establecidas por el tamaño de la planta industrial, ya sean ingenios, ya sean centrales —más grandes, múltiples y complicados los últimos—, el establecimiento de la fábrica es más o menos el mismo. La casa de las máquinas se eleva en medio de un gran patio rodeado de casas de vivienda, los almacenes y el comercio. Este patio céntrico se llama “batey”, palabra indígena, que al parecer se daba al terreno común a cuyo alrededor se levantaban los bohíos de la tribu, y también al lugar llano donde se jugaba a la pelota. En la mayoría de los ingenios el batey es cuidado, limpias y alegres las casas de los empleados permanentes, que son, por lo regular, los químicos, los jefes de máquinas, los guardas privados de la empresa, el médico, los funcionarios públicos destacados en el sitio, el encargado del comercio, el de los almacenes, el farmacéutico. En la mayor parte, las calles se ven amplias y sombreadas por árboles.

En muchos se levanta la vivienda de los dueños, que a menudo van a pasarse semanas y hasta meses en el ingenio, sobre todo por el tiempo de la zafra; y habitualmente esas casas son hermosas, macizas, ricas, especialmente si fueron levantadas en tiempos ya idos. Casi siempre, la que sigue en importancia a la del dueño es la del administrador, personaje ejecutivo, suprema autoridad en los bateyes, en otra época, señor de horca y cuchillo, y ahora dirimidor de dificultades y armonizador de conflictos. Hay centrales donde hasta hotel y restaurante público halla el visitante. Con mayor o menor amplitud, todos tienen su enfermería de primeras curas y hasta algún hospitalillo; muchos centros de recreo para los empleados.

La caña entra a las cuchillas por medio de esteras rodantes. Llega incesantemente, en crecidas oleadas; y los enormes mazos de hierro, que se suceden con dientes cada vez más finos, la van triturando en un esfuerzo continuo, que jamás cesa mientras la zafra dura, y van apretándola y escurriéndola, hasta extraerle todo el jugo que puede dar en una primera pasada. A medida que va siendo volcada entre mazos de cuchillas más finas, la triturada caña recibe un chorro permanente de agua hirviente y del propio jugo, a fin de que vuelva a ser molida y se le deje casi del todo seca. Los enormes mazos ruedan sobre sus ejes lentamente, una hora y otra hora, movidos por catalinas inmensas, verdaderos símbolos del poderío industrial moderno, al pie de las cuales zumban sin sosiego las dínamos que las impulsan.

Al salir de los molinos, la caña, que la tierra hizo depósito vegetal del dulce guarapo y de la rica sacarosa, ha quedado destruida, y por un lado van sus restos sólidos vueltos seco bagazo, que son llevados a los hornos para servir de combustible, y por otro, en gruesos tubos, va el jugo o guarapo a hervir en enormes calderas. Hasta aquí, con la sola diferencia establecida por la modernización, el proceso es semejante al que seguían los viejos trapiches que humeaban en los alrededores de La Habana entre los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII. Pero a partir de aquí se acumulan las invenciones añadidas para sacar más provecho a la caña. En las grandes calderas donde el guarapo hierve, se agolpa, arriba, la gris espuma; abajo está el “fondajo”, o “cachaza”. La “cachaza” es llevada a otros tanques, redondos, altos, que pueden ser tres o cuatro, o diez; según sea de grande el ingenio; y en ellos, mezclada con agua, se le hace hervir a altas temperaturas otra vez, para que se purifique; y la parte que no se purifica es devuelta a los molinos que trituran la caña, para que allí humedezca el bagazo y retorne, en

un viaje incesante, en un inacabado ir y volver, a las hirvientes calderas, donde nueva “cachaza” está siendo sometida al mismo proceso que ella padeció.

Pero antes de que el “fondajo” o “cachaza” sea enviado a purificarse, una gran parte del guarapo pasó, junto con el que hervía, a los “tachos” de triple o cuádruple efecto, y ahí, después de filtrado junto con la “cachaza” que alcanzó a purificarse —mientras que la que no lo hizo volvió a los molinos, para empezar la ruta, como si no la hubiera recorrido— se hizo meladura. En el triple o cuádruple juego de los tachos, hombres expertos vigilan, y a través de cristales es fácil ver cómo de uno en otro, la meladura va deshidratándose cada vez más, haciéndose más y más espesa, cobrando un color rojo que se va encendiendo, hasta que en el cuarto tacho es ya un líquido casi pastoso. Y de aquí también, la meladura que no ha cuajado bastante, retorna a los tanques de que saliera, para ir a los tachos, y vuelve a los tachos de nuevo, reemprendiendo el viaje por los reinos del fuego, sometida a temperaturas de infierno. Por fin, el experto que saca muestras infatigablemente de los tachos ve que ya se ha hecho “templa”, es decir, la meladura ha cuajado a extremos de granularse. Esa “templa” va a los tanques cristalizadores, y el sobrante se desvía hacia los depósitos de “miel de purga” o, si puede recorrer una vez más la ruta del máximo aprovechamiento, a los tanques de meladura, de donde, una vez más, volverá a los “tachos”.

El proceso de repasar y repasar sin tregua los sobrantes, para sacar de ellos la última posibilidad de convertirlos en azúcar granulado, es infinito, largo, constante. Toda la codicia y la técnica del sistema capitalista se exponen en él. Sucediéndose en forma monótona, los tanques, las tuberías y las calderas alcanzan a veces número fatigoso; cubren enorme extensión, y para hacer su montaje más económico se ordena

la fábrica de manera que resulta ser como un edificio compartido en varios pisos, uno encima del otro. De departamento en departamento, se trepa por pinas escaleras. El jugo, la “cachaza”, la “meladura”; todo eso va y viene por tuberías que arden. Las vastas construcciones, muchas de ellas de paredes metálicas, resuenan día y noche; y día y noche por todos sus rincones zumban las dínamos y se esparce el fuerte, el grato, el fermentado olor del guarapo, que perfuma el lugar y confiere al aire un vivo poder estimulante.

Al fin, el azúcar empieza a salir de los cristalizadores, todavía pastoso, aunque al tacto se aprecie que está granulado ya; y pasa entonces a las centrífugas, diez, doce o catorce —y aún más, de acuerdo con la capacidad de la fábrica—, pequeños tanques atendidos cada uno por un hombre, que al abrir una compuerta se llenan con meladura espesa, a la cual se agrega agua. Al dejar en libertad, mediante una palanca, el eje que sostiene por el fondo esos pequeños tanques, estos empiezan a girar vertiginosamente, a increíble velocidad. El agua se desplaza, y arrastra consigo la meladura, con la cual se va otra vez a los tachos; mientras tanto, el rapidísimo movimiento pone a rozar entre sí los granos, y los seca. La centrífuga chilla hasta ensordecer. Quienes las atienden apenas pueden oír si se les habla. La caña que fue torturada en los molinos de enormes mazos y duras cuchillas, padece el fuego en su bagazo, la tortura de las altas temperaturas en su jugo, y al fin, en su etapa final, al salir hecha azúcar, tiene que sufrir el metálico, duro y maligno chillido de las centrífugas.

Pero ahí termina una etapa de maltratos. A partir de entonces será una presidiaria en los sacos, por lo menos, hasta que deba sufrir el proceso del refinamiento, complicado, exhaustivo, pero en cierto sentido, similar al de la fabricación. Ya refinada, es seca, blanca como el plumón de un cisne; su olor se ha tornado fino, apenas sensible; y viaja por el mundo

en sacos de algodón o de papel. Cuando sale del ingenio sin refinar, es metida en sacos de trece arrobas —trescientas veinticinco libras— y amontonada en estibas gigantescas, que recuerdan murallas incaicas, en los propios almacenes del ingenio; hasta que llega el día en que deba ser puesta en vagones para tomar el camino de un puerto, y más tarde, en las bodegas de un barco, para cruzar los mares, que a veces son verdes y movidos, como los cañaverales de que ella salió.

A mí me gusta oler el aire de los ingenios, cuando la zafra anima sus oscuras y férreas entrañas; me gusta oír el golpeteo de los hierros en el tiempo muerto, cuando los mecánicos desmontan los grandes mazos para repararlos y limpian los anchos tanques o las cansadas calderas. Me gusta visitar a mi amigo Herminio García, administrador de un ingenio mediano en las cercanías de La Habana; charlar con él, oírle su cortante y enérgica conversación, ver desde el portal de su casa el bosque de palmeras y bambúes, de mangos y aguacates que la rodea, y detener la mirada en las bungabilias rojas y moradas que estallan entre los árboles, o el oído en el canto de los pájaros que vuelan sin cesar por el paraje.

Aunque parecidos, los ingenios no son iguales. Los hay de máquinas pequeñas, tierras escasas y operarios contados, como alguno que produce al año cuarenta mil sacos; y los hay que son modelos en grande de la organización industrial del siglo XX, capaces de dar más de un millón de sacos; complicados mundos de hierro y vapor, cuyos molinos asustan, de tan poderosos, y en cuyas naves se alinean y se trepan unos en otros numerosos tanques, múltiples calderas, acaso kilómetros de tuberías, infinidad de dínamos. En esos centrales mayores, el manejo de los ferrocarriles es toda una hazaña; las oficinas de administración cuentan infinidad de empleados y máquinas calculadoras, puesto que se lleva contabilidad de todo al centavo; los laboratorios en que los químicos trabajan sin cesar,

son modelo en su género. Algunos tienen refinería y algunos aprovechan la energía motriz del ingenio para desarrollar otras industrias. Así, uno que se halla en la costa norte de la provincia de La Habana, elabora aceite de maní, y gran parte de sus campos están cultivados de henequén, con el cual se tejen cuerdas.

La caña que puebla las llanuras de Cuba es sembrada, bien por el propio ingenio, en cuyo caso se llama “de administración”, o bien por productores privados, conocidos con el nombre de “colonos”. Estos últimos siembran y cortan; pero el ingenio acarrea el fruto, lo pesa y lo muele; y paga a los colonos en especie un tanto por ciento de azúcar por cada arroba de caña entregada. Habitualmente, el ingenio refacciona al colono, le adelanta dinero para la siembra, aunque los colonos tienen su propio banco, al cual recurren para financiar el cultivo. Algunos colonos cosechan más de veinticinco millones de arrobas. Así como los dueños de ingenios se hallan agrupados en la Asociación Nacional de Hacendados, los colonos lo están en la Asociación de Colonos.

Hay distintos tipos de caña. No menos de veinticinco se siembran en el país, pero más de dos billones (dos mil millones) de arrobas, de los cuatro billones que se cultivan, corresponden al llamado “P O J 2878”, que cristaliza pronto, es de abundante jugo y resiste bastante bien el “mosaico” y la “jova”, dos enfermedades que atacan el dulce tallo. La resistencia natural de la caña se ayuda con el riego de insecticidas, cuando el fruto está tierno; usualmente se le esparce “caldo bordelés”, que se compone de agua, cal, sulfato de cobre y sulfato de sodio.

Hay una siembra llamada “temprana”, que se hace en abril; otra llamada de “primavera”, que se hace en mayo y junio; y hay las de “frío”, una “temprana” en noviembre y diciembre, otra “natural” en enero. Mezcladas con la tierra durante el

arado, las hojas secas y los cogollos abonan los campos, pero se abonan también poniendo una porción de abono amoniacal en cada cepa, y regando “cachaza” extraída de la caña, y estiércol de vaca. Generalmente las tierras se riegan por “aniego”, esto es, dejando que por ellas corra el agua y las empape: Una vez crecido el fruto, se les da a los terrenos “manos de guataca” es decir, se les hacen limpieza de yerbas y matojos, y un aporque por el camellón o surco.

El fruto no nace verticalmente, aunque a simple vista lo parece. Crece inclinándose, varios tallos de cada cepa, como repartiéndose en lucha la clara luz y el ancho cielo que allá arriba aparece iluminado. Con el transcurso de los meses se les ve doblarse, buscando la altura; echan de sí las cortantes y duras hojas, forman un amasijo casi impenetrable. Y cuando al fin todas las cañas han crecido, los plantíos se ven dominando el horizonte, verdes, infinitos, moviéndose al compás de las brisas, como las olas de un mar, mientras arriba resueñan las hojas de los árboles y se yerguen las altivas palmeras de enhiestos troncos.

De ese fruto no sale sólo el azúcar pardo que Cuba distribuye por el mundo, ni el blanco, seco y suave azúcar blanco que producen las refinerías de la isla y de Estados Unidos; ni las confituras que a veces fabrican en Italia, otras en Inglaterra, muchas en el país. De él salen también mieles, alcoholes industriales y medicinales, aguardiente y ron, tragos para entonar el cuerpo o el alma y para acompañar, en horas de cansancio moral o de alegrías justificadas, las penas de un mal amor o el júbilo de las fiestas.

En el ingenio hierva el guarapo, y a veces el tanto fuego y las presiones a vacío invierten en glucosa la sacarosa que lleva. Los químicos vigilan constantemente las muestras sacadas de los tachos, a fin de que la inversión no se produzca. Pero no puede evitarse que la meladura sometida a continuas vueltas

para extraerle la mayor cantidad de sacarosa, resulte agotada y alguna invertida; y entonces ya no sirve para azúcar, sino que se ha vuelto “miel rica”. Pasa lo mismo con frecuencia en el caso de las “mieles finales” o “exhaustas”, que de las centrifugas tornan a los tachos. Y esas mieles pueden ser destiladas hasta hacerlas alcohol. Poco se hacía con ellas antes, a excepción de los rones, algunos de los cuales ganaron prestigio en el mundo y muchos todavía lo conservan. Pero cuando medidas gubernamentales limitaron la producción de azúcares, las zafras se acortaron y en los campos quedaban millares y millares de caballerías de cañas, entonces los ingenios las destinaron a producir mieles, y así nació la poderosa industria alcoholera que tiene hoy la isla.

Convertir las mieles en alcoholes no es tarea tan fácil como hacer azúcar del jugo de la caña. La industria es más compleja, puesto que intervienen en ella la química y la biología. El principio consiste en situar levadura entre las mieles, de manera que las enzimas, produciendo anhídrido carbónico, transformen la glucosa en alcohol; luego el alcohol se separa mediante el conocido sistema de evaporación y conducción a través de serpentinas o columnas de destilación; y el mosto, o materia no alcohólica, se lanza por tuberías a lugares de desperdicios. Ese es, en síntesis, el procedimiento. Ahora bien, no es de fácil realización. En primer lugar, las mieles llegan a las destilerías cargadas de impurezas y de bacterias, ya butílicas, ya acéticas, que deben ser eliminadas. La bacteria acética, por ejemplo, oxida el alcohol y lo torna ácido, de manera que si se le dejara en las mieles, el producto no serviría para rones.

Las mieles deben ser, pues, sometidas a una prueba de fermentación, y esas pruebas conservadas en incubadoras al grado de calor suficiente para dar las condiciones óptimas en que las bacterias se desarrollan. Además, en las mieles abundan productos químicos que no han sido clasificados y que reducen el

cobre de las columnas de destilación y de los alambiques; de manera que es necesario determinar si están o no presentes en la materia prima, y en qué proporción antes de proceder a usarlas. Cuando ese proceso de análisis bioquímico se ha cumplido, las mieles se depositan en grandes tanques, donde son batidas con agua, y dejan de llamarse mieles para llamarse “batición”. La “batición” pasa a los corbatos, que pueden ser de madera, pero que reúnen mejores condiciones cuando son de hierro. En una enorme destilería que hay en Cárdenas he visto nueve de esos gigantescos corbatos de hierro llenos de la “batición”, cada uno de ellos con casi cuatrocientos cincuenta mil litros de capacidad. Estando en ellos, la “batición” recibe un agregado de ácido sulfúrico y de sulfato de amonio, pues aunque las mieles son ricas en potasio y en calcio, lo cual favorece el metabolismo de la levadura, ésta se alimenta mejor si se le agrega sulfato de amonio, con el cual se produce nitrógeno; el ácido sulfúrico, por su parte, ayuda a dominar cualquiera infección de las mieles, mediante el descenso del “PH” que provoca.

En los corbatos la “batición” fermenta durante veintisiete o treinta horas. Lanza la levadura sus enzimas, brota a raudales el anhídrido carbónico, y por las paredes de los enormes recipientes se ve el continuo y vivo movimiento que produce el ácido, y se advierte la marcha constante hacia el centro, donde la espuma se reúne. Al cabo de las treinta horas la levadura se ha agotado; ha rendido su tarea, ha transformado la glucosa de las mieles en alcohol. Y el negro rojizo líquido pasa entonces a las altas columnas de destilación en forma de vapor, en ellas se concentra gracias al cambio de temperatura, y cae en transparentes, cristalinos y olientes chorros a los depósitos, de donde las tuberías y las mangueras lo llevarán hasta los carros de hierro que, sobre los raíles del ferrocarril, esperan la hora de distribuirlo por toda la isla.

El alcohol así producido puede ser muy puro, como el de noventicinco grados, que tiene usos medicinales; o el absoluto, de noventinueve punto ocho o noventinueve punto nueve grados, que es utilizado para las industrias, y sobre todo, mezclado con gasolina, para carburante de vehículos a motor; o puede ser de segunda clase, de noventicuatro grados y medio, que se destina sobre todo a reverberos, cocinas y otros fines parecidos. Pero hay otro alcohol, el aguardiente, de cristalina transparencia y olor agradable. Este es el que se usa en la fabricación de rones y bebidas similares. Este es el aristócrata de los alcoholes. Las mieles de que se extrae son escogidas; se las busca exentas de bacterias que produzcan mal olor, de manera que su *bouquet* resulte estimulante para los bebedores.

El mejor ron sería el que se destilara directamente del guarapo, el que saliera de un alcohol producido del propio jugo de la caña. Pero resultaría tan caro que apenas podría venderse. Con todo, sin proceder del guarapo, los rones de Cuba son famosos en el mundo, y su mejor mercado es el de Estados Unidos. Los cubanos consumen escaso ron. Tengo para mí que los fabricantes no se han puesto a estudiar el carácter nacional, y no han comprendido todavía que, por lo menos en la última generación, el hedonismo es tan fuerte que rechaza la pérdida de la conciencia propiciada por el alcohol.

Al cubano no le gusta emborracharse. No lo hace ni siquiera para satisfacer citas de amor. No desea ser físicamente inconsciente; su afán es disfrutar a plenitud el menor placer. Jamás he visto en las calles de Cuba un beodo dando tumbos, y mucho menos a nadie tendido en la acera durmiendo la embriaguez, espectáculo común en casi toda la tierra. El cubano bebe, pero hasta tanto empieza a sentirse mal. Por eso prefiere bebidas como el brandy y el whisky o la cerveza, todas las cuales son de graduación más baja que el ron. Para tener el suave gusto de un coñac o de un whisky, que oscilan

entre los treintiocho y los cuarentiún grados Gay Lussac, el ron no debería pasar de treintisiete; sin embargo, tiene, en promedio, cuarentiocho grados; en consecuencia, es demasiado alto para el gusto actual de Cuba.

De los ochocientos treinticinco mil dólares que la industria del ron exportó en 1950, seiscientos cuarenticinco mil fueron vendidos a Estados Unidos, el Japón y la Estación Naval de Guantánamo, a Canadá y Bermudas. En Japón, en la Estación Naval y en Bermudas, los consumidores fueron, sin duda, norteamericanos; y tanto ellos como los canadienses, habitantes de zonas frías, reclaman bebidas fuertes, que les produzcan calor interno. Lo cual quiere decir que el grado alcohólico del ron cubano es mejor para países de nieves que para la fascinante isla en que se produce, y que en buena ley comercial, el destinado a venderse en Cuba debería ser de graduación más baja para que compensara la diferencia de clima que hay entre las heladas llanuras del Canadá y las cálidas llanuras cubanas.

Por las seis provincias de Cuba, desde los contrafuertes de las montañas que se levantan en el extremo oriental hasta las aguas relucientes de Bahía Honda, en Pinar del Río, setenticuatro destilerías elaboran alcohol, y muchas de ellas rones. Se oye en las potentes calderas el monstruo del fuego tratando de escaparse día y noche, zumbando con ronquido de animal vencido, pero no rendido; se siente a la distancia el agrio y viril olor del mosto; trepidan los trenes y el ruido de los frenos metálicos, el de los vagones-tanques que crujen al ser parados en seco, el de las agudas sirenas, confieren a los lugares en que se hallan esas fábricas un saludable aire de comunidad viva y enérgica. En los talleres martillean los mecánicos, en las oficinas laboran callados los burócratas, los obreros se turnan, y en algunas destilerías su número alcanza centenares.

La gran mayoría de esas fábricas fueron fundadas después de 1943, aunque hay una que data de 1870, y dos, por lo menos, de 1900. Como en el caso de los ingenios y centrales, se ignora qué inversiones se hicieron para montar la industria. Deben haber sido muy altas, probablemente por encima de cien millones; pues a pesar de que algunas producen sólo millón y medio de litros al año, otras sobrepasan los treinta millones, y todas juntas pasan del medio billón (quinientos millones). Hay que ver la amplitud, la organización y el señorío de algunas de esas empresas, modelos de orden, limpieza y poder industrial. Líneas de ferrocarril, carros tanques, almacenes, naves inmensas, talleres gigantescos, espigones de muelles, oficinas y laboratorios; de todo acumulan. Las hay humildes, pero las hay con abolengo, estrechamente unidas a la historia y al ornato y a la economía de las ciudades donde se hallan.

Ciento sesentiún ingenios y centrales, veintiseis refinerías, setenticuatro destilerías, y todas las pequeñas industrias dependientes, producen en Cuba, cada año, varios cientos de millones de dólares. Alrededor de ese núcleo gira la banca, giran los transportes, gira la vida económica de la nación. Ferroviarios y chóferes, químicos y mecánicos, cortadores y estibadores, marinos y burócratas, médicos, enfermeros, aseguradores, economistas y periodistas especializados en la materia: toda una humanidad activa, bullente, acometedora y ambiciosa se mueve a impulsos de las fuerzas que desata el azúcar.

El azúcar no es cubano de nacimiento, pero ha hecho de Cuba su tierra natural. La isla misma parece haber sido creada por los dioses para que fuera la azucarera del mundo. Larga, estrecha y con llanuras y valles asequibles, al cabo de los siglos resultó una cercana vecina del más grande mercado consumidor del dulce que recuerda la historia; además, de tal mercado la separa sólo el mar, la más barata de todas las vías de comunicación. Situada en una zona apropiada para el

cultivo de la caña, con sus lluvias reguladas por la naturaleza, con sus tierras ricas, quiso su fortuna que sus costas se abrieran con frecuencia para formar bahías, ensenadas, rías y puertos, en número asombroso y con estupendas condiciones de profundidad y de cercanía a los valles. De manera que por alejado que se halle de un embarcadero, cualquier ingenio tiene acceso barato a una salida marítima, siempre buena y cómoda.

El desenvolvimiento histórico del país ha resultado a la postre el mejor posible para que el dulce grano no amargara de modo total y definitivo la vida del cubano. Nacida de privilegios y de sufrimientos inenarrables, la poderosa industria acogotó a Cuba durante centurias; y cada vez parecía más difícil librarse de los yugos que ella iba levantando tan pronto veía oportunidad propicia. Pero al cabo de una larga lucha en la que no se economizó sacrificio alguno, el pueblo sometió al rico monstruo; lo puso a su servicio; lo hizo rendir beneficios para la comunidad.

Queda mucho que hacer todavía, pues de las tierras del país, incluyendo en ellas los cayos adyacentes, cerca de la cuarta parte es propiedad de los ingenios y centrales; los cuales usan sólo una porción en el cultivo de la caña, mientras mantienen el resto inactivo; y esto se traduce en mal vivir para los campesinos, que podrían disponer de mayor área de cultivo si esas tierras estuvieran a su disposición. Ya han pasado los años en que los ingenios eran círculos cerrados, que importaban mercaderías por sus puertos propios, compraban lo que sus trabajadores y familiares consumían, dejando a un lado el comercio del país; fijaban los salarios según sus conveniencias y establecían horarios de trabajo buenos para regímenes de esclavitud. Pasaron los días en que ellos dominaban la banca y la política, en que los cuerpos de seguridad estaban a sus órdenes para aterrorizar a los obreros.

Pero falta mucho por hacer. Sólo durante algunos meses del año muelen los centrales, y cuando el tiempo muerto llega, el nivel de vida de acaso trescientos mil trabajadores cae casi verticalmente; por los pueblos y por los campos se amortigua el trajín de los hombres, las mujeres y los niños; los comercios rurales restringen sus pedidos; en la casa humilde se recibe con pavor la noticia de que ya ha cesado la molienda, y ese pavor, que en fin de cuentas dura todo el año, porque desde el día en que la zafra comienza se espera que termine —¡tan fugaz es la dicha en el hogar del pobre!—, cuaja al fin cuando, tras el último pago, hay que acortar las raciones de alimento, hay que limitar esos gastos superfluos de los niños en que está la raíz de sus momentos más felices, hay que medir, en fin, la alegría de vivir, que no florece en los hogares donde la miseria apaga los leños del fogón.

Aunque los trabajadores del azúcar están organizados en una vasta federación de sindicatos, y tienen seguros y retiro, y luchan porque los dueños de la industria no les nieguen los beneficios que les reconoce la ley, su suerte no es la misma que la que sonríe a los propietarios; sus hijos no viven con la comodidad y con la seguridad que rodea a los hijos de los amos. Es cierto que la ley manda que cuando el azúcar suba de precio, los beneficios se distribuyan entre hacendados, colonos y obreros. Pero sería inútil negar que estos y los pequeños colonos llevan todavía la peor parte, porque es a ellos a quienes toca sufrir, en todo su rigor, el peso del tiempo muerto.

En realidad, el pueblo entero de Cuba, que ha visto varias veces su nivel de vida descender, en ocasiones a extremos muy bajos, debido a las crisis mundiales en el precio del azúcar, vive consciente o inconscientemente atemorizado de que un día se detenga la demanda del dulce y éste empiece a cotizarse bajo, a ser producido en menor cantidad. Pues cuando eso ocurre el tiempo muerto se prolonga y el de la zafra se torna

pobre, anémico, desesperanzado. Los técnicos, los economistas y los obreros predicán constantemente una política económica que tienda a hacer de los ingenios centros de diversas actividades industriales, de manera que puedan trabajar todo el año. Unos recomiendan la utilización de residuos en elaboración de fertilizantes, en plantas de vitaminas, en fuentes de alimentos baratos para hombres y animales; otros reclaman que el bagazo, utilizado como combustible en los hornos de los ingenios, se dedique a fabricar celulosa y a transformar ésta en papel.

Sin duda alguna los días en que eso suceda llegarán. Tardarán más o menos, pero los cubanos los verán. Una potente voluntad de aumentar sus fuentes de trabajo anima a todo el pueblo. Gente de inteligencia vívida y de ambición despierta, lucha por hallar la seguridad que le permita hacer de manera más plena y consciente su tránsito por la tierra.

Optimista y emprendedor, el cubano no se deja abatir, a pesar de los periódicos, anuales y sombríos tiempos muertos. Tiene fe en su isla, fe en sus congéneres, fe en sí mismo. Sabe que Cuba ha salido mejorada de sus luchas incesantes; sabe que su tierra es rica; que entre ella y el sol elaboran en los misteriosos laboratorios de la naturaleza el dulce de la caña para que las gentes del mundo melifiquen sus horas de angustia. Al paso de cada generación, los capitalistas criollos, que poco a poco están volviendo a recuperar el dominio de su principal industria, son más emprendedores, más capaces, ven con más claridad que el bien de todos descansa en la seguridad de las grandes masas.

Llegará el día en que las chimeneas de los ingenios despidan, todo el año, su tardo y rojizo humo hacia los cielos azules, y de las vastas naves saldrán multiplicados los subproductos, el papel para los periódicos y libros, los fertilizantes y las vitaminas. Entonces, cuando el obrero no tenga que trabajar

temeroso de que la zafra termine y con ella se liquide la alegría de recibir un jornal decente, al caer de las tardes, por las callejas de los bateyes o por las guardarrayas flanqueadas de altivas palmeras, los hombres retornarán a sus hogares con la ilusión de sentar en las rodillas al hijo pequeño y empezar a contarle:

—Esto que tú ves, mi hijo, es Cuba, la tierra iluminada por las estrellas, la azucarera del mundo. Y algo más...

VIAJE A LOS ANTÍPODAS

DEDICATORIA

La guerra de Viet Nam le dio a la región del Sudeste Asiático una notoriedad política y un relieve histórico que no había sido sospechado ni por los más connotados analistas de los acontecimientos mundiales ni por los más agudos observadores de los países de esa región. De buenas a primeras el Sudeste Asiático pasó a jugar en la sociedad internacional un papel de tanta trascendencia como el que habían jugado en los siglos XVIII y XIX los países más importantes de Europa, digamos, Francia e Inglaterra. Con el relieve que tomó Viet Nam la humanidad reconoció como grandes figuras de la historia universal a hombres cuya medida extraordinaria no había sido ni siquiera presentida un año antes de que sus nombres comenzaran a aparecer en los periódicos de todas las lenguas y en los proyectores de televisión y los aparatos de radio. Bien avanzado el año 1945, en los Estados Unidos, que iba a ser después el revelador de los valores auténticos de Viet Nam, no había una sola persona que tuviera la menor idea de quién era, y sobre todo de quién iba a ser Ho Chi-Minh, y el Pentágono, que debía ser el centro militar mejor informado de la Tierra, no se imaginó ni durante un segundo que sus mejores generales y sus formidables ejércitos iban a ser derrotados por tropas de hombrecitos amarillos, como dijo despreciativamente Lyndon B. Johnson de los heroicos soldados vietnamitas, comandadas por un maestro de escuela

llamado Vo Nguyen-Giap. El largo y despiadado ataque norteamericano concentró la atención del mundo en Viet Nam, primero, y después en Laos y Cambodia, tres países que hasta pocos años antes habían estado viviendo su propia historia sin que en ellos se fijara la atención extranjera, salvo la de sus colonizadores, que fueron los franceses.

Lo que hizo sobresalir de la superficie del mundo al Sudeste Asiático, y en consecuencia llevó hacia ese lugar la atención de sabios y trabajadores, de artistas y militares, de sacerdotes y estadistas de las naciones que se auto denominan occidentales fue la decisión con que el pueblo del antiguo Annam respondió al ataque militar de los Estados Unidos. En mi caso el interés era anterior a la agresión norteamericana, y así lo prueba un artículo mío publicado en la revista *Bohemia* de La Habana bajo el título, si recuerdo bien, de “El País de las Hojas Amarillas”, que debe ser de antes de 1950; pero una cosa era el interés, digamos intelectual, de 1950 y otra la pasión de justicia que me sacudía cuando leía, cosa que ocurría a diario, una noticia de la AP o de la UPI sobre batallas y bombardeos y abusos de poder cometidos en Viet Nam. Para decirlo con toda propiedad, Viet Nam pasó a ser algo así como una extensión de mi patria dominicana; y hoy que es libre, sigue siendo eso en mi amor y en mis recuerdos.

Con esos sentimientos dedico este libro a Viet Nam; a sus niños quemados con napalm, a sus heroicas mujeres, a los millones de sus hijos que murieron en la lucha por la libertad.

JB

Santo Domingo,
15 de enero de 1978

ASIA Y EL SUDESTE ASIÁTICO

*La ilusión de las guerras limitadas**

Evidentemente, la guerra mundial segunda hizo pasar a la humanidad, en términos históricos, del siglo XX al siglo XXI; de la edad de la dinamita a la edad atómica y nuclear; de la edad del motor de pistón a la del jet; del avión terrestre al satélite espacial; de la máquina calculadora que se manejaba a mano al computador electrónico; de la industria desarrollada por técnicos autodidactas como Thomas Alva Edison y Henry Ford a la industria sobredesarrollada a base de estudios de científicos de primera categoría como Enrico Fermi y la pareja china de Yang y Lee. Y ese salto, asombrosamente violento si lo vemos desde el punto de vista del corto tiempo en que se produjo, debía reflejarse en grandes cambios sociales y políticos en todo el mundo. La incapacidad de los Estados Unidos para aceptar esos cambios y ajustarse a ellos se ha traducido en una actitud de violencia internacional muy peligrosa.

En lo que se refiere a la América Latina, ese estado de violencia deberá desembocar, me parece que de manera inevitable, en una revolución social de grandes vuelos. No hay que hacerse ilusiones: esa revolución comenzó ya en Cuba, y hágase lo que

* Este artículo fue escrito para la revista *The Christian Century*, que se editaba en Chicago, EE.UU. El título le fue puesto por los editores de la revista, que publicó el artículo en su edición del 17 de abril de 1968, páginas 480-2.

se haga o dígase lo que se diga, podrá ser demorada pero no podrá ser evitada. Es probable que la decisión de evitarla lleve a los Estados Unidos a guerrear en la América Latina como los ha llevado a guerrear en el Sudeste Asiático, y está dentro de lo posible que la guerra en Asia produzca el estallido de la revolución en América Latina.

¿Qué tiene que ver la América Latina con la guerra de Viet Nam, y qué tiene que ver la guerra de Viet Nam con la incapacidad norteamericana para aceptar los cambios introducidos en el mundo por el paso de la industria de los técnicos autodidactas a la industria sobredesarrollada de los científicos? ¿Cuál es la razón de que un país tan excepcionalmente desarrollado en el campo científico, como son los Estados Unidos, no pueda ajustarse a los cambios políticos y sociales impuestos en el mundo a consecuencia de la segunda guerra mundial?

Todas esas preguntas se relacionan entre sí porque todas ellas surgen de un mismo hecho: el estado de violencia que prevalece en el ámbito internacional.

Hasta el momento, lo que está sucediendo en Viet Nam se mantiene dentro de lo que en estrategia militar se llama “guerra limitada”. Sin embargo, debemos notar que esa “guerra limitada” ha traspasado varias veces los límites que se le habían fijado; por tanto, no hay razón para que no traspase también los actuales y llegue a convertirse en una guerra general asiática.

Inicialmente, el plan norteamericano fue organizar un gobierno y unas fuerzas armadas anticomunistas en Viet Nam del Sur, y darles apoyo político, económico y militar a ese gobierno y a esas fuerzas armadas, para lo cual se enviaron a Viet Nam del Sur unos cuantos cientos de consejeros militares y de técnicos civiles y unos cientos de millones de dólares en dinero, armas y equipos; pero después hubo que traspasar

esos límites, hubo que aumentar los envíos de consejeros militares y civiles, los de dinero y armamentos y equipos, de manera que los gastos subieron a un billón de dólares al año; más tarde se ampliaron otra vez los límites y se procedió a construir grandes bases aéreas, navales y de infantería para soldados norteamericanos, lo que significó el aumento de los gastos en Viet Nam por encima del billón de dólares al año; y por fin hubo que mandar al combate a las fuerzas norteamericanas, primero para defender esas bases y después para guerrear en todo el Viet Nam del Sur, lo que se tradujo en gastos superiores a los veinte billones de dólares al año y en una guerra abierta contra Viet Nam del Norte.

En términos militares, pues, los planes limitados de los Estados Unidos fueron implacable y sucesivamente sobrepasados por la fuerza de los acontecimientos, y al comenzar el año de 1968 la guerra era “limitada” sólo en un aspecto: el de que se mantenía dentro del territorio de los dos Viet Nam. Pero ya a esa fecha amenazaba con desbordarse a Cambodia, Laos y Tailandia, cosa que puede ocurrir en cualquier momento.

Ahora bien, en términos políticos la guerra de Viet Nam dejó hace tiempo de ser “limitada”. La presencia de tropas australianas, neozelandesas, surcoreanas, tailandesas, es una demostración concluyente de que en el orden internacional estamos en presencia de una guerra que ya no es “limitada”; que salió de las fronteras de Viet Nam y está afectando a países lejanos, cuyos hijos están muriendo en Viet Nam bajo sus propias banderas. Por último, la creciente y pública ayuda rusa y china a Viet Nam del Norte y al Vietcong en armas confirma lo que decimos: políticamente, la guerra de Viet Nam se ha convertido en un conflicto internacional, y por tanto no sigue teniendo las características de las “guerras limitadas”.

Esta verdad se ha mantenido oculta a los ojos del pueblo norteamericano y de otros pueblos del mundo mediante la creación de una falsa ilusión. A los norteamericanos se les ha hecho creer que la guerra de Viet Nam es “limitada” porque ni China ni la Unión Soviética han enviado tropas al combate. Pero es el caso que varios otros países han enviado tropas, y el propio presidente Johnson, cada vez que habla sobre los acontecimientos de Viet Nam, se refiere a esos ejércitos extranjeros llamándolos “nuestros aliados”. Luego, resulta evidente que desde el lado de los Estados Unidos se trata de una guerra que hace tiempo dejó de ser “limitada” y pasó a ser internacional.

La experiencia que se saca de la lucha en el Sudeste Asiático es que no resulta fácil mantener “guerras limitadas” cuando éstas se tiñen con matices ideológicos. Al intervenir en una guerra el aspecto ideológico, es difícil contenerla en determinados límites geográficos. La de Israel y Egipto en junio de 1967 no tuvo caracteres ideológicos, aunque por detrás de Egipto estuviera Rusia y por detrás de Israel estuvieran los Estados Unidos; y esa ausencia del factor ideológico la dejó en los límites de una guerra internacional convencional. El vocablo convencional debe aplicarse a una guerra tomando en cuenta no sólo los tipos de armas que se usen sino además cuál es la motivación que la provoca. Desde su costado ideológico, la guerra de Viet Nam no es convencional y no puede ser limitada, puesto que necesariamente quedan arrastrados hacia ella todos los que en el mundo entero simpatizan con el régimen comunista y todos los que aspiran a la destrucción de ese régimen.

En la guerra de Viet Nam, como en la intervención armada en la República Dominicana, la razón esgrimida por los Estados Unidos, a lo menos en público, es la del anticomunismo: están peleando en el Sudeste de Asia y enviaron sus “marines” a la isla antillana porque ellos tienen

una misión planetaria, la de destruir el comunismo dondequiera que éste asome la cabeza o dondequiera que a los Estados Unidos les parezca que hay comunistas. Desde luego, el derecho que se atribuyen los norteamericanos de aniquilar a los comunistas genera el derecho de los comunistas a aniquilar a los norteamericanos. El resultado lógico de esos derechos en pugna es un estado de violencia internacional muy adecuado para que una llamada “guerra limitada” resulte desbordada más allá de los límites previstos; y eso es lo que ha sucedido en Viet Nam.

¿Hasta qué momento podrá mantenerse la ilusión de que la guerra de Viet Nam está en el número de las “limitadas”? ¿En qué momento comenzarán a entrar en acción los “voluntarios” chinos, soviéticos y de otros países comunistas?

Eso no lo sabemos, pero lo que parece hallarse al borde de que se produzca cualquier día es la extensión de la guerra a países vecinos de Viet Nam, como Laos y Cambodia, y no en forma de guerrillas comunistas laosianas o cambodianas ni en la de guerrillas infiltradas desde Viet Nam del Norte bajo la dirección de jefes vietnamitas. Como puede leerlo quien quiera en la prensa de los Estados Unidos, algo de eso está sucediendo desde hace meses, o se da la noticia de que ha sucedido. A lo que quiero referirme es a la entrada en acción, sobre suelo laosiano y cambodiano, de tropas norteamericanas enfrentadas a tropas de Viet Nam del Norte. Lógicamente, si los Estados Unidos deciden invadir Viet Nam del Norte con su infantería —y no hay a la vista otra salida para la guerra que la conquista física del territorio de Viet Nam del Norte—, lo harán después que hayan llevado sus fuerzas a Laos y Cambodia; por lo menos, a Laos. Ese paso puede provocar la llegada a Viet Nam de “voluntarios” chinos y rusos, con lo cual quedaría muerta la ilusión de que la guerra de Viet Nam es “limitada”. Pero el fin de esa ilusión significaría la entrada

en escena de otros factores. Y ésta puede ser la oportunidad histórica para que se provoque el estallido de la revolución en la América Latina.

En mi último libro, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo**, hay un párrafo que parece adecuado para esta ocasión. Dice así:

“Los actos de los pueblos, como los actos de los hombres, son reflejos de sus actitudes. Pero sucede que la naturaleza social es dinámica, no estática, de donde resulta que todo acto provoca una respuesta o provoca otros actos que lo refuercen. Ningún acto, pues, puede mantenerse aislado. Así, la cadena de actos que van derivándose del acto principal acaba modificando la actitud del que ejerció el primero y del que ejecuta los actos-respuestas. Esa modificación puede llevar a muchos puntos, según sea el carácter —personal, social o nacional— del que actúa y según sean sus circunstancias íntimas o externas en el momento de actuar”.

La actitud de los Estados Unidos, religiosamente anticomunista, los ha llevado a una guerra ideológica de exterminio de los comunistas en Viet Nam; al mismo tiempo, sus circunstancias nacionales —las íntimas, desde el punto de vista de su política doméstica— les obliga a una contradicción insoluble, que consiste en mantener la ilusión de que están haciendo una “guerra limitada” a la vez que solicitan la ayuda de otros gobiernos, es decir, la presencia de “aliados”; y sucede que dada la naturaleza ideológica de la guerra, esos “aliados” tienen necesariamente que ser también anticomunistas; y como es lógico, si la guerra se extiende, los Estados Unidos llevarán a ella más países, y lo que es peor, *necesitarán más aliados*, y todos deberán ser, desde luego, ideológicamente afines.

* Editado en noviembre de 1967 por Publicaciones Ahora, Santo Domingo, República Dominicana.

Ahora bien, ¿cuáles podrán ser esos aliados?

Visto que los países europeos han abandonado su actitud de anticomunismo religioso, será difícil hallar un país de Europa que mande tropas a Viet Nam para combatir del lado norteamericano. En África no hay ejércitos capaces de hacer la guerra moderna. Las únicas reservas militares que los Estados Unidos pueden conducir a esa guerra son las de la América Latina. Y a nadie debe caberle duda de que la intervención de ejércitos latinoamericanos en una guerra asiática provocará el estallido de la revolución en la América Latina.

¿Por qué se hace esta afirmación tan categórica?

Porque según nos enseña la historia no hay guerra internacional que no estimule y provoque cambios en las estructuras sociales y políticas de los países que toman parte en ella, y en la América Latina, dada la petrificación económica y social existente, todo cambio requerirá, de manera inevitable, el ejercicio de la violencia, esto es, una acción revolucionaria; y la necesidad de cambios en la América Latina se hizo evidente con el paso de Cuba hacia el campo socialista a pesar de que en la revolución cubana no participaron ni un ruso ni un chino ni un yugoeslavo, y, al contrario, participaron norteamericanos anticomunistas.

¿Cuál es la fuerza ciega que incapacita a los Estados Unidos para aceptar los cambios que se han producido ya en el mundo y que necesariamente llegarán a imponerse en Asia y en América Latina?

Esa fuerza es la misma que los mueve a hacer la guerra de Viet Nam. En apariencia, es el anticomunismo, pero el anticomunismo es sólo el aspecto negativo —o anti— del afán de lucro.

El afán de lucro de los norteamericanos es la fuerza ciega que ha convertido a los Estados Unidos en el campeón mundial del statu-quo.

Un país que a esta altura del mundo considera lógico y moral que alguien gane dinero fabricando armas que tienen un poder espantoso de muerte y destrucción, no ha alcanzado todavía a darse cuenta de que la segunda guerra mundial llevó a la humanidad del siglo XX al siglo XXI, y que en este siglo XXI en que históricamente nos hallamos los valores del siglo XX han sido superados y deben ser llevados al desván donde se guardan los objetos que ya no tienen uso. Es inconcebible que el poder de matar y de destruir, al grado a que ha sido llevado por los científicos que trabajan para la industria sobredesarrollada, siga siendo un negocio para el beneficio de unas cuantas empresas.

Si la guerra no puede ser excluida del planeta en que habitamos, y si la organización de la sociedad norteamericana no puede ser transformada para eliminar de ella el afán de lucro, por lo menos debería establecerse de manera terminante un principio: Que la fabricación de armamentos y de todos los equipos que se usan en la guerra sea una responsabilidad exclusiva de la Nación; que se convierta en una actividad pública y deje de ser un negocio privado.

Dada la naturaleza social norteamericana, sería una tontería aspirar a más; pero tampoco debemos aspirar a menos, porque es demasiado expuesto para el género humano que su existencia dependa de la voluntad y la capacidad de ganar dinero que tengan algunas personas o algunos grupos de personas.

Benidorm,
5 de febrero de 1968.

Una mancha en la historia de las Naciones Unidas

¿Qué diría el llamado Mundo Libre si una nación tan vieja como España o Francia quedara dividida en dos, una mitad de sus hijos enfrentada a la otra y rota toda suerte de comunicaciones entre ellos?

Pues bien, Corea, nación mucho más antigua que España y que Francia, con más de cuatro mil años ininterrumpidos de historia, se halla dividida desde 1945 y el llamado Mundo Libre parece no darle importancia a ese hecho. Al contrario, las Naciones Unidas, que son la más alta elaboración política de la sociedad moderna, es la mayor responsable, al menos en el terreno legal, de la división de Corea. Ella la sancionó desde el primer día y ella sigue sancionándola. En Corea, los Estados Unidos actúan y las Naciones Unidas dan el visto bueno y los miembros de la organización aceptan ese estado de cosas como si se tratara de algo normal, lógico y consecuente con los principios del elevado organismo mundial.

Corea fue ocupada por Japón en 1910 y liberada por sus propios hijos después de una larga lucha que había comenzado a raíz de la ocupación japonesa. Esa lucha empezó a tomar cuerpo a partir de 1932, cuando el actual presidente Kim Il Sung, entonces un joven de apenas 20 años, organizó la guerra de guerrillas contra el Imperio del Sol Naciente. La liberación de Corea quedó terminada y declarada ante el mundo el 15 de agosto de 1945. Sin embargo, unas semanas después, invocando los acuerdos de Postdam, los Estados Unidos desembarcaron tropas en toda la región sur de Corea, y Douglas MacArthur proclamó, con su característica arrogancia, propia de un general del siglo XVII, que “todos los poderes del gobierno sobre el territorio de Corea, al sur del paralelo 38 de latitud norte, y sobre el pueblo que lo habita, serán... ejercidos bajo mi autoridad. Todas las personas obedecerán sin condición mis órdenes, o las órdenes dictadas con mi autoridad”; y agregaba que la resistencia “a las fuerzas de ocupación o cualesquiera actos que puedan perturbar el orden público y la seguridad serán castigados severamente y sin excepción”. El sello del conquistador aparecía al final de la proclama, en los

párrafos donde decía: “Para todos los fines, mientras dure la administración militar, el inglés será el idioma oficial”.

Es bueno recordar ese documento porque puede suceder que la gente olvide, o simplemente se niegue a creerlo, que hace apenas 25 años había un Comandante en Jefe norteamericano que utilizaba el lenguaje proconsular. Ahora bien, ese lenguaje era la consagración escrita de toda una política internacional basada en el clásico poder de los cañones. Así, a cañonazos y con proclamas parecidas se habían llevado a cabo y se habían legalizado la división y hasta la aniquilación de muchos pueblos.

Para liquidar la época en que esos métodos parecían normales las mayores potencias del mundo organizaron las Naciones Unidas e invitaron a participar en su seno a todos los países de la tierra. ¿Cómo se explica, pues, que las Naciones Unidas aceptaran lo que se hizo en Corea y le dieran el visto bueno?

Esta es una pregunta para la cual las Naciones Unidas no tienen respuesta. Lo que se ha hecho en Corea bajo su nombre es precisamente todo lo contrario de lo que la organización mundial representa, de manera que al aceptarlo como bueno y válido y al respaldarlo, las Naciones Unidas actuaron contra su propia razón de existir y perdieron el derecho a hablar en nombre de un orden mundial basado en la justicia.

He aquí en pocas líneas la historia de lo que hicieron las Naciones Unidas en Corea:

En 1947, el régimen militar norteamericano en Corea del Sur convocó a elecciones de Congreso y presidente de la República, con lo cual se creaba la llamada República de Corea del Sur, opuesta a la de Corea del Norte, y la Asamblea General de las Naciones Unidas legalizó esa medida mediante el acuerdo de colocar bajo la supervisión de una denominada Comisión Coreana de las Naciones Unidas las elecciones hechas bajo la autoridad norteamericana. Esa comisión estuvo

funcionando hasta el año de 1950, cuando en su Quinta Sesión la Asamblea General de la ONU creó la UNCURK, siglas de la United Nations Commission for the Unification and Rehabilitation of Korea. Es decir, primero se creó una comisión para dividir a Corea y luego otra para unirla, sólo que la última fue —y sigue siendo— inoperante.

En las elecciones celebradas el 10 de mayo de 1948, que fueron, como se ha dicho, convocadas por el gobierno militar norteamericano y legalizadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas, resultó elegido presidente de la nueva República Singman Rhee, nacido en Corea pero ciudadano de los Estados Unidos por formación y por inclinación, pues se había cambiado el nombre para norteamericanizarlo. Al tomar el poder lo hizo comprometido a servir la política militar de los Estados Unidos a través del “Acuerdo temporal administrativo sobre asuntos militares y seguridad pública para ser ejecutado en el período provisional”, largo y complicado nombre que se le dio a un acuerdo concluido el 24 de agosto (1948) en virtud del cual el “presidente de la República de Corea... no ejercerá control sobre regiones y facilidades (bahía, cuarteles, ferrocarriles, líneas de comunicación, aeropuertos y otras semejantes) que sean considerados necesarios para (el uso de) el ejército de los Estados Unidos” [*primer paréntesis, en el texto, y segundo mío, JB*] y se le confiaba al Comandante del Ejército de los Estados Unidos en la República de Corea la responsabilidad de comandar todas “las Fuerzas de Seguridad de la República de Corea compuestas por todas las policías existentes, las guardias de costas y las fuerzas de la Defensa Nacional”.

Por si todo eso fuera poco, el 10 de diciembre de 1948 se hizo el “Acuerdo de ayuda República de Corea-Estados Unidos”, por el cual Corea del Sur se comprometía a aceptar que a cambio de la ayuda que recibiera, el gobierno norteamericano podría controlar todas las actividades económicas

del país, incluyendo las tasas de cambio, las exportaciones y las importaciones, y hasta el derecho de racionar los alimentos. Ese acuerdo fue ampliado el 26 de enero de 1950 con el de “Defensa Mutua y Ayuda”, mediante el cual el gobierno de Corea del Sur se comprometió a “producir y transferir al gobierno de los Estados Unidos en un período determinado una cantidad fija de materias primas y mercancías semimanufacturadas disponibles en Corea del Sur cuando lo requieran los Estados Unidos por causa de su escasez o de una escasez potencial de suministros”.

¿Qué significaban todos estos acuerdos si no era el reconocimiento palmario de que Corea del Sur no era una República independiente, sino una colonia norteamericana? ¿Pueden alegar las Naciones Unidas que ignoraban esos acuerdos? ¿Cómo se explica entonces que aceptaran esa situación y la legalizaran hasta tal punto que cuando comenzó la agresión norteamericana contra Corea del Norte —el 25 de junio de 1950— las Naciones Unidas asumieron la responsabilidad de esa guerra y la convirtieron en una guerra de las Naciones Unidas contra la República Democrática de Corea? El 19 de junio, seis días antes del estallido de la guerra, Foster Dulles, Secretario de Estado de los Estados Unidos, que se hallaba en Corea del Sur, declaró, según dijo la *United Press*: “Los comunistas perderán al fin su dominio de Corea del Norte”. El mismo día del ataque, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas emitió un acuerdo en que declaraba que Corea del Norte había agredido a Corea del Sur, si bien tiempo después el general MacArthur dejó malparado al Consejo de Seguridad Mundial al declarar ante los Comités de Relaciones Exteriores y de Asuntos Militares del Senado de los Estados Unidos que “el ejército de los Estados Unidos había entrado en acción doce horas antes de que las Naciones Unidas adoptaran la resolución” en que se declaraba agresora a Corea del Norte.

Las Naciones Unidas, o por lo menos su secretario general, no podían ignorar ni las declaraciones de Foster Dulles, que fueron publicadas ampliamente en los Estados Unidos seis días antes de comenzar la guerra, ni el hecho de que cuando se acordó declarar agresora a Corea del Norte las tropas norteamericanas hacía doce horas que habían atacado a Corea del Norte. Si ignoraba esas cosas, la Asamblea General de la ONU estaba actuando irresponsablemente; si no las ignoraba, estaba actuando como un órgano político del gobierno de los Estados Unidos. En ambos casos hay materia para acusar a las Naciones Unidas de falta grave a sus principios constitutivos y de abandono de sus deberes. Pero sucede que esa falta y ese abandono de sus deberes acontecieron hace ya cerca de veinte años y las Naciones Unidas siguen haciendo en Corea el penoso papel que hicieron en 1950.

¿Hay en las Naciones Unidas alguien que pueda decirle al mundo cómo se llama eso?

Pyongyang,
octubre de 1969.

El pensamiento de Mao Tse-Tung

¿Qué quieren decir las palabras “Pensamiento Mao Tse-Tung”? Con seguridad en todas las latitudes y en todas las lenguas hay gentes que están haciéndose esa pregunta. Conviene, pues, tratar de responderla para aclarar ciertas confusiones. Y debemos comenzar diciendo que esa respuesta tendrá que descomponerse en dos partes: una se referirá al aspecto formal de las palabras “pensamiento Mao Tse-Tung”, y otra a su aspecto esencial.

Para la mayoría de los interesados en el problema es más importante lo esencial; pero sucede que en este caso, como casi en todos, lo formal se relaciona estrechamente con el aspecto esencial. Así, hay que hablar de lo formal antes que

hablar de lo esencial, y sólo de esa manera podremos conocer en toda su amplitud lo que palpita en el fondo de las palabras “Pensamiento Mao Tse-Tung”.

Antes de entrar en materia, sin embargo, tenemos que respondernos otra pregunta. ¿No habrá una manera más precisa de traducir lo que los chinos desean expresar con el término: “pensamiento Mao Tse-Tung”? Si esas palabras han sido traducidas al pie de la letra del chino, como lo han sido, ¿no tendrían un significado más rico que el que se desprende de su mera expresión? ¿Por qué los chinos, y muchos occidentales, usan con frecuencia la fórmula “marxismo-leninismo, Pensamiento Mao Tse-Tung”? ¿No querrán decir unos y otros que el socialismo chino es realización del marxismo-leninismo, según éste ha sido interpretado y expresado por Mao Tse-Tung? De ser así, limitan el alcance del concepto, que fue sintetizado por el Partido Comunista Chino en un comunicado emitido por su IX Congreso. Según este comunicado “El Pensamiento Mao Tse-Tung es el marxismo leninismo en la época en que el imperialismo se precipita hacia su ruina total, mientras el socialismo avanza hacia el triunfo en el mundo entero”.

Bien. Parece que hemos entrado de golpe en la segunda parte de la respuesta, dado que hallamos una definición categórica de lo que es “El Pensamiento Mao Tse-Tung”. Y sin embargo, el asunto no es tan simple. Esa es una definición de carácter general, y lo esencial del llamado “Pensamiento Mao Tse-Tung” tiene una aplicación particular diaria en todas las actividades del pueblo chino, compuesto por más de setecientos millones de personas, lo que significa que no puede haber una explicación válida para el caso si no se refiere a lo que quieren decir las palabras “Pensamiento Mao Tse-Tung” para ese abrumador número de seres humanos.

Si las palabras “Pensamiento Mao Tse-Tung” significaran lo que dice el comunicado del IX Congreso del PCCH, ¿no

sería más lógico transformar la larga calificación de “marxismo-leninismo, pensamiento Mao Tse-Tung” en marxismo-leninismo-maoísmo”? ¿No sería ésta la manera más directa de llegar al entendimiento de las masas? ¿No se usó en Rusia algo parecido en tiempos de Stalin, cuando se hablaba comúnmente de “marxismo-leninismo-stalinismo”?

Hice esta pregunta varias veces en mi viaje por China y se me explicó que la dirección del Partido Comunista Chino, con el propio Mao Tse-Tung a la cabeza, se oponía a que el nombre de Mao fuese usado para formar un nuevo “ismo”.

Para los altos jefes del comunismo chino, al marxismo-leninismo no se le debe agregar nada. Es la raíz filosófica y al mismo tiempo práctica del sistema socialista, y hay que mantener esa raíz incólume, sin quitarle nada y también sin sumarle nada, pues tanto restarle como agregarle sería una manera de desconocer su valor histórico.

Ahora bien, esos jefes del comunismo chino comprendían que los trabajos de Mao profundizaron y aclararon numerosos aspectos del marxismo-leninismo, de manera que en realidad vinieron a sumar nuevos puntos de vista, por lo menos a la forma de interpretar y poner en práctica el marxismo-leninismo en un país gigantesco y en una época avanzada del desarrollo del capitalismo mundial. ¿Cómo decir eso sin caer en la calificación de “marxismo-leninismo-maoísta”? La solución fue llamar “marxismo-leninismo-Pensamiento Mao Tse-Tung” a la suma de lo que habían creado Marx y Lenín más los trabajos de Mao.

Aunque los partidarios de la Revolución China en Occidente saben a qué atenerse, los que no simpatizan con ella deben alarmarse cuando leen noticias en que se afirma que “obreros metalúrgicos chinos, aplicando el pensamiento Mao Tse-Tung descubrieron una nueva manera de tratar el hierro para convertirlo en acero”. Sin duda creerán que en China

todo el mundo está loco, pues, ¿qué tiene que ver el “Pensamiento Mao Tse-Tung” con el hierro y el acero? Viendo fotos de multitudes que agitan el pequeño libro rojo con citas del presidente Mao creerán, como me dijo en Moscú un joven búlgaro que estudia en la capital soviética, que China es un país fascista, dedicado a preparar una nueva guerra mundial, y que el presidente Mao es una versión oriental de Hitler. Para ese joven búlgaro, y para los que piensan como él, el “Pensamiento Mao Tse-Tung” es una droga diabólica que se le da al pueblo chino a través de un diminuto libro rojo destinado a provocar una hecatombe en la que van a perecer miles de millones de personas.

Pues bien, para el pueblo chino el “Pensamiento Mao Tse-Tung”, que se halla condensado en ese pequeño libro rojo, es un resumen de todas las ideas marxistas probadas en la práctica diaria, tal como las llevó a cabo y las expresó Mao Tse-Tung, dichas en un lenguaje simple y directo, que todos los chinos comprenden a cabalidad porque es su propio lenguaje. Es la esencia del marxismo trasladada al conocimiento del pueblo a través de sus actividades cotidianas. Ahora bien, en el “Pensamiento Mao Tse-Tung”, tal como lo ve y lo siente el pueblo chino, se pone un énfasis constante en el poder creador del pueblo, y se le estimula página por página a hacer cosas nuevas, a no temer al fracaso, a convencerse de que no hay nada ni grande ni pequeño que él no pueda hacer.

Es por tanto un acicate para liberar mental y emocionalmente a las masas, para darles fe en sí mismas y animarlas a investigar y crear por su cuenta. Es un estimulante que recorre a la gigantesca China todos los días, desde las escuelas infantiles hasta los cuarteles militares; una corriente que la sacude y la lleva a cumplir todos los planes antes de tiempo.

Nunca antes en la historia se vio a tanta gente probando cada día nuevas formas de actividad en todos los aspectos. Se equivocan los que piensan que se trata de imponer a un pueblo

la imagen de un hombre. Es lo contrario. Se trata de hacer un pueblo enorme consciente del poder incontrastable que tiene en sí mismo para crear un tipo nuevo de sociedad. Se trata, en fin, de convencer a los chinos de que ellos son libres en el sentido más profundo y cabal de la palabra.

Estando en China uno se da cuenta de que el término “Pensamiento Mao Tse-Tung” va mucho más allá de lo que dice para la mente occidental. El germen del movimiento bautizado con ese término está en unos párrafos de una charla que dio el presidente Mao a los redactores del Diario de Shanshi-Suiyan el 2 de abril de 1948. Dijo entonces Mao:

“Siempre hemos sostenido que la revolución debe apoyarse en las masas populares y nos hemos opuesto siempre a que se confíe sólo en unas pocas personas que den órdenes. Sin embargo, algunos camaradas... todavía se apoyan tan sólo en unas pocas personas y trabajan en un frío y quieto aislamiento... subjetivamente, quieren que todos tomen parte en el trabajo, pero no les dan a conocer lo que deben hacer y cómo hacerlo. De esa manera, ¿cómo puede esperarse que todos se pongan en movimiento y que las cosas se hagan bien? Para resolver este problema, lo esencial radica naturalmente en llevar a cabo una educación ideológica en el espíritu de la línea de masas...”. (*Obras escogidas* de Mao Tse-Tung, Tomo IV, página 250, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1969).

Pues bien, para el pueblo chino el “Pensamiento Mao Tse-Tung” es el instrumento con el cual se lleva a cabo la “educación ideológica en el espíritu de la línea de masas” en una escala gigantesca. Esa educación ideológica ha provocado una movilización también gigantesca de todo lo que dormía en lo profundo del alma china.

Así, no hay que sorprenderse de que aplicando el “Pensamiento Mao Tse-Tung” los trabajadores chinos hallen una manera nueva de producir acero. Al quedar liberados del te-

mor de actuar los seres humanos pueden realizar cosas increíbles. “La fe mueve montañas”, se dice en Occidente. Y en verdad que las mueve; las lleva de un sitio a otro como si fueran objetos transportables.

Shangai,
noviembre de 1969.

Laos, el costado secreto de la guerra de Viet Nam

La guerra de Viet Nam es pública. Todo el mundo la conoce, pero tiene un costado secreto, prácticamente desconocido, que es el de Laos.

Laos está vinculado a Viet Nam por la historia, la geografía, por el nexo invisible de su organización social y sobre todo por el Mekong, ese río gigante que nace en el sur de China, recorre Laos durante mil quinientos kilómetros, cruza Cambodia de norte a sur y va a desembocar en Viet Nam del Sur, sobre el Mar de la China Meridional. Convertido por esas múltiples causas en la retaguardia de Viet Nam, Laos estaba llamado a seguir, de una o de otra manera, el destino del país de Ho Chi Minh, y lo está siguiendo como sigue la sombra al cuerpo, e igual que la sombra, sin el trágico beneficio que le da a Viet Nam la luz de la opinión pública mundial.

Laos tiene 231 mil kilómetros cuadrados, extendidos a lo largo de más de mil kilómetros de norte a sur —de la frontera china a la frontera norte de Cambodia—, con una anchura que es en algunos lugares de 500 kilómetros y en otros de 140. De esa superficie unos 170 mil kilómetros cuadrados se hallan bajo el control del Pathet-Laos, las fuerzas revolucionarias que están dirigidas políticamente por el Frente Patriótico Laosiano. Pero ese territorio, que representa cerca del 75 por ciento del país, tiene sólo la mitad de los tres millones de habitantes de Laos.

Por sí solas, esas cifras pueden dar una idea aproximada de lo que es Laos: un país más grande que Yugoslavia, con algo más de seis veces menos de población; más de la mitad de España con menos del 10 por ciento de sus habitantes, eso quiere decir, en sustancia, una tierra de selvas más cerradas que las de Viet Nam, con las cuales se confunden las laosianas a lo largo de más de mil kilómetros y por cuyos senos sombríos va lo que los norteamericanos llaman La Ruta de Ho Chi Minh. Pero además Laos está amurallado entre China y Viet Nam por el norte, los dos Viet Nam por el este, Birmania y Tailandia por el oeste y Cambodia por el sur; es decir, se halla rodeado de países que están comprometidos con posiciones, políticas opuestas. Viet Nam del Sur y Tailandia son bases militares norteamericanas y sus gobiernos respectivos se han dedicado a la consabida cruzada anticomunista; China y Viet Nam del Norte son países en lucha sin cuartel contra los Estados Unidos y los gobiernos de la región que dependen de los Estados Unidos, y para agravar más la situación, Estados Unidos está haciendo la guerra a Viet Nam. Así pues, ¿cómo podía Laos escapar a la ola de furor y de muerte que se abate sobre Indochina?

Laos es una monarquía, pero el rey —que se llama Souvana Vatang, y vive en Luang Prabang, en el centro de la región norte, y no en Vientiane, que es la capital administrativa del país— es un soberano sin poder alguno, puesto que no es propiamente jefe de Estado, sino algo así como un sumo sacerdote del budismo. Su majestad Souvana Vatang ni reina ni gobierna. Sin que se sepa por qué, a él le toca recibir las credenciales de los diplomáticos extranjeros, y nada más.

El gobierno es ejercido por un gabinete, cuyo jefe o premier, el príncipe Souvana Phouma, pasa la mayor parte del tiempo fuera de Laos, sobre todo en Francia, donde vivió su juventud estudiando ingeniería. Laos entró a formar parte del imperio francés de Indochina a fines del siglo pasado y así siguió hasta

1954, cuando los franceses reconocieron, mediante los acuerdos de Ginebra, la independencia de su antigua colonia.

Como se sabe, los Estados Unidos participaron en la conferencia de Ginebra, pero a última hora rehusaron poner su firma en los acuerdos. Esto se explica porque en Ginebra estaban presentes Francia, Inglaterra, la Unión Soviética y China, de manera que lo que se acordara allí tenía que ser aplicado, porque era mucho el peso de los gobiernos comprometidos. Pero al mismo tiempo que se llevaban adelante las reuniones de Ginebra, Estados Unidos negociaban con Tailandia, Viet Nam del Sur, Filipinas y otros países de la región el tratado del Sudeste Asiático (OTASE o SEATO), en el cual Norteamérica era Gulliver y los demás firmantes eran los hombrecitos de Liliput. Así los Estados Unidos no se comprometieron en Ginebra y menos de dos meses después —el 8 de septiembre de 1954— sacaron de la manga la SEATO, con lo cual quedaron en libertad para actuar en Viet Nam y Laos; y de esa manera los acuerdos de Ginebra, laboriosamente discutidos y llamados a garantizar la paz en la antigua Indochina, pasaron a incorporarse a la larga teoría de “papeles mojados”, tal como pocos años antes había calificado Hitler los tratados que se firman y no se cumplen.

Con esa libertad para actuar, con su enorme poderío político, económico y militar libre de obstáculos legales, Norteamérica comenzó a operar en Laos y en 1959 tenía 300 “consejeros militares”; luego John F. Kennedy —el mismo Kennedy a quien todavía se aclama en varios lugares del mundo como un modelo de gobernante humanitario— que había elevado en Viet Nam del Sur el número de esos “consejeros” de algunos centenares a varios millares, repitió la faena en Laos, donde creó el MAG (Military Advisory Group). En 1962, para poner fin a la guerra civil que se había desatado en Laos, se acudió de nuevo a Ginebra y se firmaron acuerdos para confirmar los de 1954 en aquellas partes que prohibían a los países firmantes llevar a Laos

fuerzas militares, armas y ni siquiera municiones, y entonces Kennedy ordenó que el MAG fuera sumergido en el USAID (Servicio de Ayuda de Estados Unidos). Poco tiempo después el USAID se había convertido, bajo la autoridad del embajador Sullivan, en el verdadero gobierno de Vientiane. De Sullivan dijo el general Taylor —mientras se hallaba como jefe militar norteamericano en Viet Nam del Sur— que “para nosotros es una garantía en Saigón disponer de un aliado como Sullivan en Vientiane”. Y Taylor sabía lo que decía, porque Sullivan había trabajado bajo sus órdenes en Saigón. De Sullivan se ha dicho que en ninguna parte del mundo se ha visto un embajador con tanto poder en el país donde se halla acreditado. Se explica que con embajador tan enérgico el príncipe Souvana Phouma no tenga necesidad de estar todo el tiempo al frente del gobierno de Vientiane.

El Departamento de Estado no ha querido decir cuántos norteamericanos hay en Laos trabajando para el ubicuo USAID, pero cuando se viaja por los países de la región se recogen datos muy precisos, y según esos datos a partir del mes de mayo de este año comenzaron a actuar en Laos fuerzas de infantería norteamericana que para el mes de octubre subían a varios miles de hombres.

Esos soldados están tomando parte, del lado del gobierno de Vientiane, en la guerra que viene sosteniendo contra éste el Frente Patriótico Laosiano. En vista de que el llamado “ejército real de Laos” ha sido incapaz de reducir las Fuerzas del Frente Patriótico a pesar de la generosa ayuda técnica y en equipos que ha estado recibiendo de Norteamérica, los infantes de Estados Unidos han ido a Laos a combatir, y así, al tiempo que el presidente Nixon declara que va a vietnamizar la guerra de Viet Nam, procede a americanizar la guerra secreta de Laos.

En Tailandia, país fronterizo con Laos, hay enormes bases aéreas de Estados Unidos. De esas bases salen a diario flotas

de bombarderos que descargan sus bombas en los lugares que controla el Frente Patriótico Laosiano. En Cambodia, en Viet Nam y en China se sabe con certeza que a menudo es derribado uno de esos aviones, uno que otro helicóptero. Se sabe que los aviones con base en Tailandia tienen la misión de localizar el cuartel general del príncipe Souvana Voung, presidente del Frente Patriótico, que a veces logran dar con él y que el líder revolucionario ha tenido que cambiar en varias ocasiones su residencia. En esa guerra oculta los poderosos guerreros norteamericanos del aire se permiten libertades desconocidas en la historia militar del mundo.

El príncipe Souvana Voung, como es del conocimiento general, es hermano de padre del jefe del gobierno de Vientiane, el príncipe Souvana Phouma, y ese nexo de sangre entre los dos hombres que dirigen las fuerzas enemigas de Laos da una idea de la situación social y política del país, más complicada aun que la de Viet Nam. Souvana Phouma sale de Laos y en su lugar queda Sullivan, el embajador todopoderoso; Souvana Voung permanece en las selvas y en las montañas, adonde van a buscarlo los aviones norteamericanos.

Una persona que estaba visitando al príncipe Souvana Voung en el momento en que las bombas caían sobre el refugio me contó lo siguiente:

“Al terminar el bombardeo, el príncipe salió a proseguir lo que estaba realizando cuando aparecieron los aviones, la de sembrar plantas para alimentarse y para alimentar a los hombres de su cuartel general”.

Yo lo oí y no hice comentario alguno. Estaba pensando que así actuaba Ho Chi Minh, el humilde vencedor de los todopoderosos.

París,
21 de noviembre de 1969.

La doctrina de la piel de los muertos

Yo estaba en Shangai, adonde había llegado desde Hanoi, cuando el señor Nixon pronunció su anunciado discurso del 3 de noviembre (1969), y puedo afirmar que en los países afectados por la guerra del Sudeste Asiático se sabía lo que iba a decir el presidente norteamericano. Los gobernantes y funcionarios de Pyonyang, Pekín y Hanoi, con quienes estuve hablando —a veces largamente— acerca de los planes que estaban siendo elaborados en Washington, sabían que el señor Nixon iba a proclamar en ese discurso una política que había sido bautizada de antemano en Estados Unidos como doctrina Nixon, pero que en Asia tenía otro nombre: se llamaba “la doctrina de la piel de los muertos”.

¿Quién la había calificado con esas palabras?

Pues nada más y nada menos que Ellsworth Bunker, el embajador norteamericano en Saigón. Hablando con un asiático distinguido, Bunker había explicado, antes del discurso del presidente Nixon, que su gobierno iba a adoptar una nueva política en Viet Nam, y que la clave de la nueva política se hallaba en la decisión de cambiar la piel de los muertos. “*Hasta ahora —dijo Bunker— la piel de los muertos ha sido blanca, y nuestro plan es que la piel de los muertos sea amarilla. En vez de morir jóvenes norteamericanos, morirán vietnamitas del Sur*”.

De acuerdo con los datos que vienen dando las autoridades militares yanquis de Viet Nam desde hace cinco años, los vietnamitas del Sur y del Norte caídos en la guerra suman millones; hay, pues, millones de *pieles amarillas* muertas en Viet Nam. Pero el embajador Bunker no se refería a ésas; ésas son pieles de “enemigos”. Tampoco cuentan para el presidente Nixon, quien dijo en su discurso, con acento de alarma, que cuando tomaron el poder, hace quince años, los vietnamitas del Norte habían matado a “más de 50,000 personas”, y olvidó explicar que ese número es veinte veces menor que el

de las víctimas causadas por las bombas, el napalm, los obuses, los cuchillos de los boinas verdes y otros eficientes métodos de matar puestos en práctica por Estados Unidos. Las pieles amarillas a que se refería el embajador Bunker son las de los soldados del gobierno de Saigón, que están destinados a morir en lo que el presidente Nixon ha denominado, con notable habilidad publicitaria, la “vietnamización de la paz”, cuando resulta que será la “medio vietnamización de la guerra”.

Nixon hizo un discurso al parecer muy cándido, muy abierto, en el que exponía todas las entrañas del problema; pero olvidó decir que él había sido uno de los más fervientes abogados de la intervención de su país en Viet Nam y que en 1953, antes de Diem Bien Phu, había estado en Viet Nam recogiendo información para convencer a Eisenhower de que debía lanzarse a la arena del lado francés. En el discurso olvidó ese importante detalle, pero además ocultó cuidadosamente la médula de su plan, si bien, para que no se le pueda acusar de haber engañado al pueblo norteamericano —y al mundo—, levantó el velo sagrado con una palabra, una sola. Fue cuando dijo: “We have adopted a plan which we have worked out in cooperation with the South Vietnamese for the complete withdrawal of all U.S. ground combat forces and their replacement by South Vietnamese forces on an orderly scheduled timetable”. La palabra clave de todo ese párrafo es “ground”, y está allí donde se lee: “...the complete withdrawal of all U.S. ground combat forces”.

¿Qué quiere decir “ground” en inglés?

Un diccionario muy conocido, el Webster’s Ideal Dictionary, explica que es “la superficie de la tierra” (the surface of the earth), y todas las acepciones restantes, diez en total, se refieren a la tierra en alguna forma. Así, traducido al español, ese párrafo clave del discurso de Nixon dice como sigue: *Hemos adoptado un plan en el cual hemos trabajado junto con los sudvietnamitas para*

una retirada completa de todas las fuerzas combatientes norteamericanas de tierra y su reemplazo por fuerzas de Viet Nam del Sur en tiempo y forma ordenados previamente". Esa frase es la única realmente importante del discurso del presidente Nixon; todas las demás tienen la misión de justificarla o de evitar que se descubra fácilmente su real y tenebroso significado.

El significado es éste: El gobierno de Estados Unidos, con la aprobación del gobierno de Viet Nam del Sur, ha resuelto sacar de Viet Nam las fuerzas combatientes de infantería, *pero nada más que esas*. La aviación y los aviadores, los cuerpos de comunicaciones, los soldados encargados de la logística, la flota, la cohetería, la artillería y sus servidores, y desde luego los altos y bajos consejeros, seguirán en Viet Nam. Estados Unidos, pues, no se irá de Viet Nam. Así lo dejó dicho el señor Nixon en el párrafo de su discurso en que declaró: "*Yo he rehusado la recomendación de que debería terminar la guerra con una retirada inmediata de nuestras fuerzas*". Pues lo cierto es que el gobierno norteamericano no piensa terminar la guerra de Viet Nam; lo que ha decidido es vietnamizarla a medias, y así, medio vietnamizada, mantenerla todo el tiempo que sea necesario; dos, cinco, diez años*.

Hasta hace pocos meses, la guerra era norteamericana; Estados Unidos ponía las armas y los hombres, desde el comandante en jefe hasta el centinela y la policía militar, y Viet Nam del Sur, Corea del Sur, Australia, Nueva Zelandia, Tailandia, Filipinas y algunos otros países proporcionaban el fondo político indispensable, esos "aliados" a quienes Norteamérica, tan generosa, no podía abandonar. La "doctrina de la piel de los muertos" va a cambiar esa situación y en consecuencia la guerra será vietnamizada a medias, pues dentro de

* La guerra terminó cinco años y seis meses después de haber sido escrito este artículo. JB.

poco Viet Nam del Sur pondrá los hombres, los otros seguirán proporcionando el fondo político y Estados Unidos aportará las armas y los técnicos, si bien estos seguramente no bajarán en muchos años de 200,000.

Según explicó el embajador Bunker, Estados Unidos no puede seguir aportando muertos de *piel blanca* en la guerra de Viet Nam, porque eso está provocando una situación política difícil; las juventudes norteamericanas se rebelan en número creciente, el prestigio de Estados Unidos en el mundo se deteriora, la autoridad del gobierno se debilita. Ahora bien, la guerra seguirá. Tal como explicó Bunker, hay demasiados millones de hombres trabajando en la industria militar y no pueden ser echados a la calle sin desatar un desastre económico.

Los detalles de la conversación en la que el enviado de Nixon ante Thieu habló tan desaprensivamente estaban en manos de los gobernantes de Hanoi, Pekín, Pyongyang —y probablemente también de Moscú— antes de que el señor Nixon pronunciara su discurso del día 3 de noviembre. Con esos detalles a la vista, esos hombres, curtidos en el estudio de situaciones parecidas, no tardaron en darse cuenta de que lo que se ha propuesto el gobierno de Norteamérica es alcanzar en Viet Nam una situación como la de Corea del Sur, donde la vida de pueblo y gobierno depende de la presencia en el país de un alto número de tropas norteamericanas y del equipo de último modelo que se les sirve a los soldados sudcoreanos.

Calcar Corea del Sur en Viet Nam del Sur es, desde luego, un sueño de ilusos. Se trata de situaciones que tienen muchas semejanzas; los dos países ocupan la porción meridional de dos penínsulas; ambas penínsulas están en el Asia; los dos regímenes que les quedan al norte son socialistas; los dos pueblos son asiáticos. Visto superficialmente, Corea del Sur y Viet Nam del

Sur parecen gemelos. Pero cada uno tiene su propia historia, y esas historias, que son en definitiva el jugo mismo de sus pueblos, no tienen nada que las haga parecidas. No fueron semejantes en el pasado y no lo serán en el porvenir.

Desde Eisenhower, que inició la intervención de Norteamérica en Viet Nam, hasta Nixon, que ha comenzado a poner en práctica “la doctrina de la piel de los muertos”, cuatro presidentes de Estados Unidos se han atascado en el fango del fracaso en Viet Nam. Otros más se hundirán allí. Pues no es un cambio de la piel de los muertos lo que decidirá el destino de esa guerra. El poder determinante en Viet Nam ha sido hasta ahora, y seguirá siendo en el futuro, la voluntad de hierro del pueblo vietnamita, que está compuesto por seres vivos, no por pieles de muertos.

París,
noviembre de 1969.

Días difíciles para Cambodia

Las agencias de noticias norteamericanas dividen sus despachos en dos grandes lotes: los que sólo son informativos y los que tienen una “carga política” oculta. En los últimos, esa carga va en los dos párrafos finales, y el que ha aprendido a leer esos despachos puede saber de antemano en qué lugar del mundo van a suceder acontecimientos importantes. Así, leyendo un cable de la UPI, fechado en Saigón y publicado el 17 de enero en el *International Herald Tribune*, de París, un lector avisado puede predecir que al gobierno de Cambodia le aguardan días difíciles. He aquí lo que decía ese cable*:

* Este artículo fue publicado en la revista *Índice*, Madrid (España), N° 267 del 15 de abril de 1970. Dos semanas después de esa publicación se producían en Cambodia la invasión norteamericana, el derrocamiento de Norodom Sihanouk y el establecimiento de la dictadura de Lon Nol, es decir los “acontecimientos importantes” a que se refería el autor en el primer párrafo de su trabajo.

“Fuentes aliadas informadas dijeron hoy que cerca del 85 por 100 de los suministros de guerra que usan las tropas dirigidas por los comunistas en el Delta del Mekong y en las provincias que rodean Saigón, son conducidas a través de los puertos de Ream y Sihanoukville, en la neutral Cambodia... (Esas) fuentes aliadas dijeron que algunos de los suministros desembarcados en Sihanoukville y Ream aparecían como destinados al ejército de Cambodia, pero eran dirigidos a lo largo de la costa hacia Viet Nam del Sur después de haber pasado por la inspección aduanera. El vicepresidente Spiro T. Agnew les dijo a (varios o algunos) periodistas, después de su visita a Viet Nam el 1º de enero, que había “una gran preocupación acerca del material que está viniendo a través de Sihanoukville”. Las fuentes aliadas dijeron que el señor Agnew aparentemente basó su observación en informes de que los puertos de Cambodia son ahora tan vitales para los comunistas como la ruta de Ho Chi Minh que pasa a través de Laos”.

Esos párrafos son graves, sobre todo porque la acusación se pone, de manera muy hábil, en boca del vicepresidente de los Estados Unidos; pero los verdaderamente serios son los siguientes, pues, como hemos dicho, los despachos que tienen una “carga política” son como el alacrán, que lleva el veneno en la cola. Estos son esos párrafos finales.

“... mayor parte (de las armas) son llevadas a Viet Nam del Sur en camiones y por porteadores, y algunas son transportadas por vehículos militares cambodios; pero lo que no se sabe es si esto se hace a través de gente pagada localmente o con el respaldo del gobierno. Otras fuentes dicen que el príncipe Norodom Sihanouk, el jefe del Estado de Cambodia, ha respondido sólo parcialmente a los pedidos de los Estados Unidos para que se hagan más severas las medidas que permiten la entrada de mercancía a los puertos”.

Poca gente fuera de Cambodia, y aun en la misma Cambodia conoce Sihanoukville y Ream. Ream es un pequeño puerto de escasa importancia, situado a 20 kilómetros al

este de Sihanoukville, y Sihanoukville es una ciudad nueva, que está todavía en construcción. Los dos puertos se hallan en la costa del golfo de Siam y sus alrededores son centros turísticos, pues en esa costa hay muy buenas playas. Toda la región está abierta a los que quieran ir, de manera que los norteamericanos —y los rusos y los chinos— pueden enviar allí cuantos agentes secretos deseen, cosa que saben, o deben saber a conciencia, el ejército de Cambodia y el príncipe Norodom Sihanouk. ¿Cómo se les va a ocurrir, pues, a los militares y al príncipe que Sihanoukville y Ream sean usados como puntos de partida para enviar armas de contrabando a Viet Nam del Sur? Sin embargo, he aquí que se les acusa de eso ante una opinión pública mundial que no está al tanto de los detalles geográficos y políticos que dan a la acusación carácter de invención grotesca. La tarea de confundir a la opinión pública mundial resulta fácil en muchos sentidos, dado que, en su empeño de llevar la neutralidad de su país a los límites más amplios, el príncipe Norodom Sihanouk mantiene relaciones diplomáticas no sólo con Saigón y Hanoi, sino además con el Gobierno Revolucionario Provisional del Sur, con el cual ha firmado un convenio comercial y de pagos. Así, con un poco de propaganda malintencionada y bien distribuida, el gobierno de Cambodia puede ser presentado a los ojos del mundo como un aliado del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam y, por tanto, como un violador de su política de neutralidad; y con ese paso quedarían echadas las bases para arrebatarse el poder al actual jefe de Estado cambodiano, en quien está concentrada la autoridad legal para conducir la política exterior del país.

Ahora bien, los que conocen en alguna medida la historia de las acechanzas que viene padeciendo Cambodia a causa de haberse declarado neutral en una región del mundo donde los Estados Unidos han comprometido su poder y su prestigio,

saben que la grave acusación difundida por el despacho de la UPI tiene sus antecedentes; que no está hecha a la loca, sino que es parte de un plan que había sido abandonado a fines de 1966. Cambodia tuvo que romper sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos en 1964, y en 1965 el Pentágono y el Departamento de Estado acusaron al gobierno cambodiano de haber convertido el país en base de operaciones para las tropas de Viet Nam del Norte y para las guerrillas del Frente de Liberación Nacional. Según decían esos dos centros del poder norteamericano, el suministro de armas para las guerrillas vietnamitas se había organizado a partir del puerto de Sihanoukville y a través de un camino oculto, que el Departamento de Estado bautizó con el nombre de *ruta Sihanouk*, a fin de identificarlo en la mente del pueblo de los Estados Unidos con la llamada *ruta Ho Chi Minh*, mencionada también para colmo de coincidencias, en el despacho de la UPI.

La situación creada por esas acusaciones del Pentágono y del Departamento de Estado llegó a ser alarmante, a tal punto que los sectores antibelicistas de Norteamérica consideraron que debían hacer algo para impedir que la guerra fuese extendida a Cambodia; así, el grupo *Americans Want to Know* (Los Americanos Quieren Saber) envió a Cambodia un grupo de personas para que investigaran qué había de cierto en esas acusaciones. Al volver a los Estados Unidos, el grupo publicó el resultado de su misión en el folleto *Is Cambodia Next? (¿Es Camboya la próxima?)*, editado por Russell Press, Washington, D.C., 1967. Bajo el subtítulo de “Áreas investigadas”, en la página 11 de ese folleto se dice:

“(8) *Sihanoukville. La ciudad y el puerto. Cargos. (El Pentágono y el Departamento de Estado) hacen el cargo de que este puerto es el punto de partida de la alegada ruta Sihanouk. Se afirma que a través de él se importan y en él se transbordan armas chinas destinadas*

al Vietcong, y que es el refugio de 27,000 guerrilleros chinos. Una visita inesperada a los muelles demostró que es un lugar abierto a los curiosos... La idea de que en Sihanoukville y en sus alrededores puedan ocultarse 27,000 guerrilleros chinos debe ser considerada teniendo en cuenta el hecho de que la población total de la ciudad es de 14,000 personas”.

En la página 33 y en la 34 se amplían los detalles acerca del trabajo del grupo en Sihanoukville.

Russell Johnson, uno de los miembros de *Americans Want to Know*, resumió las impresiones de todo su grupo con estas palabras:

“Los funcionarios de Cambodia no hicieron el menor esfuerzo hasta donde podamos apreciar, para influir en una o en otra forma nuestro itinerario o el tiempo de nuestras visitas. Nosotros creemos que ellos no tienen nada que ocultar. En ninguna parte vimos evidencia de que Cambodia sea un santuario o esté ofreciendo rutas de suministros para el Vietcong. Observadores independientes con quienes hablamos en Phnom Penh estuvieron de acuerdo con nosotros. El príncipe Sihanouk está verdaderamente dedicado a la no intervención”.

Y terminaba así:

“Esperamos que nuestras palabras sirvan para evitar una agresión contra el pueblo de Cambodia”.

Aquí viene bien preguntar por qué temían los hombres y las mujeres de *Americans Want to Know* que Camboya fuera agredida y por qué las acusaciones de 1965 y 1966 están siendo resucitadas *ahora*. Es mejor que lo diga el propio Russell Johnson, con las palabras que escribió en el folleto mencionado. Esto fue lo que él dijo:

“Creo que a los ojos de la CIA y los militares, una Cambodia neutral situada entre nuestros dos bastiones militares, Viet Nam del Sur y Tailandia, es un obstáculo para la dominación norteamericana de todo el bajo vientre de China. Ellos preferirían una polarización: o eliminar al príncipe Sihanouk y establecer en Phnom Penh un títere

de los Estados Unidos o forzar a Sihanouk a lanzarse en brazos de China y Viet Nam del Norte para abrir así a Cambodia al bombardeo ilimitado y a las operaciones de "búsqueda y destrucción".

Si Russell Johnson tenía razón, el despacho de la UPI anuncia que los días de 1965 y 1966 están volviendo para Cambodia, y anuncia también que, a pesar de la llamada "vietnamización", los Estados Unidos seguirán operando a gran escala en el Sudeste Asiático.

París,
20 de enero de 1970.

VIAJE A LOS ANTÍPODAS*

Los países del Asia están geográficamente en el lado del mundo opuesto a la República Dominicana, y además, tres de los cuatro que visité en los meses de octubre y noviembre de 1969 son, en el orden político, el polo opuesto de Santo Domingo; así, para nosotros los dominicanos Corea del Norte, China y Viet Nam del Norte representan con toda propiedad nuestros antípodas, porque la palabra antípoda quiere decir eso: lo que se halla en el lado de la Tierra opuesto a nosotros, y además lo que representa algo totalmente distinto de lo que somos.

¿Por qué he viajado a los antípodas geográficos y políticos de nuestro país?

Aunque la respuesta a esa pregunta podría ser larga y complicada, voy a tratar de hacerla corta y clara: Fui al Asia y al Sudeste Asiático a buscar la Verdad.

Durante años y años creí que políticamente la Verdad se hallaba en la llamada democracia representativa, pero sucedió que cuando el pueblo dominicano se lanzó a morir por esa democracia que yo, entre varios pero quizá más que muchos, le había enseñado a buscar, la tal democracia representativa sacó de sus entrañas la putrefacción, el crimen, la mentira, el abuso. Yo oí al presidente de los Estados Unidos, país líder

* Publicado en la revista *¡Abora!*, N° 326 del 9 de febrero de 1970.

de la tal democracia representativa, mentir como sólo mienten los seres más abyectos; oí a él y a senadores, diputados, altos personajes y a la radio oficial de los Estados Unidos acusar a la revolución democrática del pueblo dominicano de criminal y salvaje; vi a la soldadesca norteamericana llegar a Santo Domingo armada hasta los dientes para bombardear a la ciudad más vieja de América, para aniquilar el impulso creador de nuestro pueblo y para exterminar, como se hace con las fieras, a los luchadores democráticos dominicanos; vi a la República desamparada, engañada por los organismos internacionales y traicionada por la OEA; la vi atropellada por soldados latinoamericanos, enviados a nuestro país para justificar el crimen de los Estados Unidos, que habían violado tratados hemisféricos y no querían ni podían quedarse solos ante la conciencia del mundo como autores de esa violación; he visto morir dominicanos día tras día desde el momento en que desembarcaron en el país los primeros infantes de marina del señor Trujillo hasta el momento en que escribo estas líneas, ya a punto de terminar el año de 1969, a pocos meses de cumplirse los cinco años de la intervención norteamericana. Así, la mentira y el crimen aplicados y desatados por la llamada democracia representativa yanqui en Santo Domingo no fueron el resultado de un error momentáneo; fueron y siguen siendo la obra sistemática de todos los días.

Si alguien en quien tuvimos fe nos sorprende mostrándonos de manera inesperada lo que es en verdad y no lo que había simulado ser, empezamos a poner en duda todo lo que habíamos estado creyendo de él hasta entonces; y eso me sucedió a mí. Así, a partir del 28 de abril de 1965 comencé a estudiar cuidadosamente la historia de los Estados Unidos tal como es y no como la cuentan los norteamericanos; comencé a darme cuenta de que ese país gigantesco y poderoso tiene una antigua tradición de engaños y una capacidad asombrosa

para mentirle al mundo; ha hallado la forma de atropellar de la manera más brutal a los pueblos débiles y presentar esos atropellos como si fueran grandes y costosos esfuerzos para liberarlos de males infernales y para defender la libertad humana. Cuando los libros de historia me convencieron de que los Estados Unidos no son lo que sus propagandistas dicen que son, sino todo lo contrario, me dije a mí mismo que esos libros podían ser en fin de cuentas obras de fanáticos antiyanquis y que mi deber era comprobar los hechos sobre el terreno; y visto que la prensa, la televisión, la radio y la mayor parte de los medios de comunicación norteamericanos tienen años y años presentando al mundo socialista como el espejo de la esclavitud, el atraso y la miseria, fui a visitar Yugoslavia y Rumanía. Allí, en Yugoslavia y Rumanía comprobé que de cada mil palabras sobre los países socialistas que se escriben en los Estados Unidos, noventa y nueve son mentiras, y llegué a la conclusión de que el empeño que ponen los yanquis en hacer que los gobiernos sirvientes de América Latina persigan como a un criminal al que viaja a los países socialistas tiene un fin, el de evitar por medio de la violencia que los pueblos de América Latina se enteren de que la propaganda norteamericana contra esos países se basa en la mentira y sepan que cualquiera de ellos tiene un grado de desarrollo y bienestar, y sobre todo de justicia social, incomparablemente más alto que el de los latinoamericanos. Yo, que no soy comunista y por eso mismo no estoy obligado en ningún sentido ni por ninguna razón a defenderlos, lo afirmo categóricamente ante el pueblo dominicano, y digo a conciencia, con la mano puesta en el corazón, que de cada diez verdades sobre los países comunistas que dice un yanqui, dice al mismo tiempo, y con la mayor tranquilidad, noventa y nueve mil novecientas noventa mentiras.

La mentira es una parte tan importante en la vida norteamericana que sus historiadores, escritores, ensayistas, periodistas y funcionarios mienten hasta sin darse cuenta. Unas veces mienten directamente y otras de manera indirecta; unas veces dicen lo que no es verdad y otras veces se callan la verdad. Y esto lo hacen no sólo cuando hablan de otros países sino también cuando hablan del suyo; no sólo cuando se refieren a hechos actuales sino también cuando se refieren a hechos históricos. Por ejemplo, hace algo así como año y medio el ex embajador Crimmins respondió a una carta del PRD y en esa carta afirmó que los Estados Unidos son un país que se ha desarrollado pacíficamente, mediante la sola aplicación de las leyes; y recientemente el sucesor del Sr. Crimmins ha repetido lo que éste había dicho.

Pues bien, ni el señor Crimmins ni su sucesor dijeron la verdad, y yo me permito poner en duda que los embajadores norteamericanos ignoren la historia de su país. Claro que la conocen, pero la deforman para presentar a su país ante el pueblo dominicano como no es y como nunca ha sido. Al contrario de lo que han dicho los dos embajadores, los Estados Unidos han tenido revoluciones sangrientas, de las más sangrientas que ha conocido la Humanidad; en una de ellas murieron miles y miles y miles de hombres y mujeres, desde civiles y soldados hasta el presidente de la república; ciudades enteras fueron destruidas a cañonazos y se combatió ferozmente durante cuatro años. ¿Cómo es posible que el señor Crimmins y su sucesor pretendan hacernos creer que la fabulosa matanza de 1861-1865 no existió? ¿Y saben los dominicanos por qué no mencionan los señores embajadores esa hecatombe? Pues porque los norteamericanos le cambiaron el nombre; en vez de revolución pasaron a llamarle “guerra de secesión”. Pero fue una revolución provocada por los dueños de esclavos del Sur, que se levantaron en armas cuando creyeron que el gobierno de Lincoln

iba a decretar la libertad de los esclavos. Lincoln no pensaba hacer eso, pero él representaba a los industriales del Norte, que para poder vender sus máquinas necesitaban que desapareciera la esclavitud en el Sur, puesto que los esclavos no estaban capacitados para manejar maquinarias y esto tenían que hacerlo obreros asalariados; y como Lincoln representaba a esos industriales, los esclavistas creyeron que iba a poner en peligro su “sagrado derecho” a ser propietarios de hombres.

Además de la revolución de la independencia y de la llamada “guerra de secesión”, los Estados Unidos han conocido y sufrido revoluciones larvadas que han producido millares y millares de víctimas, entre ellas varios presidentes de la república asesinados. Y ahora mismo, ¿qué está sucediendo con los negros de los llamados “ghettos” y con los “panteras negras”, a quienes cazan a balazos todos los días? Por último, los Estados Unidos han evitado más revoluciones dentro de sus fronteras mediante el método de proyectar sus crisis y su violencia hacia el mundo exterior, pues se trata de un país que ha vivido agrediendo a otros pueblos desde antes de nacer como república. Cuando todavía no eran independientes, los yanquis hacían matanzas memorables de indios americanos para quedarse con sus tierras, y siguieron haciéndolas hasta fines del siglo pasado; después de independientes, arrebataron las Floridas a España y le quitaron a México más territorio del que ocupa hoy esa nación; se quedaron a cañonazos con Puerto Rico; se quedaron con Hawai y la Zona del Canal de Panamá; partieron en dos a Colombia y hoy tienen sus tropas establecidas en Corea del Sur y en Viet Nam del Sur, dos países inventados por ellos a costa de la unidad de los viejos pueblos de Corea y de Viet Nam, así como inventaron en Formosa una China nacionalista sustraída de la China continental e inventaron en Santo Domingo el llamado gobierno de reconstrucción nacional para mantener dividido al pueblo dominicano.

Pero el embajador norteamericano no se atiene a decir lo que no es verdad en el caso de su país; va más allá y afirma que Inglaterra se ha desarrollado también sin violencias. ¿Sí? ¿Y qué cuenta la historia inglesa? ¿O son invenciones de novelistas las sangrientas revoluciones de 1648 y 1688, para mencionar sólo las del siglo XVII? Quien le cortó la cabeza a Carlos I en 1649 no fue un cirujano que quería devolverle la salud; fue el verdugo que le aplicó la pena de muerte votada por el Parlamento; y las ruinas de las iglesias que se ven en algunos lugares de Inglaterra no se deben a los maltratos del tiempo, sino a los hombres de Oliverio Cromwell, que las saquearon y las quemaron en los días de la revolución de 1648.

Esa necesidad de ocultar la verdad, ¿es acaso una deformación psicológica que se ha propagado, como una epidemia, entre los norteamericanos?

Pues no señor; no se trata de una deformación psicológica. Hubo una época en que los yanquis estaban orgullosos de sus revoluciones y hablaban de ellas con entusiasmo, pero ahora necesitan hacerles creer a los pueblos pobres como el dominicano y los de la América Latina que las revoluciones son un gran pecado, algo muy malo, algo que no debe hacerse nunca, y para decir eso tienen que arrancar de la historia de su país, de Inglaterra y de otros lugares, todas las páginas que se refieran a sus revoluciones; necesitan presentarse como libres del pecado revolucionario para poder reclamar de otros que no lo cometan.

¿Y cuál es la causa de esa actitud? ¿Por qué los norteamericanos, que hicieron revoluciones sangrientas, sin las cuales no habrían podido desarrollarse ni económica ni política ni socialmente, fueron entonces partidarios de revoluciones y ahora son enemigos de ellas?

Porque aquellas revoluciones inglesas y norteamericanas de los siglos XVII, XVIII y XIX fueron hechas por las masas de los pueblos de Inglaterra y los Estados Unidos para entregarles

el poder a las minorías capitalistas de sus respectivos países, y las revoluciones que se hacen ahora en el mundo tienen la finalidad de establecer en el poder a las masas, no a las minorías capitalistas. En el caso concreto de la República Dominicana, la revolución se hará para dismantelar el Frente Oligárquico, que es el instrumento de que se valen los Estados Unidos para gobernar nuestro país a su antojo, y los señores embajadores norteamericanos pretenden hacerle creer al pueblo de Santo Domingo que la revolución es innecesaria, que en Norteamérica y en Inglaterra jamás hubo revoluciones, que los que tienen hambre deben esperar su oportunidad para comer, aunque haya que ir a servirles la comida al cementerio. Al tomar el poder, lo primero que harán las masas dominicanas y las de todos los países pobres del mundo —con los de la América Latina a la cabeza, desde luego— será tomar posesión de lo que es legítimamente suyo, de lo que se halla en su tierra y de lo que ha sido creado con el trabajo de sus hijos; es decir, procederán a nacionalizar las empresas norteamericanas. Y como eso significa que los millonarios norteamericanos dejarán de seguir recibiendo los dólares que sacan de nuestros países, hay que evitar por todos los medios que hagamos revoluciones. Esa es la razón de esas mentiras. Hay que engañar a nuestros pueblos haciéndoles creer que las revoluciones son pecados mortales, obra del demonio comunista, crímenes horrendos contra la libertad, y si los pueblos creen eso y se mueren de hambre, allá ellos con sus miserias; que se los lleve quien los trajo, porque eso no le quita el sueño a ningún ricacho norteamericano.

Pero sucede que el mentiroso y el cojo no llegan lejos. La red de mentiras con que los Estados Unidos tienen envuelto al mundo está destruyéndose rápidamente. En la América Latina la destruyó la invasión militar de Santo Domingo; en

el resto del mundo la ha destruido la incalificable guerra de agresión a Viet Nam. Por otra parte, el ser humano busca instintivamente la verdad, y cuando da con ella siente la necesidad de transmitírsela a otros. Como a cualquiera persona, a mí me sucede eso; pero ocurre además que tengo una responsabilidad ante el pueblo dominicano, la de ayudarlo a disipar las sombras de la mentira en que quieren sumirlo a fin de que vea claramente por dónde va el camino hacia la libertad, la justicia social y el bienestar. Si al visitar Yugoslavia y Rumanía comprobé que las mentiras que se dijeron sobre la Revolución de Abril eran iguales a las que se decían de esos dos países, ¿no era natural que me dijera a mí mismo que igual debía suceder en el caso de Corea del Norte, de China y de Viet Nam? ¿Y no era lógico, en consecuencia, que aceptara las invitaciones que se me hicieron para visitar esos países?

Aquí digo lo que vi, sin la menor deformación. Lo que digo es el resultado de mis observaciones; no es propaganda de partidos ni de gobiernos. Y lo escribo para servir al pueblo dominicano; para que éste conozca la verdad y juzgue por sí mismo, no a base de las mentiras que le sirven los que tienen interés —y ganan dinero al hacerlo— en mantenerlo confundido.

Este breve resumen de un viaje a los antípodas comienza por:

La República Democrática de Corea

La historia escrita de Corea tiene miles de años, de manera que la lengua de sus pobladores es vieja. En esa lengua, que ya se hablaba cuando todavía no se había formado Roma, Corea se llama “el país de los amaneceres luminosos”. Hubiera podido llamarse también “el país de la gente que sonríe”, porque el coreano reacciona ante cualquier estímulo con una sonrisa franca; pero yo recordaré siempre a Corea como “el país de los niños alegres”. Kim Il Sung, el padre

de la patria, dijo una frase que es a la vez profunda y conmovedora; dijo: “En Corea, el niño es ley”. Tómese esa frase por dondequiera y como quiera, y el resultado será siempre uno: El pueblo coreano está dedicado a sus niños; vive y muere, trabaja, lucha y crea por sus niños. De alguna manera, con esa extraña sensibilidad que tienen los niños en todas partes, los de Corea se dan cuenta de eso, porque donde ellos están —sea en la escuela, en las calles, en los parques—, sus risas y sus gritos de júbilo dan la impresión de una enorme pajarera colmada de cantos. En mis años, que no son pocos, jamás había visto nada igual.

Kim Il Sung sabía lo que decía al afirmar que en Corea el niño es ley, pues los países perduran en la medida en que sus ciudadanos los amen y los defiendan, y los niños de hoy serán los ciudadanos de mañana. El mismo Kim Il Sung era apenas algo más que un niño cuando a los trece años de edad comenzó a cumplir misiones de los grupos de patriotas que estaban luchando contra los japoneses —que habían ocupado el país en 1910—, y se hallaba en la flor de la vida cuando hacia 1932, acabando de cumplir los veinte años, inició la guerra de guerrillas por la liberación de Corea.

“¿Cuántos eran sus hombres en ese momento?”, le pregunté, entre cucharada y cucharada de una sabrosa sopa coreana que él mismo me servía con la naturalidad con que se comporta alguien con un hermano.

Kim Il Sung sonrió. Como todos sus compatriotas, es de sonrisa fácil y expresiva. Pero en esa ocasión la sonrisa del líder de Corea quería decir muchas cosas; quería decir, según me pareció: “Usted no va a creerlo”.

“Dieciocho”, dijo.

¿Y por qué no debía yo creerlo? ¿No se había quedado Fidel Castro con sólo doce seguidores poco después de haber desembarcado al pie de la Sierra Maestra? Fidel Castro había

bajado de la Sierra, convertido en vencedor, a los dos años de haber subido a ella, y Kim Il Sung estuvo guerrilleando trece años, y los dos tomaron el poder al cumplir los treintidos. ¡Extraña similitud de destinos entre el líder de un viejo pueblo oriental y el de un pueblo nuevo del Caribe!

Pero si el destino de Kim Il Sung y el de Fidel Castro se parecen, en cambio el de Corea y el de Cuba son distintos, porque a Corea le ha tocado ser uno de esos países a los que Norteamérica les ha aplicado la fórmula que ensayó con Colombia en Panamá, la de dividir las naciones y de cada una hacer dos: dos Coreas, dos Chinas, dos Viet Nam. A lo mejor, en esa historia de país dedicado a dividir pueblos hallaron los negros norteamericanos la idea de dividir ellos a su vez a los Estados Unidos en una nación para los blancos y otra para los negros.

Corea quedó liberada en agosto de 1945 y el día 15 de ese mes fue proclamada república bajo un gobierno encabezado por el joven que había estado trece años dirigiendo las guerrillas antijaponesas, esto es, por el mismo Kim Il Sung de quien vengo hablando. Unas semanas después de establecida la república, los norteamericanos desembarcaban en el sur al mando de Douglas MacArthur, y éste proclamaba, con su conocida arrogancia: "... Todos los poderes del gobierno sobre el territorio de Corea, al sur del paralelo 38 de latitud Norte, y sobre el pueblo que lo habita, serán... ejercidos bajo mi autoridad"; y fue así como Corea, un país con más de tres mil años de historia escrita, quedó cercenado como un cuerpo al que le cortan la mitad.

Cinco años después de eso comenzó el ataque norteamericano contra Corea del Norte. Al cabo de tres años de guerra, todas las ciudades coreanas habían sido destruidas, o dicho con más propiedad, habían sido demolidas por los bombardeos yanquis. Dieciséis años después, ningún extranjero que visite el

país verá las huellas de esa destrucción masiva, pues una por una, todas las ciudades han sido levantadas otra vez, y aunque cualquiera se da cuenta de que son nuevas porque sus avenidas están trazadas y sus edificios concebidos según los conceptos característicos de la arquitectura más moderna, parece que tienen siglos de habitadas, porque a primera vista se nota que entre sus habitantes y ellas hay esa coherencia y esa intimidad que son propias de las ciudades antiguas.

Debido a que en los años de la vida de Kim Il Sung su país pasó de colonia a república, y en la lucha para hacer ese cambio él fue durante trece años el líder de la resistencia patriótica; debido a que a causa de su papel como líder de la resistencia él pasó automáticamente a ser el jefe del primer gobierno libre de Corea; y dado que debido al ataque norteamericano las ciudades del país quedaron demolidas y fueron reconstruidas bajo ese gobierno del antiguo guerrillero, la historia de la república de Corea y su renacimiento se ha confundido con la de Kim Il Sung. Decir Corea del Norte es, pues, decir Kim Il Sung; o si se prefiere expresado al revés, Kim Il Sung es Corea del Norte. Mi impresión es que para los coreanos no hay diferencia alguna entre el país y su líder, y que ellos se imaginan a Kim Il Sung como una parte esencial de Corea y a Corea como una obra de Kim Il Sung.

Esa identidad entre líder y país es un fenómeno poco común en la historia humana, y gracias a ella el poder de Kim Il Sung va más allá del campo político y alcanza una calidad que no puede ser apreciada fácilmente; no es un poder que descansa en la autoridad, en el terror, en el carisma del líder, en los bienes que éste distribuye. Nada de eso. Es algo más profundo. Para el pueblo coreano, Corea y Kim Il Sung son una sola y misma cosa.

Ese hombre que es a la vez su pueblo se presenta de improviso en una escuela de párvulos, se sienta en un pupitre y

comienza a hacer preguntas como otro escolar; o se va al campo y se pone a vivir en una cooperativa para ayudar a los campesinos en su trabajo. Héctor Aristy y yo estábamos alojados en una residencia que tiene el gobierno para sus huéspedes y se suponía que antes de irnos de Corea visitaríamos a Kim Il Sung, y sucedió lo contrario: una mañana Kim Il Sung se presentó en la residencia, comenzó a hablar conmigo y se quedó a comer con nosotros. Como yo estaba a su derecha en la mesa, él mismo me servía la comida. Iba vestido con la sencillez característica de los líderes socialistas de Asia: un traje simple, pantalón y chamarra negros, y una gorra de tela, de esas que en Santo Domingo no usaría un campesino porque le parecería pobre. Lo que hablamos en más de tres horas de conversación fue mucho, variado y bueno, y me sorprendió lo bien informado que está acerca de América Latina y sus problemas. Pero también tiene a flor de labios las estadísticas de su país.

“En comparación con 1948, hasta 1967 la producción industrial de Corea había aumentado 22 veces, y la fabricación de maquinarias, 100 veces, a pesar de la guerra; en 1946, la proporción de la industria en el Producto Nacional Bruto era de 28 por ciento y en 1964 era de 75 por ciento; en 1965, la producción de tejidos había aumentado 195 veces en comparación con la de 1944; en ese año de 1944, la producción de tejidos per cápita era de 14 centímetros y en 1965, de 25 metros”.

Todo eso lo dije de un tirón, a pesar de que las comparaciones son tan dispares en lo que se refiere a los años que es difícil retenerlas en la memoria. De todos modos, no era necesario que lo dijera, pues el que visita Corea del Norte se da cuenta inmediatamente de que es un país con un desarrollo económico vertiginoso. Los que conocen Alemania del Este dicen que es el país cuya economía crece más de prisa en el campo socialista. Yo no he estado en Alemania del Este, pero me asombraría que

su ritmo de crecimiento superara al de Corea. Corea produce el 98 por ciento de lo que consume, desde maquinaria pesada hasta fósforos, y lo que consume es mucho a juzgar por el nivel en que vive el pueblo.

La totalidad de las familias usa electricidad. Por la vivienda se paga sólo 57 centavos por cada 100 pesos de salario, de manera que la persona que gane, digamos, 200 pesos, paga 1 peso y 14 centavos. Actualmente está construyéndose una casa para cada familia campesina, y ya hay 600 mil familias campesinas con casas nuevas. Todo lo que se refiere a medicinas, médico, hospital, operaciones y tratamiento es gratuito y según pude ver visitando hospitales, el servicio es como para tutumpotes de nuestro país. La cuarta parte de la población está estudiando en 9,260 establecimientos escolares y no hay un solo analfabeto; el teatro, el ballet y el circo —que es muy popular en el país— son de primera categoría; su cine y su televisión, excelentes.

Corea tiene que destinar una suma enorme al mantenimiento de sus fuerzas armadas, lo que se explica porque vive esperando de un día a otro el ataque norteamericano. A eso se debe que la parte más importante de su industria pesada —y según algunos, toda su industria de guerra— se halle bajo tierra, dotada además de hospitales, escuelas, viviendas, almacenes de provisiones y agua, luz eléctrica y hasta vías de comunicación subterráneas. Ya es un esfuerzo grande mantener un ejército en pie de guerra, pero estar preparado para la guerra nuclear es un esfuerzo extraordinario para cualquier país, cuanto más para uno pequeño que en quince años ha rehecho todas sus ciudades y todas sus industrias, y las ha multiplicado. Si Corea pudiera dedicar a su desarrollo todos los recursos que tiene que destinar a defenderse, sería el asombro del mundo. Para los partidarios del régimen socialista, ese poder de progreso será fruto del socialismo; para mí, al socialismo

hay que sumar las condiciones naturales del pueblo coreano y la circunstancia de que cuenta con un líder —desde luego, socialista— que es a la vez resuelto y prudente; de una prudencia exquisita, al grado que en Corea no se ha impuesto a la fuerza ninguna medida socialista: todas han sido llevadas a la práctica después que han sido clara y metódicamente explicadas al pueblo y después que éste ha decidido aceptarlas. En cuanto al pueblo, es sobrio, disciplinado, trabajador, ardentemente patriota, y muy inteligente, y muy fino. De lo último da prendas abundantes su actitud ante la obra artística. El coreano es un artista nato.

Volviendo de Pammunjong —el punto donde se celebran desde hace años las conversaciones de paz— llegamos a media tarde a Kessong, y allí, en el Palacio de los Pioneros, se improvisó una fiesta de teatro infantil. Toda la vida recordaré aquellos diminutos artistas de 6 y 7 años; sus cantos, sus danzas, sus pequeñas piezas de teatro, y sobre todo el final del acto. Los niños coreanos no me dejaban salir. Me abrazaban, me besaban; cada uno de ellos era un surtidor de alegría. Yo tenía los ojos puestos en ellos, pero a quienes veía era a los niños de mi país.

La República Popular China

Corea es un país relativamente pequeño —127 mil kilómetros, es decir, algo así como dos veces y media la superficie dominicana— con 12 millones de habitantes. China, que le queda al Oeste, es el gran gigante mundial en orden de habitantes —750 millones— y el segundo en superficie, más pequeño que la Unión Soviética, pero más grande que los Estados Unidos, y con bastante más población que los dos últimos juntos.

Los que teníamos para el 1930 edad de leer periódicos y nos preocupábamos por las noticias del exterior sabíamos que China era en aquellos años tan miserable como la India de

hoy; era la tierra del hambre, de la lepra, de la ignorancia, pero además era la víctima de cualquier país que tuviera cañones y buques de guerra, y de sus propios militares. “Los Señores de la Guerra” fue una locución inventada por los corresponsales ingleses y norteamericanos de la época para calificar a los generales chinos que iban de provincia en provincia con sus ejércitos privados asolando campos y ciudades, enriqueciéndose con los despojos de las poblaciones, aterrorizadas por los desmanes de la soldadesca, y “Concesiones Extranjeras” fue una locución inventada por los gobiernos extranjeros que obligaban a los gobiernos chinos a entregarles partes del territorio nacional, en los que esos gobiernos tenían ejércitos y policías propios para proteger las industrias, los bancos y los comercios de sus nacionales. En cada “Concesión Extranjera” los extranjeros eran los chinos, que tenían que solicitar permiso de las autoridades civiles y militares de las potencias ocupantes para pisar un pedazo de su patria. Había “concesiones” inglesa, francesa, norteamericana, italiana, japonesa, rusa —antes de 1918—.

Probablemente pocas personas recuerden ahora lo que dijo hace unos sesenta años Eça de Queiroz, el autor de esa pequeña joya de la literatura mundial llamada *El Mandarín*. En uno de los artículos que escribía para la prensa europea, el gran novelista portugués advirtió que a fuerza de humillaciones China aprendería a usar los instrumentos de la civilización occidental, y cuando eso sucediera los que abusaban del gigante tullido pagarían las consecuencias de sus abusos de poder, “pues cuando China sepa usar esos mecanismos —venía a decir más o menos el escritor—, detrás de cada chino habrá un acorazado para imponer respeto a cañonazos”. Eça de Queiroz no era marxista ni cosa parecida, pero era un novelista excepcional, y como todo gran novelista, era un poeta, y los poetas tienen el don de ver en las

tinieblas del porvenir. Cuando de Queiroz escribía esa página estaban nacidos Mao Tse-Tung, Chou En Lai, Lin Piao y, en fin, todos los que iban a ser los líderes de la Revolución de la China, y Eça de Queiroz no lo sabía ni podía sospecharlo. China no tiene acorazados, como pensó él, pero tiene bombas nucleares; que es así como marcha la Historia, cosa que saben los novelistas por intuición e ignoran alegremente muchos de los hombres a quienes sus congéneres llaman estadistas, sin que nadie sepa explicarnos cuál es la relación de esa palabra con la ignorancia congénita.

Los restos de aquella China se ven todavía en las calles de Pekín, de Cantón o de Shanghai, y es algo que conturba al extranjero. Va uno descuidado y de pronto ve venir a una mujer relativamente joven —50, tal vez 55 años— que camina sobre lo que parecen dos muñones en vez de dos pies. La impresión que se recibe es que perdió los pies en un accidente; pero de súbito uno recuerda que en los tiempos imperiales, y aun años después de haber desaparecido los emperadores, a muchas niñas se les deformaban los pies vendándoselos desde el día del nacimiento para que no les crecieran, porque así era como preferían los mandarines a las mujeres. La sensación desagradable se repite tantas veces como se ve a una mujer en esas condiciones, y es fuerte porque cuando se está en China uno tiende a olvidar que la revolución sólo tiene 20 años en el poder. Todo lo que se ve es tan actual, y tan diferente de lo que referían las noticias de los tiempos anteriores a la Revolución, que sin darse cuenta uno llega a pensar que la Revolución tiene por lo menos medio siglo.

Pero el hecho real es que en China hay más de 350 millones de personas que padecieron todos los males que sufrió su país antes de 1949; son hombres y mujeres que pueden contar a sus hijos que a su vez suman unos 400 millones—cuánta hambre y cuánta enfermedad y cuánta ignorancia y

humillaciones padecieron; y a fin de que los jóvenes no lo ignoren, los más viejos van de escuela en escuela, de fábrica en fábrica, de aldea en aldea, relatando cómo era su vida, y ése es su aporte a la nueva China; es así como ellos retribuyen a su pueblo todo lo que éste hace por ellos, pues en China quedan en retiro los hombres a los 60 años y las mujeres a los 58, todos con el 70 por ciento de su salario, de manera que una vez retirados podrían quedarse a vivir sosegadamente y con seguridad, dado que nadie en el país gasta más de la mitad del salario; pero ellos quieren ayudar, y sin que nadie se lo pida —pues en China no se le dan órdenes a nadie— se van por el país a contar cómo era la vida en sus años de mocedad, a fin de que ningún joven ignore la diferencia que hay entre la China de ahora y la de veinte o veinticinco años atrás.

Yo sé que todo el que lea estas notas de un viaje a los antípodas se preguntará con asombro qué quiere decir eso de que en China no se le dan órdenes a nadie. Entonces, ¿por qué hace la gente cosas como ésas que hacen los viejos?

Por muchas razones; y una de ellas es por imitación. Alguien pone en ejecución una idea que le parece buena, lo dice en una carta a un periódico o en un “dasibao”, y miles y miles de chinos a quienes la idea les parece buena comienzan a ejecutarla también. Eso sucede en el campo político, en el social, en el económico. Al revés de lo que piensan los occidentales, aunque muchos de ellos sean marxistas y hasta maoístas, el gobierno de China guía y orienta al pueblo, pero no le da órdenes. Todo lo que está sucediendo en China es en verdad la creación cotidiana del pueblo chino; lo que sucede es que ese pueblo crea moviéndose dentro de las grandes líneas que le traza el Partido Comunista pero lo hace analizando por sí mismo, persona a persona y grupo a grupo, si eso que se le traza está o no está dentro de lo que dijo Mao Tse-Tung, esto

es, si cabe o no cabe en el llamado “Pensamiento Mao Tse-Tung”. Porque para el pueblo chino quien ha expresado la verdad es Mao, como para los pueblos europeos del Medioevo quienes habían expresado la verdad eran Cristo y los Apóstoles. De esto no le queda duda a nadie. La impresión que se recibe desde el exterior es que en China hay una dictadura de partido que raya en el fanatismo; pero cuando se está en China hasta el más lego se da cuenta de que la verdad es todo lo contrario. Hasta el culto de la personalidad tiene en China, como en Corea, un sentido totalmente distinto del que tuvo en la Rusia de Stalin.

Yo hablé en China con varios latinoamericanos, y hablé sin testigos chinos, en condiciones de libertad personal tan grandes como si me hallara en Suecia; los había adultos, hombres y mujeres, y también jovencitos; los había de Venezuela, del Perú, de Ecuador, de Colombia, de Brasil. Algunos tenían cinco años en el país; otros dos. Unos cuantos se iban en esos días, y la pena de todos ellos era que tendrían que irse algún día. Cuando yo les contaba las truculencias sobre la Revolución Cultural que había leído en la prensa de Occidente no querían creerme. La mayoría de ellos vivía en China cuando se produjo la Revolución Cultural y la conocieron por dentro. La Revolución Cultural, según me aseguraron y me explicaron con detalles, fue un gran movimiento de masas puramente político; una movilización gigantesca de las masas que reclamaban que el gobierno y el Partido quedaran en manos de la gente que pudiera interpretar el pensamiento de Mao Tse-Tung; y todo lo demás fue propaganda y mentira de gente que creía que con esa propaganda y mentira hecha y dicha en Occidente se podía derrocar el régimen socialista chino.

Un “dasibao” es un cartel escrito a mano, a veces muy grande, a veces mediano, a veces pequeño, que se pega en una pared en la calle, en una plaza, en la fábrica o en la

escuela; y todo el que quiere decir algo lo dice por medio del “dasibao”. A través del “dasibao”, el pueblo chino explica sus ideas, expone sus preocupaciones o sus experiencias, y lo que se dice en los “dasibaos” corre como el fuego en la pólvora. En los tres años de la Revolución Cultural, China entera estuvo cubierta de “dasibaos”. “Cada quien pegaba su ‘dasibao’ donde podía”, me explicaban esos amigos latinoamericanos.

Pues bien, por los “dasibaos” se enteraron los líderes del Partido de muchas cosas, unas buenas, otras regulares, otras malas; y se enteraba también el pueblo de lo bueno, de lo regular y de lo malo. Y como es claro, el pueblo pedía que se suprimiera lo malo y ensalzaba y trataba de imitar lo bueno.

La propaganda de Occidente presenta a China como un país que al mismo tiempo vive bajo una dictadura implacable y en medio de un caos indescriptible. Esa impresión la dan hasta los partidarios de Mao en algunos países; por ejemplo, en Santo Domingo hay grupos maoístas de un fanatismo delirante, que parecen a punto de descabezar a machetazos a todo el que se permite no ser maoísta, y el que los oye o los lee se dice: “Caramba, si esto es en Santo Domingo, ¿cómo será la cosa en China?” Pero en China lo que hay es cientos de millones de gentes trabajando, todo el mundo —hombre, mujer, joven, niño— en la tarea de transformación revolucionaria más gigantesca que ha conocido la historia humana, sin que se ejerza contra nadie el más pequeño acto de violencia física. Al contrario, se busca —y se consigue— que todo el mundo esté contento, que nadie actúe a disgusto. La Revolución China se ha propuesto estimular hasta lo máximo el don creador de las masas, y toda creación tiene que hacerse en estado de júbilo, no de miedo o de disgusto. Hay que leer cualquiera de los libros de Mao para darse cuenta de su esfuerzo sostenido encaminado a

evitar el uso de la violencia contra los chinos no comunistas, y sobre todo, para evitar que sus partidarios infundieran miedo a los que no lo eran.

China es una colmena inmensa. Todo el mundo trabaja; el niño en la escuela, el joven en la Universidad, en el campo o en las fábricas, junto con campesinos, obreros y soldados. Adondequiera que uno vaya encontrará estudiantes universitarios, soldados, obreros y campesinos trabajando juntos. Las tiendas están llenas, y cuando digo llenas quiero decir repletas, lo mismo en las aldeas que en las ciudades, lo mismo las grandes tiendas que las pequeñas, las de muchos pisos, las de dos puertas; las que venden los artículos más diversos y complicados y las que venden dulces o frutas. Los mercados son enjambres humanos. Los comercios trabajan todos los días de la semana, hasta los domingos. Los chinos ahorran normalmente la mitad de lo que ganan, y los bancos están también llenos de gentes que van a guardar sus ahorros. Cada día cualquier visitante ve fácilmente un millón de chinos, porque donde uno va encuentra oleadas humanas, y afirmo que en tres semanas no vi una sola cara que expresara malestar, disgusto, preocupación, hambre o enfermedad. No hay policías, excepto los de tráfico. Sólo de noche, cada cinco o seis kilómetros, se ve un guardián armado.

Los chinos son gentiles, dulces. Adonde Ud. vaya le mostrarán todo lo que tengan y le explicarán lo que están haciendo, y al final siempre le dirán: "Estamos tratando de solucionar los problemas del pueblo, pero cometemos muchos errores. Ud. nos ayudaría mucho si nos señalara esos errores, y se lo pedimos encarecidamente".

Yo oí esas palabras, dichas en una o en otra forma, lo mismo en una escuela de párvulos, en una fábrica de radios organizada por mujeres de un barrio de Pekín o en una comuna campesina que en boca de Chou En Lai.

Chou En Lai es el jefe del gobierno con el título de presidente del Consejo de Estado. Mao Tse-Tung es el presidente del Partido, y en China no hay presidente de la república, de manera que Chou En Lai encabeza el gobierno más grande del mundo, en términos de personas gobernadas. Jamás hubo tantos millones de seres bajo la autoridad de un gobierno; por otra parte, jamás hubo tantos millones de personas tan sólidamente unidas bajo un gobierno. Como yo era consciente de eso, cuando en la reunión con Chou En Lai llevaba media hora dije que ya le había ocupado mucho tiempo y que debía despedirme, pero él respondió que no, que debíamos seguir hablando; media hora más tarde volví a decir que ya había llegado el momento de dejarlo y él repitió que debíamos seguir hablando. La entrevista duró tres horas, y al terminar, el presidente del Consejo de Estado no se despidió secamente; fue con nosotros hasta la salida del Palacio del Pueblo para decirnos adiós.

China está produciendo todo lo que se produce en Occidente, desde energía nuclear hasta agujas para coser, desde computadores electrónicos hasta zapatos. El país no importa ni una gota de petróleo, a pesar de que hasta hace pocos años no producía ese mineral; ha pagado totalmente todas sus deudas internas y externas; su capacidad técnica crece día tras día. En China hay comida abundante para todo el mundo, hay escuelas para todo el mundo, hay hospitales para todo el mundo. Pero más importante que todo eso es la extensión y la profundidad de su revolución, la más extensa y la más profunda que ha conocido la Humanidad. Y como todavía viven unos 350 millones de personas que conocieron el régimen anterior, el pueblo tiene conciencia del salto gigantesco que ha dado el país en todos los órdenes, circunstancias que le proporcionan a la Revolución China una perspectiva interior y un dinamismo conceptual peculiares, tal como si cada chino

estuviera ahora mismo haciendo esa revolución. Hay que comprender este aspecto original de la Revolución China para explicarse por qué los estudiantes universitarios van a trabajar a las fábricas y a las comunas populares, por qué un soldado viste exactamente igual a un general, sin que los distinga ni un galón ni una medalla, por qué un campesino de una aldea remota de la región Norte del país pasó a ser miembro del Comité Central del Partido. La limpieza de todas las ciudades chinas es ejemplar y superior a la de las ciudades más limpias de Europa y los Estados Unidos. “¿A qué se debe?”, le preguntaba yo a un miembro del Consejo Revolucionario de Shanghai. “Al pueblo”, me dijo, y a seguidas pasó a explicarme cómo los ciudadanos, hombres y mujeres, se han organizado para mantener limpia la ciudad, y terminó diciéndome: “No hay organización burocrática en el mundo que pueda realizar esa tarea en ciudades tan grandes como Shanghai y Pekín”. Y decía verdad, como lo saben muy bien los vecinos y gobernantes de New York, donde de vez en cuando se apilan en las calles millones de toneladas de basura, a pesar de que la ciudad paga una burocracia municipal que le cuesta miles de millones de dólares al año.

Cuando uno ve esas cosas, cuando uno comprueba con sus ojos hasta qué punto ha sido transformado por fuera y por dentro un pueblo que es la cuarta parte de la Humanidad y que hasta hace sólo 25 años era el espejo del abandono, la miseria, la ignorancia y la degradación, uno tiene que preguntarse qué es lo que está pasando en el mundo. Al lado de China está la India, que es hoy lo que era China hace 20 años; y sin embargo en Occidente, y especialmente en los Estados Unidos, se cree que el modelo que debe seguir la parte pobre del mundo es la India, no la China, porque lo malo, lo perverso, lo peligroso y lo inmoral es que se abandone la vía capitalista. Así, los pobres del mundo,

que no disfrutaban de las ventajas del capitalismo, tienen que seguir muriéndose de hambre para que unos pocos capitalistas vivan en la abundancia. Calcuta es una ciudad de la India donde las ambulancias salen de madrugada a recoger los cadáveres de los que mueren de hambre todas las noches en las calles, y cada día recogen más de mil; en Shanghai, con tantos habitantes como Calcuta, no se muere de hambre ni un perro. Pero Shanghai debe desaparecer del mapa, porque es una ciudad comunista, y de lo que sucede cada día en Calcuta no hablan nunca ni los corresponsales de la Associated Press ni los muy humanitarios miembros del Senado de los Estados Unidos.

La República Democrática de Viet Nam

China es comunista, pero Viet Nam del Norte no lo es.

La República Democrática de Viet Nam tiene un gobierno típico de liberación nacional, formado por un frente unido de varias fuerzas populares, entre las cuales la que mantiene la dirección es el Partido de los Trabajadores, marxista-leninista, y por tanto socialista; pero mantener la dirección no significa que ha impuesto o trata de imponerle al país el sistema comunista. Es más, al escribir la Declaración de Independencia de su país, en el año de 1945, Ho Chi Minh copió letra por letra la que adoptaron los Estados Unidos en el Congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776.

¿Cómo, pues, se explica que los norteamericanos estén matando vietnamitas bajo la especie de que son comunistas?

Los dominicanos tienen la respuesta en su propia experiencia. ¿No ocuparon militarmente nuestro país en 1965 alegando que la Revolución de Abril era comunista?

Viet Nam es el Santo Domingo del Sudeste Asiático; un Santo Domingo dividido a cañonazos, tal como nos dividieron a nosotros en 1965 en la llamada Ciudad Nueva —que

en realidad era la Vieja— y en el resto del país; uno con el gobierno de Caamaño, cercado por agua, mar y aire, y otro con el gobierno de Imbert.

En muchos sentidos, Viet Nam y Santo Domingo son tierras semejantes, que dan los mismos frutos —la piña y el tabaco, el arroz y el maíz—, que están verdes todo el año, que tienen clima cálido, y un cielo siempre azul y una luz brillante. Viet Nam es un país bello. En ninguna parte del mundo hay otro más hermoso que él. El que conoce Viet Nam, aunque sea de pasada, no lo olvidará ya en toda su vida.

Juntando a Viet Nam del Norte con Viet Nam del Sur, tal como estuvieron miles de años (hasta que los grandes divisores metieron allí la mano), el país tiene 335 mil kilómetros cuadrados, es decir, siete veces el tamaño de Santo Domingo, y unos 35 millones de habitantes, esto es, nueve veces los que hay en nuestro país. Lo que hoy se llama República Democrática de Viet Nam cubre una superficie de 164 mil kilómetros cuadrados con una población de 17 millones, cuya mayoría —60 por ciento— es campesina; tiene frontera con China al Norte y con Laos y Cambodia al Oeste; a todo el largo del Este está bañada por el Mar de la China, hacia el Oeste abundan las montañas, y en el centro y hacia la costa la tierra es llana, propia para el arroz, que Viet Nam viene produciendo desde hace miles de años. El país fue ocupado hace un siglo por franceses y españoles, y, pasó a ser una colonia francesa como parte de lo que Francia llamó la indochina. Francia dividió el país en tres regiones; la de Tonkín, cuya capital fue Hanoi, que era al mismo tiempo residencia del gobernador general de Indochina; Annam, cuya capital era Hué, la hermosa y legendaria ciudad de los reyes de Viet Nam, destruida a cañonazos por los norteamericanos en 1968, y Cochinchina, cuya capital era Saigón. El resto de Indochina estaba compuesto por Cambodia y Laos, que son hoy dos

países separados, el primero de ellos, declarado neutral en los acuerdos de Ginebra de 1954; y el segundo, legalmente neutral, se halla bajo el fuego de los bombardeos yanquis, que tienen sus bases en Siam.*

Viet Nam fue ocupada por los japoneses durante la segunda guerra mundial. Al terminar la ocupación, Ho Chi Minh, que dirigía el movimiento de liberación nacional, ordenó una gigantesca movilización del pueblo y el gobierno de Hanoi cayó al empuje de las masas. Eso sucedía en el mes de agosto de 1945. Ho Chi Minh leyó la Declaración de Independencia de Viet Nam ante un millón de personas, pero Francia, que acababa de salir de la larga y penosa lucha por su propia independencia, aplastada por Hitler, movilizó sus fuerzas para domar a los vietnamitas; y entonces comenzó la guerra de liberación, encabezada por Ho Chi Minh y Nguyen Giap, una guerra que terminaría en mayo de 1954, con la resonante victoria de Diem Bien Phu. En esos años sombríos de lucha el pueblo de Viet Nam perdió, sólo de hambre, dos millones de hombres, mujeres y niños; y además, cuando se vio que sus esfuerzos terminarían en el triunfo, le surgió un nuevo enemigo, el más poderoso del mundo, los Estados Unidos de América. Desde 1952, los Estados Unidos comenzaron a moverse diplomática y militarmente para evitar la victoria definitiva de los vietnamitas; en 1953 estuvo en Viet Nam Richard Nixon, entonces vicepresidente de su país, en un viaje de observación cuya finalidad era informar al presidente Eisenhower acerca de la medida en que la independencia de Viet Nam afectaría al Sudeste Asiático, y debido a ese viaje y a la diplomacia agresiva de Foster Dulles se estableció como principio inalterable la llamada "teoría del dominó", esto es, la tesis de que la independencia vietnamita haría caer en manos

* Siam era el nombre de la actual Tailandia.

de China y Rusia a todos los países de la región, desde Viet Nam hasta Australia. Para evitar eso, los Estados Unidos se decidieron a aplastar a Viet Nam por cualquier medio; organizaron el pacto de mutua ayuda militar del Sudeste Asiático, llamado SEATO, y se negaron a firmar los acuerdos de Ginebra, en los que se reconocía la independencia de Viet Nam del Norte y se ordenaban elecciones en Viet Nam del Sur para julio de 1956. Se conocen bien las palabras de Eisenhower: “No podemos aceptar esas elecciones, porque los informes que tenemos indican que Ho Chi Minh va a ganarlas con el 80 por ciento de los votos”. Que así es como respeta la voluntad de los pueblos el país llamado líder de la mentada democracia representativa, paladín de la celebración de elecciones en todas partes... siempre que sepa que las van a ganar sus aliados y cómplices.

En vez de elecciones en Viet Nam del Sur, se organizó un golpe para darle el poder a Ngo Dinh Diem y las tropas francesas salieron de Viet Nam del Sur a fin de que esa región del país pudiera proclamarse independiente y estuviera legalmente capacitada para hacer compromisos con los Estados Unidos. Los compromisos comenzaron, como es lógico, por el aspecto militar: envío de “consejeros” militares, de cañones, aviones, buques y toda suerte de armas yanquis. Inmediatamente después comenzó la cacería de los vietnamitas del Sur que habían luchado contra los franceses; los crímenes fueron tan masivos y tan repugnantes que el pueblo no pudo resistirlos y se organizó en un Frente de Liberación Nacional. La lucha fue haciéndose cada vez más dura, al grado que el presidente Kennedy, que había llevado las fuerzas norteamericanas en Viet Nam a 17,000 “consejeros”, tuvo que aceptar que se le diera un golpe a Ngo Dinh Diem; éste fue derrocado y muerto el 1º de noviembre de 1963. Veintidós días después, Kennedy caía asesinado en Texas y dejaba a su país, en herencia, una

guerra interminable y sucia en Viet Nam. Su sucesor la haría más sucia aún, para espanto del mundo civilizado y deshonra de los Estados Unidos.

La agresión norteamericana se ve en todas partes. Desde el aeropuerto hasta el hotel de Hanoi, cuando no se hallan casas destruidas a bombazos se advierten las huellas de los ataques en el gran puente Paul Doumer, que fue bombardeado sin cesar durante años, o pasa uno por barrios cuyas viviendas son de bambú y barro, techadas de paja de arroz, con las que el pueblo trata de reponer las de ladrillos destruidas por las bombas. En Hanoi, las amplias aceras bordeadas de árboles están llenas de agujeros redondos, cada uno con una tapa al lado; son los refugios individuales destinados a los transeúntes a quienes los bombardeos norteamericanos sorprendían en las calles. Pero comparativamente, Hanoi sufrió poco. En la provincia de Quang Binh hay aldeas —como Ngu Thy, Nhan Trach, Dai Phong— que fueron bombardeadas más de 4 mil veces, día y noche; toda la población vivió bajo tierra más de dos años y no quedaron en pie ni casas ni árboles.

En la provincia de Thanh Hoa, con dos millones de habitantes, fueron aniquilados 115 poblados de 400 a 500 casas; en la capital provincial, de 60 mil habitantes, no quedó en pie ni una sola casa ni un solo edificio, así fuera iglesia, asilo, biblioteca u hospital. Yo vi las ruinas de esa ciudad, como vi las de innumerables poblados, de manera que no estoy hablando por boca de ganso. Yo pasé por el puente de Ham-Rang y nunca podré explicarme cómo todavía sigue en pie. Sobre ese puente, que sufrió más de 700 ataques aéreos —algunas veces, hasta 5 por día—, fueron derribados 99 aviones norteamericanos. La larga batalla del puente de Ham-Rang nos fue explicada a Héctor Aristy y a mí por Nguyen Thi Hiag, una joven campesina de una cooperativa situada a menos de cuatro kilómetros del puente, bella y dulce como la

gran mayoría de las muchachas de Viet Nam. Nguyen Thi Hiag es ahora comandante de artillería; tenía 21 años cuando comenzó a luchar en el puente, el 3 de abril de 1965; mes y medio después fue herida en el pecho, sobre el corazón, y evacuada para ser hospitalizada. A los dos meses estaba de nuevo en su puesto de combate, pero condecorada y ascendida a comandante de artillería. Su cooperativa —la de Nam Ngan—, también fue condecorada dos veces con la medalla de la Victoria de primera clase y declarada Colectividad Heroica, pues sus hombres y mujeres —y hasta sus niños— combatieron como leones durante toda la batalla de Ham-Rang, y además mientras luchaban aumentaron su producción de arroz, que fue en 1965 de 3.9 toneladas por hectárea y en 1968 fue de 4.4. A la entrada de Nam Ngan hay ahora un monumento de cemento, con tres figuras de campesinos combatientes; en el gran patio central los búfalos arrastraban los rodillos de cemento con que trillaban el arroz la tarde de nuestra visita; los niños trabajaban tanto como los adultos, y hacia donde uno lanzaba la vista se veían hombres y mujeres, jóvenes y viejos, cortando arroz o cargándolo en cestas sujetas a una vara que se lleva al hombro, en carretas arrastradas por los pacientes búfalos y hasta en bicicletas. Era un domingo de paz en aquella tierra martirizada por el ataque despiadado de un enemigo prepotente; un domingo de hermosa luz y cielo azul, singularmente parecido a los plácidos domingos de los campos dominicanos.

Ese día —como durante todo el tiempo que estuvimos en Viet Nam—, nos acompañaban Dang Thai Mai, presidente de la Asociación de Escritores, y Nguyen Dinh Thi, autor de una estupenda novela, cuyo ambiente es el de la guerra por el dominio del aire. Nguyen Dinh Thi tomó parte en 30 combates aéreos de los muchos que se dieron sobre el puente Ham-Rang. La novela fue traducida al español y publicada en La Habana; su autor acababa de recibir el

primer ejemplar cuando lo conocí en Hanoi, y me lo obsequió con típica gentileza vietnamita. Titulada en vietnamés *El frente está en lo alto*, la novela se editó en Cuba con el que se le dio en Francia, *Frente: El Cielo*, y es realmente magnífica, hasta el punto que en Rusia se vendieron rápidamente 2 millones de ejemplares. Pues bien, en el tercer capítulo de la obra el personaje central —un piloto de Mig llamado Luong— habla con una anciana y le dice: “... su sobrino busca a alguien de la familia. Su sobrino tiene una hermanita evacuada en casa de Chi Coi”. Ese “su sobrino” es el propio Luong. Cuando va terminando la novela, en los párrafos finales del capítulo décimo, que es el penúltimo, Luong llama a Tuyén y ésta responde: “Hermano”. El autor cuenta que Tuyén hunde “su rostro en el hombro de Luong”, e inmediatamente después dice: “Permanecen recostados del grueso tronco de la ceiba, sin atreverse a decir una palabra más. Nunca podrán recordar cuánto tiempo estuvieron así”. Luego, como se ve, Luong y Tuyén se querían.

¿Por qué sucede que en Viet Nam un hombre joven le dice tía a una anciana desconocida y por qué una muchacha llama hermano al hombre a quien ama? ¿Por qué en la lengua de Viet Nam todos los niños son sobrinos de sus mayores, todos los mayores son tíos de los jóvenes y todos los jóvenes son hermanos entre sí?

La respuesta indica que las raíces del pueblo vietnamita son muy remotas, pues esa manera de tratarse data de los tiempos de la familia consanguínea, la primera etapa de la familia en la historia humana, como sabe todo el que haya leído *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Federico Engels. Junto con definiciones lingüísticas de valores sociales tan antiguos, el pueblo de Viet Nam ha preservado los valores morales sustentados por esa lengua, lo que se explica porque la lengua expresa lo que hay de más profundo en la

conciencia de las agrupaciones humanas. Desde luego que la familia consanguínea desapareció en Viet Nam hace mucho tiempo, sin duda hace miles de años, pero a lo largo de los cambios sociales que llevaron a ese pueblo extraordinario hasta la familia monogámica actual, los vietnamitas fueron acumulando, en cada etapa evolutiva, algunos aspectos de la anterior; enterraban sus muertos de muchas generaciones allí donde vivían y dormían, y en todo el país cada niño tiene millones de tías y de tíos y cada joven tiene millones de hermanas y de hermanos y cada anciano tiene millones de sobrinos. Los vivos están unidos a sus muertos, pero se unen también entre sí con los nexos que ligan a una gran familia, no sólo como conciudadanos. Ese pueblo es, pues, una sola familia unida sobre el espacio y también a través del tiempo. Si los negociantes norteamericanos de la guerra hubieran tenido idea de eso, habrían enviado a Viet Nam filólogos y antropólogos antes de mandar sus aviones cargados de bombas; entonces hubieran sabido que al quemar con napalm a un niño vietnamita iban a herir el sentimiento de todos sus tíos, es decir, todos los jóvenes y todos los viejos de Viet Nam; y hubieran sabido que al decir Tío Ho, refiriéndose a Ho Chi Minh, ese pueblo no calificaba a su líder superficialmente, porque Tío Ho no tiene relación alguna con el humorístico Tío Sam de los norteamericanos; es algo diferente, de significación tan profunda que sólo puede expresarse con estas palabras: en la lengua de Viet Nam, tío quiere decir mucho más que padre, es la suma de todos los padres y a la vez de todos los familiares de mayor edad, incluso la madre. Tío Ho, pues, quería decir que Ho Chi Minh era el padre de todo el pueblo, y que éste lo sentía así con toda su alma.

Los gobernantes norteamericanos que enviaron soldados y armas de su país para matar vietnamitas —Eisenhower, Kennedy y Trujijohnson— alegaron que lo hacían porque

los Estados Unidos eran aliados de Viet Nam del Sur y éste había sido atacado. Pero la verdad es que se propusieron aniquilar a Viet Nam porque allí, según pensaban ellos, se había establecido un gobierno comunista títere de lo que entonces era llamado por los expertos yanquis “el bloque chino-soviético”, y ése era el pretexto ideal para que el pentagonismo expandiera su poder económico. El tal bloque no existía ya en 1956, y además, el gobierno de Ho Chi Minh era de liberación nacional, de unidad de todas las fuerzas del país, no comunista. Yo conocí a la bonza de una pagoda —algo así como la monja superiora, encargada de cuidar un templo budista en vez de regir un convento—, que fue condecorada por Ho Chi Minh debido a la atención que prestó a los heridos de la cooperativa de Nam Ngan. Esa bonza, de 59 años, que vive junto a la pagoda, es miembro del Consejo Popular de la provincia de Thanh Hoa. Pero también conocí en Hanoi a dos antiguos grandes mandarines, entre ellos un cuñado del último rey de Viet Nam,* y ambos son miembros del Frente de la Patria, como lo son tres dirigentes del Partido Socialista de Viet Nam, una organización política que no tiene nada que ver con el socialismo comunista sino con el llamado democrático; y también conocí a esos tres, uno de ellos, mujer. El gobierno de Viet Nam del Norte no es comunista ni en el orden político ni en el social ni en el económico, y como lo saben hoy hasta los anticomunistas más encarnizados de Norteamérica, tampoco es un sirviente de Rusia o de China. Para sus honras, Rusia y China ayudan a Viet Nam generosamente, sin pedirle nada ni reclamar la menor sumisión, cosa que por otra parte no obtendrían de un gobierno y de un pueblo celosos de su independencia hasta lo increíble.

* Bao-Dai, que en realidad no era el rey de Viet Nam sino emperador de Annam.

El 10 por ciento de las tierras de Viet Nam son cultivadas por sus dueños; otro 10 por ciento son granjas estatales y 80 por ciento forman cooperativas de pequeños propietarios. El comercio es propiedad del Estado, excepto los muy pequeños, y la artesanía está organizada en cooperativas. Hay 6 millones de estudiantes, todos becados, y un millón en estudios especiales, nocturnos. De alquiler se paga de 3 a 5 piastras por cada 100 de salario, y en ese porcentaje están incluidos el agua y la luz; el salario mínimo es de 45 piastras, y el más alto —el que ganaba Ho Chi Minh— de 200. El entusiasmo del pueblo por su sistema de gobierno puede advertirse en su dedicación al trabajo y en su unidad contra los agresores. Por ejemplo, la provincia de Thanh Hoa produce ahora jabón, fósforos, cigarrillos, cemento, carbón de piedra, herramientas, carretas; en 1964 tenía 7 hospitales y en 1968, 23. Toda la población está armada y guarda las armas en sus casas; pues bien, jamás ha hecho nadie uso de una de esas armas para matar a un compatriota, a un compañero de trabajo o de armas o a un funcionario del gobierno. Me parece que esa es la más alta demostración de la unidad del pueblo de Viet Nam y del aprecio que tiene por su gobierno.

El día señalado para nuestra salida de Viet Nam nos avisaron que el Premier Pham Van Dong quería vernos. Pham Van Dong es el Jefe del gobierno; acababa de llegar de un viaje por la Unión Soviética y China y yo suponía que debía estar abrumado de trabajo; así pues, mandé darle las gracias con el recado de que no quería restarle tiempo a sus quehaceres. Pero los mensajeros volvieron con otro recado del Primer Ministro: nos esperaba a las diez en el Palacio presidencial, antigua residencia de los gobernadores generales franceses de Indochina. Al entrar allí, Pham Van Dong nos recibió con un abrazo estrecho y largo, lleno de sentimiento, pues como todos los vietnamitas, ese luchador de acero es sentimental, afectuoso y dulce. En una

foto de los funerales de Ho Chi Minh aparece desgajado por el dolor, con la cara caída sobre las manos y en éstas un pañuelo con el que se enjuga las lágrimas. Al nivel de hombres de gobierno, nunca había visto yo una fotografía tan patética como esa. Cuando nos íbamos no quiso despedirnos en la puerta, sino que salió a los jardines y dio vueltas y vueltas con nosotros, cogidos de los brazos, andando a paso rápido.

Pham Van Dong es el heredero del enorme prestigio que tenía Ho Chi Minh en el pueblo de Viet Nam. Y digo mal al decir “tenía”, pues los vietnamitas hablan de su Tío Ho como si todavía viviera. Nadie dice, por ejemplo: “Tío Ho dijo”, sino “Tío Ho dice”. Hasta el propio Pham Van Dong, en un momento dado, se expresó así: “Como dice el presidente Ho Chi Minh...”. Y yo, que poco antes le había hecho la observación de que el pueblo hablaba de su líder como si todavía viviera, le llamé la atención: “¿Ve? Ud. mismo acaba de decir que el presidente Ho Chi Minh dice...”. “Sí”, explicó él, mirándome con sus ojos tristes, “¿pero cómo quiere Ud. que nosotros nos convenzamos de que él ha muerto?”

Pocas horas después salíamos de vuelta a Nanning, en China, de donde volveríamos a Cantón y luego a Shangai. Al despedirse de mí con un abrazo en el aeropuerto de Hanoi, Dang Thai Mai me besó en las mejillas, como había hecho en París May Van Bo, el representante de Viet Nam en Francia cuando fui a darle el pésame por la muerte del gran líder. Viet Nam es un país de gente que sabe querer y sabe luchar. No merece el martirio que está padeciendo, pero merece la admiración del mundo.

El Reino de Cambodia

Cambodia es un reino gobernado por un príncipe que antes era rey por derecho divino y, como me dijo él mismo, renunció a la corona real para ser jefe del Estado por voluntad

del pueblo. Ese príncipe gobernante se llama Norodom Sihanouk, pero todo el mundo le llama Sandech, que es un título con cierto contenido religioso, equivalente a la palabra española “monseñor”.

Cambodia está situada en el extremo sudoeste de la península indochina; tiene al Este y al Sudeste a Viet Nam del Sur y al Norte a Laos y Siam. Con una superficie de 180 mil kilómetros cuadrados —casi cuatro veces el tamaño de Santo Domingo— y una población de cerca de 8 millones, está recorrida de Norte a Sur por el gigantesco río Mekong, que nace en China, atraviesa Laos a todo lo largo y va a desembocar cerca del extremo meridional de Viet Nam del Sur. A orillas del Mekong está Pnom Penh, la capital del país, una bella ciudad de aire tropical, en la cual, como en Hanoi, se ve la mano de los urbanistas franceses en las amplias avenidas bordeadas de árboles y en los espaciosos jardines que rodean casas y edificios públicos. Protectorado de Francia a partir de 1863, y parte de la Indochina francesa, Cambodia vino a ser declarada independiente en 1949, pero en realidad el país siguió controlado militarmente por su antigua metrópoli hasta el 9 de noviembre de 1953, día en que se proclamó la independencia nacional.

Cambodia fue el asiento de la civilización khmer, que levantó en varios lugares del país ciudades importantes. Las ruinas de esas ciudades atraen a miles de turistas de todo el mundo. De esas ruinas, las más visitadas son las de Angkor, una capital en la que se calcula que vivió un millón de personas. Dividida en Angkor Phon y Angkor Vat, la capital khmer se extendía en forma de una elipse orientada de Norte a Sur, en un largo de 12 kilómetros y un ancho de 4 a 5. En Angkor Phon están el templo de Bayon, levantado en el siglo XIII, y el Baño del Rey, un lago artificial en forma de cuadrado rectangular de medio kilómetro cuadrado, en una de cuyas orillas están las construcciones y la escalinata por donde el rey

bajaba al agua; en Angkor Vat está el gran templo del mismo nombre, construido en el siglo XII, que ocupa una superficie de 40 mil metros cuadrados y está rodeado por canales en cuadro de unos 50 metros de ancho y comunicado con la entrada de la ciudad por una calzada de piedra de 560 metros de largo; allí, en Angkor Vat, está también la monumental Plaza Real, con estatuas gigantes y muros con altos relieves. Las paredes centrales del templo de Angkor Vat están adornadas con un enorme relieve esculpido en piedra que ocupa 27 mil metros cuadrados, obra en verdad impresionante no sólo por su tamaño sino además por la finura de su ejecución y porque a lo largo de toda ella se van viendo la historia de Ramayana y la vida diaria del pueblo khmer; a los pescadores en sus faenas, a las mujeres comprando en el mercado, a los jugadores de gallos entusiasmados con una pelea, a los soldados haciendo ejercicios.

El reino de Cambodia es un país clave en la actual situación del Sudeste Asiático. En Pnom Penh hay una Avenida Unión Soviética y otra que se llama Mao Tse-Tung; me informaron que el príncipe Norodom Sihanouk tiene un hijo estudiando en Moscú y otro en Pekín. En los círculos europeos de Pnom Penh se dice que el Sandech sabe que su país acabará siendo socialista y que él no se opondrá al socialismo siempre que éste llegue a Cambodia después que él haya desaparecido. Esto puede ser un chiste, pero describe con bastante propiedad la situación del líder de Cambodia, que debe maniobrar cada día con la mayor habilidad para evitar que su país caiga, aunque sea por corto tiempo, en uno de los dos campos políticos en que se halla dividida la Indochina.

“Hay que tener mucho cuidado con los norteamericanos”, me decía, “porque cuando uno viene a darse cuenta los tiene en las mangas, en los bolsillos, en el pelo; le salen a uno por todas partes”.

“¿Puedo poner esas palabras en boca suya, Su Alteza?”, le pregunté.

“¡Oh, sí, sí! Como usted sabe, yo tengo fama mundial como hombre que dice siempre la verdad”.

Para mantener la neutralidad de Cambodia, el príncipe dirige con notable habilidad sus relaciones con los extranjeros. Aristy y yo fuimos tratados allí con suma delicadeza. Norodom Sihanouk no me recibió como ex presidente de la República Dominicana, sino prácticamente como a jefe de Estado, al punto que una compañía de la guardia real rindió honores a mi llegada y a mi salida de la residencia del príncipe, y al despedirnos nos obsequió con valiosos y bellos objetos de plata. Al llegar al país, habían ido a recibirnos al aeropuerto el segundo vice-presidente del Consejo de Ministros, Sha Ung Hong Sath, que es a la vez ministro de Salud Pública, y además el jefe de protocolo del Ministerio de Asuntos Extranjeros y un representante del Ministerio de Turismo; al salir del país fui despedido por las mismas personas. Para viajar a las imponentes ruinas de Angkor, el príncipe puso a nuestra disposición su avión personal durante más de veinticuatro horas; un príncipe de la casa real fue el encargado de mostrarnos el antiguo palacio real; cuando íbamos por Pnom Penh en automóvil, iba siempre delante una escolta policial en motocicleta, y el día en que hicimos un recorrido oficial por la ciudad, la población estaba en las aceras, por miles y miles, saludando a nuestro paso; en Angkor fuimos atendidos por las más altas autoridades de la provincia y el cuerpo de Ballet Nacional de la provincia actuó sólo para nosotros en las propias ruinas, espectáculo inolvidable, de una finura magistral.

Evidentemente, pensaba yo, el Sandech sabe agasajar a sus visitantes; tiene conciencia de su situación como jefe de Estado de un país oficialmente neutral que, sin embargo,

debe asirse con fuerza a todos los factores internacionales que puedan afirmar esa neutralidad, siempre expuesta, en el caso de un país pequeño, a ser desconocida por las potencias mundiales. Si él me dio en el trato una categoría que se acercaba mucho a la de jefe de Estado, ¿cómo será la que reciben los jefes de Estado que lo visitan, y cómo no van a quedar comprometidos en sus sentimientos con un gobierno tan gentil? Por otra parte, el pueblo de Cambodia se hace cargo de que el príncipe Norodom Sihanouk tiene amigos en el mundo; es un personaje de múltiples e importantes relaciones internacionales, el más conocido y famoso de todos los cambodianos, lo que en fin de cuentas se refleja en su imagen política nacional.

El príncipe Norodom Sihanouk parece mucho más joven de lo que es; nació en octubre de 1922, de manera que tiene ahora 47 años, y derrocha energía física y mental. Además de ser jefe de Estado escribe música y letras de canciones, argumentos y diálogos de películas; dirige películas y actúa en ellas, y dirige también varias publicaciones, para las cuales escribe artículos y editoriales; y como si eso fuera poco, viaja por todo el país y atiende sus obligaciones de líder del Sangkum, que es un partido fundado por él y en el cual apoya su régimen. Viaja al exterior con frecuencia; estuvo en Hanoi haciendo guardia al cadáver de Ho Chi Minh, y se halla en Francia en el momento en que escribo estas líneas finales de "Viaje a los Antípodas". Antes de salir de Pnom Penh envió una carta al diario "Le Monde" de París para aclarar que no fue él quien propuso un proyecto de ley dirigido a dar facilidades para que en Cambodia se establezcan bancos extranjeros o privados. Norodom Sihanouk sabe que su país no puede permitirse esos lujos. La marea socialista va aumentando en el Sudeste Asiático, aunque digan otra cosa los despachos de las agencias de prensa norteamericanas.

Frente a la costa occidental de Cambodia, corriendo del Norte al Sudeste, está la península de Malasia, que arranca desde el sur de Siam. Una parte de esa península está ocupada por Siam. Pues bien, al llegar a París, en viaje directo desde Pnom Penh, encontré que los diarios de la capital francesa informaban que en esa región siamesa de Malasia estaban operando guerrillas comunistas, y hablando de Laos, que tiene larga frontera común con Cambodia, el propio Norodom Sihanouk me decía que las tres cuartas partes de Laos se hallaban en manos comunistas, “porque además de ser los más trabajadores, los comunistas son también los mejores soldados y los más patriotas”, explicaba el príncipe.

La marea, pues, va cercando a Cambodia, y la cercará más aún cuando lleguen los días amargos que les esperan a los norteamericanos y a los soldados de Thieu en Viet Nam del Sur. Después de un largo viaje por los antípodas, a mí no me queda la menor duda de que esos días llegarán más pronto de lo que se piensa en Washington y en Saigón, aunque quizás no antes de lo que piensa, en su palacio real, el príncipe Norodom Sihanouk.

LOS PAPELES DEL PENTÁGONO
Radiografía de la política exterior de los Estados Unidos*

* Artículos publicados en la revista *¡Abora!*, año X, N° 406, 23 de agosto; N° 407, 30 de agosto; N° 408, 6 de septiembre; N° 409, 13 de septiembre; y N° 410, 20 de septiembre de 1971.

PARTE I

LA TEORÍA DEL DOMINÓ

La publicación de los llamados *Papeles del Pentágono* ha conmovido a la opinión pública norteamericana y, sin embargo, fuera de los Estados Unidos es poca la gente que alcanza a darse cuenta del origen de esa conmoción. Resultaría fácil explicar el origen diciendo que en ciertos sectores de avanzada del pueblo de Norteamérica había sospechas de que el gobierno llevó al país a la guerra de Viet Nam alegando mentiras —aunque sería más justo decir varios gobiernos en vez del gobierno—, y que la publicación de los *Papeles del Pentágono* vino a probar que esas sospechas eran bien fundadas.

Eso es verdad, pero es sólo una parte de la verdad. En los *Papeles del Pentágono* hay documentos alarmantes porque ponen en evidencia que el pueblo norteamericano fue engañado; y sin embargo hay otros más alarmantes porque muestran de manera patente que los hombres encargados de concebir y desarrollar la política exterior del país en el más alto nivel a lo largo de cinco gobiernos —el de Truman, el de Eisenhower, el de Kennedy, el de Johnson y el de Nixon— eran incompetentes en el sentido más alto de la palabra, es decir, que no tenían los conocimientos que debían tener para desempeñar sus funciones; y esto vale tanto para los más altos consejeros gubernamentales como para los presidentes. Hay que decir, para ser justos, que en el caso de Nixon y sus consejeros la situación se ha modificado, o está modificándose algo, pero

sólo después de haber extendido la guerra de Viet Nam y Laos a Cambodia, error mayúsculo y absolutamente inexcusable. Y aquí van las pruebas:

El caso de Ho Chi Minh

En agosto y septiembre de 1945 Ho Chi Minh se dirigió al gobierno de Truman pidiéndole su intervención en favor de la independencia de Viet Nam. En el libro *The Pentagon Papers*, publicado en el mes de julio de este año por Bantam Books, Inc., de New York, aparece en la página 26 un cable de un diplomático norteamericano “identificado como Landon”, que se encontraba en Hanoi. El real o supuesto Landon informaba al Departamento de Estado, el 27 de febrero de 1946, de lo siguiente:

“Ho Chi Minh me entregó dos cartas dirigidas al presidente de los Estados Unidos, copias idénticas para China, Rusia y Gran Bretaña de lo que declaró había sido enviado a los otros gobiernos mencionados. En las dos cartas Ho Chi Minh pide a Estados Unidos como uno (de los miembros) de las Naciones Unidas apoyar la idea de la independencia de Annam de acuerdo con el ejemplo de Filipinas, examinar el caso de Annam y tomar medidas necesarias para mantener la paz mundial la cual está siendo puesta en peligro por los esfuerzos de Francia para reconquistar Indochina. Él afirma que los annamitas combatirán hasta que las Naciones Unidas interfieran en respaldo de la independencia de Annam. La petición dirigida a los mayores (miembros) de las Naciones Unidas contiene: (aquí sigue la lista de los documentos que iban con las dos cartas de Ho Chi Minh).

“La petición termina con la declaración de que los annamitas piden la total independencia en los hechos y que mientras esperan la decisión de las Naciones Unidas los annamitas continuarán combatiendo el restablecimiento del

imperialismo francés. Las cartas y la petición serán transmitidas al Departamento (de Estado) lo más rápidamente (posible)".

En el recuento de Fox Butterfield con que comienza el libro del cual he traducido el cable del real o supuesto Landon (*The Pentagon Papers*, pág. 8) se dice que desde "octubre, 1945, hasta el siguiente febrero (de 1946)... Ho Chi Minh escribió por lo menos ocho cartas al presidente Truman o al secretario de Estado, pidiendo formalmente la intervención de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas contra el colonialismo francés..." Y "no hay constancia", dice Butterfield, achacándole esa observación a los autores de los llamados *Papeles del Pentágono*, "de que ninguna de las solicitudes fuera respondida".

¿Por qué no fueron respondidas? ¿Era que en el Departamento de Estado se desconocía a Ho Chi Minh o era que se le consideraba indigno de recibir respuesta del gobierno norteamericano?

Ninguna de las dos cosas. Era que en los altos niveles donde se elaboraba la política exterior del país no había un solo funcionario que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo en esa tierra del Sudeste Asiático que iba a ser conocida pronto con el nombre de Viet Nam.

Un poco de historia

Los franceses se habían apoderado de la Indochina en el siglo pasado —por cierto con alguna ayuda española— y en la parte oriental de la península que llevaba ese nombre establecieron un protectorado en las regiones de Tonkín, Cochinchina y Annam, todas las cuales forman hoy los dos Viet Nam, el del Sur y el del Norte. Pero Viet Nam era un país muy antiguo, con cuatro mil años de historia, que durante siglos y siglos había luchado por su independencia contra poderes tan grandes como el de China y lucharía también contra el poder francés. Ho Chi Minh iba a participar en esa lucha como miembro

del Partido Comunista Indochino, que se había fundado en enero de 1930, y más tarde, a partir de 1941, año de la ocupación japonesa, como creador y líder de un movimiento nacionalista de unidad popular llamado Viet Nam Lap Don Minh, o Liga de la Independencia de Viet Nam, mejor conocido por la primera y la última palabras, esto es, Viet Minh. Su fundador ligó su vida entera al Viet Minh hasta cambiándose el nombre, pues el nombre del padre de la patria vietnamita había sido el de Nguyen Ai Quoc, no el de Ho Chi Minh.

En el 1941, al hacer su entrada en la guerra mundial de 1939-1945 del lado del nazifascismo, los japoneses ocuparon la Indochina y las autoridades civiles y militares francesas se plegaron a colaborar con ellos. Quien no colaboró ni con los japoneses ni con los franceses fue el Viet Minh, que organizó la resistencia en campos y ciudades. Eso explica que cuando los japoneses abandonaron el país a mediados de agosto de 1945, el Viet Minh era la única fuerza política con autoridad ante el pueblo; y el Viet Minh usó esa autoridad para lanzarse bajo la jefatura de Ho Chi Minh a la toma del poder, tal como lo hizo en Hanoi, donde comenzó el 19 de agosto un levantamiento popular que iba a culminar el 2 de septiembre con la proclamación de la República del Lejano Sur, que es lo que en la sonora lengua annamita quiere decir Viet Nam. La declaración de independencia fue leída ese día histórico por el propio Ho Chi Minh en la plaza de Ba Dinh de Hanoi, y en esa declaración dijo palabras exactamente iguales a las que le dijo al misterioso Landon para que éste las transmitiera al presidente Truman y al Departamento de Estado de los Estados Unidos. He aquí esas palabras, que la historia se ha encargado de hacer buenas:

“Viet Nam tiene el derecho de ser libre e independiente, y de hecho, se ha convertido en un país libre e independiente. Todo el pueblo de Viet Nam está decidido a movilizar

todas sus fuerzas materiales y espirituales, a sacrificar su vida y sus bienes por mantener su derecho a la libertad y a la independencia”.

Los japoneses habían salido de Indochina, pero no los franceses. Francia había sido ocupada por los alemanes y el gobierno francés del mariscal Petain había sido colaborador de Hitler en Europa y colaborador de los japoneses en Indochina. Pero había habido una Francia Libre, comandada desde Londres por De Gaulle, y al terminar la guerra la Francia Libre de De Gaulle había pasado a ser una de las naciones vencedoras en aquel conflicto que sacudió al mundo. Y sucedió que la nueva Francia, aliada de los grandes poderes que habían ganado la guerra, reclamó su puesto dominante en la Indochina, y empezó negándose a aceptar la república fundada por Ho Chi Minh.

Las potencias asiáticas de esos años eran la Gran Bretaña del gobierno laborista de Attlee, la China de Chiang Kai-shek y la Francia de De Gaulle; la primera porque era la señora de la India, que entonces incluía al Pakistán, y de muchos otros países asiáticos y del Medio Oriente; la segunda porque era la nación más grande de toda la región, y la tercera por su dominio de la Indochina. De esas tres potencias, China y la Gran Bretaña eran miembros de los llamados Cuatro Grandes de las Naciones Unidas —los otros dos eran los Estados Unidos y la Unión Soviética—. China y la Gran Bretaña apoyaron la pretensión francesa de someter Viet Nam a su poder, y ayudaron a Francia con hombres, armas y dinero en la guerra contra el Viet Minh, iniciada casi inmediatamente después de la declaración de independencia de la República de Viet Nam. Fue en esa coyuntura cuando Ho Chi Minh pidió ayuda a los Estados Unidos y estos le dieron la callada por respuesta. El pueblo de Viet Nam tuvo que lanzarse solo a una lucha feroz contra franceses

de De Gaulle, chinos de Chiang Kai-shek y británicos de Su Majestad. Así fue como comenzó Viet Nam su guerra de independencia, que lleva veintiseis largos años cargados de horrores y también de heroísmo.

Comunismo e intervención

En octubre de 1949 las fuerzas de Mao Tse-Tung tomaron el poder en China y a partir de ese momento la política asiática de los Estados Unidos quedó condicionada por el miedo a la expansión comunista en todo el Lejano Este. El terror a la expansión comunista por el Asia iba a llevar a los norteamericanos a intervenir en Viet Nam apoyando a los franceses; después los llevaría a la guerra de Corea y luego a la de Viet Nam, todo lo cual constituyó una cadena de disparates políticos que conducían inevitablemente a disparates militares. Según indican los *Papeles del Pentágono*, los que echaron las bases de esa política y los que la han mantenido hasta ahora —altos consejeros gubernamentales y cinco presidentes del país— han sido hombres que elaboraron y se dedicaron a desarrollar una estrategia política mundial sin tener el menor conocimiento de la realidad asiática. Leyendo los documentos que figuran en los llamados *Papeles del Pentágono* uno se pregunta qué habría sido de Europa si los gobernantes y los políticos de los países europeos, que tienen desde el 1945 fronteras con varios países socialistas —Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia—, hubieran perdido la cabeza como la perdieron los norteamericanos cuando el Partido Comunista Chino tomó el poder.

La guerra de 1939-1945 tuvo consecuencias extraordinarias en las estructuras del poder mundial. Hasta 1939 las contradicciones del sistema capitalista se resolvían en las llamadas guerras inter-imperialistas, en las cuales dos países

poderosos o dos grupos de países luchaban con el propósito de dominar territorios coloniales ricos en materias primas y en mano de obra barata en los cuales pudiera emplearse con seguridad y con ventajas el capital sobrante de los vencedores. Pero de la guerra de 1939-1945 no salió ningún país capitalista que pudiera competir con los Estados Unidos en el orden político y militar, de manera que de esa guerra surgieron los Estados Unidos como el líder indiscutible del bloque mundial de los países capitalistas.

Al final de la gigantesca conflagración de 1939-1945 el mundo quedó dividido entre países capitalistas, encabezados por los Estados Unidos, y países socialistas encabezados por la Unión Soviética. La República Popular China vendría a aparecer en el último bloque cuatro años después de terminada la guerra mundial. A partir de ese momento la contradicción internacional se trasladaría a esos dos bloques; y ya no habría guerras de importancia entre países capitalistas. Las próximas guerras serían entre países del sistema capitalista y países del sistema socialista, y los Estados Unidos escogieron el Asia como campo de batalla de esas nuevas guerras porque creyeron que era en el Asia, tierra de pueblos pobres y débiles, donde ellos podrían derrotar con relativa facilidad al socialismo. Ahora bien, los líderes norteamericanos se sentían atraídos hacia el Asia porque allí abundaban las materias primas y la mano de obra barata, y eso se trasluce claramente en el llamado Documento N° 2 de los *Papeles del Pentágono*. “Asia del Sudeste, especialmente Malasia e Indonesia”, se lee en ese documento, “es la principal fuente mundial de caucho natural y estaño, y un productor de materias primas estratégicamente importantes”. Ese párrafo indica que sus autores, miembros del Consejo Nacional de Seguridad de su país, no se daban cuenta de que a partir del año 1945 la lucha por el poder mundial había pasado a un plano político diferente y

superior, a pesar de lo cual ellos seguían pensando con criterios anteriores a 1939. A partir de la victoria de Mao Tse-Tung en China los Estados Unidos comenzarían a actuar como una fuerza antihistórica, empeñada en mantener al mundo en la etapa anterior a 1939, y eso se advierte leyendo los llamados *Papeles del Pentágono*.

Casi inmediatamente después de la derrota de Chiang Kai-shek en China los Estados Unidos pasaron a apoyar a Francia en la guerra de Viet Nam y comenzaron a proporcionarles a los franceses ayuda en equipos militares y en dinero. En el año 1950 la ayuda norteamericana a las fuerzas francesas de Viet Nam llegó a 10 millones de dólares; en el 1954 alcanzó a 1 mil 100 millones, es decir, al 78 por ciento de todos los gastos militares de Francia en Viet Nam. Así pues, las afirmaciones hechas por los gobiernos de los Estados Unidos de que la intervención de sus fuerzas militares en Viet Nam se debe a que su país se había comprometido a defender Viet Nam del Sur contra las agresiones de Viet Nam del Norte no tienen la menor base en qué apoyarse porque la intervención norteamericana en Viet Nam empezó antes de que existiera Viet Nam del Sur. Esa intervención comenzó a raíz de la victoria de Mao Tse-Tung en China. El establecimiento del sistema socialista en China llevó a los norteamericanos a intervenir en Viet Nam.

El increíble Documento N° 2

El plan estratégico político de los Estados Unidos en el Sudeste Asiático, y por tanto en Indochina, y por tanto en Viet Nam, quedó escrito en el llamado Documento N° 2, que aparece en las páginas 27-32 de *The Pentagon Papers*. En ese Documento N° 2 se dicen cosas tan increíbles como éstas:

“En ausencia de una contra acción efectiva y oportuna la pérdida de uno solo de los países (del Sudeste Asiático) conducirá probablemente a un relativamente fácil sometimiento

o a una alineación con el comunismo del resto de los países del grupo. Más aún, un alineamiento con el comunismo del resto del Sudeste Asiático y de la India, y en un tiempo más largo, del Medio Este (con las probables excepciones de por lo menos Pakistán y Turquía) le seguiría progresivamente con toda probabilidad. Tal alineamiento expandido pondría en peligro la estabilidad y la seguridad de Europa”.

Todas esas palabras significan que si Viet Nam caía en manos comunistas, o si se veía en el caso de tener que alinearse junto con los países comunistas, le sucedería lo mismo a todos los países que se hallaban al oeste de Viet Nam, hasta llegar a Europa, cuya seguridad y cuya estabilidad correrían peligro.

Es muy difícil, si no imposible, explicarse por qué razón y debido a qué artes el paso al comunismo de un país del Sudeste Asiático ponía en peligro la seguridad y la estabilidad de Europa, y sin embargo las más altas autoridades de la política internacional norteamericana dijeron eso y se quedaron tan tranquilos.

Si en Europa había una frontera con varios países comunistas, y la seguridad y la estabilidad europea no estaban en peligro a pesar de la estrecha vecindad con varios países comunistas, ¿por qué razón iban a estarlo si un país del Sudeste Asiático pasaba al campo comunista? ¿Es que los miembros del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, y los presidentes y los altos militares que basaron sus actuaciones en semejante disparate, no tenían nociones de geografía política e ignoraban que el socialismo se hallaba establecido en Europa desde hacía unos siete años, y por tanto no hacía falta que la estabilidad europea cayera en peligro por hechos ocurridos en el Asia?

Pero el disparate no se detenía ahí, puesto que más adelante dice el increíble Documento N° 2 que “La pérdida del

Sudeste Asiático, especialmente de Malasia e Indonesia, podría resultar en tales presiones económicas y políticas en Japón como para hacer extremadamente difícil evitar que Japón caiga en una acomodación eventual con el comunismo”.

Y bien, sucedía que el Japón estaba —y está— situado casi a tiro de cañón de la Unión Soviética, de Corea del Norte y hasta de China, y cuando se escribió ese párrafo del llamado documento N° 2, que fue redactado al comenzar el año de 1952, hacía nada más y nada menos que treinticinco años que la Unión Soviética era comunista, siete años que lo era Corea del Norte y tres que lo era China, y sin embargo el Japón no había sido llevado a caer en “una acomodación eventual con el comunismo”.

El Documento N° 2 está basado en premisas totalmente falsas, que parecen la obra de mentes infantiles, retardadas o de una incultura absoluta; pero resulta que en ese documento se apoyó la llamada “teoría del dominó”, según la cual la caída de un solo país del Sudeste Asiático en manos comunistas conducía a toda el Asia Mayor y a la Menor y a la misma Europa a igual destino. Esa tal “teoría del dominó” iba a ser la guía maestra de la política exterior de los Estados Unidos durante el último año de gobierno de Truman, de los de Eisenhower, Kennedy y Johnson en todos sus años y del de Nixon en los primeros treinta meses. Esto significa veinte años corridos, la quinta parte de un siglo, de mantenimiento de una concepción política de categoría mundial basada en falsedades que a su vez descansaban en una ignorancia apabullante de la historia, de la geografía y de la realidad asiática.

Verdaderamente, eso es escandaloso cuando se habla de un país que ha sido considerado por la generalidad de los estadistas mundiales como la mayor potencia económica, militar y política de la Tierra.

PARTE II

EL PAPEL DEL MENTIROSO

Es tradicional que al comenzar cada año el presidente de los Estados Unidos envíe al Congreso lo que se llama *El Mensaje a la Unión*. En el de 1965 Lyndon B. Johnson se refirió a la presencia de tropas norteamericanas en Viet Nam con las siguientes palabras:

“Estamos allá, primero, porque una nación amiga nos pidió ayuda contra la agresión comunista. Hace diez años el presidente (Eisenhower) prometió nuestra ayuda. Tres presidentes han respaldado esa promesa. Y nosotros no la rompemos ahora”.

Unos meses después, el 7 de abril del mismo año, habló en forma muy parecida, y por cierto con el mismo estilo chabacano; y he aquí lo que dijo:

“Estamos allá porque tenemos que hacer valer una promesa. Desde 1954 cada presidente americano ha ofrecido respaldar al pueblo de Viet Nam del Sur. Así, a lo largo de varios años hemos hecho una promesa nacional de ayuda a Viet Nam del Sur a mantener su independencia. Yo pretendo mantener esa promesa. No hacerle honor a esa promesa sería un error imperdonable”.

En las dos ocasiones Lyndon B. Johnson habló mentiras. En el *Mensaje a la Unión* de 1965 dijo tres mentiras y repitió dos de ellas en su discurso del 7 de abril del mismo año. De esas mentiras, una era global e importante, y las

otras, particulares y de poca monta. La primera se halla al comenzar los párrafos copiados, pues no es verdad que las tropas norteamericanas estaban en Viet Nam porque Viet Nam del Sur les había pedido a los Estados Unidos ayuda contra la agresión comunista; la segunda se encuentra en la declaración de que en el año 1954 el presidente Eisenhower decidió la política que iba a seguir su país en Viet Nam, y por último, no es verdad que tres presidentes habían hecho y mantenido la supuesta promesa de que habló Johnson.

La política de los Estados Unidos en la región del Sudeste Asiático, y más concretamente en Indochina, y por tanto en Viet Nam, fue decidida por el gobierno de Truman al comenzar el año 1952, no por el de Eisenhower en 1954. Lo único que hizo Eisenhower fue aplicar y ampliar las decisiones políticas tomadas por su antecesor.

Análisis de las mentiras

El Documento N° 2 elaborado por el Consejo Nacional de Seguridad y aprobado al comenzar el año 1952, está dividido en tres partes: Objetivos, Consideraciones Generales y Cursos de (la) Acción. La última parte se subdivide a su vez en dos: Asia del Sudeste e Indochina. En lo que se refiere a los cursos que seguiría la acción de los Estados Unidos en Indochina, en el punto 7 de la Sección *e* se dice lo siguiente: “Un programa agresivo en el orden militar, político y psicológico para derrotar o reducir seriamente las fuerzas del Viet Minh”.

En el párrafo 11 se determinó que de ser necesario los Estados Unidos actuarían en Indochina —esto es, Viet Nam, Laos y Cambodia— aliados con los ingleses y los franceses hasta el extremo de establecer un bloqueo naval de China si ésta intervenía en favor del Viet Minh. En el punto *c* de ese párrafo 11 del Documento N° 2 se dice que los Estados Unidos utilizarían: “Como deseable y realizable, fuerzas anticomunistas

chinas, incluyendo fuerzas militares de la China Nacionalista en operaciones en Asia del Sudeste, Corea o la propia China”.

Y por fin el documento termina con estas palabras:

“En el caso de que no se obtuviera la concurrencia del Reino Unido (de la Gran Bretaña) y de Francia para (una) acción militar expandida contra la China Comunista, los Estados Unidos deberán considerar (la) acción por sí solos”.

Así pues, para los primeros meses del año 1952 los Estados Unidos se habían propuesto ir a una guerra con la China de Mao Tse-Tung si era necesario a fin de evitar que Viet Nam —y toda la Indochina— cayera en manos comunistas. No fue, pues, en el 1954 cuando los Estados Unidos se comprometieron a seguir la política que han seguido en Viet Nam. Es mentira que esa política se originó en una promesa del presidente Eisenhower hecha a Viet Nam del Sur, dado que Eisenhower comenzó a gobernar en enero de 1953.

Es también mentira que Viet Nam del Sur les pidiera ayuda a los Estados Unidos puesto que no podía pedírsela antes de existir y no existía cuando el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, bajo el gobierno de Truman y no del de Eisenhower, determinó la política vietnamita que iban a seguir todos los presidentes norteamericanos, hasta Nixon en sus primeros dos años y medio.

Por último, es mentira que antes de Johnson hubo tres presidentes norteamericanos que prometieron la ayuda de su país a Viet Nam del Sur. Viet Nam del Sur no existió antes de la partición acordada en la Conferencia de Ginebra, y la Conferencia de Ginebra tuvo lugar del 26 de abril de 1954 al 21 de julio del mismo año. En los protocolos de esa conferencia se estableció que las fuerzas francesas saldrían de Hanoi el 9 de octubre (1954) y que la parte norte del país quedaría al cuidado del Ejército Popular de Viet Nam, que eran las fuerzas revolucionarias obedientes al gobierno del Viet Minh, o lo

que es lo mismo, el gobierno que encabezaba Ho Chi Minh, mientras que en la parte del sur se concentrarían las tropas francesas. La línea fronteriza que se fijaría en el Paralelo 17 sería provisional y tendría a cada lado del Paralelo 17 una franja desmilitarizada, esto es, una zona a ambos lados del Paralelo 17 en la que no habría soldados de ninguno de los dos ejércitos. Se acordó también que para el mes de julio de 1956 se celebrarían elecciones para resolver todo lo relativo a la unificación de las dos partes de Viet Nam, de manera que Viet Nam del Sur no podía existir antes de esas elecciones, y tendría existencia sólo si los votos de sus pobladores demostraban que no querían ser gobernados por el gobierno que se estableció en Hanoi a partir del 9 de octubre de 1954.

Lo que había en Viet Nam del Sur a partir del 9 de octubre de 1954 eran tropas francesas bajo el mando de oficiales y autoridades civiles de Francia. Así pues, si el presidente Eisenhower ofreció la ayuda de los Estados Unidos a Viet Nam del Sur en 1954 lo hizo cuando Viet Nam del Sur no existía ni podía tener existencia legal puesto que todavía en ese año era un territorio francés.

Pero si admitiéramos la hipótesis de que lo hizo hallamos que él fue el primer presidente norteamericano en ofrecer la tal ayuda, y en ese caso su sucesor John F. Kennedy sería el segundo. ¿Dónde está ese tercero de que habla Johnson? ¿Fue el mismo Johnson? Si fue él debió hablar con más propiedad; debió haber dicho: “Tres presidentes norteamericanos *bemos* ofrecido nuestra ayuda a Viet Nam del Sur”. Y lo que dijo fue: “Tres presidentes han respaldado esa promesa. Y nosotros (esto es, él mismo) no la romperemos ahora”.

La verdadera historia

¿Por qué mintió así Lyndon B. Johnson? ¿Lo hizo por ignorancia o lo hizo por malicia?

Lo hizo por malicia, porque él no podía ignorar que entre el gobierno de Eisenhower y el suyo sólo había habido el de Kennedy. Lo que sucedía era que él, Lyndon B. Johnson, quería darle al pueblo de los Estados Unidos la idea de que él no había tomado ninguna decisión sobre el destino de Viet Nam; que lo que él hacía era solamente respetar las promesas hechas a Viet Nam del Sur por tres antecesores suyos; lo que pretendía era hacerse pasar por un celoso cumplidor de los compromisos que habían hecho antes que él, a nombre de su país, tres presidentes de los Estados Unidos a quienes él no podría dejar en descubierto. Y metido bajo ese disfraz de patriota honorable desviaría fortunas enormes hacia las cuentas bancarias de sus amigos y socios pentagonistas.

El pueblo norteamericano no se hizo preguntas sobre esas afirmaciones mentirosas de Johnson simplemente porque ese pueblo estaba metido en el berenjenal más grande de su historia sin saber quién, cómo, cuándo y por qué lo habían metido en él, *pues desde el primer momento todas las decisiones que comprometían la vida de sus hijos y el destino mismo del pueblo de Norteamérica con los acontecimientos de Viet Nam se tomaron en secreto y se conservaron en absoluto secreto*, y ese secreto vino a quedar revelado sólo al mediar el año 1971. Lyndon B. Johnson podía decir lo que se le ocurriera porque nadie estaba en condiciones de desmentirlo. Además de estar protegido por su cargo, Johnson tenía el escudo del secreto asegurado por veinte años, de manera que podía mentir con impunidad.

Verdaderamente, ¡a qué precipicios tan hondos fue a caer la llamada democracia norteamericana, que en la celebrada Oración de Gettysburg fue llamada “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”! Cuando Lyndon B. Johnson habló sobre Viet Nam en el año 1965 era el gobierno de unos cuantos conspiradores que actuaban en el oscuro santuario del secreto.

La verdadera historia, la que brota de los llamados *Papeles del Pentágono*, desmiente a Lyndon B. Johnson. Al comenzar el año 1954 ya había en los Estados Unidos un Comité Presidencial Especial para los Asuntos de Indochina, que iba a actuar en secreto, tal como se hizo en todos los casos relacionados con Viet Nam. El Documento N° 3 (*The Pentagon Papers*, págs. 32-5) es un resumen de las notas que escribió el brigadier general Charles H. Bonesteel sobre la reunión del 29 de enero de 1954 de ese Comité Especial. Bajo el subtítulo de “Sumario de la acción acordada en relación con la solicitud de Francia de ayuda urgente”, el mencionado Documento N° 3 dice:

“Se acordó: Proporcionar 200 mecánicos uniformados de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que serán asignados como un aumento del MAAG (Grupo Consejero de Ayuda Militar) de Indochina, bajo el entendido de que esos mecánicos serán usados en bases (aéreas) donde estarán seguros de no ser capturados (por el Viet Minh) y no podrán ser expuestos a combatir.

‘Enviar las patrullas aéreas de combate sobre lo cual el CIA hará las negociaciones necesarias’”.

En ese momento en Viet Nam había una guerra de liberación llevada a cabo por el Ejército Popular de Viet Nam contra el ejército francés; y el gobierno de los Estados Unidos, que presentaba ante el pueblo norteamericano y ante el mundo el rostro del líder del anticolonialismo, decidía enviar refuerzos a los colonialistas franceses; y lo decidía y lo hacía en secreto, para que nadie pudiera enterarse de lo que estaba haciendo. En la reunión del Comité Especial que acordó el envío de esa ayuda se acordó también convertir el MAAG de Indochina, que era un grupo administrativo, en una misión que pudiera “ayudar en el entrenamiento “de las fuerzas francesas y de las vietnamitas que sirvieran a las órdenes de los

franceses; y por último, el jefe de la CIA, que se hallaba en esa reunión porque era miembro del Comité Especial:

“Preguntó si un oficial de la guerra no convencional, específicamente el coronel Landsdale, no podría ser agregado al grupo de cinco oficiales de enlace que había aceptado el general Navarre (jefe de las fuerzas francesas en Indochina). El almirante Radford creyó que eso podía hacerse y que el coronel Landsdale podría ser sumado inmediatamente al MAAG”.

“Oficial de la guerra no convencional” quería decir agente del CIA, y eso era el coronel Landsdale. Ese coronel Landsdale iba a convertirse pronto en un personaje clave en los planes del gobierno de los Estados Unidos para Viet Nam. Las hazañas de Landsdale figurarán en el siguiente artículo de esta serie.

Doble posición de la Conferencia de Ginebra

Al comenzar el mes de abril de 1954 las fuerzas francesas, bajo el mando del general Navarre, cercadas en Dien Bien Phu desde hacía tiempo, se hallaban en situación desesperada; tan desesperada que el gobierno francés se preparaba a participar en la Conferencia de Ginebra junto con la Gran Bretaña, la Unión Soviética, la República Popular China, los representantes de Laos, Cambodia y la República Democrática de Viet Nam y los Estados Unidos; y en esa conferencia, que iba a iniciar sus trabajos el 26 de ese mes de abril, se reconocería la existencia de la República Democrática de Viet Nam.

El reconocimiento se haría inevitable porque en medio de las discusiones de la conferencia llegó la noticia de que el General Navarre se había rendido con todas sus tropas en Dien Bien Phu el 7 de mayo, y la derrota de Dien Bien Phu tenía tales consecuencias militares y políticas que era imposible cerrar los ojos ante ellas. El Ejército Popular de Viet Minh

acababa de probar que él, y no el ejército francés, era el poder real en Viet Nam, y por tanto la autoridad del país debía pasar de las manos francesas a las manos del Viet Minh.

La Conferencia de Ginebra, en la cual tomaba parte el gobierno de los Estados Unidos, iba a reconocer esa realidad; y sin embargo el gobierno de Eisenhower no aceptaba la victoria del Viet Minh. Así pues, los Estados Unidos tenían dos posiciones diferentes al mismo tiempo; una pública en Ginebra y otra secreta en Washington. En el Documento N° 4 de los *Papeles del Pentágono* (*The Pentagon Papers*, págs. 35-38) el Comité Presidencial Especial para los Asuntos de Indochina fijó la verdadera política de los Estados Unidos en Viet Nam, la política secreta, y lo hizo con las siguientes conclusiones, que aparecen bajo el subtítulo de “Cursos de acción recomendados”:

“(1) La política de los Estados Unidos es no aceptar nada que no sea una victoria militar en Indochina.

“(2) La posición de los Estados Unidos es lograr apoyo de Francia para esa posición; y si esto fallare, los Estados Unidos se oponen activamente a un acuerdo negociado en Indochina en (la Conferencia de) Ginebra.

“(3) Es posición de los Estados Unidos en caso de que falle (lo dicho en el número [2] arriba) iniciar inmediatamente pasos con los gobiernos de los Estados Asociados dirigidos hacia la continuación de la guerra en Indochina para incluir activa participación de los Estados Unidos sin el apoyo francés si esto es necesario”.

Esos puntos, adoptados en secreto, se resumen así: Los Estados Unidos no aceptan que haya paz en Viet Nam y seguirán combatiendo allí solos sin tomar en cuenta lo que se acuerde en Ginebra. Esa posición fue expresada de manera más clara en el párrafo C del mencionado Documento 4, que dice así:

“A fin de dar la máxima contribución a la fuerza del mundo libre en Asia del Sudeste, y sin tomar en cuenta cómo

terminen las operaciones militares que tienen lugar en Indochina, los Estados Unidos deberán, con toda prudencia, tomar los siguientes cursos de acción además de los fijados en (el acuerdo del) Consejo Nacional de Seguridad 5404 y en la Parte 1 del acuerdo de este Comité Especial:

Política y militarmente:

“(1) Asegurarse de que no habrá iniciación de un cese de fuego en Indochina antes de la victoria sea que (ésta) se obtenga por acción militar exitosa o (por) clara concesión de (su) derrota (por parte) de los comunistas”.

Por último, el propio Eisenhower, a través del secretario de Estado John Foster Dulles, envió al representante de su gobierno en Ginebra, el subsecretario de Estado Walter Bedell Smith, las siguientes instrucciones, que fueron cablegrafiadas el 12 de mayo (1954), esto es, después de la derrota de Dien Bien Phu:

“Los Estados Unidos no están preparados para aprobar de manera expresa o tácita ningún cese de fuego, armisticio u otro acuerdo que pudiera tener el efecto de subvertir los gobiernos legales que existen en los tres países mencionados o que de una manera permanente ponga en peligro su integridad territorial o las fuerzas de la Unión Francesa en Indochina...”

Lo que el gobierno de Eisenhower llamaba “los gobiernos legales que existen en los tres países mencionados” tenía un solo propósito: afirmar que para los Estados Unidos el gobierno “legal” de Viet Nam era el de Bao Dai, un títere de Francia, reconocido por los norteamericanos desde 1950, y por tanto negar la existencia del gobierno del Viet Minh, cuyas fuerzas militares acababan de ganar la gran batalla de Dien Bien Phu. Y sucedía que desde tiempo inmemorial lo que determinaba el derecho de un pueblo a ser independiente era su capacidad para organizar fuerzas militares y

para vencer en el terreno de las armas al país que lo colonizaba. Los propios Estados Unidos pasaron a ser independientes cuando Inglaterra reconoció el poder militar superior de las fuerzas revolucionarias norteamericanas. Es más, en el caso del Viet Nam los Estados Unidos se tomaban un derecho que no tenían, pues sólo Francia, país colonizador de Indochina, tenía potestad legal para decidir sobre el caso, y Francia había aceptado como buena y válida su derrota en Dien Bien Phu.

El espectro de la guerra atómica

Bajo el gobierno de Eisenhower los Estados Unidos llegaron a extremos increíbles en su decisión de impedir a cualquier costo que el pueblo de Viet Nam, pequeño, pobre y alejado de Norteamérica, pudiera disfrutar de una independencia que había conquistado lealmente a través de una guerra feroz que había durado nueve años. El 26 de mayo, apenas diecinueve días después de haber terminado la batalla de Dien Bien Phu con la victoria del Viet Minh, y cuando el representante de Eisenhower en la Conferencia de Ginebra conocía ya la disposición de Francia a retirarse de Viet Nam, la Junta de Jefes del Estado Mayor de los Estados Unidos acordaba un plan de acción militar que estaba destinado a aplicarse en Indochina. Ese plan aparece en *The Pentagon Papers*, en las págs. 45-6, bajo el título de Documento N° 10, y en él se decidió nada más y nada menos que la expansión de la guerra a territorio de la China continental y el uso de la bomba atómica si era necesario, así como el uso de la fuerza militar norteamericana en Indochina, incluyendo el “de armas atómicas en el caso de que tal cosa sea militarmente ventajosa”. Para esa fecha no había aparecido aún entre los planes norteamericanos ni siquiera el proyecto de crear un país llamado Viet Nam del Sur.

En el plan de acción elaborado por la Junta de los Jefes del Estado Mayor de los Estados Unidos ese día 26 de mayo de 1954 se lee lo que sigue:

“Asumiendo que los comunistas chinos intervinieran (en la guerra de Indochina):

‘3. Concepto estratégico y Plan de Operaciones.

‘Crear condiciones a través de la destrucción de fuerzas efectivas comunistas y de sus medios de apoyo en la acción de Indochina y para la reducción de la capacidad de China Comunista para (hacer) más agresiones, bajo las cuales la fuerza de los Estados Asociados puedan asumir la responsabilidad de la defensa de Indochina. A la luz de estos conceptos los mayores cursos de acción serían como sigue:

‘a. Empleando armas atómicas, donde sea ventajoso, asimismo como otras armas, llevando operaciones aéreas ofensivas contra blancos militares seleccionados en Indochina y contra blancos militares en China, Hainan y otros enclaves exteriores comunistas además de islas que estén siendo usadas por los comunistas en apoyo directo de sus operaciones o que pongan en peligro la seguridad de las fuerzas de los Estados Unidos y (sus) aliados en la región”.

En el caso de que los chinos no participaran en la guerra se usarían también las armas atómicas si eso proporcionaba ventajas a las fuerzas norteamericanas como se lee en los párrafos siguientes, que figuran en el Documento N° 10 bajo el subtítulo de *Asumiendo que los chinos comunistas no intervengan*:

“9. Concepto Estratégico y Plan de Acción: Crear mediante la destrucción efectiva de las fuerzas comunistas en Indochina condiciones bajo las cuales las fuerzas de los Estados Asociados puedan asumir (la) responsabilidad de la defensa de Indochina. A la vista de este concepto, los mayores cursos de acción serán tomados de la manera siguiente:

‘a. Llevando operaciones aéreas en apoyo de las fuerzas aliadas en Indochina. *Se hará uso de armas atómicas en el caso de que tal cosa sea militarmente ventajosa* [Itálicas mías, JB].

‘b. Simultáneamente, las fuerzas de la Unión Francesa, aumentadas por tantas fuerzas armadas de las Filipinas y Tailandia como puedan conseguirse, en coordinación con la marina de guerra y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, ejecutarán acciones de tierra, navales y aéreas hasta destruir las fuerzas enemigas en Indochina”’.

Esas fuerzas enemigas eran las del Viet Minh, las que encabezaba políticamente Ho Chi Minh. De manera que no hay ni puede haber la menor confusión: el gobierno de Eisenhower, siguiendo lealmente la línea trazada por el de Truman, estaba dispuesto a llegar a las acciones más extremistas para impedir la independencia de Viet Nam. Lo que se había establecido para el 26 de mayo de 1954 no era el compromiso de ayudar a Viet Nam del Sur contra una agresión por parte del gobierno de Viet Nam del Norte; lo que había era la decisión categórica de impedir que Viet Nam, tanto en el norte como en el sur, alcanzara su independencia, así fuera usando nada más y nada menos que la bomba atómica.

¿De dónde, pues, sacó Lyndon B. Johnson la supuesta promesa de Eisenhower a Viet Nam del Sur?

Ni el mismo Johnson podría decirlo. Ahora bien, a aquellos que se proponen ser personajes históricos la historia les asigna los papeles que pueden desempeñar según sean sus cualidades naturales; y en la tragedia del Sudeste Asiático, a Lyndon B. Johnson le tocó el papel del mentiroso.

PARTE III
EL HOMBRE CLAVE DE LOS ESTADOS UNIDOS
EN VIET NAM DEL SUR

El coronel Edward G. Landsdale iba a cumplir cuarentiséis años una semana después de la reunión del Comité Presidencial Especial para los asuntos de Indochina que tuvo lugar el 29 de enero de 1954, en la cual Allen Dulles, el jefe de la CIA, preguntó: "...Si un oficial de la guerra no convencional, específicamente el coronel Landsdale, no podía ser agregado al grupo de cinco oficiales de enlace que había aceptado el general Navarre...".

Oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos desde 1947, Landsdale iba a hacer una carrera brillante. Militar "bien conocido, pero misterioso", según explica *The Pentagon papers* (págs. 633-34), era usado unas veces por el Pentágono, otras veces por la CIA y otras por el Departamento de Estado, hasta que de ascenso en ascenso llegó a mayor general. Retirado en 1963, volvió a trabajar para su gobierno en Viet Nam del Sur, y allí estaba todavía en el año 1968.

A pesar de que no le gustaría hablar de lo que hacía, de acuerdo con lo que dice *The Pentagon Papers* en el resumen biográfico sobre él que aparece en las páginas mencionadas hace un momento, el coronel Landsdale tenía necesariamente que referirse a sus actividades en las memorias que debía escribir para sus superiores. Esas actividades figuran en el Documento N° 15 de *The Pentagon Papers* (Págs. 53-56),

bajo el subtítulo de “Informe del grupo Landsdale sobre (la) *Misión Secreta en Saigón* en los años 1954 y 1955”.

En el informe hay numerosas mutilaciones, sustituidas por puntos seguidos, y abunda la oscuridad sobre varios momentos importantes de la historia de esos años; se ve que es un resumen destinado a conservar pasajes claves en secreto. Pero es categórico en un aspecto, porque prueba que los Estados Unidos *comenzaron su agresión a Viet Nam del Norte antes aún de que Ho Chi Minh tomara posesión del gobierno según se convino en los acuerdos de Ginebra*.

Las palabras y los hechos

El 21 de julio de 1954, al terminar la Conferencia de Ginebra el subsecretario de Estado Walter Bedell Smith leyó con la mayor solemnidad un documento en el que se aseguraba que aunque tres días antes él mismo había dicho que el gobierno de los Estados Unidos no firmaría los acuerdos de esa Conferencia, “...los Estados Unidos hace esta declaración unilateral de su posición sobre los siguientes puntos:

‘...declara en relación con los mencionados acuerdos y párrafos que (i) desconocerá la amenaza o el uso de la fuerza para perturbar (la aplicación de esos acuerdos), de acuerdo con el Artículo 2 (4) de la Carta de las Naciones Unidas que se refiere a la obligación de los miembros de no usar en sus relaciones internacionales la amenaza o el uso de la fuerza; y (ii), verá cualquier renovación de la agresión en violación de los acuerdos mencionados con grave preocupación y como una seria amenaza a la paz y a la seguridad internacional.

‘En el caso de (las) naciones ahora divididas contra su voluntad, seguiremos trabajando por su unidad a través de elecciones libres supervisadas por las Naciones Unidas para asegurar que ellas (las elecciones) sean llevadas a cabo de manera limpia.

‘Con respecto a la declaración hecha por el representante de Viet Nam, los Estados Unidos reiteran su tradicional posición de que los pueblos tienen derecho a determinar su propio futuro y no tomarán parte en ningún acuerdo que pueda poner esto en peligro. En esta declaración no hay nada que se oponga a, o indique un apartamiento de esta posición tradicional.

‘Abrigamos la esperanza de que los acuerdos permitirán a Cambodia, Laos y Viet Nam jugar su parte, en completa independencia y soberanía, en la pacífica comunidad de (las) naciones, y hará posible que los pueblos de aquella región determinen su propio porvenir”.

Pero al día siguiente de esas palabras, dichas en nombre del gobierno de los Estados Unidos por un representante legítimo de su país, el presidente Eisenhower declaró que los Estados Unidos no estaban comprometidos por los acuerdos de Ginebra.

¿Por qué dijo eso Eisenhower?

Porque mientras el subsecretario Bedell Smith actuaba en Ginebra, su jefe, el secretario de Estado John Foster Dulles, trabajaba afanosamente para crear la OTASE (o SEATO), o agrupación de países del tratado del Sudeste Asiático, con la cual los Estados Unidos estaban haciéndose una base legal para justificar el desconocimiento de los acuerdos en Ginebra; y además porque desde el 1° de junio se hallaba en Saigón el coronel Landsdale, encargado de convertir en hechos los planes que Washington había elaborado para actuar en Viet Nam y porque desde el día 7 de ese mismo mes había sido llevado a Saigón Ngo Dinh Diem, el instrumento político que debía darles un rostro vietnamita a las actividades del Coronel Landsdale.

Como puede apreciarse, los Estados Unidos hablaban una cosa en Ginebra y hacían otra en el Sudeste Asiático. Por ejemplo, habían dicho en Ginebra que “...los Estados Unidos

reiteran su tradicional posición de que los pueblos tienen derecho a determinar su propio futuro y no tomarán ningún acuerdo que pueda poner esto en peligro...”.

Pero estaban dictándoles a varios pueblos de la región un acuerdo (el de la OTASE o SEATO) que desmentiría esas palabras, y les impusieron a los franceses la tarea de convencer a Bao Dai de que debía nombrar primer ministro o presidente del gobierno a Ngo Dinh Diem.

No hay constancia de qué día Ngo Dinh Diem pasó al cargo de primer ministro. Ngo Dinh Diem había salido de Viet Nam hacia el año 1950 y había vivido en un seminario católico en Lake Wood, New Jersey, gracias a las recomendaciones de un hermano suyo que era obispo de la Iglesia Católica de Viet Nam; y de ese seminario fue sacado y conducido a Saigón, donde se hallaba Landsdale desde hacía una semana. Las memorias de Landsdale no mencionan las actividades de Ngo Dinh Diem en sus primeros días, y de buenas a primeras hallamos a Diem mencionado como jefe del gobierno de Bao Dai, y nos enteramos de que el “Presidente Diem había organizado un Comité de ministros del Gabinete para manejar el problema de los refugiados (que procedían) del norte comunista”.

Landsdale en Acción

Cuando Landsdale llegó a Saigón el gobierno de Bao Dai se hallaba en desbandada. En las memorias del grupo de Landsdale se afirma que el primer ministro, el príncipe Buu Loc, no ejercía su cargo y que todos los ministerios estaban cerrados. El grupo de Landsdale se llamaría Misión Militar de Saigón (SMM) y sus actividades serían clandestinas. En el Documento N° 15 se explica que: “La SMM debía entrar en Saigón sin despertar sospechas y ayudar a los vietnamitas, no a los franceses, en una guerra no convencional. Los franceses deberían ser mantenidos como aliados amistosos, si eso era posible.

‘La función básica del equipo era llevar adelante misiones paramilitares contra el enemigo y organizar la guerra política-sicológica. Más tarde, después de (los acuerdos de) Ginebra, la misión sería modificada para preparar los medios de organizar (clandestinamente) operaciones paramilitares en las regiones comunistas en vez de llevar adelante la guerra no convencional’.

Tan pronto llegó a Saigón, el coronel Landsdale fue designado ayudante del agregado aéreo de la Embajada norteamericana, con lo cual sus actividades secretas quedarían cubiertas por una posición oficial, y explicó sus planes en una entrevista que sostuvo con el embajador Heath, con el encargado de la Embajada, Robert McClintock, y con el general John O’Daniel. Como en la Embajada no había sitio para él, se quedó a vivir en la habitación del general O’Daniel y luego pasó a una casa alquilada por el MAAG; e inmediatamente después, según dice el informe: “Se instalaron comunicaciones secretas con Washington a través de la estación (de radio) que tenía la CIA en Saigón”.

Vale la pena destacar que siete semanas más tarde el subsecretario Bedell Smith diría en Ginebra que: “...los Estados Unidos reiteran su tradicional posición de que los pueblos tienen derecho a determinar su propio futuro y no tomarán ningún acuerdo que pueda poner esto en peligro”.

Y vale la pena tomar nota de que durante la larga guerra de Viet Minh contra los franceses la lucha se llevaba a cabo en todo el territorio de Viet Nam, tanto en el norte como en el sur, y por esa razón en los acuerdos de Ginebra se había reconocido el derecho de los vietnamitas a ir del norte al sur o del sur al norte, según donde cada quien quisiera vivir, mientras llegaba el día de la reunificación de los dos territorios, bajo el gobierno de Ho Chi Minh o bajo el de los franceses y su títere el emperador Bao Dai. Por esa razón era muy importante

para el grupo Landsdale tener control del comité de los refugiados que debía formarse en Saigón, y que se formó bajo la dirección de Ngo Dinh Diem.

El comité oficial no funcionaba, de manera que toda la maquinaria burocrática norteamericana de Saigón, encabezada por el embajador Heath, tuvo que dedicarse a hacerlo funcionar. En esos trajines Landsdale consiguió que los franceses le dieran un contrato a la CAT (Transporte Civil Aéreo, una compañía establecida en Formosa, que parece haber sido fundada por la CIA) para llevar refugiados del norte al sur, y a cambio de ese servicio Landsdale obtuvo que la CAT se prestara a llevar agentes secretos de Landsdale, lo mismo de Hanoi a Saigón que de Saigón a Hanoi. De la región de Tonkín, situada en el norte, salían muchos vietnamitas católicos hacia el sur. El equipo de Landsdale se las arregló para establecer en Hanoi una sucursal del comité de Saigón, bajo la cobertura de que estaba formado por el MAAG. Las memorias del grupo cuentan que: “Un día, cuando el (avión) C-46 de la CAT terminaba de cargar (en Hanoi), (los hombres de Landsdale) vieron un niño parado en el suelo bajo la puerta de carga (del avión). Le gritaron al piloto que esperara, cogieron al niño y lo metieron en el avión, que salió a tomar pista para levantar vuelo. Un hombre y una mujer vietnamitas corrieron preguntando qué habían hecho con su pequeño muchacho, a quien ellos habían llevado a decirles adiós a unos familiares. El sorprendido equipo (de Landsdale) les dijo a los padres que debían irse hacia el sur, a Viet Nam libre, y los metieron en el próximo avión para que fueran a juntarse con su hijo en Saigón”.

Clandestinaje y diplomacia

Los acuerdos de Ginebra establecían que después del 11 de agosto ninguno de los países que tenían misiones militares en Viet Nam podía aumentar el número de sus miembros; y eso

significaba que si el grupo Landsdale no se ampliaba antes del 11 de agosto, la misión sería un fracaso. Pero el general O'Daniel le ofreció a Landsdale que le designaría 10 hombres como agregados al MAAG, y rápidamente se pidieron oficiales a Corea del Sur, al Japón, a Okinawa. Todos trabajarían como agentes del CIA bajo la jefatura de Landsdale, pero todos figurarían como miembros del MAAG. Ninguno de los diez oficiales tenía experiencia en trabajos secretos, y se les sometió a un rápido plan de aprendizaje en actividades clandestinas. Ya ampliado, el grupo de Landsdale se dedicó a organizar destacamentos de vietnamitas cuyo destino era cumplir misiones secretas en el norte. De esos destacamentos, algunos fueron llevados a campos de aprendizaje a lugares tan lejanos como las Filipinas, para lo cual se usaron buques de guerra de los Estados Unidos, de la Fuerza de Combate 98, comandada por el almirante Sabin. A nadie puede caberle la menor duda de que por detrás de Landsdale estaba todo el poderío económico, político y militar del gobierno de los Estados Unidos.

Por su parte, el 6 de septiembre se reunían en Manila los representantes de los Estados Unidos, Filipinas, Laos, Cambodia, Tailandia y Viet Nam del Sur, y el día 8 John Foster Dulles ponía sobre la mesa de la política internacional el Tratado del Sudeste Asiático, por el cual Viet Nam del Sur quedaba desligada de los acuerdos de Ginebra, puesto que aceptaba otros que contradecían los de Ginebra, y se ligaba de manera definitiva a la dirección de los Estados Unidos. A partir de ese momento los Estados Unidos disponían de un instrumento internacional que justificaría su intervención en Viet Nam.

Para fines de septiembre, dicen las memorias del grupo Landsdale: "Se supo que la más grande firma impresora del norte iba a quedarse en Hanoi y a hacer negocios con el Viet

Minh. El equipo (de Landsdale) intentó destruir las modernas prensas, pero agentes de seguridad del Viet Minh... lo impidieron”.

El 9 de octubre los franceses abandonaron Hanoi, tal como decían los acuerdos de Ginebra que debían hacerlo, y:

“El grupo del norte se dedicó durante los últimos días (anteriores al 9 de octubre) a contaminar los depósitos de aceite de la compañía de autobuses (de Hanoi) a fin de (provocar) un deterioro gradual en los motores de los autobuses; a ejecutar las primeras actividades para el sabotaje demorado de los ferrocarriles para lo cual se requirió trabajar con un equipo técnico de la CIA (llegado) del Japón, que hizo su trabajo brillantemente (paréntesis en el original), y tomando notas detalladas de puntos apropiados para futuras operaciones paramilitares... El grupo tuvo un mal momento cuando (estaba) contaminando el aceite (de los autobuses). Había que trabajar rápidamente de noche, en un almacén cerrado. El humo del (producto) contaminante llegó casi a hacer desmayar (a los hombres del grupo)”.

En los primeros días de noviembre llegó a Saigón un nuevo embajador norteamericano. Se trataba del general Lawton Collins, que hasta el día de su designación había sido jefe del Estado Mayor Conjunto de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. La creación llamada Viet Nam del Sur debía ser sostenida por todos los medios, y ningún medio era más eficaz que el de las armas. El grupo Landsdale, dicen las memorias:

“...se vio envuelto en trabajos de dirección para apoyar la enérgica campaña que para salvar a Viet Nam (del Sur) empujaba (el embajador) Collins con toda su fuerza. Algunos miembros del SMM fueron dispersados a través del Pacífico, acompañando a vietnamitas (que iban) a recibir entrenamiento secreto, obteniendo y embarcando suministros para

ser introducidos (de contrabando) en Viet Nam del Norte y escondidos allí.

En la página 65 dice que para finales del mes de enero de 1955 “Habíamos metido (de contrabando) en Viet Nam (del Norte) cerca de ocho toneladas y media de suministros (militares) para el grupo paramilitar Hao. (Los contrabandos) incluían catorce agentes de radio, 300 carabinas, 90,000 paquetes de municiones de carabinas, 50 pistolas, 10,000 cajas de tiros de pistola, y 300 libras de explosivos. Dos toneladas y media fueron entregadas a los agentes Hao de Tonkín, mientras lo demás fue dejado a lo largo del Río Rojo por los hombres del SMM, con la ayuda de la marina (de guerra norteamericana)...”.

Para el mes de abril (1955) “... el equipo paramilitar Hao había terminado su entrenamiento en los campos secretos y había sido llevado por la Fuerza Aérea a un sitio seguro en las Filipinas... Para mediados de abril (sus miembros) fueron llevados por la Marina (de guerra de los Estados Unidos) a Haiphong (en Tonkín, Viet Nam del Norte), donde gradualmente fueron desembarcados en playas. Mientras tanto, armas y otros equipos, incluyendo explosivos, eran llevados a Saigón, a través de nuestra ruta secreta, y embarcados hacia el norte por la Fuerza de Combate de la Marina que llevaba refugiados (del sur hacia el norte)...

‘Haiphong pasó a manos del Viet Minh el 16 de mayo. Nuestros equipos Binh y Hao estaban emplazados y completamente equipados. Había costado un trabajo enorme y fuerte localizar, seleccionar, filtrar, entrenar, infiltrar esos dos equipos de hombres y tenerlos listos para la acción contra el enemigo que se requería antes de que venciera el plazo dado por los acuerdos de Ginebra. Habría sido un duro trabajo hacerlo de manera pública, pero había que hacerlo sin que se dieran cuenta el Viet Minh, la Comisión Internacional (creada por los acuerdos de Ginebra) con sus suspicaces franceses y

polacos e hindúes, y hasta los amistosos vietnamitas. El movimiento de personas y de equipos tenía que ser hecho sobre miles de millas...”.

Todo lo que hasta aquí se ha copiado del informe del grupo Landsdale da cierta idea de la gravedad de sus funciones, que habían sido dispuestas y estaban siendo realizadas bajo la autoridad del gobierno del presidente Eisenhower. Pero ese gobierno había afirmado, por boca de su representante en la Conferencia de Ginebra, que los Estados Unidos:

“(i) desconocerá la amenaza o el uso de la fuerza para perturbar (la aplicación de esos acuerdos), de acuerdo con el Artículo 2 (4) de la Carta de las Naciones Unidas que se refiere a la obligación de los miembros de no usar en sus relaciones internacionales la amenaza o el uso de la fuerza...”.

¿Cómo es posible explicarle al mundo que una gran nación proclame públicamente un principio y haga de manera oculta lo contrario? ¿Cuál era la promesa que debía cumplir el gobierno de Johnson? ¿La que le hizo Eisenhower a Viet Nam del Sur, si es que la hizo, de “ayudarlo a defender su libertad”, o la que le hizo al mundo en Ginebra? ¿O es que para los gobernantes norteamericanos el uso de la fuerza no es tal cosa cuando se ejerce de manera clandestina, aunque sea ordenado por un gobierno y pagado con fondos públicos de su país? ¿Eran o no eran el coronel Landsdale y los miembros de su equipo oficiales del ejército de los Estados Unidos? ¿Era o no era uso de la fuerza la introducción en Viet Nam del Norte de armas y hombres entrenados?

Viet Nam del Sur, creación de los Estados Unidos

Ngo Dinh Diem apareció firmando el Tratado de la SEATO, con lo cual el país y él mismo tomaron validez internacional. Bao Dai reinaba, pero no gobernaba; quien gobernaba era Diem, y Diem era una invención norteamericana.

¿Cómo resolvía Ngo Dinh Diem la necesidad de dinero para mantener su negocio?

No lo sabemos. Pero en una parte del informe del grupo Landsdale se dice que a solicitud del embajador Heath, “los Estados Unidos le dieron secretamente dinero a Diem” a través del grupo de Landsdale para que Diem se lo entregara al general Tinh Minh The, jefe de unos 3 mil disidentes de los Cao Dai, que era una agrupación de gangsters de vastas proporciones. Habría que averiguar cuántas veces, y en qué cantidades, se le entregó dinero a Diem para otros fines.

A lo largo de una laboriosa red de intrigas en las que tomó parte destacada el coronel Landsdale, los generales Collins y O’Daniel lograron convencer a los franceses de que los Estados Unidos debían hacerse cargo de organizar un ejército sudvietnamita. Los franceses cedieron, y al comenzar el mes de enero de 1955 ya estaba entrando en Saigón un río de dinero y de armas americanas. El 12 de febrero Ngo Dinh Diem anunció que el general O’Daniel iba a encabezar a los hombres encargados de instruir a las tropas de Viet Nam del Sur. La era de la influencia de Francia en su antigua colonia había terminado.

El coronel Landsdale encubre con una hábil pincelada el papel que jugó en la obra de sacar de Viet Nam la influencia francesa, y sin mencionar siquiera a los militares franceses, como si Francia no hubiera tenido que ver con lo que estuvo sucediendo en Viet Nam durante todo un siglo, inicia los párrafos de las memorias de su grupo que corresponden al mes de enero de 1955 con una mención del ejército del Viet Minh, y después de decir que sus relaciones con la población mientras estuvo combatiendo fue ejemplar, “con muy pocas excepciones”, entra a hablar del ejército de Viet Nam del Sur y afirma que “... en contraste, el Ejército Nacional de Viet Nam (del Sur) había sido como demasiados ejércitos del Asia, para los que la población es un rebaño que debe alimentarlos

y buscarles muchachas. El SMM (grupo de Landsdale) había estado trabajando en ese problema desde el primer momento”.

Y más abajo, después de explicar que el embajador Collins y el general O’Daniel lograron que los franceses se asociaran a ellos en la Misión de Relaciones de Entrenamiento e Instrucción (llamada el TRIM), que comandaba el general O’Daniel; el embajador Heath, el general O’Daniel y Landsdale llegaron a la convicción de que “la primera prioridad” norteamericana era la de conquistar la jefatura de la Acción de Seguridad Nacional, “que podía convertirse en una continuación del fuerte control francés sobre elementos claves de la población y del ejército (de Viet Nam del Sur). En conferencias con el embajador Collins y el general O’Daniel se decidió pasar al coronel Landsdale del equipo (de ayudantes) del embajador al TRIM, para encabezar la división de la Seguridad Nacional. El coronel Landsdale pidió la autoridad (necesaria) para coordinar todos los esfuerzos civiles y militares de los Estados Unidos en su trabajo de la Seguridad Nacional. El 11 de enero, el embajador Collins anunció el cambio a la gente del país y le dio (a Landsdale) la autoridad para coordinar ese trabajo entre todas las organizaciones de los Estados Unidos en Viet Nam...”.

Al resumir lo que hicieron los Estados Unidos en Viet Nam durante los gobiernos de Truman y de Eisenhower, Fox Butterfield (*The Pentagon Papers*, págs. 1-25), copiando a los que hicieron el análisis de los documentos que servirían de base para un estudio de los acontecimientos de Viet Nam, dice las siguientes palabras:

“Sin la ayuda de los Estados Unidos, el régimen de Diem, con toda certeza y un Viet Nam del Sur independiente casi con toda certeza, no hubieran podido sobrevivir.

‘Viet Nam del Sur fue esencialmente la creación de los Estados Unidos’.

Y otros podrían agregar: “Sin la capacidad del coronel Landsdale para la intriga de altos vuelos, a los Estados Unidos les habría llevado más tiempo y les habría costado más esfuerzos inventar a Viet Nam del Sur”.

Ngo Dinh Diem les prestó a los Estados Unidos el rostro vietnamita que necesitaban para cubrir su intervención en Viet Nam, pero el coronel Edward G. Landsdale fue el gran titiritero que movía en las sombras al trágico pelele llamado Ngo Dinh Diem.

PARTE IV

¿QUIÉN PROVOCÓ LA GUERRA DE VIET NAM DEL SUR?

De manera oficial, solemne y repetida, varios gobiernos de los Estados Unidos han dicho que la guerra de Viet Nam del Sur, y en consecuencia los brutales bombardeos sobre Viet Nam del Norte, fue provocada por la sostenida agresión de Viet Nam del Norte.

¿Hay algo de verdad en esa afirmación?

Los llamados *Papeles del Pentágono* afirman que no. El capítulo N° 2 de *The Pentagon Papers* (págs. 67-78) está enteramente dedicado a exponer los orígenes de la guerra de guerrillas que desde hace quince años viene haciendo el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur contra los gobiernos de Saigón y las fuerzas militares de sus llamados aliados, entre los cuales se encuentran desde norteamericanos hasta coreanos del Sur, y desde tailandeses hasta australianos; y en la parte final de su segundo párrafo, en ese Capítulo N° 2 se dice que: "... los estimados del (servicio) de inteligencia de los Estados Unidos durante los (últimos) años (de la década) de 1950-1959... indican que la guerra (de guerrillas del Vietcong) comenzó más que nada como una rebelión en el Sur contra el régimen corrompido y crecientemente tiránico de Ngo Dinh Diem".

Inmediatamente después, en un párrafo aparte, se lee esta declaración contundente: "La mayoría de aquellos que tomaron (las) armas (para formar guerrillas del Vietcong)

eran sudvietnamitas y las causas por las cuales combatían no estaban de ninguna manera determinadas por Viet Nam del Norte”.

En español se dice que a confesión de parte, relevo de pruebas, o lo que es lo mismo, cuando el autor de un delito confiesa no hace falta aportar pruebas contra él. Al hablarse de manera tan franca en los llamados *Papeles del Pentágono*, ¿habrá alguien que siga diciendo, como dijeron tantos altos personajes de la política norteamericana, que Viet Nam del Sur fue agredido desde Viet Nam del Norte, y que fue esa agresión lo que llevó a los Estados Unidos a la guerra de Indochina?

Ngo Dinh Diem, una creación de Norteamérica

Los *Papeles del Pentágono* dicen que la guerra de guerrillas del Vietcong comenzó en el sur “más que nada como una rebelión... contra el régimen corrompido y crecientemente tiránico de Ngo Dinh Diem”. ¿Pero quién hizo de Ngo Dinh Diem el gobernante de Viet Nam del Sur? ¿Quién lo llevó al país; quién lo levantó a la posición de jefe del gobierno o primer ministro y quién le proporcionó el plan y los medios para que sacara del gobierno a Bao Dai y convirtiera a Viet Nam del Sur en una república que él pasó a gobernar con métodos tiránicos?

Esa historia no la hacen los *Papeles del Pentágono*, por lo menos los que han sido publicados en el libro *The Pentagon Papers*, aunque tal vez salgan a la luz pública en una edición mucho más amplia —con unas cinco veces más páginas— que está preparando cierta agrupación religiosa, según se ha anunciado en New York. Pero no hacía falta que esa historia se contara en *The Pentagon Papers*, porque es de conocimiento general que fueron los Estados Unidos, bajo el gobierno de Eisenhower, los que hicieron de Ngo Dinh Diem todo lo que fue a partir del día en que tomó en territorio norteamericano

—donde estaba viviendo— el avión que lo llevaría a Saigón hasta el 1º de noviembre de 1963, cuando murió asesinado e inmisericordemente abandonado por los que lo habían levantado tan alto.

Bao Dai, que antes de la ocupación japonesa de Viet Nam había sido emperador títere de la porción de Viet Nam llamada Annam, fue llevado por los franceses al cargo de emperador de Viet Nam en el mes de junio de 1949 a fin de que pudiera servirles ante los vietnamitas y ante el mundo de fachada nacional en la guerra que Francia venía sosteniendo contra las fuerzas del Viet Minh desde fines de 1945. Los Estados Unidos reconocieron el gobierno de Bao Dai y maniobraron para que fuera reconocido en las Naciones Unidas. Cuando Francia admitió en Ginebra la victoria del Viet Minh, y se acordó la división provisional de Viet Nam en un Viet Nam del Norte y uno del Sur, Bao Dai quedó como emperador de Viet Nam del Sur. Pero al suceder eso ya los Estados Unidos dominaban el gobierno de Bao Dai a través de Ngo Dinh Diem, a quien habían impuesto como primer ministro de ese gobierno mes y medio antes de que se firmaran los acuerdos de Ginebra.

Ngo Dinh Diem desde su posición de primer ministro y Edward G. Lansdale desde la jefatura del grupo que llevaba su nombre formaron un equipo de conspiradores como pocas veces se ha visto en el mundo y tomaron rápidamente todas las medidas necesarias para echar las bases de la acción militar y política planeada en Washington para transformar la división provisional de Viet Nam acordada en Ginebra en una unión permanente cuya última finalidad era que los Estados Unidos tuvieran en Viet Nam del Sur una base propia para combatir el comunismo en todo el Asia.

Hay que leer en toda su extensión la parte de las memorias del grupo Lansdale que aparece en *The Pentagon papers* —que evidentemente, es una porción, no la totalidad de

dichas memorias— para hacerse cargo de los esfuerzos de diferentes órdenes y de las tenebrosas intrigas que movieron los Estados Unidos para asegurar a Ngo Dinh Diem en el poder. Disolución de golpes de Estado; formación y entrenamiento de fuerzas militares especiales para protegerlo; actividad política para buscarle apoyo en diversos sectores de la sociedad vietnamita: no hubo cosa que dejaran de hacer Landsdale y su gente, bajo la dirección de la CIA y de los diplomáticos y los más altos jefes militares norteamericanos, para hacer de Ngo Dinh Diem el hombre fuerte de Viet Nam.

¿A cambio de qué lo hacían?

A cambio de que Ngo Dinh Diem fuera su agente nacional en la batalla de los Estados Unidos contra Francia, Ho Chi Minh y el Viet Minh, tal como Bao Dai lo había sido de los franceses en su guerra contra el Viet Minh y Ho Chi Minh. Y Ngo Dinh Diem fue un agente tan efectivo que antes de seis meses de hallarse al frente del gobierno de Bao Dai los Estados Unidos habían desplazado a Francia de Viet Nam del Sur y para el 22 de abril de 1955 el MAAG se hacía cargo de todo lo que se refería a la vida militar del país. Ese mismo año, mediante un referéndum celebrado el 23 de octubre, groseramente manipulado por expertos electorales norteamericanos, Bao Dai abandonaba su posición de emperador y Ngo Dinh Diem pasaba a ser presidente de la República de Viet Nam del Sur.

¿Qué necesidad había de hacer ese cambio tan rápidamente?

La ruptura total con los acuerdos de Ginebra

Había, efectivamente, una necesidad y era la de desligar de manera total a los Estados Unidos y a Viet Nam del Sur de los acuerdos de Ginebra. En cierto sentido, esos acuerdos habían sido desconocidos por el tratado de la OTASE o SEATO, que

había entrado en vigor desde el mes de septiembre de 1954; pero eso no era suficiente; y no lo era porque en Ginebra se había establecido de manera inequívoca que “la línea de demarcación militar (que dividía a Viet Nam en dos porciones, una al norte y otra al sur del Paralelo 17) es provisional y de ninguna manera puede interpretarse que constituye una frontera política o territorial”; y había una declaración unilateral de los Estados Unidos, hecha al terminar la Conferencia de Ginebra y con motivo del final de esa conferencia, que decía de manera muy clara:

“En el caso de (las) naciones ahora divididas contra su voluntad, seguiremos trabajando por su unidad a través de elecciones libres supervisadas por las Naciones Unidas para asegurar que ellas sean llevadas a cabo de manera limpia”.

Ahora bien, uno de los puntos del armisticio firmado en Ginebra por los representantes de Francia, el Viet Minh y Bao Dai, además de Laos y Cambodia, decía que dos años después de la firma del armisticio —o lo que es lo mismo, para el mes de julio de 1956— se celebrarían elecciones para unificar a Viet Nam bajo un solo gobierno; de manera que la frase copiada arriba de la declaración unilateral de los Estados Unidos y ese punto del armisticio formaban una relación estrecha que ligaba a los Estados Unidos con el cumplimiento de tal punto, y había que romper ese ligamento o el Tratado de la OTASE o la SEATO quedaba sin valor en lo que se refería a Viet Nam del Sur. En los *Papeles del Pentágono* no se relata lo que se trató en Washington para evitar las elecciones de julio de 1956, pero sin duda hallar la manera de que esas elecciones no se celebraran era de importancia capital para los Estados Unidos; y Eisenhower dio la medida de lo que eso significaba para su país cuando refiriéndose a tales elecciones dijo: “No podemos permitir que se celebren porque sabemos que si se llevan a cabo las va a ganar Ho Chi Minh”.

¿Qué pasaba con toda la política asiática de los Estados Unidos si Ho Chi Minh ganaba las elecciones? ¿Cómo hallar entonces una base para hacer la guerra al comunismo de Asia? ¿Podían acaso los Estados Unidos darse el lujo de abandonar Viet Nam del Sur para ir a buscar en otro país del Asia lo que ya tenían allí?

Ahora bien, Bao Dai era el gobernante vietnamita que había firmado los acuerdos de Ginebra, y con Bao Dai como jefe de Estado de Viet Nam del Sur era imposible obtener que Viet Nam del Sur se negara a cumplir el punto del armisticio que mandaba celebrar elecciones en julio de 1956. Así pues, había una sola manera de buscarle una salida al problema: sustituyendo a Bao Dai por un hombre nuevo, que no se hallara comprometido con los acuerdos de Ginebra y que fuera además leal a los Estados Unidos; y ese hombre estaba sobre el terreno, era Ngo Dinh Diem. Eso es lo que explica el referéndum del 23 de octubre de 1955, la transformación del país de reino en república y el ascenso de Ngo Dinh Diem de primer ministro a presidente de la flamante república. Con Bao Dai, que se sentía vinculado a Francia, salía de Viet Nam del Sur todo lo que oliera a Ginebra y el país quedaba libre para convertirse en un bastión norteamericano en el corazón del Sudeste Asiático.

Desde luego, Ngo Dinh Diem no aceptaría elecciones, ¿pero cómo impedir las sin aplastar la voluntad popular que podía reclamarla?

La sola formulación de esta pregunta da idea de que en la actividad política no hay hechos aislados. Cada paso demanda uno nuevo; y en el caso concreto de la anulación de las elecciones de Viet Nam del Sur la decisión de anularlas conllevaba la de aniquilar a los que iban a reclamarlas. Y eso fue lo que hizo inmediatamente después Ngo Dinh Diem, usando armas norteamericanas y hombres entrenados por los

consejeros norteamericanos: dedicarse a la cacería de todos los que en Viet Nam del Sur esperaban las elecciones para votar por la reunificación de esa parte del país con la parte que gobernaba Ho Chi Minh.

La brutal represión de Ngo Dinh Diem

Los *Papeles del Pentágono* no pueden hacer una historia real de lo que fue la brutal represión de las fuerzas de Ngo Dinh Diem contra todos los vietnamitas que tenían sentimientos patrióticos, a quienes Ngo Dinh Diem y su gente acusaban de ser comunistas; si hicieran esa historia tendrían que acusar de manera muy grave a los norteamericanos que de una manera u otra participaron en esos hechos. Pero tampoco pueden pasar por encima de esos años sin referirse a lo que sucedió.

Es el caso que en Viet Nam del Sur miles de hombres y mujeres de las ciudades y de las aldeas fueron exterminados sin compasión; muertos a tiros y bajo las torturas, vejados y llevados a prisiones aniquiladoras. Había que exterminar toda semilla de patriotismo en ese pobre país martirizado. Y a pesar de que la propaganda norteamericana lo negó sin cesar, eso sucedió y ahora llegan los *Papeles del Pentágono* a confirmarlo.

“Desde 1954 hasta 1958 Viet Nam del Norte, concentrada en su desarrollo interno, tenía aparentemente la esperanza de obtener la reunificación (de los dos Viet Nam) o a través de las elecciones acordadas en los convenios de Ginebra o a través del colapso natural del débil régimen de Diem. Los comunistas dejaron tras sí el esqueleto de un aparato (político-militar) en el sur cuando ellos se reagruparon en Viet Nam del Norte en 1954 después que había terminado la guerra con los franceses, pero los cuadros (que dirigían ese aparato) recibieron la orden de comprometerse solamente en la lucha política (*The Pentagon Papers*, pág. 69).

‘En los años anteriores a 1959 el gobierno de Diem estuvo muy cerca del éxito (en sus propósitos) de aniquilar a los agentes (comunistas), los cuales se veían obligados por órdenes (recibidas) a no combatir (con las armas) en respuesta. Su miedo y su cólera al ser cogidos en esa actitud (pacífica), sin embargo, aparentemente los condujo a comenzar la rebelión contra el señor Diem, a pesar de las órdenes (en contrario que habían recibido de Viet Nam del Norte) entre el 1956 y el 1957 (pág. 69)’.

Esos párrafos de *The Pentagon Papers* calzan como anillo al dedo con lo que escribió Wilfred G. Burchett muchos años antes de que aparecieran los *Papeles del Pentágono*. Burchett, escritor australiano, relata que en el mes de octubre de 1963, cuando todavía vivía Ngo Dinh Diem, el jefe guerrillero Quyet Thanh le dijo, en plena selva:

“Nuestra línea (política) hasta fines de 1959 había sido exclusivamente una forma de lucha legal, política y no violenta, pero en vista del exterminio en masa de todos los viejos cuadros de la resistencia la línea fue alterada a fines de 1959 para permitir el empleo de armas, pero sólo en defensa propia”.

Cuando Burchett le preguntó a Quyet Thanh quién determinaba y quién alteraba la línea política, oyó estas respuestas:

“Teníamos una organización, el Viet Minh, que llevó a cabo la primera guerra de resistencia (la de 1945-1954). Ninguna de las cláusulas de los Acuerdos de Ginebra decía que esa organización debía disolverse después que los acuerdos de Cese el Fuego entraran en vigor, ni que todos los miembros del Viet Minh debían retirarse al norte del paralelo 17 con las tropas del ejército regular (del Viet Minh)... Aunque los diemistas (las tropas y la policía de Ngo Dinh Diem) han hecho todo lo posible por encontrar y exterminar a todos los antiguos miembros del Viet Minh, y... a cualquiera que hubiese desempeñado cualquier papel, por pequeño que fuera

(en la lucha contra los franceses), todavía quedamos muchos. Encontramos los medios de mantenernos en contacto a pesar de los peligros y las dificultades.

‘En cuanto a la línea (política), ésta fue establecida por nuestra dirección en el momento en que se firmaron los Acuerdos de Cese el Fuego para todo Viet Nam. El respeto absoluto y estricto a los Acuerdos de Ginebra fue dictado en instrucciones detalladas sobre la observancia de la disciplina, sin ir más allá de la lucha política. Nosotros somos revolucionarios. Aquéllas eran instrucciones que nuestro sentido de la disciplina revolucionaria no nos permitía violar... Esa línea fue la no violencia hasta fines de 1959, y la violencia para la defensa propia después de esa fecha’”.

En la página 73 de *The Pentagon Papers* se confirma lo que en 1963 le dijo a Burchett el jefe guerrillero Quyet Thanh: “Los cuadros (políticos de ese aparato) tenían órdenes de llevar adelante solamente ‘la lucha política’, lo que significaba principalmente actividad de propaganda e infiltración en el gobierno de Saigón”.

En la página 71 se había dicho: “En la llamada campaña de denuncia de los comunistas, que comenzó en el verano de 1955, de 50 mil a 100 mil personas fueron llevadas a campos de concentración. Pero, según dicen los informes, muchos de los detenidos no eran comunistas”.

Y en la página 72, hablando de la policía de Ngo Dinh Diem, su Cuerpo de Autodefensa y su Guardia Civil, se afirma: “Su brutalidad, su dedicación al robo y su conducta desordenada llevaron a innumerables aldeanos a unirse en abierta rebelión contra Diem”.

Ahora ya no puede haber duda

Las fuentes oficiales norteamericanas de información estimaban que al firmarse el armisticio de Ginebra en Viet Nam del Sur había unos 100 mil combatientes del Viet Minh, lo que se

explica porque aunque la guerra se llevaba a cabo en todo el país, las mayores concentraciones de fuerzas francesas se hallaban en el norte y en consecuencia era en el norte donde el Viet Minh tenía más soldados. De esos soldados del Viet Minh que estaban en el sur a la hora del cese de fuego, unos 90 mil —de acuerdo con las fuentes oficiales norteamericanas— fueron trasladados a Viet Nam del Norte después del armisticio y entre 5 mil y 10 mil se quedaron en Viet Nam del Sur formando el esqueleto de un aparato político; y el servicio de inteligencia norteamericano opinaba que la tarea principal de esos hombres era la preparación del pueblo para las elecciones de 1956, cuya finalidad era la reunificación del país.

El servicio de inteligencia de los Estados Unidos estaba bien informado, y en consecuencia también estaban bien informados los altos funcionarios del gobierno de su país, desde los presidentes de la República hasta los últimos de sus consejeros. Alguno de esos consejeros debió leer el libro de Burchett, *La Guerra de Viet Nam*, que se publicó en inglés en 1965; y si Burchett no fue mal informado por los guerrilleros del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur en lo que se refería a la existencia de hombres del Viet Minh en el Sur y a la línea política que siguieron esos hombres, no debía estar mal informado en otras cosas. El pueblo norteamericano leía a Burchett y a muchos otros escritores que decían la verdad sobre lo que sucedía en Viet Nam. ¿Por qué, pues, se le mentía oficialmente? ¿Por qué se mantenían en secreto los documentos oficiales que confirmaban todo lo que esos escritores afirmaban?

La publicación de los *Papeles del Pentágono* ha venido a disipar cualquiera duda que pudieran tener los norteamericanos acerca de la fe que merecían sus gobernantes. Esos gobernantes hacían acusaciones categóricas y el pueblo debía creerlas porque hasta que llegó la hora de la crisis de Viet Nam, en los Estados Unidos un presidente tenía fe pública. Para

mantener su autoridad, los gobernantes habían ordenado que los documentos en que sus propios servicios de investigación e información decían lo que estaba sucediendo debían ser mantenidos en estricto secreto durante veinte años. Era un expediente simple para tener la espalda cubierta, puesto que ellos mismos habían ocultado las pruebas que podían condenarlos.

Ahora bien, los gobernantes de los Estados Unidos que han lidiado con los acontecimientos de Viet Nam no conocían la naturaleza humana. Si la hubieran conocido habrían sabido de antemano que de manera inevitable iba a llegar la hora del desagrado, primero, y la de la acción de denuncia pública, después, de los funcionarios que estaban comprobando sobre el terreno, en el lugar de los hechos, que la guerra de guerrillas del Vietcong no era el producto de una infiltración comunista procedente de Viet Nam del Norte.

Esos hombres que pasaban constantemente al gobierno norteamericano el resultado de sus investigaciones se daban cuenta de que su trabajo no era tomado en cuenta, y se hacían cargo de que durante veinte años, por lo menos, nadie sabría cuáles habían sido sus conclusiones; y no hay ser humano a quien le agrade saber que su labor no se toma en cuenta. Al fin, uno de ellos, o uno que sin darse cuenta acabó representándolos a todos ellos, entregó a *The New York Times* los volúmenes donde se compendiaron todos los documentos secretos de la guerra, hecho que cualquier conocedor de la naturaleza humana hubiera previsto sin necesidad de ser un sabio; pues está en la esencia de la naturaleza humana el deseo de que lo que se hace le sea reconocido a quien lo hace.

La verdad brotó de las oscuras bóvedas del secreto, y ahora no hay en los Estados Unidos y en el mundo quien pueda dudar de que fue la intervención norteamericana lo que provocó la costosa y brutal guerra de Viet Nam del Sur.

PARTE V LOS AÑOS DE KENNEDY

El 16 de septiembre de 1960, mes y medio antes de que John F. Kennedy fuera elegido presidente de los Estados Unidos, Elbridge Durbrow, el último embajador del gobierno de Eisenhower en Saigón, le cablegrafiaba a Christian A. Herter, sucesor de Foster Dulles en la secretaría de Estado, diciéndole que Ngo Dinh Diem se hallaba ante dos peligros; o el de ser derrocado por un golpe militar o el de ser derrotado por las fuerzas guerrilleras, que de acuerdo con las palabras del embajador Durbrow iban tomando gradualmente control del interior de Viet Nam del Sur. El Documento N° 16 de *The Pentagon Papers* (págs. 115-18), donde aparece el largo cable del embajador Durbrow al secretario Herter, terminaba con estas palabras:

“Si la posición (militar del gobierno) de Diem en el interior (del país) continúa deteriorándose como resultado de (su) incapacidad para adoptar apropiadas medidas políticas, psicológicas, económicas y de seguridad, será necesario que el gobierno de los Estados Unidos comience a considerar (la conveniencia de adoptar) cursos alternativos de acción y liderazgo a fin de conseguir nuestros propios fines”.

¿Qué quería decir eso de “cursos alternativos de acción y liderazgo”?

Pues quería decir que había que ir pensando en adoptar un tipo de acción diferente del que los Estados Unidos habían

mantenido en Viet Nam; esto es, que había que pasar de la acción clandestina a la abierta, y además que había que ir pensando en buscarle un sustituto a Ngo Dinh Diem.

Kennedy y Viet Nam

John F. Kennedy iba a hacer ambas cosas, y *sin embargo pudo haber hecho una diferente; pudo haber sacado a su país de Viet Nam.*

¿Por qué no lo hizo?

De la lectura de los *Papeles del Pentágono* se saca en claro que no pudo hacerlo porque él no llegó a dominar nunca a las poderosas fuerzas que medran en la sociedad norteamericana. Al contrario, esas fuerzas dominaron a Kennedy de tal modo que lo condujeron a un pantano histórico. De la lectura de los *Papeles del Pentágono* sale la figura de Kennedy tan malparada que el lector independiente acaba preguntándose si todas las aventuras corridas para darles publicidad a los *Papeles del Pentágono* no fueron planeadas con el fin de que el pueblo norteamericano conociera la imagen real de Kennedy a la luz de una propaganda sin paralelo en la historia política mundial y en el momento mismo en que comenzaban a oírse en los Estados Unidos los nombres de los primeros aspirantes del Partido Demócrata a ser candidatos presidenciales en las elecciones de 1972. ¿Se pensó acaso que el desprestigio que cayera sobre Kennedy alcanzaría a las más altas figuras de su partido, y que a través de los *Papeles del Pentágono* el pueblo norteamericano iba a enterarse de que no fue Lyndon B. Johnson el único presidente de su partido comprometido en el fracaso de Viet Nam; que antes que él, abriéndole el camino, había estado John F. Kennedy? Y si quedaba demostrado que dos gobiernos demócratas, de los que habían participado en la elaboración y el desarrollo de la política norteamericana en Viet Nam, tenían la mayor responsabilidad por lo que está pasando en Indochina,

¿sería acaso difícil vincular la imagen de cualquier candidato demócrata a los acontecimientos de Viet Nam?

Kennedy comenzó a actuar en Viet Nam tal como lo había hecho Eisenhower: en secreto y recomendando que el pueblo de los Estados Unidos no se enterara de lo que estaba haciéndose. *Días después del fracaso de Bahía de Cochinos, John F. Kennedy, a quien la propaganda favorable ha presentado como arrepentido de lo que hizo en Cuba, estaba haciendo exactamente lo mismo en Viet Nam.* He aquí lo que se lee en las páginas 79-83 de *The Pentagon Papers*:

“... las tácticas de Kennedy profundizaron la intervención norteamericana en... Viet Nam, con cada paso minimizando el reconocimiento público de que el papel de los Estados Unidos (en esa tragedia) iba en aumento.

‘El presidente Kennedy hizo su primer movimiento en Viet Nam de manera secreta. El estudio del Pentágono muestra que en la primavera de 1961 el presidente ordenó que se enviaran a Viet Nam del Sur como consejeros militares 400 hombres de las Fuerzas Especiales y otros 100 (de otras fuerzas). A ese movimiento no se le dio ninguna publicidad.

‘Pequeño como parece ese número visto de manera retrospectiva, el estudio del Pentágono comenta que así y todo ese primer aumento “señaló la voluntad de ir más allá del límite de 685 hombres en el tamaño de la misión militar de los Estados Unidos en Saigón y (ese movimiento) de haber sido hecho de manera pública habría sido la primera rotura formal con los acuerdos de Ginebra”. Bajo la interpretación de ese acuerdo que estaba en vigor desde el 1956, los Estados Unidos estaban limitados a (tener) 685 consejeros militares en Saigón. Aunque Washington no había firmado el acuerdo, se había comprometido a no desconocerlo.

‘El 11 de mayo de 1961, día en el cual el presidente Kennedy decidió enviar (a Viet Nam) las Fuerzas Especiales,

ordenó también el inicio de una campaña de guerra clandestina contra Viet Nam del Norte, que sería llevada a cabo por agentes sudvietnamitas dirigidos y entrenados por la CIA y algunos miembros de las Fuerzas Especiales”.

El Documento N° 20 indica que esas medidas habían sido acordadas el 29 de abril, diez días después del fracaso de Bahía de Cochinos, y que al mismo tiempo que se decidía el envío de 400 hombres de las Fuerzas Especiales y 100 de otras fuerzas a Viet Nam, Kennedy ordenó la preparación de fuerzas de Viet Nam del Sur “para llevar ataques de sorpresa (ranger) y otros similares a Viet Nam del Norte” y para actuar en Laos. En el mes de octubre envió órdenes secretas para “iniciar actividad (militar) de tierra, incluyendo el uso de consejeros (militares) norteamericanos” en Laos.

Pero al final Kennedy abandonó la política clandestina que había iniciado Truman y seguido Eisenhower, aunque sólo en un aspecto, el de enviar tropas norteamericanas a Viet Nam, que bajo su gobierno llegaron, para el mes de octubre de 1963, a 16,732. También se decidió a buscarle un sustituto a Ngo Dinh Diem, tal como lo había aconsejado el último embajador de Eisenhower en Saigón, y para lograr ese fin autorizó el golpe militar en que perdió el poder y la vida el hombre que había sido durante nueve años y cinco meses el instrumento más útil y más importante de la política norteamericana en Indochina.

Kennedy y el fracaso de Viet Nam

Los *Papeles del Pentágono* demuestran que Kennedy fue el gobernante que “profundizó la intervención norteamericana en Viet Nam”, pero al mismo tiempo demuestran que en la misma medida en que él comprometía a su país en la gran aventura del Sudeste Asiático iba aumentando la resistencia del pueblo de Viet Nam a esa intervención.

Kennedy tomó el poder en los Estados Unidos al comenzar el año 1961, y sucedía que desde diciembre de 1960 se había organizado el Frente de Liberación Nacional de Viet Nam del Sur, cuya finalidad era darles dirección política a las actividades guerrilleras. Con la formación del Frente la guerra pasó a tomar impulso. Un año después la Junta de jefes del Estado Mayor de las fuerzas armadas norteamericanas veía la situación tan difícil que pedía al gobierno que:

“(... considerara) otra vez las recomendaciones... de que se haga un desplazamiento de fuerzas norteamericanas para Viet Nam del Sur suficientes para obtener los siguientes (fines):

‘a. Disponer de una fuerza disuasoria ante cualquier acción potencial de Viet Nam del Norte y/o de China;

‘b. Liberar fuerzas vietnamitas (del Sur) de posiciones defensivas avanzadas y estáticas para permitirles que se dediquen a acciones de contrainsurgencia;

‘c. Ayudar al entrenamiento de fuerzas vietnamitas (del sur)

‘d. Proporcionar un núcleo de apoyo a cualquiera operación militar norteamericana o de la SEATO en el Sudeste Asiático; y

‘e. Dar indicación de la firmeza de nuestras intenciones a todas las naciones de Asia (*The Pentagon Papers*, pág. 153)”.

Al finalizar el año de 1962 el director del Buró de Inteligencia e investigaciones del Departamento de Estado le informaba al Secretario Dean Rusk que “... la ‘guerra de liberación nacional’ no ha disminuido ni el Viet Cong se ha debilitado. Al contrario, el Viet Cong ha expandido su tamaño y ha aumentado su capacidad y la organización de sus fuerzas guerrilleras, que se estiman ahora en unos 23 mil en personal de combate escogido, más unos 100 mil irregulares y simpatizantes (página 155)”.

El éxito del Viet Cong era un reflejo del fracaso político norteamericano en Viet Nam. A su vez, el fracaso se

manifestaba como un poderoso movimiento contra Ngo Dinh Diem. Hablando de él, el mismo funcionario del Departamento de Estado decía:

“Un golpe (militar contra Diem) puede darse en cualquier momento, pero más aún si la lucha contra los comunistas va mal, si el Viet Cong lanza una serie de exitosas y dramáticas operaciones...”

‘El golpe que tendría mejores posibilidades de triunfar sería el que tuviera un liderazgo no comunista y apoyo en el nivel mediano y alto del aparato militar y de los oficiales (de los servicios) civiles (págs. 156-7)’.

Al comenzar el año 1963 la situación era de preocupación en los Estados Unidos y al mismo tiempo de tendencia creciente a culpar a Ngo Dinh Diem por los fracasos de Viet Nam. Un análisis serio, llevado a cabo con disposición honesta, habría conducido a Kennedy y a su equipo de consejeros y altos funcionarios a la conclusión de que lo que estaba fracasando en Viet Nam no era Ngo Dinh Diem; era la política intervencionista de los Estados Unidos. Pero resultaba más fácil y más productivo echar la carga en los hombros de Ngo Dinh Diem; y así se haría.

La crisis budista

La violencia y la corrupción estaban subiendo en Viet Nam a un nivel peligroso y al mismo tiempo subía la indignación pública. En los meses de mayo y de junio la situación hizo crisis y la crisis se manifestó en nutridas manifestaciones contra Diem de estudiantes y monjes budistas. Ese movimiento iba a culminar en los impresionantes suicidios de monjes budistas que se quemaban, ante la mirada atónita del pueblo, sin lanzar un quejido de dolor y sin mover un músculo. Nunca había sucedido nada igual en ninguna parte. De golpe y porrazo la opinión mundial y la norteamericana se conmovieron y

los ojos del mundo se volvieron a Viet Nam. Para asombro general, se halló que las protestas no eran comunistas ni estaban organizadas por los comunistas; eran simplemente producto de los atropellos que sufría el pueblo a manos, sobre todo, de la policía política del régimen, que se hallaba dirigida por Ngo Dinh Nhu, hermano de Ngo Dinh Diem. Presionado por la opinión pública, el gobierno de Kennedy presionó a su vez a Diem para que negociara con los líderes budistas. Ahora bien, en el gobierno de Diem había personajes de posición radical de derechas, representantes de latifundistas católicos cuya posición política se reforzaba con el argumento de que la guerra que se llevaba a cabo era contra el comunismo. Los agentes más activos de esa ala radical de derechas eran los propios familiares de Diem. Así pues, a Diem no le resultaba fácil negociar con los budistas. En el Documento N° 34, que se publica en la página 193 de *The Pentagon Papers* bajo el título de “Estimados de (el servicio de) Inteligencia sobre la intranquilidad en 1963”, se decía que: “Si, como es de esperar, Diem no cumple de verdad y rápidamente las ofertas que les ha hecho a los budistas, los desórdenes probablemente estallarán otra vez y las posibilidades de un golpe (militar) o de intentos de asesinato contra él serán mejores (sic) que nunca...”.

Esto ocurría el 10 de julio, es decir, a los dos años y medio de haber tomado Kennedy posesión del gobierno de su país. Luego, era evidente que la política que el joven presidente estaba aplicando en Viet Nam se deterioraba a medida que pasaba el tiempo.

¿Cómo pretendían Kennedy y sus consejeros detener este deterioro?

Los *Papeles del Pentágono* no lo dicen abiertamente, pero hay datos que indican que ya para el mes de julio el gobierno norteamericano estaba pensando deshacerse de Ngo Dinh Diem.

Uno de esos datos es la información de que el embajador de Kennedy en Saigón, Frederick E. Nolting, aprovechó sus vacaciones de verano para viajar a Washington a fin de decirle a Kennedy que en su opinión la caída de Diem podía provocar una guerra civil religiosa en Viet Nam del Sur; el otro dato es el que se desprende de las actuaciones del sucesor de Nolting, Henry Cabot Lodge, nombrado para el cargo mientras Nolting se hallaba todavía en los Estados Unidos. La simple lectura de los mensajes que comienzan a cruzarse entre el Departamento de Estado y la embajada norteamericana en Saigón a partir del momento mismo en que Lodge llega a Saigón, antes aun de presentar credenciales a Diem, son, no ya indicaciones, sino prácticamente pruebas de que su misión era obtener por lo menos la sustitución de Ngo Dinh Diem, esto es, *adoptar un curso alternativo de liderazgo*, para decirlo con la elaborada frase con que el embajador Durbrow había pretendido ocultar su proposición de sacar a Diem del poder.

La misión del Embajador Lodge

Lodge llegó a Saigón el 22 de agosto y a la medianoche del 23 las Fuerzas Especiales del ejército de Viet Nam, formadas y entrenadas por los norteamericanos y pagadas con dólares de la CIA, entraron en los monasterios y los templos budistas y golpearon brutalmente y arrastraron hacia las cárceles a unas 1,400 personas, que en su mayoría eran monjes y monjas. En *The Pentagon Papers* no figura el informe de Cabot Lodge sobre los sucesos de la noche del 23 de agosto, pero en la página 167 se dice que envió uno “menos de 48 horas después de su llegada a Saigón”, y en la página 168 se refiere que “Su mensaje arribó a Washington el sábado 24 de agosto en la mañana, iniciando lo que se convirtió en una de las acciones más discutidas de la Administración Kennedy. El Departamento de Estado, con la firma del subsecretario actuante

George W. Ball, envió al embajador Lodge una respuesta que se convirtió en el punto de partida de la aprobación norteamericana al golpe (militar contra Ngo Dinh Diem)".

El largo cable del 24 de agosto figura en *The Pentagon Papers* (páginas 194-5), y he aquí algunos de sus párrafos:

"(1) Primero, debemos presionar en niveles apropiados del gobierno de Viet Nam (del Sur) (sobre) las siguientes líneas:

'(a) El gobierno de los Estados Unidos no puede aceptar las acciones contra los budistas tomadas por (Ngo Dinh) Nhu y sus colaboradores bajo el pretexto de la ley marcial.

'(b) Deben tomarse medidas rápidas y dramáticas para cambiar la situación, incluyendo la derogación del Decreto 10, libertad de monjes y monjas arrestados, etc.

'(2) Al mismo tiempo debemos decirles a los líderes militares claves que los Estados Unidos considerarán imposible seguir respaldando militar y económicamente al gobierno de Viet Nam (del Sur) a menos que las medidas expuestas arriba sean tomadas inmediatamente (entre las cuales) fijamos la necesidad de sacar a los Nhus de la escena (política). Le daremos a Diem oportunidad razonable para sacar a los Nhus, pero si él se mantiene empecinado (en no hacerlo), entonces estamos preparados para aceptar la obvia implicación de que no podemos seguir respaldando a Diem. Ud. puede decir también a los comandantes militares interesados que nosotros les daremos apoyo directo en cualquier período interino de desplome de los mecanismos del gobierno central.

'(3) Reconocemos la necesidad de descargar a los militares de la responsabilidad por las agresiones a los templos (budistas) y de echarla sobre (Ngo Dinh) Nhu. Ud. queda autorizado a hacer tales declaraciones en Saigón como Ud. considere deseable (hacerlo) para lograr nuestros fines. Estamos preparados para tomar aquí la misma línea y hacer que la (estación de radio) Voz de los Estados Unidos haga declaraciones sobre la

misma línea... tan pronto Ud. nos dé luz verde, preferiblemente lo más rápido (que sea) posible”.

El embajador Lodge iba a presentar credenciales ante Diem el día 26 de agosto en la mañana, y sin embargo el día cablegrafió a Washington diciendo: “Creo que las posibilidades de que Diem acepte nuestras demandas son nulas”.

Y agregaba: “... propongo que nos dirijamos directamente a los generales con nuestras peticiones, sin informar a Diem (Documento N° 36, Pág. 195)”.

El día 26 en la mañana, antes de ir a presentar sus credenciales a Diem, cosa que debía hacer a las once del día, Lodge se reunió con varios miembros de la embajada, entre ellos con el jefe de la CIA en Viet Nam del Sur. El objeto de esa reunión era acordar el plan de trabajo que debía seguirse para lograr el derrocamiento de Diem. El día 28 la CIA de Saigón informaba que en lo que se refería al golpe contra Diem, había “llegado al punto en que no podía volverse atrás”. Lodge repetiría esas palabras el 29 de agosto en un Cable a Dean Rusk (Documento N° 39, página 197), y explicó que:

“2. La posibilidad de lograr un golpe militar depende de ellos (los jefes militares de Viet Nam) hasta cierto grado, pero depende de nosotros por lo menos tanto (como de ellos).

‘3. Debemos proceder a hacer nuestro mejor esfuerzo para llevar a los generales (vietnamitas) a actuar pronto”.

El día 30 Lodge le decía a Dean Rusk: “Estoy de acuerdo en que el primer objetivo es sacar a los Nhus (Documento N° 42, página 201)”.

Las vacilaciones de Kennedy

Los planes de Washington estaban variando, y lo que se quería ya para el día 30 de agosto era sacar del gobierno de Viet Nam al matrimonio Nhu, no derrocar a Diem.

¿A qué se debía ese cambio?

A las vacilaciones de John F. Kennedy, estimuladas desde Saigón por la posición antigolpista del general Paul D. Harkins, jefe de las fuerzas militares norteamericanas que se hallaban en Saigón. El 31 de agosto se celebró en el Departamento de Estado una reunión en la que estaban presentes el vicepresidente Johnson, los secretarios de Estado y de Defensa Dean Rusk y Robert McNamara, así como otros altos funcionarios y jefes militares. La conclusión a que se llegó en esa reunión era que había que abandonar la idea de llevar a cabo un golpe militar en Viet Nam. A partir de ese momento Kennedy entra en una etapa de indecisión que se manifiesta de manera nítida en un cable enviado a Lodge a principios de octubre (Documento N° 51, página 216). El cable es digno de Hamlet, el personaje en el que Shakespeare encarnó la duda. He aquí uno de sus párrafos:

“A la vez que no deseamos estimular un golpe (militar), tampoco queremos dejar la impresión de que los Estados Unidos rechazarán un cambio de gobierno o negarán (su) ayuda económica y militar a un nuevo régimen, si éste aparece capaz de aumentar la efectividad del esfuerzo militar, obtiene apoyo popular para ganar la guerra y mejora las relaciones con los Estados Unidos”.

En ese cable Kennedy se refería a la posibilidad de un golpe que encabezaría el general Duong Van Minh, a quien los funcionarios norteamericanos de Saigón llamaban Big Minh, esto es, Minh el Grande, a causa de su tamaño poco común. El embajador Lodge, a través de la CIA, tenía relaciones con el general Minh. Al final de su cable, Kennedy le pedía a Lodge que mantuviera “... contactos para obtener información detallada que (nos) indique claramente si los planes de Minh ofrecen una alta posibilidad de éxito”.

El temor del joven presidente a que pudiera conocerse la participación de los Estados Unidos en el complot anti Diem

era tan fuerte que terminaba diciéndole a Lodge: "... estamos limitando el conocimiento de estos delicados asuntos en Washington a un grupo extremadamente pequeño, altos oficiales de la Casa Blanca (del Departamento de) Estado, (la secretaría de) Defensa y la CIA con quienes hemos consultado este mensaje".

Ese estado de indecisión se prolonga durante todo el mes de octubre. Los mensajes de la Casa Blanca aparecen firmados por McGeorge Bundy, no por Kennedy, y a través de esos mensajes se ve a Kennedy como un hombre que había caído en una trampa de la que no podía salir. En octubre de 1963 John F. Kennedy era la misma persona que había lanzado en abril de 1961 la invasión de Bahía de Cochinos porque no supo cómo deshacerse de una herencia que le había dejado su antecesor, el presidente Eisenhower. En el caso de Viet Nam como en el de Cuba, Kennedy pudo haber tomado una vía propia; la de sacar a su país del camino intervencionista. Pero no fue capaz de hacerlo.

Igual que en el episodio de Bahía de Cochinos, el presidente Kennedy quería mantener sus movimientos en Viet Nam en el más estricto de los secretos, y no alcanzaba a darse cuenta de que los hechos iban a destruir la muralla del secreto; y sucedió que él quería que los hechos se produjeran, y además que se produjeran con éxito. Y los hechos iban a producirse en Viet Nam, tal como se habían producido en Cuba en abril de 1961.

Derrocamiento y muerte de Diem

El Documento N° 59, que aparece en la página 232 de *The Pentagon Papers*, es el último de los que se refieren al golpe llamado a costarle el poder y la vida a Ngo Dinh Diem y a su hermano Ngo Dinh Nhu, y al mismo tiempo es el más dramático de todos los que figuran en los *Papeles del Pentágono*.

Parece escrito por Morris West, en cuya novela *El Embajador* se relata de mano maestra, paso a paso, la bien urdida intriga que culminó en la muerte de Diem y de su hermano; y sin embargo, el Documento N° 59 no es la obra de un novelista; es la reproducción exacta del diálogo telefónico que Ngo Dinh Diem sostuvo con el embajador Henry Cabot Lodge, el arquitecto del golpe de Saigón, a las 4:30 del día 1° de noviembre de 1963, que iba a ser el último día de la vida de Diem. La frialdad con que habla Lodge en ese diálogo es escalofriante. Había ido a Viet Nam con la misión de echar por la borda al hombre que durante cerca de diez años le había servido a la política de los Estados Unidos sin detenerse ante nada, a quien los Estados Unidos habían resuelto sacrificar culpándole del fracaso de esa política, y en el momento mismo en que ese hombre estaba siendo atacado por los enemigos que los Estados Unidos habían lanzado sobre él, Henry Cabot Lodge se le presentaba como una alma cándida, como una persona totalmente ignorante de lo que estaba sucediendo.

He aquí ese diálogo:

“Diem: algunas unidades (militares) se han rebelado y quiero saber cuál es la actitud de los Estados Unidos.

‘Lodge: No me siento lo suficientemente bien informado como para poder decírselo. He oído los disparos, pero no estoy al tanto de todos los hechos. Además en Washington son las 4:30 de la madrugada y el gobierno de los Estados Unidos no puede tener un punto de vista (sobre lo que está pasando).

‘Diem: Pero Ud. debe tener algunas ideas. Después de todo, yo soy un jefe de Estado. He tratado de cumplir mi deber. Quiero hacer ahora lo que requieren el deber y el buen sentido. Creo en el deber por encima de todo.

‘Lodge: Ciertamente, Ud. ha cumplido con su deber. Como le dije esta mañana, admiro su valor y la gran contribución que ha hecho a su país. Nadie puede quitarle el crédito de lo

que ha hecho. Ahora yo estoy preocupado por su seguridad física. Se me ha informado que los que están al frente de las actividades (del golpe) les han ofrecido a Ud. y a su hermano salvoconductos para salir del país si Ud. renuncia. ¿Ha oído Ud. decir eso?

‘Diem: No. (Y después de un cierto tiempo): Ud. tiene el número de mi teléfono.

‘Lodge: Sí. Si puedo hacer algo por su seguridad física, llámeme.

‘Diem: Estoy tratando de restablecer el orden”.

Y nada más. Horas después, Ngo Dinh Diem y su hermano Ngo Dinh Nhu eran asesinados. Exactamente tres semanas más tarde le sucedía lo mismo, en Dallas, Texas, a John F. Kennedy. Pero ningún gobierno, y mucho menos un gobierno aliado de los Estados Unidos y amigo del joven presidente norteamericano había intervenido en los planes que le costaron la vida.

En cuanto a Ngo Dinh Diem, en su tumba hubiera podido escribirse este epitafio:

Así paga el Diablo a quien le sirve.

COMENTARIOS ANÓNIMOS SOBRE LA GUERRA DE INDOCHINA

*Lo que se ve y lo que no se ve en la guerra de Indochina**

A la hora en que se escribe esta nota —mediados de diciembre de 1972—, las negociaciones de paz entre los Estados Unidos y Viet Nam del Norte se llevan a cabo en París y las apariencias indican que puede haber un acuerdo final antes de comenzar el mes de enero de 1973, al cual corresponde este número 9 de *Política*. Una de las razones que hacen pensar así es el conocimiento de la política mundial, que tiene sus procedimientos peculiares. Por ejemplo, Nixon no habría podido visitar a Mao Tse-Tung y a los dirigentes soviéticos sin haber llegado antes de la visita a un acuerdo con el primero y con los segundos acerca de la paz en Viet Nam; de manera que para Nixon el compromiso de hacer la paz no es sólo con Viet Nam ni con los pacifistas norteamericanos a quienes les prometió hacerla en las elecciones de 1968 y en las de 1972; es, además, desde que viajó a China y a Rusia, un compromiso con las dos grandes potencias del mundo socialista.

Ahora bien, tanto si se llega a un acuerdo en París como si las negociaciones se prolongan, una cosa es llegar a un acuerdo en París y otra es aplicarlo en Viet Nam o en Cambodia y

* Aunque este trabajo apareció sin firma en la revista *Política, teoría y acción*, Año 1, Vol. II, N° 9, Santo Domingo, Organó de Difusión Teórica del PRD, enero de 1973, su autor fue el profesor Bosch y por esa razón aparece en este libro de ensayos y artículos suyos sobre países del Asia y de Indochina.

Laos. En este asunto de la guerra y de la paz hay, tal vez más que en otros asuntos, las cosas que se ven y las que no se ven, y para enfrentarse a las que se ven hay que tomar ciertas determinadas medidas que se escriben en los acuerdos o tratados, pero para enfrentarse a las que no se ven hay que tomar otras medidas que no se escriben en ningún documento internacional. De ahí el título de este trabajo que publica *Política*.

Como puede apreciar el lector, ese trabajo está compuesto por tres diferentes: el titulado “Las Estadísticas de la Muerte”, en el cual pueden hallarse datos concretos de lo que está a la vista en la guerra de Viet Nam, y los titulados “Los Cuadros del Frente Nacional de Liberación” y “El Disfraz en la Retirada”, en los que hay noticias reveladoras de lo que no se ve en los comunicados que hablan de las negociaciones de París.

Para componer esos trabajos, la Redacción de *Política* ha colectado informes en diversas publicaciones, lo mismo de los Estados Unidos que de Europa; lo mismo en fuentes favorables a las intenciones norteamericanas que en fuentes favorables a Viet Nam del Norte, y también en fuentes neutrales. Debemos decir, sin embargo, para que los lectores no se dejen engañar, que en lo que se refiere al segundo de los artículos (“Los Cuadros del Frente Nacional de Liberación”), todos los datos que se dan en él han sido tomados de periódicos norteamericanos; y debemos presumir que se han publicado en los Estados Unidos porque con su publicación se justifican los planes secretos que tenga el gobierno norteamericano para actuar en Viet Nam de tal manera que los acuerdos de París queden burlados antes aun de ponerse en vigor; en pocas palabras, para justificar medidas como las que se denuncian en el tercer artículo, “El Disfraz en la Retirada”. Sin embargo, debemos decir también que lo que se dice en “Los Cuadros del Frente Nacional de Liberación” no es mentira. Efectivamente,

a pesar de la guerra de exterminio que han hecho en Viet Nam, los Estados Unidos no han podido aniquilar a los cuadros del Frente Nacional de Liberación. Esos cuadros están activos en número quizá de 50 mil; pero nadie puede afirmar o insinuar que ellos van a sabotear los acuerdos de paz, y resulta que los datos sobre ellos fueron publicados en los Estados Unidos para que los lectores dedujeran, al leerlos, que esos 50 mil cuadros van a actuar saboteando la paz que se acuerde en París. A estas alturas, pocos norteamericanos recuerdan que los cuadros del Vietminh —el partido de Ho Chi Minh— que quedaron en Viet Nam del Sur cuando se hizo la paz de Ginebra en 1954, no sabotearon esa paz, y que antes al contrario, estuvieron en peligro de perder su autoridad sobre la población del Sur cuando esa población decidió levantarse en armas porque ya no podía seguir sufriendo el terror que había desatado sobre el país el títere norteamericano llamado Ngo Dinh Diem.

Puede ser que algunos norteamericanos se dejen engañar por la publicación a que estamos refiriéndonos; pero nuestro deber es tratar de que los dominicanos no caigan en el engaño. Por esa razón *Política* hace la aclaración a tiempo.

Las estadísticas de la muerte

En el año 1965, los soldados que había en Viet Nam del Sur eran 800 mil, de los cuales 190 mil eran norteamericanos; en 1967, el total llegó a un millón 200 mil, de los cuales 480 mil formaban el aporte de los Estados Unidos; en el 1969, estos últimos llegaron a 543 mil. En 1972, con la guerra extendida a Cambodia y Laos, los soldados que atacaban la Indochina llegaron a un millón 700 mil, de los cuales un millón 200 mil eran vietnamitas del Sur, 210 mil eran cambodianos, 100 mil eran laosianos, 45 mil sudcoreanos, 20 mil tailandeses y 139 mil norteamericanos. Pero a esos

números hay que agregar los norteamericanos que están estacionados fuera de Viet Nam, Cambodia y Laos, y que participan en la guerra; se trata de los que se hallan en el Mar de la China, marinos, aviadores e infantes de marina de la VII Flota y los aviadores establecidos en Tailandia y en Guam.

Según informaba el diario *Le Monde* de París (22 de septiembre de 1970), “puede establecerse el costo por año de los militares norteamericanos que combaten en Indochina en unos 13 mil dólares por cabeza; de los tailandeses, alrededor de 4 mil dólares; de los filipinos, alrededor de 6 mil 500 y de los sudcoreanos, alrededor de 4 mil”.

En cuanto al costo de la guerra entre 1963 y 1971, algunos economistas lo calculan en 120 mil millones de dólares; Tom Ridell, director de estudios del SAND (de Washington, D.C.), lo estima en 141 mil millones a partir de 1965 y hasta 1972, y otro economista, James Clayton, lo calcula en 420 mil millones si se toman en cuenta los intereses de la deuda provocada por la guerra, las pensiones para los veteranos y otros gastos derivados de ella. Más de la mitad del total ha sido gastada bajo el gobierno de Nixon. Entre el 1966 y el 1971, los gastos de la guerra eran de 54 millones 500 mil dólares diarios, de los cuales hay que estimar 156 mil dólares por kilómetro cuadrado para devastar el territorio de Indochina. Los gastos de un día de guerra han sido iguales a la exportación de Viet Nam del Sur durante cuatro años.

La intensidad de los bombardeos

Entre 1965 y 1970 los Estados Unidos utilizaron en Indochina 11 millones, 444 mil 533 toneladas de explosivos, usados como sigue:

Bombardeos aéreos, 5 millones, 556 mil 100 toneladas; ejército de tierra, 5 millones, 579 mil 933 toneladas; marina, 128 mil 500 toneladas. A esas cantidades hay que agregar, de

acuerdo con *Le Monde* del 14 de noviembre (1971) unos 2 millones de toneladas de bombas y obuses lanzados en ese año, lo que haría, hasta el final de 1971, un gran total de casi 14 millones de toneladas, que es más del doble de lo que los Estados Unidos usaron en la Segunda Guerra Mundial (6 millones, 192 mil 866 toneladas). A esas cifras hay que agregar que mientras el teatro de operaciones de la Segunda Guerra Mundial era de 4 millones de kilómetros cuadrados, toda la Indochina tiene sólo 750 mil Kms. cuadrados, lo que determina que la concentración del bombardeo ha sido cinco veces más intensa en la guerra de Indochina que en la Segunda Guerra Mundial.

Los bombardeos aéreos norteamericanos sobre la Alemania nazi llegaron a un millón 360 mil toneladas de bombas, mientras que entre 1965 y 1971, sobre Indochina han sido lanzados unos 6 millones 600 toneladas, es decir, casi cinco veces más. Solamente bajo la presidencia de Nixon se han empleado en Indochina 3 millones de toneladas de bombas, esto es, más de dos veces más que las que se emplearon en Alemania durante toda la Segunda Guerra Mundial. En cuanto al Japón, el país que atacó a Pearl Harbor, con la excepción de las bombas atómicas de Nagasaki e Hiroshima, los Estados Unidos lanzaron 154 mil toneladas de bombas; y sobre Indochina, que nunca atacó a los Estados Unidos, habían lanzado, hasta fines de 1971, 43 veces más. A razón de habitante de los Estados Unidos, ese país ha lanzado sobre Indochina 65 kilos de bombas, obuses y municiones, y a razón de habitante de Indochina, ha lanzado 274 kilos, es decir, más de cuatro veces más. Cada norteamericano ha tenido que “producir” 65 kilos de explosivos para que los aviones de su país pudieran lanzar en Indochina más de una tonelada por cada familia de Viet Nam, Laos y Cambodia. Bajo la presidencia de Johnson cada kilómetro cuadrado de

Indochina recibió 8 mil kilos de explosivos y bajo la presidencia de Nixon había recibido, hasta fines del 1971, 11 mil 380 kilos.

Entre el 1965 y el 1971, cada minuto han caído sobre Indochina 7 mil 60 libras de explosivos, o lo que es igual, 212 toneladas por hora del día y de la noche. La bomba atómica que destruyó Hiroshima tenía una potencia teórica de 20 kilotones, y las bombas que han caído sobre Indochina han equivalido a más de 650 bombas de Hiroshima. Pero según dice *Le Monde* (29 de julio de 1970), la bomba de Hiroshima tenía probablemente una potencial real de 13 kilotones, y de ser así los bombardeos sufridos por Indochina equivalen a mil bombas de Hiroshima.

Las víctimas humanas

Es imposible dar la cifra exacta de las pérdidas de vidas humanas que ha tenido Indochina en el transcurso de la guerra. Aquí damos nada más datos oficiales norteamericanos, y esos datos no son de fiar porque sólo incluyen los muertos en el campo de batalla. Así, por ejemplo, en abril de 1970 las estadísticas norteamericanas admitían que 10 mil 850 soldados norteamericanos habían muerto por “accidentes”, no en el campo de batalla (News release, Office of Assistant Secretary of Defense, Apr. 23, 1970, N° 339-70). Y según esas fuentes norteamericanas, desde 1965 hasta febrero de 1971, las pérdidas de vidas de militares en los dos campos alcanzaban a un millón, 149 mil 500.

Para poder hacerse una idea de las pérdidas vietnamitas es necesario restar las pérdidas norteamericanas y aquellas de las tropas que combaten o combatieron a título de lo que se dio en llamar “la ayuda militar del mundo libre”, esto es, las tropas de Corea del Sur, Tailandia, Australia, Nueva Zelandia, Filipinas y Taiwán. Esto da un millón 100 mil para el período

que va de 1965 a febrero de 1971, incluidos los 350 mil muertos civiles, de los cuales el 30% tenía menos de 13 años, según el informe citado, página 15.

Con los datos norteamericanos, que aceptamos bajo reserva, se llega a la cantidad de un millón 125 mil vietnamitas muertos, es decir, el 6.5% de la población de Viet Nam del Sur. Proporcionalmente a la población norteamericana, ese tanto por ciento corresponde a más de los habitantes sumados de Nueva York y Chicago, que son las dos ciudades más grandes de los Estados Unidos. Eso quiere decir también que debido a la guerra, Viet Nam del Sur tiene 6.5 muertos por kilómetro cuadrado, lo que significa que su “densidad de muertos” es más alta que la “densidad de los vivos” de Laos.

A algunas personas les agrada hacer cálculos macabros; les gusta, por ejemplo, calcular el costo de los muertos de guerra. E. Teller y E. Titterton han llegado a la conclusión de que un muerto en las guerras de César costaba 75 centavos de dólar norteamericano; en las guerras de Napoleón subió a 3 mil dólares; durante la Primera Guerra Mundial ese costo se multiplicó por 7, y cada muerto salió costando 21 mil dólares; en la Segunda Guerra Mundial pasó a costar 50 mil dólares; y gracias al presupuesto de guerra de los Estados Unidos sabemos que cada “enemigo” muerto en Indochina por sus armas y sus soldados les cuesta a los contribuyentes norteamericanos 120 mil dólares.

Hay otras estadísticas que no se refieren a la muerte; por ejemplo, una comisión del Senado de los Estados Unidos halló que “más de una tercera parte de los 18 millones de habitantes de Viet Nam del Sur se ha visto obligada, desde 1964, a abandonar su domicilio para refugiarse en sitios apartados”. Proporcionalmente a la población de los Estados Unidos, eso significaría el desplazamiento de todos los habitantes de los cinco Estados más poblados del país: California, Nueva York, Pensilvania, Illinois y Tejas.

La proporción de personas desplazadas por la fuerza en Laos es también extremadamente alta: entre 700 mil y 800 mil personas, sobre una población total de unos 3 millones; es decir, entre 24 y 40 personas de cada 100 habitantes del país. Y resulta que los desplazados son víctimas humanas de la guerra. Ninguna estadística nos dice cuántos de ellos mueren mientras van de un lado para otro ni en cuántos años se acorta su vida.

La naturaleza como víctima

Hay otra víctima muy importante, que es la naturaleza del país atacado. Una cantidad enorme de productos químicos venenosos ha sido lanzada sobre Indochina. Los cálculos van de 45 mil toneladas (*Impact of Viet Nam War*, página 11) a 90 mil (Instituto de Investigación por la Paz, SIPRI, de Estocolmo, Suecia. Este último incluye cifras hasta todo el año 1971 y el primero da sólo hasta el 1970). Los datos publicados por el Senado de los Estados Unidos admiten que los territorios indochinos devastados por los productos químicos representaban, hasta finales de 1970, una séptima parte del territorio de Viet Nam del Sur, es decir, 23 mil 360 kilómetros cuadrados (la mitad de la República Dominicana).

Entre 1962 y 1970 los Estados Unidos han destruido con productos químicos 360 millones de libras de arroz, lo que representa el alimento anual de 900 mil 750 personas. El efecto de los herbicidas y los productos químicos es también altamente dañino en las selvas de Viet Nam del Sur. Allí han sido destruidos 45 millones de metros cúbicos de madera con productos llamados defoliantes (deshojantes) y otros parecidos lanzados sobre una quinta parte de las selvas. Los daños causados representan la cantidad de madera que necesitará el país durante 31 años. A esto se añade la destrucción mediante el uso de bulldozers gigantes, que ha alcanzado a más de 7 millones de metros cúbicos. En total, las pérdidas

provocadas por los deshojantes y los bulldozers llega a unos 540 millones de dólares (A.H. Westing, en *Forestry and the War*, *Journal of Forestry*, Nov. 1971).

Westing estima que cada bomba aérea abre un hoyo con una cabida de 180 metros cúbicos, y a base de ese cálculo llega a la conclusión de que durante seis años de guerra (1965 a 1970) se han inutilizado más de 2 millones de tareas, mientras que la metralla y los obuses han caído en más de 170 millones de tareas, removiendo en esa superficie tanta tierra que con ella podría llenarse la Catedral de Notre Dame de París cada dos horas y media durante seis años.

El efecto total de esa destrucción y remoción del terreno no puede ser calculado en toda su amplitud. Los hoyos causados por las bombas se llenan de agua cada vez que llueve (lo que sucede muy a menudo en Indochina), y eso acelera la evaporación de la humedad de la tierra, destruye el humus (la capa vegetal), aumenta la reproducción de los mosquitos, portadores de enfermedades, entre ellas el paludismo, y contribuye a la destrucción de la agricultura y de las selvas.

No solamente los seres humanos han sido víctimas de la agresión norteamericana a Indochina; lo han sido también la naturaleza, la tierra y las aguas de Viet Nam, de Laos y de Cambodia.

Los cuadros del Frente Nacional de Liberación

A pesar de más de diez años de guerra, que han costado la vida de docenas y docenas de miles de guerrilleros, el Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur se las ha arreglado para conservar funcionando sus estructuras políticas básicas en todo el país. Muchos funcionarios norteamericanos bien informados consideran que los cuadros de esas estructuras políticas se hallan hoy por hoy entre 40 y 60 mil, lo cual es en realidad un número altísimo. Esos mismos funcionarios

norteamericanos consideran que la organización política del Frente Nacional de Liberación representa una amenaza muy seria para el gobierno de Saigón, lo mismo para el actual que para el que salga de las negociaciones de paz.

Bajo la dirección de esos 40, 50 ó 60 mil cuadros, que son hombres y mujeres con gran experiencia en la lucha, la organización guerrillera se extiende por todas partes, lo mismo por las ciudades que por las aldeas, trabaja dentro del propio gobierno de Saigón, en sus aparatos secretos y dentro de sus fuerzas políticas y militares; en su burocracia, desde la más baja hasta la más alta. Parece que lo que tiene al presidente Nguyen Van Thieu y a sus colaboradores más cercanos tan nerviosos en lo que se refiere a las posibilidades de un acuerdo de paz entre Viet Nam del Norte y los Estados Unidos es el conocimiento de que existe ese aparato político del Frente Nacional y la convicción de que su gobierno no podrá enfrentarse a él con probabilidad de destruirlo. Si no ha sido destruido en tantos años de guerra, seguramente no podrá serlo en medio de la paz, aunque se trate de una paz a medias.

“El Frente Nacional de Liberación ha perdido muchos de sus mejores cuadros y puede decirse que los que quedan no son los gigantes de unos años atrás, pero la organización está construida y tiene sus cimientos en una roca poderosa de mucha disciplina y de sacrificios y coraje, y los que quedan son gente dura”, dijo un funcionario norteamericano. Ese funcionario es un experto en la materia y opina que en la Ofensiva de la Primavera de este año los cuadros del Frente Nacional de Liberación se han mantenido en el anonimato, sin darse a conocer, y que la finalidad de esa táctica ha sido conservar los cuadros para que actúen después de que venga la paz.

Los cuadros del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur son miembros del Partido Revolucionario del Pueblo, que equivale en el Sur al Lao Dong (Partido de los

Trabajadores) de Viet Nam del Norte, con el cual mantiene relaciones muy estrechas. Algunos norteamericanos llegan a creer que el Partido Revolucionario del Pueblo es una sucursal sureña del Lao Dong y que recibe órdenes de éste a través de la COSVN (Central Office for South Viet Nam), un nombre que le han puesto los norteamericanos a lo que ellos entienden que es el Departamento para Viet Nam del Sur del Comité Central del Partido de los Trabajadores de Viet Nam del Norte. En los círculos que creen eso se dice que la tal COSVN se halla en un lugar de Cambodia selvático y escasamente poblado y que se halla bajo control comunista desde hace muchos años, detalles que parecen inventados para no verse en la obligación de presentar pruebas de sus dichos. Según esos mismos círculos, los más altos jefes del COSVN son vietnameses del Norte y además líderes del Partido Revolucionario del Pueblo y a la vez pertenecen al Poliburó del Lao Dong. Se dice que el jefe de la COSVN es Phan Hung y que su segundo es Muoi Cuc, los dos vietnameses del Norte y los dos altos jefes del Poliburó del Partido Comunista de Hanoi.

Si eso es cierto o no lo es, de lo que están seguros los analistas norteamericanos es de que la organización política del Frente Nacional de Liberación se halla prácticamente intacta. Puede que el número de sus cuadros haya disminuido, pero no ha disminuido la eficiencia de la organización. Esa organización ha logrado sobrevivir al llamado Programa Fénix, puesto en ejecución por la CIA en el 1967 con el propósito deliberado de eliminar los cuadros del Frente Nacional de Liberación; y aunque el Programa Fénix logró matar más de 20 mil cuadros, encarcelar a 40 mil y hacer que muchos desertaran, lo cierto es que el Programa Fénix terminó en un fracaso admitido por sus jefes.

Un estudio hecho por la Rand Corporation arrojó los datos siguientes: En la Provincia de Dinh tuong, en el corazón

del Delta del Mekong, el Frente Nacional de Liberación ha conservado alrededor de 5 cuadros por cada aldea. El estudio dice que “a pesar de la declinación en su capacidad militar, el Frente Nacional de Liberación en Dinh Tuong se las arregló para mantener intacto el núcleo de su movimiento”. El estudio halló también una gran medida de apoyo al Frente de parte de los aldeanos. Esa simpatía hacia los comunistas no se manifestó mientras las fuerzas del gobierno de Saigón eran dominantes en un sitio, pero ha reaparecido tan pronto esas fuerzas se han mostrado débiles. Por ejemplo, el estudio destacó el hecho de que antes de la ofensiva del Tet (en febrero de 1968) muchos funcionarios vietnamitas (del Sur) y norteamericanos creyeron que las fuerzas del Frente Nacional de Liberación en Dinh Tuong estaban en vías de disolución y serían fácilmente derrotadas; pero tan pronto los comunistas dieron súbitamente la orden de atacar, casi toda la población campesina de la provincia se movilizó y se coordinó en apoyo al ataque contra las fuerzas de Saigón.

Los cálculos de los servicios de inteligencia de Viet Nam del Sur y de los Estados Unidos indican que donde se halla la más alta concentración de los cuadros del Frente Nacional de Liberación es en el Delta del Mekong, donde se estima que hay unos 25 mil. En las mismas fuentes se afirma que en las tierras altas de la región central hay unos 15 mil, la mayor parte de ellos en la Provincia de Dinh Dinh. En la región del Nordeste hay un rápido crecimiento del número de los cuadros. En la zona que rodea a Saigón está la menor cantidad de ellos, pero al mismo tiempo esos son, según los analistas norteamericanos, los mejores de todos los cuadros del Frente Nacional de Liberación. En esa área de Saigón puede haber unos 10 mil.

Lo más importante de una organización de cuadros como la del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur no es, sin embargo, el número; es el poder, la profundidad y la

extensión de la influencia que esa organización podría tener sobre el pueblo en un momento dado, y esa influencia depende de la cantidad de los miembros de la organización. Hablando de la guerra de Laos, antes de ser echado del gobierno por la intervención militar de los Estados Unidos en su país, el príncipe Norodom Sihanouk, de Cambodia, dijo que los comunistas de Laos no serían derrotados porque eran los mejores hombres de Laos, los más patriotas, los mejores combatientes y además los más trabajadores. Eso mismo puede decirse de los cuadros del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur. Los propios analistas norteamericanos a quienes desde luego les disgusta decirlo y les agradecería decir lo contrario, reconocen que al volver la paz al país y al retornar a sus aldeas los millones de vietnamitas que han sido sacados de ellas por la guerra, las únicas estructuras reales de poder social que hallarán en sus antiguas comunidades serán las que ha mantenido allí, contra viento y marea, el Frente Nacional de Liberación; es decir, las que están formadas por los cuadros experimentados, disciplinados y políticamente educados del Partido Revolucionario del Pueblo.

Esos cuadros son los que en definitiva decidirán la suerte del país; no será el enorme poderío norteamericano, que en fin de cuentas, al cabo de años y años de estar haciendo una guerra despiadada en Viet Nam, tendrá que quedarse con sus muertos, con sus heridos, con sus drogadictos y con su orgullo de gran potencia maltrecho; tremenda lección de los fatales resultados que tiene aplicar una teoría equivocada en el campo de la política mundial.

El disfraz de la retirada

Antes aun de que se haya llegado al acuerdo final para la salida de las fuerzas norteamericanas de Viet Nam del Sur, los más altos organismos del poder de los Estados Unidos (los

que deciden acerca de la guerra y de la paz) han resuelto que en Viet Nam del Sur quedarán varios miles de sus hombres, sólo que vestidos con ropa civil. En los círculos muy secretos donde se hacen esos planes se calcula que los norteamericanos que permanecerán en Viet Nam del Sur después que haya salido el último militar, serán alrededor de 10 mil, y una gran parte de ellos va a hacer trabajos que hasta finales de noviembre de 1972 eran hechos por soldados.

La mayoría de esos 10 mil norteamericanos permanecerán en Indochina bajo contrato con el Departamento de Defensa. Su misión será la misma que la de los consejeros militares, desde dirigir a las tropas sudvietnamitas dirigiendo a sus jefes, hasta mantener funcionando la logística con dirección establecida por un sistema de computadores y enseñar a la Fuerza Aérea de Viet Nam del Sur a volar y a mantener en vuelo nuevos tipos de aviones y a reparar el complejo sistema de comunicaciones dejado en el terreno por el Ejército de los Estados Unidos.

Cerca de la mitad de esas 10 mil personas estaba ya en Viet Nam al mediar el mes de noviembre y el resto iba llegando a Saigón en oleadas diarias por el aeropuerto de Tansonnhut con contratos firmados rápidamente y en secreto. Los oficiales más viejos se dejaban decir en lugares apropiados que la presencia de esos civiles norteamericanos no violaba la letra ni el espíritu de los acuerdos de paz, pero al mismo tiempo que decían eso se negaban a ofrecer detalles sobre los planes que tienen en Viet Nam los Estados Unidos para el futuro inmediato. Un portavoz del comando militar norteamericano en Saigón dijo el 25 de noviembre que hablar de ese tema podría perjudicar las conversaciones que mantenían en París Le Duoc Tho y el Dr. Kissinger, y explicó que “no está en el interés nacional que esas cosas se sepan”. Sin embargo, se saben, y algunos diplomáticos de

los que están acreditados en Saigón, y también algunos norteamericanos, aunque muy pocos, opinan que esa política de disfrazar a los militares de civiles a la hora de la retirada no es precisamente la más sabia.

“Vamos a volver a empezar la experiencia de 1961 y la de 1965”, dijo un diplomático europeo que ha servido durante varios años en diferentes sitios de Indochina. “Otra vez tenemos a los norteamericanos pletóricos de optimismo e ignorando que los vietnamitas se hallan aquí, que no están en otra tierra y que están viendo a los norteamericanos actuar”.

Compañías contratistas

Los empleados civiles norteamericanos en Viet Nam del Sur, que habían sido unos 10 mil en el 1970, comenzaron a ser cada vez menos a medida que las fuerzas de combate iban saliendo del país y retornando a los Estados Unidos. Al empezar el mes de noviembre esos empleados civiles eran unos 5 mil. Muchos de ellos trabajaban con las 125 compañías privadas que tenían contratos con el Departamento de Defensa, y de esas compañías, casi todas, según se creía, iban a quedar sin trabajo. Para el mes de octubre, el total de sus contratos alcanzaba solamente a 100 millones de dólares. Pero algunas de esas compañías que se suponía iban a salir de Viet Nam recibieron en el mes de noviembre nuevos contratos, por ejemplo, la Lear Siegler, Inc.; y la NHA, Inc.

La Lear Siegler tiene su base en Santa Mónica, California, es una firma fabricante de muchas cosas que tiene un trato con la Fuerza Aérea para hacer funcionar sistemas de mantenimiento de aviones. La NHA, que tiene su sede central en Dallas, Texas, fue incorporada en el 1968 como Normal Harwell Associated, Inc., y poco después se le cambió el nombre por el de NHA. Esa firma se ocupa en negocios de preparación de tierras, en planeamiento y servicio de informaciones

técnicas; en contratos de mantenimiento de edificios del gobierno, y también de construcciones pesadas.

En Saigón se afirma que la Lear Siegler ha dado por lo menos 300 de los 10 mil nuevos empleos civiles de que se habla en esta información, y que todos ellos son para dar servicio a los 120 aviones F-105 que los Estados Unidos entregaron apresuradamente a Saigón al comenzar el mes de noviembre; y parece que la NHA va a dar otros 200 empleos, o tal vez más, en el campo del mantenimiento para la Fuerza Aérea de Viet Nam del Sur. Las dos compañías estuvieron publicando avisos de solicitud de personal en el diario de habla inglesa de Saigón llamado *The Saigon Post*; pero cuando se les preguntó a los gerentes qué trabajos eran los que ofrecían sus compañías no quisieron dar la menor explicación y dijeron que no estaban en libertad de hacer comentarios acerca de los contratos que se disponían a firmar con los nuevos empleados. El manager de la Lear Siegler, que no quiso ni siquiera dar su nombre, dijo secamente: "El Departamento de Defensa no nos permite hablar acerca de ese asunto y no voy a decir nada".

De acuerdo con la opinión de algunos oficiales norteamericanos que no aprueban esa política doble de retirar soldados y suplantarlos con civiles que van, en realidad, a cumplir tareas militares, los contratos del Departamento de Defensa para compañías como las mencionadas se dan sobre la base del llamado "cost-plus", es decir, que las compañías gastan lo que entienden que deben gastar para ejecutar un plan y se les pagan todos esos gastos y un tanto por ciento por encima de ellos; y de esa manera, cuanto más altos sean los gastos más altos serán los beneficios de la firma contratada. Ese tipo de contrato tiende a que los contratistas usen personal en exceso, puesto que en la medida en que ese personal aumente aumentarán los beneficios.

La AID y la CORDS se quedarán

El plan de sustituir a los militares con civiles fue elaborado, evidentemente, muy a la carrera, y no se tomó en cuenta quién o quiénes iban a mantener control sobre los contratistas civiles después que los mandos militares de los Estados Unidos hubieran salido de Viet Nam del Sur. Hasta ahora, la que había estado a cargo de ese control había sido una agencia del Ejército norteamericano. En la Embajada hay el criterio de que ese control no debe estar al cuidado de sus funcionarios, y esto viene bien con el deseo que tiene el Departamento de Defensa de ser él quien lo mantenga. En la tercera semana de noviembre, por ejemplo, el Pentágono envió a Saigón a un civil llamado Wilfred J. Curley que llevaba la misión de recibir del jefe de la agencia del Ejército que controlaba las actividades de los contratistas civiles, la autoridad necesaria para ser él quien pasara a ejercer ese control. Curley iba a convertir la antigua agencia del Ejército en una organización civil. Sin embargo, el jefe militar a quien Curley debía ver se negó a recibirlo bajo el argumento de que “estaba demasiado ocupado acordando otros contratos”.

Además de los contratistas civiles, en Viet Nam del Sur había cerca de mil miembros de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), que en Saigón se llamaba USAID, y tal vez unos cuantos cientos de agregados militares que seguirán en Viet Nam, unos y otros, después que se firmen los acuerdos de paz, según dicen fuentes de entero crédito. La USAID tenía 997 norteamericanos empleados en Viet Nam del Sur para fines de noviembre, más o menos una tercera parte de los 2 mil 700 que había llegado a tener. Por su parte, la agencia semimilitar que tiene a su cargo el programa de pacificación conocido por las siglas CORDS (o lo que es igual, Apoyo a Operaciones Civiles y Desarrollo Rural) tendrá que ser desmantelada debido a que la mayoría de sus mil 500 miembros

son militares, si bien los funcionarios de CORDS dicen que probablemente ellos conservarán funcionando los equipos de consejeros que tienen actualmente.

El Comisariato, es decir, la venta de comida y bebida norteamericanas, pasará de manos militares a manos civiles; pero el negocio del cambio de dólares por moneda vietnamita, el más poderoso estímulo del mercado negro de divisas de Viet Nam del Sur, tendrá que salir del país.

La realidad es que los Estados Unidos no hallan la manera de salir de una vez por todas de Viet Nam.

*La situación en Indochina**

La paz se hizo en Viet Nam, pero la guerra no ha terminado en Indochina. Como se sabe, Indochina está compuesta por los dos Viet Nam (el del Norte y el del Sur), Laos y Cambodia.

Solamente en Viet Nam, los Estados Unidos llegaron a tener 543 mil 400 soldados para el mes de abril de 1969; y esa enorme cantidad significa que por Viet Nam pasaron no menos de dos millones de soldados norteamericanos.

Nunca llegará a saberse a cuánto ascendieron las bajas totales de la guerra, pero datos ofrecidos por el Pentágono, la AID, el Subcomité del Senado de los Estados Unidos para Refugiados y Escapados dicen que las bajas militares pasaron de un millón 150 mil muertos y 800 mil heridos sin contar los que tuvo Viet Nam del Norte, que a causa de los feroces bombardeos que sufrió debieron pasar de 500 mil. Los heridos norteamericanos fueron 303 mil 640 y los muertos 45 mil 948; los heridos de Viet Nam del Sur llegaron a casi 500 mil (495,931, más los que ha tenido después de la firma del

* Aunque este trabajo apareció sin firma en la revista *Política, teoría y acción*, Año 1, Vol. II, N° 11, Santo Domingo, Organó de Difusión Teórica del PRD, marzo de 1973, su autor fue el profesor Bosch y por esa razón aparece en este libro.

armisticio) y los muertos fueron 184,546. Los muertos de Viet Nam del Norte deben haber sobrepasado el millón, pues antes de los bombardeos de los últimos meses (de diciembre 1972 a febrero de 1973) eran 927 mil 124.

Las bajas civiles fueron altísimas; sólo en el caso de Viet Nam del Sur se estiman en 451 mil muertos y 935 mil heridos.

En estas estadísticas no figuran los muertos y heridos de los llamados “aliados”: Taiwan, Corea del Sur, Filipinas, Nueva Zelanda, Australia y Tailandia, ni los de Cambodia, los muertos de Laos y otros grupos étnicos usados en la guerra como ayudantes de las tropas norteamericanas.

En el capítulo de los refugiados se calcula que en Viet Nam del Sur hay 6 millones 500 mil, en Cambodia más de 2 millones, en Laos más de un millón. Se estima que son refugiados los que a causa de la guerra tuvieron que abandonar sus casas, sus siembras, sus animales y en general su medio ambiente habitual para ir a vivir a una ciudad o a otra parte del país.

Aunque para los Estados Unidos la guerra comenzó propiamente en 1961, bajo el gobierno de Kennedy, en lo que se refiere al dinero gastado estrictamente en operaciones militares y en ayuda económica a los “aliados” y de Viet Nam del Sur, Laos y Cambodia, la contabilidad norteamericana comenzó en el año 1965, bajo el gobierno de Johnson; y de entonces al final se calcula que los Estados Unidos gastaron en Indochina 109 mil 500 millones de dólares. Eso equivale a 438 años de los gastos de un país que tenga un presupuesto anual de 250 millones de dólares.

El papel de perro guardián

A pesar de haber ofrecido todas esas estadísticas, los Estados Unidos se consideran todavía en el papel de perro guardián, que ladra y muerde a todo el que se acerca a la propiedad de su amo. Por ejemplo, los B-52 estacionados en Tailandia han

hecho varios bombardeos sobre Cambodia, especialmente para evitar que las tropas de Norodom Sihanouk cerquen a Pnom Penh, la capital del país; y además aviones de reconocimiento sin pilotos están volando sobre Viet Nam del Norte, lo cual es un desafío grosero que puede llevar a la reanudación de la guerra, y al mismo tiempo se ha detenido la neutralización de las minas colocadas en el puerto de Haiphong y se han hecho bombardeos en Laos.

Sin embargo, a pesar de la aplastante mayoría de votos que sacó en las elecciones de noviembre del año pasado, Nixon está encontrando oposición en sus órdenes de bombardear Cambodia y Laos. Nixon parece haber tomado la votación de noviembre como un cheque en blanco que le ha dado el pueblo norteamericano para que haga lo que él quiera hacer, y en realidad esa cantidad abrumadora de votos en favor suyo fueron votos contra McGovern, cuyo programa además de ser, incoherente y vago no les gustaba a las mayorías norteamericanas, que son esencialmente conservadoras.

Pero las minorías que se opusieron a la guerra en Indochina tienen en los Estados Unidos lo que podríamos llamar “voto de calidad”, y esos “votos de calidad” están dejándose sentir ya en una oposición creciente a los bombardeos de Cambodia. Por ejemplo, testificando ante el Comité de Relaciones del Senado, un ex Procurador General y dos profesores de Leyes de las universidades de Yale y de Harvard coincidieron en decir que al ordenar bombardeos en Cambodia el presidente Nixon violaba la Constitución. Los tres, además, tenían cuando estaban hablando el respaldo de 60 senadores que se proponen restringir el poder que se ha venido tomando la Casa Blanca para hacer la guerra sin el consentimiento del Congreso.

El ex Procurador General que se opone al bombardeo de Cambodia es Nicholas de B. Katzenbach, que desempeñó el cargo de jefe de la justicia federal en el gobierno de Johnson y

después pasó a ser un militante contra la guerra, y los abogados fueron Alexander M. Bickel, de la Escuela de Leyes de Yale, y Raoul Berger, de la de Harvard.

La situación para Nixon en Cambodia es difícil desde el punto de vista legal porque ya se firmó la paz, que fue ratificada en París en el mes de febrero por 13 países, y ya dejó de tener validez el acuerdo del Golfo de Tonkín que fue desconocido el año pasado por el Senado, y ese acuerdo era el que autorizaba al presidente de los Estados Unidos a responder con las armas cualquier tipo de agresión que se hiciera en Indochina a fuerzas navales, aéreas o terrestres norteamericanas. (El acuerdo del Golfo de Tonkín fue aprobado a petición del presidente Johnson y en él se apoyó éste para llevar a Viet Nam más de medio millón de soldados). Y por último, Cambodia nunca aceptó el Tratado de la Otase o Seato, por el cual los Estados Unidos se comprometían a defender a los países firmantes de ese tratado en caso de ser agredidos por otro u otros países de la región y sobre todo se comprometía a darles ayuda militar y económica para luchar contra el comunismo.

La visita de Nguyen Van Thieu

La visita de Van Thieu, el presidente títere de Viet Nam del Sur, que fue huésped de Nixon en la llamada Casa Blanca de San Clemente (California), hizo decir al *New York Times* que “la llegada de (Thieu a Estados Unidos) podía crear tentaciones de escalar de nuevo (la guerra)”. El *Times* recordó que “Mr. Nixon ha declarado que a través de su política de vietnamización, el pueblo de Viet Nam del Sur tiene ahora la fuerza (necesaria) para defenderse. De acuerdo con esas palabras, no hay necesidad de nuevos esfuerzos militares norteamericanos en Viet Nam, sean en el aire o en tierra”.

Sin embargo, en el mismo editorial el *Times* recordaba con preocupación que “el presidente (Nixon) continúa insinuando

con lenguaje contenido y oscuro que él está listo para usar el poder de los Estados Unidos a fin de obligar (a los gobiernos y a las fuerzas comunistas de Indochina) a cumplir los acuerdos de cese el fuego. Y sin embargo (agrega el *Times* con cierto temor), “ninguno de los documentos de la paz autoriza a ninguno de los firmantes a actuar por su cuenta en el caso de que se violen los acuerdos”.

Thieu fue recibido con honores de verdadero presidente extranjero y no como lo que es, un gobernante títere que sólo ha podido sostenerse en el poder apoyándose en la fuerza militar y económica norteamericana. Pero una cosa son los honores y otra los compromisos. En un cable de AP procedente de San Clemente se decían estas palabras significativas: “Hay indicaciones de que el presidente Nixon resistió una demanda de Thieu de garantía específica de parte de los Estados Unidos para renovar la intervención militar si Viet Nam del Norte viola de manera evidente el frágil acuerdo de cese de fuego”. Como una respuesta muy asiática, por cierto, a la negativa de Nixon de renovar la intervención en caso necesario, Thieu fue a colocar flores en la tumba de Johnson, que llevó la intervención al grado de mantener en un momento dado en Viet Nam del Sur a más de 543 mil soldados norteamericanos.

De paso por Washington, los ayudantes más cercanos de Thieu dijeron que éste había pedido a Nixon que se comprometiera a proporcionarle más de 700 millones de dólares por año, hasta fines de 1975, y que después de esa fecha la ayuda podía ser reducida (aunque no discontinuada). Actualmente, los Estados Unidos están proporcionándole a Viet Nam del Sur unos 600 millones al año.

En una grabación de video-tape que se tomó en Washington para ser pasada por televisión, Thieu dijo que su país necesitaba dinero para alojar a un millón de refugiados y para reconstruir ciudades que habían sido destruidas en los

últimos años por la guerra. Además agregó que hay que buscar empleos para los soldados que dejarán las filas y hay que construir escuelas y entrenar maestros. Por último, el señor Thieu dijo que había que hacer un esfuerzo para que Viet Nam del Sur quede convertido en un país económicamente autosuficiente.

¿Y Viet Nam del Norte? ¿No necesita reconstruir sus ciudades destruidas por los bombardeos norteamericanos; no necesita construir de nuevo sus escuelas, sus hospitales, sus asilos, sus universidades, sus bibliotecas; no tiene que desmovilizar sus soldados? ¿Y a quién le pide Viet Nam del Norte ayuda económica para resolver esos problemas?

A su pueblo, únicamente a su heroico pueblo, que tras haber ganado una guerra de 27 años, 10 de ellos contra los ejércitos norteamericanos, tiene que ganar ahora la paz y su derecho a usarla y disfrutarla en beneficio de todos los vietnamitas.

DOS CONFERENCIAS SOBRE VIET NAM Y CAMBODIA*

Los acontecimientos de Viet Nam

Vamos a entrar inmediatamente en el tema que los ha traído a ustedes aquí esta noche, porque supongo que ustedes han venido por el tema y no por mí. Desde luego, hay una justificada preocupación, y también un justificado entusiasmo por lo que está pasando en Viet Nam. Es más, debo decir que hoy, no estando yo en casa, se recibió una llamada de México para felicitarme por los acontecimientos de Viet Nam, y esa llamada me emocionó porque no era de ningún desconocido; era de mi hija Barbarita.

Estos acontecimientos de ahora comenzaron el lunes día 10 de marzo, es decir, hace tres semanas, día en que cayó en poder de las fuerzas del Gobierno Provisional Revolucionario de Viet Nam del Sur la ciudad de Ban Me Thuot, capital de la provincia de Dar Lac. Ban Me Thuot está en este mapa; es este punto negro que les señalo.** Observen que Ban Me

* El texto que cubre desde esta página hasta la 237 corresponde a conferencias que dio el autor el 2 y el 4 de abril de 1975 en el Centro Masónico de la ciudad de Santo Domingo. En esos momentos estaba en desarrollo la ofensiva final de las fuerzas vietnamitas de liberación que acabaría con la caída de Saigón, hoy Ciudad Ho Chi Minh, poco tiempo después. Las dos conferencias fueron publicadas en los números 19-23 de *Vanguardia del Pueblo*, órgano del Partido de la Liberación Dominicana.

** El Profesor Bosch dio sus conferencias usando dos grandes mapas, uno de la Península de Indochina y otro de la Indochina Francesa (es decir, los dos

Thuot está lo suficientemente cerca de Saigón (la capital de Viet Nam del Sur) como para justificar la preocupación del gobierno de Saigón por la caída de esa ciudad, que está en una región montañosa adonde iban a pasar sus fines de semana los ricos de Saigón. Esa ciudad cayó inesperadamente sin que el gobierno de Saigón lo sospechara y sin que lo esperaran ni siquiera remotamente los servicios de contraespionaje norteamericanos, que como ustedes se imaginan abundan en Viet Nam más que la verdolaga en los campos dominicanos.

La caída de Ban Me Thuot precipitó la caída de dos provincias que quedan al norte de la de Dar Lac, y son éstas que ven ustedes aquí y aquí; una se llama Pleiku y la otra Kontum. Los habitantes de Ban Me Thuot, los de Kontum, y especialmente las guarniciones militares de esas provincias huyeron hacia el Este buscando la protección de la región de la costa, es decir, la orilla del mar, que es donde están las grandes fuerzas militares y sobre todo las grandes bases construidas por los norteamericanos, como la base de Cam Ranh, que está en este punto. Ahora bien, la fuga de los ejércitos de la provincia de Dar Lac, de la de Pleiku y de la de Kontum hacia el mar precipitó a su vez la fuga de los soldados de otras provincias que están en la orilla del mar, como sucedió en Quang Tri, donde se halla Hue, la antigua capital de Viet Nam, país que como veremos a su tiempo se llamaba el Imperio Annamita, no Viet Nam. Los soldados de Hue huyeron hacia Da Nang. Da Nang es la segunda ciudad, en población, de Viet Nam del Sur, y además es una ciudad que está bien defendida desde el punto de vista militar porque su puerto fue preparado

Vietnam, el del Norte y el del Sur, Laos y Cambodia). Los mapas fueron hechos por los compañeros Isabel Roques y Hernán Espínola, del Comité Intermedio Pedro Albizu Campos.

por los norteamericanos a fin de que les sirviera de base para las operaciones de sus barcos y sus submarinos, que podían llegar, mantenerse y salir de allí sin correr riesgos. Por eso los soldados de las provincias vecinas de Da Nang huyeron hacia esa ciudad.

Todo eso lo precipitó la caída de Ban Me Thuot; en esa caída se originó algo así como la disolución de las fuerzas armadas de Viet Nam del Sur, que hasta ese día eran de un millón cien mil soldados, con armamentos tan buenos que se considera que fuera de China, ningún país del Asia tenía el poderío aéreo, para mencionar sólo ese aspecto, de Viet Nam del Sur.

Ban Me Thuot cayó un lunes cuando mil 200 zapadores (es decir hombres que son capaces de pasar por la rendija de una puerta entrenados para atacar al enemigo con granadas y armas de demolición) sorprendieron a la tropa del gobierno de Saigón. La noticia de la caída de Ban Me Thuot provocó la fuga de los soldados de Kleipu y Kontum, como creo haber dicho hace poco. El viernes día 14, el presidente títere Nguyen Van Thieu ordenó la evacuación inmediata, es decir, el abandono de las provincias de Pleiku y Kontum; pero esa orden estaba cumplida de hecho antes de ser dada. En Pleiku había una importante base aérea, y el martes 18 el gobierno de Van Thieu declaró que por razones tácticas los aviones de esa base habían salido de allí y ese mismo día el gobierno admitió que Ban Me Thuot había caído en manos del ejército revolucionario de Viet Nam del Sur.

Antes de entrar en la materia con la amplitud que el tema amerita debemos advertirles que los que se dejan llevar por los cables de la United Press y de la Associated Press pueden confundirse y creer que el levantamiento que está dándose en este momento en Viet Nam del Sur es el producto de una invasión hecha desde Viet Nam del Norte, porque se habla

solamente de tropas de Viet Nam del Norte, de divisiones de Viet Nam del Norte, de brigadas de Viet Nam del Norte, y nada de eso es cierto. En Viet Nam del Sur hay un movimiento revolucionario organizado, que fue organizado hace muchos años, al mismo tiempo que se organizó en lo que hoy se llama Viet Nam del Norte, y ese movimiento ha mantenido sus fuerzas armadas en Viet Nam del Sur durante todos estos años y fue reconocido en el acuerdo de paz de París que se firmó en enero de 1973, y además se le reconoció su derecho a mantener sus tropas en el territorio donde estuvieran el día de la firma del armisticio, y son esas fuerzas revolucionarias de Viet Nam del Sur las que están decidiendo ahora mismo la situación en Viet Nam del Sur. Eso no significa que Viet Nam del Norte no esté ayudando a la gente de Viet Nam del Sur, porque nosotros, que estamos a una distancia tan grande de Viet Nam y que no somos gobierno, si pudiéramos hacerlo, a esta hora estaríamos ayudándolos también (aplausos prolongados).

Permítanme ahora que les dé una explicación sobre esta charla. La verdad es que el Partido había resuelto que había que dar por lo menos tres charlas sobre lo que está sucediendo en Viet Nam del Sur, pero se nos atravesó en el camino la Semana Santa, y al atravesársenos en el camino la Semana Santa nos encontramos con que este Centro Masónico, que es el único lugar de Santo Domingo que puede acoger tantas personas como las que hay aquí esta noche, había comprometido el día de mañana, jueves, para un acto, y por esa razón tuvimos que reducir las charlas a dos, que se darían una hoy y otra pasado mañana viernes. Pero la verdad es que no estoy seguro de que pueda desenvolver este tema en dos charlas nada más, porque los acontecimientos actuales tienen que ser explicados desde sus orígenes, y si no, no vamos a comprenderlos; y los orígenes de estos acontecimientos de Viet Nam,

es decir, los más inmediatos, los más cercanos, no son esos de que he estado hablando; no se limitan a la toma de una ciudad de la región montañosa de Viet Nam del Sur ocurrida el día 10 del mes pasado. Esos acontecimientos vienen de mucho más atrás, y para explicarlos tenemos antes que explicar muchas cosas; tenemos que explicar, por ejemplo, qué es la Indochina.

La Indochina

Indochina es esta región que ustedes ven en este mapa; esta región desde aquí hasta aquí. Fíjense que aquí hay dos penínsulas a la vez; una que es ésta, la mayor, la península de Indochina propiamente, y otra que sale de ésta y se llama la península de Malasia. Esa península de Indochina es la tercera península partiendo desde África hacia el este. La primera península, la más cerca del África, está separada de África solamente: por el canal de Suez y el mar Rojo; es la península de Arabia, la de los países petroleros que han sido tan importantes en la creación del problema mundial del petróleo. Le sigue inmediatamente a la derecha la península de la India, que es ésta de aquí; y la tercera península es ésta, que se llamó Indochina porque quedaba situada entre la India, que estaba aquí, y la China que estaba aquí. Como ustedes saben, los hombres viven en la tierra y la modifican no solamente porque le hacen canales o porque destruyen ciudades sino también porque forman naciones nuevas. Por ejemplo, actualmente la India no llega hasta aquí porque ahora en ese sitio hay un país nuevo que se llama Bangladesh. La gran guerra mundial segunda, la de 1939-1945, causó enormes transformaciones en el mundo, especialmente en el Asia. Una de las grandes transformaciones fue que de ese gigantesco país llamado la India se formaron dos; la India al sur y Pakistán al norte. Pakistán era parte de la India, y Pakistán a su vez nació

dividido en dos partes, Pakistán del Oeste y Pakistán del Este. Ese Pakistán del Este se rebeló, como ustedes recordarán, hará dos o tres años, y constituyó la República de Bangladesh. Cuando no existía Bangladesh la India llegaba hasta Aquí y entonces la China y la India se reunían aquí. Esta península pasó a llamarse Indochina porque era una península que partía exactamente del lugar donde se reunían la India y la China.

La historia de la península de Indochina, desde el punto de vista que nos interesa esta noche, comenzó en realidad en el siglo XVIII, cuando los franceses se establecieron aquí, en la parte sur de Viet Nam del Sur. Por entonces esa parte se llamaba Cochinchina. Ahí establecieron los franceses en el siglo XVIII, es decir, antes de la Revolución Francesa, sus primeros enclaves comerciales, y por cierto que lo hicieron con la ayuda de los españoles, que como, estaban cerca, en las Filipinas, negociaban con la Cochinchina. (Las Filipinas quedan relativamente muy cerca de Viet Nam).

Indochina empezó a ser colonizada por los ingleses a principios del siglo XIX. Allá por el 1820 y tantos comenzaron los ingleses a colonizar esta parte de Indochina que hoy se llama Birmania y antes se llamaba Burma, que tiene frontera con China y que como ustedes ven es un país que penetra hasta la península de la Malasia; y comenzaron también a influir en esta otra parte que se llamaba hasta hace poco Siam y hoy se llama Tailandia, y que entra también en la península de la Malasia y aquí hace frontera con los Estados Federados de Malasia. Los territorios de la Malasia fueron protectorados ingleses.

Los franceses, que se habían establecido en la Cochinchina en el siglo XVIII, comenzaron a extender su dominación política en forma de protectorado cuando aquí estaba comenzando la guerra Restauradora, allá por el 1863; empezaron a

extenderse por esta región de Indochina que hoy está formada por Viet Nam del Norte, Viet Nam del Sur, Laos y Cambodia; y por eso todos estos territorios que les señalo pasaron a llamarse la Indochina Francesa. La parte norte, casi todo lo que hoy se llama Viet Nam del Norte, se llamaba entonces Tonkín. En el centro, desde aquí más o menos hasta aquí, estaba el reino de Annam, cuya capital era Hue. Hanoi era la capital de Tonkín, pero Hue era la capital del reino de Annam; ahí era donde vivía el rey o emperador de todo ese territorio que hoy son Viet Nam del Norte y Viet Nam del Sur; y aquí, en el extremo sur quedaba la Cochinchina, cuya capital era Saigón. Al oeste de la Cochinchina se encontraba Cambodia, y como veremos en la charla del viernes, este país tiene una importancia enorme en los acontecimientos que están ocurriendo en Viet Nam, porque fue en Cambodia donde Henry Kissinger cometió el primero de sus grandes errores políticos, que fue tumbar el gobierno de Norodom Sihanouk; ese error fue anterior al primero de sus aciertos, y lo cometió sin que el mundo se enterara porque para esa época todavía no era secretario de Estado de los Estados Unidos aunque ya era el consejero número uno de Nixon en política exterior, pero de ese punto hablaremos con más detalles el viernes. Aquí queda el país de Laos, que como ustedes ven está encerrado entre los dos Viet Nam y Cambodia, Tailandia y Birmania. Cuando los franceses pasaron a gobernar esa región de Indochina que luego se llamaría Indochina Francesa, el nombre de Laos era el de reino de Luang Prabang. En este sitio que marco ahora está la ciudad de Luang Prabang donde vive el rey de Laos. Esa es la capital política de Laos y hacia el sur, en este punto, está la ciudad de Vientianne, que es la capital administrativa del reino de Laos.

Laos era un país casi deshabitado. Hoy mismo es probable que en su enorme territorio, que es por lo menos cinco veces

el de la República Dominicana, no haya más de cuatro millones de habitantes, y entre esos habitantes hay tribus que están viviendo en una edad de miles de años atrás. Cambodia fue incorporada al protectorado francés en 1863-1864; Annam vino a quedar incluida en ese protectorado hacia el año 1886 porque en Annam hubo muchos levantamientos que hicieron difícil la toma de posesión del país por parte de Francia, que había iniciado la conquista de Annam al mismo tiempo que la de Cambodia. Tonkín había caído bajo la autoridad francesa hacia el 1874 y Cochinchina antes; pero Laos no cayó con tanta rapidez. Laos vino a ser parte del protectorado francés en el año 1893.

Debo explicar que para afirmar su posición en Indochina, esto es, para llegar a formar la Indochina Francesa, los franceses tuvieron que negociar políticamente con los chinos y con los ingleses. Con los chinos negociaron el Tratado de Tsien-Tin, firmado el 9 de junio de 1885, y dos años después quedó constituida la Unión de Indochina Francesa, que se reafirmó con la campaña militar llevada a cabo en Laos por el coronel Panneguin entre los años 1886 y 1893 y la convención o el acuerdo de Francia e Inglaterra el día 15 de enero de 1896. Esos tratados o acuerdos eran necesarios para legalizar el apoderamiento de todos esos países por parte de Francia porque los chinos habían sido los más viejos poseedores del territorio que hoy llamamos vietnamita y por tanto se consideraban con derechos políticos sobre él, derechos a los que renunciaron en favor de Francia en el Tratado de Tsien-Tin; y en cuanto a Inglaterra, ésta quería hacer avanzar las fronteras de Burma y de Siam. (Recuerden que Burma es la actual Birmania y Siam la actual Tailandia. Es fácil acordarse de Siam porque es muy conocido un tipo de gato muy bonito, de color crema y orejas y hocico negros que se llama gato siamés). Iba diciendo que los ingleses querían

llevar las fronteras de Siam hacia el este del río Mekong, y el río Mekong es de mucha importancia para toda la península de Indochina. Ese río nace en China, baja y entra en territorio de Laos, después baja y comienza a marcar la frontera de Laos con Siam o Tailandia. Los ingleses querían que la frontera de Siam estuviera del lado izquierdo del río; los franceses se oponían y al fin obtuvieron de los ingleses que aceptaran que el río Mekong marcara la frontera.

La Indochina Francesa

El Mekong es muy importante, primero porque moja las tierras de Laos; segundo, porque atraviesa Cambodia, y pasa por Pnom Penh, la capital de este último país (que por cierto es una ciudad muy agradable y muy bella) y entonces entra en lo que es Viet Nam del Sur y forma el Delta del Mekong. Esas tierras del Delta del Mekong son las más ricas de la región; son las tierras arroceras, y quiero pedirles a ustedes que no se rían ni se sonrían, pero debo informarles que el presidente títere Nguyen Van Thieu, hace unos seis años más o menos (en el 1969) hizo una reforma agraria repartiendo las tierras arroceras del Mekong entre los campesinos de la región y esas tierras les fueron compradas a sus propietarios a los cuales se les pagaron 400 millones de dólares. Un funcionario de un país de cuyo nombre no quiero acordarme, como decía Cervantes para no mencionar el lugar donde había nacido Don Quijote, tuvo que ver con esa reforma, con esa compra de las tierras arroceras y su reparto entre los campesinos del Delta del Mekong, y ese funcionario está aquí, en la República Dominicana, trabajando en la embajada de su país en este país desde hace dos o tres años (risas prolongadas, a lo que el autor reacciona diciendo: “les pedí que no se rieran”), y aclaro que todas las semejanzas que pueda haber en opinión de ustedes son absolutamente

fortuitas y el autor de esta no es responsable de ellas (más risas, que duran largo rato).*

Íbamos diciendo que por el Tratado de Tsien-Tin, que se firmó el 9 de julio de 1885, los chinos aceptaron el protectorado de Francia sobre esos tres países: el formado por Tonkín, Annam y Cochinchina; el reino de Luang Prabang que hoy se llama Laos, y Cambodia, que dentro de poco se llamará Kampuchea (y si ustedes quieren hacemos un paréntesis para explicarles por qué se llamará dentro de poco Kampuchea. Es que Kampuchea es el verdadero nombre de esa tierra. Los que nacen allí, los que mueren allí le llaman Kampuchea, aunque los más cultos le llaman Khmer porque ése fue el nombre del imperio que hubo en Camboya hace muchos siglos. Lo que pasó fue que cuando los franceses ocuparon ese territorio le cambiaron el nombre porque lo afrancesaron; probablemente le llamaron Cambochea en vez de Kampuchea, y de Cambochea se pasó a Camboya y de Camboya a Cambodia. Pero ahora, en este momento en que los verdaderos hijos del pueblo de Kampuchea están tomando posesión de su patria por primera vez en más de un siglo; ahora ese país va a llamarse Kampuchea y nosotros debemos saludarlo con ese nombre de Kampuchea) (aplausos prolongados). Pero falta algo que

* Al llegar a este punto debemos aclarar que después de haber sido transcrita la cinta magnetofónica en que se grabó la conferencia del profesor Bosch, y especialmente a la hora de decidir su publicación, el profesor Bosch quiso agregar, como lo hace en este párrafo, que el Delta del Mekong fue uno de los lugares donde comenzó la lucha por la independencia de Viet Nam contra el dominio francés, después que los franceses volvieron a ocupar el país una vez que terminó la guerra mundial de 1939-1945, y que los campesinos del Delta del Mekong fueron de los más heroicos combatientes del Gobierno Provisional de Viet Nam del Sur en la ofensiva del Tet, que tuvo lugar en el mes de febrero de 1968. La reforma agraria de Nguyen Van Thieu en el Delta del Mekong fue una típica reforma antiinsurgencia, que sin embargo no ha podido evitar la caída del gobierno títere de Saigón como resultado de la ofensiva triunfal que empezó el 10 de marzo en Ban Me Thuot.

agregar, y es que el gobierno de nuestro país reconoció al actual gobierno de Cambodia, el del traidor Lon Nol, y yo quisiera saber qué es lo que va a hacer el gobierno de este país con ese embajador de Cambodia cuando Cambodia pase a ser Kampuchea. (Risas y gritos de burla).

El acuerdo final de Francia con los ingleses para delimitar las fronteras de Burma y Siam con Laos fue posterior, naturalmente, a la toma de Laos por parte de Francia. La toma de Laos se hizo entre el año 1886 y el 1893, y el acuerdo final tuvo lugar en el 1896. A partir de ese año quedó establecida la unidad geográfica de lo que los franceses llamaban desde 1887 la Unión de la Indochina Francesa.

Esa Unión era un conjunto de estados y de semiestados muy difícil de gobernar, sumamente difícil de gobernar. ¿Por qué? Porque Francia dejó en sus puestos a los gobernantes naturales de esos pueblos y se propuso gobernar a través de ellos. Así, por ejemplo, en Cambodia había un rey, que se llamaba por cierto Norodom, y el actual jefe del gobierno revolucionario de Cambodia en el exilio es descendiente de aquel rey Norodom; y hablo del príncipe Norodom Sihanouk, que era el jefe de Estado de Cambodia con el título de rey y siendo rey por herencia renunció al título y se quedó como jefe de Estado y primer ministro con el título de príncipe y el tratamiento de sandech, palabra que quiere decir monseñor en la lengua kampuchea (y digo lengua kampuchea para que nos vayamos acostumbrando desde ahora a decir las cosas como deben decirse).

En Cambodia había un rey y en Hue estaba el emperador de Annam, y en Tonkín había una autoridad annamita, pero autónoma, y una asamblea de mandarines que gobernaba esa región; algo parecido pasaba en Cochinchina; y en Laos, que como hemos dicho era entonces el reino de Luang Prabang, había otro rey. Los reyes, como sucede actualmente

con el de Laos, cumplían funciones ceremoniales y religiosas. Todas esas autoridades fueron dejadas en sus cargos por los franceses, que en algunos casos limitaron sus poderes. Lo que hicieron los franceses fue gobernar a través de esas autoridades mediante un funcionario francés, generalmente un militar, llamado residente general. El residente general era una especie de rey de reyes o rey de emperadores, y por debajo de él se hallaban otros residentes que gobernaban ciudades de importancia; por ejemplo, había uno en Hanoi, había uno en el puerto de Haiphong, había otro en Saigón.

Por todo eso que he dicho las relaciones que había entre Francia y los diversos países de la Indochina Francesa eran muy difíciles. Pero es bueno que tengamos en cuenta que esa diversidad y esa dificultad en las relaciones políticas que mantenía Francia con sus territorios de Indochina explican en cierta medida los actuales acontecimientos. ¿Por qué? Porque Francia no pudo en ningún momento establecer sobre la Indochina un gobierno realmente unitario, y al no poder hacer eso lo que hizo fue apoyarse en una minoría de cada uno de los países indochinos que estaban bajo su autoridad. En sentido general, esa minoría estaba formada por terratenientes a los cuales los franceses fueron convirtiendo en católicos hasta que llegó el momento en que ser católico en la Indochina Francesa era una manera de identificarse con una clase social, la de los terratenientes, y también con los dominadores extranjeros que eran los franceses. Esto debemos tenerlo presente porque a la hora de explicar el levantamiento de 1945, que fue organizado bajo la dirección de Ho Chi Minh, hay que tomar en cuenta esa circunstancia debido a que ese levantamiento fue en gran medida una rebelión contra las minorías católicas y terratenientes.

La Primera Guerra Mundial

De todas maneras, a partir de 1897, que fue cuando se afirmó el poder francés en Indochina, la situación fue más o menos tirante, y diecisiete años después, en el año 1914 estalló la primera guerra mundial, y esa primera guerra mundial afectó profundamente a Francia y a todos los países capitalistas que tenían imperios coloniales.

Vamos a ver si es posible que me haga entender de ustedes en esto que voy a decirles. La Indochina Francesa era una posesión de Francia como Burma y Malasia eran posesiones inglesas. En ese momento China era una colonia de casi todos los grandes países capitalistas y hasta de algunos que no se hallaban en el número de los grandes. Había ciudades chinas, como Shangai, donde tenían ejércitos propios los franceses, los ingleses, los norteamericanos, los italianos, los austríacos; ahí nada más faltaban los dominicanos. Cuando estalló la guerra en la metrópoli, es decir, en el país que gobernaba en la Indochina Francesa, esa guerra tenía necesariamente que afectar a los países que formaban la Indochina Francesa; pero no los afectó en forma visible, porque en política hay cosas que se ven y cosas que no se ven, como me han oído decir tantas veces. En esa guerra sucedió un hecho trascendental, un hecho que hasta ahora no han estudiado los historiadores, y fue que en esa guerra, por primera vez en la historia, el sistema capitalista pisó el terreno de la única contradicción que ese sistema no puede superar.

El sistema capitalista ha podido superar hasta ahora todas las contradicciones menos una, y esa una se presentó en la primera guerra mundial.

¿Cuál es esa contradicción?

La de que la producción de los artículos que consume la humanidad llegó a ser para el tiempo del estallido de esa guerra una producción socializada, es decir, una producción que

realiza o ejecuta la sociedad, y el consumo de esa producción llegó también a ser socializado, esto es, realizado por la sociedad. Vamos a dar el ejemplo de nuestro país. Hace unos veinte años, treinta o cuarenta años, si yo quería una camisa me la hacía la señora que vivía en frente de mi casa, y me la hacía a la medida; y los zapatos me los hacía a la medida el señor Lara y después que él murió me los hacía un haitiano llamado Hueso. Eso no era ni producción socializada ni consumo socializado; eso era producción personal que hacía un artesano para una persona, que en ese caso era yo. Hoy, cuando necesito una camisa, voy a una tienda y pregunto si tienen camisas número 16 ½ de cuello, y 33 de manga de tal color; y compro esa camisa sin saber quién la fabricó, así como la persona que la fabricó no sabía para quién la hacía, y además puede haber sido no una sola persona sino muchas las que intervinieron en su fabricación; una porque manejó las cuchillas con que se cortan las telas, otra porque cosió las mangas, otra porque unió las mangas con el cuerpo de la camisa, otra porque puso los botones. Fíjense que diversas personas intervienen en la fabricación de una camisa que va a comprar una persona desconocida, o mejor dicho, se trata de miles de camisas que comprarán miles de personas; porque de esta camisa que tengo yo en este momento deben haberse hecho 5 mil ó 10 mil para 5 mil ó 10 mil personas; y eso es una producción socializada para un consumo socializado. Ahí no hay contradicción: la producción es social y el consumo es social. La contradicción se presenta en otro punto.

La contradicción sin solución

La contradicción que no puede superar el sistema capitalista está en otro punto: en que los dueños de los bienes de producción, lo mismo los que sirven para producir camisas que los que producen automóviles, aviones, zapatos, motoniveladoras,

barcos, es decir, todo lo que se fabrica y todo lo que se consume hoy en el mundo, incluyendo las armas; esos bienes de producción son de personas privadas. Eso equivale a decir que los beneficios que dejan la producción socializada y el consumo socializado van a poder de personas privadas, y por esa razón se presenta para la humanidad una contradicción que no tiene solución dentro del sistema capitalista (aplausos). El momento histórico en que esa contradicción se hizo patente en la sociedad moderna fue durante la primera guerra mundial, la de 1914-1918. Hasta ese momento no se había hecho presente a nivel mundial la crisis generada por esa contradicción, y se manifestó entonces porque la guerra de 1914-1918 fue una guerra en la que intervinieron todos los países poderosos del mundo, esto es, los países de más alto desarrollo capitalista, y en todos ellos hubo que fabricar trajes, zapatos, cañones, carabinas, municiones, gorras, para todos los soldados sin distinguir a ninguno de entre ellos. Es más, aunque era muy niño entonces, recuerdo que los ejércitos norteamericanos que combatían en Francia dijeron que no pelearían el día de Thanksgiving, en noviembre de 1917, si no les llevaban los pavos que acostumbraban comer ese día en los Estados Unidos, y hubo que enviarles apresuradamente barcos cargados de pavos, de manera que hasta los pobres pavos fueron despachados como producto socializado para el consumo socializado de los soldados norteamericanos en una guerra socializada en la producción y en el consumo, pero que no estaba socializada en lo que se refiere a los beneficios que recibían los dueños de los bienes que producían lo que se consumía en esa guerra (aplausos).

En ese momento histórico, en el momento en que apareció en la historia materializada en proporciones mundiales esa contradicción que no tiene solución posible dentro del mundo capitalista, apareció el Estado que podía resolver esa

contradicción, el único que podía resolverla; el Estado socialista en el cual la producción y el consumo serían socializados, pero también serían socializados los bienes de producción y los beneficios obtenidos con ellos; apareció en ese momento, repito, el primer Estado socialista de la humanidad (aplausos). Ese Estado fue la Unión Soviética, establecida en la antigua Rusia justamente un año antes de que terminara la guerra. Observen que ésas no son casualidades históricas. La historia, señores, no juega a la casualidad. Hay que tomar en cuenta lo que acabo de decir para comprender la cadena de hechos que vino después, esa cadena de la cual es parte, precisamente, lo que está sucediendo ahora en Viet Nam.

Ahora son aquí las 9 y cuarto de la noche del día 2 de abril y en Saigón son las 9 y cuarto de la mañana porque nosotros estamos precisamente en los antípodas de ellos. Ustedes saben qué quiere decir esa palabra de antípodas. Quiere decir que ellos tienen los pies puestos en dirección opuesta adonde los tenemos nosotros. Nosotros tenemos los pies para abajo y ellos para arriba, o al revés, pero eso sí, en la misma dirección. Cuando mi hermano y yo éramos niños nos decían que si nos poníamos a hacer un hoyo íbamos a salir a la China y una vez mi hermano estaba haciendo un hoyo y encontró la cabeza de un muñequito que para esa época venían de Alemania con cabeza, bracitos y piernas de loza y el cuerpo (vientre y muslos y antebrazos) de tela con aserrín; y al encontrar la cabecita mi hermano salió corriendo y me gritaba: “¡Juanito, Juanito, encontré un chino, encontré un chino!” “(grandes risas). ¿Y por qué creía que había encontrado un chino? Porque como estaba haciendo un hoyo creyó que había llegado a la China.

Pues bien, estando situados, como lo estamos, en los antípodas de Viet Nam, a nosotros tiene que preocuparnos lo que está pasando allá porque este mundo es uno solo y al fin y al cabo el destino que ellos tengan será nuestro destino. En este

momento no podríamos decir con seguridad lo que está pasando en Viet Nam porque lo que pasa allí es como cuando se rompe la tubería de un acueducto y el agua sale sin control, y en Viet Nam el régimen capitalista ha perdido el control político, el control militar, y nadie en ese régimen sabe en definitiva lo que está pasando. Pero de todas maneras lo que está pasando es parte de un fenómeno general que está dándose en todo el mundo.

Aparición del fascismo

Decíamos que mientras se llevaba a cabo la guerra mundial de 1914-1918, la mayor parte de la cual se libró en territorio francés a tal extremo que la ciudad de París fue bombardeada varias veces, y no por aviones sino por cañones (un gran cañón alemán llamado el Berta, sin que sepamos por qué le pusieron ese nombre en vez de haberle puesto el Berto o Alberto, lo cual da una idea de lo cerca de la capital de Francia que estuvieron los alemanes) estalló la revolución en Rusia. Eso sucedió en noviembre de 1917 y la guerra mundial terminó en noviembre de 1918; y en el 1919, como reacción contra la revolución rusa surgió en Italia el fascismo, un movimiento formado en las entrañas de la baja pequeña burguesía empobrecida por la guerra cuyo creador fue Benito Mussolini, antiguo miembro del Partido Socialista Italiano. Fíjense en los chistes que hace la historia: Mussolini fue bautizado con el nombre de Benito en homenaje a Benito Juárez, y ese hombre que llevaba el nombre de un gran luchador por las libertades de América y era además miembro del Partido Socialista Italiano fue el fundador del fascismo en Italia, y lo fundó como una respuesta de la baja pequeña burguesía de ambiciones capitalistas, no socialistas; una respuesta de la baja pequeña burguesía empobrecida de mentalidad capitalista al movimiento revolucionario marxista que había triunfado en Rusia.

El fascismo nació como un sistema de gobierno totalitario, esto es, un régimen de autoridad absoluta. El socialismo establecido en la Unión Soviética era también un régimen de autoridad total, pero para cumplir fines diferentes de los que perseguía el fascismo. De manera que el fascismo tomó el aspecto formal del socialismo (que entonces se llamaba comunismo), pero su propósito no era hacer una revolución sino mantener la sociedad establecida; y aun iba mucho más allá puesto que pretendía resucitar nada más y nada menos que el Imperio Romano, idea totalmente loca porque nada puede resucitarse, y es más, no hay nada establecido que pueda perdurar de manera indefinida porque todo camina segundo por segundo hacia la muerte. Yo estoy aquí de pie hablándoles a ustedes y ustedes están sentados oyéndome y ustedes sentados y yo parado, ustedes callados y yo hablando, todos estamos caminando hacia la muerte, porque es así como ocurre no aquí, en este salón, sino en todo el universo. De manera que si todo muere y marcha hacia la muerte sin cesar, es una locura querer resucitar lo que está muerto, como estaba muerto el Imperio Romano desde hacía siglos.

El nombre de fascismo que se le dio al movimiento de Benito Mussolini era de origen romano, porque en tiempos de Roma las autoridades civiles del imperio iban precedidas por dos funcionarios que llevaban cada uno una hacha envuelta en pedazos de madera redondos, y esas hachas envueltas en pedazos de madera se llamaban fascis en la lengua de los romanos, que era la lengua latina, y de la palabra fasces salió el nombre de fascismo, pues la fasces romana fue el símbolo del partido fundado por Mussolini. Es bueno aclarar que en muchas cosas los grupos fascistas bautizados con el nombre de Fascios di Combattimento se parecían bastante a eso que después se llamó aquí La Banda, con la diferencia de que el fascismo tenía una apariencia de ideología y una organización de partido político que no tenía La Banda.

El fascismo tomó el poder en Italia en el año 1922 de la manera más fácil, haciendo una marcha desde todos los pueblos de Italia hacia Roma; una marcha de hombres uniformados con camisas y boinas negras que no tuvieron que pisar en el camino ni un lagarto. Como en toda Europa había la crisis económica que había dejado tras sí la guerra y la inestabilidad social y política era el resultado de esa crisis en toda Europa, y naturalmente también en Italia había huelgas, y la burguesía italiana vio en el fascismo la fuerza que podía contener esas huelgas y le aconsejó al rey Víctor Enmanuel III, que era un hombrecito del tamaño de media botella, que nombrara a Benito Mussolini jefe de gobierno; y así sucedió, y el fascismo gobernó a Italia hasta que en el año 1945 entraron en Italia las tropas norteamericanas y Mussolini cayó preso, luego fue sacado de la cárcel por los alemanes, y huyó y al fin el movimiento italiano de la Resistencia lo hizo prisionero y lo fusiló.

Todo eso es otra historia, pero lo importante es que tengamos en cuenta que ya en el 1919 se había creado una respuesta pequeño burguesa, pero aliada a la burguesía, a la revolución rusa, y que esa respuesta —el partido fascista— tomó el poder en el año 1922, y ese hecho creó todo un esquema político que iba a tener pronto categoría histórica porque el triunfo fascista de Italia dio pie para la formación del partido fascista de Alemania, que fue fundado por Adolf Hitler y que se llamó nacistas o nazi en vez de fascista; y todo eso, como ustedes pueden apreciar, fue consecuencia de la guerra de 1914-1918. Ahora bien, en el año 1929 estalló la gran crisis económica del mundo capitalista y esa crisis de 1929, que seguramente ninguno de ustedes conoció porque me parece que ninguno de lo que están aquí esta noche es tan viejo como yo, fue de proporciones tan grandes que afectó a todo el mundo, al mundo entero. Es más, para que nos demos cuenta de que afectó a todos los países diré que la crisis estalló a fines

de octubre de 1929 y ya el 23 de febrero de 1930, es decir, cuatro meses después, caía aquí el gobierno de Horacio Vásquez y el 16 de agosto de ese año subía al poder Trujillo, y hechos similares pasaron en casi todos los países de la América Latina.

Fundación del Partido Comunista de Indochina

Ese año de 1930 comenzó con la crisis arrollando en todas partes y llevándose por delante todo lo que encontraba, y en Alemania esa crisis produjo lo que podríamos llamar el matrimonio del nazismo con la gran crisis moral de la derrota que había sufrido el país en la guerra de 1914-1918 y llevó a Hitler al poder en el año 1933. Y hay que tener en cuenta que el nazismo no era el fascismo a la italiana porque al fin y al cabo los italianos hacen las cosas con una actitud pagana. A mí me decía un poeta italiano que en Italia lo único serio que hay es El Vaticano (risas) y que cuando Italia sea comunista el Papa será el primer secretario general del Partido (grandes risas). En realidad, los italianos disfrutaban (desde luego hablo en sentido general) de la bufonería de Mussolini y sus seguidores, y levantaban los brazos cuando Mussolini pronunciaba sus discursos y hacía sus marchas, pero no tenían el sentido trágico de un pueblo como el alemán, que había llegado tarde al desarrollo capitalista, y además Mussolini era bufón pero no loco, como lo era Hitler, y eso tiene cierta importancia a la hora de distinguir al fascismo del nazismo. De todos modos, el fascismo italiano pasó a ser en Alemania el nazismo, y el nazismo sí fue realmente un régimen totalitario, con ambiciones de poderío mundial, cosa que no se le ocurrió nunca a Mussolini. Lo que hizo Mussolini fue caer en la aventura de Etiopía, de la cual hablaremos algún día porque me parece que los sucesos de Etiopía, como los de Portugal, van a requerir por lo menos una charla cada uno.

Bueno, el caso es que Francia, naturalmente, no se podía salvar, y no se salvó, de la crisis de 1929, y esa crisis tenía que reflejarse inmediatamente en Indochina, en esos territorios que Francia dominaba y gobernaba en el Sudeste Asiático. Los efectos de la crisis iban a sentirse más rápidamente en la Indochina Francesa por la agitación política que habían provocado en esos territorios al mismo tiempo el final de la guerra mundial y el auge del comunismo que había triunfado en Rusia y se manifestaba en China. Para entonces ya tenía unos cuarenta años de edad Nguyen Ai Quoc. Ninguno de ustedes saben en este momento quién era Nguyen Ai Quoc, y sin embargo todos lo saben, porque Nguyen Ai Quoc, señores, es una de las figuras más extraordinarias que ha dado la humanidad; una figura que no puede mencionarse si no es de pie y con profundo respeto. Nguyen Ai Quoc fue el primer nombre de guerra de Ho Chi Minh (aplausos prolongados).*

Ese Nguyen Ai Quoc fue hijo de un hombre que alcanzó a ser mandarín. Los mandarines correspondían a un estrato de la burocracia annamita; un estrato, porque había muchos, entre ellos desde los familiares en primer grado del emperador hasta los que eran funcionarios públicos. Yo conocí en Hanoi a un primo hermano del emperador Bao Dai, que desde luego era mandarín, pero mandarín del nivel más alto debido a que era familiar de sangre del emperador, y por esa razón había sido gobernador de una provincia. Cuando lo conocí era miembro de un comité especial en el cual estaban representados sectores sociales y políticos y hasta culturales, pues el rector de la Universidad de Hanoi era miembro de ese comité. El padre de Nguyen Ai Quoc fue nombrado secretario

* Su nombre de pila fue Nguyen That Thanh, según se lee en *Escritos de Ho Chi Minh*, selección y prólogo de Bernard B. Fall, Siglo Veintiuno Editores, Colección Mínima, 3ª. edición, 1975, México, pág. 12.

del Ministerio de Ritos del palacio imperial de Hue, pero no le gustaba ser mandarín; decía que “El mandarinato es la esclavitud de la esclavitud”.

En 1930 Nguyen Ai Quoc fundó el Don Duong Cong San Dang (Partido Comunista de la Indochina), cuyo programa tenía diez puntos que eran los siguientes:

- 1: Derrocar el imperialismo, el feudalismo y la burguesía reaccionaria en el Viet Nam;
- 2: Conquistar la independencia completa de Indochina.
- 3: Formar un gobierno de obreros, campesinos y soldados;
- 4: Nacionalizar la banca y demás empresas imperialistas y ponerlas bajo el control del gobierno proletario;
- 5: Confiscar las concesiones agrícolas y otras propiedades de los imperialistas y de los burgueses reaccionarios para distribuir las entre los campesinos pobres;
- 6: Aplicar la jornada de trabajo de ocho horas;
- 7: Abolir los empréstitos obligatorios, el impuesto personal y las inicuas cargas fiscales que pesan sobre los pobres;
- 8: Otorgar libertades democráticas al pueblo;
- 9: Extender la enseñanza a todas las personas;
- 10: Realizar la igualdad entre el hombre y la mujer.

Con el andar de los años ese Partido Comunista de la Indochina iba a cambiar de nombre, o mejor dicho iba a desaparecer porque en el 1941 Ho Chi Minh, que se había dado cuenta de que como líder de un partido comunista no iba a poder conseguir la unidad de los annamitas, los tonkineses y los cochinchinos para hacer la guerra de liberación contra los japoneses y los franceses, disolvió el Partido Comunista de Indochina para fundar una organización llamada Viet Nam Doc Lap Dong Minh, palabras que significan Liga por la Independencia de Viet Nam, y que se abrevian reuniendo la primera sílaba de la primera palabra (Viet) y la última palabra (Minh), con lo que vienen a quedar en Viet Minh, que pasó a

ser el nombre del ejército popular que fue organizado para llevar a cabo la revolución. El jefe de ese ejército iba a ser el genio de la guerra Vo Nguyen Giap, que hasta el año anterior había sido profesor de historia de una escuela francesa en Hanoi.

Por cierto, es bueno que ustedes sepan que cuando dio ese paso Ho Chi Minh fue duramente atacado en los centros mundiales del comunismo, y especialmente en la Unión Soviética y en la China, y se le puso el sobrenombre de El Liquidador porque según decían sus acusadores había liquidado el Partido Comunista de Indochina al cual había pertenecido durante once años; y resulta que ese liquidador, como podemos ver ahora con suficiente perspectiva histórica, ha liquidado en su país al imperio más poderoso que ha conocido la humanidad. Qué clase de liquidador ¿eh? (grandes y prolongados aplausos y voces de aprobación).

La Segunda Guerra Mundial

Pero nos hemos ido lejos, pues de lo que habíamos empezado a hablar era de la crisis económica del mundo capitalista que había empezado a fines de octubre de 1929 y se extendía por todas partes causando grandes conmociones políticas, y una de esas conmociones fue producida por esa crisis injertada en el fascismo, y muy especialmente el fascismo alemán, que como dijimos se llamaba nazismo y estaba encabezado por Adolf Hitler. Hitler llegó al poder en el 1933, y en el 1936 pasó a ocupar la Renania. ¿Y qué era la Renania? Era una región que quedaba —y queda— entre el Rhin y Francia, en la cual se hallaban grandes industrias de hierro y acero, y por esa razón había sido desmilitarizada mediante el tratado de Versalles, con el cual había quedado liquidada la guerra mundial de 1914-1918 (y de paso vayan viendo ustedes todo lo que se desprendió de esa guerra). De

acuerdo con el tratado de Versalles Alemania no podía ocupar ese territorio, ni Francia tampoco, lo que quiere decir que ese lugar era territorio neutral, pero Hitler lo ocupó inesperadamente, con tanques de guerra y tropas, y con ese paso se preparó para comenzar la segunda guerra mundial, la de 1939-1945.

Los grandes poderes mundiales que en la guerra de 1914-1918 formaron el frente llamado los Aliados (es decir, Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Italia, el Japón) no se opusieron a la ocupación de la Renania por parte de Hitler, unos porque compartían la posición política del nazismo (Italia y el Japón) y otros porque creían que detrás de la ocupación de la Renania vendría el rearme alemán, y que ese rearme estaba dirigido contra la Unión Soviética, que era por esa época el único país socialista del mundo; y todos los grandes países capitalistas soñaban con la destrucción de la Unión Soviética, de manera que como Hitler se había puesto un traje de hierro anticomunista desde que comenzó su actividad política, el hecho de que Alemania, bajo el mando de Hitler, pudiera rearmarse para atacar a la Unión Soviética les parecía a esos antiguos aliados lo mejor que podía pasar en el mundo.

Los aliados se quedaron tranquilos, pues, cuando Hitler desconoció el tratado de Versalles y ocupó militarmente la Renania, y se quedaron tranquilos, aunque un poco menos esta vez, cuando pasó a ocupar Austria y anexionó ese país a Alemania y cuando ocupó los Sudetés en el 1938 y el resto de Checoslovaquia en el 1939; pero de buenas a primeras, al comenzar el mes de septiembre de ese año, los ejércitos alemanes entraron en Polonia, con lo que empezó la segunda guerra mundial.

Debo aclarar que Austria, Checoslovaquia, Hungría, parte de Polonia, gran parte de lo que hoy es Yugoslavia y hasta

de Italia habían formado antes de terminar la primera guerra mundial el enorme imperio de Austria-Hungría. Después de la paz de Versalles, allá por el 1919, casi todos esos países se desprendieron del imperio, que desapareció y quedó limitado a lo que pasó a llamarse Austria, un pequeño país situado entre Italia, Suiza, Hungría, Yugoslavia y Alemania. Mientras Hitler avanzaba por esos territorios, los aliados no se sentían preocupados porque creían que iba camino de la Unión Soviética; y efectivamente, así parecía ser. Pero cuando entró en Polonia la situación cambió para los aliados, porque aunque Polonia estaba en el camino de la Unión Soviética, sucedía que el gobierno polaco era antisoviético y muy dependiente de Inglaterra y de Francia, a tal extremo que la toma de Polonia por parte de las tropas nazis provocó el inicio de la gran guerra mundial de 1939-1945, que comenzó el 3 de septiembre, esto es, dos días después de la entrada de los alemanes en Polonia.

Para que podamos darnos cuenta de lo que fue esa guerra y de lo importante que ha sido en la historia del mundo, debemos partir de ciertos hechos, como por ejemplo, el conocimiento de la conducta de los seres humanos. ¿Por qué los seres humanos se conducen o se comportan en tal o cual forma? Y hay que responder a esa pregunta para poder explicar por qué los alemanes fueron tan feroces en esa guerra, por qué destruyeron de manera total, o casi total, por qué demolieron la ciudad de Varsovia, la hermosa capital de Polonia; por qué hicieron matanzas de millones de judíos, por qué creyeron que iban a dominar el mundo por lo menos durante mil años, en fin, debemos saber que esa conducta de los nazistas alemanes, o mejor diremos del pueblo alemán, porque el pueblo alemán era mayoritariamente partidario del hitlerismo, no era una conducta formada a través de la educación en la escuela o en el hogar.

Los seres humanos, señores, se comportan, o aprenden a comportarse de manera inconsciente según sean las presiones que reciben determinadas por el lugar que ocupan esos seres humanos en las relaciones de producción. El partido nazi alemán como el partido fascista italiano como la oficialidad menor del ejército japonés de aquella época era de origen bajo-pequeño-burgués, y especialmente bajo-pequeño-burgués pobre y a menudo muy pobre, y sucede que el bajo pequeño burgués pobre no tiene un lugar determinado en las relaciones de producción; no es obrero ni es propietario de industrias. Los bajos pequeños burgueses medianos y altos tienen pequeñas industrias, pequeños negocios, industrias medianas y negocios medianos; pero el bajo pequeño burgués pobre o muy pobre, ese bajo pequeño burgués que salió de la guerra de 1914-1918 empobrecido por las destrucciones que provocó la guerra y por los años que pasó en las trincheras en vez de estar trabajando; ese bajo pequeño burgués pobre y muy pobre que formó el esqueleto del fascismo en Italia, la fuerza del nazismo en Alemania y la oficialidad de menor graduación de los ejércitos japoneses en los años de la gran crisis desatada en octubre de 1929, no tenía en las relaciones de producción ni siquiera el lugar indeterminado que tenían los dueños de Industrias y negocios medianos, es decir, los medianos y altos pequeños burgueses. No eran obreros, no eran capataces, no eran técnicos, no eran profesionales y tenían una necesidad violenta de ascender social, política, militar y económicamente; y eso llevó al partido fascista de Italia, al partido nazi de Alemania y a los oficiales militares japoneses de baja graduación a aliarse con los grandes capitales de sus respectivos países; no con los capitalistas medianos ni con la llamada burguesía liberal que históricamente empezaba entonces a declinar, sino con los grandes capitales que necesitaban

adueñarse de una manera firme de la parte del mundo que todavía no había sido repartida entre los grandes imperios, o de aquellas partes del mundo que habiendo sido repartidas entre los grandes imperios no estaban siendo debidamente explotadas.

Hay una curiosa coincidencia entre Alemania, Italia y Japón, una coincidencia histórica que tal vez explica el hecho de que de ellos tres salieran las fuerzas que iban a desatar y a extender por el mundo la gran guerra de 1939-1945; y es que esos tres países fueron los últimos, de entre los importantes, en llegar al capitalismo moderno, los últimos en organizarse políticamente de acuerdo con el sistema capitalista porque se conservaron hasta la mitad del siglo XIX (y el Japón hasta más tarde, hasta el 1880 y tantos) organizados como países de hábitos feudales, de artesanado feudal y además divididos en pequeños estados.

El estado, que es la sociedad organizada, depende como es lógico del tipo de sociedad que lo puebla o lo forma, y los estados alemán, italiano y japonés fueron tres estados que se militarizaron rápidamente, sobre todo después que los fascistas, los nacistas y la oficialidad joven japonesa encontraron el apoyo de los grandes capitales de sus países respectivos. Esos grandes capitales eran pocos en número, pero poderosos en dinero y en técnica y en influencias. Así, en los países fascistas, como Italia, Alemania y Japón, se reunieron los elementos sociales que hacían falta para formar estados y sociedades extremadamente crueles, que iban a llevar la guerra a límites inhumanos, como no se sospechó que podía llegar a ser en la mitad del siglo XX; y como esa guerra iba a destruir de hecho el estado francés, y la Indochina dependía de Francia, esa guerra estaba llamada a tener serias consecuencias en Indochina, tan serias que todavía hoy las estamos viendo, aunque todo indica que ya están llegando a su final.

La guerra en el Asia

La alianza entre la baja pequeña burguesía de origen pobre y muy pobre y los grandes capitales organizada para llevar a cabo conquistas mundiales y ejecutada sobre el estado de crisis general en que se encontraba el mundo capitalista a causa de la llamada gran depresión que había empezado en el 1929, fue lo que desató la guerra de 1939. Los japoneses habían empezado la guerra asiática en 1932 con la ocupación de Manchuria y la habían profundizado en 1937 con el ataque a China y la ocupación de gran parte de ese país, y los italianos habían ocupado a Etiopía en el 1935, pero lo que dio principio a la guerra mundial fue, como dijimos antenoche, el ataque de los nazis a Polonia. También dijimos que los grandes países capitalistas dejaban actuar a Hitler porque entendían que su plan era atacar a la Unión Soviética, y la Unión Soviética era la preocupación de los poderes capitalistas de aquella época porque era el único Estado socialista que había en el mundo. Pero sucedió que la Unión Soviética se adelantó a los hechos celebrando un tratado con Hitler y en virtud de ese tratado Polonia quedó dividida entre la Unión Soviética y Alemania y la primera se comprometió a proporcionarle a la segunda ciertas materias primas y la segunda se comprometió a no atacar a la primera. A causa de este tratado, Alemania consideró que quedaba con la espalda cubierta (y al decir la espalda queremos decir el Oriente o el Este) y entonces se lanzó a atacar el resto de Europa, y atacó a Francia, a Bélgica, a Holanda, a Noruega, y tomó posesión de esos países. Pero lo que nos interesa ahora para poder comprender la historia de Indochina y especialmente lo que está pasando en estos momentos en Viet Nam y en Cambodia no es lo que Alemania hizo en Noruega, en Holanda o en Bélgica sino lo que hizo en Francia. ¿Por qué? Porque Francia era el poder metropolitano, es decir, el poder que mandaba desde lejos en

Viet Nam, que entonces era, como hemos explicado, la suma de Tonkín, Annam y Cochinchina, y en Cambodia y en el reino de Luang Prabang o Laos.

¿Qué fue lo que hizo Alemania en Francia?

Pues que ocupó casi todo el país pero dejó funcionando en el Sur un gobierno, el del mariscal Petain (que no lo confunda nadie con Petán, que no era mariscal) (Grandes risas)*.

Sucedía lo siguiente: que en esa alianza de que hemos hablado de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre y los grandes capitales que dio vida al fascismo, una alianza hecha para dominar el mundo y para explotar las partes del mundo que todavía no habían sido explotadas por el gran capitalismo mundial o lo eran de manera insuficiente; en esa alianza no figuraba la burguesía tradicional; esa burguesía tradicional, que podemos calificar como burguesía media, quedó fuera de tal alianza, y en esa burguesía tradicional hubo unos sectores que se inclinaron a favor del fascismo y otros que se inclinaron contra él. El mariscal Petain y un grupo de políticos franceses que representaban el sector de la burguesía media que se inclinaba hacia el fascismo formaron ese gobierno francés favorable a los planes de Hitler, mientras que De Gaulle y otros militares y políticos del sector de la burguesía media opuesta al fascismo decidieron combatir a Hitler. Eso quiere decir que la guerra no fue una simple guerra de grandes potencias para dividirse el mundo colonial sino que fue al mismo tiempo una guerra de tipo ideológico dentro de los diversos sectores capitalistas. A partir de la baja pequeña burguesía que fue la creadora del fascismo y del nazismo y del movimiento

* El profesor Bosch se refería en esas palabras al hermano del dictador Trujillo, José Arismendi, conocido por el pueblo dominicano con el apodo de Petán. Por el simple hecho de ser hermano del dictador, Petán Trujillo alcanzó los rangos más altos en el ejército dominicano, pero no el de mariscal, que no existe en la organización militar del país.

japonés de conquista del Asia, hubo divisiones en todos los niveles de los sectores capitalistas, incluyendo los grandes capitalistas aliados que se opusieron a los grandes capitalistas partidarios del fascismo; y eso puede apreciarse claramente en el caso de Francia, donde un sector de la burguesía tradicional apoyó a los nazis y siguió a Petain.

El gobierno del mariscal Petain se trasladó a Vichy, ciudad que queda en el Sur del país, y Hitler tomó París y no intentó tomar Vichy. Ahora bien, el gobierno de Vichy mantuvo la autoridad francesa sobre todo el imperio colonial francés que estaba extendido en África, en América (donde tenía la Martinica, Guadalupe, la Guayana Francesa y el archipiélago de Saint-Pierre-et-Miquelon, cerca del Canadá); en Asia, donde poseía y sigue poseyendo varias islas conocidas por sus bellezas y su atractivo turístico, como es el caso, por ejemplo, de Tahití, y en la Indochina Francesa, es decir, aquí, en esta parte de este mapa donde podemos distinguir lo que hoy es Viet Nam y Laos y Cambodia. En el imperio colonial francés no entró un soldado alemán. En ese imperio siguió gobernando Francia a través del gobierno títere de Vichy.

Ahora bien, el 7 de diciembre de 1941 el Japón entró en esa guerra mundial. Es lástima que no tengamos aquí un mapa que nos permita seguir la línea de ataque japonés a los territorios que tenían los aliados en el Asia, pero no era fácil tener ese mapa porque hubiéramos tenido que cubrir toda esta pared de mapas y con la cantidad de gente que está rodeándome yo no podría moverme para llegar a esos mapas. De todos modos, podemos decir que aquí queda China y que al Este de China están las islas japonesas, está el Japón, llamado también, sobre todo en esos años, el Imperio del Sol Naciente. En esta dirección hay una península que es la de Corea y al sur de Corea y del Japón quedan las islas Filipinas, y más al sur, a bastante distancia, está Hawai.

Hawai era un grupo de islas pobladas por gentes pacíficas que los bondadosos y pacíficos misioneros norteamericanos tomaron en el año 1898 gracias a que viajaban en barcos de guerra armados con buenos cañones, y después que las tomaron, con sus santas biblias y otros artículos más convincentes que la Biblia porque son más mortíferos, lograron quedarse en Hawai y en las islas que la rodean, y allí están todavía. Por cierto, ustedes oirán decir muchas veces que los Estados Unidos jamás han conquistado territorios ajenos, pero Hawai fue conquistado por ellos, lo mismo que Texas, Nuevo México y California. En Hawai hay una isla llamada Oahu y en esa isla hay una bahía llamada Pearl Harbor, y en ese lugar estaba concentrada la flota norteamericana del Pacífico, es decir los buques de guerra que tenían ellos en el Pacífico, y los japoneses iniciaron su actuación en la guerra mundial atacando por el aire a la flota que estaba en Pearl Harbor. Eso sucedió el 7 de diciembre de 1941.

Los efectos de la guerra en Viet Nam

Demos ahora un pequeño salto atrás para explicar que los japoneses, que no usaban la Biblia y por tanto no tenían por qué ser más santos que los norteamericanos, hacía tiempo que estaban adueñándose de territorio asiático. En el 1895 le habían quitado a China la isla de Formosa, la actual Taiwán rebautizada por los norteamericanos con el nombre de China Nacionalista; en el 1905 habían derrotado a los rusos en la batalla de Puerto Arturo y en el 1910 se habían apoderado de Corea; en el 1932 habían conquistado Manchuria, un país situado entre Rusia y China del cual habían salido los emperadores manchúes que gobernaron en China cientos de años; y para 1941 los japoneses se hallaban en China, adonde habían entrado en son de guerra desde 1937 y habían hecho y seguían haciendo barbaridades incalificables. Cuando atacó a

los Estados Unidos en Hawai al finalizar el año 1941, ya el Japón estaba listo para lanzarse a la conquista de toda el Asia y entre los territorios que ocupó estuvo precisamente la Indochina Francesa; entró por Tonkín, ocupó Annam y la Cochinchina; entró por la península de la Malasia, luego en Indonesia por Sumatra. Al lado de Sumatra está Java, una isla que se parece mucho a la de Cuba, y después está Borneo, que es una isla muy grande, casi casi un continente; todos esos territorios y muchas islas pequeñas forman el país llamado Indonesia. Indonesia está entre los países más ricos y más poblados del mundo. Los japoneses entraron en Indonesia, que era parte del imperio holandés, y empezaron a repartirse por todas las islas vecinas y llegaron a tantas islas que todavía ahora están apareciendo en algunas de esas islas soldados japoneses de los que tomaron parte en la guerra que no se enteraron de que la guerra había terminado en el año 1945 y han venido a enterarse ahora. El año pasado aparecieron dos en dos islas distintas de las Filipinas y se supone que todavía quedan en otros lugares algunos que no se han enterado de que la paz se hizo hace treinta años.

¿Qué hicieron los japoneses para conseguir respaldo de las masas asiáticas, el respaldo que necesitaban para mantenerse en esos países que habían conquistado militarmente? Algo tenían que hacer porque por mucha que fuera su fuerza militar era imposible tener la cantidad de soldados que necesitaban para dominar con la fuerza nada más a cientos de millones de personas en territorios tan diferentes y sobre todo en miles de islas diseminadas en el Océano Pacífico y en el Índico. En China los japoneses actuaron con una violencia increíble; en ese país los japoneses hicieron cosas comparables con las que hicieron los nazis en Polonia y en los lugares donde había judíos, pero en otros países de Asia tuvieron una conducta diferente. Por ejemplo, en lo que

hoy es Viet Nam (es decir, Tonkín, Annam y Cochinchina) no tuvieron que luchar contra nadie porque el ejército francés no les hizo resistencia; al contrario, colaboró con ellos y colaboraron con ellos también los funcionarios civiles franceses. Como dijimos antes, en los países atacados por los nazis y los italianos y los japoneses hubo al mismo tiempo una guerra ideológica, y una parte de la población de esos países, encabezada por la parte pro-nazi (o pro-fascista) de la burguesía media, ayudó a los nazis, a los italianos y a los japoneses, situación que se vio con toda claridad en los territorios que hoy forman el país llamado Viet Nam (y hablo de Viet Nam del Norte y Viet Nam del Sur juntos, porque los dos forman un solo país). Ahí, en Viet Nam, lo más importante para los militares y los funcionarios civiles franceses era que se mantuviera la situación social y económica que Francia había creado allí, es decir, que los terratenientes, y especialmente los católicos, siguieran manteniendo el control del país. Quien se enfrentó a los japoneses no fue el ejército francés; fue el Viet Minh, la organización que había fundado Ho Chi Minh tal como les explicamos antenoche, y el Viet Minh se enfrentó a los japoneses con actos de sabotaje y hasta con algunas actividades militares.

Al finalizar el mes de julio, Vo Nguyen Giap, el antiguo maestro de historia francesa, que dirige el comité revolucionario de la región de Cao Bang en el Tonkín, propone la insurrección militar del Viet Minh contra japoneses y franceses y Giap va a entrevistarse con Ho Chi Minh, en el mes de septiembre, en una cueva, llamada la gruta de Pac Bo, donde vivía el líder de la revolución vietnamita porque sus seguidores no querían exponerlo a caer en manos de los franceses o de los japoneses. Ho Chi Minh dijo que todavía no había llegado el momento del levantamiento general, y es en diciembre de 1944 cuando acepta que comience la propaganda armada

para la liberación de Viet Nam. Ho Chi Minh iba a salir de las cuevas donde vivía para entrar en Hanoi, pero volvió a residir en ellas varias veces entre 1947 y 1954.

Las autoridades francesas decidieron limpiar de revolucionarios la región de Cao Bang y prepararon una expedición que debía salir para esa región el 12 de marzo de 1945, pero sucedió que tres días antes, es decir el 9 de marzo, el ejército japonés hizo presos a todos los franceses que tenían rangos en el ejército o en la administración civil; y al día siguiente la dirección del Viet Minh acuerda que el fascismo japonés ha pasado a ser el enemigo número uno de la revolución vietnamita y que por esa razón hay que aliarse a los franceses para derrotar a los japoneses. Es más, en ese momento, cuando los Estados Unidos estaban en guerra contra el Japón, Ho Chi Minh aconsejó que se aceptara también la ayuda norteamericana para derrotar a los japoneses.

El movimiento revolucionario comenzó a extenderse por todas partes y empezaba la derrota mundial del fascismo. Al comenzar el mes de mayo las tropas soviéticas habían ocupado Berlín, la capital de Alemania, y Hitler se había suicidado; Mussolini había sido fusilado por los guerrilleros de su país en julio de ese año y el 6 de agosto los norteamericanos dejaron caer en Hiroshima, Japón, la primera bomba atómica que se usó en el mundo. Ho Chi Minh ordenó entonces la insurrección general y se produjo el levantamiento de la población de Hanoi, que tuvo lugar el 19 de agosto (1945), y tras ese levantamiento quedó proclamada, el 2 de septiembre, la existencia de la República de Viet Nam (la palabra Viet Nam quiere decir El Lejano Sur). Yo estuve en el lugar donde el hombre que hasta poco antes se había llamado Nguyen Ai Quoc leyó la proclamación de la República del Lejano Sur. Era la primera vez que en la historia de Indochina aparecía ese nombre de la República del Lejano Sur, porque hasta ese momento la región de Hanoi,

donde Ho Chi Minh leía la declaración de independencia, se llamaba Tonkín, como expliqué varias veces antenoche, y la parte central se llamaba Annam y esta parte del Sur se llamaba Cochinchina, y para ir de Tonkín a Annam o de Cochinchina a Tonkín había que tener pasaporte como si se tratara de países extranjeros, a pesar de que Tonkín y Annam y Cochinchina eran territorios coloniales franceses. Digo que yo estuve en el lugar donde Ho Chi Minh leyó la declaración de independencia y no puedo evitar recordar con emoción el sitio porque yo llegué a Hanoi con la pena enorme de no poder conocer a Ho Chi Minh, que había muerto poco antes (aplausos).

Ho Chi Minh, según me contaba un amigo suyo y me confirmó después el embajador cubano en Cambodia, recordaba nuestra tierra; recordaba el puerto de Santo Domingo y decía que se llamaba Ozama, pues él hablaba palabras en Español que había aprendido mientras viajaba por el mar Caribe como pinche de cocina, esto es, como ayudante de cocinero de un barco mercante que hacía la ruta del Caribe, y ese barco tocaba en Santo Domingo y en La Habana. Mi mala suerte no quiso que lo conociera; que conociera a ese gigante de la historia que vivió humildemente, pues fue un hombre humilde. Tengo una fotografía de él que le fue tomada por sorpresa, porque a él no le agradaba que lo retrataran cuando hacía esas cosas. ¿Y qué era lo que hacía en el momento en que le tomaron esa fotografía de que hablo? Pues estaba agachado, dándole comida con su propia mano a un niño del pueblo, metiéndole él mismo una cucharita en la boca. Tengo otra fotografía de él que me fue dada por la persona que se la hizo, y en ella aparece Ho Chi Minh en el momento en que iba a montarse en un caballo. Esa foto le fue tomada poco antes de la derrota francesa de Diem Bien Phu, lo que quiere decir que debe haber sido hecha en enero o febrero de 1954, y entonces Ho Chi Minh vivía en la cueva a que me he referido dos o tres veces esta noche. El amigo

fue con una patrulla militar revolucionaria a buscar a Ho Chi Minh porque se había ganado una batalla muy importante y se habían hecho varios miles de prisioneros franceses que iban a pasar por un camino en el cual había una casa en una pequeña altura y mandaron a buscar a Ho Chi Minh para que desde esa casa pudiera él ver el desfile de los prisioneros.

Los revolucionarios vietnamitas no querían que Ho Chi Minh viviera cerca de donde se combatía porque consideraba que si tenían la mala suerte de perder un líder de su categoría difícilmente iban a encontrar quien lo sustituyera; creían que era más fácil sustituir una división de soldados de la revolución que a un hombre como Ho Chi Minh y por eso lo mantenían viviendo lejos de los lugares donde se combatía; y como para el autor de la fotografía era un hecho importante ese viaje de Ho Chi Minh, lo retrató en el momento en que iba a montarse en el caballo, y como hacía muy pocas semanas que el gran líder había muerto cuando yo estuve en Viet Nam, al darme la foto su autor me la entregó diciéndome: “Consérvela porque está relacionada con un episodio que le voy a contar a usted y que nunca se lo conté a nadie porque había cosas que él no quería que se contaran, y si yo hubiera contado la que le voy a relatar a usted ahora Ho se habría disgustado conmigo” (Debo aclarar que la persona que me habló así era más o menos de la edad de Ho Chi Minh y muy viejo amigo suyo).

Lo que él me contó fue que llevaron a Ho Chi Minh al lugar por donde iban a pasar los prisioneros franceses, y entre ellos había un muchacho que iba desnudo de la cintura para arriba, y en ese momento estaba lloviendo, estaba cayendo una lluvia fina; y entonces Ho Chi Minh bajó corriendo al camino y se quitó la chaqueta que aparece en la foto y corrió y corrió al lado de la columna de los prisioneros hasta que alcanzó al muchacho y sin que éste se diera cuenta de nada le

puso la chaqueta sobre los hombros. Al terminar de contar eso, el amigo de Ho Chi Minh me dijo: “Yo no sé si ese francés vive o está muerto, no sé en qué parte del mundo estará ahora; lo que sí sé es que él no supo nunca y seguramente no lo sabe hoy que quien le puso una chaqueta para protegerlo de la lluvia fue Ho Chi Minh” (aplausos prolongados).

La guerra del Viet Minh contra Francia

Ahora vamos a volver a la lucha del pueblo. El 19 de agosto se llevó a cabo el levantamiento de Hanoi y el 2 de septiembre se proclamaba la República del Lejano Sur, pero desde el 25 de agosto del año anterior París había caído en manos de las fuerzas del general De Gaulle, y esas fuerzas, que representaban políticamente a la burguesía francesa tradicional, defensora de lo que había sido Francia antes de caer en manos de Hitler (es decir, un imperio con colonias en varias partes de la tierra), se negaron a aceptar la libertad de Viet Nam y se endurecieron en su actitud cuando De Gaulle les devolvió en 1946 el gobierno que había estado ejerciendo de manera provisional. Ho Chi Minh y el Viet Minh hicieron todos los esfuerzos por evitar la guerra con los franceses; Ho Chi Minh fue a Francia y estuvo allí varios meses tratando de negociar un acuerdo de independencia pacífica y a largo plazo. Pero fue imposible lograr el acuerdo. El 20 de diciembre de 1946, él y Vo Nguyen Giap consiguieron huir Hanoi y volvieron a la llamada Región Alta del antiguo Tonkín donde pasarían a dirigir una guerra que iba a durar varios años, hasta que el poder de Francia en Viet Nam quedó destruido en la batalla de Diem Bien Phu.

Esa guerra la hicieron los franceses con el apoyo de la Gran Bretaña y de China. China se hallaba entonces en medio del proceso revolucionario que llevaban a cabo los comunistas dirigidos por Mao Tse-Tung contra las fuerzas reaccionarias

del Kuomintang encabezadas por Chiang Kai-shek. Gran Bretaña y China (la China de Chiang Kai-shek) eran entonces los dos países más importantes de Asia, porque Francia tenía el poder en Indochina, pero Inglaterra y China lo tenían en la India, Birmania, Malasia y China; y Gran Bretaña y China, así como también Francia, controlaban junto con los Estados Unidos a las Naciones Unidas, que habían sido fundadas en San Francisco de California en junio de 1945, y desde el momento mismo de su fundación esos cuatro países tenían el poder de vetar cualquier medida que se tomara en los territorios del Asia.

La guerra comenzó en Viet Nam al finalizar el año 1946 y en ella se reveló como un genio militar Vo Nguyen Giap, aquel pequeño y joven profesor de historia de Francia de quien nadie podía esperar que iba a ser un gran guerrero; pero esas son las sorpresas que da la historia. Mao era poeta y Ho Chi Minh era también poeta y los dos se convirtieron en grandes revolucionarios y en grandes líderes de sus pueblos y de la humanidad.

La guerra de independencia de Viet Nam fue llevada a cabo no solamente contra Francia sino también contra Inglaterra y China, que ayudaron a Francia políticamente pero también con armas y con hombres. Gran Bretaña y China desembarcaron hombres en Viet Nam para ayudar a los franceses, y desde 1952, bajo el gobierno de Harry Truman, los Estados Unidos empezaron a intervenir en esa guerra, y mientras públicamente se proclamaban los campeones mundiales en favor de la libertad de los pueblos colonizados, en privado le daban ayuda a Francia. La primera ayuda fue de 10 millones de dólares, pero dos años después esa ayuda pasaba de mil 400 millones; y además, según consta en los *Papeles del Pentágono*, el Consejo Nacional de Seguridad, que es la autoridad más alta de los Estados Unidos en materia de política exterior, cuyos acuerdos tiene que cumplir todo el mundo, desde

el presidente de la República para abajo, estableció con toda claridad que los Estados Unidos no podían aceptar de ninguna manera el triunfo del Viet Minh en Viet Nam porque ese sería un triunfo del comunismo internacional.

¿Qué acontecimiento había llevado a los gobernantes norteamericanos a pensar así, a afirmar oficialmente que no podían aceptar el triunfo del Viet Minh en Viet Nam?

Lo que había pasado era que desde el año 1949 Chiang Kai-shek había perdido la guerra en China y China había pasado a ser un país socialista, y China tenía (y tiene) frontera con Viet Nam, esta frontera que ustedes pueden ver en este mapa; y además de tener esa frontera terrestre, tiene frontera marítima, todo este mar que se llama precisamente Mar del Sur de la China y baña las costas chinas y también las de Viet Nam. Y debido a esos hechos geográficos los gobernantes norteamericanos consideraron que la victoria del Viet Minh en Viet Nam significaría la expansión del comunismo chino hacia la Indochina Francesa, y se inventaron una teoría asombrosa, que acaba de ser repetida, ahora por el presidente Ford y por el secretario de Estado Kissinger, y estoy refiriéndome a la llamada teoría del dominó. ¿Qué quería decir la teoría del dominó? Pues quería decir nada más y nada menos que si Viet Nam caía en manos de los comunistas caerían también en manos comunistas todos los países que quedaban hacia el Oeste de Viet Nam, hasta llegar a Europa y todos los países que le quedaban al Este, incluyendo el Japón. ¿De dónde sacaron esa idea tan descabellada? Pues la sacaron del hecho de que cuando se ponen las fichas de dominó paradas una al lado de la otra, si se le da un golpe a la de adelante todas las que le siguen se caen (grandes risotadas y aplausos). Yo admito que en una escuela de retrasados mentales haya un grupo de ellos que acepten la teoría del dominó, pero quisiera que alguien me dijera qué rayos tienen

que ver las fichas de dominó paradas con los países, su historia y sus problemas (grandes risas del público).

En el año 1952 se adoptó oficialmente en los Estados Unidos la teoría del dominó en relación con Viet Nam. Sin embargo, desde el año 1945, al terminar la segunda guerra mundial, varios países europeos habían pasado a ser socialistas. Hasta ese momento sólo había habido en el mundo un país socialista que era la Unión Soviética, pero de 1945 en adelante pasaron a ser socialistas Bulgaria, Rumanía, Yugoslavia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y una parte de Alemania. Es decir, el socialismo se había instalado en Europa, y si el socialismo se había instalado en Europa desde 1945, ¿qué necesidad había de que cayera la ficha de dominó llamada Viet Nam para que cayeran también las fichas europeas? Es más, el socialismo se había instalado en Europa y sin embargo no había llegado a Italia ni a Francia ni a Inglaterra; no llegó a Suecia, no llegó a Holanda, no llegó a Bélgica. Con un simple conocimiento de geografía, cualquiera se daba cuenta de que la teoría del dominó era una estupidez, pero esa estupidez se impuso en los Estados Unidos, y como les dije, ya cuando se perdió la batalla de Diem Bien Phu en mayo de 1954, la ayuda norteamericana a Francia era de mil 400 millones de dólares para evitar que se cumpliera la estúpida teoría del dominó.

La intervención Norteamericana

Al perder la batalla de Diem Bien Phu los franceses aceptaron que reconocían la independencia por lo menos de una parte de Viet Nam, esa parte que después pasaría a llamarse Viet Nam del Norte, y que en cuanto a la extensión de la independencia a la parte que ahora se llama Viet Nam del Sur, eso debía ser decidido por una votación del pueblo de los dos Viet Nam, el del Norte y el del Sur. Por lo menos, así se acordó en la Conferencia de Ginebra, que estaba celebrándose

precisamente cuando los franceses perdieron la batalla de Diem Bien Phu. En la Conferencia de Ginebra se acordó la partición provisional de Viet Nam por el Paralelo 17; y se trataba de una partición provisional porque duraría dos años. Todavía en ese momento no existían en realidad ni Viet Nam del Sur ni Viet Nam del Norte.

¿Pero qué ocurrió?

Que antes de ir a Ginebra, donde debían participar en la conferencia llamada a resolver el conflicto indochino junto con la Unión Soviética, con China, con Inglaterra y con Francia, los Estados Unidos enviaron sus diplomáticos más entrenados a organizar rápidamente un tratado de los países del Sudeste de Asia, el llamado Tratado de la SEATO.

¿Cuál era la finalidad que se buscaba creando esa organización?

La finalidad que se buscaba era que cuando se fuera a Ginebra ya existiera un organismo internacional en el cual figurara un país llamado Viet Nam del Sur que de hecho no existía ni había existido nunca.

Y para lograr eso, ¿qué hicieron los norteamericanos?

Pues volvieron a la vieja posición de los franceses; se apoyaron en los católicos a los que ofrecieron devolverles sus tierras (y se las devolvieron efectivamente) y escogieron a un hermano de un arzobispo católico vietnamita que vivía en un convento en los Estados Unidos (el hermano, no el arzobispo), un señor que se llamaba Ngo Dinh Diem; se lo llevaron a Viet Nam del Sur y lo pusieron a trabajar en los problemas de los refugiados del Norte (porque en los acuerdos hechos con los franceses por el Viet Minh se autorizó que los vietnamitas del Sur que querían vivir en el Norte podían irse al Norte y los del Norte que quisieran vivir en el Sur podían irse al Sur). Entre el Sur y el Norte había, pues, un cruce de refugiados, y sin que tuvieran ninguna autoridad para ello de

parte del Viet Minh o de los franceses, los Estados Unidos pusieron a Ngo Dinh Diem a dirigir el trabajo de los refugiados y de buenas a primeras de ahí pasó a ser primer ministro de un gobierno que no existía. A esta hora todavía no se sabe quién nombró a Ngo Dinh Diem primer ministro. En Annam había habido un emperador, el emperador Bao Dai, que vivía en Hue, pero ese emperador había abdicado, es decir, había renunciado a su cargo hacía años y desde el 2 de septiembre de 1945 lo que existía era la República de Viet Nam, que se había declarado en esa fecha independiente de Francia.

Bueno, el caso es que apareció Ngo Dinh Diem como primer ministro o jefe de un gobierno que no existía y detrás de él resucitó Bao Dai como emperador que reconocía a Ngo Dinh Diem como primer ministro, e inmediatamente detrás de esa maniobra de prestidigitador los norteamericanos inventaron unas elecciones muy parecidas a las que conocemos los dominicanos después de la intervención yanqui de 1965, y en esas elecciones resultó Ngo Dinh Diem elegido presidente de la república y el pobre Bao Dai dejó de ser emperador, salió de Viet Nam y todavía está viviendo en Francia.

Lo primero que hizo Ngo Dinh Diem tan pronto se creyó que era presidente fue perseguir a todos los vietnamitas del Sur que habían luchado con el Viet Minh. Con esa persecución comenzó un reinado de terror que solamente un pueblo muy disciplinado, como son los pueblos asiáticos, podía resistir sin responder a las agresiones de que era objeto, y no las respondía porque las instrucciones que recibieron los vietnamitas del Sur del partido que los dirigía (es decir, el Viet Minh) fue actuar políticamente y no usar ni las armas ni ninguna forma de violencia para responderle a Ngo Dinh Diem. Pero llegó un momento en que ya no fue posible seguir resistiendo los atropellos y entonces comenzó el movimiento de liberación de Viet Nam del Sur.

Al mismo tiempo que ocurría eso en Viet Nam del Sur empezaba un movimiento de liberación en Laos que fue iniciado por un pequeño partido organizado nada menos que por un príncipe, el príncipe Suvana Phong. En Laos había un rey y todavía hay un rey. Ese rey sigue allí, viviendo en Luang Prabang, que como les decía hace dos noches es la ciudad real de Laos, el lugar donde vive el rey, mientras que el asiento del gobierno, es decir, la ciudad donde viven los ministros o, como les llamamos aquí, los secretarios de Estado, es Vientiane, que está aquí abajo, pegada al río Mekong. El príncipe Suvana Phong es hijo del rey anterior al actual y además es medio hermano del jefe de gobierno, el príncipe Souvana Phouma. El rey de Laos no gobierna. Es un rey que sólo actúa en ceremonias, entre las cuales están las que se celebran cuando recibe al representante de un país extranjero, digamos a un embajador.

Laos es un país sumamente subdesarrollado. En el momento en que pasé por Indochina, van a hacer seis años, a Laos se le calculaban 3 millones de habitantes, de los cuales una gran mayoría pertenecían a varias nacionalidades. Entre esas nacionalidades que hablan idiomas extraños y se visten y viven de manera diferente a los demás habitantes de Laos están los meos. Los meos son tribus de las montañas que hasta ahora han estado viviendo especialmente de traficar con opio. Vendían opio en Tailandia y en Birmania y también se las arreglaban para vender opio en Singapur y en Hong Kong y en otros lugares parecidos de esa región del Asia. Un meo que fue sargento del ejército francés fue el hombre escogido por la CIA para que formara el ejército anticomunista de Laos, y lo escogió la CIA porque la guerra de Laos no fue hecha por el ejército de los Estados Unidos sino por la CIA debido a que esa fue una guerra secreta, que se hizo violando un acuerdo internacional que habían firmado los Estados Unidos. La decisión de poner a la CIA al

frente de la guerra de Laos fue tomada por el presidente John F. Kennedy, hecho curioso porque John F. Kennedy había acabado de tener el fracaso de Bahía de Cochinos en Cuba y había dicho que no se metería en actividades secretas para tumbar gobiernos, y sin embargo dos meses después disponía que la CIA, que fue la que organizó la invasión de Bahía de Cochinos, organizara y dirigiera la guerra de Laos contra los guerrilleros del Phatet-Laos.

La criminal guerra norteamericana

El hecho de que los norteamericanos llevaron la guerra a Laos resultó favorable para la gente de Viet Nam del Norte cuando llegó el momento en que la guerra que se les hacía se convirtió en la más criminal que ha conocido la historia humana. En los primeros años los norteamericanos no se atrevían a hacer la guerra en Viet Nam de manera abierta. En esa guerra ellos fueron entrando poco a poco. Violaron los acuerdos de Ginebra para llevar consejeros militares que bajo el gobierno de John F. Kennedy alcanzaron a ser un poco menos de 18 mil y con Lyndon B. Johnson, ese santo varón, llegaron a 500 mil. Parece que Johnson sabía menos aritmética que Kennedy y para mantener en Viet Nam 500 mil soldados hizo pasar por allí 2 millones 600 mil soldados. Esa cantidad enorme comenzó a pasar por Viet Nam especialmente a partir del año 1965, porque la guerra de Viet Nam se convirtió en la guerra monstruosa que iba a ser después de la intervención armada que sufrimos los dominicanos. En los primeros días de la intervención aquí se dio la noticia de que ya en Santo Domingo había tantos soldados como en Viet Nam, casi 20 mil; y al final de ese año ya en Viet Nam había más de 200 mil.

Hace un momento dije que la guerra que hicieron los norteamericanos en Viet Nam ha sido la más criminal que ha

conocido la humanidad y es necesario que les explique con algunos ejemplos por qué lo dije.

Es bueno que tengamos en cuenta que Viet Nam del Norte, que fue la parte que recibió el peso mayor de la guerra, es un territorio pequeño, que no llega a ser cuatro veces el de la República Dominicana, y en ese territorio los norteamericanos tiraron más toneladas de bombas que todas las que se habían lanzado en el mundo entero en la historia de la humanidad. Millones y millones de bombas se tiraron sobre ese pequeño país que cuando yo pasé por allí no tenía más de 16 ó 17 millones de habitantes. Se tiraron bombas para destruir la tierra, se tiraron bombas para destruir los ríos, se tiraron bombas para destruir los diques, es decir, las represas, se tiraron bombas para destruir las viviendas. Repito que yo estuve en Viet Nam; que yo vi aquello; que soy testigo de primera mano. Yo vi destruidas las ciudades con sus iglesias, con sus asilos de ancianos, con sus escuelas, con sus bibliotecas, con sus kindergartens o escuelitas infantiles totalmente destruidas. Yo vi ciudades donde no quedaba nada en pie. Yo vi los campos totalmente arrasados. En Viet Nam no se construían aldeas, es decir, lugares campesinos con las casas juntas o unas cerca de las otras; en Viet Nam se construían casas aisladas porque cada campesino tenía un pedazo de terreno delante de la casa que estaba enladrillado, y eso se hacía para tener un lugar en qué poner el arroz al sol, y por esa razón las casas estaban aisladas, separadas una de la otra. Pues bien, en muchos casos los aviadores norteamericanos tiraron 20, 25 y hasta 30 bombas para destruir una casa de éstas, porque con toda su capacidad técnica, con toda su terrible capacidad para matar, tenían muy mala puntería (risas y aplausos).

Los monstruosos bombardeos de Viet Nam, señores, tenían la finalidad de destruir todo lo que había en ese país, pero no pudieron destruir la decisión de lucha del pueblo de

Viet Nam. Eso no fue posible porque esa decisión estaba más allá del alcance de los aviones y de las bombas que empleaban los norteamericanos. Esa decisión de defender su libertad no pudieron localizarla los aviadores yanquis con sus miras electrónicas ni pudieron destruirla con sus potentes bombas.

En alguna parte he contado, y ahora no recuerdo si lo hice alguna vez por escrito o sólo de viva voz, que en miles de cráteres gigantescos, tan grandes como este salón y algunos bastante más grandes, cráteres no de volcanes sino hechos por bombas de varias toneladas de explosivos, los vietnamitas se dedicaban a criar camarones y patos, cosa que podían hacer porque cuando llovía esos cráteres se llenaban de agua; y en algunos que otros de ellos encontré letreros que traducidos a nuestra lengua decían: “Esta crianza de camarones y de patos se lleva a cabo gracias a la colaboración espontánea de la fuerza aérea norteamericana” (risas y aplausos prolongados).

Pero no sigamos ahora por este camino y volvamos a lo que estábamos diciendo de los acuerdos de Ginebra. Según esos acuerdos en Viet Nam debía haber elecciones en el año 1956, pero sucedió que el general Eisenhower, ese hombre tan bueno (grandes risas), dijo que si se hacían elecciones en Viet Nam el que las iba a ganar iba a ser Ho Chi Minh, y por tanto era mejor no hacerlas. Esos modelos de grandes demócratas son los que nos presentan a nosotros como ejemplos y durante mucho tiempo yo estuve creyendo en esas mentiras, estuve creyendo en ese engaño llamado democracia representativa, y debo decirles a ustedes esta noche que si es verdad que la intervención militar de nuestro país me despertó del sueño de las ilusiones democráticas, lo que me llevó a estudiar a Marx y a Engels (aplausos prolongados que no dejan hablar al orador)... lo que me llevó a estudiar a Marx y a Engels fueron los crímenes de Viet Nam (grandes aplausos); porque lo de Santo Domingo podía ser un error, pero lo de Viet Nam

no era un error. Lo de Viet Nam era un asesinato en masa y constante que se llevaba a cabo fríamente todos los días. Todos los periódicos del mundo publicaban a diario noticias procedentes de Saigón y de otras ciudades vietnamitas en las que la Associated Press o la United Press International decían siempre más o menos lo mismo en palabras tan parecidas que parecía que copiaban todos los días lo que habían publicado el día anterior cambiando sólo el número de muertos. Esos cables decían más o menos así:

“Ayer murieron mil 138 vietnamitas en combate; ayer destruimos tales y cuales ciudades o puentes o concentraciones enemigas; ayer hicimos tales y cuales destrozos en tal parte de Viet Nam del Norte”; y así seguían día tras día, día tras día. Nunca antes el mundo había conocido tanta frialdad en comunicar crímenes masivos; y eso era al mismo tiempo un crimen contra la conciencia norteamericana, porque ningún pueblo puede vanagloriarse de esa manera de estar cometiendo un crimen permanente contra otro pueblo que es mucho más débil y que nunca hizo nada que pudiera justificar esos ataques asesinos (aplausos prolongados).

Desde luego, como de acuerdo con la democrática decisión del presidente Eisenhower celebrar las elecciones de 1956 que debían hacer los vietnamitas era antidemocrático, esas elecciones no se celebraron, y lo que se celebró, aunque eso sí, algunos años después, fue el asesinato de Ngo Dinh Diem. Ngo Dinh Diem creyó que él podía ser al mismo tiempo un títere de los Estados Unidos y un gobernante independiente; creyó que podía ser presidente inventado de un país inventado, ser dizque nacionalista y tener al mismo tiempo el apoyo yanqui (risas) y como era natural fue derrocado por un golpe de Estado organizado por los Estados Unidos, según podemos saberlo hoy leyendo documentos oficiales norteamericanos. Ngo Dinh Diem se equivocó como me equivoqué yo,

pero a mí no me hicieron presidente ellos sino el pueblo dominicano, y tal vez por eso a pesar de habernos equivocado los dos él está muerto y yo estoy vivo (aplausos prolongados).

El caso de Cambodia

Y ahora dejemos por un rato a Viet Nam, que está cayendo a pedazos en manos de sus libertadores, y pasemos a Cambodia, que está ya también a punto de ser liberada por el Khmer Rojo.

¿Qué fue lo que pasó en Cambodia?

Debemos saberlo porque los hechos de Cambodia son sumamente importantes en la historia de Indochina, y especialmente de la Indochina Francesa. Si la existencia de un movimiento revolucionario en Laos facilitó el paso de las fuerzas de Viet Nam del Norte hacia esa invención norteamericana llamada Viet Nam del Sur a través de lo que los yanquis bautizaron con el nombre de la Ruta de Ho Chi Minh por entre las selvas laosianas, los acontecimientos de Cambodia han hecho posible, o más fáciles, otros acontecimientos trascendentales que han tenido lugar en Viet Nam.

Cambodia fue declarada independiente por los franceses en el año 1949; pero independiente dentro de la llamada Unión Francesa de Indochina. Tal vez los franceses no quisieron que se repitieran en Cambodia los hechos ocurridos en Tonkín (es decir, en lo que después se llamaría Viet Nam del Norte), pero además no tenían necesidad de repetir en ese país los errores que habían cometido en Tonkín por varias razones; una de ellas era que siendo Cambodia un país mucho menos desarrollado que Tonkín o Annam o la Cochinchina, las fuerzas revolucionarias cambodianas, si era que las había, tenían que ser necesariamente mucho más pequeñas y también menos desarrolladas que las de esos otros puntos de la Indochina Francesa.

Quizá por esas razones los franceses quisieron adelantarse a los acontecimientos que desataría una lucha del pueblo khmer por su independencia y después de proclamar la independencia del país, pero dentro de la Unión Francesa (lo que significaba que la política exterior del país y sus fuerzas armadas estarían bajo el control de Francia), llamaron a gobernar Cambodia a un heredero de los antiguos reyes del país. Ese heredero era entonces un muchacho de 18 años que vivía en Saigón y se llamaba Norodom Sihanouk. (Debo decir en este momento entre paréntesis que el Partido decidió hoy enviar un cable al príncipe Norodom Sihanouk a Pekín, la capital de China que es donde él está residiendo; que tengo aquí ese cable y que lo voy a leer inmediatamente para que ustedes lo conozcan. El cable está escrito en francés, y en español dice así: “Le acompañamos a Usted y a la Unión Nacional de Kampuchea hasta la victoria. Juan Bosch, Partido de la Liberación Dominicana”) (Aplausos prolongados). Y una vez leído el cable sigo con la historia que les estaba contando.

Como les había explicado hace unos minutos, al quedar Cambodia dentro de la Unión Francesa, las fuerzas militares cambodianas eran las de Francia, pero Norodom Sihanouk, a pesar de su juventud, era un negociador muy hábil, y a base de esa habilidad para negociar consiguió que los ejércitos franceses salieran de Cambodia antes de que Francia perdiera en el Tonkín la gran batalla de Diem Bien Phu, que fue una batalla decisiva para la suerte de Francia en Viet Nam.

Ahora bien, señores, tan pronto como Norodom Sihanouk vio su país libre de los ejércitos franceses, lo que significaba que a partir de ese momento podía desarrollar una política internacional verdaderamente nacional, declaró a Cambodia neutral en la lucha que se llevaba a cabo en Laos y en Viet Nam. Declaró neutral a su país, pero llevó esa neutralidad adelante de manera muy hábil y hasta sus últimas consecuencias,

digamos, a las últimas consecuencias posibles sin arriesgar la posición de su país. Así, por ejemplo, mantuvo relaciones diplomáticas con el gobierno de Saigón y también las mantuvo con el Gobierno Revolucionario de Viet Nam del Sur y al mismo tiempo tenía relaciones diplomáticas con Hanoi, es decir, con Viet Nam del Norte; y es más, estuvo presente en el entierro de Ho Chi Minh. Pero al mismo tiempo Norodom Sihanouk tenía relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y las tenía con el gobierno de la China Popular, la de Mao Tse-Tung, y tenía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Para que ustedes se den cuenta de la audacia con que Norodom Sihanouk jugaba su carta de la neutralidad les daré un ejemplo que puede ayudar a comprender la situación mejor que todo lo que les he dicho. Pnom Penh es una ciudad muy bella, realmente bella; una ciudad trazada por los urbanistas franceses del siglo pasado que fueron los mejores urbanistas de la época sobre todo en el trazado de ciudades de la zona tropical, como es el caso de Pnom Penh. Pues bien, en Pnom Penh había una avenida que se llamaba Mao Tse-Tung y había otra avenida que se llamaba Josef Stalin y el propio príncipe Norodom Sihanouk tenía un hijo estudiando en la Unión Soviética y otro en Pekín, la capital china (risas).

El golpe contra Norodom Sihanouk

Sucedió, sin embargo, que Sihanouk tuvo que romper sus relaciones con el gobierno de los Estados Unidos, porque, tal como me dijo él mismo (es decir, que no hablo por lo que les oí a otros sino por lo que le oí a él en persona), “no era posible mantener relaciones diplomáticas con esa gente porque los agentes de la CIA me salían por todas partes; me salían de adentro de las mangas; me salían de un bolsillo, me salían de una oreja. Bueno, me salían de todas partes y los encontraba adonde quiera que iba” (risas).

Sí, la CIA le hizo imposible la vida a Norodom Sihanouk; o mejor dicho le hizo imposible el mantenimiento de la neutralidad de Cambodia; y por eso el príncipe rompió relaciones con el gobierno de los Estados Unidos. Pero cometió el error de restaurarlas; o tal vez más que error, fue presionado de tal manera por los camboyanos que querían hacerse ricos con los dólares norteamericanos que tuvo que restablecer las relaciones.

En principio, esas relaciones estaban establecidas ya cuando yo estuve en Cambodia, aunque todavía no había llegado a Pnom Penh el embajador yanqui. No había llegado el embajador, pero sí habían llegado varios militares norteamericanos, de los que iban a formar la misión militar de su país en Cambodia, y esos militares se hospedaban en el mismo hotel en que me hospedaba yo; y debo confesarles a ustedes que ver a esos militares yanquis en Pnom Penh me dio muy mala espina y esa noche me fui a hablar con el embajador cubano en Cambodia, que era el mismo que había presentado credenciales como embajador de Cuba en plena selva ante el Gobierno Revolucionario de Viet Nam del Sur, es decir, el gobierno del llamado Vietcong.

Ese embajador cubano, amigo personal mío desde que yo vivía en Cuba, conocía muy bien la situación de Cambodia y sabía que había en el gobierno de Norodom Sihanouk gente que conspiraba contra él, y ya habíamos hablado antes de eso; y esa noche le dije: “He visto oficiales norteamericanos en el hotel y eso me huele mal; no me gusta nada y no veo claro el porvenir de Cambodia”; a lo que él me respondió: “Efectivamente, hay motivo para preocuparse; yo también creo que la presencia de esos militares yanquis significa un peligro para el país; pero al mismo tiempo tengo que reconocer que Norodom es lo suficientemente hábil para evitar lo peor”.

Esa conversación tenía lugar en el mes de noviembre de 1969, y el 17 de enero de 1970, es decir, dos meses después, estando yo en París, leí, como lo hacía todos los días,

un periódico norteamericano llamado *The Herald Tribune* que se publica en París y se vende únicamente en los países de Europa; un periódico que yo leía para enterarme a través de él de los planes políticos norteamericanos que el gobierno yanqui no quería que se conocieran en los Estados Unidos; y ese día me encontré en *The Herald Tribune* de París con un cable enviado desde Saigón que me llevó a escribir un artículo (en esa época yo escribía para una agencia de noticias llamada Amex); y el artículo se llamaba Malos Días para Cambodia.

¿Por qué escribí un artículo con ese título? ¿Qué quería yo decir con esas palabras de malos días para Cambodia?

Lo que quería decir era que los Estados Unidos habían resuelto tumbar a Norodom Sihanouk para poder meter a Cambodia en la guerra de Viet Nam. Lo que no sabía entonces era lo que todo el mundo sabe ahora, que el hombre que dirigió esa acción fue Henry Kissinger, que por esos tiempos no era secretario de Estado de los Estados Unidos como lo es ahora, pero era ya el más importante de los consejeros de Nixon en política internacional; era el hombre que decidía en ese terreno lo que debían hacer los Estados Unidos.

Yo escribí el artículo Malos Días para Cambodia el 17 de enero y el gobierno del príncipe Norodom Sihanouk fue derrocado el 18 de marzo, es decir, dos meses después. Y ahora, tal como vemos que van los acontecimientos de Cambodia, y sabiendo como sabemos ya el papel que jugó Kissinger en el golpe del 18 de marzo, podemos decir que Kissinger cometió su primer gran error diplomático antes de que entrara a funcionar como secretario de Estado de los Estados Unidos (grandes aplausos).

(Señalando el mapa de Cambodia). Aquí hay una palabra escrita que quizá muchos de ustedes no alcanzan a ver. Esa palabra es Sihanoukville, nombre de un puerto que construyó el príncipe Sihanouk. Cuando yo pasé por Cambodia

ese puerto estaba todavía en construcción y tenía unos 14 mil habitantes. Un poco más hacia acá hay otro pequeño puerto llamado Ream.

El cable publicado en el *Herald Tribune* de París decía cosas tan absurdas como ésta: que en Sihanoukville había 25 mil soldados chinos, que en Ream había otros miles de soldados chinos. Esos eran lugares abiertos adonde iba el que quisiera, sin que nadie lo parara en la carretera, porque en los dos hay playas públicas. Era totalmente imposible que en una ciudad de 14 mil habitantes hubiera además de esas 14 mil personas 25 mil soldados extranjeros y era completamente imposible que en un lugar abierto donde podía haber agentes de la CIA y agentes chinos y agentes soviéticos pudieran desembarcarse barcos llenos de armas, como decía el *Herald Tribune*, para llevarlas a Viet Nam del Sur por el río Mekong.

Pero lo grave del cable del *Herald Tribune* no era eso que acaban ustedes de oír; para mí lo grave, lo gravísimo, lo que me confirmaba en las sospechas que había tenido en Pnom Penh de que los yanquis iban a derrocar al gobierno de Norodom Sihanouk era la parte final de ese cable, porque en esa parte final se reproducían unas declaraciones que había hecho Spiro Agnew (ustedes saben, el vicepresidente ese que tuvo que renunciar por amigo de lo ajeno), que por esos días había hecho un viaje a Saigón, y en esas declaraciones, las únicas que había hecho en ese viaje (lo que me llevó a pensar que el viaje había tenido como única finalidad hacer esas declaraciones en Saigón), decía que entre las autoridades norteamericanas de Saigón había mucha preocupación con el paso de armas por la Ruta de Sihanouk y explicó que esas armas eran trasladadas a Viet Nam desde Sihanoukville.

Volviendo a mi artículo, ya expliqué que lo escribí en enero de 1970 y que dos meses después Norodom Sihanouk estaba derrocado. Aprovecharon que él fue a Francia para someterse

a un tratamiento médico y lo derribaron y en su lugar colocaron como presidente de la República a Lon Nol, ese general Lon Nol que acaba de salir hace dos o tres días para Indonesia, dizque en viaje de salud, cuando la verdad es que lo sacaron para salvarle la vida y los millones que se lleva; y hay que salvarle la vida porque él es uno de los siete jefes militares condenados por el ejército revolucionario llamado Khmer Rojo, que es el ejército de Kampuchea, el de la Cambodiam revolucionaria. Antes de Lon Nol había salido del país el general Sosthenes Fernández. Ustedes se preguntarán cómo se explica que en Cambodiam haya persona con ese nombre que parece dominicano, y eso se explica porque ese señor era hijo de filipinos y Filipinas, como nuestro país, fue conquistada y colonizada por los españoles, de manera que en el pueblo se usan mucho los nombres y apellidos españoles aunque la masa del pueblo no hable español.

¿Quién organizó ese golpe para derrocar a Norodom Sihanouk? No lo sabíamos; nadie sabía que ese golpe había sido organizado por Henry Kissinger, porque el nombre de Kissinger no sonaba entonces en los Estados Unidos y sin embargo era el jefe del Consejo Nacional de Seguridad, el Consejo ese de que hablé al comenzar estas palabras esta noche diciendo que es la autoridad más alta de los Estados Unidos en cuestiones de política externa, de política exterior, sobre todo cuando se trata de problemas de guerra. Tengo aquí unas declaraciones de algunos miembros de ese Consejo de Seguridad Nacional que trabajaron en aquella época con Kissinger; ahora no encuentro esas declaraciones y sería penoso que se me hayan quedado en mi escritorio, pero uno vive entre papeles y se ahoga entre papeles. El caso es que esas declaraciones son de tres miembros del Consejo de Seguridad a que vengo refiriéndome que trabajaban en esa época con Kissinger y se opusieron a que se diera el

golpe en Cambodia y tuvieron que renunciar a sus cargos entre otras cosas porque como opinaron en contra del golpe comenzaron a creer que eran comunistas y les colocaron en sus teléfonos aparatos para oír lo que hablaban. Y esa gente se oponía al golpe porque decía que lo que iba a conseguirse con él era llevar a Cambodia a la guerra, y en su opinión eso iba a ser un grave error; y efectivamente, lo que se quería era llevar a Cambodia a la guerra y Cambodia fue llevada a la guerra contra Viet Nam del Norte y Laos. Desde este punto de Tailandia salían los aviones que bombardeaban Viet Nam del Norte y aquellos lugares de Viet Nam del Sur ocupados por tropas revolucionarias, y desde ahí mismo salieron los aviones que bombardearon Cambodia y salieron también los soldados que la ocuparon.

El Khmer Rojo entra en acción

Cuando sucedió eso Cambodia era un país pacífico en el cual había un pequeño grupo de algunos cientos de hombres que actuaban en un lugar boscoso de esta zona que les señaló. Ese grupo estaba formado por el llamado ejército del Khmer Rojo. El Khmer Rojo se oponía a la política de neutralidad de Norodom Sihanouk y quería que el gobierno cambodiano entrara en la guerra en favor de Viet Nam del Norte. Cuando tumbaron a Norodom, éste, que había ido de Francia a la Unión Soviética estaba saliendo hacia China. Norodom fijó su residencia en Pekín y recibió del gobierno chino toda la ayuda necesaria para combatir al gobierno títere de Lon Nol que habían establecido los norteamericanos en Cambodia. El Khmer Rojo se alió a Norodom y éste le pidió al campesinado su país que apoyara al Khmer Rojo, y el campesinado de Cambodia le dio su respaldo al Khmer Rojo porque Norodom Sihanouk era un líder verdaderamente querido de los campesinos de su país.

Habiendo sido rey porque heredaba la corona por derecho divino, Norodom no quiso ser rey; renunció al título del rey y se quedó con el de príncipe jefe de Estado. Solamente permitió o autorizó que su madre siguiera siendo llamada reina madre, pero a él había que llamarle príncipe, jefe de Estado o sandech, que era como generalmente le llamaba el pueblo. Sandech es una palabra que equivale a la de monseñor.

La petición de Norodom hizo posible que al pequeño ejército del Khmer Rojo empezaran a sumársele miles y miles de campesinos. A través del Viet Nam y de Laos llegaban desde China las armas para ese ejército, ese mismo que tiene cercada desde hace varios meses a la ciudad de Pnom Penh; y Pnom Penh, y dos o tres pequeñas capitales de provincias son los únicos territorios que dominan las fuerzas de Lon Nol, y esas pequeñas capitales de provincias están en sus manos porque el Khmer Rojo no quiere distraer para conquistarlas las fuerzas que necesita para tomar Pnom Penh. Pnom Penh está resistiendo porque recibe todos los días desde Tailandia una flota de aviones cargados de arroz y comida y medicinas para Pnom Penh, pero esa situación está a punto de terminar, tan a punto, que ya Tailandia no quiere que los norteamericanos sigan teniendo bases aéreas en su país; y no lo quiere porque Tailandia, como pueden ustedes ver en este mapa, tiene fronteras con Laos y Cambodia, y cuando Cambodia, Laos y los dos Viet Nam sean países socialistas, cosa que va a suceder muy pronto, Tailandia no podrá evitar que los tailandeses partidarios del socialismo que están refugiados hoy, y muchos de ellos actuando como combatientes en Cambodia, Laos y los dos Viet Nam, entren en su país a pelear por el socialismo. Tailandia no tiene manera de evitar que pase eso porque los norteamericanos no pudieron evitarlo en el caso de los dos Viet Nam a pesar de que aquí, en este punto, que es donde está el Paralelo 17, establecieron una frontera que era una

muralla electrónica hecha para evitar que pasara un solo hombre del Norte hacia el Sur, y si ahora mismo no han podido evitar, a pesar del tremendo poderío militar que tenían en Viet Nam del Sur, que todos estos territorios que ven ustedes aquí hayan caído en manos de los revolucionarios de Viet Nam, ¿cómo va a evitar Tailandia que le pase lo mismo? No podrá evitarlo, y los gobernantes de Tailandia lo saben, y saben que seguir manteniendo en su país aviones y soldados yanquis es una manera de invitar a los socialistas tailandeses a que entren en su territorio (aplausos).

Pero hay algo más. Aquí tienen ustedes Sumatra, isla que tiene nombre de mala palabra (risas)*. Sumatra es parte de Indonesia. Ustedes saben que en el año 1965 en Indonesia hubo una enorme matazón de comunistas. Por lo menos medio millón de comunistas fueron asesinados en unas semanas en Indonesia. Ese fue uno de los grandes crímenes de la historia, y sería absurdo esperar que los que gobiernan en Indonesia gracias a ese crimen tengan la menor simpatía por un Estado socialista. Pues bien, los gobernantes de Indonesia dicen que ellos quieren mantener buenas relaciones con Viet Nam y con Cambodia, es decir, con el Viet Nam y con la Cambodia que va a haber dentro de unos días o unas semanas.

¿Por qué piensan y actúan así los gobernantes de Indonesia?

Porque tal como les pasa a los de Tailandia, ellos no pueden evitar que por la península de la Malasia, por este lugar que les señalo, se les metan los comunistas que tuvieron que huir de Indonesia para salvar sus vidas; y esos no son dos o tres; son algunos miles. Como ustedes pueden apreciar viendo este mapa, de la península de la Malasia a Sumatra se va hasta nadando.

* Con la frase de que Sumatra tiene nombre de mala palabra el profesor Bosch se refería a una locución dominicana, la de “su madre”, que en el lenguaje de nuestro pueblo equivale a un insulto, y eso explica las risas del público que se hallaba presente.

La piel de muertos

Esas son algunas de las consecuencias del error que cometió Henry Kissinger cuando propuso el derrocamiento de Norodom Sihanouk para meter a Cambodia en la guerra; pero lo más importante de ese error es que en este momento las espaldas (y digámoslo así para no usar la palabra retaguardia) de las fuerzas revolucionarias vietnamitas que ocuparon todas estas provincias de Viet Nam están cubiertas por el ejército revolucionario de Kampuchea, es decir, el Khmer Rojo. Por ahí, por Cambodia no podía entrarles el enemigo, por ahí no podía llegar el enemigo ni de día ni de noche, ni en camino abierto ni por sorpresa. Henry Kissinger no se dio cuenta de que al proponer el derrocamiento del gobierno de Norodom Sihanouk la respuesta iba a ser el levantamiento del pueblo de Cambodia, y al producirse ese levantamiento toda esta frontera que estoy señalándoles quedaría cubierta en favor de los revolucionarios de Viet Nam. A mí no me sorprendería que desde el territorio de Cambodia partiera la fuerza llamada a tomar Saigón; y no me sorprendería porque los revolucionarios que tienen una misma ideología son hermanos; entre ellos no hay diferencias y no hay patrias distintas. Todos son de una sola patria (aplausos prolongados). Entre los revolucionarios no hay fronteras, no hay divisiones; donde esté luchando el hombre que piense como yo, ahí estaré yo aunque hablemos las lenguas más distintas, aunque no nos hayamos visto nunca, aunque jamás hayamos sido amigos. Somos hermanos en la causa de la liberación de la humanidad y entre nosotros no puede haber diferencias. No puede haber diferencias entre los cambodianos que luchan por la liberación de Cambodia y los vietnamitas que luchan por la liberación de Viet Nam. Al contrario; el ejército revolucionario de la Indochina Francesa ha aumentado en la misma proporción en que ha aumentado

el número de revolucionarios en Cambodia gracias al error de Henry Kissinger (aplausos prolongados).

Nixon había llegado al gobierno de los Estados Unidos porque le había prometido al pueblo norteamericano que él haría la paz en Viet Nam. Pero sucedía que para hacer la paz él tenía que esperar que transcurriera el tiempo, que pasaran por lo menos cuatro años después de haber tomado el poder, porque sólo así podía garantizarse a sí mismo la reelección. Ahora, a esta altura de la historia, con ese rey yanqui destronado, uno tiene que preguntarse para qué quería él la reelección; pero es el caso que la quería porque todos los presidentes norteamericanos quieren mantenerse en el poder ocho años, que son los que les permite la Constitución de su país.

La manera de garantizarse la reelección, pensó Nixon o pensaron sus consejeros, fue ir demorando día por día las negociaciones de paz para que el acuerdo final viniera a ser firmado después que él estuviera reelegido; y efectivamente, así sucedió, pues el acuerdo de paz se firmó el 27 de enero de 1973 y Nixon había sido reelegido al comenzar el mes de noviembre de 1972.

¿Y qué tuvo que ver su reelección con el acuerdo de paz y sobre todo con la demora en firmar ese acuerdo?

Tuvo que ver en lo siguiente: que mientras iban pasando los meses y acercándose el día de las elecciones Nixon iba sacando soldados norteamericanos de Viet Nam y Kissinger viajaba con la velocidad de un satélite de Washington a París y de París a Washington. Parecía un cometa que iba y venía de un continente a otro sin cesar. El propio Nixon fue a China y visitó nada menos que a Mao Tse-Tung en su casa, y el pueblo norteamericano, que veía todos esos movimientos y leía sobre las mil conversaciones de paz que se llevaban a cabo en París decía: "Bueno, este tipo está tratando de hacer la paz; está sacando a nuestros hijos y a nuestros hermanos de Viet

Nam; ha dicho que va a vietnamizar la guerra, lo mejor es que votemos por él". Y para conseguir eso, para conseguir que los norteamericanos votaran por él, Nixon y su camarilla prolongaron la guerra varios años. Y efectivamente, esa táctica dio resultados porque en las elecciones de 1972 Richard Nixon sacó más votos que cualquier otro presidente en la historia de los Estados Unidos... lo cual no impidió que tuviera que abandonar el poder por delincuente político.

Ahora bien, en el acuerdo de paz firmado en París el 27 de enero de 1973 entre los gobiernos de los Estados Unidos, Viet Nam del Norte, el Gobierno Provisional Revolucionario de Viet Nam del Sur y el de Nguyen Van Thieu, había puntos que no quisieron respetar ni cumplir ni el gobierno de los Estados Unidos ni el de Nguyen Van Thieu. El principal de esos puntos era el del establecimiento en Viet Nam del Sur de un gobierno de Concordia Nacional; un gobierno que estaría compuesto por fuerzas independientes, entre las cuales no habría sectores partidarios de Viet Nam del Norte; y de ese punto no se acordaba nadie. Los únicos que se acordaban de él eran los revolucionarios de Viet Nam. Nadie le habló al pueblo de los Estados Unidos de ese punto; nadie se lo recordó; nadie se ocupó de decirle que su gobierno se había comprometido a eso y que estaba en el deber de cumplir ese compromiso.

No hubo en los Estados Unidos, y mucho menos en el gobierno de Viet Nam del Sur quien recordara esa obligación, pero los revolucionarios de Viet Nam, los del Sur y los del Norte la recordaban, y nosotros sabíamos que ellos la recordaban y nosotros no desesperábamos porque teníamos fe en ese pueblo y estábamos seguros de que iba a llegar la hora en que ellos harían respetar ese compromiso.

En los últimos meses de 1969, una persona muy conocida en Santo Domingo, el señor Ellsworth Bunker, hablando con políticos asiáticos lanzó la tesis de que lo que había que hacer

en la guerra de Viet Nam era cambiar la piel de los muertos, y cuando me enteré de eso mientras viajaba por Asia escribí un artículo que se llamaba La Doctrina de la Piel de los Muertos.

¿En qué consistía esa doctrina?

Pues que en vez de morir soldados norteamericanos, en la guerra de Viet Nam debían morir soldados vietnamitas del Sur; en vez de pieles blancas los muertos debían tener pieles amarillas, y los Estados Unidos les darían a los soldados de pieles amarillas todos los medios para que murieran y ganaran la guerra. Eso fue lo que Nixon llamó la política de la vietnamización. Esa política consistía en ir fortaleciendo el ejército de Nguyen Van Thieu mientras las tropas norteamericanas iban siendo retiradas; y efectivamente, el ejército de Viet Nam del Sur resultó tan fortalecido que se convirtió en uno de los más poderosos del Asia del Sudeste. Hace pocos días, cuando cayó Ban Me Thuot el 10 de marzo, ese ejército tenía un millón 100 mil hombres y su aviación era la cuarta de Asia.

“Ho Chi Minh fue Viet Nam hasta su muerte”

Bueno, pues contando con ese poder en manos de sus títeres de Viet Nam, los norteamericanos estaban seguros de que el acuerdo de paz de París no iba a cumplirse en lo que se refería a ese punto del Gobierno de la Concordia Nacional. La doctrina de la piel de los muertos, convertida en política de la vietnamización de la guerra, estaba planeada para eso, para convertir el Tratado de Paz de París en una burla. Sin embargo, nosotros podemos decir con absoluta seguridad esta noche que ese gobierno se va a formar rápidamente; y lo sabemos porque sabemos que los revolucionarios de Viet Nam no hablan por hablar, y madame Nguyen Thi Bin, la ministra de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional Revolucionario de Viet Nam del Sur, que acaba de llegar a París de un viaje por África, ha hecho unas declaraciones

muy interesantes. (Permítanme decirles entre paréntesis que madame Thi Bin es una de las mujeres más bellas que he conocido en mi vida, y su belleza no está en que tenga una nariz perfecta, unos ojos luminosos, una nariz griega; su belleza está en el amor a su pueblo y a la humanidad que trasciende de toda ella. Esa es una mujer que trasunta belleza porque representa la belleza de su pueblo combatiente). Pues bien, madame Thi Bin, al llegar a París dijo que ella estaba esperando las ofertas que sobre un gobierno de Concordia Nacional hiciera el general Minh, y debo explicar que ese general Minh pertenece al ejército de Viet Nam del Sur y es conocido entre los yanquis con el nombre del Gran Minh debido a que es un gigante de cuerpo, y no es un militar activo pues se halla en retiro desde hace años y desde hace años viene manteniendo una corriente de oposición contra el gobierno de Nguyen Van Thieu sobre esta línea bien simple: “Hay que llegar a un entendimiento con Hanoi”, y Hanoi quiere decir el gobierno de Viet Nam del Norte.

Naturalmente, las palabras de madame Thi Bin, dichas como al descuido, deben estar produciendo en este momento una verdadera corriente de fuerzas políticas alrededor del general Minh, el Gran Minh, y ese será el hombre que gobernará en Saigón cuando llegue el momento de entregarle el poder al Gobierno Provisional Revolucionario de Viet Nam del Sur, porque no siendo partidario de Hanoi tampoco lo es de Nguyen Van Thieu y tiene autoridad en las fuerzas armadas saigonesas porque no es ladrón, cosa muy rara entre los generales del Viet Nam del Sur. Y ya que he mencionado a madame Nguyen Thi Bin quiero decir que el PLD le envió a ella un cable que está escrito en francés pero yo se lo voy a leer ustedes en español. El cable dice así: “Le enviamos nuestro apoyo moral a su pueblo y a su gobierno. Juan Bosch, Partido de la Liberación Dominicana” (grandes aplausos).

Los servicios de inteligencia militar de los Estados Unidos esperaban que la ofensiva revolucionaria empezaría en Viet Nam del Sur en la primavera de 1977 y nosotros estamos seguros de que mucho antes de la primavera de 1977 esa ofensiva habrá llegado a su final si es que no llega esta misma semana o la que viene, y como es lógico, si los hechos suceden como estamos pensando, a quien tenemos que felicitar es al pueblo de Viet Nam del Norte que resistió esa guerra feroz contra franceses y británicos y chinos primero y después contra los norteamericanos y sus aliados, porque hay que recordar que junto con los norteamericanos combatieron a ese pueblo los australianos, los neozelandeses, el ejército de Siam o Tailandia, el filipino, el de Chiang Kai-shek de Taiwan y el de Corea del Sur. Toda esa gente combatió a las órdenes de los norteamericanos, y ese pueblo nordvietnamita tenía aviación y la utilizó solamente para defenderse de los ataques aéreos de sus enemigos, pues el gobierno de Hanoi no lanzó nunca una bomba sobre Viet Nam del Sur. ¿Se dan cuenta ustedes de la capacidad de heroísmo que se necesita para comportarse de esa manera? Por esa razón, a quien hay que felicitar es al pueblo de Viet Nam del Norte, ¿y a través de quién?, pues de la persona que lo representa en este momento, la persona del discípulo de Ho Chi Minh, Pham Van Dong (aplausos prolongados), a quien le hemos puesto este telegrama: “Primer Ministro Phan Van Dong, Hanoi. Lo saludamos con todo nuestro apoyo moral y político. Juan Bosch, Partido de la Liberación Dominicana” (aplausos).

Ustedes deben estar cansados, pero ya vamos a terminar; y vamos a terminar diciéndoles que en la historia de la humanidad no se ha dado un gran hecho, un acontecimiento histórico sin que haya aparecido el poeta que lo cante. No puede haber Aquiles sin Homero. Y aquí, en esta tierra dominicana, Enriquillo Sánchez le cantó a la epopeya de Viet Nam; le

cantó con este poema que voy a leerles inmediatamente; este poema que su autor bautizó con el nombre de Ho Chi Minh, “Hoy en el Camino”:

Un gigante de piedra señala los ocasos.
Viet Nam ha combatido y vencido, compañeros.
Por los caminos del arroz regresa el pueblo,
se dirige a la región de los claveles,
canta en silencio como el río.
Un pueblo entero se sumió en la lucha.
Soñaban y dormían con fusiles.
Nunca faltó la presencia de la rosa.
Ah Viet Nam de surcos y colinas,
Viet Nam de la paz y la paloma.
Marchan compañeros vietnamitas diminutos
hacia el ámbito lluvioso de la espuma
con una canción en los labios
y un ave renacida en la pupila.
Ho les señala el camino y la victoria,
el tío Ho de corazón de pueblo,
firme como el mar en la leyenda,
alto como la luz o como abrazo,
Ho Chi Minh de la humildad inagotable,
el tío Ho de los niños y las flores.
Ho Chi Minh fue Viet Nam hasta su muerte.
¡Hoy Ho Chi Minh es Viet Nam hacia la vida!

DOS DISCURSOS POR RADIO COMERCIAL

Martes, 22 de abril de 1975

Desde el viernes en la tarde (y hoy es martes), Radio Comercial empezó a anunciar que yo iba a hablar a través de sus micrófonos tres días; el lunes, hoy y mañana; y esos tres días tenían cada uno un tema. El de ayer, ya ustedes lo conocen; el de hoy estaba destinado a la situación de Cambodia y el de mañana a la de Viet Nam. Creo que a una parte importante de ustedes les interesa mucho lo que está pasando en Viet Nam y quería hablar de ese país, o mejor dicho, de lo que sucede en ese país, antes de que cayera el gobierno de Nguyen Van Thieu, que según me decía mi instinto, no iba a llegar al sábado de esta semana. Pero sucedió que a la misma hora en que yo hablaba ayer se daba la noticia de que Nguyen Van Thieu, el presidente títere de Viet Nam del Sur, acababa de renunciar a su cargo, con lágrimas en los ojos y acusando a los yanquis de haber abandonado a su país y a su gobierno en el momento más difícil, y el muy ingrato, que además de ingrato es bruto, no alcanzaba a darse cuenta de que si él fue presidente de esa mentira política que se llama Viet Nam del Sur, se lo debió precisamente a esos que según dice él ahora lo abandonaron; se lo debió, en primer lugar, porque ellos inventaron ese país, que no existía antes de que el gobierno de Eisenhower se lo sacara del sombrero, como hacían en los viejos tiempos los prestidigitadores que se sacaban un conejo

de la manga; y en segundo lugar, porque ellos lo hicieron presidente y lo mantuvieron en el poder dándole de todo: armas, dinero, hombres, aviones, bombas, rifles, buques de guerra, todo en cantidades abrumadoras. Imagínense ustedes que se calcula que sólo en Viet Nam los yanquis gastaron 150 mil millones de dólares, una cantidad que equivale a mil años de gastos del gobierno de un país que gaste 150 millones de dólares por año; o 500 años de gastos del gobierno de un país que gaste 300 millones de dólares por año; ó 250 años de gastos del gobierno de un país que gaste 600 millones de dólares por año; y la mayor parte de esa cantidad tan fabulosamente grande de dinero la gastaron los yanquis dándole apoyo a Nguyen Van Thieu, el llorón ese que ayer renunció a la presidencia después de haber gobernado varios años sobre un mar de sangre vietnamita.

De todos modos, creo que debo mantener mi idea de hablar hoy de lo que está pasando en Cambodia porque en estos mismos momentos hay una campaña de propaganda cuya finalidad es confundir a los pueblos del llamado Tercer Mundo, entre los cuales está el pueblo dominicano, haciéndoles creer que en Cambodia está ocurriendo algo muy trágico; que en Cambodia están decapitando (palabra que quiere decir cortándole la cabeza a un ser humano) a todo el que no es comunista; y para hacer esa campaña se basan en el hecho de que de la capital de Cambodia, la ciudad de Pnom Penh, no están saliendo noticias desde que cayó en manos del ejército revolucionario llamado Khmer Rojo. (Aclaremos, de paso, que ese nombre de khmer era el que tenía Cambodia, es decir, Kampuchea, hace mil años, cuando era un gran imperio, y que los kampucheanos o cambodianos no se llaman así, campucheanos o cambodianos, sino khmer; el pueblo khmer, y que el ejército revolucionario que dirige Khieu Samphan se llama Khmer Rojo).

La guerra de Cambodia o Kampuchea ha durado cinco años, y en cinco años se han cometido muchas barbaridades. Yo vi varias veces fotografías de soldados del gobierno que ha sido derrotado (el gobierno de Lon Nol, el mal llamado mariscal Lon Nol) llevando en una mano un machete y en la otra la cabeza de un cambodiano, una cabeza que en todos los casos, es decir, en todas las fotografías, iba chorreando sangre. En dos de esas fotos, publicadas en revistas norteamericanas, se decía que las cabezas eran de soldados de Viet Nam del Norte; pero sucede que aunque los cambodianos o Khmer son asiáticos, como lo son los vietnamitas y los chinos y los coreanos y los japoneses, nadie que haya pasado siquiera a la carrera por Asia puede confundir a un cambodiano o khmer con un vietnamita; y las cabezas de las fotos que me tocó ver eran de cambodianos o kampuchanos o khmers, no de vietnamitas. Pero voy a decir algo más: también vi fotos de soldados del gobierno de Lon Nol sacándoles los hígados o asaduras prietas a cadáveres de revolucionarios. ¿Y para qué creen ustedes que se los sacaban? Pues para comérselos. Y es ahora, después de la huida de Lon Nol y de la entrada de Khmer Rojo en Pnom Penh, la capital de cambodia, cuando un periódico norteamericano (nada más y nada menos que *The New York Times*, que es el más grande de los Estados Unidos) viene a decir que “en las últimas semanas de la guerra ha habido informaciones confirmadas de canibalismo entre las tropas del gobierno”, es decir, del gobierno de Lon Nol; y canibalismo quiere decir acto de comer carne de gente. Y eso no es verdad. Hacía años que las tropas del gobierno de Lon Nol, pagadas, armadas y apoyadas por el gobierno de los Estados Unidos, estaban haciendo barbaridades como ésas de comerse las asaduras de los soldados revolucionarios; y esa noticia no la dieron nunca ni la Associated Press ni la United Press ni ninguna agencia de noticias norteamericana.

Ahora bien, ¿qué hacían los campesinos de Cambodia o Kampuchea ante un ejército tan brutal, tan salvaje?

Lo que hacían era huir; y huían sobre todo hacia la capital del país, hacia Pnom Penh, donde se sentían más seguros, o creían ellos que estaban más seguros; y así vino a suceder que en esos cinco años de guerra, la ciudad de Pnom Penh, que cuando yo la conocí tendría unos 400 mil habitantes, tenía más de dos millones el miércoles día 16 de este mes, cuando el Khmer Rojo, es decir, el ejército revolucionario, entró vencedor en ella. Pero sucedía que antes de la entrada del ejército revolucionario, la capital de Cambodia o Kampuchea estaba sitiada por ese ejército, y en ella no podía entrar comida, y lo único que llegaba a la ciudad era arroz y aceite y alguna otra cosa que los norteamericanos enviaban por avión; de manera que esa enorme población de dos millones de personas, compuesta en quizá millón y medio por lo menos de campesinos, estaba pasando hambre hacía tiempo; y tan pronto esa cantidad de gente supo que ya había desaparecido el ejército de Lon Nol, y que por tanto podían volver a sus campos a sembrar algo y a criar animales, comenzó a salir de la ciudad y a dirigirse a sus lugares de origen; y las agencias de noticias que están enviando noticias desde los países vecinos de Cambodia o Kampuchea quieren dar a entender ahora que grandes multitudes de campesinos han salido huyendo de Pnom Penh por miedo al Khmer Rojo, es decir, al ejército revolucionario, y para explicar ese miedo dicen por un lado que de Pnom Penh no sale ninguna noticia y por otro que el Khmer Rojo está decapitando en Pnom Penh a sus enemigos. Yo quisiera saber, y seguramente a ustedes también les gustaría saberlo, cómo es que si de Pnom Penh no sale ninguna noticia, sale, sin embargo, la de que el ejército revolucionario está cortando cabezas a sus enemigos. Eso me recuerda mucho, pero muchísimo, más que demasiado, aquel discurso de Johnson

en el que decía con el desparpajo más grande del mundo que en la revolución de 1965 aquí andaban las multitudes con cabezas cortadas clavadas en listones de madera o en varas de no sé qué. Han pasado diez años y todavía nadie ha presentado la prueba de que aquí se cortara una sola cabeza en esa revolución; pero los yanquis son así; no respetan la verdad debido a que la verdad no es un artículo que se compra y se vende con beneficios.

Lo que naturalmente debe estar haciendo ahora el Khmer Rojo o ejército revolucionario en una ciudad que durante los años de la guerra se convirtió en una especie de sucursal del infierno en la tierra es tomar real y efectivo control de la situación; averiguar quién es quién, pues nadie sabe qué número de comedores de asadura de gente andará revuelto en Pnom Penh con esos pobres campesinos que iban a refugiarse en la Capital porque ahí se sentían más seguros; quién sabe cuántos miles de asesinos de sus hermanos estarán escondidos a esta hora en las covachas que levantaron los campesinos de Cambodia en Pnom Penh. El Khmer Rojo tiene que tomar control de los bancos para que no desaparezca el dinero en manos de los ladrones del gobierno de Lon Nol. Por cierto, en relación con eso del dinero, oigan esta noticia, que fue la última que salió de la capital de Kampuchea o Cambodia, y es una noticia enviada por un norteamericano, que la despachó el mismo día 16 de este mes, es decir, cuando las tropas del Khmer Rojo estaban tomando la Capital. La noticia dice así:

“Anoche, mientras esta ciudad estaba haciéndole frente a una inminente captura por los revolucionarios que la rodean, el Banco Nacional de Cambodia envió un telegrama al Irving Trust Company de New York pidiéndole a ese banco norteamericano donde se presume que el Banco Nacional de Cambodia tiene crédito en dólares, que confirmara si le había

dado curso a una orden de pago de un millón de dólares al mariscal Lon Nol. La orden había sido enviada por carta el 1 de abril, día en que el mariscal, expresidente de Cambodia, salió al exilio bajo la protección norteamericana”.

El periodista que dio esa noticia hacía luego los siguientes comentarios:

“Tal vez el mariscal pensaba que si Pnom Penh caía en manos de los revolucionarios antes de que la negociación bancaria hubiera sido confirmada, él no podría reunirse jamás con ese dinero... ¿Cómo fue a dar a manos del mariscal ese dinero? Siempre se rumoró que él era profundamente corrompido y que usaba la ayuda norteamericana para amontonar cuentas de banco en el extranjero. Pero nadie pudo presentar pruebas. Tal vez el Irving Trust Company podría darnos ahora alguna luz”.

Ahí terminó el periodista, pero no consiguió la luz del banco norteamericano, que al día siguiente hizo una declaracioncita de muy pocas palabras en la cual decía que no era su costumbre tratar en público los problemas de sus clientes. Pero Lon Nol, el mariscal traidor que fue quien por órdenes de la misión militar norteamericana le dio el golpe del 18 de marzo de 1970 al príncipe Norodom Sihanouk, no es tan reservado como el Irving Trust Company, ese banco de New York que no habla sobre las cuentas de sus clientes; el tal mariscal Lon Nol está ahora en Honolulu, que es un lugar de las islas Hawai, las cuales a su vez forman un Estado de los Estados Unidos, y ahí, en Honolulu, donde hay unas playas famosas, se compró ayer una casita que vale nada más 103 mil dólares.

Además del control de los bancos para evitar que haya robo de los fondos de Cambodia, el Khmer Rojo debe estar a esta hora controlando las fábricas, los comercios, el transporte; debe estar vigilando y cuidando todo lo que compone la

entraña misma de la actividad humana en una capital, empezando, como es lógico, por las estaciones de radio y televisión, por el aeropuerto y por las carreteras que salen de la ciudad; pues el asunto no es nada más impedir que salgan criminales y ladrones; el asunto es también impedir que salgan noticias que causen confusión en el resto del país y que entren personas que pueden ir a Pnom Penh con misiones de espionaje o a organizar complots. Ya se conoce con lujo de detalles la experiencia de lo que sucedió en Viet Nam en el año 1954, y con toda seguridad el Khmer Rojo no va a permitir que en Cambodia o Kampuchea se repitan las hazañas que llevó a cabo en Viet Nam el entonces coronel, hoy general Edward G. Landsdale.

Las hazañas del entonces coronel Landsdale figuran en documentos oficiales norteamericanos, esto es, del gobierno de los Estados Unidos; documentos que se consideraban altamente secretos y por eso su publicación causó un revuelo tan grande que de chanflán tuvo su parte en la renuncia de Nixon a la presidencia de la República; y estoy hablando de los llamados *Papeles del Pentágono*.

Landsdale, actuando en nombre y con las órdenes, desde luego, del gobierno de los Estados Unidos, formó varios grupos que actuaron en Viet Nam en el momento mismo en que los franceses eran derrotados en aquel país. Uno de esos grupos de Landsdale, aprovechándose de la cantidad de refugiados de guerra, es decir, de gente que había huido de sus lugares e iba de un sitio para otro como está sucediendo ahora en Cambodia, se dedicó a sabotear fábricas de Viet Nam del Norte para que el gobierno revolucionario de ese país, que había sido reconocido muy poco antes en la Conferencia de Ginebra por el gobierno de los Estados Unidos, no pudiera producir lo que iba a necesitar en el desenvolvimiento de su vida normal.

Uno de los grupos de Landsdale, dicen los Papeles del Pentágono (y de aquí en adelante voy a leer una traducción de esos papeles, que desde luego estaban escritos en inglés) “se dedicó durante los últimos días a contaminar los depósitos de aceite de la compañía de guaguas (de Hanoi, la capital de Viet Nam del Norte) a fin de (provocar) un deterioro (o daño) gradual en los motores de (esas guaguas); a llevar a cabo las primeras actividades para el sabotaje demorado de los ferrocarriles para lo cual se requirió trabajar con un equipo (o grupo) técnico de la CIA (llevado) del Japón, que hizo su trabajo brillantemente”. (Y ahora me parece que debo explicar lo que quieren decir esas palabras de sabotaje demorado; quieren decir que se les hacían trabajos especiales a las máquinas y a los carros y también a los rieles de los ferrocarriles para que se fueran dañando rápidamente y Viet Nam del Norte no pudiera transportar sus productos de un lugar a otro del país).

En esa campaña de confusión general sobre Cambodia figura un cable que se publicó aquí hace unos días en el que la Associated Press (ah bendita Associated Press) decía cosas opuestas y falsas de Khieu Samphan, el jefe de las fuerzas armadas revolucionarias, es decir, el comandante en jefe del Khmer Rojo, cosas que no le hacen el menor efecto a un viejo como yo, que sé desde hace tiempo dónde le aprieta el zapato a la Associated Press, pero que pueden hacerle mucho daño al pensamiento de un joven dominicano, de cualquier joven dominicano preocupado por el movimiento revolucionario mundial; y éste es el momento de aclarar esa confusión que podría crear el cable de la Associated Press.

Khieu Samphan, lo mismo que Nguyen Van Giap el vietnamita, es un intelectual, sólo que en vez de ser, como lo fue en su juventud el gran estratega vietnamita, profesor de historia francesa, él se graduó de economista en París. Ahora tiene menos de 44 años y es delgado y de aspecto más bien

triste, y desde muy joven se dedicó a la lucha contra el colonialismo francés en Cambodia. Estudió en París entre 1954 y 1959, y al volver a Cambodia fundó un periódico de lengua francesa, llamado *El Observador*, que era de tendencias izquierdistas, razón por la cual fue molestado y perseguido por los sectores derechistas del gobierno que actuaba bajo la dirección militar y política de Lon Nol, entonces jefe militar del país, y su íntimo amigo Sirik Matak. Norodom Sihanouk, que se dio cuenta de lo que valía el joven economista, lo llevó como candidato a diputado por el partido sihanoukista y después lo hizo secretario de Estado de Comercio. Refiriéndose a esa época, en su libro *Mi Guerra contra la CIA*, el príncipe Norodom Sihanouk dice (en las páginas 98 y 99): “Teníamos entonces un gobierno estable, con la izquierda representada por Khieu Samphan, en la Secretaría de Estado para el Comercio, y Hou Youn en la de Planeamiento Económico”. Y sigue diciendo: “Fue entonces, en 1963, cuando Lon Nol empezó a compilar expedientes con ‘pruebas’ de que las izquierdas planeaban mi derrocamiento. No puedo decir si la CIA estaba directa o indirectamente implicada (metida) en este intento de Lon Nol de inducirme a (cometer) errores. Pero es razonable suponer que habiendo quedado al descubierto tan feamente en 1963, la CIA estaría dispuesta a tramar algo contra los izquierdistas”. “En todo caso”, sigue diciendo Norodom Sihanouk, “las acusaciones falsas y las pruebas falsificadas estaban a la orden del día y esto sirvió de pretexto a Lon Nol para una de sus periódicas cacerías de brujas contra la izquierda, en que entraba la ejecución sumaria de los sospechosos en el momento de su detención. El resultado fue que saliera de las ciudades una primera oleada de intelectuales y de otras personas, entre ellas varios centenares de habitantes de Pnom Penh, y se dirigieran a las antiguas bases de residencia (montadas en las luchas de independencia contra los franceses).

Entre los que salieron en 1963 estaba un profesor de universidad, Ieng Sary, seguido por su esposa, quien había sido directora de una escuela secundaria en Pnom Penh. Inmediatamente después del golpe del 18 de marzo (de 1970, que derrocó el gobierno de Norodom Sihanouk) se unió a la resistencia y se hizo ayudante de Khieu Samphan”.

Ahí, en esas palabras de Norodom Sihanouk, está resumida la historia de Khieu Samphan. El príncipe Norodom Sihanouk no dice que entre 1963, cuando se fue de Pnom Penh perseguido por Lon Nol y Sirik Matak, y el 23 de marzo de 1970, cuando aceptó formar parte del Frente Unido Nacional de Kampuchea propuesto desde Pekín por Norodom Sihanouk, Khieu Samphan se había distinguido hasta el punto de pasar a ser el jefe militar del Khmer Rojo, pero lo deja dicho cuando hablando de Ieng Sary, profesor universitario, dice que inmediatamente después del golpe del 18 de marzo de 1970 se unió a la resistencia y se hizo ayudante de Khieu Samphan”.

Y esa es a grandes rasgos la verdadera historia del jefe militar del ejército revolucionario de Kampuchea o Cambodia; del hombre que entró vencedor a la cabeza de ese ejército el 16 de este mes de abril en la bella, en la adorable ciudad de Pnom Penh. Que nadie se deje engañar por los infundios de la Associated Press. Los infundios son infundios y la verdad es la verdad, y la verdad queda fija e inmovible, entera y pura, cuando el viento de los años, pasando por entre los infundios, los va haciendo polvo.

Miércoles, 23 de abril de 1975

Para responder a algunas preguntas que se me han hecho en relación con lo que dije ayer de Kampuchea o Cambodia, debo explicar que actualmente la autoridad suprema en ese país es Khieu Samphan, el jefe del Khmer Rojo, es decir, del

ejército revolucionario; y es así porque todavía no se ha establecido en Cambodia el gobierno que ha estado funcionando en el exilio durante cinco años. Ese gobierno tiene un jefe de Estado, esto es, un hombre que representa a la nación, y la nación es el conjunto del pueblo y de la tierra en que ese pueblo vive, y deberá tener también un jefe de gobierno, que es una cosa diferente del jefe del Estado. El jefe del Estado Khmer o, dicho de otro modo, de Kampuchea, es el príncipe Norodom Sihanouk, que no ha llegado a Cambodia porque está en Pekín, la capital de China, donde su madre, que todavía usa el título de reina madre, se halla muy grave, al borde de la muerte. Como jefe del Estado, el príncipe Norodom Sihanouk puede nombrar un primer ministro, que pasaría automáticamente a ser el jefe del gobierno, y es muy probable que la persona a quien Norodom Sihanouk piensa nombrar jefe del gobierno de Kampuchea sea Khieu Samphan. Eso se deduce de varias declaraciones que ha hecho el príncipe. En el número 18 de *Vanguardia del Pueblo*, el periódico del PLD, se cuenta en muy pocas palabras un episodio de la historia actual de Cambodia; y es la petición que le hicieron los Estados Unidos, el día 12 de este mes de abril (4 días antes de la caída de la capital de Cambodia en manos del ejército que dirige Khieu Samphan) a Norodom Sihanouk, a través del representante diplomático que tienen los norteamericanos en China, de que se trasladara a Pnom Penh, la capital de Kampuchea o Cambodia para hacerse cargo del poder. En esa ocasión Norodom Sihanouk respondió que él era un aliado del Khmer Rojo y que nunca lo traicionaría, y que como jefe de Estado de Cambodia había dejado en manos del Khmer Rojo todas las funciones gubernamentales. Por cierto debo decir que en esos mismos días, el 7 de abril, Norodom Sihanouk había respondido a un cable que le había enviado el PLD con otro que decía así: "Juan Bosch, Partido de la

Liberación Dominicana, Santo Domingo. El Frente Unido Nacional de Cambodia y yo mismo agradecemos vivamente a su excelencia y al Partido de la Liberación Dominicana el valioso apoyo que nos dan y nos sentimos orgullosos de ser sus compañeros en la lucha común por hacer triunfar nuestros ideales de libertad, justicia, paz y progreso. Reciban nuestros fervientes votos de éxito completo en su patriótica misión y le ruego a su excelencia que reciba las seguridades de mi leal y afectuosa amistad y de mi alta y admirativa consideración. Norodom Sihanouk de Cambodia”.

En el PLD ha causado tanta satisfacción la gran victoria que ha tenido el pueblo cambodiano al derrotar a sus enemigos, a sus poderosos enemigos, y al conquistar, ahora de manera definitiva, una libertad por la que ha estado luchando largos años, que el Comité Intermedio Fernández Domínguez decidió celebrar esa victoria con hechos, con trabajos, como por ejemplo, además de guardar en las reuniones que celebren los organismos de ese Comité Intermedio un minuto de silencio en honor de los revolucionarios cambodianos caídos en combate, dedicarse a reorganizar los Comités Patrióticos y Populares entre los días del 21 de este mes al 5 de mayo; reunir a los asesores de los Comités Patrióticos y Populares para hacer un programa de lucha de conquistas barriales; elevar la cantidad de Comités Patrióticos y Populares a un número determinado en el tiempo comprendido entre el 5 de mayo y el 30 del mismo mes; celebrar una reunión con los compañeros que han terminado la segunda etapa del programa de educación y solicitar que a esa reunión vaya un miembro del Departamento de Educación que hable sobre el significado histórico de la lucha y la victoria de los revolucionarios de Kampuchea, y por fin celebrar una reunión evaluativa sobre el cumplimiento de ese programa. Es decir, los compañeros de un comité intermedio del PLD sienten como

cosa suya la victoria del pueblo de Cambodia y quieren celebrar esa victoria haciendo cosas que se reflejen entre sus compañeros llevándolos a un nivel más alto de conocimiento de lo que es el proceso histórico mundial y de lo que son el internacionalismo y la fraternidad con todos los pueblos colonizados del mundo.

Naturalmente, si la victoria del ejército revolucionario de Cambodia tiene aquí esos efectos, debemos suponer los que tendrán las victorias que cada día van teniendo en Viet Nam del Sur los soldados del Frente Nacional de Liberación, que actúan bajo la dirección del Gobierno Provisional Revolucionario; y que quede bien claro esto que voy a decir: ese Gobierno Provisional Revolucionario no es el de Viet Nam del Norte; es el de Viet Nam del Sur. La propaganda norteamericana ha querido hacerle creer al mundo que la serie de victorias diarias que vienen sumando los revolucionarios vietnamitas desde que el día 10 de marzo conquistaron, o mejor dicho liberaron la ciudad de Ban Me Thuot, es una obra de los ejércitos de Viet Nam del Norte; y eso no es verdad. En Viet Nam del Sur hay un gobierno títere de los Estados Unidos; ese gobierno está ahí desde 1954, unas veces con un presidente que se llama Pedro y otras con uno que se llama Luis. Pero además de ese gobierno títere de los Estados Unidos, en Viet Nam del Sur ha habido siempre un movimiento revolucionario formado y organizado por el Frente Nacional de Liberación y dirigido por el Gobierno Provisional Revolucionario; y la existencia de ese Gobierno Provisional Revolucionario fue reconocida y aceptada por los Estados Unidos y por el gobierno títere de Nguyen Van Thieu en la Conferencia de Paz de París; tan reconocida que desde que se firmaron los documentos relativos a esa Conferencia de Paz, en Saigón, la capital de Viet Nam del Sur, hay una delegación del Gobierno Provisional Revolucionario que ha venido haciendo todas las

semanas declaraciones a los periodistas yanquis, alemanes, franceses, italianos; a todos los periodistas que viven en Saigón, en fin. Esa delegación del Gobierno Provisional Revolucionario (llamado comúnmente el Vietcong) no es civil; es militar, y el segundo jefe de esa delegación, llamado coronel Vo Dong Giang, declaró el sábado pasado que su gobierno, es decir, el Gobierno Provisional Revolucionario, podría demostrar el asalto a Saigón, la capital de Viet Nam del Sur, porque lo que desea ese gobierno no es tomar Saigón a sangre y fuego sino conseguir que la guerra termine en un acuerdo pacífico.

¿Es eso una invención del coronel Vo Dong Giang o de sus jefes para engañar a los que gobiernan en lo que queda de Viet Nam del Sur y a los habitantes de Saigón?

No. Eso es un punto del acuerdo de paz general a que se llegó en la Conferencia de París; el punto de que el Gobierno Provisional Revolucionario y el de Nguyen Van Thieu formarían un gobierno llamado Consejo de Reconciliación Nacional en el cual habría personalidades de los dos gobiernos y además personalidades neutrales, que no serían partidarias ni de unos ni de otros; y en eso no tenía nada que ver Viet Nam del Norte; absolutamente nada. Pero sucedía que para que ese punto del acuerdo de paz pudiera cumplirse era necesario que Nguyen Van Thieu renunciara a la presidencia de Viet Nam del Sur, porque lo que se proponía el acuerdo era precisamente formar un gobierno en el que no estuviera él ni tampoco el gobierno de Vietcong; y ni Nguyen Van Thieu quería renunciar ni los Estados Unidos querían que él renunciara.

¿Cómo podía hacerse cumplir ese punto de la Conferencia de Paz de París?

Sólo de una manera, como lo hizo el Vietcong: imponiéndoseles a los Estados Unidos y al gobierno de Nguyen Van Thieu por la fuerza de las armas; arrebatándoles a los dos, que eran aliados a vida y muerte, el poder de seguir gobernando

en Viet Nam del Sur; y ésa es la razón de la ofensiva que lanzó a partir del 10 de marzo el Gobierno Provisional Revolucionario, no el de Viet Nam del Norte; una ofensiva que no se ha detenido ni un día y que ha llevado a los ejércitos del Frente Nacional de Liberación a las puertas de Saigón.

¿Qué es Saigón?

Saigón es una ciudad muy bella que fue la capital de la antigua Cochinchina, una de las tres partes en que estaba dividido lo que hoy se llama Viet Nam, considerando en ese nombre sumados a los dos Viet Nam, el del Norte y el del Sur; pues realmente nunca hubo un Viet Nam del Sur. Eso fue una invención norteamericana, como fue invención suya Corea del Sur, la llamada China Nacionalista y la llamada Alemania Federal. Cochinchina era el extremo sur de la Indochina Francesa, que estaba compuesta por el reino de Cambodia, el reino de Luang Prabang (conocido ahora con el nombre de Laos) y por las tres regiones de lo que después se llamaría Viet Nam. Esas regiones eran: en el sur, Cochinchina, cuya capital era Saigón; en el centro, el reino de Annam, cuya capital era Hue, y en el norte Tonkín, cuya capital era Hanoi; pero la capital política de esos tres territorios, es decir, Cochinchina, Annam y Tonkín, era Hue, donde estaba la residencia del rey, conocido con el título de emperador de Annam.

Viet Nam del Sur tenía, antes del 10 de marzo, unos 20 millones de habitantes; en lo que le queda ahora debe haber unos diez, o quizá menos, porque en ese resto de país está Saigón, con más de tres millones debido a que, lo mismo que sucedió en Cambodia, los campesinos que han estado durante casi treinta años huyendo de los bombardeos y los abusos de los ejércitos extranjeros y del ejército de Viet Nam del Sur han estado yendo a las grandes ciudades, como Saigón, porque ahí se sentían más protegidos contra los atropellos, los

robos, las violaciones y los crímenes; porque además de Saigón en las cercanías de la Capital hay ciudades de más de 300 mil habitantes, como Bien Hoa, y además porque inmediatamente al sur de Saigón están las tierras del llamado Delta del Mekong, que son de las más fértiles del mundo y las que producen la mayor cantidad de arroz del país, y el arroz es la comida fundamental de los vietnamitas; y por razón de su riqueza para producir, en las tierras del Delta del Mekong viven varios millones de personas, seguramente más de 4 millones.

Como la capital de nosotros, los dominicanos, está en la orilla del mar, tal vez muchos de ustedes crean que Saigón está en la orilla de un mar. Saigón está tierra adentro, a la orilla de un río que le dio su nombre a la ciudad, es decir, que se llama Saigón; después de pasar por Saigón el río Saigón se une a otro río, que se llama Dong Nai, y los dos juntos van a desembocar en el mar del Sur de la China; y resulta que las ciudades que son puertos de mar en ese mar del Sur de la China han sido tomadas por las fuerzas del ejército revolucionario, de manera que de Saigón ya no puede salir nadie a coger un buque para irse de Viet Nam. Por el lado del mar, Saigón está cercada, pero lo peor es que también está cercada por tierra. La única manera de salir de Saigón es por aire, a bordo de un avión norteamericano, pero esa salida no es fácil. Según informan los periodistas norteamericanos, hace más de dos semanas que se está tratando de sacar gente de Saigón y en todo ese tiempo sólo han podido salir mil 200 personas a pesar de que se han hecho 70 vuelos en los cuales hubieran podido salir 5 mil.

¿Y qué es lo que pasa?

Que todo el que robó, asesinó, atropelló, violó una mujer, quiere salir rápidamente de Viet Nam del Sur, porque los norteamericanos han estado años y años haciendo la propaganda de que adonde llegaba el Vietcong había de una vez un baño

de sangre; lo que llegaba era la muerte, y la muerte más cruel; y ahora esa propaganda se vuelve contra ellos, porque todos los que les sirvieron en la guerra están llenos de pánico y huyen como locos de aquí para allá y de allá para acá; y aunque los representantes legítimos del Vietcong dicen que no quieren tomar Saigón a sangre y fuego, que lo que pretenden es que se cumpla el acuerdo de paz en el punto en que ese acuerdo establece que debe formarse un Consejo de Reconciliación Nacional; que su aspiración es que haya un entendimiento pacífico y que después, como dice también el acuerdo de paz firmado en París, se hagan unas elecciones para decidir si Viet Nam del Sur quiere unirse a Viet Nam del Norte o no quiere; aunque esos representantes digan y repitan eso todos los días, el miedo que se les ha metido con tantos años de propaganda a los vietnamitas partidarios de los yanquis y de la mentada democracia representativa (que nunca ha funcionado en Viet Nam del Sur), los ha vuelto locos y no quieren oír nada. Lo que quieren no es oír sino huir, dos palabras que suenan muy parecidas y significan cosas muy diferentes.

Hace sólo unos días de Saigón salieron 2 mil niños vietnamitas que fueron llevados a los Estados Unidos dizque para ser adoptados por familias norteamericanas, pero en realidad con un fin militar, que era el de hacer propaganda para que el Congreso de los Estados Unidos aprobara que se le mandaran al gobierno de ese gran títere llamado Nguyen Van Thieu 722 millones de dólares en armas, porque el presidente Ford y el señor Henry Kissinger aseguraban que con esa cantidad de dinero en armas sería parado el avance del Vietcong y además sería recuperado por el gobierno de Saigón todo el territorio que venía perdiendo desde el 10 de marzo. La propaganda fue llevada a tal punto que se hizo una fotografía del presidente Ford cargando uno de esos niños vietnamitas; es decir,

pusieron al jefe del Estado de América del Norte a hacer el papel de niño. En esa oportunidad (el día 18 de este mes) una mujer que está viviendo en la clandestinidad en los Estados Unidos desde hace años por sus luchas contra la intervención norteamericana en Viet Nam, recordó que muchos huerfanitos habían muerto de hambre en Viet Nam del Sur porque el gobierno de los Estados Unidos sacaba de sus buques y de sus aviones el alimento, la ropa y las medicinas que se enviaban a Viet Nam para dejarles más espacio a los cañones y a las municiones y a las bombas; además, se descubrió que una parte importante de esos dos mil huérfanos llevados para hacer propaganda eran hijos de gente rica, y muchos de ellos hijos de altos militares del gobierno de Nguyen Van Thieu; y se descubrió otra cosa: se descubrió que Nguyen Van Thieu y algunos de sus amigos querían contratar un avión suizo para que sacara de Viet Nam 16 toneladas de oro que serían depositadas en Suiza, y como en Viet Nam se usa la medida de peso francesa, que no es la libra sino el kilo, esas 16 toneladas de oro equivalían a 35 mil 584 libras, o sea, que iban a sacar de Saigón 569 mil 344 onzas de oro. ¿Y saben ustedes lo que cuesta ahora una onza de oro? Pues por lo menos, 160 dólares, y en Saigón más de 250 dólares. Hagan cálculos y verán que en el jueguito de esos patriotas de Saigón se perdían más de 70 millones de dólares. Con el escándalo de los huerfanitos entre los que había muchos hijos de gente rica y con el de la sacada de oro para Suiza, se desplomó la moral del presidente Ford y la de Henry Kissinger, que ya no siguieron pidiendo armas para el gobierno de Nguyen Van Thieu, armas que no iban a servir para nada, porque lo que los norteamericanos no han podido lograr en 21 años de intervención militar y política en Viet Nam con un gasto de 150 mil millones de dólares, no podían lograrlo añadiendo a esa enorme suma 722 millones en armas.

Un periodista norteamericano llamado Anthony Lewis decía anteayer en *The New York Times* lo siguiente:

“Hasta el final, Viet Nam mantiene su misteriosa capacidad de sacar a la luz lo peor de los líderes norteamericanos; la capacidad de torcer su visión y de paralizar su juicio. Ese es un fenómeno que los historiadores tendrán que explicar... El pueblo norteamericano en número abrumador, y el Congreso con él, se aprendió la lección de la locura. Ellos saben ya que la intervención en el Sudeste Asiático fue un error desde el principio. Ellos saben que la idea de levantar en Viet Nam del Sur una nación que siguiera el modelo norteamericano era una tontería. Ellos saben que esa idea no podía prosperar y que ninguna cantidad de armas o de dólares o de sangre podía hacerla prosperar... Pero el presidente (Ford) y el secretario de Estado (Kissinger) no han aprendido nada. A medida que sus planes fracasaban ellos seguían adelante con sus planes”. Y casi al final de su artículo decía Lewis: “La fe en los líderes norteamericanos no podrá ser restaurada nunca mientras los presidentes no dejen su empeño de salvar a toda costa su prestigio, mientras los secretarios de Estado no se decidan a hablar la verdad, mientras nuestros líderes no acepten sus errores del pasado y traten de aprender de ellos para el porvenir”; y al final copiaba estas palabras del periódico *The Sunday Times* de Londres: “Las enormes cantidades de mentiras en que se envolvía la política norteamericana en Asia les han hecho tanto daño a los Estados Unidos, a la reputación de la sociedad norteamericana, como el propio fracaso de esa política”.

Ahora bien, a nosotros nos parece que no se trata de lo que dicen Anthony Lewis y *The Sunday London Times*. Se trata de algo distinto, se trata de que los Estados Unidos, como todos los países capitalistas, tienen una capa social que gobierna el país atendiendo sólo a los beneficios que puede sacar para ella, y en los Estados Unidos, el más poderoso de los países

capitalistas, esa capa social es más grande y tiene más poder que en ningún otro lugar del mundo; y sucede que su número y su poder empujan a los miembros de esa capa social por un camino que no es el de la historia, que no es el de los pueblos, que no es el del porvenir de la humanidad. Esa capa social se ha metido en un cohete Apolo gigantesco que va camino del desastre a millones de kilómetros por hora, y desde la enorme lejanía en que se encuentra ve a la distancia esta tierra donde viven miles de millones de hombres, mujeres y niños que pasan hambre y no quieren seguir pasándola; que padecen enfermedad y necesitan medicinas; que son ignorantes y reclaman que se les proporcione el conocimiento necesario para comprender siquiera la razón de ser de su existencia; y lo que se les da es guerra, es más hambre, más enfermedad, más ignorancia diciéndoles que eso es la libertad. Por eso, por hallarse tan desviados del camino de la historia y tan lejos en su vuelo hacia las regiones del poder absoluto, los miembros de esa capa gobernante de los Estados Unidos no comprenden lo que les está pasando hace más de 20 años en Viet Nam, en Cambodia, en Laos, y no comprenden que eso mismo va a sucederles en todas partes, hasta en esta pequeña tierra que ellos vinieron a conquistar el 28 de abril de 1965.

EL PLD, UN PARTIDO NUEVO
EN AMÉRICA

¿POR QUÉ SE HA ESCRITO ESTE LIBRO?

Por varias razones. Una de ellas es proporcionarles a los miembros del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) que ingresaron en él años después de haber sido fundado el conocimiento de las causas de su fundación, porque ese conocimiento fortalece en ellos su sentimiento partidista; otra razón es la necesidad de dejar constancia, para que lo tomen en cuenta, de manera especial los que piensan que el PLD es un partido del tipo del Reformista Social Cristiano (PRSC), o del Revolucionario Dominicano (PRD), que en nuestro país hay por lo menos una organización política que ha creado normas de organización absolutamente nuevas, que no eran conocidas en la República Dominicana pero tampoco en otros lugares de América, lo que quiere decir que la manera como se ha organizado y funciona el PLD ha sido una creación política puramente nacional.

Lo que acaba de ser dicho no es un alarde ni cosa parecida, y si alguien piensa que en un país como el nuestro, de conocido retraso en todos los órdenes, no puede darse una muestra de desarrollo político como el que pretendemos haber alcanzado los fundadores del PLD, lo invitamos a leer este libro, en el cual se expone de manera detallada el proceso que se siguió para organizar el partido descrito en las páginas de *Los orígenes del PLD*.

Fue precisamente el atraso político del pueblo dominicano que produjo, como reacción ante ese atraso, la necesidad de crear un partido que debía operar como formador de cuadros, de hombres y mujeres nuevos en su posición ante los problemas que afectan al pueblo; o dicho de otra manera, hombres y mujeres capaces de enfrentar los males nacionales con la seriedad y la asiduidad con que lleva a cabo sus tareas la monja católica en un país africano o de América.

Los orígenes del PLD fue escrito en una serie de artículos que ahora figuran como capítulos; cada artículo se publicaba semanalmente en *Vanguardia del Pueblo*, el órgano del Partido de la Liberación Dominicana, y al compilar esos artículos en un volumen se hace fácil enviar ejemplares a países de la lengua española e incluso a centros urbanos norteamericanos donde haya concentración de hispanohablantes, lo que se hará con un propósito político: dar a conocer la existencia en la República Dominicana de un partido cuyo esquema organizativo puede ser reproducido en países del Tercer Mundo, todos los cuales avanzarían en el orden político reproduciendo el PLD. Hacer lo posible para que eso suceda es un deber que nos ordena cumplir la entrañable fraternidad que une a todos los iberoamericanos.

Este libro servirá también para que los comentaristas de la política nacional aprendan a distinguir la diferencia que hay entre los líderes y los caudillos, conceptos que la casi totalidad de esos comentaristas ignoran cuando se refieren al autor de *Los orígenes del PLD* calificándolo de caudillo. El caudillo es el que manda; el líder es el que dirige. En un partido de organismos no puede haber caudillos ni mayores ni menores, porque en los organismos se toman decisiones por votación, no por imposición de una persona.

Naturalmente, en el libro cuya introducción se hace con estas líneas no se puede explicar toda la complejidad de la

vida del PLD; eso sólo se explica militando en sus filas o haciendo un curso que la dirección del Partido de la Liberación Dominicana puede organizar para quienes deseen conocer en todas sus manifestaciones cómo funciona nuestro partido, siempre, desde luego, que los que deseen participar en ese curso demuestren, de manera convincente, que lo que se proponen es aprender del PLD lo que el PLD puede enseñar para beneficio de otros partidos, no los que quieran hallar en el PLD lo que no se les ha perdido.

Juan Bosch

Santo Domingo, R.D.,
23 de junio de 1989.

I

Los orígenes del Partido de la Liberación Dominicana no se hallan a la distancia de los 15 años transcurridos desde el día 15 de diciembre de 1973, fecha en la cual se llevó a cabo su fundación; en realidad son más lejanos, nada menos que 34 años —un tercio de siglo— antes de ese día, pues fue en el 1939 cuando se inició la etapa política de mi vida, que comenzó con la fundación del Partido Revolucionario Dominicano, que no fue obra mía como ha dicho alguien sino de un médico nacido en la República Dominicana pero llevado a Cuba cuando tenía 2 años. Ese médico se llamaba Enrique Cotubanamá Henríquez y era hijo del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, lo que deja dicho que era hermano de Pedro y Camila Henríquez Ureña, pero nacido de un segundo matrimonio de su padre pues Salomé Ureña de Henríquez, la madre de los Henríquez Ureña, había muerto en 1898.

El Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, a quien sus amigos y familiares llamaban Cotú, no olvidaba que había nacido en la República Dominicana, donde su padre y sus hermanos mayores eran figuras de gran prestigio intelectual y político, y en Cuba leía la revista *Carteles* en la cual se publicaron cuentos míos en 1936 y 1937. En esos años los cubanos vivían los sacudimientos políticos que produjeron la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado y la caída del dictador, ocurrida al comenzar el mes de septiembre de 1933. Entre los efectos

de esos sacudimientos estuvo la creación del Partido Revolucionario Cubano, que fue bautizado con el mismo nombre que tuvo el que había fundado José Martí para organizar con él la Guerra de Independencia iniciada en febrero de 1895. El Partido Revolucionario Cubano de los años posteriores a la caída de Machado era conocido por la denominación de *auténticos* que se les daba a sus miembros, y en su creación jugó un papel de cierta importancia el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, a quien le tocó redactar la parte doctrinaria de esa organización política.

Todo lo dicho en el párrafo anterior sirve para explicar por qué el Dr. Henríquez bajó cierto día del año 1938 a los muelles de la capital dominicana adonde había llegado en uno de los barcos cubanos que hacían la ruta Habana-Santiago de Cuba-Santo Domingo y se dirigió a la casa de un familiar al que le preguntó mi dirección. La respuesta que le dieron fue que yo estaba viviendo en San Juan de Puerto Rico, y unos meses después el Dr. Henríquez se presentó en la Biblioteca Carnegie, donde yo trabajaba en la transcripción de todo lo que había escrito Eugenio María de Hostos. (Esa transcripción se hacía en maquinilla de escribir con el propósito de organizar la producción literaria del gran pensador puertorriqueño que iba a ser publicada en la colección de sus obras completas).

Lo que el Dr. Henríquez fue a tratarme, o mejor sería decir, a proponerme, fue que yo debía dedicarme a la creación de un partido político cuya finalidad sería liberar a la República Dominicana de la dictadura trujillista. Ese partido, explicó, se llamaría Revolucionario Dominicano como el de Cuba se llamaba Revolucionario Cubano. Entre las cosas que dijo la que me impresionó fue su oferta de escribir todo lo que se refiriera a la base ideológica o doctrinaria del Partido Revolucionario Dominicano. Yo le oía sin hacer el menor comentario

y mucho menos preguntas porque lo que él decía era para mí tan novedoso como si el Dr. Henríquez hablara en una lengua extraña.

No quería ser político

Yo no quería ser político. Para mí la política era lo que me había llevado a abandonar mi país, pues tal como lo dije en una carta dirigida a Trujillo, fechada en San Juan de Puerto Rico el 27 de febrero de 1938, cuatro o cinco meses antes de recibir la visita del Dr. Henríquez, de seguir viviendo en la República Dominicana, “además de no poder seguir siendo escritor, tenía forzosamente que ser político”, y aclaraba: “...yo no estoy dispuesto a tolerar que la política desvíe mis propósitos o ahogue mis convicciones y principios. A menos que desee uno encarar una situación violenta para sí y los suyos, hay que ser político en la República Dominicana. Es inconcebible que uno quiera mantenerse alejado de esa especie de locura colectiva que embarga el alma de mi pueblo y le oscurece la razón: el negro, el blanco, el bruto, el inteligente, el feo, el buenmozo: todos se lanzan al logro de posiciones y de ventajas por el camino político. ¿Cómo es posible que no se comprenda que la política no es arte al alcance de todo el mundo? La marcha de la sociedad la rigen los políticos; ellos deben ser seis, siete; así es en todos los países y así ha sido siempre; nosotros involucramos los principios universales y exigimos que las mujeres, los niños y hasta las bestias actúen en política. Yo, que repudiaba y repudio tal proceder, vivía perennemente expuesto a ser carne de chisme, de ambiciones y de intrigas. Yo no concibo la política al servicio del estómago, sino al de un alto ideal de humanidad”.

Tan fuerte era mi repudio a la actividad política que se ejercía en la República Dominicana, que en otro párrafo de esa carta le decía al dictador: “Yo sé que he salido de mi tierra para no volver en muchos años, porque considero que la actual

situación será de término largo y porque sé que fuera de un cargo público yo no tendría ahora medios de vida en mi país, y no podría estar en un cargo público absteniéndome de hacer política”.

El criterio que exponía en esa carta se lo expuse también al Dr. Henríquez, sin mencionarle el hecho de que yo le había escrito a Trujillo diciéndole lo que significaba para mí la política tal como ella se aplicaba en mi país, y la mayor parte del tiempo que usamos en hablar de ese tema la consumió él explicándome la diferencia que había entre la política que se ejercía en Cuba y la que se llevaba a cabo en la República Dominicana. Precisamente, decía el Dr. Henríquez, para que el pueblo dominicano pudiera aprender en la práctica diaria qué es la política y cómo debe ejercerse, era absolutamente necesario librar al país de la tiranía trujillista.

Esa entrevista con el hijo del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal me dejó tan impresionado que pocos días después empecé a buscar información acerca de cómo había organizado José Martí su Partido Revolucionario Cubano, y lo que llegué a saber fue poco, o mejor sería decir muy poco. Lo que me interesaba era tener una idea precisa de lo que había que hacer para formar hombres que al mismo tiempo que tuvieran una idea clara de lo que debía ser la política dominicana supieran cómo actuar para sacar del poder a Trujillo y a sus colaboradores más cercanos. Nada de eso fue tratado en la conversación que sostuve con el Dr. Henríquez, y por mucho que busqué, en la Biblioteca Carnegie no hallé un libro que pudiera ayudarme a aclarar mi concepto de lo que era la política.

Una cosa piensa el burro...

Como desde mi niñez había leído en la casa de mi abuelo materno la historia del *Cid Campeador* y en la mía el *Don Quijote*, y como mi padre destacaba siempre que se hablaba de

episodios históricos de algún país, sobre todo si se trataba de uno europeo, la importancia de los jefes militares no sólo en las guerras sino también en actividades civiles, yo crecí con una idea fija, aunque no sabía por qué, acerca del papel que juega en cualquier país la persona que ahora llamamos líder, y en la conversación que mantuve con él, o sería más apropiado decir que él mantuvo conmigo, le pregunté al Dr. Henríquez quién, a su juicio, debía o podía ser el líder de ese partido que él me proponía fundar, y su respuesta fue que debía ser yo, a lo que respondí diciendo que yo no tenía las condiciones que se requerían para dirigir un partido político; que a mi juicio el líder debía ser el Dr. Juan Isidro Jimenes Grullón, que llevaba un nombre conocido en todo el país porque su abuelo, que tenía el mismo nombre, había sido presidente de la República dos veces, y su bisabuelo lo había sido una vez; le expliqué que el Dr. Jimenes Grullón estaba viviendo en Nueva York pero que yo le pediría que viajara a Puerto Rico para hablar con él sobre la posibilidad de fundar el Partido Revolucionario Dominicano. El Dr. Henríquez halló que lo que yo decía tenía sentido, y en la noche de ese mismo día, mientras el buque cubano en que había llegado a San Juan de Puerto Rico navegaba de retorno a Cuba, le escribí al Dr. Jimenes Grullón pidiéndole que se llegara a San Juan donde tenía algo importante que tratarle.

Cuando el Dr. Jimenes Grullón llegó a San Juan yo le tenía preparada una conferencia que debía dar en el Ateneo Puertorriqueño, el lugar donde se reunían los intelectuales más conocidos de la isla borinqueña. Allí había dado yo una titulada *Mujeres en la vida de Hostos*. La del Dr. Jimenes Grullón sería sobre la situación política de la República Dominicana, y al decirla se lució porque era un orador natural que sabía usar las palabras y además sabía manejar las manos cuando tenía que moverlas para reforzar con sus movimientos lo que

iba diciendo. Con esa conferencia el nieto del jefe del partido que llevó su nombre (el jimenista, popularmente conocido como el de los bolos) quedó presentado a los intelectuales de Puerto Rico, primer escalón, pensaba yo, de la escalera que debía conducirlo al liderazgo del futuro Partido Revolucionario Dominicano, si ese partido era creado como lo proponía el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez.

El Dr. Henríquez volvió a Puerto Rico y en esa segunda ocasión le presenté al Dr. Jimenes Grullón. Con la presentación quedaba yo libre de seguir ocupándome en tareas políticas, al menos, así lo creía, pero el campesino dominicano de esos años repetía con frecuencia un refrán: “Una cosa piensa el burro y otra el que lo está aparejando”, y el que aparejaba al burro de la historia dominicana tenía planes diferentes a los míos; tan diferentes que de buenas a primeras Adolfo de Hostos, hijo de Eugenio María de Hostos, entró en el salón de la Biblioteca Carnegie, donde bajo mi dirección dos mecanógrafas copiaban los trabajos de Hostos, y me dijo: “Prepárese para ir a Cuba a dirigir la edición de las obras completas. El concurso de su publicación ha sido ganado por una editorial cubana. Por su trabajo allá se le pagarán 200 dólares mensuales”.

II

En la vida de algunos seres humanos se dan hechos que parecen fortuitos y no lo son, pero es al cabo de algún tiempo cuando los protagonistas de esos hechos advierten que no fueron casuales. Por ejemplo, un año antes de mi llegada a La Habana rodeado de varios bultos en los que iban las copias mecanográficas de todo lo que Eugenio María de Hostos había escrito —al menos, todo lo que se había reunido hasta el año 1937— yo no conocía al Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez y ni siquiera tenía noticias de su existencia; y sin embargo cuando descendí la escalera del vapor *Iroquois* para llegar al muelle junto al cual había atracado el buque de ese nombre, allí estaba él esperándome, y mientras aguardábamos la bajada del equipaje el Dr. Henríquez me dijo que había contratado para mi uso, en una pensión, una habitación con baño y servicio sanitario, que en el alquiler estaba incluida la comida y que la casa donde se hallaba la pensión estaba cerca de la suya; que él me acompañaría en el viaje del muelle a esa casa y me visitaría al día siguiente para llevarme al lugar donde él vivía, al cual iríamos a pie porque la distancia entre las dos casas era corta, y en efecto, así era, y por ser así al segundo día de mi llegada a La Habana estaba yo en los altos de una casa de piedra situada frente al mar, en el paseo llamado Malecón. Delante de mí, separado de él por un escritorio, el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez leía unos papeles en los

cuales se describía lo que sería el Partido Revolucionario Dominicano, incluyendo un esbozo de sus futuros estatutos, y con esa lectura comenzaba una etapa nueva en mi vida, la del aprendizaje de la teoría y la actividad política.

Yo tenía que dedicarle la mayor parte del tiempo al trabajo que había ido a hacer en La Habana: la edición de las obras completas de Hostos. La casa editora, llamada Cultural, S.A., tenía sus talleres en un barrio muy separado del Vedado, y sobre todo de la parte del Vedado donde estaba viviendo, que era el Malecón, y viajar dos veces al día al lugar donde se componían y se imprimían los libros de Hostos y retornar dos veces a la pensión donde estaba viviendo me consumía diez horas diarias salvo los sábados y los domingos, de manera que sólo podía ver al Dr. Henríquez esos dos días, y no siempre porque él tenía sus tareas, las propias de un médico, pero también sucedía que una que otra vez cuando llegaba a su casa él o sus familiares estaban recibiendo visitas; de todos modos, cuando disponía de su tiempo, lo que él decía o era siempre de carácter político o de temas que se relacionaban con la política. Por ejemplo, contaba, para dármelos a conocer, episodios de las luchas políticas de Cuba, sobre todo de las más recientes, o de las de México, y en tales casos destacaba con claridad la diferencia que había entre la política de esos dos países y la de la República Dominicana, y al exponer el contraste que había entre la actividad política de Cuba y de México con la de la República Dominicana iba creando en mí una conciencia política similar a la que sobre una materia cualquiera, fuera Física, fuera Matemática o fuera Literatura creaban en esos tiempos los maestros de bachillerato en las mentes de sus estudiantes; pero además, sucedía que la sociedad cubana, en todas sus clases y capas de clases sociales, estaba viviendo una etapa de fervor político porque eran muchos los sectores populares que reclamaban una elección

de diputados constituyentes para elaborar la Constitución que en la historia del país se conocería con el nombre de la Constitución de 1940.

Proceso de desarrollo político

En septiembre de 1939 comenzó la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia por tropas alemanas —el ejército nazi de Adolfo Hitler—, acontecimiento de proporciones mundiales que conmovió a todos los cubanos y en mi caso provocó una reacción tan violenta que estuve varios días sacudido por un estado de indignación que no podía controlar. Las noticias que publicaban los periódicos cubanos y que difundían las estaciones de radio eran alarmantes porque en ellas se describían las barbaridades que estaban ejecutando en Polonia las tropas hitlerianas. A mí me parecían los hechos que estaban sucediendo en la patria de Chopin una repetición de lo que hasta poco tiempo antes había sucedido en España, y la sangrienta guerra civil española estaba relacionada en el mundo de mis sentimientos con Trujillo y su dictadura, lo que era un indicio de que, al menos en el terreno emocional, yo estaba convirtiéndome en un militante antitrujillista, y sabía que en el origen de esa militancia estaba la prédica del Dr. Henríquez, a quien a esas alturas yo le llamaba, como sus familiares y amigos, Cotú a secas.

La simultaneidad de la guerra en Europa con la campaña para elegir diputados constituyentes puso la atmósfera política en un alto grado de actividad. Hasta el limpiabotas de los muchos que había siempre en el Parque Central, cuando le prestaba servicio a alguien conocido ponía como tema de cambio de palabras, si no de conversación, el de la guerra mundial o el de las elecciones a diputados a la Asamblea Constituyente, de manera que todo el que tuviera cierto nivel de conocimiento de lo que estaba ocurriendo en el mundo y en

Cuba —y esos eran la mayoría de los cubanos— acababa cambiando impresiones de carácter político lo mismo con personas conocidas que con las desconocidas que compartían un lugar común, por ejemplo, el asiento de un ómnibus, el de un tranvía o la vecindad de mesas en un restaurant o en el sitio donde entraba a tomarse un café, un refresco o un jugo de naranja (zumo, dicen los españoles).

En mi caso los cambios de impresiones sobre los dos temas eran frecuentes y se llevaban a cabo en niveles relativamente altos pues sucedía que cuando llegué a Cuba era ya conocido en los círculos de escritores porque la revista *Carteles*, que para 1939 era la más leída*, había publicado cuentos míos —y esa publicación fue lo que movió al Dr. Henríquez a buscarme, primero en Santo Domingo y después en Puerto Rico— y al llegar a Cuba *Carteles* le dio publicidad a mi presencia en La Habana, de manera que pocos meses después yo frecuentaba las reuniones de escritores, periodistas, pintores y actores teatrales, en las cuales los temas de conversación eran siempre mayoritariamente los de la política cubana y la política internacional. De la última eran parte las noticias de lo que sucedía en la República Dominicana, por lo menos de los hechos que llegaban a conocimiento de los cubanos, hechos que en alguna medida se parecían a los que el pueblo cubano había vivido —y en cierto sentido estaba viviendo— hacía poco tiempo, razón por la cual yo iba adquiriendo desarrollo político debido a que los juicios que hacían los intelectuales de Cuba acerca de los sucesos mundiales, cubanos y dominicanos, equivalieron para mí a cátedras de ciencias políticas en una universidad muy bien calificada.

* *Bohemia* sobrepasaría a *Carteles* hasta el extremo de que pasó a vender 500 mil ejemplares semanales años después, a mediados de la década de los 40.

Buscando dominicanos antitrujillistas

El Dr. Henríquez estaba casado con la hermana de uno de los líderes más importantes del Partido Revolucionario Cubano y su casa era punto de reunión de miembros y dirigentes de ese partido con la mayor parte de los cuales establecí relaciones de amistad, de manera que en pocas semanas acabé siendo, en el orden político, tan conocedor de la política cubana como cualquiera de ellos, pero eso no significa que había relegado a un segundo plano los problemas dominicanos; al contrario, dediqué mis ratos libres a averiguar dónde vivían algunos dominicanos con los cuales pensaba que debía iniciarse la organización de ese Partido Revolucionario Dominicano que proponía el Dr. Henríquez.

Los dominicanos residentes en Cuba a quienes yo me proponía ver para invitarlos a organizar el partido eran Lucas Pichardo, Pipí Hernández y los hermanos Mainardi, de todos los cuales supe que vivían en La Habana por informaciones de las personas que visitaban la casa del Dr. Henríquez. A Lucas Pichardo lo conocía y antes de salir del país sabía que él estaba en Cuba, pero no lograba localizarlo en La Habana; a Pipí Hernández no lo conocí en Santo Domingo pero sí a sus familiares, y por ellos estaba enterado de que vivía en Cuba. En cuanto a los hermanos Mainardi, no los conocía pero sabía que eran militantes antitrujillistas. El Dr. Henríquez, que había solicitado un puesto de médico en uno de los barcos de la Compañía Naviera Cubana que viajaban a Santo Domingo y San Juan de Puerto Rico con el único propósito de darle vida al plan de crear el Partido Revolucionario Dominicano, no conocía a ninguno de los dominicanos exiliados en Cuba y por esa razón no podía ayudarme en la tarea de localizar con algunos de ellos, por lo menos, a los que vivían en La Habana.

Mi preocupación por dar con algún dominicano terminó súbitamente cuando estando en una librería en busca de una

colección de versos de Federico García Lorca entró un dominicano de apellido Brea que me había sido presentado en Santo Domingo hacía años por Lucas Pichardo. Brea había salido del país antes que yo; se fue como polizón, es decir, escondido en la bodega de un buque de carga que se dirigía a un puerto alemán, y era un tipo humano tan peculiar que aunque hacía mucho tiempo que no lo veía lo reconocí en el instante en que pasó ante mis ojos; al mismo tiempo él me reconoció, y quizá antes de que pasaran 30 segundos después de habernos visto estaba yo preguntándole si sabía dónde vivía Lucas Pichardo. Lo sabía, y como era tan cerca de la librería que podíamos ir a su casa en pocos minutos, fuimos allá y tuve la suerte de encontrar a Lucas, que había formado familia, pues además de casarse con una cubana ésta le había dado un hijo que en ese momento tenía apenas dos años.

Lucas me dijo que Virgilio Mainardi vivía fuera de La Habana, en un lugar llamado El Pino; que no sabía donde vivía Rafael Mainardi pero su hermano Virgilio podía decírmelo; que otro hermano de Virgilio y Rafael residía en Guantánamo, a más de mil kilómetros de La Habana, y en cuanto a Pipí Hernández, no tenía su dirección pero yo podía verlo en la Universidad porque estaba haciendo allí unos trabajos de reparación no sabía de qué.

III

Ni Lucas Pichardo ni Pipí Hernández quisieron participar en la organización del Partido Revolucionario Dominicano, el primero porque alegó que carecía de las condiciones que a su juicio debía tener un militante político y el segundo porque era trotskista. Ambos iban a morir muchos años después de 1939 a causa de su oposición a la tiranía trujillista. A Pipí Hernández lo asesinó en La Habana un agente cubano de Trujillo y Lucas Pichardo y su hijo fueron fusilados en el año 1959 cuando llegaron al país con los expedicionarios del 14 de junio. Lucas Pichardo fue quien me presentó, pocos días después de haberlo visitado en su casa, al Dr. Romano Pérez Cabral, un médico dominicano que vivía hacía muchos años en La Habana, cuyo consultorio fue el local donde se llevaron a cabo las reuniones del Partido Revolucionario Dominicano que eran habitualmente semanales y nocturnas. El Dr. Pérez Cabral me presentó a otro dominicano, Alexis Liz, hombre de excelentes condiciones, que aceptó, tan pronto se lo pedí, trabajar por la organización del partido que años después sería conocido del pueblo dominicano por las siglas de su nombre —PRD—.

Alexis Liz conocía a dos dominicanos que vivían en La Habana: eran José Franco y Belisario Heureaux, hijo de Lilís. El primero aceptó ser miembro del Partido pero el tipo de trabajo que desempeñaba le impedía participar en las reuniones que, como dije hace poco, eran en su mayoría semanales.

Mientras tanto, yo le escribía al Dr. Jimenes Grullón pidiéndole que fuera a Cuba y él respondía alegando que no podía hacerlo de inmediato pero que lo haría cuando resolviera tales o cuales problemas. Para mí, sin su presencia en La Habana no sería posible organizar el Partido Revolucionario Dominicano porque pensaba, como lo dejé dicho en el primer capítulo de estas remembranzas, que ninguna organización humana puede funcionar si no tiene un líder, y antes de que el Dr. Jimenes Grullón llegara a La Habana sucedió algo muy importante: el 15 de noviembre de 1939 se celebró la elección de los diputados que debían integrar la Asamblea Constituyente y la ganó el Partido Revolucionario Cubano, con el cual se habían aliado tres grupos pequeños, y la elección del vocero o líder de los diputados auténticos recayó en Carlos Prío Socarrás, hermano de la mujer del Dr. Henríquez, a quien aludí en el capítulo anterior de esta miniserie diciendo que era uno de los líderes más importantes del Partido Revolucionario Cubano. Por sí sola, esa circunstancia habría conducido al mantenimiento de una relación estrecha entre el Dr. Henríquez y Prío Socarrás, pero se daba el caso de que la madre, un hermano y una tía de Prío Socarrás compartían con el Dr. Henríquez y su mujer los dos pisos superiores, de tres que tenía, del edificio en que vivía el matrimonio Henríquez Prío. La llegada a la segunda planta se hacía entrando por un salón amplio en el cual una noche sí y otra también Carlos Prío se reunía con dirigentes de su partido y fueron numerosas las ocasiones en que, acompañado por el Dr. Henríquez, yo estuve presente en esas reuniones. Al principio, esto es, en los días de mi llegada a La Habana, no tenía ninguna participación en lo que allí se trataba, pero con el andar de los meses fui conociendo a los dirigentes auténticos, oyendo sus opiniones, y acabé tomando parte, como uno de ellos, en todo

lo que decían, proponían y acordaban, de manera que mi presencia en esas reuniones equivalía a la de un estudiante de práctica política.

Trabajando para la Constitución de 1940

Además de la publicación de mis cuentos en *Carteles* y de una conferencia que había dado en el Instituto Hispano Cubano de cultura y otra en el Club Atenas, para ese año 1939, el primero que pasaba en Cuba, en La Habana se habían publicado dos libros míos; uno fue *Hostos, el sembrador*, edición de la Editorial Trópico, y otro la segunda edición de *La Mañosa*, hecha por el poeta español Manuel Altolaguirre en su imprenta La Verónica. Dado el desarrollo cultural del pueblo cubano esas publicaciones mías, tanto la de cuentos como la del libro dedicado a Hostos, así como las conferencias mencionadas, me estaban convirtiendo en persona conocida de muchos hombres y mujeres, y yo me daba cuenta de eso por los comentarios de los que me reconocían cuando me hallaba en medio de algunos de ellos, pero nunca pensé que al establecerse la Asamblea Constituyente, la que iba a redactar la llamada Constitución de 1940, la mayoría de los diputados del Partido Revolucionario Cubano (los auténticos) iban a pedirme que trabajara para ellos en una actividad muy delicada, adecuada para ser llevada a cabo por un profesor universitario de ciencias políticas que además fuera cubano, no por un dominicano que ni siquiera tenía el título de bachiller porque no había pasado del tercer año de la Escuela Normal, como se llamaba en esos años en la República Dominicana lo que en Cuba se llamaba Liceo.

La tarea que se me encomendó fue la de estudiar varias Constituciones: la de la República Española, que ya no estaba en vigencia porque desde abril de 1939 el régimen constitucional había sido barrido por el levantamiento militar que llevó al poder al general Francisco Franco; la alemana, conocida con el

nombre de Weimar, que había quedado desmantelada hacía seis años porque así lo dispuso Adolfo Hitler, pero había figurado entre las más avanzadas del mundo capitalista; la de Chile, en la que había varios artículos de intención progresista desde el punto de vista social, y por fin la de México, que en ciertos aspectos era tan progresista en el orden social como la de Chile.

Mi trabajo consistiría en analizar los artículos de esas Constituciones que me serían señalados desde el Capitolio, el edificio de puro estilo norteamericano construido por la dictadura de Machado para darles albergue al Senado y a la Cámara de Diputados —que en Cuba se llamaba, como en Estados Unidos, Cámara de Representantes—; una vez estudiados, yo debía redactar un resumen de lo que dijeran esos artículos, y un borrador, para ser discutido por los constituyentes auténticos, del artículo que deberían ellos someter a discusión de la Asamblea Constituyente. Para hacer ese trabajo se puso a mis órdenes el local donde funcionaba la oficina de Carlos Prío Socarrás, que era abogado.

Yo no puedo recordar qué día de qué mes fue proclamada la Constitución Cubana de 1940; lo que sí recuerdo es que dos días antes de la fecha en que iba a ser promulgada el Dr. Henríquez puso en mis manos una tarjeta de entrada en el Capitolio en la cual se señalaba que debía ocupar, para mí solo, un palco, desde el cual presencié la ceremonia con que a los acordes del himno de Cuba la patria de José Martí quedaba regida por la nueva Constitución, ésa que iba a ser bautizada con el nombre de “la de 1940”.

Era difícil organizar el Partido

Con Virgilio Mainardi hice contacto en la Universidad y a través suyo lo hice con su hermano Rafael. Otro hermano, Víctor, vivía en Guantánamo, donde hallé varios dominicanos,

entre ellos Manuel Calderón, cuyo hijo, del mismo nombre, sería asesinado, lo mismo que Víctor Mainardi y uno de sus dos hijos, cuando llegaron al país en la expedición del 14 de junio de 1959. También en Santiago de Cuba vivían varios dominicanos: José Diego Grullón, que sigue viviendo allí a la hora en que se escriben estas páginas, David Chamah y su familia, Chepito Saint-Hilaire, Moya Grisanti, Juan Esteban Luna, Bruno de la Cruz, Salomón Hadah, hermano de Abraham el Turquito, hombre de armas muy conocido en la Línea Noroeste porque fue uno de los oficiales destacados de Desiderio Arias, y Carlito Daniel, que en el enfrentamiento armado contra la ocupación militar norteamericana de 1916 ganó tanto prestigio que acabó siendo llamado por sus seguidores nada menos que general, tal vez el último general analfabeto de los muchos que dio el país.

Por fin, Jimenes Grullón llegó a La Habana. Debió ser a mediados de 1941 porque en el mes de noviembre de ese año fuimos él y yo a México donde se reunirían delegados de la Central de Trabajadores de América Latina (CETAL). Allí nos esperaba Ángel Miolán, que trabajaba en la Universidad Obrera. Miolán nos presentó a Vicente Lombardo Toledano, la más alta figura del movimiento obrero latinoamericano, y gracias a su conocimiento del medio conseguimos que se aprobara un acuerdo en el que se denunciaban los crímenes que se cometían en la República Dominicana y la salvaje explotación que padecían los obreros, sobre todo los de las centrales azucareras que formaban el grueso de las empresas industriales del país. La denuncia de la CETAL enfureció a Trujillo a tal grado que Jimenes Grullón, Miolán y yo fuimos declarados en la República Dominicana traidores a la patria.

Yo retorné a La Habana, adonde llegué el mismo día del ataque japonés a Pearl Harbor, pero el Dr. Jimenes Grullón se quedó en México donde debía dar unas cuantas conferencias

en la Universidad Obrera. Por esos tiempos mi medio de vida era las visitas a médicos para hacer la propaganda de productos farmacéuticos fabricados en Cuba y la venta de esos productos, todo ello en las provincias de Matanzas y Santa Clara. En vista de que Jimenes Grullón y la poeta puertorriqueña Julia de Burgos vivían en mi casa conseguí que la empresa farmacéutica en que yo trabajaba le proporcionara el mismo tipo de trabajo a Jimenes Grullón, pero en la provincia de Oriente; mientras tanto la organización del Partido Revolucionario Dominicano era dejada para otra ocasión y el Dr. Henríquez insistía en que había que iniciar esa tarea sin perder más tiempo, pero cuando yo le planteaba la necesidad de adoptar un método para llevar adelante ese trabajo él confesaba que no sabía cómo elaborar un plan porque el tipo de organización del Partido Revolucionario Cubano no podía adoptarse para el caso de los dominicanos antitrujillistas que estaban desperdigados en Cuba, en Puerto Rico, en Venezuela, en Estados Unidos, en México, y tenía razón, pero yo no aceptaba posponer la tarea de proceder a organizar a los dominicanos exiliados en el partido que el Dr. Henríquez me había propuesto crear, y como no lo aceptaba me dediqué a pensar en la manera de solucionar el problema causado por la dispersión geográfica de los llamados a ser miembros de la fuerza política que el pueblo dominicano requería para liberarse de la sanguinaria tiranía que lo oprimía.

IV

La idea de cómo organizar el Partido Revolucionario Dominicano se me había ocurrido de golpe, antes de viajar a México, pero en esos días estaba recargado de trabajo porque además de los viajes de propaganda y venta de los productos farmacéuticos me había hecho cargo de dos programas de radio que empezarían a pasarse por la estación CMQ —la más importante, entonces, de Cuba— y tenía que hacerme de toda una biblioteca y leer muchos de los libros que iba comprando antes de viajar a México. De esos programas uno se titularía *Los forjadores de América*, que saldría al aire, como se decía en el lenguaje de los técnicos de la radio, los lunes, miércoles y viernes; el otro sería *Memorias de una dama cubana*, que se transmitiría los martes, jueves y sábados, los dos a la misma hora: 5 de la tarde. Ambos serían exposiciones históricas, pero de hechos en acción, esto es, en forma de piezas de teatro, el primero de episodios de la vida de las grandes figuras de las luchas por la independencia de los pueblos de América, incluyendo algunos de Estados Unidos, y el segundo de la guerra cubana de 1895-1898 contada por una señora pero escenificada, esto es, poniendo en acción a los combatientes de esa guerra y sus jefes, sobre todo Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Antes de viajar a México fui a ver al Dr. Henríquez para exponerle el plan de organización del partido que se me había

ocurrido. Mi visita fue larga porque el Dr. Henríquez me hizo muchas preguntas, todas para que yo le aclarara mis puntos de vista sobre las numerosas posibilidades de fracaso del plan que él entreveía. El plan era simple y a mí me parecía que su simplicidad le garantizaba buen éxito. En él se establecía que los dominicanos antitrujillistas exiliados que estaban viviendo en varios países, en Venezuela, en Puerto Rico, en Curazao y Aruba, en Nueva York —todavía yo no estaba enterado de cuántos de ellos vivían en México— que aceptaban ser miembros del Partido Revolucionario Dominicano debían formar comités, uno en cada ciudad de cualquier país donde estuvieran viviendo cinco o más; cada comité elegiría entre sus miembros un director y un secretario, y todos los comités reconocerían como la dirección del partido el de La Habana. El Dr. Henríquez opinó que los comités no debían llevar ese nombre sino el de seccionales porque cada uno de ellos sería una sección del partido, propuesta que me pareció buena y así se lo dije, pero insistí en que la manera de mantener unidos a todos los núcleos de un partido que iba a estar formado por grupos distanciados geográficamente era estableciendo una jefatura común, y esa jefatura debía ser la seccional de La Habana, cuyo director era el Dr. Jimenes Grullón a quien yo había propuesto desde hacía dos años como el líder del partido.

El Dr. Henríquez acabó aprobando el plan que yo proponía y fue aprobado también por los miembros de la Seccional de La Habana, que eligieron director, a propuesta mía, al Dr. Jimenes Grullón. Alexis Liz propuso que yo fuera elegido secretario y el único que no votó a favor fui yo.

En los primeros meses de 1942 viajé a Guantánamo y Santiago de Cuba donde fueron creadas las seccionales de esas dos ciudades, y en el mes de abril fui a Estados Unidos para formar allí la seccional de Nueva York, donde el número de

dominicanos no era ni remotamente parecido al de los que llegarían a ser después, pero era mayor que el de los que vivían en Cuba.

El primer congreso

El grupo de dominicanos de México se quedó sin dirección cuando Ángel Miolán se trasladó a vivir en La Habana, donde inmediatamente se incorporó a la seccional habanera. Eso sucedió en septiembre de 1942 y casi inmediatamente después Miolán se ganaba la vida vendiendo solares de un lugar de La Habana donde estaba levantándose lo que en Cuba llamaban un reparto.

Después de mi estancia en Nueva York, donde, naturalmente, dejé funcionando una seccional, y en el mismo año, fui a Caracas, la capital de Venezuela, país en el que eran relativamente numerosos los exiliados dominicanos. Yo había mantenido relaciones con Rómulo Betancourt cuando él estuvo de visita en la República Dominicana poco después de haber salido de su país, donde formó su liderazgo luchando desde una base de estudiantes universitarios contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. En Santo Domingo él publicó un libro en el que denunciaba los rigores de esa dictadura. El libro se titulaba *En las huellas de la pezuña* y yo le ayudé a venderlo. Betancourt había fundado, estando en el exilio, el partido Acción Democrática, y yo no tenía la menor idea de que el emblema y el color del Partido Revolucionario iban a ser similares a los de Acción Democrática, y lo fueron.

Como era natural que sucediera, en Caracas me dediqué a organizar la seccional venezolana del que ya era un partido aunque todavía le faltaba cubrir territorios como el de Venezuela, el de Curazao, el de Aruba y el de Puerto Rico, países en todos los cuales había exiliados antitrujillistas, algunos de

prestigio como era el caso de varios de los que residían en Venezuela, entre ellos un médico de nombre en la República Dominicana, el Dr. Ramón de Lara; un abogado que había sido diputado en los años del gobierno de Horacio Vásquez, Luis F. Mejía. En esa ocasión, sin embargo, no pude permanecer el tiempo indispensable para reunir a una mayoría de los dominicanos que habían salido del país porque se negaban a convivir con la tiranía. En el segundo viaje, que fue en enero de 1943, quedó organizada la seccional y además convocado un representante suyo para participar en el Primer Congreso del Partido, que iba a celebrarse en La Habana a fines de marzo de ese año.

En ese segundo viaje a Caracas fui atendido por la dirección de Acción Democrática; hice amistad no sólo de tipo político sino también de tipo intelectual con algunos escritores venezolanos, el primero de ellos Rómulo Gallegos, que me presentó en una conferencia que di en el teatro Olimpia sobre la situación de la República Dominicana bajo la dictadura de Trujillo, pero también con Andrés Eloy Blanco, que además de ser el más notable de los poetas que había dado Venezuela era también un orador de primera categoría, facultad de que hacía uso sobre todo en los actos públicos de su partido, Acción Democrática.

El Primer Congreso del Partido Revolucionario Dominicano se reunió, como quedó dicho, en La Habana, y duró del 29 de marzo de 1943 hasta el 7 de abril. En él estuvieron representadas todas las Seccionales; se discutió y se aprobó la doctrina del Partido, la misma que había escrito el Dr. Henríquez en el año 1939; se aprobaron sus Estatutos, y con ellos quedó convertida en ley fundamental de la organización el reconocimiento de la Seccional de La Habana como órgano director del Partido con el nombre de Sección Coordinadora; pero al mismo tiempo, a propuesta mía que fue apoyada por

Ángel Miolán, se aprobó una condenación del personalismo político, lo que equivalía a decir, el caudillismo.

La lucha por el control del PRD

A esa altura del tiempo, cuando apenas comenzaba la vida del partido, Trujillo, que tenía sus agentes, seguramente cubanos en Cuba pero probablemente también algún dominicano, y debía tenerlos en Venezuela, en Nueva York, en Puerto Rico, presionó al gobierno de Fulgencio Batista, que había ganado las elecciones cubanas de 1940 y duraría en el poder cuatro años, hasta octubre de 1944, para que el Partido Revolucionario Dominicano fuera perseguido y disuelto, y lo mismo haría en Venezuela, donde el presidente Isaías Medina Angarita me invitó a verlo en el Palacio de Miraflores para pedirme que suspendiera la propaganda antitrujillista que mantenía el partido en Venezuela.

Lo que nos pidió el gobierno de Cuba no fue la suspensión o abandono de la propaganda contra la tiranía dominicana, fue que abandonáramos el nombre de Partido Revolucionario Dominicano. La demanda fue hecha a una comisión del partido por el Primer Ministro del gobierno de Batista, que se llamaba Ramón Zaydín. En ese momento, fines de marzo o principios de abril de 1943, la Segunda Guerra Mundial tenía tres años y medio de duración, era llevada a cabo por una coalición de países democráticos y la Unión Soviética contra Alemania, Italia y Japón. De los últimos países, uno —Alemania— estaba gobernado por el Partido Nazi, cuyo jefe era Adolfo Hitler, y otro —Italia— lo era por el Partido Fascista, dirigido por Benito Mussolini, y el Dr. Zaydín nos impuso el cambio del nombre del Partido Revolucionario Dominicano por el de Unión Democrática Antinazista Dominicana (UDAD), imposición que tuvimos que aceptar porque de no hacerlo se nos prohibiría usar el del PRD. Por esa razón aparece en un

número de esos días de la revista *Carteles* una fotografía mía al pie de la cual se leían las palabras “Juan Bosch, secretario general de la Unión Democrática Antinazista Dominicana (UDAD)) mientras pronunciaba un discurso” (no recuerdo en qué lugar). Como presidente de la UDAD fue designado el Dr. Romano Pérez Cabral porque el Dr. Jimenes Grullón se negó a aceptar ese cargo.

Al año siguiente, 1944, el Partido Revolucionario Dominicano inició una campaña dirigida a obtener un acuerdo de unidad con otras agrupaciones de exiliados dominicanos que siguiendo el ejemplo que habíamos dado los perredeístas al fundar y mantener la primera organización antitrujillista del exilio dominicano habían establecido agrupaciones de diferentes tendencias. El Partido Revolucionario Dominicano consiguió que en La Habana se celebrara un congreso unitario, que se llevó a cabo también en el año 1944, y en él estuvieron presentes, en representación de la Unión Patriótica Dominicana, Ángel Morales; por el Frente Democrático Dominicano, el Dr. Ramón de Lara; como observador, a nombre de Acción Democrática de Venezuela, el poeta Andrés Eloy Blanco, y representantes de todas las seccionales del PRD. Ese congreso unitario tuvo apoyo en fuerzas políticas cubanas como lo demostró la recepción que les hizo en su casa a todos los participantes en él, el Dr. Eddy Chibás de la cual se conservan fotografías.

Pero los efectos en el Partido Revolucionario Dominicano del congreso unitario fueron negativos porque inmediatamente después de haber terminado los trabajos de esa reunión el Dr. Jimenes Grullón propuso una medida mediante la cual se me sacaría de Cuba, y con ella se iniciaba una etapa de luchas innecesarias por el control de la dirección del Partido Revolucionario Dominicano que iban a durar varios años.

V

Yo me había equivocado cuando le propuse al Dr. Henríquez a su colega, el Dr. Jimenes Grullón —ambos eran médicos, pero Jimenes Grullón no ejercía su profesión, por lo menos en Puerto Rico y Cuba— como líder del Partido Revolucionario Dominicano, error que se explica por el hecho de que yo no había tenido práctica política, y creía, como expliqué al comenzar esta serie de artículos, que debido a su origen familiar —nieto de un presidente, que ejerció ese cargo dos veces, y bisnieto de otro presidente— era conocido en el país más que cualquier otro de los exiliados que se organizaran en el partido que proponía el Dr. Henríquez, pero más que su nexo familiar con dos personajes que figuraban en la historia del país me indujeron a pensar en el Dr. Jimenes Grullón como el mejor candidato a ser el líder del futuro Partido Revolucionario Dominicano dos circunstancias. La de menos peso era su condición de buen orador, facultad que había demostrado al pronunciar un discurso en las ruinas de la Isabela en un acto que yo presencié; la otra era la circunstancia de que llevaba el nombre de Juan Isidro Jimenes, que había sido el líder del partido conocido de los dominicanos con el nombre de bolo debido a que su emblema era un gallo sin cola que por no tenerla se oponía al gallo rabudo, emblema del partido rabú cuyo líder era Horacio Vásquez. El partido de los bolos le ganó las elecciones de

1914 al de los rabuses, y por esa razón el presidente elegido fue Juan Isidro Jimenes, el más importante de los comerciantes dominicanos, que quince años antes había ganado las de 1899, las primeras que se celebraron en el país después de los años de la dictadura de Ulises Heureaux, y en esa ocasión el candidato de Jimenes a la vicepresidencia había sido Horacio Vásquez, que luego se transformó en su adversario político y jefe del partido rabú.

Juan Isidro Jimenes había muerto en Puerto rico en 1919 y yo creía que en 1939 en el pueblo dominicano había una parte considerable de la población que recordaba su nombre, que era el del Dr. Jimenes Grullón, pero además de pensar así creía que el Dr. Jimenes Grullón tenía condiciones políticas porque sabía, de habérselo oído decir a amigos y colegas suyos, que aspiraba a ser presidente de la República; pero cuando me tocó tratarlo de cerca, en un ambiente político como era el de las reuniones de la Seccional de La Habana del PRD, tuve la impresión de que me había equivocado, criterio que no debía dar a conocer a nadie mientras no apareciera un perredeísta que tuviera las condiciones que se requieren para dirigir actividades políticas, y así lo hice; nunca manifesté lo que pensaba acerca de la notoria ausencia de facultades políticas del líder del Partido Revolucionario Dominicano.

En dos años de convivencia, no sólo política sino además física, porque vivíamos en la misma casa —que en realidad no era casa sino un apartamento en la calle Jovellar, muy cerca de la calle Infanta— no le oí nunca al Dr. Jimenes Grullón un juicio político acertado, ni siquiera cuando se trataba de enjuiciar los acontecimientos mundiales, que eran muchos porque la Segunda Guerra Mundial los producía a diario, pero el colmo de su incapacidad política fue su negativa a aceptar que ocupara la posición de secretario general

de la Unión Democrática Antinazista Dominicana alegando que él rechazaba enérgicamente la imposición de Batista, que esa imposición iba a destruir al Partido Revolucionario Dominicano y él no podía prestarse a ser cómplice de una medida como esa.

De La Habana a Ciudad México

Fue el Dr. Jimenes Grullón quien propuso que yo me hiciera cargo de la secretaría general de la UDAD, de manera que lo que él rechazaba por razones que él llamaba morales era bueno para mí, manera de actuar que se repetía con frecuencia, cuya culminación fue proponer mi salida de Cuba con la supuesta finalidad de que yo hiciera propaganda antitrujillista en América Latina, y como el partido carecía de fondos yo tenía que arreglármelas para pagar viajes y hoteles, y no sólo para mí, porque estaba casado —me había casado el 30 de junio de 1943— y mantenía mi hogar, en parte con lo que producía mi esposa con su trabajo en la Oficina de Coordinación Interamericana, el centro encargado de hacer en Cuba la propaganda antinazifascista que se elaboraba en Estados Unidos, y en parte con lo que producía yo como traductor para llenar una página entera del periódico *Información* de artículos y noticias que aparecían en diarios de Estados Unidos y además con la publicación en la revista Bohemia de cuentos y artículos.

Ángel Miolán se opuso a la propuesta de Jimenes Grullón alegando que de los miembros del partido el que tenía más y mejores relaciones en Cuba era yo y mi salida hacia otros países iba a perjudicar al PRD, pero el Dr. Jimenes Grullón contaba con el apoyo de los hermanos Mainardi, y yo me abstuve de votar, de manera que la moción del Dr. Jimenes Grullón fue aprobada. Miolán no se dio por derrotado y propuso que para hacer viable la tarea que debía cumplir en varios países latinoamericanos él pedía que se me declarara

candidato presidencial del Partido Revolucionario Dominicano en caso de que Trujillo fuera derrocado o de que por cualquiera otra razón el dictador tuviera que abandonar el cargo, y fue tanto lo que alegó en favor de su moción que acabó siendo aprobada, desde luego, con abstención de parte mía y la oposición enérgica del Dr. Jimenes Grullón.

A partir de ese momento, por lo menos mientras yo preparaba mi viaje a México, primero de los países que me había propuesto visitar, el Dr. Jimenes Grullón empezó a alejarse del Partido Revolucionario Dominicano y llegó a tales extremos que acabó yéndose a Puerto Rico y abandonando el partido, no inmediatamente sino en una retirada de años.

Yo me fui a México solo; mi esposa iría más tarde. Llegó a Ciudad México el 26 de diciembre de 1944, exactamente 44 años antes del día en que escribo este quinto capítulo de la serie dedicada a explicar por qué y cómo fue creado el Partido de la Liberación Dominicana, pero de acuerdo con un informe secreto enviado a Washington por el Agregado Militar de puesto en México el 1° de febrero de 1945, redactado el 16 de enero de ese año, publicado por Bernardo Vega en su libro *Los Estados Unidos y Trujillo* (1945), yo había llegado a México en enero de 1945, y la verdad era que yo me hallaba en la capital azteca desde el mes de octubre de 1944, esto es, tres meses antes de lo que afirmaba el autor de ese informe.

El informe de marras es una sarta de mentiras inventadas por algún agente mexicano que le vendía noticias a la Embajada de Estados Unidos. El tal informe aparece firmado nada menos que por un Mayor de la Inteligencia Militar, asistente del Brigadier General A.R. Harris, que era el Agregado Militar a la Embajada de Estados Unidos. Nada, pero absolutamente nada de lo que se dice en ese informe fue verdad ni entonces ni antes ni después.

De Ciudad México a Maracaibo

Yo no había ido a México a comprar o buscar armas para llevar a cabo un levantamiento en la República Dominicana; había ido a iniciar una gira por América Latina haciendo una campaña de denuncias de la tiranía trujillista, sus crímenes y la explotación salvaje del pueblo y de las riquezas del país para beneficio personal de Trujillo. Eso era lo que había dispuesto la dirección del Partido Revolucionario Dominicano que yo debía hacer, y salí de Cuba a hacerlo abandonando el trabajo con el cual me ganaba la vida, así como mi esposa abandonó el suyo poco después para unírseme en México, de donde íbamos a salir en el mes de febrero para Guatemala, país en el que acababa de instalarse como presidente de la República un maestro de escuela muy respetado que había tenido que exiliarse en Argentina porque no podía resistir la presión de la dictadura de Jorge Ubico, que duró cerca de catorce años, de 1931 a 1944.

Hacer una campaña denunciando la tiranía de Trujillo en Guatemala fue más fácil, y dio más resultados, que la que hice en México porque en Guatemala entré en relaciones con los hombres más importantes en la política del país, comenzando por el presidente de la República, pero también hice contacto con Jacobo Arbenz, que junto con el coronel Arana y Jorge Toriello había dirigido el levantamiento militar que sacó del poder a Federico Ponce, el heredero político de Ubico, pero además, en Guatemala no había embajador de Trujillo ni, hasta donde se supiese, algún guatemalteco que estuviese a su servicio.

El presidente Arévalo había conocido en Argentina a Pedro Henríquez Ureña, que iba morir un año después en Buenos Aires. Ese conocimiento fue una de las razones de la simpatía que nos mantuvo en relación durante algunos años, y mi relación con él facilitó la tarea de usar la prensa guatemalteca para denunciar los crímenes de la dictadura dominicana.

Salir de Guatemala no era fácil porque no había comunicación marítima con otros países que debía visitar, como por ejemplo, Venezuela, y tomar un avión para ir a un punto intermedio, como Costa Rica o Panamá, era riesgoso debido a que los aviones que hacían la ruta centroamericana hacían paradas en Tegucigalpa y en Managua, la primera, capital de la Honduras martirizada por Tiburcio Carías Andino, que en ese año 1945 tenía doce tiranizando a su pueblo e iba a prolongar su tiranía cuatro años más, hasta el 1949, y en Managua estaba Anastasio Somoza, conocido en su país por el apodo de Tacho, el asesino de Augusto César Sandino.

La única manera de salir de Guatemala sin correr el riesgo de ser apresado por los socios centroamericanos de Trujillo era tomando en la costa del Pacífico un barco que nos condujera a Panamá, y así lo hicimos; embarcamos en el Salvador, un buque pequeño, de bandera inglesa, que algún tiempo después se hundió en el golfo de México. El Salvador nos condujo a Panamá, de donde salimos en avión hacia Maracaibo, la capital de la región petrolera de Venezuela.

Al levantarnos el primer día de nuestra estancia en Maracaibo para dar un paseo por las calles cercanas al hotel donde nos habíamos hospedado compramos un periódico en el cual un titular de tipos muy grandes daba la noticia de que había muerto Franklin Delano Roosevelt.

Ese acontecimiento, ocurrido en plena Segunda Guerra Mundial, tenía una fecha: 12 de abril de 1945.

VI

El año 1945 estaba llamado a ser muy importante desde el punto de vista de la actividad política, tanto a nivel mundial como para los que luchábamos contra las dictaduras del Caribe, de las cuales la peor en todos los sentidos era la de Trujillo. A nivel mundial, ese año iba a terminar la Segunda Guerra, acontecimiento que se alcanzaba a ver desde el momento en que los ejércitos alemanes no pudieron tomar Moscú y empezaron a fracasar en Stalingrado. Para mí la muerte de Roosevelt era preocupante porque no podía prever cómo se comportarían las nuevas autoridades norteamericanas en el trato con Trujillo. En Venezuela gobernaba en esos tiempos el general Isaías Medina Angarita, que no era amigo de Trujillo pero tampoco su enemigo como lo indicaba la insinuación que me había hecho, precisamente en abril de 1945, para que moderara mi propaganda antitrujillista. En Venezuela nadie pensaba que Medina Angarita podía ser eliminado como lo sería en octubre de ese año, y en consecuencia yo no podía hacerme ilusiones sobre la posibilidad de conseguir el apoyo de ese país en la lucha contra Trujillo; por tanto, el único beneficio que podía sacar de Venezuela sería cierto grado de fortalecimiento de la seccional caraqueña, o venezolana, del Partido Revolucionario Dominicano, y eso podía conseguirlo en dos semanas, pero como al volver a Cuba tendría que

buscar alojamiento le pedí a Carmen que se me adelantara para ocuparse de buscar casa y tomar las medidas que conllevaba una mudanza.

En los seis años y medio que había pasado desde el día de mi llegada a Cuba yo había estado viviendo en una atmósfera política envolvente, que era al mismo tiempo de carácter internacional, de carácter regional y de carácter estrictamente dominicano porque en lo que se refería a la lucha antitrujillista mi trabajo se limitaba a lo que hacía dentro del PRD o en el partido. Pero sucedía que en el orden internacional la política estaba representada en la guerra mundial, un acontecimiento que me preocupaba mucho, del cual recibía enseñanzas todos los días a través de las noticias de prensa y radio; pero también influían mucho en mi formación política los hechos que se producían en todo el Caribe, y naturalmente mucho más los de Cuba, donde actuaban en política varios amigos, entre ellos Carlos Prío y Eduardo Chibás, que a petición mía había organizado la recepción, en su casa, de las personas que participaron en el congreso unitario de los dominicanos antitrujillistas que se había celebrado el año anterior.

En los diez meses que había durado mi viaje por México y Guatemala había tomado posesión de la presidencia de la República el Dr. Ramón Grau San Martín, que había sido elegido para ese cargo antes de salir yo de Cuba. Yo no había tenido relaciones personales con el Dr. Grau pero él sabía quién era yo porque antes de las elecciones él le había propuesto a Carlos Prío la fundación de un periódico diario que haría el papel de vocero del Partido Auténtico. Prío era entonces senador por la provincia de Pinar del Río, cargo que mantuvo durante ocho años, desde las elecciones de 1940 hasta las de 1948, en las que fue elegido presidente de la República como sucesor del Dr. Grau. El propio Dr. Grau le puso al periódico un nombre que no tenía sentido, el de *Siempre*, cuyo

director sería Prío, pero Prío no tenía la menor idea de cómo se hacía un periódico y me pidió que yo me hiciera cargo de esa tarea, petición a la que accedí, pero puse condiciones, la primera de ellas que mi nombre no figurara en la nómina de los que redactaban o dirigían ese vocero del Partido Revolucionario Cubano.

Mis tres condiciones

Igual condición puse cuando al ser nombrado primer ministro (jefe del gobierno, mientras que el Dr. Grau seguía siendo jefe del Estado), Prío me pidió que le ayudara en los trabajos que se le presentaban en ese cargo; yo le respondí que no tenía condiciones para ser secretario suyo, a lo que él me contestó diciendo que no me pedía servicios de secretario sino de colaborador en funciones muy concretas, como el estudio de problemas que requirieran análisis detallados de varios aspectos de la vida cubana, sobre todo de los sociales y los económicos. Mi respuesta fue que me diera tres días para pensar lo que debería responderle. En esos tres días tenía que hacerme preguntas que estaba en la obligación de contestarme yo mismo de manera fría. La primera de ellas era cuál sería la opinión que de mí se harían los miembros del Partido Revolucionario Dominicano, lo mismo los de Cuba, los de Estados Unidos, los de Puerto Rico que los de Venezuela cuando les llegara la noticia de que yo estaba trabajando como secretario o ayudante del primer ministro de Cuba, y he dicho secretario porque sabía que los dominicanos exiliados no podían adivinar cuáles serían mis funciones mientras estuviera rindiendo servicios en las oficinas del Premierato de Cuba.

La segunda pregunta no estaba relacionada con los dominicanos del PRD, sino con los que no tenían ningún trato con el Partido Revolucionario Dominicano, vivieran o no

vivieran en Cuba, sobre todo con los que vivían en Puerto Rico, muchos de los cuales tenían posiciones antitrujillistas como era el caso de Ángel Morales, y la última era qué pensarían de mí los cubanos dirigentes de partidos políticos, lo mismo los que se oponían al gobierno de los auténticos que los que habían llevado ese partido al poder. En el caso de los cubanos engolfados en esa tercera pregunta mi preocupación era grande, no precisamente porque en esos tiempos en Cuba había aventureros de mala ley que resolvían sus dudas en materia política poniendo en uso las pistolas, y en algunas ocasiones los hubo que las usaban para hacerse de dinero o de posiciones que produjeran dinero, que de todos ellos no había uno solo que pusiera en duda mi dedicación a la lucha antitrujillista y por tanto no había uno de ellos que me atribuyera planes de actuar en la actividad política cubana con fines personales; los que me preocupaban eran los políticos que no dispararían balas sino artículos de periódicos y comentarios de radio en los que se condenara al extranjero que había escalado en forma misteriosa posiciones que no le correspondían.

Esas preguntas y mis respuestas fueron hechas en secreto absoluto. Nadie debía enterarse de ellas, y al tercer día, cuando me presenté en el Premierato le dije a Carlos Prío Socarrás que podía contar con mi cooperación si aceptaba las condiciones que iba a presentarle. La primera era que se me respetara el derecho a seguir colaborando con la revista *Bohemia* para la cual escribía cuentos y artículos, la mayor parte de ellos dedicados a la lucha contra la dictadura de mi país, la segunda, que se me fijara un salario pagado por él, no de los fondos del Premierato ni de ningún otro departamento del gobierno de Cuba; la tercera, libertad de viajar fuera de Cuba cuantas veces tuviera que hacerlo para llevar a cabo actividades antitrujillistas.

Un viaje a Caracas

En octubre de 1945 se sentían en los países de América Latina los efectos políticos de la crisis económica que le dejaba a la humanidad como una herencia la costosa guerra que se había llevado a cabo en Europa, desde septiembre de 1939, cuando comenzó con el ataque nazi a Polonia, hasta el 30 de abril de 1945, día de la muerte de Adolfo Hitler, y en Asia desde el 7 de diciembre de 1941, cuando la flota de guerra norteamericana fue atacada en Pearl Harbour por aviones militares japoneses, hasta el 9 de agosto de 1945, cuando cayó en la ciudad japonesa de Hiroshima, la primera bomba atómica que conoció el género humano. En la región del Caribe los efectos políticos generados por esa guerra se presentaron en Venezuela con el derrocamiento del gobierno que encabezaba el general Isaías Medina Angarita, a quien un grupo de oficiales jóvenes del Ejército sacaron del Palacio Miraflores y pusieron en su puesto a Rómulo Betancourt, el líder del partido Acción Democrática.

Ese acontecimiento tuvo lugar el 15 de octubre y a principios de noviembre estaba yo en Caracas, donde, tal como quedó explicado en mi artículo titulado “Un capítulo nuevo en la lucha contra Trujillo” (revista *Política: Teoría y Acción*, número 48, marzo de 1984), se iba a celebrar un acto de lo que en un informe enviado al secretario de Estado norteamericano era descrito como “una reunión pública de dominicanos libres”, y tal como el autor de ese informe lo explicaba, se trataba no de “dominicanos libres”, sino de delegados o representantes de organizaciones de dominicanos exiliados, lo que en fin de cuentas venía a ser una demostración de los efectos políticamente beneficiosos que estaba haciendo entre los exiliados dominicanos el ejemplo de organización que había dado el Partido Revolucionario Dominicano, pues antes de que él se fundara nadie

había pensado en la creación de un partido o una asociación de antitrujillistas de los que se hallaban fuera de la República Dominicana.

En esa reunión de Caracas no se hicieron acuerdos de unidad entre los diferentes grupos que participaron en ella. Su finalidad era responder, en defensa del gobierno que presidía Rómulo Betancourt, a una ofensiva de ataques diarios que estaba lanzando a toda América, por la vía de la radio, el equipo de defensores de Trujillo; ataques personales, sucios, de la forma más abominable. Al acto en que se respondieron esos ataques, que se llevó a cabo en un salón del local que ocupaba Acción Democrática, fueron, en su casi totalidad, los miembros del Partido Revolucionario Dominicano, seccional de Caracas, y unos contados amigos de personalidades antitrujillistas que vivían en Venezuela.

El acto tuvo efecto el 12 de noviembre (1945) y diez días después estaba yo en Port-au-Prince, la capital de Haití, adonde había ido llevando una carta del presidente venezolano, Rómulo Betancourt, para el presidente de Haití, Elie Lescot. Yo le había pedido a Betancourt que me la diera, pero quien la había escrito era yo, y la había escrito con su aprobación después de haberle explicado por qué yo debía visitar Haití y hablar con el presidente Lescot. “Ya está bueno”, le dije, “de hablar y escribir sobre Trujillo y su dictadura. Ya es tiempo de hacer en vez de hablar. Para hacer necesitamos dinero, y mi plan es obtener de Lescot ayuda económica para encabezar la etapa de preparación de una fuerza que libere al pueblo dominicano de su dictador”.

VII

Mi viaje a Haití, mi entrevista con el presidente de ese país, Elie Lescot, y el aporte económico (nada menos que de 25 mil dólares) que él hizo a la lucha contra la dictadura dominicana, fueron explicados en las páginas 225 y siguientes de mi libro *33 Artículos de temas políticos* (Santo Domingo, R.D., Editora Alfa y Omega, 1988); pero en ese libro no está dicho que al finalizar el año 1945 la situación política mundial había cambiado radicalmente pues en el mes de agosto la Segunda Guerra Mundial había llegado a su fin con los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, y la paz mundial nos proporcionaba a los dominicanos antitrujillistas una oportunidad para lanzarnos a la acción armada dirigida a derrocar la dictadura. El ejemplo de lo que había sucedido en Venezuela era un estímulo para los que dirigíamos el Partido Revolucionario Dominicano a pesar de que la situación de Venezuela era distinta de la de nuestro país porque ni Medina Angarita era un dictador ni los militares dominicanos se parecían a los militares venezolanos; pero yo creía que cuando llegara la hora de lanzarnos a la lucha armada contra Trujillo, Rómulo Betancourt nos proporcionaría las armas que le pidiera, y lo creía de tal manera que en ningún momento le hablé, o le insinué siquiera, que nos diera ayuda económica para comprar armas; ese tipo de ayuda, pensaba yo, lo darían el gobierno de Cuba o el de Guatemala, y si a última hora pensé en el

de Haití fue porque recibí informes de que las relaciones de Lescot con Trujillo eran muy malas debido a que Trujillo había ayudado económicamente a Lescot cuando éste llevaba a cabo su campaña de aspirante a la presidencia de Haití, pero una vez en el poder se negó a complacer peticiones de su colega dominicano.

Yo estaba tan convencido de que Betancourt, a quien se lo había pedido, nos proporcionaría las armas que necesitaríamos para derrocar a Trujillo, tema del cual no decía una palabra a nadie, que consideraba inminente el inicio de las actividades llamadas a culminar en la formación de una fuerza militar, y naturalmente, los 25 mil dólares que me dio el presidente Lescot contribuyeron a convertir esa creencia en una convicción; de ahí que concibiera la necesidad de actuar de tal manera que Trujillo no viera al Partido Revolucionario Dominicano como el enemigo al que debía destruir de inmediato. Para mí, que Trujillo estuviera pensando en aniquilar al PRD era algo natural porque él estaba al tanto de las relaciones que yo mantenía con el presidente Betancourt, de quien era enemigo desde el año 1929 y contra el cual mantenía en esos días finales de 1945 una campaña de descrédito feroz.

En el artículo titulado “Un episodio de la lucha contra Trujillo: Cartas Cruzadas con el Cónsul de Trujillo en Curazao”, publicado en las páginas 233 y siguientes del mencionado libro *33 Artículos de temas políticos*, se explica la táctica que se usó para darle a Trujillo la impresión de que el PRD no iba a atacarlo militarmente y el papel que jugó en ese episodio Buenaventura Sánchez, el secretario general de la seccional de Caracas del PRD.

Los pormenores de esa maniobra táctica fueron expuestos en un folleto de 42 páginas que se publicó en La Habana (Talleres de Unidad Auténtica, Dolores N° 259, Víbora, julio de 1948), es decir, varios meses después de haber fracasado

la expedición conocida con el nombre de Cayo Confites, para que quedara constancia de que antes de Cayo Confites la dirección de la política antitrujillista era llevada a cabo en el exilio por el Partido Revolucionario Dominicano.

No nos dieron las armas

Con los 25 mil dólares de Lescot se compró un avión Douglas DC-3 en el cual vendríamos a la República Dominicana de 50 a 60 hombres con armas para 200. El avión había costado 12 mil dólares, precio bajísimo porque era lo que entonces se llamaba sur-plus de guerra, esto es, equipos de los que los ejércitos de Estados Unidos habían usado en la Segunda Guerra Mundial. Del dinero restante se compraron después un AT-3, que se usaría como avión de entrenamiento, y un Cessna de dos motores para los viajes que tuvieran que hacer los jefes militares o políticos entre Cuba y otros países o en la República Dominicana cuando estuviéramos en el país. El dinero sobrante, unos 3 mil dólares, le fue devuelto a Lescot cuyo hijo Gérard se los llevó a Canadá.

Yo estaba tan confiado en que Rómulo Betancourt nos proporcionaría las armas, que en realidad eran pocas, para iniciar la guerra contra Trujillo, que envié a Santo Domingo un mensajero de apellido Freire, chileno él, de origen ecuatoriano, para que le informara al licenciado Antinoe Fiallo que estábamos listos para llegar al país; que iríamos en avión con tantos hombres y tantas armas y que lo único que necesitábamos era que se nos dijera en qué lugar se nos esperaría, y al mensaje se le agregaba la aclaración de que el avión podía aterrizar en cualquier lugar llano en el que no hubiera árboles ni cercas. A su vuelta a Venezuela el mensajero dijo que el lugar apropiado para la llegada del avión en que irían los hombres y las armas que enviaría el Partido Revolucionario Dominicano eran unos secaderos de cacao que había en una

finca situada en las vecindades de La Piña cuyo propietario se llamaba Juan Rodríguez, con quien Antinoe Fiallo había concertado un acuerdo.

Tan pronto el mensajero me hizo saber que se hallaba en Caracas de regreso y que en el país se nos esperaba, fui a ver a Virgilio Mainardi para invitarlo a ir conmigo a Venezuela. Lo elegí a él en esa ocasión porque Ángel Miolán y Alexis Liz tenían compromisos de trabajo y familiares. El viaje fue hecho en el avión DC-3, salimos de un aeropuerto privado situado en un lugar llamado Santa Fe, a poca distancia de La Habana, y el piloto era el aviador norteamericano que había actuado como comprador y dueño de ese avión y del AT-3 y el Cessna. El destino era Maracay, ciudad venezolana donde en los años de la dictadura de Juan Vicente Gómez se hallaban los comandos militares, y en ese momento (mayo-junio de 1946) estaba allí la jefatura de la aviación. Desde Maracay me dirigí, acompañado por Mainardi, a Caracas donde me proponía ver inmediatamente a Betancourt para reclamarle las armas que le había pedido en noviembre del año anterior.

Rómulo Betancourt no aportó las armas que le habíamos pedido; explicó, a su modo, la imposibilidad de entregarnos 200 fusiles y tiros suficientes para usarlos, y lo hizo de tal manera que yo salí de la Casa Presidencial de Caracas convencido de que debía buscar esas armas en otra parte, no en Venezuela. Cuando llegamos a Maracay, Mainardi y yo nos dimos cuenta, tan pronto entramos en el avión DC-3 en el cual habíamos llegado, de que más de una persona habían estado registrando los sitios en que podía esconderse algo, aunque fuera un papel, lo que nos llevó a comentar la posibilidad de que el gobierno de Rómulo Betancourt estuviera en peligro de ser derrocado por un golpe de Estado militar semejante al que había derrocado al gobierno de su antecesor, es decir, el de Medina Angarita.

El fracaso de Cayo Confites

El Partido Revolucionario Dominicano no pudo llevar a la práctica sus planes pero lo que había hecho para ponerlos en práctica dio un resultado: la expedición de Cayo Confites, que a su vez fracasó debido a la intervención de las Fuerzas Armadas de Cuba que nos apresaron en alta mar, cuando navegábamos cruzando el Canal de los Vientos en dirección a Haití, de donde pasaríamos a territorio dominicano. A la fecha en que escribo estas líneas, a más de treinta años después del fracaso de ese movimiento, se me ha dado la información de que para actuar como lo hizo, el general Genoveno Pérez Dámera, jefe de las Fuerzas Armadas cubanas, recibió de parte de Trujillo 350 mil dólares que le fueron llevados por Porfirio Rubirosa y Juan Antonio Álvarez.

En cuanto a lo que he dicho hace algunas líneas, que la expedición de Cayo Confites fue resultado de las gestiones frustradas que hizo el PRD para traer hombres y armas con los cuales debía empezar una acción destinada a derrocar el gobierno de la tiranía trujillista, la explicación de esa afirmación es la siguiente: Juan Rodríguez, el rico terrateniente que ofreció una de sus fincas como lugar en el cual debía aterrizar el avión DC-3 en que llegarían al país los revolucionarios y las armas que enviaría el PRD, respondió al fracaso de esos planes de manera positiva: se reunió con algunos grandes propietarios a quienes les planteó la necesidad y al mismo tiempo la conveniencia de aprovechar la disposición de venir al país que tenían los dominicanos exiliados para iniciar con ellos un levantamiento armado que sacara del poder a Trujillo y su familia, obtuvo el respaldo político y económico de esos terratenientes y salió del país con 80 mil dólares, cantidad de dinero con la cual pudieron conseguirse las armas y los barcos, e incluso algunos aviones además de los que tenía el PRD, con los cuales se organizó la frustrada expedición. La frustración

le costó la vida a Juan Rodríguez, un dominicano cuyo nombre desconoce su pueblo porque la Historia reserva las páginas en que se describen los hechos importantes sólo para los autores de esos hechos, no de los que no llegaron a realizarlos aunque hicieran todo lo necesario para ser sus ejecutores.

El fracaso de Cayo Confites puede fecharse en los días finales de septiembre de 1947. Al año siguiente, usando las armas de Cayo Confites, encabezó José Figueres el levantamiento armado de Costa Rica para servir en el cual le fue enviado el avión Cessna del PRD, que se accidentó en Guatemala pero salvaron la vida los dos miembros del Partido que iban en él: Virgilio Mainardi y un hermano de Manuel Fernández Mármol.

En noviembre de 1950, a propuesta de Ángel Miolán, la dirección de la seccional de La Habana se reunió en Arroyo Naranjo, el lugar donde estaba yo viviendo, para modificar los estatutos del Partido a fin de que pudieran ser válidos en territorio dominicano en caso de que en el país sucedieran hechos que dieran al traste con la dictadura. Para esa fecha se habían sumado al Partido varias personas que habían llegado a Cuba, como los hermanos Teófilo (Telo) y Hernando (Nando) Hernández; eso sucedió también en Curazao, Aruba, Puerto Rico, Nueva York; en cambio, la seccional de Caracas había quedado aislada desde que el gobierno de Acción Democrática, presidido por Rómulo Gallegos, fue derrocado en 1948 por un golpe de Estado militar.

VIII

A fines de 1950 la situación política de la región del Caribe no era igual, ni siquiera parecida, a la de 1948. En 1948 había sido elegido presidente de Cuba Carlos Prío Socarrás, en quien el Partido Revolucionario Dominicano tenía no sólo un amigo sino un colaborador que lo era por varias razones. La primera de ellas consistía en sus orígenes políticos, que se hallaban en la lucha del pueblo cubano para sacar del poder a Gerardo Machado, el peor de los gobernantes que había conocido Cuba, y como ese pasado tuvo mucho que ver en su elección a la presidencia de su país, cuando se hiciera cargo del gobierno no podía ignorar la repulsa a la dictadura de Trujillo de que daba muestras el pueblo cubano; y si eso no fuera bastante para mantener en él una conducta antitrujillista, sucedía que era cuñado del Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, el creador del PRD y mantenía una estrecha relación política conmigo que había pasado a ser el secretario general del Partido en La Habana, lo que significaba que lo era de la totalidad del PRD.

A mí me tocó jugar un papel importante en las actividades políticas de Carlos Prío Socarrás y él sabía que el precio que yo cobraría por los servicios que le prestaba sería la participación del gobierno de Cuba en la lucha contra Trujillo, y como su elección a la presidencia de su país significaba que había llegado el momento en que debería

prepararse para hacer el pago que yo iba a reclamar, aceptó sin demora mi propuesta de hacer, antes de tomar posesión del cargo para el cual había sido elegido, un viaje a Guatemala, Costa Rica y Venezuela para iniciar con los gobernantes de esos países una relación basada fundamentalmente en la aprobación de un plan destinado a sacar de la República Dominicana a Rafael Leonidas Trujillo. Al mismo tiempo que el logro de ese fin con medios y métodos políticos, Prío Socarrás debería aprovechar la oportunidad de conocer a los líderes militares de Guatemala y Venezuela; no los de Costa Rica porque Figueres había disuelto el Ejército de su país tan pronto llegó a la presidencia de la República. Lo último tenía su explicación en la necesidad de contar con apoyo militar en Guatemala y Venezuela en el caso de que hubiera que recurrir a las armas para liquidar la dictadura dominicana.

Como yo mantenía relaciones de amistad con el presidente de Guatemala, Juan José Arévalo, y con los coroneles Jacobo Arbenz y Francisco Javier Arana, jefes que fueron del movimiento militar que sacó del poder a Federico Ponce, sucesor de Jorge Ubico, y mantenía amistad muy estrecha con José Figueres y con Rómulo Gallegos, presidente de Venezuela, así como relaciones amistosas con el coronel Carlos Delgado Chalbaud y con el mayor Mario Vargas, ambos figuras de peso en las Fuerzas Armadas venezolanas, y sobre todo, amistad de largo tiempo con Rómulo Betancourt, Andrés Eloy Blanco, Luis Beltrán Prieto y numerosos e importantes dirigentes de Acción Democrática, me tocó a mí la tarea de viajar a Guatemala, Costa Rica y Venezuela para proponer la visita del presidente electo de Cuba a esos países y concertar las entrevistas que tendrían lugar, una en la ciudad de Guatemala, otra en San José de Costa Rica y otra en Caracas para acordar un plan político común destinado a conseguir

la democratización del gobierno de Trujillo y de ser eso imposible, organizar una expedición armada que liberara a la República Dominicana de su dictador.

En esas entrevistas estaría yo presente.

Llevando armas a Costa Rica

De los cuatro presidentes mencionados, el único que aprobó el plan de la expedición armada, si no había solución política para liberar al pueblo dominicano de la tiranía que estaba explotándolo y matándolo desde hacía 18 años, fue José Figueres, que ofreció el territorio costarricense para establecer un campamento donde se entrenaran los dominicanos que quisieran formar parte del cuerpo expedicionario; pero se convino en que tres meses después de que Prío Socarrás tomara el poder, lo cual debía suceder, por mandato constitucional, el 10 de octubre de ese año 1948, los cuatro gobiernos convocarían a una reunión a ser celebrada en Venezuela en la cual se acordarían planes sustitutos para alcanzar la finalidad perseguida: la derrota de la tiranía de Trujillo.

Esa reunión no pudo darse porque cinco semanas después de la toma de posesión por Carlos Prío Socarrás del gobierno de Cuba fue derrocado el de Rómulo Gallegos por un golpe militar que encabezaron los coroneles Marcos Pérez Jiménez y Carlos Delgado Chalbaud. Un mes después, Anastasio Somoza, el dictador de Nicaragua que tenía entonces 22 años manejando su país como si fuera propiedad suya, lanzó su Guardia Nacional contra Costa Rica y Figueres me llamó por teléfono para encomendarme la misión de pedirle al presidente Prío Socarrás armas con que enfrentar el ataque del tirano nicaragüense, pues como se dijo hace poco, al tomar el poder en su condición de jefe de un levantamiento militar, Figueres había desbandado el Ejército de su país y no lo substituyó con los guerrilleros que tomaron, bajo sus órdenes, la capital costarricense.

Prío le ordenó al general Raúl Cabrera, el jefe militar de Cuba, que me entregara las armas solicitadas por Figueres, las cuales estaban depositadas en el cuartel de San Ambrosio, que se hallaba en La Habana Vieja, denominada así porque era la parte antigua de la capital de Cuba; de allí fueron conducidas en un camión a Colombia, nombre del campamento militar de La Habana, donde había un pequeño aeropuerto, también militar, y a las pocas horas estábamos volando hacia San José de Costa Rica, en un DC-3 conducido por el piloto militar Francisco Gutiérrez (Panchito), un dominicano llamado Pompeyo Alfau y yo. Alfau, que no era miembro del Partido Revolucionario Dominicano pero era antitrujillista, pudo acompañarme en ese viaje porque llegó a mi casa en el momento en que yo salía hacia el cuartel de San Ambrosio, pues no disponía de tiempo para darles conocimiento de mi viaje ni a Ángel Miolán ni a Virgilio Mainardi ni a Alexis Liz, que eran los compañeros perredeístas con quienes podía tener contacto rápido debido a que vivían en lugares fácilmente accesibles para mí.

Al bajar del avión llamé desde el aeropuerto a Figueres para decirle que lo que me había pedido estaba allí pero que era necesaria la presencia de alguna autoridad gubernamental para proceder a la descarga inmediata de los efectos de los cuales era portador, y en pocos minutos estaba en el aeropuerto el jovial y activo líder costarricense, que de hombre del común había dado un salto descomunal hacia el más alto sitio de la política de Costa Rica para lo cual le habían servido como anillo al dedo las armas que se habían adquirido para enfrentar la más vieja y más criminal de las tiranías del Caribe: la de Rafael Leonidas Trujillo.

250 mil dólares para Acción Democrática

Ahora me toca distraerme por unos minutos de la historia del Partido Revolucionario Dominicano para explicar por qué,

además del derrocamiento del gobierno de Rómulo Gallegos, que provocó la ruptura de nuestras relaciones con Venezuela, lo que significaba un golpe muy fuerte para el Partido, perdimos el apoyo que teníamos en Costa Rica cuando José Figueres tuvo que entregar la presidencia de su país a poco de empezar el año 1949. Figueres no había llegado a la jefatura del Estado de Costa Rica por la vía electoral sino impulsado por un movimiento armado, que como se dijo ya, fue hecho con las armas de Cayo Confites. Ese movimiento tuvo su origen en un fraude electoral que llevó a cabo el gobierno de Teodoro Picado en las elecciones de febrero de 1948 para evitar que esas elecciones fueran ganadas por Otilio Ulate, y empezó en el mes de marzo; el 24 de abril la guerrilla figuerista tomó la capital del país y el 8 de mayo quedó formada una Junta de Gobierno presidida por Figueres que declaró instalada la Segunda República cuya duración terminaría cuando una Asamblea Constituyente dictaminara quién había ganado las elecciones ese año; el veredicto, que se dio al comenzar el mes de enero de 1949, favoreció a Otilio Ulate, a quien la Junta que presidía Figueres le entregó el poder, con lo cual el Partido Revolucionario Dominicano perdió el apoyo del gobierno costarricense porque Ulate, periodista y propietario de un periódico, no tenía el menor interés en lo que sucedía en la República Dominicana o en Nicaragua; más aún, terminó siendo un aliado del dictador de Nicaragua.

Así, a poco de comenzar el año 1949 la dirección del PRD sólo podía contar con el apoyo de dos gobiernos del Caribe: el de Prío Socarrás y el de Juan José Arévalo, pero el PRD no tenía organización en Guatemala, de manera que cuando había que hacer alguna gestión en la que se requiriera el apoyo del gobierno de ese país tenía que ir yo a solicitar la ayuda del presidente Arévalo.

Mientras tanto, en Venezuela la situación política se complicaba y el resultado de las complicaciones era cambios en el gobierno, pero sin salir del poderío militar, y la salida del país de dirigentes de Acción Democrática era frecuente. En los primeros tiempos en Cuba estuvieron viviendo Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco, Luis Beltrán Prieto y varios más de menos categoría que ellos, y por fin pasó a establecerse en La Habana Rómulo Betancourt con su familia que consistía en su esposa, Carmen Valverde, con quien había contraído matrimonio en Costa Rica en los años de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y su hija Virginia.

Acción Democrática y el Partido Revolucionario Dominicano eran aliados naturales y también lo serían el PRD y Liberación Nacional, nombre que se le dio al que fundaría Figueres, a pesar de que en Costa Rica apenas vivían tres o cuatro dominicanos, de los cuales era perredeísta solo uno, Amado Soler Fernández, que sería asesinado en Nicaragua por la Guardia Nacional.

También era el PRD aliado del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), pero nunca le pedí a Prío Socarrás ayuda económica para el Partido; sin embargo, le pedí una de 250 mil dólares para Acción Democrática, y cuando llegó la hora de recibir ese dinero le pedí a Figueres que fuera conmigo a recibirlo y a entregárselo a Rómulo Betancourt. Muchos años después Figueres recordaba ese episodio de la historia política del Caribe diciendo, en presencia de un alto funcionario del gobierno dominicano: “El recibo de ese dinero, firmado por Juan y por mí, debe aparecer algún día en los archivos del Ministerio de Educación de Cuba”.

IX

El peor de los golpes que iba a recibir el Partido Revolucionario Dominicano fue el derrocamiento del gobierno cubano que presidía Carlos Prío Socarrás, un acontecimiento fatal para los luchadores antitrujillistas que residían en Cuba, el país donde se hallaba la dirección de todas las seccionales del Partido. A partir de ese momento —10 de marzo de 1952— los miembros de esa seccional tendrían que limitar sus actividades a declaraciones escritas o verbales y a la publicación en periódicos y revistas de artículos en los que se denunciaran algunos de los crímenes de Trujillo, pues a ninguno de los que combatíamos desde Cuba a la dictadura trujillista se le podía ocurrir la idea de que con el retorno al poder de Fulgencio Batista se presentaría la posibilidad de organizar un nuevo Cayo Confites o algo parecido, mientras que yo tenía la promesa, conservada en estricto secreto, de que en los meses que transcurrieran entre las elecciones en que debía quedar elegido el sucesor de Prío Socarrás y el 10 de octubre de 1954, fecha de toma de posesión del nuevo presidente, el Partido Revolucionario Dominicano recibiría toda la ayuda que necesitara para llegar armado a los dominios de Trujillo con la única condición de que la salida no fuera de un puerto o de un aeropuerto cubano, pero tanto Prío como Rómulo Betancourt confiaban en que antes de 1954 sería derrocada la dictadura de Pérez Jiménez —y por estar seguro de eso

Prío Socarrás aportó a los fondos de Acción Democrática los 250 mil dólares que le entregamos a Betancourt Figueres y yo—, lo que a su vez nos autorizaba a pensar que en los meses de agosto, septiembre y octubre el PRD estaría combatiendo en la República Dominicana porque saldríamos, debidamente armados por el gobierno cubano, de algún punto de Venezuela.

Al producirse el golpe de Batista, Prío Socarrás se asiló en la Embajada de México y pocos días después decidió irse a México, y yo fui al aeropuerto a despedirlo. Lo hice sabiendo el riesgo que corría porque yo no era cubano y podía ser acusado de agente subversivo del presidente depuesto que había ido al aeropuerto a recibir órdenes suyas, pero yo no podía pasar a los ojos de los cubanos que conocían mis nexos con Prío Socarrás como un oportunista y aventurero que en la hora negra de Prío le daba la espalda. Algún tiempo después —tal vez dos o tres meses— Prío me envió con Sergio Pérez, cubano con quien yo mantenía una estrecha amistad de muchos años, el mensaje de que me fuera a México, llevándome la familia, para trabajar allí y en Estados Unidos, adonde pensaba trasladarse, en condición de secretario suyo, propuesta que me negué a aceptar. Mis relaciones con Prío Socarrás, mientras estábamos él y yo en Cuba, se explicaban por lo que él podía aportar en la lucha del Partido Revolucionario Dominicano contra Trujillo, ¿pero qué podía hacer él en favor de la causa antitrujillista desde México, donde era un exiliado, o desde Estados Unidos, si decidía irse a vivir a ese país? Además, yo no tenía las condiciones que debe tener un secretario.

Después del golpe de Batista los trabajos de la seccional de La Habana, esto es, de la dirección del PRD, se paralizaron a tal punto que los que la formábamos nos reuníamos ocasionalmente, cuando llegaba algún miembro del Partido que

iba a la capital cubana de Guantánamo o Santiago de Cuba, lo que sucedió muy pocas veces, y de pronto, en la mañana del domingo 26 de julio de 1953 llegó hasta el lugar donde estaba viviendo (Santa María del Rosario, cerca de La Habana) la noticia del asalto al cuartel Moncada, ejecutado 14 ó 16 horas antes.

Mi salida de Costa Rica

Yo vivía a mil kilómetros de Santiago de Cuba, Lo que equivale a decir a mil kilómetros del cuartel Moncada, sin embargo fui acusado de haber participado en el asalto que capitaneó Fidel Castro. El acusador fue el jefe del Servicio de Inteligencia Militar, comandante Ugalde Carrillo, que había sido agregado militar a la Embajada de Cuba en la República Dominicana, lo que indica que aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para servirle a Trujillo haciendo preso al secretario general del Partido Revolucionario Dominicano.

En condición de detenido fui enviado a altas horas de la noche, como uno más entre varios conocidos opositores de la dictadura de Batista, al antiguo cuartel de La Cabaña, del cual iba a ser jefe seis años después Che Guevara. Si la acusación de Ugalde Carrillo era la primera parte de un plan para enviarme a la República Dominicana, el plan lo hizo fracasar una decisión de mi mujer, que se fue a ver al general Enrique Loynaz del Castillo, el sobreviviente de más alto rango de la Guerra de Independencia cubana, ayudante de Máximo Gómez y dominicano como Gómez, persona tan respetada en Cuba que ni siquiera Fulgencio Batista se atrevía a negarle lo que él pedía. Loynaz del Castillo era uno de los tres testigos de mi matrimonio con Carmen Quidiello, los otros dos fueron la escritora española María Zambrano y el poeta cubano Nicolás Guillén, y cuando Loynaz del Castillo oyó de la boca

de Carmen Quidiello que yo estaba preso en La Cabaña desde hacía diez días y que ella no había podido obtener un pase para ir a verme, se dirigió al Palacio Presidencial y le pidió Batista mi libertad. Salí de La Cabaña ese día, pero no fui a dormir a mi casa y allá se presentaron a media noche los soldados de Ugalde Carrillo que iban en busca mía. Yo había actuado correctamente, pues, cuando me negué a creer que Batista tenía en los cuarteles más autoridad que oficiales como el comandante Ugalde Carrillo.

A esa altura del mes de agosto de 1953 yo ignoraba que José Figueres había sido elegido presidente de Costa Rica, y tan pronto me lo hizo saber el director de *Bohemia*, la revista para la cual escribía, que me dio la noticia y con ella la recomendación de que buscara asilo en una Embajada porque se me buscaba para enviarme a la República Dominicana, me fui a la Embajada costarricense y salí de ella protegido por el Derecho de Asilo para ir al aeropuerto de Rancho Boyeros donde tomé un avión que me condujo a San José de Costa Rica; tampoco había allí seccional del Partido Revolucionario Dominicano, pero entre los muy contados compatriotas que vivían en ese país se hallaba un miembro del Partido: Amado Soler Fernández, que estaba destinado a morir en Nicaragua asesinado por la Guardia Nacional de Anastasio Somoza, y vivían mis padres, que habían tenido que salir del país debido a la persecución de que eran víctimas desde hacía años.

De Costa Rica tuve que salir a solicitud de la Organización de Estados Americanos (la OEA) que la propuso como medida indispensable para evitar una agresión armada de la dictadura nicaragüense, encabezada por Anastasio Somoza padre.

¿Por qué pedía Somoza mi salida de Costa Rica? ¿Lo hacía para servirle a su amigote Rafael Leonidas Trujillo?

De La Paz a Santiago de Chile

No. Lo hacía porque a fines del mes de marzo de 1954 había entrado en Nicaragua, clandestinamente, un pequeño grupo de hombres armados entre los cuales estaban el hondureño Jorge Ribas Montes, que en Cayo Confites tuvo a su cargo el entrenamiento de un pelotón de morteristas, y el dominicano Amado Soler Fernández. El grupo, encabezado por Pablo Leal, se organizó e hizo prácticas del uso de armas en Costa Rica, con apoyo de José Figueres, en quien los dictadores del Caribe tuvieron en todo momento un enemigo a muerte; y en esa ocasión Figueres me pidió que fuera yo quien mantuviera el contacto con Pablo Leal y le entregara el dinero, las armas y los vehículos que pidiera porque si Somoza llegaba a enterarse de que él, Figueres, estaba participando en los preparativos del ataque que iba a darse, reaccionaría anticipándose a atacar él a Costa Rica. Yo no podía negarme a servirle a Figueres en lo que me pedía e inicié el papel de representante suyo ante Pablo Leal proponiéndole a éste un acuerdo: Que inmediatamente después de tomar el poder, el grupo que él dirigía debía poner a las órdenes del Partido Revolucionario Dominicano un lugar del territorio de Nicaragua y la cantidad de armas necesarias para traer a la República Dominicana una fuerza capaz de enfrentar y derrocar al poder de Trujillo.

La Guardia Nacional de Somoza enfrentó y asesinó a los combatientes que fueron armados y entrenados en Costa Rica y el dictador nicaragüense supo, por declaración de una de las víctimas de ese episodio, el papel que había jugado yo en la entrega de armas, dinero y vehículos para el grupo que había entrado clandestinamente en su país, y presentó ante la OEA las pruebas de mi actuación en favor de esas personas, lo que le dio derecho a pedir que se le solicitara al gobierno de Costa Rica mi salida de su territorio, y naturalmente, accedí a irme

porque no podía servirle de pretexto a Somoza para lanzarse contra el gobierno de Figueres, lo que podría redundar en la muerte de muchos costarricenses de todas las edades y de los dos sexos.

Cuando Figueres me informó de la situación en que se hallaban su gobierno y su pueblo respondí diciéndole que desde ese momento iría a buscar información de hacia qué país tenía posibilidad de ir sin perder tiempo; y la posibilidad fue Bolivia, a cuya capital, La Paz, me dirigí cinco días después. Conmigo iban hacia ese lejano país andino mi hijo León y Pompeyo Alfau.

En La Paz, una ciudad que se halla a más de 3 mil 600 metros de altura, estuve residiendo unos seis meses con algunas salidas a lugares como el gran lago Titicaca, y visitas frecuentes al despacho de Hernán Siles Suazo, vicepresidente en esos tiempos de la República y presidente cuando en 1956 terminó el mandato de Víctor Paz Estensoro, pero La Paz estaba demasiado lejos de la República Dominicana para que los que dirigían la política boliviana pudieran tener interés en involucrarse en lo que estaba sucediendo en mi país. Es más, durante mi estancia en Bolivia yo me sentía, hablando de Trujillo y de su dictadura, que vivía flotando en un vacío agobiante porque ni siquiera podía escribirles a los compañeros de la dirección del Partido que vivían en La Habana debido a que no sabía si una carta mía llegaría a sus manos o a las del comandante Ugalde Carrillo.

A los seis meses de vivir en ese estado de ánimo decidí salir de Bolivia; irme a Chile, y lo hicimos León, Pompeyo y yo usando el ferrocarril que comunicaba las alturas de los Andes con las tierras bajas de Santiago de Chile, cuyo nivel no pasaba de 520 metros.

X

Si en Costa Rica, país del Caribe, vinculado a los luchadores antitrujillistas al extremo de que en el movimiento guerrillero capitaneado por José Figueres tomaron parte dos dominicanos —Miguel Ángel Ramírez, que dirigió la batalla de San Isidro del General, y Horacio Julio Ornes, que dirigió la toma de Puerto Limón—, donde además vivían algunos dominicanos, sólo uno de ellos —Amado Soler Fernández— era miembro del Partido Revolucionario Dominicano, habría sido un sueño pensar que en Chile hubiera, no ya un perredeísta, sino un dominicano antitrujillista. Había habido uno, Pericles Franco, pero hacía tiempo que se había ido de Chile. Por mi parte viví en ese país tiempo suficiente para hacer contactos políticos y además, al menos entre los intelectuales chilenos se me conoció porque allí se publicaron tres libros míos: *Cuba, la isla fascinante*, *Judas Iscariote, el Calumniado* y *La muchacha de la Guaira y otros cuentos*, todos los cuales fueron comentados en la prensa por autoridades en la Literatura. (Allí escribí otros libros que no se publicaron en Chile: *Póker de espanto en el Caribe* y *David, biografía de un rey*, y además, como teníamos que mantenernos —mi hijo León, Pompeyo Alfau y yo— monté un taller de baterías para automóviles que estuvo en la calle Arturo Prat, y lo atendí yo mismo hasta el día en que lo vendí para irme a la bahía de Corral, y poco después a Buenos Aires y Río de Janeiro).

En Chile no había un perredeísta, sin embargo yo me mantenía en contacto con la dirección del Partido por medio de cartas que no despachaba yo sino un amigo chileno a quien había conocido en La Habana; pero sobre todo trataba el tema de la dictadura trujillista —y también de la de Somoza, la de Batista y la de Pérez Jiménez— con el círculo de dirigentes del Partido Socialista chileno, a la cabeza de los cuales estaban Salvador Allende y Clodomiro Almeyda. Mis relaciones con esos y otros líderes del socialismo chileno eran tan cordiales que en el caso de Allende pasaron a ser también con su familia, y todavía lo son con su viuda, Hortensia Bussi de Allende, y en el banquete de despedida de su país que me dio un grupo de intelectuales, quien pronunció el discurso de rigor fue Allende.

De mi estancia en Chile hay un episodio al que nunca me referí porque no tenía, ni la tengo hoy, explicación para él. Fue la llegada a Santiago de dos miembros de lo que en Cuba se llamaba el gansterismo político. Ese nombre era una aplicación a la política cubana, en los años posteriores al Machadato, de los métodos criminales usados en los Estados Unidos por las bandas de traficantes de bebidas alcohólicas que abundaban en los años de la época conocida con la denominación de “la Ley Seca”. La Ley Seca había prohibido hacia el 1920 la venta de bebidas alcohólicas en lugares públicos, pero los aficionados a esas bebidas eran tantos millones de personas que la demanda de licores generó la formación de miles de negocios clandestinos dedicados a contrabandear bebidas de todo tipo con los cuales se hicieron millonarios centenares de hombres cuya única virtud era saber usar una arma que matara rápidamente. El gran personaje de esos años fue Al Capone. En Cuba los gánsteres no mataban por razones de competencia en el negocio de las bebidas; mataban para aniquilar a un competidor político o si alguien pagaba

para que le liquidaran a un adversario político. En el caso a que estoy aludiendo, los personajes gansteriles fueron dos cubanos que se me presentaron de buenas a primeras en Santiago de Chile en horas de la noche.

De Santo Domingo a Molinos de Niebla

Los cubanos que llegaron a Santiago de Chile y se presentaron en el hotel donde vivíamos mi hijo León y yo eran Eufemio Fernández y Jesús González Cartas, conocido por el apodo de El Extraño. El primero había sido en Cayo Confites el jefe del Batallón Guiteras, pero un buen día se fue a La Habana; de La Habana, según se dijo, fue a Miami, y cuando tuvimos que abandonar el Cayo no había vuelto. Eufemio Fernández era, para mí, un hombre sin dominio de sí mismo, que no podía contener la necesidad de actuar violentamente ni la de vestir con la mayor elegancia y al mismo tiempo vivir bien sin llevar a cabo algún trabajo. Yo tuve siempre la sospecha de que en la desaparición de un archivo en el que guardaba todos los documentos importantes de mi vida y de la vida del Partido Revolucionario Dominicano, Eufemio Fernández había tenido algo que ver. En cuanto a El Extraño, éste estuvo al servicio de Trujillo cuando fue a Costa Rica por mandato del dictador dominicano a cumplir el plan de matar a José Figueres.

¿A qué habían ido a Chile Eufemio Fernández y El Extraño? ¿Quién les había pagado los pasajes desde Estados Unidos hasta Santiago de Chile, y con los pasajes el dinero de estancia en ese país donde ninguno de los dos tenía función alguna que desempeñar?

Eufemio Fernández y El Extraño se hospedaron en el mismo hotel donde vivíamos León y yo; estuvieron tres días allí, fueron al taller de baterías y lo observaron de manera cuidadosa, como si buscaran algo que se les había perdido, y al cuarto día dijeron adiós para volver a Cuba, según me explicaron;

pero algunos años después, cuando retorné a la República Dominicana supe que Eufemio Fernández y El Extraño estuvieron aquí y que el primero recibió en Cuba, adonde había vuelto, un cargamento de armas de las que se hacían en la armería de San Cristóbal. Curiosamente, la fecha aproximada de su presencia en la República Dominicana coincidía con la de su misterioso viaje a Chile.

La vida que yo hacía en Chile no tenía sentido para mí. El país era bello, sus hijos, hombres y mujeres, eran encantadores, bien educados; pero mi mujer y mis hijos estaban en Cuba, y aunque en Cuba estaba también la dictadura de Batista, allí se vivía en un ambiente de actividad política en el cual yo me había formado, en Cuba estaba la dirección del Partido Revolucionario Dominicano, y seguramente sus miembros —Ángel Miolán, Alexis Liz, Virgilio Mainardi, y hasta cierto punto el Dr. Romano Pérez Cabral— debían estar recibiendo noticias del país, al menos, las que podían llegar desde las secciones perredeístas de Nueva York, Puerto Rico, Curazao, Aruba. Para tener la seguridad de que los dos obreros que trabajaban conmigo en la pequeña fábrica de baterías no se equivocarían al montar las placas inventé un instrumento que me hizo un mecánico checoslovaco, y ese aparato, simple pero llamado a dar buenos rendimientos, le dio valor al taller a tal punto que recibí propuestas de compra ventajosas; vendí el taller, le di dinero a Pompeyo Alfau para que volviera a Cuba o se fuera a Venezuela y me fui con León a la bahía de Corral, en cuya orilla norte había un lugarejo llamado Molinos de Niebla. Allí, en una casa humilde, habitada por una familia indígena, íbamos a pasar un mes, tiempo que yo ocuparía escribiendo el libro *David, biografía de un rey*, cuya primera edición iba a hacerse ocho años después en la República Dominicana, otra en España, algunas más también en el país y además fue traducida al inglés en Londres.

De Santiago de Chile a Río de Janeiro

El embajador de Cuba en Santiago de Chile era hijo de padres cubanos que habían vivido en la República Dominicana en los años finales del siglo pasado y los primeros del actual, y por esa razón nos conocimos en La Habana. Yo fui a verlo a la Embajada cubana después que despaché hacia Madrid a León adonde él quería seguir los estudios de pintura que había iniciado en la Escuela San Fernando de la capital de Cuba.

(Pido al lector una excusa pero debo explicar que mi padre, que era español y estaba viviendo en Costa Rica como quedó dicho en el capítulo anterior, tenía desde hacía muchos años dinero depositado en un banco de Madrid y desde Chile le pedí que pusiera ese dinero a las órdenes de León para que pudiera mantenerse en España dos o tres años, solicitud que mi padre atendió; el viaje lo hizo León en barco y resultó ser barato).

Desde Santiago, una vez que se me dio la visa para viajar a Cuba y después de haber planeado el viaje con paradas en Buenos Aires y en Río de Janeiro, le telegrafíé a Manuel del Cabral, que tenía un puesto en la Embajada dominicana de la capital argentina, informándole que viajaría por avión tal día, y cuando llegué al aeropuerto de Ezeiza, nombre que lleva la terminal aérea de Buenos Aires, allí estaba el celebrado poeta dominicano esperándome sin importarle para nada el precio que tendría que pagar cuando Trujillo se enterara de que él había ido a Ezeiza, a recibir a un enemigo suyo, pero debo decir que a su padre, Mario Fermín Cabral, tampoco le importó tomar en cuenta el peligro que corría cuando dieciocho años antes me explicó en Santo Domingo que el asesinato de miles de haitianos llevado a cabo por órdenes de Trujillo no se debió a razones políticas sino a la ira provocada en el dictador por una intervención del presidente haitiano Stenio Vincent

que le impidió traer a República Dominicana una hermosa joven, miembro de una familia distinguida de Haití, de quien Trujillo se había enamorado locamente.

Tampoco en Buenos Aires había dominicanos antitrujillistas y además yo tenía entre mis planes detenerme en Río de Janeiro unos días para hablar largo con José R. Castro, el Embajador de Honduras, con quien mantuve una larga amistad en La Habana cuando él era allí un exiliado de su patria en lucha contra la dictadura de Tiburcio Carías Andino, que duró desde 1933 hasta 1949. Mi interés en quedarme en Río de Janeiro unos días —eso sí, pocos— tenía una explicación: enterarme de manera detallada de la situación del Caribe, o mejor dicho, de los países del Caribe gobernados por dictadores. Estábamos en los días finales del año 1956 y ya Anastasio Somoza no era el dictador de Nicaragua porque había sido eliminado no sólo del poder sino de la vida ese mismo año y quien ocupaba su lugar era su hijo Luis. En Cuba, Fidel Castro había iniciado la segunda etapa de la guerra de guerrillas contra Batista hacía pocos días y José R. Castro tenía pocas noticias de lo que estaba sucediendo en la patria de José Martí, pero me aseguró que Fidel se hallaba en Cuba de nuevo. De Venezuela no había nada que decir: Pedro Estrada seguía siendo el azote de la juventud y especialmente de los jóvenes de Acción Democrática. En cuanto a la República Dominicana sabía tanto como yo, que equivalía a no saber nada nuevo.

XI

Poco antes de terminar el año 1955 llegaba yo a Cuba. La noticia de que Fidel Castro había vuelto a su país no era cierta; tardaría un año justo en volver, y volvería entrando no por La Habana sino por una pequeña playa de la costa Sur de la provincia de Oriente. Por esa costa Sur, pero de la bahía de Cienfuegos, saldríamos a mediados de 1956 Ángel Miolán y yo a bordo de un buque alemán que iba hacia Amberes, donde lo dejaríamos para tomar un tren que nos llevaría a Bruselas, la capital de Bélgica. Allí estaba residiendo, por corto tiempo, Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que tenía en todos los países latinoamericanos un prestigio sin paralelo ganado en su lucha contra las dictaduras peruanas de Leguía y Sánchez Cerro, pero también contra todas las dictaduras que habían padecido y estaban padeciendo los pueblos de América, y para Miolán y para mí era muy importante sumar el nombre de Haya de la Torre a los de los luchadores antitrujillistas, fueran o no fueran dominicanos.

Miolán y yo íbamos hacia Viena, donde iba a celebrarse un congreso de organizaciones sindicales en el cual debíamos presentar una moción de bloqueo internacional al gobierno de Trujillo, pero llegamos a Europa antes del tiempo fijado para ese congreso porque tuvimos que adelantar nuestra salida de Cuba para aprovechar la oportunidad de viajar por

vía marítima, que era más barata que la aérea. De Bruselas pasaríamos a París y de París a Viena pasando por Suiza, y esperábamos que en Ginebra o en Viena se nos sumaría Nicolás Silfa, secretario general de la seccional perredeísta de Nueva York. En París presenciábamos el desfile militar del 14 de julio de ese año (1956), visitamos el Museo del Hombre y le hicimos una visita a don Eduardo Santos, persona conocida también en todos los países de lengua española de América porque era un periodista notable, propietario y director del diario *El Tiempo*, y naturalmente, sabíamos que en *El Tiempo* se denunciaba la dictadura trujillista, razón por la cual estábamos en el deber de saludarlo a nuestro paso por París.

El dinero para ese viaje había sido proporcionado por un amigo de un sargento del Ejército cubano llamado José Luis Álvarez, que vive aún en La Habana, donde residía cuando Fulgencio Batista salió de Cuba en un avión que lo traería a Santo Domingo al comenzar el mes de enero de 1959, apenas dos años y medio antes de la muerte de Trujillo. El amigo de Álvarez era un coronel de apellido Blanco que debía tener acceso a secretos de Estado y cuando se trataba de secretos relacionados con la dictadura de Trujillo se los transmitía a Álvarez para que éste me los diera a conocer. Uno de esos secretos era el de un desembarco de armas dominicanas que habían llegado a Cuba dirigidas a Eufemio Fernández, rumor al que me referí en el capítulo anterior de esta serie. Eufemio Fernández, había desaparecido de los sitios que frecuentaba, y de acuerdo con lo que contaba el amigo de José Luis Álvarez, Batista le daba a la noticia de la llegada de esas armas una importancia desusada, tanto que con frecuencia hablaba de Trujillo calificándolo de hombre peligroso y enemigo de Cuba. Álvarez oía a su amigo decir esas cosas y me informaba de ellas, y cuando me vio preocupado porque se acercaba la fecha

de salir hacia Viena y ni Miolán ni yo teníamos dinero para hacer ese viaje, decidió pedirle a su amigo 5 mil dólares, que el coronel Blanco llevó a su casa.

De Cuba a Venezuela

Aunque el coronel Blanco le entregó a Álvarez el dinero en billetes norteamericanos, y por tanto de esa entrega no quedó ningún documento probatorio de que yo había recibido dinero de Batista, cuando Álvarez puso en mis manos los dólares temí que al aceptarlos estuviera cometiendo un error, pero de momento, como si se tratara de un rayo que cruzaba por mi cerebro, recordé que el hombre a quien Martí llamó hermano, Federico Henríquez y Carvajal, había recibido de Ulises Heureaux dinero para ser gastado en las actividades independentistas de Cuba, y ese dinero le fue entregado por Henríquez y Carvajal nada menos que a José Martí. Con 5 mil dólares Miolán y yo hicimos el viaje a Viena donde se nos unió Nicolás Silfa, que pudo ir desde Nueva York a la capital de Austria porque la seccional neoyorquina del PRD no tenía las limitaciones económicas que tenía la de La Habana.

En el orden político el viaje fue un fracaso porque a las delegaciones sindicales de los países de Europa no les importaba lo que estaba sucediendo en un país del Caribe cuyo nombre no conocían. Miolán retornó a Cuba y Silfa volvió a Nueva York, pero yo me fui a Italia animado por la invitación de uno de los delegados sindicales de ese país que habían tomado parte en el congreso de Viena, el cual me aseguró que la central sindical a la que pertenecía su sindicato ayudaría al PRD en su lucha contra la dictadura de Trujillo. Esa ayuda no se concretó, aunque se me dio la necesaria para mantenerme en Roma un mes y para viajar a Israel a bordo de un pequeño barco y con pasaje de tercera; así mismo hice el viaje de

Haifa a Marsella, y de Marsella, en ferrocarril, a Madrid, y de Madrid a La Habana en avión gracias a dos préstamos que me hicieron una cubana y un español; ella, Maritza Alonso, que vive todavía, y él Ángel Lázaro, los dos, amigos de muchos años. Lázaro, en cuya casa me hospedé mientras estuve en Madrid, me acompañó en el viaje Madrid-Habana, pues aunque lo hallé en Madrid su lugar de residencia durante muchos años fue la capital de Cuba.

Cuando retorné a Cuba Fidel Castro estaba en la Sierra Maestra donde encabezaba la acción guerrillera destinada a sacar del poder a Fulgencio Batista, pero todavía Batista era el jefe del Estado cubano y seguía preocupado por lo que pudiera hacer contra él Rafael Leonidas Trujillo. Esa preocupación le llevó a proponerle a Rolando Masferrer, que era senador, la organización de un comité dedicado a denunciar las actividades anticubanas de Trujillo, y Masferrer pretendía que yo fuera al Senado a hacer el papel de relator de los crímenes del dictador de nuestro país. De haber accedido a las repetidas solicitudes que me hizo Masferrer yo me hubiera faltado el respeto a mí mismo porque todos los cubanos sabían que Masferrer era lo que en Cuba se llamaba un jefe de gánsters.

La seccional de La Habana del Partido Revolucionario Dominicano seguía trabajando, pero su campo de acción era muy reducido, pues aunque las autoridades batistianas no nos perseguían debido a los celos que su jefe tenía de Trujillo y de su política agresiva, los que dirigíamos al PRD sabíamos que en cualquier momento una, dos o tres de esas autoridades iban a actuar contra nosotros si Trujillo les ofrecía buenas recompensas a cambio de que nos persiguieran. Por esa razón Ángel Miolán se fue a vivir a Venezuela tan pronto como pudo hacerlo después de la caída de Marcos Pérez Jiménez y su dictadura y poco tiempo después yo me vería obligado a hacer lo mismo.

Detenido por el comandante Ventura

La agitación política producida por la persistencia de la guerra de guerrillas que mantenían Fidel Castro y sus acompañantes en la Sierra Maestra, agravada por la crisis económica de carácter mundial que se había originado en Estados Unidos en 1956 y se hacía en Cuba en 1957, me llevó a dedicarme a un trabajo que no fuera de naturaleza pública, o dicho de otra manera, que no consistiera en escribir para *Bobemia*. Ese trabajo, que conseguí rápidamente, fue el de jefe de redacción de un agencia publicitaria que tenía sus oficinas cerca del Hotel Nacional, en el barrio del Vedado. Como mi trabajo, al cual iba desde mi casa a pie, estaba a una cuadra de una cafetería que había en la porción de la calle 23 llamada La Rampa, yo salía de mi oficina y me iba a La Rampa a tomar café, pero un día de los últimos de marzo (1958) al salir de mi casa advertí que se me vigilaba y cuando iba, a media mañana, a la cafetería de La Rampa, le pedí a uno de los compañeros de trabajo que me siguiera a diez o doce pasos y si me sucedía algo anormal, que se lo dijera inmediatamente a uno de los propietarios de la publicitaria.

Lo que yo me temía sucedió. En el momento en que iba a bajar de la acera a la calle 23 se me acercó un hombre, me presentó una tarjeta que sacó del bolsillo de su chacabana y me ordenó que lo siguiera. Era un agente de la policía que me invitó a subir a un automóvil y me condujo a una estación policial conocida como un antro de crímenes porque su jefe, el comandante Ventura, era un asesino que figuraba en el pináculo de los batistianos sanguinarios. Durante todo ese día, la noche y la mitad del día siguiente, se me mantuvo sentado de cara a una esquina de una habitación en la que había varios detenidos. Estuve allí todo ese tiempo sin comer nada ni tomar un vaso de agua. Poco antes de las 12 del segundo día me llevaron a la comandancia, esto es, el lugar

que ocupaba Ventura, quien al verme llegar me invitó a sentarme frente a él de manera que quedamos encarados, con su mesa escritorio en medio de los dos; durante por lo menos un minuto me miró fijamente y pasó a decir:

—Señor Bosch, prepárese a salir de Cuba, que a usted se le acabó aquí el jueguito. Esta misma tarde sale usted para Santo Domingo.

Yo no me detuve a mirarlo porque estaba mirándolo cuando él dijo lo que acabo de escribir; lo que hice fue usar una voz suave, tranquila, para responder así:

—Comandante Ventura, yo no soy un huérfano. A mí se me conoce en Cuba, pero también fuera de Cuba; en toda la América Latina y más allá. Si usted me manda a Santo Domingo me manda a la muerte porque Trujillo ordenará que me maten antes de que yo llegue a la ciudad capital, y tenga la seguridad de que eso no va a agradecerse a usted el general Batista, a quien en toda América acusarán de responsable de lo que a mí me pase.

En el mismo momento en que terminaba de decir esas palabras empezaron a suceder cosas que no contaré porque no tienen nada que ver con la historia del Partido Revolucionario Dominicano, pero todas ellas culminaron en mi salida de la estación de la Policía que se hallaba bajo el mando del comandante Ventura sin que él pudiera evitarlo.

XII

Al quedar liberado de las garras del comandante Ventura pedí asilo en la Embajada de Venezuela y allí fue a visitarme un alto funcionario del Ministerio de Estado, como se llamaba en Cuba al de Relaciones Exteriores. Ese funcionario, amigo mío desde hacía largo tiempo, era descendiente del general Carlos Roloff, un militar polaco que había participado en la primera etapa de la guerra de independencia cubana, la conocida en la historia con el nombre de “la Guerra de los Diez Años”. Roloff había ido a verme para cumplir una misión que se le había encomendado: convencerme de que me quedara en Cuba, y para convencerme me ofrecía todas las garantías que yo pidiera; se esforzó en explicarme que el comandante Ventura había actuado por decisión personal, no obedeciendo órdenes del general Batista o de alguna autoridad militar o civil, a lo que respondí diciendo que precisamente por eso estaba yo en la Embajada de Venezuela, porque no sólo Ventura sino cualquiera de los varios jefes policiales que había en La Habana actuaba por cuenta propia, como lo había hecho en mi caso Ventura, y todavía tenía que agradecerle que no ordenara mi muerte.

Protegido por el Derecho de Asilo fui conducido al aeropuerto, donde por segunda vez en cinco años me despedí de mi familia desde la escalera del avión porque en ninguno de los dos casos se me permitió entrar por donde lo hacían los

viajeros que salían del país de manera normal, y cuando llegué a Maiquetía, nombre del aeropuerto de Caracas, allí estaban esperándome Ángel Miolán, César Romero y Virgilio Gell. De esos tres perredeístas, uno, Ángel Miolán, era el secretario general del Partido y había salido de Cuba, donde residía, hacía apenas mes y medio. De Maiquetía pasamos a Caracas, a un barrio nuevo llamado Santa Mónica, donde vivía Miolán. Al día siguiente fui a las oficinas del periódico *El Nacional* donde me esperaba Miguel Otero Silva, quien me recibió con una pregunta, la de cuándo sería derrotado el gobierno de Batista, a lo que respondí diciendo. “A fines de año, entre el 15 de diciembre y el 15 de enero”, y como Otero Silva se sorprendiera con esas palabras mías le di una explicación, que fue la que sigue: “La zafra azucarera comienza en Cuba el 15 de diciembre, y en este año no habrá zafra porque ni los capitalistas ni los obreros cubanos van a admitir que se prolongue la situación de parálisis económica en que está viviendo su país”.

Batista cayó exactamente al terminar los primeros quince días de diciembre de 1958 y al comenzar los primeros quince de 1959, y a partir de ese momento empezó a formarse entre los exiliados dominicanos una atmósfera delirante que llevó a la mayor cantidad de ellos a creer que lo que había sucedido en Cuba podía repetirse en su país. La primera de las manifestaciones de ese delirio fue la formación de varios grupos, cada uno con un nombre que presentaba a sus componentes como revolucionarios. Hasta entonces, sólo el PRD había tenido nombre y organización en varios países a la vez, pero la victoria de Fidel Castro y sus columnas guerrilleras ilusionó a los exiliados antitrujillistas con la idea de que lo que había sucedido en Cuba podía repetirse en la República Dominicana. Unos cuantos de ellos habían vivido en Cuba pero no se dieron cuenta de que entre la so-

ciudad cubana y la de nuestro pueblo había diferencias insalvables, y esas diferencias convertían a la historia de Cuba en irrepetible para los dominicanos.

Los efectos de la Revolución cubana

La expedición conocida con el nombre de Cayo Confites hubiera podido derrocar a Trujillo porque era una fuerza militar entrenada, equipada con buenas armas y con barcos y disponía de un número de hombres lo suficientemente grande como para operar al mismo tiempo en varios lugares, y la suma de los grupos que se formaron de manera precipitada creyendo, cada uno, que podía repetir en nuestro país lo que el Movimiento 26 de Julio había hecho en Cuba, no llegaba ni a trescientos.

Por sí sólo, lo que se acaba de decir da base para afirmar que los que pretendieran hacer en la República Dominicana lo que hicieron en Cuba Fidel y sus hombres irían al fracaso, un fracaso altamente costoso en vidas, pero hay que agregar a lo dicho que los que soñaban con la posibilidad de llegar a nuestro país con armas para iniciar una guerra de guerrillas contra la dictadura de Trujillo ignoraban que si llegaban al país no podrían contar con el apoyo de los campesinos como lo tuvo Fidel Castro cuando penetró en la región de la Sierra Maestra. Al contrario: los campos de Cuba y los que los poblaban estaban lejos de parecerse a los de la República Dominicana en la misma medida en que la historia de la patria de José Martí era diferente a la de la patria de Juan Pablo Duarte.

Caracas se convirtió en el centro de la agitación que produjo entre los exiliados dominicanos la victoria de la revolución cubana porque en esa ciudad, la capital de Venezuela, estaba el hogar de Enrique Jimenes Moya, el hijo de una familia de exiliados antitrujillistas bien conocida porque

el padre, de igual nombre, había participado de manera destacada en las guerras civiles que abundaron tanto en el país en los primeros dieciséis años de este siglo; pero además de lo dicho sucedía que Jimenes Moya se había ido a Cuba a combatir contra la dictadura batistiana como soldado a las órdenes del Movimiento 26 de Julio, y fue herido en combate, por cierto de gravedad, lo que le dio una categoría de jefe de cualquiera acción guerrillera que se llevara a cabo en la República Dominicana, de manera que al volver a Caracas, donde habían seguido viviendo sus familiares —madre, esposa e hijos—, quedó convertido para los exiliados dominicanos radicados en Venezuela, en la segunda edición de Fidel Castro.

Enrique Jimenes Moya nos envió mensajeros a Miolán y a mí cuya misión era convencernos de que el Partido Revolucionario Dominicano debía sumarse a los grupos que iban a participar en una acción guerrillera llamada a decapitar la tiranía trujillista, pero tanto Miolán como yo pensábamos que no había posibilidad de que en nuestro país se repitiera lo que había sucedido en Cuba. En varias ocasiones, él por su lado y yo por el mío, y algunas veces los dos juntos, recibimos presión de dirigentes de Acción Democrática y hasta de José Figueres, para que complaciéramos esas solicitudes. La última solicitud nos fue hecha personalmente por Jimenes Moya, quien se presentó en el pequeño hotel donde yo vivía acompañado por José Horacio Rodríguez, el hijo de Juan Rodríguez que estuvo a punto de ser asesinado en Cayo Confites por un grupo de seguidores de Rolando Masferrer. En ese momento Miolán estaba hablando conmigo y participó en la conversación, que estuvo dedicada al tema de la cercana invasión del país por una columna armada que estaría dirigida por Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez. Según dijo Jimenes Moya el ataque partiría de Cuba y los participantes dispondrían de buenas armas.

La República Dominicana no era Cuba

Según dijo Jimenes Moya y repitió varias veces, el éxito de esa operación dependía de que el Partido Revolucionario Dominicano participara en ella, y mi respuesta, apoyada por Miolán, fue que esa acción sería una aventura en la cual el ganador sería Trujillo, y apoyaba mi criterio de la siguiente manera:

Era un error creer que en nuestro país podía repetirse lo que había sucedido en Cuba. Desde que pisó tierra cubana seguido por sólo doce hombres, Fidel Castro contó con el apoyo de los campesinos de Sierra Maestra, que estaban organizados desde hacía varios años para llevar adelante una lucha contra los propietarios de tierras de esa región, los campesinos tenían líderes a los cuales respetaban y seguían, y Fidel Castro, que estaba al tanto de esas luchas, les ofreció apoyo en sus planes como lo demostró el hecho de que estando en la Sierra Maestra Fidel había puesto en vigor la ley de la reforma agraria que el gobierno de Batista no aplicó ni en la Sierra Maestra ni en ningún otro lugar de Cuba; en cambio, en la República Dominicana no había organizaciones campesinas ni cosa parecida, pero tampoco se hablaba, siquiera, de poner en vigor una reforma agraria, y en consecuencia con esa realidad los campesinos dominicanos no iban a respaldar a los que llegarán al país con el propósito de derrocar el gobierno trujillista; al contrario, decía yo, “los campesinos los atacarán a ustedes por miedo de que Trujillo los mate acusándolos de complicidad con ustedes”. Mi conclusión era que como la dirección del PRD compartía el criterio que yo estaba exponiendo, no podíamos autorizar la participación de los perredeístas en los planes que habían expuestos ellos (Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez).

La conversación duró más de media hora y Miolán mantuvo el criterio que yo había expuesto. Nuestra posición disgustó a Jimenes Moya, que se levantó de la silla que estaba ocupando

y salió, seguido por José Horacio Rodríguez, de la habitación donde habíamos estado reunidos, sin hacer ni siquiera un gesto de despedida y mucho menos, desde luego, sin decir “adiós” o “hasta luego”. Desgraciadamente para él así como para la mayoría de los que le siguieron en sus planes y de otros que llegaron a territorio dominicano por lugares diferentes al que habían escogido Jimenes Moya y José Horacio Rodríguez, todos murieron. Entre los caídos hubo algunos perredeístas que no compartían el criterio de la dirección del Partido. Uno de ellos fue Silín (Víctor) Mainardi, hermano de Virgilio. Con Silín murió su hijo de 16 años, que era cubano, nacido en Guantánamo.

En Caracas se supo que de Cuba estaban saliendo hacia la República Dominicana grupos de antitrujillistas, pero no se tenía información de quiénes los formaban ni de cuántos de ellos habían salido de Venezuela, y numerosos venezolanos que habían mantenido relaciones con los dominicanos que residían en Caracas me asediaban con preguntas sobre la suerte de los expedicionarios. Para responder a esa preocupación escribí un artículo que se publicó en el diario *El Nacional*. Lo que decía ese artículo quedó desmentido cuando empezaron a llegar noticias sobre la aniquilación de los expedicionarios que pudieron pisar territorio dominicano.

Desgraciadamente la tesis de la dirección del PRD era correcta: nuestro país no era Cuba, y en consecuencia, lo que había sucedido en Cuba no iba a suceder en la República Dominicana.

XIII

Las matanzas de los expedicionarios de Constanza, Maimón y Estero Hondo fueron golpes muy duros para los antitrujillistas del exilio. Durante largos meses estuvimos como aletargados y en cierto sentido fue un milagro que el PRD se conservara unido, sobre todo si se toma en cuenta que Batista había sido sacado del poder y en Cuba había un nuevo gobierno que les daba acogida a los dominicanos perseguidos por Trujillo. El jefe de la tiranía más feroz que ha conocido América respondió a las expediciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo ordenando el asesinato del presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt.

Lo que acabo de decir puede parecer descabellado porque los que llegaron al país en esas expediciones no habían salido de Venezuela sino de Cuba, y si piensan así no saben cómo reaccionaba Trujillo a cualquier actividad política de personas y gobiernos que se le oponían. Para Trujillo, él era el Estado dominicano, y en consecuencia una agresión, o un mero ataque político o personal, verbal o escrito, era un ataque al Estado llamado República Dominicana. Trujillo ha sido el único dictador del Nuevo Mundo que ordenó la muerte de hombres y mujeres por delitos que consistían en opiniones negativas sobre la persona del tirano o de alguno de sus familiares más cercanos, por ejemplo, los ataques que se le hacían a María Martínez. Por expresiones acusatorias contra

él y contra su mujer fueron asesinados Jesús de Galíndez, José Almoina y Francisco Requena, el primero secuestrado en Estados Unidos y traído a la República Dominicana para ser muerto aquí, y Almoina y Requena pagaron con sus vidas, uno en México y otro en Nueva York, el delito de haber expuesto opiniones personales contra María Martínez y Trujillo. En el caso de las tres hermanas Mirabal, fueron asesinadas no porque estuvieran participando en acciones armadas o en conspiraciones que podían poner en peligro la dominación del Estado por parte de Trujillo; les dieron muerte a tiros porque predicaban sentimientos y actitudes antitrujillistas.

El atentado contra la vida de Rómulo Betancourt fue llevado a cabo el 24 de junio —día de San Juan— de 1960. Betancourt salvó la vida milagrosamente y el intento de asesinato marcó el inicio de la caída de Trujillo porque a partir de ese momento el gobierno norteamericano comenzó a elaborar una política que culminaría, once meses después, en la muerte del terrible dictador.

Trujillo fue ajusticiado el 30 de mayo de 1961. La noticia no me sorprendió porque cuando escribía mi libro *Póker de Espanto en el Caribe*, en Santiago de Chile y en el año 1955, dije que Somoza y Trujillo tendrían el mismo tipo de muerte. Eso no podía decirse ni de Batista ni de Pérez Jiménez, del primero, porque en ese año —1955— la oposición al dictador cubano era una fuerza poderosa que el terror batistiano no podía controlar, pero además en 1955 yo conocía en conjunto y en detalle la historia de Cuba y había estudiado su composición social, y la historia y el tipo de composición social del pueblo cubano indicaban de manera clara que la dictadura de Batista no podría prolongarse mucho tiempo. Otro tanto podía decirse de la dictadura de Pérez Jiménez, que según entendía yo estaba destinada a ser derrocada en cualquier momento por los militares de su país

porque el ejército venezolano no estaba compuesto, como el dominicano de esos años, por campesinos analfabetos. Para mí, la dictadura Pérezjimenista sería derrocada el día menos esperado, y así sucedió.

Envío al país de delegados del PRD

La noticia de la muerte de Trujillo llegó a Costa Rica el día 31 de mayo de 1961, y yo estaba viviendo en ese país, por segunda vez, desde hacía varios meses. Me la dieron los estudiantes del Instituto de Estudios Políticos y Sociales en el cual daba clases a jóvenes y hombres maduros de varios países de América Latina, todos miembros de partidos de tendencias socialdemócratas, entre los cuales estaban Rodrigo Borja, actual presidente de Ecuador, y Sergio Ramírez, vicepresidente de Nicaragua*. Para asegurarme de que podía confiar en lo que me decían esos estudiantes y me confirmó el embajador de Honduras al responder una llamada telefónica que le había hecho, me fui a San José, la capital costarricense, pues el Instituto estaba en un lugarejo llamado San Isidro Coronado, y me dirigí en el acto a la casa de José Figueres, desde donde el propio Figueres llamó al gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, quien confirmó la muerte del terrible dictador. Inmediatamente, usando el teléfono de la casa de Figueres llamé a Ángel Miolán, que estaba en Caracas, y le pedí que llamara a Nicolás Silfa, secretario general de la seccional neoyorquina del PRD, y a Ramón Castillo, que estaba ocupando la secretaría general del partido en Puerto Rico, a fin de que celebráramos una reunión en Costa Rica para adoptar una política que nos permitiera tomar parte en los acontecimientos que iba a desatar en el país la muerte de Trujillo.

* Es decir, en 1989, al publicarse la primera edición de este libro (N. del E.).

La situación no era fácil. El PRD se había comprometido con Vanguardia Revolucionaria Dominicana, un partido dirigido por Horacio Julio Ornes, a mantener una alianza que nos obligaba a actuar en forma conjunta en casos como el que se había presentado, y en cumplimiento de ese compromiso Ornes o un delegado suyo debía ser convocado a participar en la reunión de San José; y por otra parte mi posición había sido tomada de antemano dado que en el libro *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*, publicado en Caracas en 1959, yo decía que en vista de que Trujillo era un producto del subdesarrollo de la historia dominicana, el régimen trujillista estaba tan estrechamente ligado a su creador que no podría sobrevivir a la muerte de su jefe, y el día primero de junio de ese año 1961 se agrupó en el Parque Central de Costa Rica, de manera espontánea, una cantidad de por lo menos 250 personas, si no más, que me pidieron hablarles de los efectos que tendría en la República Dominicana la muerte del dictador, y recuerdo vivamente haber terminado lo que dije afirmando que en la República Dominicana no sucedería lo que pasó en Nicaragua, donde la muerte de Somoza no significó el fin del régimen. “Muerto Trujillo, con él desaparecerá el trujillismo porque ninguno de sus herederos tienen condiciones para ocupar su puesto”, afirmé.

Como ésa era mi opinión, mi plan era proponer en la reunión de San José, cuando ésta se llevara a cabo, el envío inmediato a Santo Domingo de una delegación del PRD, y esa propuesta fue apoyada por Ángel Miolán, cuyo criterio político era superior al de otros dirigentes de los que tenía el partido en los años del exilio. La propuesta acabó siendo aprobada por Silfa y Castillo; no así por Horacio Julio Ornes, quien alegó que no había podido hacer contacto con los compañeros de Vanguardia Revolucionaria Dominicana sin cuya aprobación no podía respaldar la decisión de ir a la República Dominicana que había adoptado la dirección del PRD.

Lo acordado por Miolán, Silfa, Castillo y yo fue el envío de una delegación perredeísta a Santo Domingo.

Los delegados del PRD

Para poner en práctica lo acordado se les enviaron al Dr. Joaquín Balaguer, que desempeñaba el cargo de presidente de la República, y al representante de la Organización de Estados Americanos (OEA) que se hallaba en Santo Domingo, sendos telegramas en los que anunciábamos nuestra disposición de trasladarnos a Santo Domingo, que seguía llamándose Ciudad Trujillo, para iniciar una época nueva en el país, la de actividades políticas democráticas que habían sido perseguidas durante más de treinta años con saña criminal por la tiranía trujillista. Los dos contestaron con telegramas aceptando lo que habíamos propuesto, pero con la aclaración de que la delegación del PRD que viajaría al país lo haría sobre la base de iniciar discusiones con el gobierno, y aunque eso nos pareció, o por lo menos así lo pensé yo, que para aceptar la propuesta que le habíamos hecho, el Dr. Balaguer debió tratar el tema con Ramfis Trujillo, se tomó la decisión de enviar la delegación perredeísta al país. Recuerdo vivamente que Miolán se propuso como el primero de los delegados, lo que significaba que la representación del Partido estaría encabezada por su secretario general, y como eso garantizaba la unidad de criterio de la delegación cuando estuviera operando en el país, yo aprobé inmediatamente lo que proponía Miolán y a seguidas Silfa y Castillo dijeron que ellos querían ser parte del grupo. Como encargado de solicitar el respaldo político y la ayuda económica de los partidos y los gobiernos de América Latina con los cuales mantenía relaciones el PRD, yo debía permanecer en Costa Rica, y finalmente, yo propuse que Buenaventura Sánchez, secretario general de la seccional perredeísta de Caracas, fuera también miembro de la delegación, pero por

razones que no recuerdo porque no tuve contacto directo con él, no formó parte de los delegados —Miolán, Silfa y Castillo— que llegaron al país el 5 de julio de 1961, día en el cual yo estaba en Caracas, invitado por el presidente de Venezuela para participar en los festejos que se celebraban año por año en esa fecha en conmemoración de la independencia nacional. Diez días después me llamaba Miolán a San José de Costa Rica para decirme que al día siguiente se llevaría a cabo el primer acto político del Partido en la República Dominicana: un mitin que tendría lugar en la capital de la República y sería transmitido por Radio Caribe. Ya se había transmitido por Radiotelevisión Dominicana una corta grabación mía que Miolán había llevado de Costa Rica en la que presentaba a los delegados del Partido Revolucionario Dominicano como lo que eran: unos denodados luchadores por la libertad de su pueblo que debían ser recibidos por éste con respeto y confianza en lo que ellos harían.

La transmisión del mitin del 16 de julio costó 3 mil pesos, y como en esos tiempos el peso valía un dólar, y era difícil que el partido pudiera recaudar esa cantidad de dinero cuando hacía menos de dos semanas que habían llegado a Santo Domingo, en el país no se tenía la menor idea de su existencia, y al darme la noticia de que iba a celebrarse el mitin Miolán me pidió que hiciera lo posible por enviarle dinero suficiente para pagarle a Radio Caribe y para cubrir otras necesidades.

El Partido Revolucionario Dominicano estaba abriendo las puertas del futuro de nuestro pueblo, pero los exiliados antitrujillistas que quedaban en Estados Unidos, Puerto Rico, Venezuela, Cuba, México, Curazao, Aruba, creían que los perredeístas estábamos equivocados y no respaldaban los esfuerzos que hacíamos para sembrar en el país la semilla de la libertad.

XIV

La política es una ciencia y un arte. En su condición de ciencia requiere que la sociedad en la que se ejerce sea debidamente estudiada porque el estudio hace posible que se le conozca en varios, sino en todos sus aspectos, dos de los cuales son el histórico y el que tiene cuando se está operando o va a operarse en ella. Sobre la sociedad dominicana de 1960, todo el que pretendiera actuar políticamente en su seno debía saber, en primer lugar, que además de estar dividida en clases lo estaba en campesinos y centros urbanos, y aunque el peso de la tiranía trujillista caía sobre unos y otros, era diferente en el campo, que todavía en 1960 tenía la mayor parte de la población nacional, y de campesinos estaban compuestas las Fuerzas Armadas y la Policía, cuyos miembros, en una proporción que podía estimarse superior al 90 por ciento, vivían en los cuarteles de los cuales la mayor parte se hallaba en los centros urbanos, pero estaban adheridos emocionalmente a los campos donde vivían sus familiares —padres, madres, hermanos, abuelos y tíos—; sus amigos y compañeros de la infancia, con todos los cuales mantenían los soldados y los campesinos relaciones muy estrechas, y no en condición de subalternos sino todo lo contrario, lo que creaba un firme vínculo político entre la dictadura y el campesinado porque los campesinos creían a pie juntillas que los familiares suyos que vestían uniformes militares y de policías

y usaban armas eran unos privilegiados gracias a que Trujillo los había escogido para que le sirvieran en condición de soldados y policías. Esa creencia les daba a los hombres y las mujeres de los campos una solidez de sentimientos favorables a la tiranía que compartían con ellos sus hijos, sobrinos y en general sus familiares, pero además los hacía creer que eran socialmente superiores a las familias campesinas que no tenían hijos, sobrinos y primos vestidos de militares y de policías; y esa sensación de superioridad se crecía cuando sus deudos eran ascendidos, aunque fuera al mínimo grado de cabos.

El campesinado era, debido a lo que acaba de decirse, la base militar del régimen trujillista, situación que no se daba ni remotamente en Cuba, y por saber, como los sabíamos Miolán y yo, que esa base era de puro granito y no podía ser destruida por 250 ó 300 hombres habituados a vivir en ciudades populosas desde que salieron del país, algunas tan pobladas como Nueva York y México, la dirección del PRD no participó en las expediciones que en el año 1959 llegaron a las costas de la provincia de Puerto Plata, y esa negativa a entrar en el país armas en mano hizo del PRD una reserva histórica puesto que dada la fortaleza de la base militar del trujillismo si el PRD hubiera sumado sus miembros a las expediciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo a la desaparición de Trujillo el país se hubiera encontrado totalmente huérfano de hombres que tuvieran experiencia de organizadores políticos. Los exiliados decían que para liberar el país de la tiranía era necesario combatirla militarmente hasta derrotarla porque mientras Trujillo viviera no habría posibilidad de que el pueblo dominicano adquiriera desarrollo político, y tenían razón, pero no se daban cuenta de que el triunfo de la revolución cubana había iniciado un cambio profundo en la región del Caribe, cambio

que estaba llamado a convertir en irrespirable para Trujillo y su gobierno el aire político en el cual vivía el pueblo dominicano.

La carta a Trujillo

Lo que acabo de decir fue expuesto en la carta que escribí en Caracas, Venezuela, publicada en el diario *La Esfera*, de la cual envié copias, además del original destinado a Trujillo, a su hijo Ramfis, al hijo de Marina Trujillo de García —José García Trujillo— y al Dr. Joaquín Balaguer. Copio a seguidas esa carta:

“General: En este día, la República Dominicana que usted gobierna cumple ciento diecisiete años. De ellos, treinta y uno los ha pasado bajo su mando; y esto quiere decir que durante más de un cuarto de siglo de su vida republicana el pueblo de Santo Domingo ha vivido sometido al régimen que usted ha mantenido con espantoso tesón.

‘Tal vez usted no haya pensado que ese régimen ha podido durar gracias, entre otras cosas, a que la República Dominicana es parte de la América Latina; y debido a su paciencia evangélica para sufrir atropellos, la América Latina ha permanecido durante la mayor parte de este siglo fuera del foco de interés de la política mundial. Nuestros países no son peligrosos, y por tanto no había por qué preocuparse de ellos. En esa atmósfera de *laissez faire*, usted podía mantenerse en el poder por tiempo indefinido; podía aspirar a estar gobernando todavía en Santo Domingo al cumplirse el sesquicentenario de la República, si los dioses le daban vida para tanto’.

‘Pero la atmósfera política del hemisferio sufrió un cambio brusco a partir del 1º de enero de 1959. Sea cual sea la opinión que se tenga de Fidel Castro, la historia tendrá que reconocerle que ha desempeñado un papel de primera magnitud en ese cambio de atmósfera continental, pues a él le

correspondió la función de transformar a pueblos pacientes en pueblos peligrosos. Ya no somos tierras sin importancia, que pueden ser mantenidas fuera del foco del interés mundial. Ahora hay que pensar en nosotros y elaborar toda una teoría política y social que pueda satisfacer el hambre de libertad, de justicia y de pan del hombre americano’.

‘Esa nueva teoría será un aliado moral de los dominicanos que luchan contra el régimen que usted ha fundado; y aunque llevado por su instinto realista y tal vez ofuscado por la desviación profesional de hombre de poder, usted puede negarse a reconocer el valor político de tal aliado, es imposible que no se dé cuenta de la tremenda fuerza que significa la unión de ese factor con la voluntad democrática del pueblo dominicano y con los errores que usted ha cometido y viene cometiendo en sus relaciones con el mundo americano’.

‘La fuerza resultante de la suma de los tres factores mencionados va a actuar precisamente cuando comienza la crisis para usted; sus adversarios se levantan de una postración de treinta y un años en el momento en que usted queda abandonado a su suerte en medio de una atmósfera política y social que no ofrece ya aire a sus pulmones. En este instante histórico, su caso puede ser comparado al del ágil, fuerte, agresivo tiburón, conformado por miles de años para ser el terror de los mares, al que un inesperado cataclismo le ha cambiado el agua de mar por ácido sulfúrico: ese tiburón no puede seguir viviendo’.

‘No piense que al referirme al tiburón lo he hecho con ánimo de establecer comparaciones peyorativas para Usted. Lo he mencionado porque es un ejemplo de ser vivo nacido para atacar y vencer, como estoy seguro piensa usted de sí mismo. Y ya ve que ese arrogante vencedor de los abismos marítimos puede ser inutilizado y destruido por un cambio en su ambiente natural, imagen fiel del caso en que usted se encuentra ahora’.

‘Pero sucede que el destino de sus últimos días como dictador de la República Dominicana puede reflejarse con sangre o sin ella en el pueblo de Santo Domingo. Si usted admite que la atmósfera política de la América Latina ha cambiado, que en el nuevo ambiente no hay aire para usted, y emigra a aguas más seguras para su naturaleza individual, nuestro país puede recibir el 27 de febrero de 1962 en paz y con optimismo, si usted no lo admite y se empeña en seguir tiranizándolo, el próximo aniversario de la República será caótico y sangriento; y de ser así, el caos y la sangre llegarán más allá del umbral de su propia casa, y escribo casa con el sentido usado en los textos bíblicos’.

‘Es todo cuanto quería decir, hoy, aniversario de la fundación de la República Dominicana’”.

Al final iba mi firma, el nombre del lugar donde esa carta había sido escrita, y la fecha: 27 de febrero de 1961, y exactamente tres meses después de ese día Rafael Leonidas Trujillo caía abatido a tiros, o lo que es lo mismo, su sangre llegó “más allá del umbral de su propia casa”.

La expulsión de Nicolás Silfa

Con el mitin celebrado en la capital de la República el 16 de julio de 1961 el Partido Revolucionario Dominicano iniciaba una etapa en la historia política de nuestro pueblo; una etapa que estaba a mucha distancia no sólo de lo que había sido la dictadura trujillista sino de lo que habían sido todos los partidos que conoció el pueblo en los 128 años transcurridos desde el 27 de febrero de 1844. Hasta el día en que sus representantes pisaron tierra dominicana, el 5 de julio de 1961, las organizaciones políticas de masas eran conocidas con el nombre de sus caudillos o de los símbolos que los representaban, se era santanista y baecista, colorado y verde, horacista y jimenista o rabú o bolo, y por último, trujillista o antitrujillista,

pero desde el primer momento los miembros del PRD tuvieron un nombre partidista: eran perredeístas, y esa manera de denominar a sus partidarios con el nombre de las organizaciones políticas que se formaron inmediatamente después de la llegada al país del PRD se hizo un hábito, pues siguiendo ese modelo los del 14 de Junio se llamaron catorcitas y los de la Unión Cívica Nacional se llamaron cívicos. La excepción fueron los seguidores del Dr. Joaquín Balaguer, que se proclamaban balagueristas.

A pesar de lo que acaba de decirse el Partido Revolucionario Dominicano no estaba libre de los males propios del subdesarrollo que aquejaban a la sociedad en que iba a actuar. Yo llegué al país el 21 de octubre de ese año 1961 y pocos meses después, sin haber consultado a la dirección del partido y ni siquiera informar a sus compañeros de largos años de lucha, Nicolás Silfa pasó a ser secretario de Estado de Trabajo en el gobierno del Dr. Balaguer. Esa manera de comportarse uno de los tres miembros de la comisión que la dirección del PRD había enviado al país pocos meses antes no fue un golpe mortal para el perredeísmo porque el atraso del pueblo dominicano le impedía hacer juicios políticos correctos.

Nicolás Silfa fue expulsado del partido a propuesta mía, pero esa sanción no impidió que en el seno del PRD siguieran dándose sorpresas como la que dio Silfa.

XV

El caso de Nicolás Silfa no fue el único. Los perredeístas llegados del exilio éramos pocos y los que se nos sumaron en el país no tenían la menor idea de cómo se organizaba un partido; en consecuencia, no había manera de elegir un Comité Ejecutivo Nacional que dirigiera al PRD a nivel nacional, y en esas condiciones estábamos cuando llegó el día de elegir el candidato a la presidencia de la República porque las elecciones se celebrarían el 20 de diciembre de 1962. El candidato elegido fui yo, pero antes de que se hiciera la elección propuse, y fue aceptado por la mayoría del Comité Político Nacional, que si el candidato presidencial era un perredeísta llegado del exilio el candidato a vicepresidente debía ser uno de los que se incorporaron al partido después del 5 de julio de 1961. Los argumentos que explicaban la razón de ser de esa propuesta fueron varios, pero el primero fue la necesidad que tenía el partido de demostrarle al pueblo que los que estuvimos luchando año tras año contra la dictadura de Trujillo no debíamos dar la impresión de que lo habíamos hecho para beneficiarnos políticamente tomando para nosotros las posiciones más importantes del país.

(En realidad, aunque no se lo dije a nadie, lo que perseguía con ese argumento era evitar que tomara cuerpo una campaña de susurros que había desatado Buenaventura Sánchez, a quien había oído decir varias veces, en mis viajes

por Venezuela, que él sería presidente de la República porque así se lo hizo saber a su señora madre la comadrona que lo había parteado basando su profecía en el hecho de que él —Buenaventura Sánchez— había nacido en una casa que fue propiedad de Buenaventura Báez, el político que ocupó cinco veces la posición de presidente de la República. Al retornar al país Buenaventura Sánchez contaba la historia de su nacimiento en la que había sido una casa de Báez y lo que le dijo a su madre la comadrona que la parteó, y con ese cuento fue formando un grupo de familiares y amigos de su familia que al mencionar su nombre agregaban: “El futuro presidente”).

Esa actividad de Buenaventura Sánchez culminó en su elección como candidato vicepresidencial del PRD en violación del acuerdo que había sido tomado por el Comité Político Nacional, la más alta autoridad del partido, violación que yo no podía aceptar porque con ello se establecería el derecho de cualquiera de los perredeístas a irrespetar los estatutos de la organización y las decisiones de sus autoridades, y como no veía en los miembros del Comité Político inclinación a desconocer la elección de Buenaventura Sánchez como candidato vicepresidencial decidí aislarme de todos ellos mientras durara esa situación y me trasladé, de la casa de la calle Polvorín donde estaba viviendo desde que llegué al país, a una de Arroyo Hondo, propiedad de un amigo a quien había conocido en Cuba.

La única persona que sabía dónde estaba yo era mi hermana Angelita, y la fecha de celebración de las primeras elecciones libres que tendría el país en 38 años se acercaba rápidamente, pues las elecciones estaban convocadas para el 20 de diciembre (1962) y mi aislamiento había comenzado en el mes de octubre. En esa ocasión, el peso de la dirección del partido cayó sobre Ángel Miolán que condujo la crisis hasta

su solución, iniciada con la renuncia de Buenaventura Sánchez a su candidatura a vicepresidente y a la elección para ese puesto del Dr. Armando González Tamayo.

El PRD, partido populista

Todos los dominicanos en edad adulta saben que yo fui elegido presidente de la República, hecho que sucedió el 20 de diciembre (1962), pero seguramente la inmensa mayoría de ellos no sabe que el secretario de Estado de Educación del gobierno que presidí fue Buenaventura Sánchez, dato que ofrezco para que el lector sepa que un líder político, y sobre todo un jefe de Estado, no adopta posiciones por razones personales. Una vez resuelto el problema que había provocado el compañero Sánchez al violar un acuerdo de la máxima autoridad del partido, él pasaba a ser merecedor del mismo trato que se les daba a todos los perredeístas, y su historia en el partido era la de un trabajador incansable desde que ingresó en el PRD.

Ahora debo aclarar que he estado haciendo la historia del PRD porque ese partido fue el vientre materno en que se formó el PLD, pero no voy a hacer la historia del gobierno que encabecé durante siete meses debido a que mientras estuve desempeñando las funciones presidenciales el PRD era dirigido por Ángel Miolán y los miembros de su Comité Ejecutivo Nacional. El 25 de septiembre de 1963 los jefes militares derrocaron el gobierno, yo fui enviado a Guadalupe en un buque de guerra; de ahí pasé a Puerto Rico y volví al país dos años después.

Al retornar hallé el partido prácticamente en desbandada porque la ocupación militar norteamericana fue, de hecho, una acción antiperredeísta. La debilidad orgánica del PRD hacía imposible que como candidato a presidente de la República en las elecciones que debían celebrarse el 1° de junio de 1966 pudiera hacer una campaña nacional y ni siquiera limitada al territorio que ocupaba la ciudad de Santo Domingo.

Pasadas las elecciones, en las cuales el PRD sacó algunos senadores y diputados así como síndicos y regidores, me dediqué a planear una reorganización del partido, tarea en la que trabajaron conmigo el escritor Bonaparte Gautreaux y el contador Público Manuel Ramón García Germán.

El tipo de organización que había concebido era la división del territorio, empezando por el de la capital del país, en zonas geográficas que llevarían los nombres de las letras del alfabeto: Zona A, Zona B, Zona C, y así sucesivamente; cada zona estaría bajo la dirección de un comité zonal elegido por los miembros del partido que vivieran en su jurisdicción, pero esa elección sería peculiar porque debían escogerse candidatos que representaran los diferentes sectores sociales de la zona correspondiente; además, a la dirección nacional debía agregarse una Comisión Nacional de Disciplina con autoridad para juzgar a todos los miembros que fueran acusados de violar los estatutos del partido.

La intención que me movía a proponer el nuevo tipo de organización tenía su origen en la necesidad, que a mi juicio era de vida o muerte para un partido político que sustituía los nexos ideológicos inexistentes que debían unir a todos sus miembros con una suplantación de la relación que hay entre padres e hijos de una sociedad formada por grandes mayorías de gentes muy pobres; o dicho de otro modo, el PRD era un típico partido populista formado por gentes a quienes la alta dirección tenía que resolverles sus problemas personales, los que se originaban en sus miserables condiciones materiales de existencia, no los problemas políticos del país.

El traslado a Benidorm

Siguiendo ese criterio, yo pensaba que los comités zonales del PRD tendrían en su seno hombres y mujeres del pueblo ignorantes de lo que es el trabajo político, pero al mismo

tiempo en cada uno de ellos habrían dos, tres, cuatro personas de condición social diferente a los que componían las bases partidistas, y por ser diferentes entre ellos se hallarían maestros de escuela, incluso hasta profesores universitarios, estudiantes, técnicos, abogados, médicos, ingenieros; pero todavía no me daba cuenta de que la conciencia política no se forma por contagio; eso acabaría descubriéndolo más tarde, como resultado de un proceso de meditación, estudios y trabajo intelectual que me llevó a salir del país para dedicarme a escribir dos libros en los que me proponía exponer los juicios que me había ido formando acerca de la sociedad dominicana a lo largo de su historia y el proceso de formación de las sociedades del Caribe a partir de la integración en ellas de los elementos que participaron en su formación. Esos libros serían *Composición social dominicana* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*.

Me decía a mí mismo que la redacción de esos dos libros, pero sobre todo el primero, era una obligación sagrada que tenía con el pueblo dominicano porque los textos de historia que leían sus niños, sus jóvenes y hasta sus mayores eran sólo relatos de los sucesos que tenían categoría histórica; relatos hechos con la suma de numerosos relatos de los cuales podía haber pruebas pero no hacía falta que las hubiera porque de todos modos las pruebas posibles no eran analizadas para sacar de sus entrañas la verdad o la mentira que tuvieran. Para mí, lo que importaba era que los dominicanos conocieran no sólo cuáles y cuántos hechos históricos se habían producido a lo largo de los siglos que tenía nuestro pueblo, sino cómo y por qué se produjeron esos hechos, cuáles fueron las fuerzas que los formaron. En síntesis, lo que yo perseguía era iluminar la mente de los dominicanos describiendo, mediante el análisis de los acontecimientos históricos, las causas que los provocaron.

Para escribir los libros dedicados a esos fines era necesario salir del país por dos razones; la primera, debía situarme en un lugar donde se me hiciera fácil tener a mi disposición todas las obras y los documentos, o por lo menos una parte importante de ellos, en que se relataran hechos sucedidos en la región del Caribe, incluyendo, como era natural, los relativos a la República Dominicana y Haití; y segundo, disponer de todo el tiempo que requeriría el trabajo de estudiar detenidamente todos los documentos y las obras que pudiera adquirir. España era el único lugar donde podía contar con el material de estudio y con el tiempo necesario para emplearlo, y decidí ir a España, donde contaba con amigos excelentes, a la cabeza de los cuales se hallaba Enrique Herrera Marín. Una vez decidido el lugar donde iba a residir envié a Madrid a doña Carmen y a Bárbara y con ayuda de mis cuñados Pipí Ortiz y Osvaldo Orsini reuní dos mil dólares que me servirían por lo menos para mantenernos en España el primer año. El viaje sería en barco desde Venezuela adonde llegué a fines de diciembre de 1967 acompañado por Domingo Mariotti, y desde el puerto venezolano de La Guaira partimos hacia España para llegar al comenzar el año 1968.

El lugar de España donde iba a escribir los libros que me parecían indispensables para conseguir que los dirigentes del Partido Revolucionario Dominicano adquirieran una dosis de conciencia política indispensable para hacer del PRD el instrumento de cambio mental que el país requería fue Benidorm, pueblo de la provincia de Alicante, donde Enrique Herrera Marín nos brindó hospitalidad en una propiedad suya.

XVI

Composición social dominicana fue escrito en poco tiempo pero quedó terminado en noviembre de 1968 porque tuve que viajar a Francia, a Inglaterra, a Suecia y Dinamarca, a Holanda, Bélgica, Alemania, Yugoslavia y Rumanía. Su primera edición se hizo en la República Dominicana en febrero de 1970, cuando todavía yo no había regresado al país; en cuanto a *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe, frontera imperial*, su primera edición se hizo en España, en abril de 1970, a pesar de que yo había hecho la última corrección de pruebas en París, a mediados de junio de 1969. Además de escribir esos libros y otros más —*El Pentagonismo, sustituto del imperialismo*, que fue traducido a varias lenguas—, yo tenía que dedicar tiempo a contestar la correspondencia, que me llegaba de varios lugares, y a recibir visitas, entre ellas la del coronel Francisco Alberto Caamaño y la del Dr. Jottin Cury, y dos veces la de José Francisco Peña Gómez, que todavía no era doctor, y sucedía que de lo que pasaba en la República Dominicana los que dirigían el PRD no me daban cuenta. A tal extremo llegó mi aislamiento de la política nacional que un día envié a la prensa la noticia de mi renuncia a la presidencia del Partido Revolucionario Dominicano. Los efectos de esa renuncia fueron el envío inmediato a Benidorm de un grupo de dirigentes del partido entre los cuales estaban dos líderes obreros; uno de ellos era el veterano luchador Miguel Soto y el otro Pedro Julio Evangelista, un agri-

cultor y ganadero que diez años después sería elegido presidente de la República —Antonio Guzmán—, y otro que sería Canciller en el gobierno de Guzmán, Ludovino Fernández; además, entre esos estaba Peña Gómez.

El resultado del viaje a Benidorm de la comisión del PRD enviada a conseguir que yo retirara mi renuncia a la presidencia del partido no fue conocido ni por los comisionados ni por nadie porque yo no lo dije nunca. Es ahora, más de veinte años después, cuando voy a hacerlo público: exactamente un día después de haberse ido ellos hacia Madrid, donde tomarían el avión para volver a Santo Domingo empecé a elaborar el plan de reformas del PRD que no pudieron ponerse en vigor en el PRD pero se pondrían en vigor en el PLD.

Voy a explicar lo que acabo de decir. Lo que expusieron los comisionados, con la excepción de Miguel Soto, me impresionó negativamente a tal punto que me dejó convencido de que el pueblo dominicano no podía esperar del PRD nada bueno porque sus dirigentes ignoraban totalmente los problemas del país y ninguno de ellos tenía interés en conocerlos. El trabajo de reorganización del partido que había hecho yo, con la ayuda de Gautreaux y García Guzmán, no había sido aplicado sino en sus aspectos superficiales, como el de denominar con las letras del alfabeto los comités perredeístas. Para los líderes del PRD la política se había reducido a actividades de tipo personal, llevadas a cabo a niveles de amigos o enemigos. Mis conclusiones eran realmente negativas y deprimentes, pero yo no podía darme por vencido; no podía abandonar a las masas del pueblo renunciando al partido que me había hecho su líder y me había llevado a la presidencia de la República, y al fin tomé la decisión de luchar para convertir el PRD en una organización viva, creadora, consciente de que tenía un compromiso con los fundadores de la República: el de convertir en hechos lo que ellos soñaron cuando organizaron La Trinitaria. Mi estado de ánimo

era indescriptible porque sabía que tenía que tomar decisiones muy serias, pero ignoraba cómo tenía que actuar, qué planes elaborar, qué líneas seguir.

Una desorganización política

En ese estado de ánimo, nos fuimos Carmen y yo a París y allí nos alojamos en la casa que ocupaba Héctor Aristy, y fue en esa casa donde empecé a concebir las reformas que debían hacerse al PRD. Lo primero que pensé fue en la formación de círculos de estudio que se encargarían de enseñarles a los miembros de los comités de base, empezando por los de la Capital, qué era la actividad política, cómo debía ser llevada a cabo y con qué métodos debía ser aplicada en cada caso, esto es, cuando se trataba de gente del pueblo analfabeta o de profesionales y estudiantes universitarios. Yo ignoraba que Lenín había formado círculos de estudio en Rusia en los primeros años del siglo XX, de manera que la idea de crear unos cuantos en la República Dominicana fue una idea mía; pero no me quedé en eso. En primer lugar, los círculos de estudio del PRD tendrían como material de estudio folletos que escribiría yo, y fundamentalmente esos folletos serían de temas históricos, en cierto sentido, una adaptación de lo que había dicho en *Composición social dominicana* pero presentada en pocas páginas y además pequeñas. El primer círculo sería organizado con una parte de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional, que era el organismo más alto del partido, y pensaba que con una parte nada más porque sabía que entre ellos los había que carecían de la base cultural indispensable para leer y asimilar el material que iba yo a escribir.

Yo había vuelto al país el 17 de abril de 1970 y el folleto número uno fue escrito el 2 de agosto de ese año; el 10 de ese mes escribí el número dos, el número tres fue escrito en septiembre y el cuarto en octubre; el número nueve lo fue un

año después. Los folletos se vendían sin beneficio para el partido ni, naturalmente, para su autor, pero los círculos de estudios no se formaban, excepto en el caso de los cuatro o cinco que organicé yo mismo. La dirección del PRD no se daba cuenta de la importancia que tenía, para un partido político, formar intelectual e ideológicamente a sus miembros. La creación de métodos de trabajo, que debía ser una tarea de los círculos de estudios, no se llevaba a cabo, salvo en el caso del denominado unificación de criterios que ha sido tan fecundo en el PLD.

El PRD que encontré a mi vuelta al país era, en vez de una organización política, una desorganización política y social. La Casa Nacional, local de la dirección partidista, estaba prácticamente en ruinas; en la parte baja de una construcción de dos plantas que había en el patio, unos vivos pusieron un expendio de mercancías de mesa, y en la parte alta vivía, con toda su familia, el secretario de asuntos campesinos del Comité Ejecutivo Nacional; por lo demás, en la parte principal vivían y dormían hombres y mujeres; si llovía, el agua caía en el piso como caía en el patio o en la calle. Para reparar el edificio les pedí a mis hermanos que vendieran una de las propiedades que nos habían dejado en herencia nuestros padres y de la parte que me tocaba yo quería sólo 2 mil pesos —entonces el peso equivalía al dólar estadounidense—, cantidad que usé en reparar la Casa Nacional, de la cual ordené sacar, cargado, al secretario de Organización del Comité Ejecutivo Nacional porque compartía su puesto en la alta dirección del PRD con la dirección del PACOREDO (Partido Comunista de la República Dominicana) y lo hacía con un desparpajo increíble.

De la oficina secreta a la revista Política

A Domingo Mariotti, que salía de España hacia Santo Domingo, le pedí que me trajera cien ejemplares del libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe, frontera imperial*,

para venderlos a quienes pudieran pagar por cada uno de 50 a 100 pesos porque el partido no había organizado una recaudación de fondos que le permitiera pagar la renta del local, la luz eléctrica, el teléfono y un salario para las dos mecanógrafas que echaban allí sus días y a menudo también los sábados y los domingos, y mucho menos se le cubrían sus necesidades a la persona que actuaba como director de la Casa Nacional. Los libros se vendieron, pero del dinero que me enviaron los compradores llegaron a mis manos sólo 250 pesos. El desorden era de tal naturaleza que para agenciar fondos con que atender a las necesidades de la dirección del partido monté una oficina secreta, que establecí, bajo la dirección de Nazim Hued, en el último piso del edificio de la calle del Conde donde estaba la Ferretería Morey y ahora está la Ferretería Cuesta. En el montaje de esa oficina se trabajó con tanta sutileza que ningún dirigente del PRD se enteró de ello, ni siquiera los que yo sabía que eran honestos porque alguno podía contarle a otro que no tuviera esa condición que en el tercer piso del edificio ocupado por la Ferretería Morey estaba funcionando un local del partido dedicado a la recaudación de fondos, y nadie sabía lo que podía pasar si esa noticia caía en oídos de gente como ciertos perredeístas de cuyos nombres no quiero acordarme.

Para crear la afluencia de fondos, aunque fueran reducidos pero seguros, organicé con algunos amigos, entre ellos médicos respetados, reuniones semanales en las que participaban posibles cotizantes, la mayoría de los cuales aceptó comprometerse a dar una cuota mensual para el PRD, y de los miembros de fila del partido dos fueron escogidos para llenar las funciones de cobradores, y uno de esos dos sustrajo 800 pesos —que insisto, equivalían a dólares— que cobró de los cotizantes pero no llevó a la oficina secreta que dirigía Nazim Hued.

Empeñado en producir al mismo tiempo educación y fondos para el partido ordené la publicación de un libro mío, escrito en 1959 en Venezuela, donde tuvo dos ediciones: *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, y la publicación de la revista *Política: Teoría y Acción*, Órgano Teórico del Partido Revolucionario Dominicano, cuyo primer número correspondió a mayo de 1972. De esa revista se publicaron doce números, todos ellos no sólo dirigidos sino hechos por mí a tal extremo que lo que se publicaba en sus páginas sin firma era obra mía, y los artículos traducidos del inglés y del francés también eran obra mía porque yo tenía que hacer el papel de mecanógrafo, de traductor, de director, de corrector de originales y composición debido a que en el PRD, salvo algún que otro artículo de Franklin Almeida, Arnulfo Soto, Amiro Cordero Saleta, Máximo López Molina y uno de José Francisco Peña Gómez, que ya era doctor y lo firmó con ese título, nadie se ofreció a colaborar para mantener en circulación la revista. Hasta la sección titulada “Teoría y acción en el ejemplo histórico”, que apareció en diez de los doce ejemplares de la revista que se publicaron, tuve que escribirla yo, así como la contraportada de las carátulas de los doce ejemplares.

Esa revista demandaba trabajo, porque era de cien páginas, pero ningún dirigente perredeísta se ofreció a escribir para ella. Es más, Peña Gómez hizo su único artículo a petición mía.

XVII

Peña Gómez había vuelto al país, desde Nueva York, tras una larga estancia en Francia y luego en Estados Unidos. Creo recordar que su regreso tuvo lugar el 2 de noviembre de 1972, y a poco de llegar anunció en Puerto Plata que pronto iban a sonar en la capital de la República los estampidos de las metralletas. Eso sucedía en los primeros días de enero de 1973, y en febrero llegaba al país Francisco Alberto Caamaño. El día de su llegada se supo en Santo Domingo, por transmisión de rumores, no porque Caamaño se lo hiciera saber a alguien. Ese día era lunes y para analizar el cúmulo de rumores que se movía con la rapidez y el secreto de los ríos subterráneos nos reunimos en la casa de Jacobo Majluta varios miembros de la dirección del PRD, entre ellos Peña Gómez, que desapareció de la sala después que él y Majluta se separaron del grupo para ir a esconder sendos revólveres que habían estado exhibiendo de manera ostentosa seguramente con la intención de impresionar a los que estábamos reunidos con ellos haciéndose pasar por hombres dispuestos a morir combatiendo como leones si se aparecían por allí agentes de la fuerza pública. Cuando se nos dijo que la policía estaba registrando la casa vecina, yo, y conmigo dos personas más, pasamos a la casa que se hallaba en dirección opuesta a la que estaba siendo registrada, y en la que entramos había buscado refugio Peña Gómez, que salió de esa casa, a poco de llegar nosotros, y fue

a refugiarse a varias cuadras de distancia. A partir de ese momento, Peña Gómez, secretario general del PRD, y yo, presidente del mismo partido, el único presidente que había tenido esa organización política, mantuvimos alguna relación, muy débil y al mismo tiempo muy desagradable debido a que él se sentía respaldado por una fuerza superior, un poder extrapartido que lo llevó a proclamar que él era un astro con luz propia, palabras arrogantes con las cuales se situaba en un mundo aparte, ocupando un trono que lo colocaba por encima de los estatutos y por tanto de las autoridades legítimas del PRD.

No había que ser un lince para darse cuenta de que las arrogancias de Peña Gómez estaban dirigidas a mí, y ni él ni ninguno de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del partido se daban cuenta de que yo sabía ya que el PRD había dejado de ser lo que diez años atrás creí que podía ser. La posibilidad de ir al poder con el PRD de 1973 era algo que me preocupaba seriamente. ¿Cómo podía yo exponerme a ser candidato presidencial perredeísta para las elecciones de 1974? ¿Qué podía sucederme si era elegido presidente de la República? ¿Con quiénes iba a gobernar si en el PRD no llegaban a cien los hombres y las mujeres que tuvieran desarrollo político, conocimiento de los problemas del país y que además fueran incapaces de usar los cargos públicos en provecho propio?

Ni Peña Gómez ni ninguno de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PRD se dieron cuenta de cuál era mi estado de ánimo, y por ignorarlo varios de ellos se quedaron petrificados cuando en la reunión del 14 de noviembre de 1973, al lanzarse Peña Gómez contra mí en lenguaje irrespetuoso y con la mirada cargada de odio respondí sin palabras, poniéndome de pie y saliendo del pequeño salón en que se reunía el Comité Ejecutivo Nacional, que formaba parte de la

construcción de la que yo había sacado al secretario de Asuntos Campesinos del partido y a su familia. Salí de allí y del PRD para siempre, y a los cuatro días de eso hice llegar a los periódicos la noticia de que había renunciado a la presidencia y a la militancia del Partido Revolucionario Dominicano.

Rotura del Bloque de la Dignidad Nacional

Dos días después de haber hecho pública mi renuncia a la membresía del PRD nos reunimos en la casa de Franklin Almeida doce personas. Allí propuse la formación de un partido que se llamaría de la Liberación Dominicana y que se organizaría en forma diferente al PRD, a partir del establecimiento de Círculos de Estudios. Esa reunión terminó acordando que cada uno de los presentes convocaría a amigos y miembros del PRD que hubieran dado demostraciones de apoyo al propósito de fundar un partido distinto al PRD para que se reunieran en mi casa, la misma en que hoy están las oficinas de la presidencia del PLD; de esa reunión salió el acuerdo de celebrar un congreso de fundación del nuevo partido. Los que se reunieron en mi casa, que no pasaron de treinta personas, acordaron que el Congreso llevaría el nombre de Juan Pablo Duarte y se llevaría a cabo el 15 de diciembre. Al acuerdo se le hizo publicidad y el día señalado unas sesenta y cuatro personas, que en realidad no formaban un congreso porque no eran delegados de nadie, aprobaron la propuesta de dejar fundado el Partido de la Liberación Dominicana y eligieron su primer Comité Central, su presidente —que fui yo— y su secretario general —que fue Antonio Abréu—. El Comité Central tenía veintiún miembros y eligió cinco de ellos para formar el Comité Político.

En realidad, el Comité Central era tal vez la tercera parte de la totalidad de los miembros del partido, y se reunía en el local que había sido la Casa Nacional del PRD, la misma que

catorce años después el PLD compraría a sus dueños pagando por ella 250 mil pesos, pero pesos del año 1987, que tenían un valor dos veces superior al actual*. La dirección del PRD quedó tan anonadada por lo que estaba sucediendo que no se atrevió a sacarnos de su Casa Nacional.

Nosotros éramos un grupo pequeño de militantes de un partido que no tenía el menor peso en la sociedad dominicana, pero sucedía que a pesar de eso éramos los herederos del acuerdo de unidad que se había hecho en el mes de marzo de 1973, es decir, ocho meses antes de que yo hiciera pública mi renuncia a la presidencia y a la militancia del PRD. El acuerdo de unidad de por lo menos dieciséis partidos se hizo público el 16 de agosto, al cumplirse un año del inicio de los trabajos unitarios, que fueron encabezados por mí en mi condición de presidente del PRD. Producto del acuerdo, delegados de todos los partidos que habían participado en esos trabajos se dedicaron a elaborar un programa de gobierno que fue denominado de Dignidad Nacional. Como es natural, en las tareas unitarias el PRD, presidido por mí, ocupaba el primer lugar, pero también ocupaban puestos en esas tareas los partidos de izquierda, con la excepción del PCD que en esos tiempos era un defensor a todo trapo de las llamadas leyes agrarias del Dr. Balaguer, y por tanto no podía negarse a sí mismo participando en un acuerdo de unidad con dieciséis partidos que se proponían participar en las elecciones de 1974 para ganarlas, es decir, para sacar del Palacio Nacional al presidente Balaguer.

La unidad alcanzada por los partidos autores del plan de gobierno que entre todos habíamos llamado de Dignidad Nacional y Bloque de la Dignidad Nacional a la unión que habíamos formado fue rota de buenas a primeras, cuando faltaba poco tiempo para las elecciones, porque unos pocos de

* Al de 1990 (N. del E.).

los partidos izquierdistas del bloque, a la cabeza de ellos el Movimiento Popular Dominicano, lo abandonaron y pasaron a unirse con el PRD, unión que bautizaron con el nombre de Acuerdo de Santiago.

¿Por qué me fui del mitin?

Las elecciones debían celebrarse el 16 de mayo de 1974 y tres meses antes lo que quedaba del bloque de la Dignidad Nacional acordó celebrar en Santo Domingo un mitin que debía servir de reafirmación a la decisión de luchar contra los sucesivos gobiernos del Dr. Balaguer para sacar al Partido Reformista del poder. La fecha del mitin sería el 17 de marzo, esto es, dos meses y un día antes de las elecciones. Para organizar ese acto se celebraron tres reuniones; en la primera se acordó que los oradores del mitin serían, un representante de Conciliación Nacional, uno de Unión Cívica Nacional, uno del Partido Socialista Popular, uno que hablaría en nombre de los restantes partidos de izquierda y uno del PLD, que sería yo. El tema que se me señaló fue el resumen del acto, y por tanto de lo que dijeran los oradores que hablarían antes que yo, y para que yo dispusiera de tiempo para hacer ese resumen se convino en que cada uno de los que hablarían antes que yo dispondría de diez minutos para exponer lo que le correspondía decir, y yo hablaría durante una hora.

Pero en la segunda reunión aparecieron dos nuevos oradores, cada uno de un partido de los afiliados al Bloque, de manera que los oradores, que eran cinco, pasamos a ser siete, y el tiempo que yo debía usar descendió de una hora a cuarenta y cinco minutos; en la tercera reunión se repitió lo de la segunda con la diferencia de que en vez de dos nuevos oradores se agregaría uno, que parecía representar una reducción de mi intervención de sólo diez o quince minutos si no se tomaba en cuenta que el aumento del número de los oradores

implicaba el aumento de uso de mayor tiempo por la intervención del presentador de cada orador, y sobre todo si no se tomaba en cuenta que la estación de radio que se había contratado para transmitir el acto había establecido con toda la seriedad del caso que estaba obligada a retirarse a las doce en punto porque no podía estar en el aire más de dos horas y al cerrar el contrato de servicio se estableció que el acto comenzaría a las diez y duraría hasta las doce.

Al terminar la tercera y última reunión de las celebradas para ponernos de acuerdo en todo lo que se relacionara con el mitin pedí la palabra para decir:

“Ustedes saben que la cadena de radio se va a retirar a las doce y yo no voy a hablar cuando ya no haya radio”.

El Programa de gobierno de la Dignidad Nacional fue firmado en ese acto y el orador que debía precederme propuso consignas contrarias a ese programa, en el cual se explicaba que la reforma agraria que haría el gobierno de la Dignidad Nacional sería de tipo capitalista, y se explicaba por qué debía ser así, pero el orador les ordenó a los campesinos que fueran a tomar las tierras, es decir, hizo del mitin del 17 de marzo lo contrario de lo que se había acordado, pero además cuando terminó de hablar eran las doce menos quince minutos, de manera que el tiempo que me quedaría para hacer el resumen de lo que habían dicho todos los oradores era menos de un cuarto de hora, y tal como lo había dicho, en vez de situarme frente al micrófono abandoné el asiento que estaba ocupando y paso a paso me fui alejando del lugar donde estaba celebrándose el mitin.

XVIII

La participación del PLD en el mal terminado mitin del 17 de marzo (1974) le indica a un futuro historiador, si es que llega a haberlo, de las interioridades de la política dominicana a partir de la muerte de Trujillo, que aunque su congreso de fundación se llevó a cabo el 15 de diciembre de 1973, todavía a mediados de marzo del año siguiente el PLD no era un partido sino un proyecto de partido tratado como tal por grupos partidistas tan mínimos como él. Eso que se acaba de decir está documentado en la primera de las publicaciones del PLD, un folleto de 24 páginas del cual se tiraron 5 mil ejemplares que se venderían a razón de 20 centavos cada uno para recaudar fondos con que pagar la impresión de ese folleto y cubrir algunos gastos, como los de agua y luz de la Casa Nacional.

El folleto aludido se tituló *Posición del PLD ante la situación política Nacional*, y en él aparecía lo que dije el 2 de abril de ese año, a nombre del Comité Político del partido, en la tercera reunión del Comité Central, o por lo menos de algunas partes de ese resumen, les deja a los lectores una idea clarísima de las razones que justifican el abandono del PRD y la creación del PLD, pero al mismo tiempo en ese resumen quedaron pruebas de que el recién nacido PLD no iba a ser un partido caudillista ni cosa parecida, entre esas pruebas están las opiniones de algunos miembros del Comité Central que criticaron en esa

reunión la conducta que yo seguí en el mitin del 17 de marzo, o dicho de otro modo, el que había celebrado el Bloque de la Dignidad Nacional dos semanas antes.

Mi resumen de la tercera reunión del Comité empezó así:

“Voy a referirme a lo que dijo el compañero Norge Botello. El compañero Norge Botello dijo que la línea política que hemos estado siguiendo ha sido buena, pero que el Partido no la ha aplicado con métodos correctos; dijo que estamos reproduciendo al PRD dentro del PLD; que no tenemos el tipo de organización que se necesita para aplicar nuestra línea política. Hay algunos compañeros que más o menos han coincidido con el compañero Botello, y a propósito de esas opiniones quiero comenzar esta exposición contando una conversación que tuve anoche en el seno del Comité Político. El Comité Político se reunió anoche para estudiar la agenda de esta reunión y tomar acuerdos sobre lo que íbamos a decir aquí, y entre otras cosas hablamos de la forma en que iban a hacerse públicas las conclusiones a que llegaríamos. Algunos pensaban que yo debería hablar por radio dando esas conclusiones y otros pensaban que el documento que escribiéramos esa noche debería darse inmediatamente a los periódicos, y yo les decía a los compañeros que esos métodos no eran apropiados para nuestro partido. Mientras estuvimos en el PRD yo le hablaba al pueblo por radio y mucha gente se enteraba de lo que yo decía, probablemente más de un millón de dominicanos oían mis discursos y muchos miles leían esos discursos en los periódicos que los publicaban, pero en realidad yo no le señalaba al pueblo líneas políticas, lo que hacía eran comentarios de tipo político, que es cosa diferente de señalar líneas políticas. Y no señalaba líneas políticas porque no teníamos un partido que pudiera poner en acción esas líneas. Ese partido, el PRD, se quedaba en su casa, satisfecho con lo que yo había dicho, y

sus miembros a lo sumo repetían en las calles y en las oficinas lo que yo había dicho, propagaban mis palabras, pero no las convertían en hechos”.

Se necesitaban militantes

El resumen seguía así: “Aunque nosotros hacíamos esfuerzos para convertirlo en otra cosa, el PRD era un partido populista, uno de esos partidos en los cuales los líderes son dirigidos por el pueblo en vez de ser al revés. Mientras estuvimos en el PRD nosotros no dirigimos al pueblo; al contrario, el pueblo nos dirigía a nosotros. Parecía que nosotros lo dirigíamos y nosotros lo que hacíamos en realidad era decirle al pueblo algunas cosas, pero el pueblo no hacía nada, quienes hacían lo que debía hacerse éramos nosotros”.

Cuatro o cinco minutos después me adelanté a explicar el método que debía seguir el partido para hacer llegar a las masas sus criterios, el mismo método que se le aplicaría un año y cinco meses y medio después a la distribución del periódico que iba a llamarse *Vanguardia del Pueblo*, ése que viene aplicándose con excelentes resultados hace catorce años y ocho meses. Lo que dije entonces fue lo siguiente:

“Por ejemplo, anoche, como les iba diciendo, discutimos lo que iba a hacerse con el documento que saldría de esta reunión, y llegamos a la conclusión de que la manera de comunicarle lo tratado al partido (no al país sino al partido) era a través de un folleto que el partido vendería. La venta del folleto fortalecerá al partido ideológica y orgánicamente; primero, porque los miembros del partido deberán leerlo, estudiarlo, discutirlo entre sí para estar en condiciones de hacerle propaganda entre la gente a quienes irán a vendérselo; y segundo, porque la venta es un trabajo, una actividad que sacará a los miembros del partido de sus casas y los pondrá en contacto con el pueblo y en la medida en que un peledeísta

mantenga contacto con 15, con 20, con 25 personas que no sean miembros del partido pero que pueden convertirse en simpatizantes del partido, en personas que compren nuestras publicaciones y las lean y las discutan, en esa medida ese peledeísta acabará teniendo influencia sobre un círculo de gente; tendrá contacto permanente con ellas, las visitará, y a la hora de movilizar el pueblo podrá sacarlas a las calles, o podrá sacar a una parte de ellas a las calles; es decir, ese peledeísta que comience vendiendo nuestras publicaciones puede y debe acabar siendo un agente del partido ante un grupo determinado de gentes del pueblo a quienes él conocerá, y al mismo tiempo podrá transmitirnos a nosotros lo que esas personas piensen, la forma en que vivan y sus aspiraciones, cosa que nos permitirá conocer bien a qué aspiran, qué desean”.

A seguidas decía: “...estoy de acuerdo en que debemos cambiar los métodos de trabajo; debemos convertir el PLD en un partido de militantes, militantes que muevan a la gente, que estén siempre en contacto con la gente, que extraigan todos los días de esa gente alguna forma de apoyo al partido, sea un apoyo económico (a través de cosas que valen 10 ó 20 centavos como lo han hecho los compañeros del Comité Intermedio José Martí, de Cristo Rey, según nos explicó hace un rato el compañero Taveras) o sea un apoyo político, de tipo moral. Efectivamente, nosotros tenemos que crear nuevos métodos de trabajo porque tenemos que hacer del PLD un partido diferente del PRD. El PLD tiene que ser un partido de militantes, no de simpatizadores; tiene que ser un partido que haga cosas, no que se conforme con oír opiniones. Necesitamos que el PLD sea una fuerza viva; una fuerza que al mismo tiempo actúe sobre el pueblo y se apoye en el pueblo, y de esa manera le llevará al pueblo nuestros planes y nos traerá a nosotros las inquietudes del pueblo”.

...Y con los militantes, métodos de trabajo

En realidad, yo no debía decir que teníamos que crear nuevos métodos de trabajo porque en el PRD no se seguía ningún método de trabajo, es más, ni siquiera sabían los líderes del PRD qué significaban esas cuatro palabras. Yo debí haber hablado de métodos de trabajo, que debían crearse para ser aplicados en el PLD dado que fue precisamente la no aplicación de esos métodos en el PRD lo que me llevó a pensar, cuando vivía en París, en la necesidad de crearlos para transformar al PRD en un partido distinto de lo que era.

La creación y aplicación de métodos de trabajo es una actividad muy importante, de primerísima importancia en todas las organizaciones humanas. Pensando en cómo hacer del PRD un partido distinto de lo que era, sentado en el comedor de la casa que ocupaba en París por gentileza de Héctor Aristy, recordé de súbito que cuando tenía nueve o diez años, estando en misa en la iglesia de mi pueblo me di cuenta de que todos los sacerdotes hacían los mismos gestos, exactamente iguales, cuando se preparaban para dar a los feligreses la comunión y también cuando les ponían en la boca el símbolo del pan, y pensando en cuántos serían los sacerdotes católicos que en todo el mundo harían los mismos movimientos en un mismo día mi imaginación saltó de pronto a la disciplina militar, que era una sola para todos los soldados y oficiales de los países que yo conocía, y me pregunté a mí mismo por qué eso no sucedía en los partidos políticos a pesar de que todos, como todas las organizaciones humanas, tenían o necesitaban tener líderes. El conocimiento de que tanto la Iglesia Católica como los ejércitos tenían siglos de vida me llevó a pensar que los partidos eran relativamente pasajeros porque no aplicaban métodos de trabajo en sus actividades, y de pronto, tal vez una semana, tal vez diez días después me dije a mí mismo que los partidos fascistas de Italia y nazi de Alemania

habían creado y aplicado métodos de trabajo que desaparecieron con ellos cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, pero luego, analizando esos dos casos llegué a la conclusión de que los métodos autoritarios que se habían puesto en vigor en Italia y Alemania no podían sobrevivir a los Estados que nos crearon pero los que se formaran y se aplicaran en el PRD serían perdurables porque serían democráticos.

Curiosamente, el primer método de trabajo que se conoció y se aplicó en el PLD fue creado mientras estábamos en el PRD, y naturalmente no se aplicó en ese partido porque no se creó el método que debía seguirse para convertir un método creado por un miembro del partido en método adoptado por todo el partido. Esto que acabo de decir puede parecerles a muchos lectores una jerigonza (lenguaje complicado y difícil de entender), pero todos los peledéistas saben que no lo es porque el PLD tiene un método de trabajo que se aplica para convertir un método creado por un peledéista en método puesto en ejecución por todo el partido, eso que en el PLD se explica diciendo que “va de lo particular hacia lo general y de lo general vuelve a lo particular”.

El que fue creado y no fue aplicado mientras estábamos en el PRD fue el denominado “unificación de criterios”, que acabó siendo el más aplicado en el PLD, y su inventor, el compañero Manuel Ramón Taveras, le puso ese nombre en el momento mismo en que lo inventaba delante de mí. Se trataba de aplicar un reglamento para estudiar el primer folleto de Estudios Sociales que había escrito yo al comenzar el mes de agosto de 1970, es decir, el que iba a inaugurar los trabajos de los Círculos de Estudios.

XIX

La adopción de métodos de trabajo es una necesidad para toda agrupación humana porque lo que identifica entrañablemente a hombres y mujeres es reconocerse como miembros de un mismo conjunto de personas, y ese reconocimiento es producto de la unidad de pensamiento y acción de los que forman el conjunto, lo mismo si se trata de una institución religiosa que de una militar o política. Cuando al cumplir cualquier tarea dos o tres o cien personas la llevan a cabo hablando el mismo lenguaje y ejecutando los mismos movimientos, todas ellas se reconocen como miembros de una misma organización aunque no se hubieran visto en toda su vida. Los estatutos de un club o de un partido político determinan cómo debe comportarse cada una de las personas que son partes de esos grupos, pero no señalan la forma que se adoptará para poner en práctica ese comportamiento, y aunque a cierta gente le parecerá escandaloso lo que voy a decir, lo que le da sustento a la disciplina de los miembros de una organización no es el cumplimiento de lo que se declara en sus estatutos; es la unidad en la manera de hacer o aplicar las actividades que lleva a cabo su organización, y para lograr esa unidad es indispensable crear métodos de trabajo para cada tarea.

Los políticos dominicanos son tan atrasados como la sociedad en que se han formado y se mueven, su atraso explica que algunos de ellos describan la disciplina de los peledeístas como

el resultado de una tiranía brutal que los mantiene aterrorizados; y para darle sostenimiento a esa mentira le llaman caudillo al presidente del PLD, pero caudillo feroz, de esos que se hacen servir en copas de cristal de bacarat la sangre de los que mandan matar. Ninguno de los dirigentes de esos partidos se dan cuenta de que la disciplina consciente, la que está alimentada por la decisión afirmativa de cada miembro de un conjunto de seres humanos, es la que brota de manera natural de la aplicación de métodos de trabajo iguales para todos los que forman la membresía del conjunto humano que los ha adoptado. Por esa razón, la disciplina de los peledeístas es una fuerza sana, positiva, un poder por sí sola, como no se había conocido en la República Dominicana fuera de las comunidades religiosas y de la escuela hostosiana, destruida de mala manera por la dictadura de Trujillo.

He insistido en el tema de los métodos de trabajo para que el lector se dé cuenta de que a los tres meses y medio de haber sido fundado el PLD no era todavía un partido sino un proyecto de partido que carecía de un plan orgánico sobre el cual formarse y desarrollarse, pero que aun así era ya, por lo menos en intención, diferente del PRD. En el PRD nadie pensó en la necesidad de crear métodos de trabajo elaborados y aplicados para asegurar la unidad de su membresía, y eso, que la vida de ese partido era larga, tan larga que en 1974 cumpliría 35 años. Tampoco había en el PRD conciencia de cuál era la composición social de las masas dominicanas, y había que evitar que esa ignorancia se reprodujera en el PLD; por eso en la larga intervención que fue mi discurso del 2 de abril de 1974 les expliqué a los compañeros que participaron en la tercera reunión del Comité Central del PLD que la población dominicana era mayormente pequeñoburguesa, y que esa enorme abundancia de pequeños burgueses se debía "al escaso desarrollo nacional, porque cuando en un país clasista (y sólo hay

países clasistas en el sistema capitalista) no hay desarrollo, suficiente desarrollo, lo que más abunda es la pequeña burguesía, especialmente en sus estratos más bajos...”.

Un partido capaz, organizado, efectivo

Ese argumento fue ampliado con la explicación siguiente:

“La baja pequeña burguesía nuestra, que no tiene oficio, que no tiene destino, que no tiene trabajo, no encuentra qué hacer y se va a Nueva York (porque a Nueva York no van a vivir los capitalistas ni los oligarcas y ni siquiera los proletarios) en busca de medios de vida; esa pequeña burguesía se mete en los partidos porque en ellos encuentra una salida para su vida sin horizontes. Es natural que en un país capitalista de escaso e insuficiente desarrollo capitalista, la política se convierta en un negocio más, un negocio para pequeños burgueses, que son los que montan ventorrillos políticos o pasan a dirigir la mayoría de los partidos”.

En esa reunión del Comité Central peledéista varios compañeros se refirieron, condenándola, a mi decisión de salir sin hablar del mitin del 17 de marzo (1974); de ellos, el compañero Norge Botello fue el que más criticó mi comportamiento, y a él me referí diciendo: “El compañero Botello dijo que él creía que si en ese mitin hubiera habido 80 ó 100 mil personas yo no me habría retirado”, y al responderle dije lo siguiente:

“En la vida política de un país tan escasamente desarrollado como éste hay momentos en que debe hacerse lo que hice el día 17 de marzo y hasta cosas peores. Sé que hay gente que se ha desalentado con esa actitud mía, pero eso no tiene que preocuparnos más de la cuenta. El desaliento es natural en una sociedad predominantemente pequeñoburguesa como es la nuestra. ¿Qué esperaba de mí ese día la gente que se desalentó porque me fui del mitin sin hablar? Sin duda esperaba que yo

le presentara una salida al problema nacional y entre los que estaban allí debía haber varios que necesitaban que le presentaran esa salida porque esa salida iba a ser no sólo la del país sino también, y sobre todo, la de ellos, la de cada uno de ellos; la salida de la situación de angustia y miseria en que se hallan. Esperaban que yo iba a ofrecerles la solución de sus problemas; que yo iba a dar en ese mitin la fórmula mágica que les permitiría vivir mejor. Y resulta que los que esperaban eso de mí son personas políticamente atrasadas. Pequeña burguesía sin horizonte en la vida, que no tiene posibilidad de trabajar porque no van a hacerlo como proletarios y al mismo tiempo les es difícil hacer una profesión en un país donde sólo hay una universidad pública, y en esa universidad pública hay 23 mil estudiantes y ya no queda lugar para otros”.

Esas palabras fueron rematadas con éstas:

“Hablemos con franqueza, compañeros: Esa no es la gente que debe preocuparnos; ésa no es la gente que necesita el PLD. No nos dejemos engañar por la falsa popularidad. Lo que tenemos que hacer es un partido menos popular, pero más efectivo; más capaz, mejor organizado, que tenga mejores métodos de trabajo. Solamente un partido así puede sacar el país de la situación en que está. Si el PRD hubiera sido un partido así habríamos podido hacer muchas cosas, pero el PRD no era ese partido. En el PRD nosotros éramos una minoría, una minoría capaz de ir muy lejos, pero con el riesgo de que el resto del partido nos dejara solos, como podemos verlo hoy con claridad”.

Comienzos de la Conferencia Salvador Allende

Ya estaba a punto de terminar mi discurso y lo hice diciendo que “junto con el fortalecimiento de la organización sobre la base de la educación y de las tareas prácticas de cada día debemos comenzar a aplicar inmediatamente, sin pérdida de

tiempo, nuevos métodos de trabajo que conviertan al PLD en poco tiempo (no en cinco años como dijo alguno de los compañeros, sino en poco tiempo, en meses nada más) en un partido realmente militante, que es lo que tiene que ser el PLD; porque si no es con militancia (militancia permanente, de ese tipo de militancia que se ejerce no solamente durante todo el día sino con la cual se sueña en la noche, cuando se está durmiendo), nuestro partido no va a lograr ni en cinco ni en veinte ni en cincuenta años lo que se propone hacer, que es la liberación nacional”.

Naturalmente, yo exageré cuando dije que el PLD podía quedar convertido en un partido de militantes en poco tiempo, en unos meses, pero lo hice para dejar en la mente de los miembros del Comité Central la preocupación de que todos ellos debían trabajar para convertir rápidamente al partido en lo opuesto de lo que era el PRD.

Un mes y diez días después de haber celebrado la reunión del Comité Central en la cual se trató lo que se ha dicho en este trabajo se llevó a cabo la conferencia Salvador Allende, convocada para echar las bases de la organización que debía darse el PLD. Esa conferencia debe ser considerada, en la historia del partido, la de su verdadera fundación, porque fue en ella donde los miembros del Comité Central, de los cuales eran parte los que formábamos el Comité Político, establecieron cuáles debían ser las bases políticas y orgánicas del partido; digamos, que en esa conferencia se elaboró lo que en un Estado es la Constitución. La historia de la conferencia Salvador Allende figura en una publicación de 60 páginas de texto nutrido en la cual se recoge el resumen de todo lo que se dijo en ella expuesto por mí pero con mención específica de lo que propusieron los compañeros que participaron en ella, todos los cuales deben ser considerados como los fundadores del PLD.

He aquí un ejemplo de lo que estoy diciendo. Diómedes Mercedes hizo una lista de proposiciones entre las cuales estaba la marcada con la letra m en la cual proponía “Que el Departamento de Finanzas sea responsable de elaborar un plan financiero que a corto plazo permita al Comité Central satisfacer sus necesidades de trabajo y dar a cada dirigente o activista en forma estable lo que justamente necesite para satisfacer sus necesidades de modo tal que pueda ofrecer a la causa todo su tiempo y esfuerzo sin preocupaciones”, y a eso agregaba yo: “...quiero ampliar la proposición del compañero Diómedes diciendo que nosotros debemos fijarnos como meta, e incluso fijar el tiempo en el cual debemos de alcanzar esa meta, el principio siguiente: que a los compañeros del partido que están trabajando constantemente para el partido se les proporcionen medios iguales a los que gana un obrero no calificado en un mes, porque la verdad es que aunque nosotros establecimos salarios para los activistas del PRD a partir del año 1970, y lo fuimos extendiendo poco a poco en número hasta que eso llegó a cubrir las necesidades de 60 compañeros del partido, cuando establecimos por primera vez, digo, un salario para los compañeros que trabajan para el partido, ese salario era demasiado mínimo, era un salario simbólico que les servía para saber que podía comer un plátano y sus hijos podían tomar leche, pero no para sostenerse, y mucho menos les sirve hoy con el encarecimiento de la vida”.

XX

Dos meses y veintiún días antes de que se iniciara la Conferencia Salvador Allende, o, para decirlo con lujo de detalles, el 20 de febrero de 1974, hablando por radio, expliqué que el Dr. José Francisco Peña Gómez me había enviado una comisión de líderes del PRD a los que les encomendó la tarea de conseguir que yo me reintegrara a ese partido, y copio letra por letra lo que dije en esa ocasión, que fue lo siguiente:

“¿A quién se le podía ocurrir que (los renunciantes, no yo solo) íbamos a volver al PRD después de haber renunciado de él ante el país y después de haber dicho ante la prensa que en ese momento pasábamos a formar otro partido, el Partido de la Liberación Dominicana?” A seguidas expliqué que “eso de enviar una comisión a verme fue un paso absolutamente innecesario de parte de los que nombraron la comisión, un paso dado sólo para cubrir las apariencias ante el pueblo. ¿A quién podía ocurrírsele que yo iba a volver atrás?”

“No podíamos volver atrás ni yo ni los ex miembros de la Comisión Permanente (del PRD) porque el paso que dimos al renunciar del PRD para fundar el PLD no fue improvisado, no se debió a un movimiento irracional, sentimental; fue un paso necesario así como es necesario cambiarle la ropa que se le va quedando chiquita a un muchacho que está creciendo. El PRD se había vuelto para nosotros un traje chiquito; chiquito, no por el número de sus miembros sino por las ideas de sus

dirigentes, que eran ideas atrasadas, ideas buenas para lo que era este país en el 1961, cuando mataron a Trujillo, pero que no le sirven hoy (febrero de 1974); que eran ideas apropiadas para el Partido Reformista, para el Dr. Balaguer y sus seguidores, pero no para un partido que crea en la necesidad de luchar por la liberación nacional”.

A lo dicho seguían explicaciones como ésta: “En el PRD hay varias clases y capas sociales; hay representantes de la burguesía, aunque ésta sea todavía muy débil..., hay trabajadores, aunque no tengan conciencia... de clase; hay campesinos, y hay muchos pequeños burgueses que proceden de todas las capas de la pequeña burguesía. El partido en sí, es decir, la organización perredeísta, está compuesto por diez, doce o quince mil personas, y había un número indeterminado, pero muy alto, de varios cientos de miles de dominicanos, que simpatizaban con el PRD, pero no eran miembros del PRD. Esa masa está compuesta por gente de todas las clases y capas, pero sobre todo por las capas que juntas forman eso que llamamos pueblo, el pueblo. Nadie debe engañarse a la hora de pensar políticamente sobre la posición de esa gran masa, pues ella misma, que se decía simpatizante del PRD, no sabía ni tal vez sepa todavía que lo mismo que simpatizaba con el PRD puede simpatizar con cualquier otro partido...”

Seguía yo diciendo:

“Cuando el Dr. Peña Gómez habla de la militancia del PRD se refiere a esa masa porque él cree que los simpatizantes de un partido son militantes, y no es así; los militantes de un partido... son los que le dedican todo su tiempo, los que viven trabajando para ese partido; y la masa no hace eso, la masa no milita. La masa simpatiza y demuestra su simpatía yendo a un mitin o vota por el partido de sus simpatías...”.

Líder, doctrina y organización

A esas palabras agregué las siguientes:

“...en vez de dirigir a la masa, el partido que quiera tener a la masa de parte suya deberá conformarse con ser dirigido por la masa, o lo que es lo mismo, tendrá que hacer siempre lo que le gusta a la masa”, y poco después agregaba: “...lo que sucede en realidad en relación con los partidos y la masa de un país como el nuestro, o como cualquiera de los países que se parecen al nuestro, es que la masa dirige al partido y no éste a la masa, aunque los líderes como el doctor Peña Gómez crean lo contrario. Así pues, el partido tiene que actuar según le conviene a la masa, y en la masa hay una gran parte que espera recibir, no dar; una parte que sólo da en los momentos críticos de la historia, como en una revolución, pero que fuera de esos grandes momentos críticos no actúa o actúa si no le cuesta muchos sacrificios”.

Menos de tres meses después de haber dicho eso, al hacer el resumen de los diferentes temas tratados en la Conferencia Salvador Allende, tuve que referirme al papel que juega la ideología en un partido político, y lo hice diciendo:

“Nuestro compañero Amiro (Cordero) dijo que la ideología de los hombres es la que digan sus actividades diarias, y efectivamente es así. El hombre vive tal como piensa, y para juzgar esto de una manera correcta no debemos referirnos al hombre aislado y mucho menos aislado en esta sociedad tan compleja, porque en esta sociedad nuestra hay una cantidad grande de restos de las demás sociedades, de las sociedades que ha habido, de formaciones ocultas que son como piedras en los riñones de la sociedad actual, y muy especialmente de la sociedad dominicana; sino que tenemos que ver esto, es decir, la legitimidad de estas declaraciones refiriéndonos a sociedades conocidas. ¿Cuál era la ideología del hombre en el Medioevo...? ¿Cómo se manifestaba esa ideología? Se manifestaba por

lo religioso. No había posición política; había posiciones religiosas. Todo el mundo en el Medioevo creía en Dios y creía en las Tres Divinas Personas... En el Medioevo la ideología era la religión y nadie escapaba a eso, absolutamente nadie... la existencia de la religión como sustancia ideológica se prolongó aun en el terreno histórico de la burguesía, en los primeros 300 años de gobiernos de la burguesía. La revolución holandesa, que es la primera revolución que hace la burguesía contra el sistema feudal, es una revolución que se hace a nombre del protestantismo contra el catolicismo español. España, como ustedes recuerdan, gobernaba en Flandes, es decir, en lo que hoy son Holanda y Bélgica. La revolución inglesa, que es la segunda revolución burguesa (la holandesa se hizo en el siglo XVI, la revolución inglesa se hace en el siglo XVII, se hace de 1640 a 1680) se hace también sobre la base ideológica de lo religioso. En los dos casos quien hacía la revolución... es la burguesía comercial aliada a la manufacturera y a los terratenientes y apoyada por los trabajadores y los campesinos”.

Del análisis de la ideología que debe tener un partido político pasé a decir:

“...Es muy importante que se sepa, compañeros, que no puede haber partido en ningún país sin un líder nacional que imponga respeto; eso es una ley de la actividad política; así como no puede haber partido, realmente partido, sin una doctrina, sin ideología y sin organización. Esas tres condiciones son absolutamente indispensables para que haya un partido verdadero: líder nacional, doctrina y organización”.

Un partido distinto del PRD

El lector sabe, porque lo he dicho varias veces, que aunque se haya dicho que un grupo de dirigentes del PRD decidió fundar el PLD y lo declaró fundado el 15 de diciembre de 1973, la verdad es que el PLD nació en la Conferencia Salvador

Allende en tanto partido totalmente nuevo en la historia del país. En esa conferencia el compañero Abel Abréu pidió que se estableciera la crítica y la autocrítica en la vida del partido, a lo que respondí diciendo que “junto con el centralismo democrático... la crítica y la autocrítica es básica para nosotros; es más, no se concibe que establezcamos el centralismo democrático y que dejemos a un lado la crítica y la autocrítica como parte del método de trabajo”, y como el mismo compañero Abel había propuesto que se fomentara el hombre con conciencia peledista y que el Comité Político recibiera las sugerencias de todos los comités del partido sobre métodos de trabajo y las estructuras orgánicas, mi opinión fue que “no debe ser así sino que el Comité Político debe enviar la documentación referente (a la Conferencia Salvador Allende) a todo el partido, a todos los organismos del partido, incluyendo los círculos de estudios, para que todo el mundo opine sobre estas cosas”, y terminé diciendo: “Nosotros no sabemos dónde está en el partido escondida la cabeza que va a dar la idea genial que va a resolver este problema, porque esos son los casos que se dan, los casos de la conciencia colectiva y la mentalidad colectiva. Los organismos que son representación del pueblo saben mucho más que los hombres aislados”.

El compañero César López opinó que las estructuras orgánicas del PLD debían ser diferentes a las del PRD, y afirmó esas palabras con estas otras: “El pueblo necesita cambios, y esos cambios no se harán con estructuras débiles; se harán con una estructura férrea y con compañeros bien armados ideológicamente”, más aún, afirmó que “El PLD tiene que ser un partido totalmente diferente al PRD”; a todo lo cual respondí yo diciendo:

“¿Cuántos miembros de comités del PRD no trabajan? Eran siempre la mayoría; la mayoría no trabajaba. ...Cuando llegue la hora de afiliar miembros, nosotros no podemos aceptar en

el partido a los que no sean militantes... Cuando abramos las afiliaciones entonces es cuando vamos a ver cuáles son los miembros del Comité Central y los miembros del Comité Político y los miembros del Comité del Distrito y los miembros de todos los comités que no pueden ser afiliados al partido... Es decir, miembro del partido no puede serlo cualquiera, ni que lo pida de rodillas. Miembro del partido debe ser solamente el que demuestre su capacidad militando, entrando por un círculo de estudio y sirviendo en el partido. Y de los que estamos ahora, deberán ser miembros los que hayan demostrado su capacidad de militantes, los otros no. Vale más tener pocos compañeros que militen que muchos que no lo hagan”.

Si el lector toma en cuenta las referencias hechas a los requisitos que debían llenar los aspirantes a miembros del PLD cuando se decidiera iniciar las afiliaciones al nuevo partido, se dará cuenta de que en realidad, aunque a la altura de los primeros días del mes de mayo de 1974 estábamos a 5 meses del 15 de diciembre de 1973, en esos cinco meses el PLD no había afiliado a nuevos miembros. Lo que había hecho el PLD en esos meses había sido echar las bases para crear un partido totalmente distinto del PRD.

XXI

El propósito de convertir el PLD en un partido de militantes imponía la necesidad de que esos militantes llevaran a cabo sus actividades partidistas siguiendo en cada una de ellas maneras propias de actuar, lo que requería que a la hora de ejecutar una tarea el peledista que la cumplía en Santiago la hacía exactamente igual que el que la realizaba en Barahona o en Higüey. Para hacer posible esa identidad en la forma de llevar a cabo un trabajo del partido era necesario establecer métodos de trabajo, y en la Conferencia Salvador Allende dije que cuando estuvimos en el PRD no habíamos adoptado ningún método de trabajo y aclaré que “Un método de trabajo corresponde, necesariamente, a todo un sistema de ideas aunque la persona que realiza el trabajo no se dé cuenta de ello. Por ejemplo, el método de trabajo artesanal corresponde a las ideas propias de la sociedad que produjo el arquetipo del artesano, que fue la sociedad feudal urbana”. A seguidas aclaré que hubo artesanos en Grecia y en Roma antes del feudalismo y que los hay ahora, en los tiempos del capitalismo, pero que “El artesano medieval vivía en medio de la sociedad medieval como el pez en el agua porque trabajaba con métodos apropiados a esa sociedad, apropiados a la manera de pensar y de sentir de esa sociedad. Esa sociedad creía en un orden humano y religioso establecido rígidamente, un orden social al cual correspondían los sentimientos y las ideas de su época”, pero a seguidas aclaraba lo dicho

explicando que “El artesano de hoy es otra cosa, pues ni trabaja ni siente ni piensa como el artesano medieval debido a que ya no existe la sociedad medieval, y si no existe la sociedad medieval nadie puede sentir, pensar ni actuar como se pensaba, se sentía y se actuaba en la sociedad medieval”.

A partir de esas palabras pasaba a exponer mi criterio de lo que debían ser los métodos de trabajo del PLD y lo decía de la siguiente manera:

“Nuestra sociedad no es capitalista sobredesarrollada y ni siquiera desarrollada; es una sociedad que tiene poco tiempo dentro del sistema capitalista en su etapa industrial, pero es una sociedad en evolución que está dejando atrás los tiempos del trabajo individual propio del artesano, por lo menos en aquellas actividades que están entrando en la vía del capitalismo industrial. Nuestro método de trabajo debe corresponder al tipo de sociedad en que estamos viviendo; no debe ser ni más atrasado ni más avanzado que nuestra sociedad porque si lo fuera el medio lo rechazaría; es más, si fuera más avanzado que el nivel de nuestra sociedad no tendríamos gente en el país con quienes aplicarlos, porque ¿de dónde saldrían los dominicanos que lo pondrían en ejecución? Los dominicanos son dominicanos, unos iguales a los otros, aunque haya diferencias particulares. Pero nuestro método de trabajo debe corresponder también a las aspiraciones del partido, a lo que sienten y piensan los hombres y las mujeres del PLD, que no es lo mismo que lo que piensan los hombres y las mujeres del PRD o de los partidos populares”.

A esas palabras seguían éstas:

“Para cumplir esas dos condiciones a las que acabo de referirme se necesita que el método de trabajo del partido sea a la vez colectivo o de grupo, esto es, combinado, discutido, aprobado y llevado a cabo por organismos del partido, no por una sola persona, y al mismo tiempo siguiendo un proceso que corresponda a la ley fundamental de los cambios revolucionarios”.

La propuesta de un método de trabajo

A partir de lo que ha quedado dicho en estas páginas, o para ser más preciso, en los tres párrafos anteriores, pasé a explicar en forma detallada la manera de aplicar lo que estaba proponiendo. La explicación fue la siguiente:

“Todo lo que acabo de decir lo resumo en estas palabras: El partido debe adoptar el método de trabajo en equipo o de grupo y debe idear o planear sus tareas y llevarlas a cabo siguiendo en todos los casos el principio de partir de lo particular hacia lo general y de que lo general sea enviado de nuevo a lo particular para que el o los acuerdos tomados con sentido general sean aplicados en cada caso concreto o particular con medidas concretas o particulares. Esas palabras quieren decir que la idea de hacer una cosa cualquiera no debe salir de la cabeza de un miembro del partido para convertirse inmediatamente en hecho o en realidad, sino que debe salir de la cabeza de un compañero y pasar a ser discutida por el organismo del partido al que pertenece ese compañero, y ese organismo (digamos, por ejemplo, el Comité de Base o Intermedio o el Comité Central) vería esa idea, o mejor dicho, la estudiaría, desde el punto de vista de la experiencia y el conocimiento de un organismo que representa un núcleo o parte del partido, o lo que es lo mismo, vería la proposición desde el punto de vista de un sector particular del PLD, y si se trata de una idea que tenga importancia política más amplia que la que le corresponde a ese organismo superior o a varios organismos superiores para ser discutida en los niveles que le correspondan, por ejemplo, en el nivel municipal, en el provincial o en el nacional, y esa idea, una vez discutida y aprobada o ampliada en el nivel que le corresponda, pasaría a ser puesta en práctica tomando en cuenta las características particulares del lugar, del organismo o del caso donde va a ser aplicada”.

A lo dicho agregaba yo lo que sigue:

“Siguiendo ese método de trabajo el partido mejoraría y aprovecharía para su avance político y para beneficio del pueblo todas las ideas que se les ocurrieran a todos sus miembros, con lo cual se estimularía la capacidad creadora de cada uno de ellos, pero al mismo tiempo se desarrollaría la capacidad crítica y de análisis de todos los miembros, porque todos tendrían que enjuiciar las ideas de sus compañeros, y a la vez se desarrollaría la capacidad de todos ellos para poner en práctica en el seno del pueblo las ideas aprobadas. Con todo eso que acabo de decir se obtendría como resultado una cosecha de mentalidades independientes y hombres y mujeres con dotes ejecutivas, o lo que es lo mismo, el partido acabaría siendo un partido de líderes de todos los niveles, todos ellos dedicados a una gran tarea conjunta en la cual cada quien trabajaría en la parte que le tocara usando sus mejores facultades personales para llevar esa parte a su fin sin estorbar o perjudicar los fines del partido”.

“Con el método que propongo, compañeros, se tomaría cada caso que llamara la atención de un miembro o de un grupo de miembros del partido (y naturalmente, llamaría la atención como caso particular), y se llevaría a un organismo que lo trataría y lo discutiría, pero ya como caso general; general (fíjense bien) para todo un barrio o un municipio o lo que sea, y al tratarlo y discutirlo como caso general, al tomar un acuerdo sobre la manera de resolver ese caso, quedarían establecidas las formas de aplicación del acuerdo en el sentido particular, es decir, su aplicación en cada barrio, en cada municipio o en cada región del país”.

La idea de hacer un periódico

Al llegar al punto de explicar cómo se pondría en práctica el método que estaba proponiéndoles a los representantes del partido que integraban la Conferencia Salvador Allende, lo dije así:

“No es lo mismo hacer una cosa en Bonaó que en Santiago o que en la Capital. Por ejemplo, anunciar un acto del partido que vamos a realizar en la Capital requiere el uso de una cantidad de gente y de pasquines o afiches y de vehículos, de medios de comunicación para ir de un barrio de la ciudad a otro lejano, pero en Bonaó la tarea queda cumplida con 50 personas; los compañeros de Bonaó pueden trabajar a pie porque no necesitan automóviles para recorrer todo Bonaó. Con esta explicación quiero decir que a la hora de aplicar un plan que puede ser general porque debe ponerse en ejecución en toda la República, tenemos que tomar medidas especiales, es decir, particulares, en cada lugar donde vaya ha ser aplicado. El plan es general, y sin embargo se aplica mediante medidas particulares, porque unas se adaptan a la Capital y otras a Bonaó; unas se ajustan a Navarrete y otras a Santiago”.

Ya había llegado el momento apropiado para explicar cómo debería aplicarse una propuesta para que pasara del nivel de lo general al de lo particular, y lo hice poniendo un ejemplo destinado a ser comprendido por todos los presentes. El ejemplo fue éste:

“El compañero Enrique Mata dijo en esta conferencia que el partido necesita un periódico. El compañero Enrique Mata ha debido proponerle esa idea a su organismo, que es la Comisión Ejecutiva de Villa Riva, pero ni la Comisión Ejecutiva ni el comité Municipal de Villa Riva pueden disponer la publicación de un periódico del partido porque un periódico del partido no puede hacerse en Villa Riva debido a que en Villa Riva no hay los elementos que se necesitan para hacer un periódico del partido. De manera que lo que tienen que hacer esos dos organismos es lo siguiente: la comisión Ejecutiva, llevar el problema al seno del Comité Municipal, y éste, llevarlo más allá hasta que llegue al Comité Político y del Comité Político pase al Comité Central. El Comité Central

estudiará la idea o la pasará al Comité Político o una comisión para que al fin la propuesta de hacer un periódico sea estudiada desde un punto de vista nacional; es decir, de lo particular la idea es pasada a lo general. Y si se decide publicar el periódico, éste se publicará y será distribuido entre los Comités Municipales del país para su venta, y los Comités Municipales lo entregarán a los Comités de Base y a los núcleos de trabajo y los círculos de estudio, y cada uno de esos organismos establecerá y pondrá en práctica su manera particular de vender el periódico de acuerdo con las características de cada lugar. Como ustedes pueden ver, la idea va de lo particular a lo general y de lo general a lo particular vuelve en otra forma, pues de lo particular llegó a lo general como la idea de hacer un periódico, y de lo general vuelve a lo particular como un periódico hecho que tiene que ser vendido, porque todas las cosas se transforman, compañeros; hay un proceso de transformación constante en todas las cosas; lo que va de lo particular a lo general es una cosa, no solamente en el caso del periódico sino en todos los casos, y lo que vuelve de lo general a lo particular es otra cosa... es la idea del periódico convertida en periódico, y lo que en Villa Riva fue una idea vuelve a Villa Riva para provocar la formación de una organización del partido dedicada a vender la idea de hacer un periódico convertida ya en periódico”.

XXII

Al comenzar este vigésimo segundo capítulo de la serie destinada a hacer la historia del PLD me detendré unos minutos a llamar la atención del lector hacia el hecho de que lo que estoy diciendo acerca de la necesidad de crear un método de trabajo que se aplicara en todas las actividades del PLD da la medida de la importancia que tuvo para nuestro partido la Conferencia Salvador Allende, pues el acuerdo que se tomó en lo que se refiere a la creación y la aplicación del método de trabajo que debía adoptar el partido iba a ser de importancia capital en la vida del PLD. Su aprobación fue no sólo el acta de nacimiento del partido sino además la razón de ser de su rica vida interior, ésa que lo mantiene viviendo día a día gracias al trabajo de todos sus miembros, un trabajo creador, alegre y fecundo, algo que no se conocía en la historia de la política dominicana. Lo que se ha dicho en este párrafo explica la afirmación de que, aunque desde el punto de vista estrictamente objetivo se diga que el PLD quedó fundado el 15 de diciembre de 1973, lo cierto es que fue la Conferencia Salvador Allende la que alimentó las raíces de nuestro partido.

Dicho lo que acaba de leer el lector paso a copiar de nuevo lo que figura en el folleto dedicado a mi intervención en la mencionada conferencia. Así, en la página 53 se leen las palabras que siguen:

“Como ustedes ven, el caso del periódico recorrerá todo el circuito que va de lo particular a lo general y de lo general a lo particular, dejando en su camino en libertad de actuación (dentro del interés del partido en tener y hacer circular un periódico) a todos los que le dediquen al periódico del partido su atención, su interés y su tiempo, desde el compañero Enrique Mata que tuvo la idea de que se hiciera hasta los que escriban para él o lo vendan en las ciudades y en los campos; todos ellos estarán en libertad de hacer cosas dentro de ese concepto general de ir de lo particular a lo general y de lo general a lo particular; es decir, él (el periódico) recibirá una noticia, la de que no hay agua en un sector del Norte de la Capital, y esa noticia particular él la convertirá, al publicarla, en un problema de interés general, de interés para todos los dominicanos que no tienen agua de acueducto, no solamente para el interés de la gente de ese barrio, y la devolverá convertida en noticia a todos los dominicanos que no tienen agua o que se interesan en el problema de la falta de agua”.

Tras esas líneas pasé a explicar cómo operaría el método de trabajo peledista, y lo dije de la siguiente manera:

“El método de trabajo que propongo a esta conferencia ha sido concebido o pensado para ser aplicado en todos los organismos del partido y en todas las circunstancias que se le presenten. Pero así como este método reclama que en todas las tareas del partido se pase de lo particular a lo general y de lo general se vuelva a lo particular, así mismo debe actuarse en sentido opuesto con las experiencias de los trabajos que se realicen. Esas experiencias deben trasladarse a todos los organismos del partido yendo de lo particular a lo general con el propósito de llegar a la unificación de los métodos particulares de hacer las cosas que hayan demostrado ser las mejores desde todos los puntos de vista; es decir, si

los compañeros de Bonaó nos demuestran que ellos ejecutaron de una manera buena la tarea de poner los pasquines o afiches porque formaron un equipo de compañeros que salieron a las dos de la mañana, cuando no hay nadie en las calles... y en cinco minutos pegaron todos los pasquines (porque unos pasaban y pegaban el almidón en las paredes y otros iban detrás y pegaban el cartel sobre ese almidón)... ese método debemos aplicarlo en todas las ciudades que se parezcan a Bonaó”.

El periódico del Partido

Ahora hemos llegado al punto que se refería, en mi intervención-resumen de la Conferencia Salvador Allende, a las estructuras orgánicas del PLD, pero dado que se ha dedicado mucho espacio a la propuesta de elaboración de un periódico del partido que había hecho Enrique Mata, y dado además al hecho de que ese periódico empezó a salir con el nombre de *Vanguardia del Pueblo* apenas tres meses después del día en que terminó la conferencia, parece lógico que se le dedique atención a la historia del vocero del partido que ha jugado un papel de mucha importancia en la vida del PLD.

Para iniciar la salida del periódico se necesitaba dinero y de conseguirlo se ocuparon los compañeros Felucho Jiménez, Carlos Armando Hernández y Franklin Almeyda que recaudaron, entre amigos, cerca de 2 mil pesos, equivalentes a unos 10 mil de los de 1989; pero ese dinero no se usó de inmediato; lo que se hizo tan pronto se contó con él fue crear algo así como un curso de formación de periodistas formado con miembros del partido como alumnos y con algunos amigos como profesores. Entre los últimos estaba Félix Servio Ducoudray que en esos tiempos no era todavía miembro del PLD. A mí me tocó explicar la historia del arte de la impresión desde que

Johan Gutenberg inventó la imprenta a mediados del siglo XV (15), su evolución hasta nuestros días y además la necesidad de aprender a escribir artículos o informaciones en un espacio determinado, o dicho de otro modo, en un número dado de palabras, lo que dicho en otra forma equivalía a poner en práctica en la actividad periodística que iba a iniciarse en el partido los principios que regían la aplicación de los métodos de trabajo del PLD.

Vanguardia del Pueblo inició su vida como periódico quincenal cuyo primer número salió en la quincena del 1 al 15 de agosto de 1974; a partir del número 44, empezando con el 45, pasó a salir cada diez días, y en el 75 inició la etapa de semanario que ha conservado sin haber dejado de salir el día señalado ni una sola vez a pesar de que ha habido que hacerlo en cuatro imprentas, la primera de ellas en la del diario *El Nacional*, la segunda en la de *El Sol*; la tercera en la de *La Noticia* y la cuarta en la editora Alfa y Omega.

A lo largo de sus casi quince años *Vanguardia del Pueblo* ha tenido varios directores pero para hacerlo se ha seguido el mismo método de trabajo que se creó desde sus inicios, naturalmente, con las modificaciones que ha demandado su expansión, de la cual hablan los números siguientes: en sus inicios, la tirada fue de 8 mil ejemplares y su venta estuvo por debajo de esa cantidad; ahora la venta es de 60 mil, pero la diferencia en el número de ejemplares vendidos no significa que se haya cambiado el método de venta en ninguno de sus aspectos. El primero de ellos es que la venta la hace el partido, no ninguna agencia que se vale de canillitas para darles salida a los diarios comerciales, método que dejó de usarse sólo dos veces, cuando tituló sus ediciones con el nombre de Album de la corrupción y Segundo álbum de la corrupción, y en esas ocasiones tuvo las ventas más grandes que ha conocido la historia del periodismo dominicano.

La unidad peledéista

¿Por qué la dirección del partido no siguió vendiendo *Vanguardia del Pueblo* como lo hizo en las dos ocasiones mencionadas? ¿No habría significado eso más difusión de las ideas y el nombre del PLD así como más ingresos de fondos producidos por el aumento de número de ejemplares vendidos?

No siguió haciéndolo porque los fines que se había propuesto el partido cuando decidió publicar un periódico eran políticos, no económicos, y mucho menos caer en hábitos que condujeran al partido a un terreno propio de empresarios comerciales. El PLD es un partido, no un negocio, y *Vanguardia del Pueblo* fue fundado con propósitos partidistas, para informar, formar y organizar en el partido a sus lectores. Lo que significa informar lo dice esa palabra; esto es, al lector de *Vanguardia* se le proporcionan informaciones de tipo político; en cuanto al vocablo formar, su significado es darle formación política al lector, propósito al cual se dedican los artículos de tipo político firmados por sus autores, y el verbo organizar está usado de tal forma que una persona que no sea peledéista (en el sentido de miembro del PLD, no porque simpatice con nuestro partido) no puede conocer su significado, pero lo comprenderá cuando sepa que en el PLD hay varios tipos de organismos, y el primero de ellos en orden jerárquico es el círculo de estudios que está compuesto por lo que podría ser calificado de primer nivel de formación de miembros del partido, y aunque hay numerosos peledéistas que desde hace tiempo tienen la categoría de miembros que además de sus trabajos partidistas desempeñan el de distribuir *Vanguardia del Pueblo* entre peledéistas y simpatizantes del PLD, la mayor cantidad de distribuidores está compuesta por circulistas, y uno de los trabajos del circulista es el de localizar compradores del vocero del partido a los cuales deberá convencer de que además de leer el periódico deberán comprar boletos de las rifas que el

PLD hace a razón de dos por año, y por último tendrá a su cargo convertir a sus lectores en cotizantes, palabra con la que se designan las personas que mes por mes le dan al partido una contribución en dinero que sea adecuada a sus posibilidades económicas.

Antes de seguir explicando en otros aspectos cómo fue organizándose el PLD en forma totalmente diferente de lo que fue el PRD considero necesario aclarar en la mente del lector las dudas que le haya producido lo que he dicho acerca del método de trabajo que adoptó el partido; y lo primero que debo decirle es que ese método de trabajo generó muchos métodos, uno por cada actividad que inventaron los peledéistas, y en todos los casos, esos métodos de trabajo que podrían ser calificados de secundarios acabaron haciendo de cada miembro del partido un modelo político que multiplicado por todos los peledéistas produjo la poderosa, la incomparable unidad del PLD, algo que no se había conocido en la historia política de nuestro país, pero tampoco en países semejantes al nuestro en su nivel de desarrollo económico, social y cultural.

En alguno de los capítulos de este trabajo quedó dicho que lo que le toca hacer a un miembro del PLD en Santiago se hace exactamente igual en Barahona, pero debo decir que la semejanza en el cumplimiento de las tareas políticas produce igualdad en el uso del lenguaje, y los que hablan con las mismas palabras piensan con las mismas ideas.

XXIII

Antes de pasar a explicar de manera detallada cómo funciona eso de “ir de lo particular a lo general para volver de lo general a lo particular” debo llamar la atención del lector hacia una característica de *Vanguardia del Pueblo* en la cual es posible que muchos de ellos no se hayan fijado. Me refiero al hecho de que en el semanario del PLD no hay pases a otra página de lo que se va leyendo, lo cual le economiza al lector tiempo y molestias porque a menudo los lectores de los periódicos comerciales comienzan a leer algo que les interesa y tienen que pasar a tal o cual página para enterarse de lo que se les ha empezado a decir, y una vez terminada la lectura de ese tema deben volver a la primera página para leer otra información que se les anuncia con un título atractivo, pero también esa pasa a una de las páginas interiores, hecho que con frecuencia se repite varias veces y no siempre con agrado del lector, sobre todo cuando éste tiene que ocupar su tiempo en tratamiento o solución de problemas que hay que solucionar rápidamente. En *Vanguardia del Pueblo* no hay pases a otra página de lo que se va leyendo porque todo lo que se publica en ese órgano del PLD termina en la misma página en que empezó, pero la capacidad para mantener un periódico sin pases no cayó del cielo; hubo que formarla en cada uno de sus redactores enseñándoles algo que no se aprende en las escuelas ni en las universidades: el arte de dominar el número de

palabras en que debe ser expuesto determinado tema requiere del que escribe la creación y aplicación de hábitos de disciplina que en el caso de los redactores de *Vanguardia del Pueblo* quedaron definitivamente formados en los primeros cuatro meses de la vida de nuestro vocero, pues en los números 2, 3, 5 y 9 hubo pases a razón de uno en cada uno de los mencionados.

En cuanto al principio de “ir de lo particular a lo general para volver de lo general a lo particular”, que ha sido y sigue siendo, la fuente creadora de la sorprendente unidad del PLD pero al mismo tiempo de su capacidad creadora —que es a su vez un producto de ese principio—, para explicar su funcionamiento hay que explicar antes cómo está organizado el partido, y la explicación del tipo de organización del PLD requiere que el lector haga conciencia de que las raíces del PLD, es decir, sus orígenes, estaban en el PRD, de manera que para crear un partido nuevo que se formaría con hombres y mujeres de origen perredeísta era necesario tener presente, en todo momento, las experiencias de lo que nos llevó a salir del PRD para fundar el PLD, y la fundamental de todas esas experiencias era el fracaso de los Círculos de Estudio que fueron establecidos en el PRD. Debido a ese fracaso, a los seis meses de haber salido del PRD todavía no se había creado el primer Círculo peledista. Fue en la primera reunión del Comité Central del PLD celebrada después de haberse llevado a cabo la Conferencia Salvador Allende, cuando propuse un plan de organización de los Círculos de Estudio, y recuerdo que cuando hice la propuesta expliqué que los Círculos debían ser formados por lo menos con cinco personas cada uno, pero que debíamos tener en cuenta que de cada cinco circulistas acabarían yéndose tres, unos porque pasarían a vivir en barrios lejanos de los que ocupaban y eso les haría difícil reunirse con sus compañeros los días señalados, otros porque acabarían desilusionados

de lo que se les enseñaba y otros porque se desencantarían de seguir siendo miembros de un partido como el nuestro, que en vez de ofrecerles las ventajas del poder los ponía a estudiar.

Los Círculos de Estudio

En respuesta a lo que yo decía el compañero Pantaleón Arias dijo que si de cada cinco circulistas iban a desertar tres no valía la pena organizar Círculos de Estudio, a lo que respondí diciendo que el Comité Central debía tomar en cuenta que el partido que estábamos fundando tenía que ser formado por militantes, es decir, hombres y mujeres conscientes de que todos sus miembros tenían que ser misioneros de una nueva era política para el país; para cumplir esa misión los nuevos peledestás tenían que adquirir conciencia de cuál sería su misión, y esa conciencia sólo podía ser formada en los Círculos de Estudio; además, expliqué, los circulistas serán la zapata del PLD porque sobre ellos se construirá el partido; y a seguidas agregué. “Observen, compañeros, que de cada dos circulistas saldrán cuatro miembros del partido; de cada cuatro saldrán ocho; de ocho saldrán dieciséis; de dieciséis saldrán treinta y dos, de treinta y dos, sesenta y cuatro; de sesenta y cuatro ciento veinte y ocho; de ciento veinte y ocho, doscientos cincuenta y seis; de doscientos cincuenta y seis quinientos doce, de quinientos doce mil veinte y cuatro”.

Yo iba doblando los números de los futuros circulistas del PLD porque tenía conciencia de que lo que nos esperaba era una lucha larga; lo sabía debido a que fui miembro del PRD durante treinta y tres años, de los cuales más de treinta y dos fueron dedicados a una actividad política de oposición, de ellos, veinte y uno a la tiranía trujillista, dos al gobierno del Consejo de Estado, dos al de los golpistas de 1963 y al de Héctor García Godoy y el resto a ocho de los gobiernos

balagueristas, y al hablar en términos de tiempo largo sin especificar cuantos años debíamos dedicar a la tarea de construir un partido nuevo, nunca antes visto en el país, pero tampoco en otros países de América, convencí a los compañeros miembros del Comité Central porque ninguno de ellos defendió la posición de José María Pantaleón cuando éste se puso de pie y dijo: “Ya está bien, compañero. Retiro lo que había dicho”.

Esa retirada del compañero Pantaleón equivalió a una aprobación de mi propuesta y por tanto quedó afirmado el plan de construir el partido a partir de los Círculos de Estudio, y en el plan de organización de los Círculos la parte final consistía en lo siguiente: para pasar a miembro de un Comité de Base, que era el organismo fundamental del partido, el circulista que había terminado sus tareas tenía que formar un Círculo de Estudio que él pasaría a asesorar. Ese paso de circulista a miembro de un Comité de Base y asesor de un Círculo de Estudio convertía a los circulistas en los reproductores del partido, cada uno de ellos era una semilla que reproducía la planta o el árbol del cual había sido parte, y para cumplir ese papel a cabalidad cada uno de ellos tenía que conocer en conjunto y en detalle todos los métodos de trabajo del partido, no sólo los que habían sido creados sino también los que iban creándose.

Un método de trabajo era un plan que se le ocurría a un miembro de un Comité de Base y se lo proponía a sus compañeros del Comité. Si su Comité lo aprobaba debía ponerlo en práctica y la práctica decía si debía ser modificado o no; una vez probado, con o sin modificación, el Comité de Base se lo proponía a su Comité Intermedio, que había sido formado mediante elección de todos los Comités de Base de un lugar dado, por ejemplo, un barrio de la Capital o de Santiago o el Comité Municipal de San Cristóbal o Baní.

Los métodos de trabajo

Si el lector se da cuenta de que la idea de un plan de trabajo, de una actividad nueva que nació en la cabeza de un circulista o de un miembro de un Comité de Base pasó a un organismo superior, el llamado Comité Intermedio o un Comité Municipal, se dará cuenta también de que esa idea partió de lo particular, es decir, de una persona, y empezó a moverse hacia lo general; en el primer caso, lo general, para el partido, era, en primer lugar, el formado por los miembros del Comité de Base al cual pertenecía el autor de la idea, porque para el compañero que propuso esa idea lo general era el número de los miembros de su Comité de Base, y para ese Comité de Base lo general pasó a ser la suma de los Comités de Base de su Comité Intermedio, el cual puso en acción en todos sus Comités de Base lo que le había propuesto uno de ellos. Es posible que el Comité de Base del autor de esa idea la modificara al ponerla en práctica y la sometiera al Comité Intermedio ya modificada; pero también es posible que uno o dos o tres Comités de Base de ese Intermedio le introdujeran modificaciones a esa propuesta, la cual, una vez aprobada por el Comité Intermedio con esas modificaciones, pasaría a la dirección del partido ampliada, y ya con esas modificaciones o ampliaciones la dirección nacional ordenaba su aplicación en todo el país y en las seccionales del exterior, lo que equivale a decir que la idea propuesta por un miembro del partido en un barrio de la Capital o en Villa Altagracia o en San Francisco de Macorís fue llevada del lugar de su origen, o dicho de otro modo, de lo particular, a todo el partido, esto es, a lo general, y al ser puesta en práctica en cada uno de todos los Comités de Base que tiene el PLD, volvió de lo general a lo particular, con lo cual se cumplió el circuito que recorren en el PLD todas las ideas que surgen de la cabeza de sus miembros.

¿Quién conoce un partido político en el que se respete la capacidad creadora de todos y cada uno de sus miembros como se respeta en el PLD?

Al terminar el mes de diciembre de 1977 decía yo, en un folleto de la Colección Estudios Sociales, usado en los Círculos de Estudio, el titulado *Base teórica de los métodos de trabajo*:

“Para evitar que cada peledéista piense por su lado, lo cual significa que un día acabarán haciendo lo que a cada uno le dé la gana y no lo que le convenga al partido, había que establecer métodos de trabajo para todos los peledéistas, pero esos métodos tenían que responder, a su vez, a un método, que por su parte debía ser imaginado partiendo de conocimientos prácticos acumulados mediante el cumplimiento de las diferentes tareas que debía llevar a cabo el partido; y eso hubiera requerido que el partido tuviera a su disposición experiencia de trabajos que todavía no había realizado”.

En la página 7 de ese folleto se dice: “...el partido acertó a echar en roca firme la base teórica de sus métodos de trabajo, y fue en esa base teórica donde se apoyó la clave para que el partido quedara en capacidad de proteger el don creador de sus miembros, con lo cual abrió un camino seguro para que cada uno de ellos pudiera enriquecer al partido con el aporte de sus ideas”.

XXIV

En el capítulo XXIII de esta serie me referí al folleto de la Colección de Estudios Sociales titulado *Base teórica de los métodos de trabajo*, y de él copio a seguidas los siguientes párrafos:

“El partido vive creando métodos de trabajo. El partido creó un método para hacer el periódico y otro para distribuirlo, y por eso *Vanguardia del Pueblo* no se parece a ningún periódico ni en la forma en que está presentado ni en la forma en que está escrito ni en la forma en que se distribuye; el partido creó el Esfuerzo Concentrado y el método de llevarlo a cabo; creó las Tertulias de Vanguardia y el método para realizarlas; creó la Unificación de Criterios con vistas a mejorar las tareas educativas y después fue extendiendo ese método a otras actividades y hoy lo aplica en todos los trabajos y especialmente allí donde la práctica indica que hace falta reforzar algunos aspectos de la preparación teórico-práctica de uno o más compañeros”.

“Esos métodos, y los que no mencionamos aquí para no hacer este artículo más largo de lo necesario, deben ser aplicados, como hemos dicho de manera sistemática, punto por punto y siempre en la misma forma aunque tomando en cuenta las diferencias de circunstancias que hay de lugar a lugar, de medio social a medio social, de condiciones políticas a condiciones políticas”.

La condición indispensable para que pudieran crearse y aplicarse los métodos de trabajo del partido era que el miembro del PLD fuera al mismo tiempo él y algo más. ¿Qué quería decir “algo más”? La respuesta a esa pregunta está en el siguiente párrafo del folleto *Base teórica de los métodos de trabajo*, que figura en la página 6; dice así:

“Una persona no puede dividirse físicamente porque dejaría de existir. De ahí viene que el hombre se llame individuo, voz que el pueblo dominicano usó mucho y durante mucho tiempo. Pero al mismo tiempo que es indivisible, el individuo es parte o partícula de algo más grande que él. En el caso que estamos tratando, que es el del hombre político, el individuo es al mismo tiempo un ser indivisible y una parte de algo mayor, y en el PLD ese algo mayor es el organismo al cual pertenece el peledéista. Como partes de un organismo, las mujeres y los hombres del PLD hacen su vida política dentro del organismo al cual pertenecen; a él le dan la fuerza de sus ideas, de su trabajo, de su entusiasmo; pero al relacionarse con otro organismo donde están organizados otros peledéistas, quien habla o actúa por un peledéista es su organismo. Es el organismo al cual pertenece un miembro del partido, no ese miembro, el que lleva a los demás organismos, y a través de ellos al cuerpo entero del partido, las ideas, las experiencias y los conocimientos que ha adquirido cada peledéista”; y a seguidas de ese párrafo había otro en el cual se explicaba que “El individuo funciona en el PLD dentro de su organismo, pero es la suma de los organismos, no de los individuos, lo que hace funcionar al partido. El partido respeta de manera religiosa las esencias más profundas de la personalidad de sus miembros, pero el individuo peledéista debe ponerse a la altura del partido respetando el derecho de éste a protegerse, y proteger a sus miembros de los errores o de las malevolencias que pongan en peligro la delicada relación de la parte con el todo y del todo con la parte que se logró establecer en el PLD”.

Sociedades diferentes

El folleto titulado *Base teórica de los métodos de trabajo* fue escrito al finalizar el mes de diciembre de 1977, y cuatro meses después se escribió el titulado *Los métodos de trabajo* y en él se decía: “Para que dé los resultados que se buscan, todo trabajo tiene que ser eficiente, o si se prefiere que lo digamos de otra manera, tiene que ser bien hecho, ejecutado en la menor cantidad de tiempo, con el menor gasto de energía y con el más bajo costo de dinero. En esos aspectos, el trabajo que se lleva a cabo en una industria no es diferente del que se lleva a cabo en un partido como el PLD; lo que son diferentes son los beneficios que deja ese trabajo, pues en la industria, si es la de un país capitalista, se persiguen sólo y nada más beneficios en dinero, y en el caso del PLD se busca el desarrollo del partido a través del desarrollo teórico y práctico de sus miembros como medio necesario para alcanzar los fines que nos proponemos, que son fines puramente políticos y de provecho para el pueblo”.

En ese folleto se decía que “Nada es tan malo que no deje algo bueno y nada es tan bueno que no tenga aspectos malos, y en su camino hacia un porvenir mejor el hombre ha avanzado porque ha aprendido a rechazar en cada momento de la Historia la parte mala de lo que es bueno y a aprovechar la parte buena de lo que es malo, y lo ha aprendido no porque lo haya querido sino por necesidad, pues si no hubiera desarrollado la capacidad de distinguir entre lo que le beneficia y lo que le perjudica, el hombre estaría todavía en la edad de piedra. Eso es lo que explica que al mismo tiempo que ha luchado contra un régimen social y político que necesitaba destruir, ha usado los métodos de trabajo de ese régimen para hacerse más eficiente en su lucha”.

En otro párrafo se decía: “Los métodos de trabajo son una parte tan importante de la vida social que sin ellos no podría funcionar ningún sistema; y además cada sistema inventa los

suyos basándose en los que había puesto en funcionamiento la sociedad anterior. La sociedad esclavista de Roma funcionaba a base de amos arriba, esclavos abajo, y al servicio de los amos, mayoriales que tenían el encargo de obligar a los esclavos a producir. Partiendo de la existencia de ese tipo de organización, el sistema feudal inventó el gremio, que en el más alto punto de desarrollo del feudalismo fue la columna vertebral del sistema. El gremio estaba compuesto por el maestro arriba, los aprendices abajo y en el medio oficiales cuya misión era convertir los aprendices en buenos artesanos. El gremio representó un enorme paso de avance en relación con la sociedad esclavista, porque aunque el aprendiz fuera explotado como lo era el esclavo, este último era una propiedad de su amo, que lo había comprado y podía venderlo como se compra y se vende un animal o un mueble, y el aprendiz no era propiedad de su maestro, y si es verdad que éste podía castigarlo hasta golpeándolo, no estaba autorizado ni por la ley ni por las costumbres para darle muerte. En la sociedad actual el lugar del maestro vino a ser ocupado por el capitalista, el de los oficiales por capataces y el de los aprendices por obreros, y en el tipo de capitalismo más desarrollado, no en el de la República Dominicana, los obreros se organizan en sindicatos que tienen la misión de dirigir la lucha de los trabajadores para conseguir mejores salarios y condiciones de vida, algo que no podía siquiera conocerse en la sociedad feudal”.

El método, vía para llegar a la meta

A seguidas pasaba a explicar que “Un partido que se haya fijado una meta como la que persigue el PLD tiene que poner en ejecución los métodos de trabajo más avanzados que estén al alcance de la sociedad en que ese partido funciona, porque debemos aclarar que los métodos de trabajo inventados por la sociedad capitalista en sus modelos norteamericano o japonés

no pueden servirles a los esquimales del Polo Norte ni a los indígenas que viven en las selvas brasileñas. Si los métodos de trabajo corresponden a una sociedad más atrasada que la nuestra, no nos servirán para impulsar el desarrollo político de los peledéistas, y si son más avanzados que el medio dominicano estarán por encima de la capacidad de comprensión de nuestro pueblo, lo que haría muy difícil la enseñanza de esos métodos en nuestro país. No hay que olvidar que el PLD lleva a cabo sus tareas actuando en el seno del pueblo y por esa razón los métodos de trabajo deberán ser elaborados tomando en cuenta los hábitos y las ideas de cada una de las clases que componen la sociedad dominicana. Por eso, para determinar de manera objetiva si un método de trabajo es adecuado al medio nacional, la dirección del PLD ha establecido como norma que la bondad de los métodos de trabajo debe ser determinada probando cada método en la práctica”.

Es posible que algunos de los lectores de esta historia del PLD piensen que se le está dando mucho espacio a la creación y aplicación de métodos de trabajo propios de nuestro partido y poco a relatos de hechos relacionados con el partido, y de ser así debo decir que en la vida del PLD no hay nada que tenga más importancia que su capacidad para crear y aplicar métodos de trabajo, porque ha sido esa capacidad lo que ha hecho del partido una organización política *suigeneris* no sólo en la República Dominicana sino en América.

En el folleto *Los métodos de trabajo* decíamos que en el caso de un partido político esos métodos se crean partiendo de las bases teóricas que nos proporcionan las ciencias sociales, y eso quedó dicho así: “Cuando se elige un metal para fabricar la parte externa o de afuera de un avión se conocen de antemano, mediante experimentos hechos en laboratorios especializados, las condiciones de resistencia al calor y a la fuerza de los vientos que tiene ese metal, pero cuando se echan las bases

teóricas que deben seguir los métodos de trabajo de un partido político no disponemos de laboratorios que nos aseguren que tal o cual parte de un método va a dar el resultado que esperamos de él, y tenemos que esperar lo que nos diga la realidad cuando ese método sea puesto en práctica, es decir, cuando la idea abstracta en que se basó ese método sea probada por el resultado que dé”.

Al llegar a ese punto y aparte surgía la pregunta:

“¿Pero qué es un método?”

A la cual seguía la respuesta, que fue ésta:

“Es el conjunto de pasos que deben darse o de medidas que deben ser tomadas en el proceso de ejecución de un plan”.

Todos los planes se elaboran y se ejecutan para alcanzar metas, pero las metas no pueden lograrse si no se aplican métodos que permitan alcanzarlas, y la relación entre meta y método es tan estrecha que la palabra método significaba en su origen “vía o medio o manera de llegar a una meta”.

XXV

Es posible que a algunos lectores les haya parecido extraño que se le dedicara tanto espacio a la explicación de lo que son y cómo funcionan los métodos de trabajo del PLD y no se les haya dicho nada de cómo está organizado el partido. Para los que están pensando así, si es que los hay, comienzo este capítulo diciendo que la forma en que quedó organizado el PLD está descrita en sus estatutos, cuya versión final fue aprobada por el Comité Central el 28 de agosto de 1979, es decir, cinco años después de haberse llevado a cabo la conferencia Salvador Allende. En esos estatutos, a seguidas del epígrafe “De los miembros y aspirantes”, que comienza con el artículo 3, se dice:

“Para ser miembro del Partido se requiere: a) Haber sido aspirante; b) estar organizado como miembro pleno o adscrito en un Comité de Base; c) demostrar conocimiento de la doctrina del Partido, capacidad de estudio y asimilación del material educativo; capacidad de militancia, cumplimiento de las tareas del Partido; aceptación consciente de la disciplina del Partido; coherencia entre la vida política y la vida privada, y respaldo constante al sostenimiento del Partido pagando mensualmente la cuota fijada. Podrán adquirir esa categoría por acuerdo del Comité Político aprobado por el Comité Central las personas que hayan realizado trabajos extraordinarios en favor del Partido”.

El artículo 4 de esos estatutos explica que “Para ser aspirante a miembro del Partido se requiere haber sido aceptado como miembro de un Círculo de Estudios, en donde se deberán demostrar las condiciones señaladas en la letra del artículo anterior” (y de paso diré que yo no participé en la redacción de los estatutos del PLD, pues de haber tomado parte en su redacción me habría opuesto al uso de la forma adverbial “en donde” porque un Círculo de Estudios no es un lugar sino un conjunto de personas que se reúnen para estudiar los textos que forman el material de estudio de los Círculos).

¿Qué estudian los miembros de esos Círculos?

Estudian diversas materias, y tal como se lee en el folleto número uno de tres titulados *Organización y disciplina*, lo primero que tienen que conocer a fondo y seriamente los peledéistas es cómo se ha producido la historia de nuestro pueblo, “qué fuerzas la han formado o deformado; cuándo comenzamos a ser lo que somos hoy”; y se les dice que “mediante las ideas de lo que es el pueblo dominicano y la explicación de las causas que lo han traído a ser lo que es se abre el camino para las ideas de lo que debemos hacer si queremos alcanzar nuestra liberación y de lo que deberemos ser una vez hayamos logrado la libertad nacional”.

El Círculo de Estudio es el formador del futuro peledéista. Antes de que se organizaran los Círculos los miembros del PLD, que eran muy pocos, procedían del PRD; eran perredeístas que habían pasado al PLD y el lector de estos artículos en los cuales se hace la historia del PLD sabe que en el PRD no pudieron organizarse los Círculos de Estudio, de manera que cuando en el PLD empezaron a crearse los primeros Círculos estos fueron establecidos con aspirantes a ser miembros del PLD, y en consecuencia cada uno de ellos llenaba las condiciones que figuran en el artículo 3 de los Estatutos del PLD, lo que se explica porque así como los fundadores

del PLD habíamos salido del PRD para fundar un partido diferente al PRD, el partido nuevo tenía necesariamente que nacer y desarrollarse partiendo de los Círculos de Estudio que habían fracasado en el PRD.

Estudios y trabajos

En el primero de los tres folletos que estudiarían los circulistas quedó dicho que “todos los peledéistas que entran en el Partido por la puerta de los Círculos de Estudio acaban pensando igual, y los que piensan igual actúan igual, y la actuación igual crea sin esfuerzos una disciplina consciente, no impuesta, no forzada, sino el tipo de disciplina que nace de manera casi natural de las ideas que han sido el alimento teórico de los hombres y las mujeres que se desarrollan políticamente a partir de lo que van aprendiendo en el estudio y en la práctica diaria”.

Lo que quedó dicho en esas líneas fue explicado inmediatamente con estas otras: “Si el Partido no arranca de Círculos de Estudio echará sus raíces en el amiguismo, esto es, en un grupo de amigos del dirigente o de los dirigentes del lugar donde se forme; y del amiguismo se pasa con mucha facilidad al grupismo, especialmente donde los fundadores del Partido sean dos o tres personas de origen pequeño burgués que comienzan a organizar el partido siendo amigos y después se separan por celos que casi siempre se relacionan con la ambición de mando dentro del partido; y al separarse ellos los miembros del partido se separan en grupos que los siguen”.

Debo aclarar que en los Círculos de Estudio no se enseña la política sólo desde el ángulo o aspecto de las tareas que se cumplen para mantener funcionando un partido y mucho menos para beneficiarse en alguna forma. Los circulistas tienen que estudiar la historia dominicana, pero no para repetir lo que dicen los libros de historia sino para aprender a analizar los

hechos políticos y las causas de esos hechos. Por ejemplo, en todos los Círculos de Estudio se estudia la personalidad de Pedro Santana, un hombre que de buenas a primeras surgió del anonimato para convertirse en el personaje más importante del país en la guerra de la independencia y acabaría siendo todo lo contrario de lo que fue en los primeros años de la República; pero los circulistas tienen que aprender qué es el Estado, cómo funciona, qué es un Estado anómalo, de los cuales hay varios en la región del Caribe. Los circulistas del PLD estudian la forma que tomó en nuestro país la acumulación originaria y estudian la deuda externa, que es un tema de actualidad en todos los países como el nuestro, incluyendo en ellos algunos tan ricos como México y Venezuela.

Ahora bien, el lector no debe creer que lo único que hace un circulista es lo que se ha dicho en este artículo. Eso es una parte de los estudios librescos, los que se hacen leyendo libros nada más. Esos miembros de los Círculos de Estudio del PLD tienen que aprender varias otras cosas, entre ellas, el arte de ejercer influencia sobre otras personas, o para venderles *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política: Teoría y Acción* y boletos de las rifas que hace el partido a razón de dos por año, así como para convencerlos de que coticen para el PLD, lo que dicho de otro modo significa que den una cuota mensual de dinero, que puede ser lo mismo de un peso que de cinco, de diez, de veinte o de cien. Numerosos miembros del partido han seguido vendiendo boletos de rifas, el periódico y la revista del PLD y recaudan cotizaciones a pesar de que hace años que pasaron de circulistas a miembros.

¿Cómo funcionan los Comités de Base?

La formación y el aumento cuantitativo de los circulistas consumió varios años, lo que se explica porque un circulista tardaba por lo menos dos años en estar capacitado para pasar a

miembro de un Comité de Base, y cuando llegaba ese momento le quedaba una tarea por cumplir, para muchos de ellos la más difícil, que consistía en formar un Círculo que él mismo tenía que asesorar, o dirigir, actividad que le consumía tiempo, y el tiempo es muy importante para un circulista que pasa a ser miembro de un Comité de Base porque al trabajo de dirigir su círculo se agrega el de cumplir sus obligaciones de miembro del Partido, que son muchas, porque como he dicho en esta serie de artículos, los miembros del PLD son militantes que tienen obligaciones que cumplir de manera regular, lo mismo en su Comité de Base que en el Comité Intermedio del cual es parte ese Comité de Base que en la dirección nacional del Partido.

En el folleto número 2 de los titulados *Organización y disciplina* se dice que la primera tarea de un Comité de Base es organizarse a sí mismo, y eso significa que tiene que elegir su secretario general, su secretario de Actas y Correspondencia, sus encargados de Educación, Organización, Finanzas y Propaganda. Si el número de miembros del Comité de Base no alcanza para que cada uno de esos cargos sea desempeñado por una persona, pueden atribuírsele dos a una; por ejemplo, el secretario general puede ser al mismo tiempo el encargado de Educación o de Finanzas; el secretario de Actas y Correspondencia puede ser al mismo tiempo el encargado de Organización, y el de Propaganda deberá ser, siempre que sea posible, el encargado de la distribución de *Vanguardia del Pueblo*; pero hay que recordar que además de todo lo dicho cada miembro de un Comité de Base tiene que encargarse de formar, dirigir y desarrollar un Círculo de Estudio, tarea que tendrá que llevar a cabo durante por lo menos año y medio y a menudo durante dos años, pues después que los circulistas pasan a ser miembros de un nuevo Comité de Base los miembros del partido que los dirigían

no tienen que seguir dirigiendo esos Círculos de Estudio. En cierto sentido, pasan a ser abuelos, y el abuelo es sustituido en la vida familiar por el hijo o por la hija.

Los Comités de Base deben crear y manejar sus propias finanzas, dice el folleto número 3 titulado Organización y disciplina, en cuya página 3 se explica que “Para el desarrollo político de un miembro del Partido es muy importante la actividad de recaudar dinero porque ella despierta su capacidad de actuar y de ponerse en contacto con la gente del pueblo, su capacidad de inventar soluciones y también la de organizar a sus compañeros no sólo para recoger dinero sino también para administrarlo, para aprender a usarlo en forma útil. Aunque se trate de un organismo pequeño por el número de sus miembros, como es un Círculo de Estudio o es un Comité de Base, ese organismo puede verse en cualquier momento en la necesidad de gastar dinero para realizar actividades partidistas, y si tiene a su disposición la cantidad que le hace falta puede actuar sin perder tiempo y sin tener que solicitarle fondos a su organismo superior, que de la misma manera que podría dárselos inmediatamente podría también tardar un día o dos o más en entregárselos. Naturalmente, todos los organismos que recauden y administren fondos están en la obligación de rendirles cuentas a sus miembros de lo que se recauda y de lo que se gasta, y deberán rendirle cuentas también al Departamento (Secretaría) de Finanzas en el momento en que éste se las pida”.

XXVI

Aunque en el capítulo anterior dije que la forma en que se organizó el PLD está descrita en sus estatutos, la verdad es que la descripción que se hace en los estatutos es demasiado sintética, apropiada para los miembros del partido porque ellos conocen el partido en todos sus niveles y saben cómo se relacionan entre sí los organismos que lo conforman. Partiendo de los Círculos de Estudio, que forman la raíz misma del PLD, éste iba a quedar organizado, en sus primeros años, sólo en Comités de Base, Comité Central y Comité Político, y en el caso de los Círculos de Estudio, fueron creados, con el título de asesores, por miembros de los primeros Comités de Base escogidos por el Departamento de Educación, que era como se llamaba en esos tiempos lo que después pasaría a ser la Secretaría de Educación.

Es posible que algún lector pregunte: ¿A qué se debió ese cambio? Y si hace esa pregunta la respuesta sería: No fue cambio. Lo que sucedía es que los primeros miembros del partido eran perredeístas, y en el PRD no pudo establecerse ningún Círculo de Estudio, de manera que para formar los primeros Círculos era necesario partir de miembros de algunos Comités de Base, cada uno de los cuales tuvo que formar un Círculo y asesorarlo; de ahí el nombre de asesores que se les dio a los fundadores de la primera camada de circulistas, los cuales, al terminar sus estudios pasaron a formar Círculos, última tarea que debían cumplir para pasar a formar Comités de Base.

Algo parecido sucedió con los Comités de Base y los Comités Intermedios. En los primeros años del partido los Comités de Base eran tan pocos que no había posibilidad de formar con algunos de ellos los comités Intermedios, o Direcciones Medias como se les llamó al principio. Lo que hubo en los inicios de la vida del partido fueron Comités Municipales, y en algunos lugares, ni siquiera eso sino Núcleos de Trabajo, nombre que se les daba en los municipios o centros urbanos donde sólo se creó un Comité de Base.

Los Comités Intermedios fueron un producto de la expansión cuantitativa del partido, que empezó en las ciudades de Santo Domingo y Santiago. Los Comités Intermedios fueron la versión peledista de lo que en el PRD se llamó Comités de Zonas o Zonales, pero naturalmente, con forma y funciones diferentes. La primera diferencia está en el hecho de que los Comités Intermedios de una jurisdicción territorial dada —un barrio de la Capital, por ejemplo— son creados por los Comités de Base de esa jurisdicción, que eligen a los miembros del Intermedio, y estos, a su vez, eligen a sus compañeros para que desempeñen las diferentes funciones que deberá cumplir el Intermedio, el cual empieza sus trabajos proponiendo un nombre para él y deberá gestionar, hasta hallarlo, la búsqueda de un local donde quedará instalado, y procederá a organizar recaudaciones de fondos para pagar el alquiler de ese local, la luz, la instalación de un teléfono, si decide usar uno, y la compra de los muebles que deben ser suficientes para proporcionarles asientos a los miembros de todos los Comités de Base de su jurisdicción.

El Comité Intermedio se llama así porque actúa como representante de la Dirección del partido ante los Comités de Base y es al mismo tiempo el representante de los Comités de Base de su jurisdicción ante la Dirección del PLD, que está formada por el Comité Central y el Comité Político.

Un partido de organismos

Los Comités Intermedios tienen nombres de personajes históricos, nacionales o latinoamericanos, algunos de países Africanos y uno de un país asiático, pero también los hay cuyos nombres no son de personas sino de fechas históricas; esos son los Intermedios formados por Comités de Base Especiales, que están integrados por técnicos y profesionales. En el Distrito Nacional hay 19 Comités Intermedios, 5 Intermedios Especiales y 4 Núcleos de Trabajo; en Santiago hay 5 Comités Intermedios, uno de ellos Especial y un Núcleo de Trabajo; en el resto del país hay Comités Municipales en los municipios que tienen población en número suficiente para mantener ese tipo de Comité, y Núcleos de Trabajo en los de cantidad pequeña de habitantes. Fuera del país el partido está organizado en Seccionales, como es el caso de la de Estados Unidos. Allí, la mayor población dominicana está en Nueva York, lugar donde se halla la dirección de toda la Seccional, con varios Comités del tipo de Intermedios en la misma ciudad y del tipo de los Municipales en New Jersey, Boston, Providence, Chicago, Miami.

La descripción de la forma en que se ha organizado el PLD no incluye un aspecto de la vida de los organismos peledistas, que es, junto con la capacidad para crear y mantener funcionando métodos de trabajo propios, lo que ha hecho del partido una novedad en la historia política no sólo de la República Dominicana sino de todos los países latinoamericanos, salvo el caso de Cuba, que como se sabe pasó al campo socialista el 19 de abril de 1961.

¿Cuál es ese aspecto de la vida de los organismos del PLD?

Es el hecho de que todos los partidos políticos que se conocen en nuestros países están formados por personas, hombres o mujeres, mientras que en el PLD lo que cuentan no son sus miembros sino sus organismos. Cada miembro del partido está

organizado en un organismo y el poder de aplicar sanciones, incluyendo la de expulsión del partido, reside en los organismos, lo mismo en los Comités de Base que en los Comités Municipales, Intermedios, Núcleos de Trabajo, que en el Comité Central, que es el organismo de los miembros del Comité Político, y uno por uno, todos esos Comités tienen secretarios de actas en las que se anotan todas las intervenciones de sus miembros, y gracias a la lectura de las actas se puede seguir hora por hora y día por día el curso de la conducta, dentro de su organismo, de todos los peledéistas, lo que equivale a decir que en cualquier momento la vida política de los miembros del partido puede ser evaluada por lo que de su conducta y actividad diga el acta correspondiente.

De esa evaluación no escapan ni los miembros del Comité Central ni los miembros del Comité Político, pues figuran en actas no sólo sus opiniones sino también sus actuaciones.

La evaluación es un proceso continuo en el PLD; tan continuo como es la respiración en hombres, cuadrúpedos y aves. De todo lo que hace un peledéista queda registro, pero además todo lo que hace es conocido de sus compañeros de organismo porque cada organismo, con la excepción del Comité Central, se reúne varias veces al mes, y los miembros del Comité Central tienen trabajo periódico debido a que cada uno de ellos debe supervisar lo que el partido hace en cada uno de los territorios de donde provienen ellos.

Comité Central y activistas

En el más alto nivel del PLD está el Comité Central cuyos miembros son elegidos por el Congreso Nacional del partido que se reúne cada cuatro años de manera ordinaria y de manera extraordinaria cada vez que lo convoque el Comité Político o la cuarta parte de los organismos del partido. Los estatutos del partido proclaman en su artículo 10 que "El Comité Central es

la dirección e instancia superior del partido entre Congreso y Congreso”... y en sus atribuciones está la de elegir entre sus miembros al presidente, al secretario general y a los demás miembros del Comité Político, así como la de elegir al Secretariado y los titulares de las Comisiones del Comité Central.

En el artículo 15, los estatutos establecen que “El Secretariado es el órgano del Comité Central encargado de dirigir las tareas administrativas y técnicas del partido, y de garantizar la división social del trabajo; estará integrado por los titulares de las Secretarías y coordinado por la Secretaría General”. Para aclarar lo que acaba de decirse, se establece que “Las reuniones del Secretariado serán presididas por el secretario general, y en su defecto, por un vicesecretario general”. Inmediatamente después de esas palabras está la siguiente aclaratoria: “El Secretariado es un órgano deliberativo con responsabilidad colectiva plena en lo tocante al cumplimiento de los programas particulares de cada Secretaría y de las metas del partido para cada área de trabajo”. Y a seguidas se lee esta importante aclaración: “La interrelación y colaboración entre todas las Secretarías deberá darse en el Secretariado”.

En el artículo 19 de los mencionados estatutos se afirma que “Además de la Secretaría General, funcionarán como órganos del Comité Central las siguientes Secretarías: Activistas y Métodos, Asuntos Obreros, Asuntos Campesinos, Educación, Finanzas, Asuntos Profesionales, Organización, Organizaciones Populares y Prensa y Propaganda”.

¿Por qué la de Activistas y Métodos ocupa el primer lugar entre las Secretarías del PLD, habiendo entre ellas otras tan importantes como la de Educación, la de Finanzas, la de Asuntos Obreros, la de Asuntos Campesinos?

Porque el Cuerpo de Activistas es el sistema nervioso del partido dado que a través suyo van las noticias de la dirección, que está situada en la capital del país, a todos los organismos

peledeístas, desde los situados en las vecindades de la frontera con Haití hasta los de las orillas higüeyanas, samanenses y nagüeras del mar, y desde las costas del Norte hasta las del Sur.

El activista empezó su carrera de peledeísta en un Círculo de Estudios, donde se inició su desarrollo político; del Círculo pasó a un Comité de Base, y allí aprendió todo lo que era necesario para quedar convertido en un miembro del PLD consciente, seguro de sí mismo, y por último, de su Comité de Base ascendió a miembro de un Comité Intermedio, de donde un buen tiempo después fue a buscarlo la Secretaría de Activistas y Métodos para confiarle la misión de servir de enlace entre los organismos de un lugar dado y la Secretaría General.

En cuanto a que la Secretaría de Activistas lo sea también de Métodos, se explica porque en estos artículos quedó dicho cuál es la importancia que tienen en el PLD los métodos de trabajo, que todo activista conoce al dedillo porque aprendieron a usarlos desde que ingresaron en Círculos de Estudios hasta el día en que fueron solicitados por la Secretaría General para pasar de sus funciones en un Comité Intermedio a las de activista en una ciudad cibaëña o del Sur.

XXVII

Con este capítulo termina la historia de los orígenes y las formas en que se creó, se organizó y funciona el Partido de la Liberación Dominicana. Como sabe el lector, esa historia comenzó con la del PRD desde que fue concebido en La Habana, Cuba, por el Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez, hasta el 18 de noviembre de 1973. Puede ser que alguien se haya preguntado qué necesidad había de hacer la historia del PLD partiendo de los días iniciales del PRD, y de ser así me adelanto a afirmar que era indispensable hacerlo como se ha hecho porque desde el punto de vista del desarrollo político del pueblo dominicano el PLD no habría podido concebirse sino partiendo de un antecedente que debía ser explicado de manera detallada —prolija—. Dada la historia nacional, y de manera especial la de los años transcurridos entre la dictadura de Ulises Heureaux y la de Rafael Leonidas Trujillo, era imposible, es más, absolutamente imposible que en la República Dominicana se produjera por sorpresa, de buenas a primeras, un partido como el PLD. El PRD es la prehistoria del PLD, y sin esa prehistoria no habría un PLD.

El PLD es un partido de militantes que ejercen influencia política sobre una gran parte de la población; en vez de estar formado por militantes, el PRD está formado por aspirantes, todos los cuales son seguidos por sendos grupos de aspirantes a ventajas de índole variada, y a esos los llaman los jefes del PRD miembros de su partido o perredeístas.

Lo que acabo de decir requiere una explicación. Al afirmar que el PRD está formado por aspirantes, y no por militantes, lo he dicho porque todos los dirigentes del partido que en una época fue conocido con el nombre del “buey blanco” se mantienen en sus filas debido a que esperan alcanzar, en el aparato del Estado, posiciones de altura —y muchos persiguen las de harturas— como la presidencia y la vicepresidencia de la república; cargos de senadores, diputados, síndicos, regidores; secretarías y subsecretarías de Estado, y con esos y otros muchos puestos el uso de automóviles oficiales de lujo, con gasolina, reparaciones, gomas o llantas, y en muchos casos el chofer, pagados con fondos del Estado. Eso fue lo que se conoció siempre en el país con la excepción de los años de la creación y la defensa de la República, y en los demás períodos de personalidades, de grandes figuras patrióticas como lo fueron los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Américo Lugo, Fabio Fiallo, la mayoría de los luchadores antitrujillistas entre los cuales se destacan las hermanas Mirabal, Manuel Tavárez Justo, Enrique Jimenes Moya y todas las víctimas de las expediciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo y Luperón.

En un partido de aspirantes hay siempre más de uno que aspira a una determinada posición, y en la mayoría de los casos los que aspiran a un mismo puesto o cargo acaban enfrentándose con la saña propia de los enemigos, y a cada uno de los enfrentados le siguen grupos, que son grandes cuando la posición a que se aspira es la presidencia de la República. Eso es lo que nos enseña la historia del país, desde los días de los enfrentamientos de Santana contra Duarte y Jimenes y Báez a los de Peña Gómez y Majluta.

¿Cómo debe ser un partido?

La manera de evitar las aspiraciones personales en el PRD era convertirlo en un partido de militantes, tarea imposible de

llevar a cabo en un conglomerado que se formó a base de hombres y mujeres que no habían alcanzado el grado de desarrollo político indispensable para enfrentar los males que generan las aspiraciones de ascensos sociales en una sociedad como la nuestra. Mientras el PRD se mantuvo luchando contra la dictadura trujillista, es decir, en el exilio, las aspiraciones se limitaban a alcanzar el liderato del partido, pero una vez establecido en el país salieron de ese límite, como lo demuestra lo que sucedió cuando Buenaventura Sánchez hizo campaña extrapartido para que se le eligiera candidato a la vicepresidencia de la República.

Ese caso, y el de “Yo soy un astro con luz propia” de José Francisco Peña Gómez, fueron hechos que anunciaban días de luchas feroces en el PRD desatadas por ambiciones en las que se mezclarían las de caracteres y fines políticos con las de privilegios económicos, algunas de las cuales llegarían a niveles de la delincuencia como el caso que describo en el capítulo 16 de este libro.

El PRD había sido creado como partido formado por personas, condición que era imposible modificar, y mucho menos transformar, entre otras razones porque así funcionaban todos los partidos democráticos conocidos en Europa y América. Es más, aunque nunca se planteó como tema que debía ser discutido, la posibilidad de que un partido democrático (como eran todos los que en nuestra América enfrentaban dictaduras como la de Trujillo, la de Somoza, la de Pérez Jiménez, la de Fulgencio Batista) pretendiera organizarse como partido de organismos, es seguro que de haberse propuesto, ese tipo de organización habría sido recibido con burlas porque era inconcebible que se pensara, siquiera, en la existencia de una organización política democrática semejante; pero el PLD quedó organizado, desde el primer momento, como un partido de organismos, no de personas,

lo que se explica porque ésa era la manera de asegurarle a cada miembro del PLD que el partido hijo del PRD no acabaría siendo igual a su padre-madre.

Para llegar a esa conclusión se requería estudiar a fondo la historia nacional, no como un relato de lo que había sucedido en nuestro país desde que la isla en que nos hallamos fue descubierta por Cristóbal Colón, sino para saber cómo ha estado constituida la sociedad que vive en la porción de la isla que lleva el nombre de República Dominicana, y naturalmente, cómo está constituida ahora, cuáles han sido las fuerzas generadas por las diferentes clases y capas sociales que forman nuestro pueblo, porque para interpretar correctamente las causas de los males de una sociedad hay que conocerla en su pasado y en su presente, pero además hay que ver con claridad hacia dónde se dirige, qué le reserva el porvenir, dado que sin el conocimiento de lo que nos espera no podemos saber cómo debemos prepararnos para recibir lo que vendrá.

Un partido político es el producto de la sociedad en que se halla, pero al mismo tiempo no puede dedicarse sólo a las tareas de cada día sino que entre sus obligaciones está la de contribuir al desarrollo de la sociedad en la que actúa, y tiene que prepararse para ver con claridad no sólo lo que sucede en torno suyo sino además prever lo que sucederá para evitarlo si está llamado a ser dañino, o acelerarlo si está llamado a serle útil al pueblo.

El único en América

¿Cómo podíamos conseguir que el PLD fuera lo que el PRD se había negado a ser? ¿Qué debíamos hacer para que cada peledéista fuera lo opuesto a lo que eran los perredeístas?

La respuesta estaba en la historia de la Iglesia Católica y de los ejércitos, especialmente de los de Europa y Estados Unidos; era la integración de los hombres y las mujeres

en organismos que formaran parte de organizaciones multitudinarias. Como ente aislado, el ser humano actúa para beneficiarse él; para dar de sí a los demás lo que beneficie a la colectividad hay que encuadrarlo entre miembros de esa colectividad.

¿De qué forma podía convertirse el PLD en una organización de hombres y mujeres encuadrados en grupos dedicados a luchar en el orden político para resolver los problemas del pueblo dominicano, no los suyos personales?

La respuesta fue: creando un partido de organismos, no de personas; un partido que fuera distinto del PRD; uno que luchara a conciencia sabiendo que para resolver el problema de cada uno de los peledéistas había que luchar para resolver los de todos los dominicanos, o dicho en el lenguaje propio de la política, había que crear y desarrollar el partido que el país no había conocido, el de la Liberación Dominicana, el llamado a liberar de su atraso, de su dependencia, de la miseria a millares de compatriotas, no a una parte pequeña o mediana o grande de los dominicanos sino a todos los dominicanos.

La fórmula para crear y desarrollar ese partido era organizarlo a base, no de personas sino de organismos, para lo cual era necesario, pero absolutamente necesario, que antes de ser miembro del partido el que deseaba serlo pasara por la etapa de aspirante que sería agotada en un Círculo de Estudio, y a partir de ahí el circulista entraba al partido en condición de miembro, y como tal, a ser parte del organismo llamado Comité de Base en el cual ejerce todos sus derechos y cumple todos sus deberes; en su Comité de Base es un peledéista, fuera de él no es nada.

De miembro de su Comité de Base, un peledéista puede ascender a miembro de un Comité Intermedio, y en éste puede ser elegido hasta secretario general. Es más: siendo miembro de su Comité de Base puede ser elegido miembro

del Comité Central, y siendo miembro del Comité Central puede ser elegido miembro del Comité Político, pero será siempre miembro de un organismo, y como parte de un organismo del PLD en todo momento tendrá a su lado el apoyo de todos sus compañeros del PLD, lo mismo los que son miembros de su organismo que los que forman parte de un organismo de los que hay en Nueva York, en México, en España, en Puerto Plata o en San Cristóbal.

El Comité Central es el organismo de más alto nivel del PLD; a él le toca seleccionar a los miembros del partido entre los cuales los Comités de Base Intermedios elegirán los candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia de la República; a él le toca también elegir, de sus miembros, a los que formarán el Comité Político, que es el órgano político y ejecutivo del Comité Central y por tanto del conjunto de organismos que forman el Partido de la Liberación Dominicana. Pero no debe olvidarse que el Comité Central es sólo el organismo superior de un partido en el que cada miembro es miembro de un organismo, y cada miembro de un organismo tiene a su cargo funciones concretas cuya ejecución lo convierten en un cuadro, lo que equivale a decir que el PLD es un partido de cuadros, el único partido de cuadros entre los partidos democráticos de América.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

ABRAHAM (El Turquito) 607
ABRÉU, Abel 709
ABRÉU, Antonio 689
Agapito, Don 71
AGNEW, Spiro T. 370, 553
AGRAMONTE, Ignacio 137, 139, 141, 256
AGÜERO, Joaquín 133
AGUILERA, Francisco Vicente 137
AI QUOC, Nguyen 521, 522, 534
ALFAU, Pompeyo 636, 644, 645, 648
ALLEN DULLES 437
ALLENDE, Salvador 646
ALMEIDA, Clodomiro 646
ALMEIDA, Franklin 686, 689, 719
ALMOINA, José 664
ALONSO, Maritza 654
ALTOLAGUIRRE, Manuel 605
ALVA EDISON, Thomas 343
ÁLVAREZ, José Luis 3, 652, 653
ÁLVAREZ, Juan Antonio 631
ARANA, Francisco Javier 634
ARBENZ, Jacobo 619, 634
ARÉVALO, Juan José 619, 634, 637
ARIAS, Desiderio 607
ARISTY, Héctor 386, 401, 410, 697
AUGIER, Ángel I. 5

B

BABALÚ-Ayé 267, 269
BÁEZ, Buenaventura 676, 748
BALAGUER [RICARDO], Joaquín 667, 671, 674, 690, 691, 706

BALL, George W. 471
BARRERA, Imbert 398
BATISTA, Fulgencio 178, 182, 183, 188-190, 215, 228, 613, 639-641, 646, 648, 652-654, 656-658, 661, 664, 749
BAYONA, Conde 24
BEDELL SMITH 441
BELTRÁN PRIETO, Luis 634, 638
BERGER, Raoul 497
BETANCOURT, Rómulo 255, 611, 625-630, 634, 638-640, 663, 664
BETANCOURT, Virginia 638
BICKEL, Alexander M. 497
BLANCO, Andrés Eloy 612
BLANCO, Coronel 653
BODENEHR, Gabriel 16
BOLÍVAR, Simón 123, 124, 131, 147, 204
BONAPARTE, Napoleón 125, 483
BONESTEEL, Charles H. 430
BORJA, Rodrigo 665
Bosch, Angelita 676
BOSCH, Bárbara (Barbarita) 501, 680
BOSCH, Juan 477, 494, 501, 510, 529, 549, 557, 562, 563, 575, 589, 614, 638, 656
BOSCH, León 644, 645, 647-649
BOTELLO, Norge 694, 701
BREA 602
BUNKER, Ellsworth 365, 366, 368, 560
BURCHETT, Wilfred G. 458, 460
BURGOS, Julia de 608

BUSSI DE ALLENDE, Hortensia 646
 BUTTERFIELD, Fox 417, 448

C

CAAMAÑO, Francisco Alberto 398,
 681, 687
 CABALLERO, José de la Luz 121, 193,
 194, 195
 CABOT LODGE, Henry 470, 475
 CABRAL, Manuel del 649
 CABRERA, Raúl 636
 CALDERÓN, Manuel 607
 CANTALISO, José Ramón 50, 213
 CAPONE, Al 646
 CARBÓ, Sergio 179
 CÁRDENAS, Paquito de 3
 CARLOS I 380
 CASTELAR, [Emilio] 203
 CASTILLO, Cánovas del 152
 CASTILLO, Ramón 665- 668
 CASTRO, Fidel 383, 384, 641, 650,
 651, 654, 655, 658-661, 671, 681
 CASTRO, José R. 650
 CAVIEDES, Hidalgo de 87
 CELESTINO 72
 CERVANTES 509
 CERVANTES, Ignacio 199, 200
 CERVERA 107, 163
 CÉSAR [Julio César] 483
 CÉSPEDES, Carlos Manuel de 137-139,
 148
 CHAMAH, David 607
 CHANGÓ 267, 268, 269
 CHI MINH, Ho 341, 360, 364, 397,
 399, 400, 404-407, 411, 416-419,
 428, 436, 438, 441, 455-457,
 479, 512, 521-523, 533-538,
 546, 548, 550, 563, 564
 CHIBÁS, Eduardo René (Eddy) 186,
 187, 246, 255, 256, 258, 259,
 614, 622
 CHOPIN 599
 CHRISTOPHE, Henry 122
 CLAYTON, James 480
 COLLINS, Lawton 444, 447, 448
 COLLINS, Tom 79
 COLÓN, Cristóbal 681, 750
 CONCEPCIÓN VALDÉS, Gabriel de la 128

CORDERO SALETA, Amiro 686
 CORTÉS, Hernán 13, 260
 CRIMMINS 378, 379
 CRISTO 264, 392
 CROMWELL, Oliverio 380
 CRUZ ALONSO 3
 CRUZ, Bruno de la 607
 CURLEY, Wilfred J. 493
 CURY, Jottin 681

D

DAI, Bao 405, 433, 440, 441, 446,
 452-454, 456, 521, 542
 DANG Thai Mai 402, 407
 DANIEL, Carlito 607
 DAVID 645
 DAY, Robert 28
 DE GAULLE, [Charles] 419, 420, 531,
 537
 DE REGLA, Virgen 267
 DELGADO CHALBAUD, Carlos 634, 635
 DESSALINES 270
 DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal 13
 DINH DIEM, Ngo 400, 439, 440,
 442, 446, 447, 449, 451-454,
 456-459, 463, 464, 466, 468-471,
 474-476, 479, 541, 542, 547
 DINH NHU, Ngo 469, 474, 476
 DINH THI, Nguyen 402
 DIONISOS 275
 DU PONT DE NEMOURS, Irene 85, 86
 DUARTE, Juan Pablo 659, 748
 DUCOUDRAY, Félix Servio 719
 DURBROW, Elbridge 463, 470

E

EDUÁ 147
 EDWARD G. 449
 EISENHOWER 75, 366, 369, 400, 404,
 415, 424, 426, 427, 432, 433,
 436, 439, 446, 448, 455, 463,
 466, 474, 546, 547
 ELOY BLANCO, Andrés 614, 634, 638
 EMERSON 204
 EN LAI, Chou 390, 394, 395
 ENGELS, Federico 403, 546
 ENRÍQUEZ, Carlos 218-220
 ESPADERO 199

ESPÍNOLA, Hernán 502
 ESTRADA PALMA, Tomás 164, 168
 EVANGELISTA, Pedro Julio 681

F

FALL, Bernard B. 521
 Felipe II 313
 Felipe IV 117
 Felipe V 118
 FERMI, Enrico 343
 FERMÍN CABRAL, Mario 649
 FERNÁNDEZ, Eufemio 647, 648, 652
 FERNÁNDEZ, Ludovino 682
 FERNÁNDEZ MÁRMOL, Manuel 632
 FERNÁNDEZ, Sosthenes 554
 FERNANDO VII 22, 23, 38, 125, 126
 FERRI, Enrico 208
 FIALLO, Antinoe 629, 630
 FIALLO, Fabio 748
 FIGUEREDO, Perucho 140
 FIGUERES, José 99, 632, 634-638,
 640, 642-645, 647, 660, 665
 FINLAY, Carlos 44-46, 206
 FORD, Gerald 539, 581, 583
 FORD, Henry 343
 FOSTER DULLES, John 354, 355, 399,
 433, 439, 443, 463
 FRANCO, Francisco 605
 FRANCO, José 603
 FRANCO, Pericles 645
 FREIRE 629

G

GALLEGOS, Rómulo 74, 75, 153, 612,
 632, 634, 635, 637, 638
 GARCÍA, Calixto 102, 107
 GARCÍA CATURLA, Alejandro 96, 216,
 217, 271
 GARCÍA GERMÁN, Manuel Ramón 678
 GARCÍA GODOY, Héctor 725
 GARCÍA GUZMÁN 682
 GARCÍA, Herminio 326
 GARCÍA LORCA, Federico 204, 602
 GARCÍA MENOCA, Mario 169
 GARCÍA TRUJILLO, José 671
 GARFIELD, John 175
 GAUTREAUX, Bonaparte 678, 682
 GÉRARD 629

GIANG, Vo Dong 578
 GIAP, Vo Nguyen 342, 399, 523,
 533, 537, 538
 GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis 97
 GÓMEZ, José Miguel 169
 GÓMEZ, Juan Vicente 611, 630,
 638
 GÓMEZ, Máximo 27, 102, 134, 144,
 145, 147-154, 158-163, 609, 641
 GONZÁLEZ CARTAS, Jesús 647
 GONZÁLEZ TAMAYO, Armando 677
 GOTTSCHALK 199
 GRACIÁN 202
 GRAJALES, Mariana 153
 GRAU SAN MARTÍN, Ramón 180, 182,
 184, 185, 204, 622, 623
 GREGORIO, Don 71-73
 GRENET, Eliseo 271, 272
 GRULLÓN, José Diego 607
 GUERRA, Ramiro 5
 GUEVARA, [Ernesto] (Che) 641
 GUILLÉN, Nicolás 5, 211-216, 271,
 641
 GUIERAS, Antonio 256
 GUTENBERG, Johan 720
 GUTIÉRREZ, Francisco 636
 GUZMÁN, Antonio 682

H

HADAH, Salomón 607
 HARKINS, Paul D. 473
 HARRIS, A.R. 618
 HATUEY 263
 HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl. 651
 HEATH, Embajador 441, 442, 447,
 448
 HEMINGWAY, Ernest 52
 HENRÍQUEZ, Enrique Cotubanamá
 590-601, 604, 606, 608-610,
 612, 615, 633, 747
 HENRÍQUEZ, Prío 604
 HENRÍQUEZ UREÑA, Camila 590, 591
 HENRÍQUEZ UREÑA, Max 590
 HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro 590, 619
 HENRÍQUEZ Y CARVAJAL 653
 HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Federico 653,
 748
 HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Francisco 748

- HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Francisco 590, 591, 594
- HEREDIA, José María de 121, 124, 134, 194-197, 199, 216
- HERNÁNDEZ, Carlos Armando 719
- HERNÁNDEZ, Hernando (Nando) 632
- HERNÁNDEZ, Pipí 601-603
- HERNÁNDEZ, Teófilo (Telo) 632
- HERRERA MARÍN, Enrique 680
- HERTER, Christian A. 463
- HEUREAUX, Belisario 603
- HEUREAUX, Ulises (Lilís) 603, 616, 653, 747
- HIDALGO Y MORELOS 124, 265
- HITLER, Adolf 358, 362, 399, 419, 519, 520, 523-525, 528, 530, 531, 534, 599, 606, 613, 625
- HOMERO 563
- HONG SATH, Sha Ung 410
- HOSTOS, Adolfo de 596
- HOSTOS, Eugenio María de 592, 596-598, 605
- HUEDO, Nazim 685
- HUESO 514
- HUNG, Phan 487
- I**
- ISABEL II 131
- ISLA, Andrés 63
- IVÁN 95, 96
- J**
- JESÚS 266, 268
- JIMENES, Juan Isidro 595, 615, 616, 748
- JIMENES GRULLÓN 595, 596, 604, 607, 608, 610, 614-618
- JIMENES MOYA, Enrique 659-662, 748
- JIMÉNEZ, Felucho 719
- JOHNSON, Lyndon B. 341, 346, 415, 424, 425, 427-430, 436, 446, 464, 495-498, 544, 568
- JONES, Jennifer 175
- JUÁREZ, Benito 517
- JUDAS Iscariote 645
- JULIO, Albañil 252
- K**
- KAI-SHEK, Chiang 419, 420, 422, 538, 539
- KATZENBACH, Nicholas de B. 496
- KENNEDY 362, 400, 404, 415, 424, 428, 429, 463-470, 473, 474, 476, 495, 544
- KISSINGER, Henry 492, 507, 539, 552, 554, 558, 559, 581, 583
- L**
- LA CARIDAD, Virgen de 269
- LANDSDALE, Edward G. 431, 437, 439, 440, 442, 444, 447, 571
- LARA 514
- LARA, Ramón de 612, 614
- LAS CASAS, Padre [Bartolomé de] 13, 14, 193, 291
- LAS MERCEDES, Virgen de 267
- LAWTON 102
- LÁZARO, Ángel 654
- LÁZARO, San 266, 267, 269
- LE DUOC Tho 490
- LEAL, Pablo 643
- LECUONA, Ernesto 271
- LEE 343
- LEGUÍA 651
- LENÍN 152, 357, 683
- LEÓN, José de la Luz 5
- LESCOT, Elie 626-629
- LEWIS, Anthony 583
- LINCOLN, Abraham 135, 204, 378, 379
- LIZ, Alexis 603, 610, 630, 636, 648
- LOC, Buu 440
- LODGE, Cabot 470-476
- LOMBARDO TOLEDANO, Vicente 607
- LOMBILLO 24
- LOMBROSO, [César] 208
- LÓPEZ, César 709
- LÓPEZ, Narciso 130, 131, 133, 166, 194
- LÓPEZ MOLINA, Máximo 686
- LOYNAZ DEL CASTILLO, Enrique 641
- LUGO, Américo 748
- LUIS XIV 118
- LUNA, Juan Esteban 607
- LUZ Y CABALLERO 196, 197

M

MACARTHUR, Douglas 351, 354, 384
 MACEO, Antonio 73, 74, 102, 133,
 145, 146, 148-154, 161-163,
 256, 609
 MACEO, Marcos 153
 MACHADO, Gerardo 168, 169, 172,
 173, 175-177, 179, 591, 592, 633
 MAINARDI 630
 MAINARDI, Hermanos 601, 617
 MAINARDI, Rafael 602, 606
 MAINARDI, Silín (Victor) 606, 607,
 662
 MAINARDI, Virgilio 602, 606, 630,
 632, 636, 648, 662
 MAJLUTA, Jacobo 687, 748
 MARÍA (la Virgen) 266
 MARIOTTI, Domingo 680, 684
 MARQUÉS DE AGUAS CLARAS 24
 MARQUÉS DE ARCOS 24
 MARRERO, Levi 5
 MARTÍ, José 73, 133, 135, 145, 147,
 151, 154-156, 158, 160, 161,
 163, 164, 189, 190, 192, 195,
 201-203, 205-207, 255, 256,
 296, 592, 594, 606, 650, 653,
 659
 MARTÍNEZ, María 663, 664
 MARX, Carlos 357, 546
 MASFERRER, Rolando 654, 660
 MATA, Enrique 715, 718, 719
 MATAK, Sirik 573, 574
 MCCLINTOCK, Robert 441
 MCGEORGE BUNDY 474
 MCGOVERN 496
 MCKINLEY 28
 MCNAMARA, Robert 473
 MEDINA ANGARITA, Isaías 613, 621,
 625, 627, 630
 MEJÍA, Luis F. 612
 MERCEDES, Diómedes 704
 MIMÍ 104, 105
 MIOLÁN, Ángel 607, 611, 613, 617,
 630, 636, 648, 651, 653, 654,
 658, 660, 661, 665- 668, 670,
 676, 677
 MIRABAL, Hermanas 664, 748

MIRANDA, Francisco de 123
 MORALES, Ángel 614, 624
 MOYA GRISANTI 607
 MUÑOZ MARÍN, Luis 665
 MUOI CUC 487
 MUSSOLINI, Benito 245, 517-519,
 520, 613

N

NARVÁEZ, Pánfilo de 12, 13
 NAVARRE 431
 NERUDA, Pablo 262
 NHU 471, 472
 NIXON, Richard 363, 365-369, 399,
 415, 424, 427, 477, 480, 481,
 496- 498, 507, 552, 559, 560,
 571
 NOL, Lon 511, 554, 555, 567-569,
 574
 NOLTING, Frederick E. 470
 NORODOM, Sihanouk 370, 371, 373,
 374, 408-412, 489, 507, 511,
 549-552, 554-556, 558, 570,
 573-576
 NÚÑEZ DE BALBOA, Vasco 260

O

OBATALÁ 267, 269
 OCHÚN 269
 O'DANIEL, John 441, 443, 447, 448
 OJEDA, Alonso de 12
 ORNES, Horacio Julio 645, 666
 ORSINI, Osvaldo 680
 ORTIZ, Fernando 5, 208-212
 ORTIZ, Pipí 680
 OTERO SILVA, Miguel 658
 OTILIO ULATE, [Luis Rafael] 637

P

PÁEZ 131
 PANNAGUIN, Coronel 508
 PANTALEÓN ARIAS, José María 725, 726
 PAZ ESTENSORO, Víctor 644
 PEDRO 591, 650
 PEÑA GÓMEZ, José Francisco 681,
 682, 686-688, 705-707, 748, 749
 PÉREZ CABRAL, Romano 603, 614, 648

- PÉREZ DÁMERA, Genoveno 631
 PÉREZ JIMÉNEZ, Marcos 635, 639,
 646, 654, 664, 749
 PÉREZ PRADO, Dámaso 272
 PÉREZ, Sergio 3, 640
 PETAIN, Mariscal 419, 530
 PETION, Alejandro 122
 PIAO, Lin 390
 PICADO, Teodoro 637
 PICHARDO, Lucas 601-603
 PIZARRO, Francisco 260
 PLÁCIDO 128
 POMPEYO 644
 PONCE, Federico 619, 634
 PRABANG, Luang 511
 PRÍO SOCARRÁS, Carlos 185, 186, 188,
 189, 604, 606, 622-624, 633-640
- Q**
 QUEIROZ, Eça de 389, 390
 QUEVEDO, Miguel Ángel 202, 235,
 255
 QUIDIELLO DE BOSCH, Carmen 3, 641,
 642, 680
 QUIROZ, Bernardo de 208
- R**
 RADFORD 431
 RAMÍREZ, Miguel Ángel 645
 RAMÍREZ, Sergio 665
 RAMOS BLANCO, Teodoro 220
 REQUENA, Francisco 664
 RHEE, Singman 353
 RIBÁS MONTES, Jorge 643
 RIDELL, Tom 480
 RODRÍGUEZ, José Horacio 660-662
 RODRÍGUEZ, Juan 630-632, 660
 ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio 5
 ROLDÁN, Amadeo 271
 ROLOFF, Carlos 657
 ROOSEVELT, Franklin Delano 167,
 170, 176, 178, 180, 620, 621
 ROOSEVELT, Teodoro 28, 29, 109
 ROQUES, Isabel 502
 ROUSSEAU, Juan Jacobo 195
 RUBÉN DARÍO 203
 RUBIROSA, Porfirio 631
 RUIZ ESPADERO, Nicolás R. 199
- RUSK, Dean 467, 472, 473
 RUSSELL, Johnson 373, 374
- S**
 SABIN, Almirante 443
 SACO, José Antonio 121, 124, 193-197
 SAINT-HILAIRE, Chepito 607
 SALAS, Brindis de 198
 SALMERÓN, [Nicolás] 203
 SAMPHAN, Khieu 566, 572-575
 SAN MARTÍN, José de 123
 SÁNCHEZ ARANGO, Aureliano 186,
 187
 SÁNCHEZ, Buenaventura 667, 675,
 676, 677, 749
 SÁNCHEZ CERRO 651
 SÁNCHEZ DE FUENTES, Eduardo 200
 SÁNCHEZ, Enriquillo 563
 SANDINO, Augusto César 620
 SANTA BÁRBARA 266-269
 SANTA TERESA DE JESÚS 91, 202
 SANTANA, Pedro 738, 748
 SANTO NIÑO DE ATOCHA 268
 SANTOS, Eduardo 652
 SARY, Ieng 574
 SECUNDINO 282
 SHAFTER 102
 SHAKESPEARE 473
 SILES SUAZO, Hernán 644
 SILFA, Nicolás 652, 653, 665-668,
 673-675
 SIMONS, Moisés 271
 SMIRNOV, A.I. 285
 SMITH, Walter Bedell 433, 438, 439
 SOLER FERNÁNDEZ, Amado 638, 642,
 643, 645
 SOMOZA, Anastasio (Tacho) 620, 635,
 642-644, 646, 650, 664, 666,
 749
 SOMOZA, Luis 650
 SORES, Jacques de 15, 116
 SOTO, Arnulfo 686
 SOTO, Miguel 681, 682
 SOUVANA, Phouma 361, 363, 364,
 543
 SOUVANA VATANG 361
 SOUVANA VOUNG 364
 STALIN, Josef 357, 550

STEVENSON 62

SULLIVAN 363, 364

SUNG, Kim Il 351, 382-386

SUVANA, Phong 543

T

TAVÁREZ JUSTO, Manuel (Manolo) 748

TAVERAS 696

TAVERAS, Manuel Ramón 698

TAYLOR 363

TELLER, E. 483

TEXEDA, Iván de 24

THANH, Quyet 458, 459

THAT THANH, Nguyen 521

THI BIN, Nguyen 561, 562

THI HIAG, Nguyen 402

THIEU 368

TIBURCIO CARÍAS, Andino 620, 650

TINH MINH The 447

TÍO SAM 404

TITTERTON, E. 483

TOLÓN, Teurbe 194

TORIELLO, Jorge 619

TORRES, Luis de 293

TOUSSAINT 270

TRUJJOHNSON 376, 404

TRUJILLO DE GARCÍA, Marina 671

TRUJILLO MARTÍNEZ, Rafael Leonidas
(Ramfis) 667, 671

TRUJILLO MOLINA, José Arismendi
(Petán) 529

TRUJILLO MOLINA, Rafael Leonidas
520, 529, 593, 594, 599, 607, 612,
613, 618-621, 625-629, 631, 633-
636, 639-642, 644, 647, 649-654,
656, 659, 661, 663-666, 670, 671,
673, 675, 693, 700, 706, 747,
749

TRUMAN, Harry 415-417, 424, 427,
448, 466, 538

TSE-TUNG, Mao 355-359, 390-393,
395, 420, 422, 427, 477, 537,
538, 550, 559

U

UBICO, Jorge 619, 634

UGALDE CARRILLO 641, 642, 644

UREÑA DE HENRÍQUEZ, Salomé 591

V

VALLE, Ricardo del 5

VALVERDE, Carmen 638

VAN DONG, Pham 406, 407, 563

VAN GIAP, Nguyen 572

VAN MINH, Duong 473, 562

VAN THIEU, Nguyen 486, 497, 503,
509, 510, 561, 562, 565, 566,
577, 578, 581, 582

VARA DEL REY 109

VARELA, Félix de 121, 124, 193, 194,
196, 197

VARGAS, Mario 634

VARONA, Enrique José 97, 207

VÁSQUEZ, Horacio 520, 612, 615, 616

VEGA, Bernardo 618

VELÁZQUEZ, Diego de 12, 13, 41,
105, 120, 178

VÍCTOR ENMANUEL III 519

VILLVERDE, Cirilo 194, 196, 197

VINCENT, Stenio 649

VIND, Augusto 16

VINGBOONS 16

W

WASHINGTON, George 85, 147

WEST, Morris 475

WESTING, A.H. 485

WEYLER, Valeriano 162, 163

WHEELER 102, 109

WHITE, Joséito 198

WHITMAN, Walt 204

X

XEREZ, Rodrigo de 291, 293

Y

YANG 343

YARAYÓ, Carima 75

YARINI 258

YEMAYÁ 267

YOUN, Hou 573

Z

ZAMBRANO, María 641

ZAYAS, Alfredo 169

ZAYDÍN, Ramón 613

ZENEA 27, 141

EL TOMO VIII (TEXTOS AUTOBIOGRÁFICOS), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF, S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.